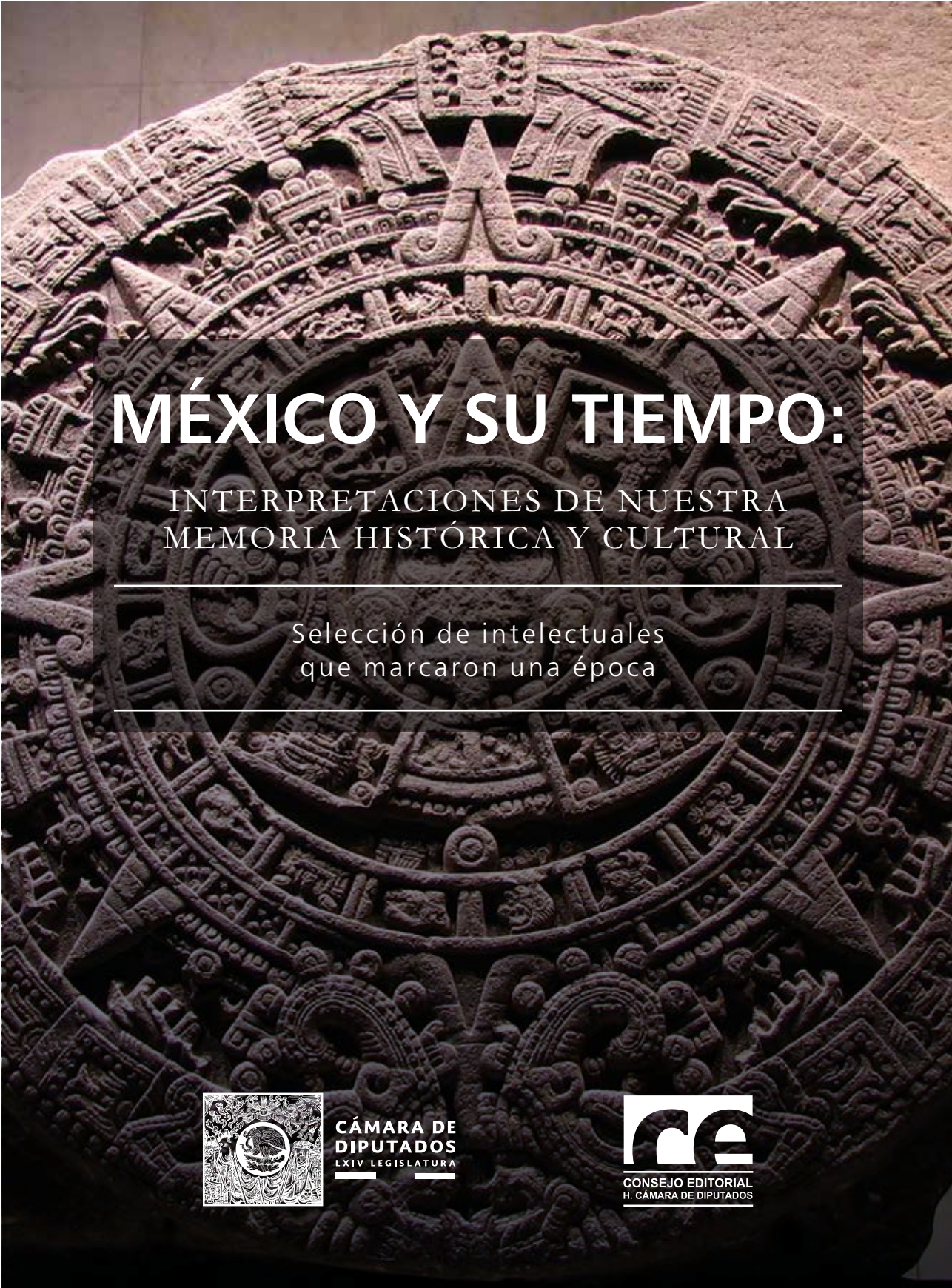


MÉXICO Y SU TIEMPO:

INTERPRETACIONES DE NUESTRA MEMORIA HISTÓRICA Y CULTURAL

Selección de intelectuales
que marcaron una época

CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA

CONSEJO EDITORIAL
H. CÁMARA DE DIPUTADOS

México y su tiempo:
interpretaciones de nuestra memoria histórica y cultural

Consejo Editorial
LXIV Legislatura

CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA

CONSEJO EDITORIAL
H. CÁMARA DE DIPUTADOS

México y su tiempo: interpretaciones de nuestra memoria histórica y cultural
Primera edición, 2018.

D.R. © LXIV Legislatura de la H. Cámara de Diputados
Av. Congreso de la Unión, Núm. 66
Edificio E, Planta Baja, Ala Norte
Col. El Parque, C.P. 15960
Ciudad de México
Tel. 5036 0000 Exts. 51091 y 51092
http://diputados.gob.mx

D.R. © Impresos Tega, S.A. de C.V. por las características tipográficas y de diseño.

Calle Emma, 75, Col. Nativitas, Del. Benito Juárez,
Ciudad de México, C.P. 03500,
Teléfono directo: 5090 7050
Correo electrónico: impresostega@gmail.com

Derechos Reservados conforme a la ley

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las Leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante cualquier alquiler o préstamos públicos, sin la autorización expresa y por escrito de los editores, en los términos previstos por la ***Ley Federal del Derecho de Autor*** y demás disposiciones jurídicas aplicables.

El Corte Fotográfico que acompaña esta obra forma parte del Repositorio Digital de Acceso Abierto del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México (INAH) a través del cual pone a disposición del público en general el patrimonio cultural e histórico a su cargo.

Se hace uso del material fotográfico, bajo los términos y condiciones de licencia CC BY-NC establecidos por el INAH, los cuales pueden consultarse en el sitito oficial: ***http://mediateca.inah.gob.mx/***

De acuerdo con la ***Ley Federal de Derechos de Autor,*** los artículos son responsabilidad única y exclusiva del autor y pueden reproducirse citando la fuente.

Ésta es una publicación de distribución gratuita y con fines de difusión cultural.

Prohibida su venta.

Impreso en México / ***Printed in Mexico***

México y su tiempo:
interpretaciones de nuestra memoria histórica y cultural

Consejo Editorial
LXIV Legislatura

CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA

CONSEJO EDITORIAL
H. CÁMARA DE DIPUTADOS

H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA

JUNTA DE COORDINACIÓN POLÍTICA

Dip. Mario Delgado Carrillo
Presidente y Coordinador del Grupo Parlamentario de MORENA

Dip. Juan Carlos Romero Hicks
Coordinador del Grupo Parlamentario del PAN

Dip. René Juárez Cisneros
Coordinador del Grupo Parlamentario del PRI

Dip. Fernando Luis Manzanilla Prieto
Coordinador del Grupo Parlamentario de Encuentro Social

Dip. Reginaldo Sandoval Flores
Coordinador del Grupo Parlamentario del PT

Dip. Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Coordinador del Grupo Parlamentario de Movimiento Ciudadano

Dip. José Ricardo Gallardo Cardona
Coordinador del Grupo Parlamentario del PRD

Dip. Arturo Escobar y Vega
Coordinador del Grupo Parlamentario del PVEM

MESA DIRECTIVA

Dip. Porfirio Muñoz Ledo
Presidente

Dip. Dolores Padierna Luna
Dip. Marco Antonio Adame Castillo
Dip. Dulce María Sauri Riancho
Vicepresidentes

Dip. Karla Yuritzi Almazán Burgos
Dip. Mariana Dunyaska García Rojas
Dip. Ma. Sara Rocha Medina
Dip. Héctor René Cruz Aparicio
Dip. Lizeth Sánchez García
Dip. Julieta Macías Rábago
Dip. Lilia Villafuerte Zavala
Dip. Lyndiana Elizabeth Bugarin Cortés
Secretarios

H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA

CONSEJO EDITORIAL

PRESIDENCIA
Grupo Parlamentario de Encuentro Social
Dip. Ricardo De la Peña Marshall, *titular.*

COORDINADOR DEL ÓRGANO TÉCNICO
Grupo Parlamentario de MORENA
Dip. Hirepan Maya Martínez, *titular.*

Grupo Parlamentario del PAN
Dip. Annia Sarahí Gómez Cárdenas, *titular.*
Dip. María Eugenia Leticia Espinosa Rivas, *sustituto*.

Grupo Parlamentario del PRI
Dip. Brasil Alberto Acosta Peña, *titular.*
Dip. Margarita Flores Sánchez, *sustituto.*

Grupo Parlamentario de PT
Dip. José Gerardo Fernández Noroña, *titular.*

Grupo Parlamentario de Movimiento Ciudadano
Dip. Alán Jesús Falomir Sáenz, *titular.*

Grupo Parlamentario del PRD
Dip. Abril Alcalá Padilla, *titular.*
Dip. Frida Alejandra Esparza Márquez, *suplente.*

Grupo Parlamentario del PVEM
Dip. Lyndiana Elizabeth Bugarín Cortés, *titular.*
Dip. Rogelio Rayo Martínez, *sustituto.*

Secretaría General
Mtra. Graciela Báez Ricárdez

Secretaría de Servicios Parlamentarios
Lic. Hugo Christian Rosas De León

Dirección General de Servicios de Documentación, Información y Análisis
Mtro. José María Hernández Vallejo

Centro de Estudios de las Finanzas Públicas
Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública
Centro de Estudios para el Logro de la Igualdad de Género
Centro de Estudios de Derecho e Investigaciones Parlamentarias
Centro de Estudios para el Desarrollo Rural Sustentable y la Soberanía Alimentaria
Centro de Estudios de los Derechos Humanos y de la Población en Situación de Vulnerabilidad y su Inclusión

CONTENIDO

Prólogo 13

Ricardo De la Peña Marshall
Diputado Presidente del Consejo Editorial
LXIV Legislatura del Congreso de la Unión

México y su tiempo: interpretaciones de nuestra Memoria Histórica y Cultural

México es una nuez 47
Alfonso Reyes

Influencia de las Leyes de Reforma sobre la propiedad 67
Andrés Molina Enríquez

México: revolución burguesa y política de masas 91
Arnaldo Córdova

Maquiavelo, no te rajes 129
Carlos Fuentes

Notas sobre el Estado, la cultura nacional y las culturas populares 135

Carlos Monsiváis

La guerrilla recurrente 163

Carlos Montemayor

Gómez Morín: Cien años y seis lecciones 201

Carlos Castillo Peraza

La crisis de México 207

Daniel Cosío Villegas

Los antiguos mexicanos 241

Francisco Javier Clavijero

Oración cívica 257

Gabino Barreda

Escenas de la vida de don José María Morelos y Pavón 293

Guillermo Prieto

Cómo me hice revolucionario 339

Isidro Fabela

La Historia y la Acción 351

Jesús Reyes Heroles

Meditaciones sobre México 379
Jesús Silva Herzog

Ensayo filosófico sobre nuestra revolución constitucional 421
José Ma. Luis Mora

La raza cósmica 437
José Vasconcelos

La Universidad Nacional 487
Justo Sierra

Autopercepción intelectual de un proceso histórico 513
Leopoldo Zea

Ensayo histórico de las Revoluciones en México 543
Lorenzo de Zavala

Prolegómenos de la Independencia mexicana 567
Lucas Alamán

El Balance de la Revolución 601
Luis Cabrera

Los cuatro periodos consecutivos de gobierno de Porfirio Díaz 667
Luis Pérez Verdía

La noche del 15 de septiembre de 1810 en Dolores 687

Manuel Payno

Máscaras mexicanas 709

Octavio Paz

Antigua grandeza mexicana. Nostalgias del ombligo del mundo 727

René Avilés Fabila

¿Puede ser libre la Nueva España? 795

Servando Teresa de Mier

El sentido humanista de la Revolución Mexicana 815

Vicente Lombardo Toledano

Prólogo

Ricardo De la Peña Marshall

Diputado Presidente del Consejo Editorial

México-Tenochtilán; la tierra prometida del pueblo mexica que se fundó en 1321 a partir de la icónica mitología del águila devorando una serpiente, posada sobre un nopal en la isla de Aztlán en medio del Lago de Texcoco; el llamado "ombligo de la Luna"; la Ciudad flotante de Huitzilopochtli, máxima deidad prehispánica de la Guerra e hijo de la Coatlicue, Diosa de la Fertilidad, y de Tonatiuh, Dios del Sol; y que fue por cerca de dos centurias una de las Ciudades-Estado de mayor esplendor y riqueza de toda Mesoamérica, y por qué no decirlo de los dos mundos, del Viejo y del Nuevo, porque mientras aquí nuestros ancestros vivían momentos de magnificencia civilizatoria en materias como la astronomía, la arquitectura, las matemáticas, la educación, la irrigación, el derecho, el comercio y la economía en general, por mencionar sólo algunas áreas de desarrollo, los pueblos de Europa vivían entonces la época de la Edad Media en su plenitud, el llamado "oscurantismo"; no es sino la interpretación y desarrollo permanente de una lucha entre cosmovisiones que dio lugar a una identidad nacional propia, a un

pueblo guerrero y fecundo, pero identificado siempre por la profunda brecha que separa a los que tienen para vivir y a los que apenas les alcanza para sobrevivir.

México, la tierra en que yacen las raíces históricas de nuestro pueblo y su grandeza; en donde del despojo y la ignominia de trescientos años de dominación española surgió un ***sincretismo*** entre lo prehispánico y lo europeo, la mezcla de dos razas y la de dos creencias, es decir, entre la adoración de las fuerzas de la naturaleza y la fuerza de Dios padre, creador del Universo; es por su propia naturaleza y desarrollo cultural un cúmulo de historias, leyendas y visiones que nos permiten entender quiénes somos, pero sobre todo cómo somos y hacia dónde deben enfocarse nuestros esfuerzos para romper con esa marca que tanto lastima a todos los mexicanos: la pobreza y el rezago educativo.

Históricamente la educación ha sido la principal palanca de desarrollo de las naciones más avanzadas del mundo. No cabe la menor duda que entre mejor y más preparado se encuentre un pueblo, mayores serán las posibilidades de que pueda abrirse paso en el escenario tan competitivo y global en el que actualmente vivimos. Por esa razón, nos encontramos convencidos de que la cultura en todas sus expresiones y, en especial, la educación y todas las herramientas que permitan a los mexicanos enriquecer su intelecto deben ser apoyadas decididamente.

Por ello es que se decidió emprender este esfuerzo editorial con el firme propósito de contribuir a que los mexicanos tengan a su alcance una selección muy amplia, plural e incluyente, de crónicas, narraciones, ensayos y relatos de hombres de cultura y ciencia que

marcaron una época en la historia del país, no sólo como testigos o comentaristas de aquellos episodios definitorios, sino en gran medida también como protagonistas de la propia historia nacional.

Por esa razón esta selección de intelectuales que tuvimos la decisión de definir como "de su época", más que privilegiar el orden cronológico de los sucesos o los episodios que sus autores relatan en su momento, explican desde una lente crítica o acuciosa con la autoridad que su renombre les dota, tiende a brindar una visión panorámica del México que somos, es decir, permitirá a sus lectores tener una aproximación a nuestra identidad nacional, a los lugares, personajes y acontecimientos que han hecho historia, pero también a nuestras tradiciones y costumbres, sin perder de vista que, también desde una perspectiva crítica, favorecerá a que los mexicanos puedan identificar cuáles han sido las anclas que nos han impedido alcanzar el desarrollo político, económico, social y cultural que como nación merecemos.

Hemos de advertir que quienes participamos este esfuerzo editorial estamos conscientes de que, si bien la revolución de las tecnologías de la comunicación y las redes sociales han transformado radicalmente la manera de transmitir las ideas, haciendo cada día más fácil, oportuno y accesible el conocimiento; jamás se podrá cambiar el impacto que han tenido los testimonios, crónicas, narraciones y ensayos que intelectuales y protagonistas de la historia de nuestro país han plasmado en tinta y papel, no sólo porque sus contribuciones nos ha permitido revisar, interpretar y entender a México en un determinado contexto, sino porque sus opiniones y textos resultan fundamentales para entender el pasado, presente y futuro de México,

todo lo cual nos acerca un poco más a entender con mayor claridad la evolución política, económica y social del pueblo mexicano.

Esta selección de autores y textos, como hemos advertido, no privilegia el orden cronológico de los sucesos históricos ni mucho menos el rigor académico con el que es abordado el tema en cuestión; por el contrario, fue hecha sobre la base de la esencia y aspectos generales de las reflexiones que plasman sus autores. En otras palabras, buscamos brindar un retrato de la realidad mexicana en un momento determinado, que ilumina los contrastes que hacen de nuestra cultura única en todos sus sentidos.

Tampoco se trata de una antología histórica, que podría iniciar con el texto escrito por Francisco Javier Clavijero en 1780, extraído de su ***Historia antigua de México,*** en donde expone los orígenes de la ***mexicaneidad***, es decir, de nuestros usos y costumbres, tradiciones y forma de ser de los antiguos mexicanos; y que bien podría concluir con ***Antigua grandeza mexicana. Nostalgias del ombligo del mundo*,** que escribió René Avilés Fabila, preclaro exponente de la prosa narrativa contemporánea y cuyo ensayo relata sus andanzas por el Centro Histórico de la Ciudad de México y cómo éste fue evolucionando culturalmente hasta convertirse en el actual foco de concentración social y de esparcimiento durante prácticamente los siete días de la semana.

En estricto sentido, el hilo conductor de esta selección de autores y obras es la multiplicidad de visiones, opiniones y corrientes del pensamiento que han forjado el México de ayer y hoy. La inclusión de todas las opiniones no puede ser tan amplia como deseáramos, pero sí lo suficientemente representativa del abigarrado mosaico

de opiniones que hacen de México un país plural y más abierto. Ciertamente, en la mayoría de los casos, los autores vivieron en un país con circunstancias totalmente distintas a las que actualmente gozamos, pero ello es lo que precisa el beneficio de recuperar su visión, porque al hacerlo podremos valorar lo que hemos avanzado en el plano democrático y también el gran trecho que hemos de superar por el bien de las futuras generaciones.

Los textos que aquí incluimos son recuperados de distintos foros. Lo mismo se trata de conferencias magistrales, que extractos de libros que hoy son considerados clásicos para la cultura, la filosofía y la política mexicanas, que conferencias dictadas ante públicos reducidos o ensayos y artículos de opinión publicados en diarios de circulación nacional, o investigaciones científicas publicadas en revistas especializadas. El hecho relevante en cada caso es que su lectura nos aproxima, de forma sintética, al pensamiento de sus autores y también a su obra en el sentido más amplio de la palabra, es decir, nos referimos a la obra escrita, pero también a la que trasciende con hechos como protagonistas de la historia patria.

Lo que podríamos denominar como el sinsentido de la selección hace suyo también la aportación y valía de su compilación, porque más allá de la recuperación de los textos, por sí mismos valiosísimos, tiende a generar más debates en torno a los hechos que tratan en sus páginas, más que a sus relatos o mera descripción de los hechos, porque si de algo nos encontramos convencidas es que cada uno de los intelectuales aquí reunidos más que abordar la naturaleza de los hechos históricos que han delineado el devenir de la nación, de sus personajes y acciones patrióticas o también de aquellas decisiones

que hoy son interpretadas como errores o abusos deliberados; en el fondo abordan su significado y, desde luego, nos hace tener una mejor interpretación de nuestro México a la luz de su propia evolución.

Asimismo, esta selección constituye una muestra más del debate público que ha definido el rumbo del país y que, generación tras generación, con mayor o menor medida, continúa alimentando la idea de que existen adversarios políticos que apuestan por el *statu quo*, o bien, por el cambio radical, es decir, de raíz, como si se pudieran desterrar por completo las ideas e ideales que han hecho que este país marche en ocasiones aceleradamente y otras de manera que pareciera que casi se detiene en el tiempo. Todo lo cual hace que se pierda de vista que entre el negro y el blanco existe una gama que mezcla, como nuestro propio desarrollo como pueblo, ambas visiones, ambos colores.

Aunque la mayoría son textos de orden político, también constituyen testimonios ideológicos de su época. Lo mismo podemos leer a Lucas Alamán y a Lorenzo de Zavala, que a Guillermo Prieto y José María Luis Mora; o bien, a políticos-intelectuales como Carlos Castillo Peraza y Jesús Reyes Heroles; ni qué decir de José Vasconcelos y Justo Sierra.

Asimismo, los textos aquí reunidos nos permiten entrelazar, de manera directa e indirecta la opinión que se tuvo sobre un mismo episodio histórico, en un contexto determinado, así como las ideas fundamentales que alimentaron los movimientos armados que definieron el rumbo de los mexicanos como sociedad y gobierno. En su conjunto, podemos sostener, se trata de ideas que conforman el imaginario identitario y la memoria histórica del pueblo mexicano.

Y es que, lo mismo el lector podrá tener acceso a documentos que datan del siglo XVIII hasta temas de actualidad como los que trató Carlos Monsiváis desde un enfoque eminentemente hilarante, pero sin perder el sentido crítico que amerita la auto examinación no como individuos, sino fundamentalmente como sociedad.

De modo que no es necesario leer este libro como se acostumbra tradicionalmente, iniciando con la primera página y concluyendo con el colofón. El lector puede escoger libremente un texto y después otro, para poder tener dos perspectivas sobre un mismo hecho, o bien, para poder formarse su propia opinión acerca de un personaje de la historia nacional e incluso de cómo somos como sociedad, qué ha fallado de nuestros gobernantes y, en especial, qué no hemos logrado hacer para poder tener un mejor gobierno; no obstante, todas las conquistas democráticas que hemos alcanzado, particularmente en las últimas cuatro décadas.

Este libro no es sólo la conjunción de 27 testimonios, visiones, opiniones y juicios sobre México en distintas etapas de su evolución. Es, fundamental y esencialmente, acerca de la cultura política del país, de entender cómo las pasiones en ocasiones empañan las reflexiones, pero también acerca de la viabilidad de poder continuar construyendo consensos en el marco de la pluralidad de ideas.

Quienes apuestan por el olvido como un mecanismo de evasión de la responsabilidad que se tienen con el futuro, podrán tener en esta obra un recuerdo permanente de quiénes somos, de dónde venimos, qué errores hemos cometido, así como los aciertos que hemos tenido, todo lo cual a los legisladores de la República y, en particular, a quienes desempeñan una función dentro del servicio

público, deben tener siempre en cuenta: el fiel de la historia siempre nos coloca en el lugar correcto.

Es cierto que bien podríamos hacer una breve sinopsis de los textos que en estas páginas compilamos y tratar de explicar el contexto en que fueron publicados, pero a decir verdad sus contenidos dicen más por sí mismos de lo que podríamos sostener. Que sea pues, el lector el que defina la valía de la selección que ponemos a su consideración.

A continuación, ponemos a su consideración una breve reseña sobre los autores que conforman esta selección y su obra:

Alfonso Reyes

Escritor y diplomático mexicano, originario de la Ciudad de Monterrey, Nuevo León; nació el 17 de mayo de 1889. Sus padres fueron don Bernardo Reyes —gobernador regiomontano y hombre cercano al entonces presidente, Porfirio Díaz— y doña Aurelia de Ochoa y Sapién.

Estudió la carrera de leyes en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, graduándose en el año de 1913. Durante su vida universitaria conoció a importantes personalidades del mundo político y literario; quienes fundarían una agrupación intelectual, artística y literaria, conocida como el "Ateneo de la Juventud". Tuvo la oportunidad de incorporarse a la delegación mexicana en Francia en el año de 1914; sin embargo, a raíz del estallido de la Primera Guerra Mundial, Alfonso Reyes tuvo que partir a España, en donde continuó sus estudios literarios, mismos que le ayudarían a producir un vasto acervo de su autoría. En la década los años veinte, recibió importantes nombramientos en el exterior, entre los que se encuentran: Embajador en Argentina y Brasil, ministro en Francia, y encargado de negocios en España. Además, a su regreso al país, presidió la Casa de España en México en 1939 y fue recipiendario del Premio Nacional de Ciencias y Artes en Literatura y Lingüística de México en 1945.

Debido a un problema cardiaco, don Alfonso Reyes falleció en la Ciudad de México el 27 de diciembre de 1959.

Andrés Molina Enríquez

Abogado de formación y positivista de convicción; nació el 30 de noviembre de 1868 en Jilotepec, Estado de México.

En la Ciudad de México obtuvo el título de escribano público; adicionalmente, regresó a Toluca para formarse en el mundo de las leyes; coincidiendo en las aulas con importantes ideólogos positivistas de la época. Se desempeñó como juez en distintas localidades del Estado de México, entre las que se encontraron Jilotepec, Tlalnepantla y Sultepec. También impartió cátedra en el Instituto Científico y Literario del Estado de México, así como en el Museo de Historia Nacional.

Fue asiduo crítico del gobierno de Porfirio Díaz y proclamó el 23 de agosto de 1911 el Plan de Texcoco, desconociendo a su sucesor, Francisco León de la Barra y a los gobiernos de los Estados. Tuvo algunas encomiendas en el ámbito administrativo y ayudó a redactar el artículo 27 de nuestro texto constitucional de 1917, como asesor externo. También participó en la ley del 6 de enero de 1915, por la cual se dio vida a la Comisión Nacional Agraria y desde sus trincheras trabajó en favor de los derechos de los campesinos. Fue magistrado del Tribunal Superior de Justicia del Estado de México. Finalmente murió el 1 de agosto de 1940.

Escribió obras como ***Juárez y la Reforma, Los grandes problemas nacionales y La revolución agraria en México.***

Arnaldo Córdova

Historiador, pensador, ideólogo y catedrático. Nació en la Ciudad de México en el año de 1937.

Obtuvo el título de doctor en Derecho y Ciencia Política por la Universidad Nacional Autónoma de México en el año de 1973, donde dedicó la mayor parte de su vida a la enseñanza y formación de las nuevas generaciones. Fue profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y en el seminario doctoral. Por sus años de servicio, fue nombrado Investigador Emérito tanto por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, como por el Sistema Nacional de Investigadores.

También contó con una estrecha participación política en las filas de la izquierda mexicana; logrando ser electo Diputado Federal a la LII Legislatura del H. Congreso de la Unión, de 1982 a 1985. Luego de una larga vida de entrega a la investigación y las causas sociales, falleció el 30 de junio de 2014 en la Ciudad de México.

Fue autor de diversas obras, tales como ***La formación del poder político en México, La ideología de Revolución Mexicana, La Política de masas del cardenismo,*** y ***El futuro de la izquierda en México,*** además producir cincuenta obras colectivas y nueve centenas de ensayos.

Carlos Fuentes

Novelista, diplomático e intelectual mexicano, quien nació el 11 de noviembre de 1928 en la Ciudad de Panamá. Su padre, Rafael Fuentes, fue miembro del Servicio Exterior Mexicano y se encontraba activo a finales de la década de los veinte, lo que explica que Carlos naciera fuera del país.

Siguió los pasos de sus padres por algunas ciudades del continente americano, entre las que se encuentran Montevideo, Río

de Janeiro, Washington D.C., Santiago de Chile y Buenos Aires. En 1944 ingresó al Colegio México para realizar estudios de bachillerato y, después, ingresó a la carrera de Derecho en la UNAM. También estudió Economía en el Instituto de Altos Estudios Internacionales de Ginebra; lo anterior le permitió aprender idiomas como inglés y francés, e interesarse por el género literario y periodístico.

Fue profesor y catedrático universitario de importantes instituciones de enseñanza superior como Harvard y Princeton, recibiendo el título de Doctor Honoris Causa por las mismas. Además de 1972 a 1976 fungió como Embajador de México en Francia. Carlos Fuentes murió el 15 de mayo de 2012 en la Ciudad de México.

Es autor de importantes obras como ***La región más transparente, Aura, Terra Nostra, Gringo Viejo, La silla del águila,*** entre otras decenas de libros, lo que lo hizo merecedor del Premio Rómulo Gallegos, Cervantes y el Príncipe de Austria de las Letras.

Carlos Monsiváis

Narrador, intelectual y cronista mexicano, quien fuera una las mentes más lúcidas de nuestro país. Nació en la Ciudad de México el 4 de mayo de 1938.

Fue formado en las aulas de las Facultades de Economía y Filosofía y Letras de la UNAM, además de contar con estudios por la Universidad de Harvard. Fue un hombre de gran cultura y una de las plumas más importantes de nuestros tiempos, quien se centró en la crónica y el ensayo, con un característico estilo crítico e inteligente.

La mayor parte de su obra se encuentra plasmada en los diarios y revistas del país tales como ***Novedades, Excélsior, La Jornada, El Universal, Proceso, Nexos,*** entre otros. Fue promotor de los derechos de las minorías y de los grupos vulnerables de nuestro país. Dirigió el programa Cine y crítica en Radio UNAM y fue Investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Falleció el 19 de junio de 2010.

Fue autor de obras como ***Días de Guardar, Rostros del cine mexicano, Cultura popular mexicana, Salvador Novo, El 68, La tradición de la resistencia,*** entre otras, lo que le permitió ser recipiendario del Premio Nacional de Periodismo, Premio Mazatlán, Premio Xavier Villaurrutia, así como el Premio de Literatura Latinoamericana.

Carlos Montemayor

Activista, escritor y traductor, quien nació en la Ciudad de Parral, Chihuahua, el 13 de junio de 1947.

Vivió y estudió durante su adolescencia en su Ciudad natal, pero se mudó a la Ciudad de México para cursar la carrera de Derecho en nuestra Máxima Casa de Estudios. Tiempo después estudió una maestría en Letras Iberoamericanas en la Facultad de Filosofía y Letras de su Alma Máter. Adicionalmente realizó estudios de lengua hebrea en El Colegio de México. Como poliglota se interesó en el estudio de las lenguas prehispánicas. Además, se desempeñó como destacado articulista en diversos medios nacionales como ***Unomásuno, Excélsior*** y ***La Jornada,*** y dirigió algunas revistas universitarias.

Fue profesor de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Universidad Autónoma Metropolitana desde 1974. Durante su vida

como profesional y académico, apoyó a los grupos indígenas y el papel de los movimientos en Chiapas y San Luis Potosí. A la edad de 63 años, perdió la batalla contra el cáncer en la Ciudad de México, el 28 de febrero de 2010.

Su acervo literario lo conforman títulos como ***Tarahumara, Guerra en el Paraíso, Mal de piedra, Minas del retorno*** o ***Las mujeres del alma;*** además de traducir una serie de textos al idioma español.

Carlos Castillo Peraza

Periodista y político mexicano, originario de la Ciudad de Mérida, Yucatán. Nació el 17 de abril de 1947.

Durante la mayor parte de su juventud, estudió en su Ciudad natal, concluyendo la preparatoria y una carrera de Ingeniería en la Universidad Autónoma de Yucatán. Posteriormente estudió Filosofía en nuestra Máxima Casa de Estudios. Consiguió una beca en Roma y estudió en la Universidad Pontificia Gregoriana; ello sin olvidar, que vivió en Suiza, donde realizó la licenciatura en Letras. Se dedicó gran parte de su vida a la cátedra y a la formación de las nuevas generaciones de mexicanos tanto en Yucatán como en la Ciudad de México. Si bien inició sus actividades en el Partido Acción Nacional en el año de 1964, no fue sino hasta 1967 que se afilió como miembro activo, lo cual le permitió ser Diputado Federal, en dos ocasiones, en las LI y LIV Legislaturas; así como presidente nacional de su Partido en 1993. Trabajó como articulista en distintos medios impresos nacionales e internacionales.

El 8 de septiembre de 2000, murió en la Ciudad de Bonn, Alemania. En 2007, de manera póstuma, recibió la Medalla Belisario Domínguez que entrega anualmente el Senado de la República.

Daniel Cosío Villegas

Historiador, politólogo, sociólogo, economista, diplomático y académico. Hombre de sólida formación y consiste pensamiento crítico, quien nació en la Ciudad de México el 23 de julio de 1898.

Realizó estudios en Derecho por la UNAM, y en Economía e Historia en la Universidad de Harvard y de Cornell, respectivamente. Además, estudió una maestría y un doctorado en Gran Bretaña y Francia. Fue fundador y director del Fondo de Cultura Económica, la Casa de España y de la Escuela Nacional de Economía, instituciones que han ayudado a formar a los mexicanos durante muchos años. Difundió su pensamiento crítico, por medio de diversos artículos publicados en el periódico ***Excélsior*** y dirigió las revistas ***Trimestre Económico*** y ***Foro Internacional.*** Además, fue nombrado Embajador del Consejo Económico y Social de la ONU de 1957 a 1968. Dejó un gran legado ideológico para los mexicanos y murió el 10 de marzo de 1976 en la Ciudad de México.

Escribió libros muy críticos, desde la esfera académica, como ***La sucesión presidencial, El sistema político mexicano, El estilo personal de gobernar, Sociología mexicana*** y ***Cuestiones internacionales de México,*** una biografía. Su trabajó escrito lo llevó a ganar el Premio Nacional de Literatura en 1971.

Francisco Javier Clavijero

Historiador, ideólogo y jesuita mexicano de la época colonial, quien nació en el Puerto de Veracruz en el 9 de septiembre de 1731. Fue descendiente de españoles, siendo su padre, don Blas Clavijero, un alto funcionario de la Nueva España, quien estuvo en contacto directo con las comunidades indígenas de nuestro país.

Durante su juventud, se trasladó a la Ciudad de Puebla para iniciar con sus estudios en Historia, Filosofía y Ciencias, así como para emprender su orientación sacerdotal. Ingresó al Colegio Jesuita de Tepotzotlán, en donde fue formado su carácter profesional en 1748. Fungió como catedrático ilustre en la enseñanza de la filosofía y la literatura, adquiriendo conocimientos de matemáticas y ciencias físicas. También fue un políglota y dominó numerosas lenguas incluyendo el náhuatl y el otomí; además reconoció la grandeza de los pueblos indígenas y trabajó a su lado, dejando los primeros registros de la historia. Salió del país en calidad de exiliado, rumbo a Italia, lugar en el que vivió sus últimos años. Falleció en Bolonia el 2 de abril 1787.

Entre sus más destacadas obras literarias, se encuentran: ***Historia Antigua de California,*** publicada en Venecia y ***La Historia Antigua de México.*** En sus textos realizó una reconstrucción prestigiosa del pasado indígena, dejando una huella imborrable.

Gabino Barreda

Médico, filósofo, académico, diplomático y positivista mexicano, originario de la Ciudad de Puebla. Nació el 19 de febrero de 1818.

Durante su juventud se trasladó a la Ciudad de México para iniciar su carrera como abogado, formándose algunos años en el Antiguo Colegio de San Ildefonso. Al cabo de algún tiempo, interrumpió sus estudios en Derecho y se inclinó por la carrera de Química en Colegio de Minería en 1843, para luego cursar Medicina en la Escuela Nacional. Participó en la intervención estadounidense de 1846 como cirujano del ejército, y al término de la guerra se trasladó a París para concluir sus estudios en Medicina; allí adquirió influencias de la filosofía positivista que quedaría muy arraigada en su pensamiento.

A su regreso a México, participó en la gran reforma educativa nacional del 2 de diciembre de 1867, donde la escuela primaria pasó a ser obligatoria, gratuita y laica. Después de la reforma, Gabino Barreda fue nombrado el primer director de la Escuela Nacional Preparatoria, de manos del propio presidente Benito Juárez. Posteriormente, fue Diputado Federal y Embajador en Alemania. Gabino Barreda falleció el 20 de marzo de 1881 en la Ciudad de México.

Destacan sus obras ***De la educación moral, Oración cívica*** y ***Opúsculos, discusiones y discursos***.

Guillermo Prieto

Influyente poeta liberal y político mexicano, quien nació el 10 de febrero de 1818 en la Ciudad de México.

Pasó por una difícil etapa en su juventud, al morir su padre, por lo que tuvo que incursionar en el campo laboral desde temprana edad. Luego de algún tiempo, continuó sus estudios en el Colegio de San Juan de Letrán, interesándose por la poesía y publicando diversos

trabajos de su autoría. Fundó, junto con otras personalidades de la época, la "Academia de Letrán", bajo la tutoría de don Andrés Quintana Roo. Tuvo la oportunidad de colaborar en algunas publicaciones periodísticas y literarias, además ocupó diversos cargos en el gobierno como Diputado Constituyente de 1857 y Diputado Federal, así como Ministro de Hacienda, Relaciones Exteriores, Gobernación y Justicia. También militó en el Partido Liberal. Pereció en la Ciudad de México, el 2 de marzo de 1897.

El periódico ***La República,*** en 1890 lo consideró el poeta más popular de la época, por sus obras, entre las que se encuentran: ***Versos inéditos, La musa callejera, Romancero nacional, El alférez, La novia del erario,*** entre otras.

Isidro Fabela

Abogado, historiador, escritor, diplomático y académico mexicano, una de las mentes más brillantes de siglo XX. Nació en Atlacomulco, Estado de México, el 29 de junio de 1882.

Estudió el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria, siendo compañero de destacados mexicanos como José Vasconcelos, Adolfo de la Huerta y Alfonso Cravioto. Obtuvo la medalla de oro por su aprovechamiento académico, la cual lleva hoy su nombre. Se formó en los salones de la Escuela Nacional de Jurisprudencia y perteneció al "Ateneo de la Juventud", desde donde desarrolló diversas publicaciones.

Fue fundador de diversos medios impresos nacionales e impartió clases de historia, literatura y derecho internacional. En el

ámbito profesional fue Jefe de Defensores de Oficio en la Ciudad de México, Diputado Federal, Secretario de Gobierno en Chihuahua, representó a México en Francia, Inglaterra, España, Argentina, Chile, Uruguay, Brasil y Alemania, fue Gobernador del Estado de México de 1942 a 1945; también fue Juez de la Corte Internacional de Justicia en La Haya, en los años de 1946 a 1952. Murió en la Ciudad de Cuernavaca, Morelos, el 12 de agosto de 1964.

Entre su obra escrita se encuentras títulos como ***Buena y mala vecindad, Paladines de la libertad, Historia diplomática de la Revolución Mexicana, Los precursores de la diplomacia mexicana,*** entre otras. Fue nombrado Doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional Autónoma de México.

Jesús Reyes Heroles

Abogado, político, catedrático e historiador, nacido en la Ciudad de Tuxpan, Veracruz, el 3 de abril de 1921.

Estudió la carrera de Derecho en la UNAM, recibiéndose en 1944; posteriormente, realizó estudios de posgrado en diversas universidades de Argentina. Fue catedrático de la Escuela Nacional de Jurisprudencia y cuenta con una vida de reconocimientos académicos en México y en el mundo. Desempeñó diversos cargos en la admnistración pública y en el Partido Revolucionario Institucional, tales como Diputado Federal de 1961 a 1964, director de PEMEX, director general del IMSS y Secretario de Gobernación, promoviendo una de las reformas más importantes para el sistema político mexicano en el año de 1977. Pereció el 19 de marzo de 1985, en Estados Unidos,

siendo aún Secretario de Educación Pública del gobierno de Miguel de la Madrid. Sus restos descansan en la Rotonda de las Personas Ilustres.

Cuenta con una importante producción de textos académicos como ***El liberalismo mexicano, Tendencias actuales del Estado, La Carta de La Habana, La industria de la transformación y sus perspectivas, Continuidad del liberalismo mexicano,*** entre otras.

Jesús Silva Herzog

Reconocido economista, periodista y escritor mexicano, quien nació en la Ciudad de San Luis Potosí el 14 de noviembre de 1892.

Vivió en Nueva York, donde se formó como economista durante la Revolución. De regreso a México, ejerció el periodismo en algunos medios de la época y continuó con su formación en la Escuela Nacional de Altos Estudios. Fue profesor normalista y fundó la Revista Mexicana de Economía, así como el Instituto Mexicano de Economía. También se desempeñó como presidente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Desempeñó algunos cargos públicos como presidente del Comité Petrolero para la nacionalización de este sector, durante el gobierno de Lázaro Cárdenas. Falleció el 13 de marzo de 1985 en la Ciudad de México y por disposiciones de Miguel de la Madrid, su cuerpo fue trasladado años más tarde a la Rotonda de las Personas Ilustres.

Algunas de sus destacadas obras literarias son ***Lázaro Cárdenas: el pensamiento económico, social y político, Historia de la expropiación de las empresas petroleras*** y ***El pensamiento económico en México.*** Recibió el

Premio Nacional de Ciencias y Artes, así como la Medalla Belisario Domínguez.

José Ma. Luis Mora

Historiador, político, ideólogo, escritor y sacerdote mexicano, originario de Chamacuero, Guanajuato. Nació el 12 de octubre de 1794.

Se mudó a muy temprana edad a la Ciudad de Querétaro, donde realizó sus primeros estudios. Después de trasladó a la Ciudad de México e ingresó al Colegio de San Idelfonso, donde obtuvo su título como doctor en Teología. Fue formado con ideas liberales, siendo considerado uno de los principales exponentes de su época, quien pugnó por la separación Iglesia-Estado. Fungió como Diputado Constituyente en la redacción del texto del Estado de México, realizó publicaciones periódicas en los medios impresos de la época y fue promotor de la reforma educativa en el periodo de Valentín Gómez Farías. Falleció en París el 14 de julio de 1850, siendo traídos sus restos a México en 1963 para descansar en la Rotonda de las Personas Ilustres.

Entre sus obras se encuentran ***Seminario Político y Literario, El Observador, Catecismo político de la Federación Mexicana, Disertación sobre la naturaleza y aplicación de las rentas y bienes eclesiásticos,*** así como ***México y sus revoluciones.***

José Vasconcelos

Educador, abogado, escritor, político y filósofo mexicano. Nació el 27 febrero de 1882, en la Ciudad de Oaxaca.

Realizó estudios en diversas partes del país cuando era muy joven, cursando el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria. Más adelante optó por la carrera de Derecho, misma que logró concluir en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, donde obtuvo su título en 1907. Participó junto con otros ideólogos mexicanos en la fundación del "Ateneo de la Juventud". Más tarde sería Rector de su Alma Máter en 1920 y recibiría el Doctorado Honoris Causa por diversas universidades latinoamericanas. Ingresó en la política mexicana gracias a la influencia de Francisco I. Madero en el año de 1909, uniéndose a su campaña presidencial. Fue el primer Secretario de Educación Pública en México, desde donde impulsó la instrucción indígena, rural, técnica y urbana; creó redes de bibliotecas, misiones culturales, escuelas normales y Casas de Pueblo, que convirtió en centros educativos básicos. Luego de una prolífica vida, falleció en la Ciudad de México en el mes de junio de 1959.

José Vasconcelos sigue siendo uno de los más destacados exponentes de la educación en México. En 1925 publicó ***La raza cósmica,*** donde expuso algunas de sus reflexiones sobre el indigenismo. entre otras obras literarias destacan ***Indiología*** y ***Todología.***

Justo Sierra

Historiador, educador, periodista, poeta, político y filósofo mexicano. Nació el 26 de enero de 1848 en la Ciudad de Campeche.

Durante su infancia estudió en diversas partes del país: en Mérida, Veracruz y finalmente en la Ciudad de México. Ya en la capital del país, tuvo la oportunidad de estudiar en el Liceo franco-mexicano

y posteriormente en el Colegio de San Ildefonso, graduándose como abogado en el año de 1871. Fue catedrático en la Escuela Nacional Preparatoria y por sus aportaciones e influencia a la educación, fue nombrado por algunas universidades latinoamericanas como "Maestro de América". Fue Ministro de Instrucción Pública y reorganizó a la Universidad Nacional en 1910. Fue, además, en distintas ocasiones Diputado Federal, ocupó el cargo de Magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, y perteneció al Servicio Exterior Mexicano. Falleció en Madrid, el 13 de septiembre de 1912; aunque después su cuerpo fue repatriado para ser sepultado en el Panteón Francés.

De sus obras literarias, es posible mencionar ***Juárez, su obra y su tiempo, La sirena y otros cuentos, Historia del pensamiento filosófico, Evolución política del pueblo mexicano*** y ***Breve historia de México.***

Leopoldo Zea

Filósofo, historiador y catedrático originario de la Ciudad de México. Nació el 30 de junio de 1912. Es uno de los pensadores más reconocidos por su obra académica en América Latina.

Fue un alumno de excelencia que, durante su vida universitaria, estudió simultáneamente las carreras de Derecho y de Filosofía en la UNAM; sin embargo, el profesor de origen español, José Gaos quien fuera su maestro, lo apoyó para obtener una beca y así obligarlo a concentrarse en el estudio de la Filosofía. Fue un apasionado del estudio del positivismo en México y especialista de la integración latinoamericana. Se convirtió en catedrático de su Alma Máter, logrando instruir a varias generaciones de alumnos. Obtuvo el título

de Profesor Emérito y Doctor Honoris Causa. Fundó la revista ***Tierra Nueva,*** junto con otros destacados académicos y fue director de la Facultad de Filosofía y Letras. Falleció el 8 de junio de 2004.

Entre sus obras escritas, se encuentran: ***En torno a una filosofía americana, La filosofía como compromiso, América como conciencia, La filosofía en México, América en la historia*** y ***Latinoamérica en la formación de nuestro tiempo.*** A lo largo de su trayectoria recibió algunos galardones, como el Premio Gabriela Mistral y el Premio Nacional de Ciencias y Artes.

Lorenzo de Zavala

Político, escritor y filósofo mexicano, quien nació el 3 de octubre de 1788 en la Ciudad de Tecoh, en el estado de Yucatán.

Durante su juventud decidió ingresar al Seminario de San Ildefonso, donde pudo instruirse en materias como el Latín, la Filosofía y la Teología. Conspiró contra la corona española y veló por la independencia de nuestro país; situación que lo llevó a ser encarcelado hasta 1817. Fundó diversos medios impresos de distribución local en Yucatán, los cuales sirvieron para difundir su pensamiento. Luchó tanto en el campo de las ideas como de las armas para consumar la Independencia de México. Durante los primeros años de vida independiente, ocupó importantes cargos en el servicio público, tales como Diputado Constituyente, Gobernador del Estado de México y Ministro de Hacienda. Feneció en San Jacinto, Texas, el 16 de noviembre de 1836.

A lo largo de su vida escribió algunos títulos como ***Ensayo histórico de las revoluciones de México*** y ***El Manifiesto del gobernador del Estado de México.***

Lucas Alamán

Historiador, diplomático, político y empresario, nacido en la Ciudad de Guanajuato el 18 de octubre de 1792. Creció en el seno de una acomodada e influyente familia de españoles.

Fue formado en una de las mejores escuelas de la Nueva España, en el Real Seminario de Minería. Cuenta con importantes bases académicas y culturales, lo que se debe en gran medida a las relaciones que logró entablar en sus viajes al extranjero, así como en el país. Durante la independencia, llegó a convertirse en un gran historiador y cronista de su tiempo. Además, desde la trinchera política, contribuyó al desarrollo de México, tanto en lo económico como en el ámbito cultural. También desempeñó algunos cargos públicos, entre los que se encuentran: Diputado de la Nueva Galicia, así como Ministro Interior y de Relaciones Exteriores. El 2 de junio de 1853 falleció en la Ciudad de México a causa de una neumonía.

De sus obras escritas, quizá dos de las más importantes fueron ***Disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana*** e ***Historia de México,*** esta última editada en cinco volúmenes.

Luis Cabrera

Abogado, político, escritor y diplomático mexicano, quien nació en la Ciudad de Zacatlán, Puebla, el 17 de julio de 1876.

Estudió el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria y al finalizar su grado, incursionó en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, donde obtuvo el título de abogado en 1901. Fungió como un destacado catedrático en Derecho Civil y después de convirtió en director de su Alma Máter. Trabajó para algunas consultorías de carácter privado y se desempeñó como Secretario de Hacienda y Diputado Federal a la XXVI Legislatura del Congreso de la Unión, incidiendo en la redacción de la Ley Agraria de 1915. También fue un colaborador de los periódicos ***El hijo del Ahuizote, Partido Democrático, Diario del Hogar, El Dictamen, La Patria*** y ***El Colmillo Público.*** Falleció en la Ciudad de México el 12 de abril de 1954.

En sus libros y artículos periodísticos criticó el gobierno del general Cárdenas y algunas de sus obras más renombradas fueron ***Obras políticas, Musa peregrina, El balance de la Revolución, Veinte años después,*** entre otras.

Luis Pérez Verdía

Abogado, historiador y escritor mexicano, nacido en la Ciudad de Guadalajara, Jalisco en el año de 1857.

Su obra histórica es única, escrita con un estilo claro y elegante. Es un referente no sólo en el país, sino también en su Estado natal, debido a que se dedicó a indagar los hechos más trascendentales de la vida de los mexicanos. Ocupó algunos cargos como servidor público en México, siendo Magistrado del Supremo Tribunal de Justicia de Jalisco, director general de instrucción en el

Estado, y Diputado Federal en diferentes ocasiones, fungiendo en alguna ocasión como presidente del Congreso de la Unión. Murió fuera del país, en la Ciudad de Guatemala en el año de 1914.

Es autor de algunos títulos como ***Apuntes históricos de la Guerra de Independencia en Jalisco, Compendio de la historia de México,*** Impresiones de un libro ***Maximiliano Íntimo***, e ***Historia particular del Estado de Jalisco.***

Manuel Payno

Político, periodista y diplomático, originario de la capital de la Nueva España. Nació el 21 de junio de 1810 en una familia de clase media y de arraigadas creencias católicas.

Logró ingresar de forma meritoria, a la Dirección General de Rentas de la Ciudad de México y cursó sus estudios de bachillerato en el Colegio de Jesús hasta que fue cerrado. A pesar de la inestabilidad política de la época, Manuel Payno continuó estudiando por su cuenta para perfeccionar sus habilidades en la literatura. Más tarde destacaría su labor política como pensador liberal, junto con otros miembros del "Ateneo de la Juventud". Fue miembro de la Real Academia Española y combinó sus actividades literarias con una labor periodística. Además, se desempeñó como Senador, Diputado, Ministro de Hacienda y Diplomático mexicano. Finalmente, la enfermedad atacó al fecundo pensador, el 4 de noviembre de 1894, para llevarse su vida.

Es reconocido por sus novelas y escritos políticos, tales como ***Los bandidos del Río Frío, El fistol del diablo, El hombre de la situación, Compendio de historia de México*** y ***La convención española,*** así como una

serie de ensayos en temas varios como *Derecho Romano, Derecho Público* y *Constitucional.*

Octavio Paz

Poeta, ensayista, diplomático y Premio Nobel de Literatura en 1990, fue una de las mentes más cultas de nuestro tiempo. Nació el 31 de marzo de 1914 en la capital del país.

Vivió una época de grandes turbulencias durante la época posrevolucionaria, lo que lo obligó a viajar y estudiar un par de años en los Estados Unidos. Poco más tarde, ingresaría a la Escuela Nacional Preparatoria para terminar el bachillerato, así como a las Facultades de Derecho y Filosofía y Letras de la UNAM para formarse en ambas carreras. Publicó sus primeros trabajos en revistas, y estuvo en contacto permanente con influyentes autores nacionales e internacionales. Luego, ingresó al Servicio Exterior Mexicano, donde representó a nuestro país en diversas sedes como París, India y Japón. Adoptó influencias literarias en cada uno de sus viajes y fundó el grupo "Poesía en Voz Alta". Lamentablemente, un 19 de abril de 1998 fenece en la Ciudad de México.

Sobresalen de sus textos poéticos, ensayos y traducciones: *¡No pasarán!, Raíz del hombre, ¿Águila o Sol?, Libertad bajo palabra Discos visuales, El laberinto de la soledad, El arco y la lira, Las peras del olmo* y *Cuadrivio.* Por su estilo único de retratar la vida, recibió grandes reconocimientos literarios tales como el Príncipe de Asturias, Premio Cervantes, Tocqueville y el Nobel de Literatura.

René Avilés Fabila

Periodista, escritor y catedrático universitario, originario de la Ciudad de México. Nació el 15 de noviembre de 1940.

Estudió la licenciatura de Relaciones Internacionales en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, para después viajar a la Universidad de La Sorbona en París y continuar con sus estudios de posgrado. Se interesó profundamente en la literatura, a la edad de 20 años, y se formó en el terreno de las Letras. Además, fungió como profesor universitario por más de cinco décadas en su Alma Máter, así como catedrático de la UAM. Colaboró en diversos medios escritos, tales como ***El Día, El Universal, El Nacional, Diario de México*** y ***Unomásuno*** —del que fue fundador—, y fue un asiduo escritor en diversas revistas periodísticas y académicas. Falleció el 9 de octubre de 2016.

Entre sus novelas encontramos ***Los juegos, El gran solitario de Palacio*** y ***El amor intangible; Hacia el fin del mundo, El Evangelio según René Avilés Fabila*** y ***El bosque de los prodigios***.

Servando Teresa de Mier

Sacerdote, filósofo, escritor y político, quien nació en la Ciudad de Monterrey, Nuevo León, el 18 de octubre de 1765.

Interesado desde su juventud en la filosofía y las artes, ingresó a la Orden de Predicadores de Santo Domingo en la Ciudad de México, despertando su curiosidad por la teología. Años después se

doctoró por la Real y Pontifica Universidad de México en estudios religiosos. Fue exiliado de la Nueva España por contravenir las ideas de la época, siendo enviado a España. Viajó por Francia, Italia y Portugal, donde se dedicó a la enseñaza y estudio de las letras. Al enterarse del levantamiento armado en la Nueva España, se trasladó a Londres para apoyar al movimiento por medio de la prensa. Capitulada la Independencia de México, regresa al país y forma parte del Congreso Constituyente, donde volvió a enfrentar dificultades con el Primer Imperio. Participó en los debates del constituyente y firmó la Ley Fundamental de 1824. En 1827 fallece y es sepultado en Santo Domingo.

De sus obras destacan ***Historia de la evolución de Nueva España, Manifiesto Apologético, Apología y Relaciones de mi vida, numerosas cartas*** y ***discursos sobre asuntos de interés público.***

Vicente Lombardo Toledano

Político, filósofo y líder sindical mexicano, proveniente de Teziutlán, Puebla. Nació el 16 de julio de 1894.

Recibió su formación básica en su Ciudad natal, para luego mudarse a la Ciudad de México y estudiar el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria. Se formó como conocedor de las leyes en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y fue un participativo estudiante durante su vida universitaria. Continuó sus estudios y obtuvo el grado de doctor en Filosofía por la UNAM. Su trayectoria profesional estuvo ligada al papel que desempeñó como líder sindical, siendo Secretario General de la CTM. Fue Diputado Federal en tres ocasiones, Oficial

Mayor del gobierno del Distrito Federal, Regidor del Ayuntamiento de la Ciudad de México y Gobernador interino de Puebla. Falleció en la Ciudad que lo viera nacer, el 16 de noviembre de 1968.

Entre sus obras destacan *La libertad sindical en México, La batalla de las ideas en México, Teoría y práctica del movimiento sindical en México, Geografía de las lenguas de la sierra de Puebla, Los derechos sindicales de los trabajadores intelectuales* y *La izquierda en México.*

México y su tiempo:
interpretaciones de nuestra Memoria Histórica y Cultural

CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA

CONSEJO EDITORIAL
H. CÁMARA DE DIPUTADOS

México es una nuez[1]

Alfonso Reyes,
retrato.

Alfonso Reyes

I

Los aztecas, raza militar, dominaban por el terror a un conjunto de pueblos heterogéneos y sólo escapaban a su imperio los muy alejados o los muy bravos, como la altiva república de Tlaxcala, cuyos hilos preferirían cocinar sus alimentos sin sal a tener trato con los tiranos de Anáhuac. Los aztecas vivían sobre los despojos de civilizaciones vetustas y misteriosas, cuya tradición ellos mismos habían comenzado a no entender, vaciándola poco a poco de su contenido moral.

Los pueblos americanos, aislados del resto del mundo, habían seguido una evolución diferente a la de Europa, que los colocaba, respecto a ésta, en condiciones de notoria inferioridad. Ignoraban la verdadera metalurgia y desconocían el empleo de la bestia de carga, que era sustituida por el esclavo. Celebraban contratos internacionales

[1] Conferencia leída en el Teatro Cine Rivadavia, en Buenos Aires Argentina el 3 de noviembre de 1937, en el marco del Festival de Amigos de la República Española.

para hacerse la guerra de vez en cuando, y tener víctimas humanas que ofrecer a sus dioses. Su sistema de escritura jeroglífica no admitía la fijación de las formas del lenguaje, de suerte que su literatura sólo podía perpetuarse por tradición oral. Ni física, ni moralmente podían resistir el encuentro con el europeo. Su colisión contra los hombres que venían de Europa, vestidos de hierro, armados con pólvora y balas y cañones, montados a caballo y sostenidos por Cristo, fue el choque del jarro contra el caldero. El jarro podía ser muy fino y muy hermoso, pero era el más quebradizo.

La sensibilidad artística de aquel pueblo todavía nos asombra. Y sus herederos, mil veces vencidos por regímenes que parecían calculados para arruinarlos, dan todavía ejemplo de primorosas aptitudes manuales y un raro don estético. Pero también el caníbal sabe trazar sobre su cuerpo tatuajes que no igualaría cualquier civilizado. La civilización se hace de moral y de política. El don del arte, como el don de amor, es otro orden libre y sagrado de la vida.

Gran mente política, Cortés jugó de intrigas y ardides, ahusó del respeto que el indio concedía siempre al que se decía Embajador, y como Embajador vino a presentarse para que le abrieran todas las puertas; se aprovechó de la superstición que lo hacía aparecer como emisario de los Hijos del Sol (verdaderos amos del suelo mexicano que, según los oráculos, un día volverían a reclamar lo suyo), y amparado por la feliz aparición del cometa, triunfó sin lucha en el ánimo asustadizo del Emperador Moctezuma, que así se portó ante él como el Rey Latino, en la Eneida, a la llegada de Eneas, el hombre de los destinos. Y todavía sacó partido del pavor que causaba en el ánimo de los indios la sola presencia de las tropas españolas, haciendo pasar por dioses a los caballos y por centauros a los jinetes. Finalmente,

Cortés movilizó, contra el formidable poder central, los odios de los cien pueblos postergados. Y así, bajo las inspiraciones de Cortés, los indios mismos hicieron —para él— la conquista del Imperio Azteca.

Sin la debilidad fundamental de aquellas civilizaciones ya arruinadas, y sin este juego de circunstancias genialmente puestas al servicio de la empresa, ésta hubiera sido irrealizable. No sólo moral, sino numéricamente irrealizable. ¿Unos centenares de hombres y unas docenas de caballos lograron tamaña victoria? Oh, no: como en la Ilíada, todas las fuerzas del cielo y de la tierra tornaban parte en el conflicto.

II

Los pingüinos que San Mael bautizó fueron convertidos en hombres por dictamen del cielo: había que salvar el honor del sacramento. La iglesia. con todo, tiene piedad del que los más torpes se inclinaban a considerar como bestia o como engendro diabólico. El indio, por lo menos, pasa a la categoría de menor, de ser elemental, y se le admite a los beneficios del catequismo y del bautismo. El conquistador, violento y codicioso, tiende a apagarse en tierras yen almas sus servicios a la Corona. La Iglesia tiene encargo de sujetarlo en lo posible, y de salvar así los rebaños de indios para irlos reduciendo a la verdadera vida cristiana. Habituadas a vivir en un comunismo agrícola, las poblaciones rurales se ven divididas por el conquistador en reparticiones y encomiendas. La repartición del suelo era la cruel verdad, la encomienda de almas era el eufemismo sangriento. Y la Iglesia se lanza a proteger a las poblaciones indígenas: cuida sus tierras, y junta en el atrio a las familias espantadas.

De Cauto cuidar tierras y familias, acaba por quedarse con ellas, convirtiendo en huerta de la Iglesia todo el campo y alzándose como un señor más que desafía el poder de los señores laicos y hasta contrarresta la autoridad de los virreyes. Ya en tiempos de Felipe IV se habla en los consejos de ministros de arrancar a la mano muerta eclesiástica las tierras de la Nueva España, porque el estancamiento de aquella riqueza se vuelve amenazador: la Colonia tiene un quiste en el seno que se la va comiendo toda. Carlos III se distrae con el Pacto de Familia y las luchas de Europa, y así, aunque expulsa a los jesuitas, no ataca la realidad del problema económico. Cada vez se siente más la necesidad de no tolerar que nazca un Estado dentro del Estado.

Durante tres siglos las razas se mezclan como pueden, y la Colonia se gobierna y mantiene por un milagro de respeto a la idea monárquica y por sumisión religiosa a las categorías del Estado. Porque la Metrópoli casi no desarrolló sobre América otra fuerza que la espiritual, desprovista como estaba de un poder naval que correspondiera a la inmensidad de sus conquistas, y hasta desprovista de ejércitos americanos que sólo se improvisaron a última hora. Entretanto, sordamente —los indios abajo, los españoles arriba y en medio los criollos señoriales y soberbios y los mestizos astutos y sutiles—, se engendra el nuevo ser de una patria.

Cuando sobreviene la guerra napoleónica en la Metrópoli, los caudillos liberales de la Nueva España, inspirados en la filosofía de la Revolución Francesa, se lanzan a la independencia. Si ellos no llegan a hacerla —dice Justo Sierra— es posible que la Iglesia hubiera provocado la Revolución, amenazada como se veía ya por la corona. Y, en todo caso, es muy significativo que aparezcan, entre los caudillos insurgentes, tantos eclesiásticos de aldea.

III

La noche del 15 de septiembre de 1810, el Cura del pueblo de Dolores, Miguel Hidalgo y Costilla, convocó a sus feligreses a toque de campana y se lanzó a la lucha contra el régimen español y en pro de la independencia nacional. De aquellos vecinos amotinados, de aquel montón de hombres empujados por una fiebre divina, mal armados con picos y hachas —cada uno como podía y con los instrumentos del azar—, surge el primer gran ejército de la Independencia; ejército que llegará a ser formidable, y que sólo se detendrá en el Cerro de las Cruces, ante quién sabe qué fuerzas o qué consideraciones misteriosas y ya a punto de caer sobre la Ciudad de México, donde parece que tenla seguro el triunfo. A la majestad de la Historia no siempre conviene el que los grandes conflictos encuentren soluciones fáciles.

La noche del 15 de septiembre, en recuerdo del hecho humilde y memorable, el Presidente de la República congrega al pueblo en la Plaza de Armas de México, frente al Palacio Nacional, sobrio y majestuoso edificio revestido de dolor y de historia; tañe la misma campana con que el Cura Hidalgo dio la alerta al corazón de la patria y repite el grito ritual: "¡Viva México libre e independiente!" Las escenas de regocijo y fiesta que entonces se desarrollan, en medio de la gritería Y las iluminaciones nocturnas, son uno de los rasgos más pintorescos de la vida popular mexicana, y han tentado a todos nuestros novelistas de costumbres. Un hálito de las antiguas panegirias parece volar sobre la hermosa Ciudad.

Este motín del pueblo de Dolores, este hecho —uno de tantos, uno entre varios— ha venido, por diversas circunstancias históricas,

a ser considerado como el símbolo de la independencia, la cual sólo fue consumada diez años más tarde, en 1821, por el Coronel Agustín de Iturbide. En tanto que los liberales de México insisten en la representación histórica del Cura Hidalgo, caudillo popular, verdadero Padre de la Patria, los conservadores insisten en la importancia innegable de la obra de Iturbide —criollo aristócrata— como consumador de la independencia nacional. Pero Iturbide desvirtuó el brillo de su personalidad por haber caldo en el error de erigirse más tarde Emperador de México. Efímero Imperio el suyo, sin justificación histórica ni arraigo ninguno en los sentimientos populares. Hidalgo queda con el alto prestigio del martirio por una noble causa: la cual, en su tiempo, era más difícil de defender que en tiempos de Iturbide.

Naturalmente que, en los orígenes de la emancipación, obran de consuno muchas fuerzas. Los fenómenos sociales son muy complejos, y las guerras y las revoluciones —estos movimientos acelerados— puede decirse que van depurando sus motivos y sus propósitos a medida que adelantan. Los pueblos empuñan las armas por instinto, y muchas veces no descubren cuál era su verdadero anhelo y la causa principal de sus inquietudes y malestar sino algunos años después. Así acontece con la Revolución Mexicana de 1910, que parecía en un principio movida por el solo afán de expulsar a un hombre aferrado al mando más de lo que parecían consentirlo las mismas leyes naturales. Pero, removidas violentamente las entrañas del pueblo, empezaron a dar de si todos los ocultos y graves problemas que tenían escondidos y que derramaban por todo el cuerpo de la nación un dolor incierto y persistente: justicia social y dignificación del trabajo, equitativa repartición del campo, la incorporación de la raza india a la vida

civilizada y a las felicidades del bienestar, defensa frente a pueblos potentes que a veces nos han amenazado en su ciego ensanche natural; problemas, en suma, de intensa educación, a que se reducen todos los otros. Así también, en nuestra lucha por la independencia, se nota —en el fondo— el impulso claro hacia la autonomía política; pero este impulso aparece al principio enturbiado por muchos otros impulsos accesorios, que comenzaron colaborando con aquél y luego se fueron desvaneciendo.

El clero mexicano, clero campesino, clero humilde, cansado de soportar siempre en los altos cargos a los personajes de la aristocracia eclesiástica española, también veía su ventaja en el movimiento de la Independencia. El mismo Hidalgo procede de esta clase social.

Por otra parte. la Iglesia, como hemos dicho, veía con desconfianza las tentaciones de desamortización que se habían infiltrado en los consejos de la Corona Española.

Finalmente, los conservadores y absolutistas de México soñaban con ofrecer a Fernando VII un trono mexicano, independiente de España y limpio de Constitución; pues recordemos que ya el liberalismo español, para esa fecha, había recortado a Fernando VII los poderes absolutos, mediante la Constitución de Cádiz. Ante este solo aspecto de la cuestión (que tiene su equivalente en las demás Repúblicas), los para dojistas han querido demostrar que la Independencia de la América Española fue obra de los monárquicos. Canto monta decir que el fuego —cosa tan grande y tremenda como el fuego— es un elemento que tiene por objeto encender cigarros.

IV

La ciencia no nos deja mentir. La verdadera independencia no existe mientras quedan resabios de rencor o de pugna. La verdadera independencia es capaz de amistad, de reconocimiento, de comprensión y de olvido. España fue grande; tan grande, que conjuró contra ella todas sus voluntades, y de aquí nació la Leyenda Negra. El régimen español compartió todos los errores filosóficos de su tiempo. Otros imperios cometieron faltas iguales o peores, pero estaban —como menos grandes— menos a la vista del mundo. Dice un refrán griego: "El desliz del pie de un gigante es carrera para un enano".

El hecho español era tan fuerte, tanto pesaba sobre la tierra la mano de España, que sus menores aparecen agigantados; y singularmente a los ojos de otros pueblos, entonces menos afortunados, que se contentaban con perseguir por el mar a los galeones españoles cargados de oro, o con recoger, bajo la mesa imperial, los relieves del festín español.

La verdadera censura que admite el régimen español está en que España nunca tuvo fuerzas para sujetar su poderío colonial; en que no supo explotar cuerdamente, con buena ciencia de mercader, a sus colonias, sino que se enloqueció fantásticamente con ellas, se entregó a ellas, se fue hacia ellas desangrándose visiblemente, y en vez de crear esas grandes factorías comerciales que engendran los imperios del siglo XIX, produjo naciones, capaces de vida propia al grado que supieron arrancarse a la tutela materna. ¡Culpa feliz por cierto!

Ningún mexicano puede recordar sin gratitud los esfuerzos afortunados que representan las Leyes de Indias, donde los hombres

de hoy en día buscamos inspiraciones en la campaña para defender al indio, para salvaguardar los ejidos o propiedades comunales de los pueblos, y hasta para afirmar el dominio eminente del Estado sobre el subsuelo nacional —siempre inalienable según los principios latinos que han dado al mundo su conciencia jurídica.

No: la independencia —en el sentido más profundo y verdadero de la moral y dure la política— podemos decir que se ha hecho, por lo menos, tanto contra un Estado como contra un pasado. Y a veces me parece que rifas bien esto último. De modo que las independencias americanas y la instauración de la República en España son dos tiempos paralelos de la misma evolución histórica. A unas y a otra las gobierna y las justifica igual filosofía. No era todavía independiente el hispanoamericanismo que aun maldecía del español. En la varonil fraternidad gire no se asusta ya de la natural interdependencia, en el sentimiento de amistad e igualdad se reconoce al independiente que ha llegado a serlo de veras.

V

¿Destetaríais a un niño con ajenjo? Pues he aquí que las Repúblicas Americanas nacieron bajo las inspiraciones de una filosofía política que, realmente, es una filosofía política para adultos. De la monarquía absoluta y teocrática, y del gobierno unitario y central, que siempre habían sido las formas de la política mexicana, antes y después de la Conquista, pasamos a los derechos del Hombre y a la Constitución Federal. Mucho tiempo viviremos como prendidos a la cola y arrastrados por el carro ligero de un ideal que no podemos alcanzar. No educado el pueblo podrá la representación democrática, ajeno

todo nuestro sistema de costumbres al trabajo de la máquina federal, no preparado el indígena para hombrearse con el señor blanco poseedor de haciendas y dueño de influencias en la Ciudad...

Las ideas importadas de Francia y de los Estados Unidos se convierten en la gran aspiración de todos, aun de los que no las entienden. En varo Fray Servando Teresa de Mier (célebre Discurso de las Profecías) augura a la patria todos los males que le vendrán de querer adoptar normas ajenas a su idiosincrasia y a su historia. La idea jacobina, liberal e individualista es la más fuerte. Y por entre el duelo de federalistas avanzados y centralistas retardatarios, como deshaciendo a puntapiés una telaraña de mentiras. avanzan las botas fuertes de los caudillos, cada uno dispuesto a ser Presidente contra la voluntad de los otros. En el primer instante, Iturbide se dispone a más: a ser Emperador. Gran confusión, gran enseñanza.

Corno fuere, el duelo de liberales y conservadores va creando un ritmo de vaivén que cada vez se parece más a un latido, a una circulación coherente, a la respiración de un ser ya diferenciado, ya en proceso de organización. La cara del nuevo pueblo se va dibujando a cuchilladas. Las cicatrices le van dando relieve. Y en esto se gasta la primera mitad del siglo.

VI

Vencidos por el momento los conservadores, y amenazada de desamortización la Iglesia (conflicto que se volvió herencia), algunos engañados cometen el imperdonable error de pedir a Napoleón III la fundación de un Imperio en México. Quieren acabar de una vez

con las utopías liberales, poner término a la anarquía y delegar la nacionalidad en manos más expertas, salvándola así (según ellos pensaban) de los nacientes riesgos que suponía la vecindad de un pueblo poderoso en el Norte. Entonces acontece algo comparable al reventar de un absceso interno. Los malos humores se van al torrente de la sangre y hacen daño por todas partes. Pero a veces —y así sucedió entonces— logra el cuerpo eliminarlos e irlos expulsando.

Los conservadores, a efectos del rencor reciente y aunque entre ellos hubiera patriotas y hombres de buena fe, pasaron a la categoría de ofuscados, de cómplices del invasor. Y los liberales, en el primer instante aplastados, se alzaron de pronto con la representación genuina y congruente de la nación, con el sentido claro de sus responsabilidades y del único camino posible. En la mente del salvador de la República, Benito Juárez, o más bien en su voluntad, se calienta y modela definitivamente el metal de la patria, hasta entonces mezclado e informe. De allí sale ya hecho una espada.

Juárez ha sido censurado. La censura afecta unas veces a pequeñas particularidades que aquí no importan. Nos importa la censura cuando se refiere al conjunto de su obra, a su orientación general. Tal censura procede, en unos casos, por la senda que llamamos pasión. En otros, por la senda que llamaremos, mejor que acción, inercia. El resultado de estas censuras es el ofuscamiento de la evidencia en la historia. El efecto sobre la cultura política es la desmoralización. Me explicaré sobre estos conceptos: pasión, inercia, evidencia, desmoralización.

Pasión: Ni siquiera uso de la palabra con intención agresiva. La pasión ofrece una integración de estímulos humanos que, si no es conscientemente aviesa, merece algún respeto. A quienes no

participan de la filosofía política de Juárez les reconozco el mismo derecho de examen que para mi propio reclamo. Pero estimo que los apasionados, aunque están muy en su terreno cuando lamentan la dirección que Juárez imprimió al movimiento nacional, se extralimitan y por aquí niegan la evidencia— cuando olvidan que el camino abierto por Juárez era, en sus circunstancias, el único que se ofrecía a la salvación de México. No discuto principios, señalo hechos.

Inercia: Ante la evidencia que acabo de señalar, opera la inercia del espíritu. Una de las formas más disimuladas y agudas de la pereza mental es la incomprensión, ciega y por arrastre adquirido, ante las cosas obvias: la incapacidad de objetivación; la impotencia de los resortes lógicos ante los hechos que deben aceptarse como hechos. El afán de originalidad —risible en el fondo— provoca secundariamente este error del espíritu. Antes dije: los adversarios pueden lamentar, no negar. Ahora (ligo: por inercia, y secundariamente por extravío paradójico, algunos no se conforman con no admitir y quieren que se entienda la historia —al modo del cómico personaje de Pérez Galdós— no como fue, sino como ellos juzgan que debiera haber sido. ¡Claro! ¡Ojalá no hubiera habido duelo entre liberales y conservadores! ¡Ojalá no hubiera habido intervención extranjera!

El concepto de evidencia queda ya de paso establecido. El de desmoralización se reduce a considerar el funesto efecto que tiene para la educación cívica el escatimar el reconocimiento al austero gobernante que salvó a la patria.

VII

Recapitulemos. Nadie ha visto un río en formación, cuando todavía no tiene hecho el caudal ni ha optado por un cauce definitivo. Pero la historia es mucho más veloz que la geografía, y podemos apreciar mejor, en la perspectiva del recuerdo, los pasos incipientes de una nación, sus tanteos hacia la autonomía primero, y luego sus crisis y convulsiones hacia la conquista de las libertades cívicas.

Los precursores sólo pensaban en ofrecer al Rey de España un trono saneado de todas las "peligrosas novedades" que el liberalismo francés importó a España. Esa entidad nueva que apareció en las Cortes de Cádiz, el pueblo español, ¿qué tendría que ver con la Nueva España? No: la Nueva España dependía del Monarca. Si la Vieja España le ponía al Monarca cortapisas, había que arrancar a México de la Metrópoli europea, y ofrecérselo, en toda su pureza de dominio absoluto, al Hombre de Derecho Divino.

Un instante después, todo ha cambiado: hidalgo, el Padre de la Patria, ha concebido ya el ideal de una nación libre, y en este empeño lucha y perece. Morelos lucha y perece en plena batalla por la remodelación social. Y cuando Iturbide —un instante más— parte con la espada el nudo gordiano, la nación andaba todavía tan primeriza, que se deja coger en la trampa de un sueño imperial y aventurero.

Pero un secreto instinto —como esa honda gravitación que gobierna el curso del agua y junta los racimos de afluentes para ir engrosando el río y perfilando su trayectoria sobre el suelo—, un secreto instinto dice al oído del pueblo que, una vez transpuesto el

gran obstáculo, una vez hecho el gran sacrificio, lo mejor es atreverse a la fórmula última y más promisora de las libertades nacionales. Y es la República. Y empieza a crecer la República, entre el vaivén, el tira y afloja de los que insisten en la tradición, por un lado, y los que insisten en la esperanza, por el otro. Este vaivén inevitable —más aún: indispensable— hace veces de circulación, y anuncia la viabilidad del nuevo ser político. Pero, en sus orígenes, suele perturbarse, enredarse en arrepentimientos y asfixias, embarazar el embrión y, en ocasiones, matarlo.

Hubo un día en que este vaivén de liberales y conservadores estuvo a punto de matar a la joven República. Y Juárez aparece entonces como ese último punto providencial en que se refugian la vitalidad y la conciencia del ser en peligro. La nación se reduce a las proporciones del coche en que Juárez peregrinaba, salvando las formas del Estado. Juárez-Eneas: Juárez, el hombre que sale del incendio. Segundo Padre de la Patria, pero ya con la experiencia adquirida por las vicisitudes de medio siglo. En aquel inmenso "borrón y cuenta nueva" que le toca llevar a cabo, traza el cauce por el que habrá de correr el río, y abre una era definitiva en nuestra historia. Por primera vez una conciencia hizo tabla rasa de los hechos amontonados por la casualidad, y comenzó a reedificarlo todo con un plan seguro, con un propósito inquebrantable. Ahora ya no es la naturaleza ciega: ahora es la inteligencia humana. De la frente de Benito Juárez salta la imagen halada de la República.

Y cuando esta hija del espíritu, con los años y con el bienestar mal administrado —"materialismo siglo XIX"—, eche carnes, se aburguese y amenace perder la buena economía del cuerpo y del alma, por causa de la vida antihigiénica, entonces habrá que someterla

valientemente a una vida ascética y gimnástica, a una revolución como a una intervención quirúrgica; habrá que devolverle la línea, y ponerla —como hoy se dice— a régimen: a un Nuevo Régimen, que no lo sea solamente de dientes afuera.

Las Leyes de Reforma y la Constitución del 57 quedan como huella escrita de aquel duelo definitivo entre liberales y conservadores. Leyes y Constitución que eran todavía poca cosa para lo que faltaba hacer, pero que hicieron posible —respetadas hasta cierto punto, sorteadas a veces con maña y a veces con fuerza— un alto en el camino. Este alto, sueño reparador del cuerpo después del sobresalto sufrido, fue la Paz Porfiriana.

Por lo demás, Hidalgo, Morelos, Juárez, tienen todavía mucha faena por delante. No se han quitado todavía las botas de campaña.

VIII

Cambia la escena. Paz, estabilidad y bálsamo adormecedor para las heridas de la Patria. Gran respeto de las apariencias legales. Espíritu de conciliación para con los antiguos adversarios, conservadores y demás representantes de los llamados intereses. Concentración del poder en una sola voluntad superior, pero animada de intachable amor al país. y tan independiente y laica que no necesitaba descender a extremos groseros.

Dogmas de la época: 1o. La paz ante todo, la paz como fin en sí, por cuanto ella presupone e implica, incluso la domesticación de ciertas salubres inquietudes. ¿Maña y fuerza? Siempre la usaron los gobiernos. ¿Sangre? Mucha más ha corrido antes y después.

2o. "Poca política y mucha administración"; es decir: aplazar lo más posible ciertas cuestiones teóricas y atender a lo inmediato y práctico, pero en una esfera muy restringida. El pueblo ha nacido para ser gobernado por los financieros, por los "científicos", como ellos se llaman 3o. La noción del Extranjero como idea-fuerza: que el Extranjero nos vea con buenos ojos, que el Extranjero se sienta a gusto con nosotros y nos dé su crédito y su confianza, puesto que el marchamo internacional viene de afuera. Es la teoría de que la patria se debe modelar por sus contornos, y no nacer de sus propias entrañas. Es la teoría centrípeta, y no centrífuga, de la patria. Es el concepto del Positivismo Evolucionista, que privaba en las escuelas públicas de entonces: el ser es un producto del medio; en consecuencia, el signo de que el ser posee las condiciones de vida consistirá en que el medio ambiente le otorgue su aprobación; consistirá en que el mundo extranjero se deslice y circule en torno al país como acariciándolo. (Aquel desperezo del nacionalismo, a la hora de la Revolución, nacionalismo que hasta tomaba aires agresivos por momentos, se explica, en parte, como una reacción contra la mitología del Extranjero.) Y los capitales extranjeros acuden, el crédito del país se levanta y, más o menos vinculadas con la oligarquía de los "científicos", las clases privilegiadas de todo el país que son las que dejan oír su voz, porque el pueblo gruñe en voz baja o no entiende que sus males provengan de ningún error político comienzan a disfrutar una era de bendiciones. Y todos olvidan que la primera necesidad de un pueblo es la educación política. El gran caudillo, héroe de cien batallas y, ahora, héroe de la paz, se encarga de las conciencias de todos. llanta la moral de los individuos va a apoyarse en sus decisiones. Los padres le llevan al hijo calavera para

que lo asuste o, si hace falta, lo mande a la campaña del yaqui. Los Estados de la República vienen a ser circunvoluciones de su cerebro. "Me duele Tlaxcala", dice, y se lleva la mano a alguna región de la cabeza. Y una hora después, como traído por los aires, el gobernador de Tlaxcala está temblando frente a él.

¿Cómo puede haber, después de este ejemplo —magno y asombroso si los hay, porque Porfirio Díaz era hombre de talla gigantesca—, cómo puede haber quien todavía predique entre nosotros doctrinas fundadas en el abandono de la educación política? Por encima de la buena voluntad de un hombre, el capital había venido a ser una fuerza de exclusiva explotación, una energía irresponsable y mecánica, una economía de lucro y no de servicio. Y ello deshace a las naciones y entristece el trabajo.

El tiempo hizo su obra: el dormido comenzó a agitarse. El cuerpo intervenido se recobró del marasmo, y el alma —hasta entonces indecisa— comenzó a clamar por sus derechos. El caudillo, envejecido, habla hecho su obra y no supo retirarse a tiempo: al tiempo en que afloraban problemas que, en verdad, ya no le incumbían, ya no pertenecían a su representación del mundo. El viejo cree estar rodeado de sus semejantes, y está solo: un muro de cristal lo separa ya de las cosas, un abismo de tiempo, una dimensión matemática imposible de burlar. La menor palabra indiscreta, un vago ofrecimiento sobre la conveniencia de dejar al pueblo ensayar por su cuenta unas elecciones, y el ánimo del país se desperezó y empezó a conmoverse como una tormenta. Aquel gigante que supo salir airoso de tan graves faenas no acertó en crearse un sucesor, sin duda estorbado por los inevitables malos hábitos de la dictadura. Expulsar al viejo Presidente parecía ser el problema de la Revolución, y resultó lo más sencillo. Como siempre

que se intenta apuntalar la tierra para evitar un terremoto o sacar cubas de lava para evitar la explosión de un volcán, aquello de dar por hecha una Revolución con sólo la renuncia de un Presidente fue una quimera.

Sobrevinieron acciones y reacciones. El antiguo ejército no quería darse por vencido sin combatir. La oligarquía de los intereses y todas las fuerzas afines y conservadoras se resistieron. Y tras el golpe de mano de Victoriano Huerta, la verdadera Revolución, que había marchado de Norte a Sur, con Madero, entre aclamaciones y banderas, volvió a emprender igual camino con Carranza, pero ahora entre sangre y fuego.

La Revolución triunfa en un instante. La obra de Carranza se gasta en someter a sus propios caudillos y a sus generales de azar. Así se explica que, obligado a gobernar como combatiente y fuera de las normas constitucionales, no supiera distinguir el momento en que ya la popularidad verdadera señalaba a su sucesor. Quiso aplastarlo como a otro sublevado más, y cayó víctima de su engaño.

La Revolución llevaba diez años de buscarse a si propia. Era mucho el malestar del hombre que despierta después de un largo sueño. Había que enderezarlo todo, y era natural acudir a todos los remedios de la esperanza política. Fórmulas de socialismo obrero y de socialismo agrario, sistema de corporaciones y sindicatos, recetas para la repartición del campo y para la reglamentación del trabajo en las ciudades. Y, sobre todo, escuelas, escuelas. Una gran cruzada por la enseñanza electrizó el ánimo de la gente. No se ha visto igual en América. Será, en la historia, el mayor honor de México.

A partir de 1920 se vislumbra más clara la marcha de la reconstrucción nacional, y los gobiernos se suceden de un modo

continuo. Los levantamientos fracasan, y cada vez los capitanean figuras de menor relieve. La aplicación de los nuevos preceptos constitucionales da lugar a tanteos, conflictos, incomprensiones en el interior y en el exterior, que poco a poco se apaciguan y toman, aproximadamente, el paso de la ley.

Aquella efervescencia, aquel entusiasmo por lo nacional que ya señalamos, tuvo por causa, además de lo que llevamos dicho, el bloqueo práctico a que México se vio sometido durante la Guerra Europea, por no haber podido, en mala hora, definir su actitud, ocupado como estaba en la solución de sus propias luchas intestinas. Entonces hubo que sacarlo todo de la propia sustancia, y entonces el país se dio cuenta de sus grandes posibilidades genuinas. Fue como descubrir otra vez el patrimonio ya olvidado; como desenterrar el oro escondido de los aztecas, ¡aquella sugestiva fábula! ¿De suerte que todo esto teníamos en casa, y no lo sabíamos? Pero ¿habremos sabido de veras aprovechar nuestro tesoro?

Algunos nos han compadecido con cierta conmiseración. Ha llegado la hora de compadecerlos a nuestro turno. ¡Ay de los que no han osado descubrirse a sí mismos, porque aún ignoran los dolores de este alumbramiento! Pero sepan —dice la Escritura— que sólo se han de salvar los que están dispuestos a arriesgarlo todo.

Influencia de las Leyes de Reforma sobre la propiedad[2]

Andrés Molina Enríquez, retrato.

Andrés Molina Enríquez

Ojeada general a las leyes de desamortización

Para la perfecta inteligencia de la cuestión que enunciamos, enviamos a nuestros lectores al cuadro que manifiesta el estado que guardaba la propiedad al consumarse la Independencia. La primera alteración trascendente que sufrió ese estado fue la que le causaron las leyes de desamortización y de nacionalización en la revolución de la Reforma. Las primeras, como dijimos en su lugar, no tuvieron otro objeto que el de quitar a la Iglesia sus bienes para darlos a los mestizos. Si esto se hubiera hecho de un modo directo y preciso habría tenido, cuando menos, la ventaja de que sus efectos hubieran quedado circunscritos a los bienes de la Iglesia, y no hubieran producido en los de las comunidades civiles, y en la propiedad comunal indígena, las profundas perturbaciones que produjo y que no han podido ser remediadas todavía de un modo completo. En la intentada movilización

[2] Este texto es, en estricto sentido, el capítulo IV de la obra de Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales*, publicada por la Imprenta de A. Carranza e Hijos, en 1909, 363 pp.

de la propiedad raíz amortizada, por una parte, se perdió de vista el objeto principal con que se hacía, y era el interés de los mestizos; por otra, no se tomó en consideración la gran propiedad individual propiamente dicha, que como veremos más adelante constituye en nuestro país una verdadera amortización; por otra, se comprendieron los bienes de las comunidades civiles y de las comunidades indígenas, que era inútil, extemporáneo e impolítico desamortizar; y por último, aunque se usó del pensamiento desamortizador como de un disfraz que ocultara la intención verdadera de la reivindicación de los bienes eclesiásticos, ese disfraz a nadie engañó.

Crítica de las leyes de desamortización hecha con el criterio de Ocampo

En detalle, las leyes de desamortización estuvieron muy lejos de haber servido para hacer la inmensa transformación de la propiedad que iniciaron. Las fundamentales, o sean la de 25 de junio de 1856 y su reglamento, trataron de convertir a los arrendatarios de los bienes de comunidades o corporaciones en propietarios de esos bienes, mediante la obligación de pagar una alcabala y de hacer los gastos del contrato respectivo, quedándose a reconocer el precio a interés, sin plazo fijo y a título hipotecario, sobre los mismos bienes; en el caso de que los arrendatarios no hicieran uso de sus derechos, éstos pasaban a denunciantes extraños; los bienes no arrendados debían ser enajenados en subasta pública, quedando el comprador a reconocer sobre ellos el precio de remate. Acerca de las expresadas leyes fundamentales y de sus efectos, para que no se nos diga que

las juzgamos fuera de la época y de las circunstancias en que fueron expedidas, copiamos a continuación el juicio de Ocampo, expresado en la exposición con que justificó las circulares que corrigieron la ley fundamental de la nacionalización, formulada con tan poca voluntad por el criollo Lerdo de Tejada: «Antes de continuar la exposición de este punto, creo conveniente decir primero, que no era tan ventajoso adquirir las fincas con las condiciones de la ley de 25 de junio de 1856. Me bastaría como prueba de tal aserto, citar, que hubo muchísimas fincas, fuera de las capitales, que quedaron sin adjudicarse, porque a ninguno pareció que eran benéficos, en aquellas fincas urbanas, los términos de la adquisición, por haberse caído en el error de igualarlas con las de la capital; pero deseo además mostrar dos razones de las principales para corroborar éste mi dicho. Es un axioma de la Economía Política, que no debe imponerse al capital, sino a la renta. Este principio es fundamental, y el quebrantarlo conduce al absurdo de que el fisco absorba todo, lo que es indebido. La alcabala impuesta a la translación del dominio, es uno de los errores españoles, en que más claramente se ve que la imposición se hace sobre el capital. El inventario social, cuando la finca es de A, en nada se altera, ni menos ha producido, cuando al instante después, la finca es de B, y como de llamarse primero de A y después de B, no se ha producido ningún nuevo valor, es claro que la cuota que deban pagar ó A ó B, ha de tomarse del capital que se transfieren. Como la cuota en nuestro caso, era de un cinco por ciento, si suponemos que en un mismo día el dominio de una finca se transladase a diez y nueve titulares, el pago de las diez y nueve translaciones, al cinco por ciento, habría absorvido noventa y cinco por ciento. Es claro, pues, que para el vigésimo a quien quisiera venderse ó transladarse la misma finca, ya no podría dársele

en esta última operación más que el título, porque el cinco único que restaba de los primitivos cien, debía también ser absorbido por el fisco. (Desprecio las fracciones para hacer más sensible el resultado). Así, por el sólo capítulo de alcabala de translación de dominio, los bienes de manos muertas quedaron gravados en el inventario social, con una suma fuerte, el vigésimo de lo que se supone que valían, tomando tal suma, de los otros bienes de la República, para que la consumiese el Gobierno y para que el clero sanease y mejorase su dominio. Se gravó, pues, la fortuna pública en cinco por ciento en beneficio del clero, que para nada volvería á contribuir á los gastos públicos [...]. Por lo pronto sólo debo hablar de la otra consideración por la que era onerosa la adquisición de los bienes de manos muertas conforme a la ley de 25 de Junio de 1856. A primera vista y para las personas irreflexivas, parece que pagar una cuota cualquiera mensual como renta, es lo mimo que pagar su igual como rédito: si los números son iguales para la exhibición, parece que nada importa que se diferencien en el nombre. Pero en la realidad no es así. El antiguo arrendatario, por sólo llamarse propietario, tenía que pagar al cabo del año, a más de las doce mensualidades de sus primitivas rentas, todo lo que tenía que gastar para la reparación y conservación de la finca, conservación y reparación que antes eran a cargo de la mano muerta. Tenía, además, que sufrir todas las temporadas en que los inquilinatos vacaban, vacaciones que antes eran también a cargo de la mano muerta. De manera, que por el sólo hecho de haberse adjudicado a los inquilinos las fincas urbanas del clero, éste se volvió más rico y los inquilinos quedaron más gravados. Acaso no se habría encontrado, aunque se buscase, medida más hostil contra la sociedad, ni pretexto menos lógico para sacar un cinco por ciento de la fortuna del adquiridor y en

nombre de los bienes que se le adjudicaban disminuidos realmente en esta cantidad, y gravados también realmente con reposiciones y vacaciones, así como con el pago de las contribuciones que antes corrían a cargo del que se llamaba propietario [...]. En México, en donde la abundancia de población, comparativamente a los demás puntos de la República, hace tan fácil el encontrar inquilinos, y subir tanto el precio de los alquileres; en México, en donde la suavidad del carácter había prevalecido sobre la avaricia del sacerdocio, y conservado en muchos casos los bajos arriendos impuestos de muchos años atrás; en México podría ser ventajoso para muchos adquirir la propiedad, a pesar de las gravosas condiciones que he expuesto. Algunos otros casos habría en que, en los demás pueblos de la República, se verificara también ésto; pero sin temor de equivocarme, puedo asegurar que la mayoría de los adjudicatorios de fincas urbanas, adquirió por consideraciones muy diversas de las que un cálculo bien entendido de sus intereses les hubiera hecho tener presentes». Ahora bien, si lo anterior era verdad, tratándose de las fincas urbanas, con mayor razón tenía que serlo tratándose de las rústicas. Ocampo tenía razón. La desamortización, en su mayor parte, no se hizo a virtud de las ventajas concedidas por las leyes de la materia, sino a virtud de otras causas, ni se hizo, en su mayor parte también, por los arrendatarios, sino por los denunciantes. En efecto, el primero y principal resultado de la desamortización fue la desamortización de una parte de la propiedad eclesiástica rural; pero de la gran propiedad, y no por los arrendatarios, sino por los denunciantes. Dadas las condiciones originales de la propiedad en nuestro país, ella ha constituido siempre una verdadera amortización, por cuanto a que los propietarios, una vez que han adquirido una heredad, han tenido hasta ahora, como

hemos dicho en su oportunidad, más el interés de la vinculación por el orgullo del dominio y por la seguridad de la renta que propósitos de verdadero aprovechamiento. Perteneciendo como pertenecía toda la propiedad raíz a los criollos señores, o a la Iglesia, y resistiendo tanto aquéllos cuanto ésta toda clase de enajenaciones, la adquisición de la propiedad era punto menos que imposible, como no se tratara de propiedades situadas fuera y lejos de la zona fundamental de los cereales.

Ventajas alcanzadas por los «criollos nuevos», merced a las leyes de desamortización.

Siendo así, como era efectivamente, los criollos nuevos, que merced a la minería, al comercio, al contrabando, o al agio privado u oficial, habían logrado reunir capitales de relativa consideración, no podían fincar sus capitales para darles la seguridad y firmeza que tiene siempre, aun en los países más agitados, la propiedad raíz. Si a eso se agrega que la propiedad de las instituciones eclesiásticas era la mejor, por el número, situación y condiciones de las fincas en que consistía, se comprende la codicia que inspiraría a todos los capitalistas y a los criollos nuevos en particular. Expedidas las leyes de desamortización, los arrendatarios, como lo comprueba el testimonio de Ocampo, no pudieron aprovechar las ventajas que ella les daba, porque tales ventajas eran ilusorias, ni pudieron, por lo mismo, obtener en propiedad por adjudicación, fincas que tenían en realidad que adquirir por compra; pero los criollos nuevos, a los que Ocampo por repugnancia instintiva de raza, llamaba pillos (véase Juárez, su obra y su tiempo, por el señor licenciado don Justo Sierra), obrando como denunciantes, sí pudieron aprovecharse de dichas leyes, y a virtud de ellas adquirieron fincas

que antes no podían adquirir, porque no estaban en el comercio, no estaban jamás de venta. Esas adquisiciones fueron las primeras operaciones de desamortización. Si ellas hubieran llegado a consumir toda la propiedad eclesiástica, las leyes relativas hubieran llenado su objeto principal. No habrían tenido la ventaja de dividir la propiedad de un modo conveniente, ni la de facilitar la adquisición de las fracciones resultantes, por los mestizos; pero habrían hecho un principio de división, siempre útil, porque permitiéndose la adjudicación de cada finca en particular se disgregaba el haz de flacas, que constituía la propiedad en conjunto de cada institución religiosa, y por lo mismo, en lugar del relativamente escaso número de instituciones religiosas propietarias, podía haber habido después un número de propietarios considerablemente mayor. Pero como las adjudicaciones se hacían a virtud del deseo de adquirir, que animaba a los criollos nuevos, y a virtud necesariamente de su capacidad financiera de satisfacer ese deseo, cuando éste y aquélla se saturaron, la desamortización se detuvo.

Por lo que toca a la forma que hasta entonces llevaba la desamortización, que era una forma no de nacionalización, sino de verdadera expropiación, ella cabía dentro de los moldes usuales del régimen de la propiedad; el título con que se adquiría una finca desamortizada era una escritura pública. Lo malo fue que otorgándose esa escritura casi siempre en rebeldía de las comunidades que escondían los títulos precedentes, quedaba desligada de dichos títulos y venía a constituir forzosamente, por ese solo hecho, un verdadero título de carácter primordial. De modo que la desamortización por expropiación vino a ser una nueva fuente de propiedad, pero no separada de las otras, sino superpuesta, digámoslo así, a las anteriores.

Imposibilidad de los mestizos para aprovecharse de las leyes de desamortización.

Los mestizos que, como hemos dicho repetidas veces, eran pobres cuando no desheredados por completo, no podían aprovechar los beneficios de las leyes de desamortización de los bienes eclesiásticos, porque siendo toda operación de desamortización una verdadera compra a plazo, gravada por un impuesto de transmisión de propiedad, carecían de los recursos necesarios para pagar ese impuesto, para cubrir los costos de la escritura y para hacer los gastos de conservación y aprovechamiento de los terrenos adquiridos, cuando esos bienes eran, como casi todos los de la Iglesia, de alto valor; por lo mismo, con no poco descontento, se dedicaron a buscar bienes por desamortizar al alcance de sus recursos. De pronto, la circunstancia de que la forma natural de la desamortización era la conversión de los derechos de los arrendatarios y denunciantes en derechos de propietarios, no les permitió ver que la propiedad comunal de los pueblos indígenas era también desamortizable; pero tan luego que se dieron cuenta de ello, trataron de desamortizarla, con tanto más empeño cuanto que era mucho más fácil de ser desamortizada que la de la Iglesia, porque de seguro la defenderían menos los indígenas en su estado habitual de ignorancia y de miseria. Algunos pueblos comenzaron a ser desamortizados, y como era lógico, los indígenas despojados ya, y los demás amenazados de igual despojo, se levantaron en armas promoviendo los disturbios de Michoacán, Querétaro, Veracruz y Puebla, que dieron motivo a una circular lírica del Gobierno que nada remedió. Pero como de todos modos esos disturbios detuvieron a los mestizos en su espíritu desamortizador, los mismos mestizos se volvieron al Gobierno en queja de que habían hecho la revolución de

Ayutla, y no lograban alcanzar sus ventajas, quedando en la condición en que años después colocaba Bulnes en uno de sus discursos a todos los jornaleros de la República, diciendo que cosechaban el trigo, pero no se comían el pan. El Gobierno atendió la queja y expidió la circular de 9 de octubre.

Antes de seguir adelante creemos oportuno decir que una de las mejores pruebas que podemos señalar, de que el agente propulsor de la desamortización se encontraba en los mestizos, es la de que no hirió a éstos, a pesar de que todas las rancherías venían a quedar comprendidas dentro de la ley de 25 de junio, puesto que eran de hecho, comunidades de duración perpetua e indefinida. Ellas, en efecto, defendidas por el débil escudo de que las amparaba un título que fue individual, poco o nada tuvieron que sufrir de los denunciantes.

Crítica de la circular de 9 de octubre de 1856

La circular de 9 de octubre parece, a primera vista, bien encaminada al favorecimiento de los mestizos que ella llama clase menesterosa; suprimió la alcabala y los gastos de escritura para la desamortización de las propiedades pequeñas; pero... ¿dónde estaban éstas? Los mestizos, buscando y buscando, encontraron las de las corporaciones civiles y entre éstas las de los Ayuntamientos.

Al organizarse la Conquista, tomó como punto de partida de toda su organización el régimen municipal; sobre la base de los Ayuntamientos se edificó todo el aparato político y administrativo de la dominación española; pero los Ayuntamientos tenían un carácter marcadamente urbano. Se constituían para el gobierno y defensa de las poblaciones, y si bien desde los primeros tiempos de la época

colonial hasta las Ordenanzas de 1840, tuvieron una jurisdicción territorial no muy bien definida, y algunas atribuciones de autoridad en esa jurisdicción, en realidad su acción se redujo a los meros centros poblados en que residían. Esos centros poblados se componían, como todos, del fundo legal o terreno para la población propiamente dicha, de los terrenos de repartimiento y de los ejidos para que pudieran subsistir los habitantes de esa población, y de algunos terrenos que con el nombre de propios se daban a los Ayuntamientos para que tuvieran rentas con que cubrir sus gastos. En esos mismos centros poblados, los Ayuntamientos asumían, además de la propiedad de sus propios, la de los sobrantes del fundo legal, que agregaban a la de los sobrantes de los terrenos de repartimiento, y la administración de los ejidos; los demás centros poblados, en que no residían los Ayuntamientos, se gobernaban solos en cuanto a la distribución y usos de sus terrenos; entre estos últimos pueblos se encontraban los de indígenas, en que la propiedad jurídica de todos los terrenos, desde el fundo legal hasta los ejidos, eran comunes, no existiendo en ellos para la ley propiedad individual alguna. En ese estado se encontraban las cosas cuando se expidió la circular de 9 de octubre.

Volviendo a la citada circular, como quiera que los Ayuntamientos eran corporaciones, estaban comprendidos en la ley de 25 de junio; por de pronto, las dificultades puestas a la desamortización por la misma ley que acabamos de citar, impidieron que surtiera sus efectos en los bienes municipales; pero tan luego que se suprimieron esas dificultades con la circular referida, la desamortización cayó de plano sobre los expresados bienes, más fáciles de desamortizar que los eclesiásticos, porque eran menos defendidos. Los Ayuntamientos iban, pues, a quedarse sin bienes raíces; pero por fortuna para ellos y

por desgracia para los mestizos, la circular de 9 de octubre, como la ley de 25 de junio, llevaba en sí misma una mitad de acción y otra de paralización. Facilitaba la desamortización, pero reducía el beneficio de su facilidad a sólo las propiedades cuyo valor no excediera de doscientos pesos. Éstas eran relativamente pocas, aun entre las de los Ayuntamientos, pero como eran seguramente más que las que había entre las eclesiásticas, muchas sufrieron la desamortización. Eso en realidad no fue malo, puesto que para los Ayuntamientos, lo mismo daba tener que hacer producir rentas a sus propiedades que percibir esas rentas de los desamortizadores; lo malo fue, por una parte, que la exención de la alcabala y de los gastos de escritura, en que consistió el aparente beneficio de la desamortización de propiedades de menos de doscientos pesos, desligó la titulación de esas propiedades de la forma común de la titulación notarial sucesiva, y dio motivo a que la circular de 9 de octubre se convirtiera en una nueva fuente de propiedad, separada del resto de la procedente también de la desamortización, por la desigualdad de titulación entre una y otra; y por otra parte, que a virtud de ser el límite de los doscientos pesos señalados para la exención referida tan bajo, la nueva propiedad derivada de la circular de 9 de octubre vino a constituir por separado, como acabamos de decir, una propiedad excesivamente pequeña, que tuvo que colocarse al lado de la muy grande que ya era de los criollos señores, y de la muy grande también de la Iglesia, que ya era en parte, y que iba a ser un poco después, casi en su totalidad, de los criollos nuevos. Esto tenía que producir y produjo para lo porvenir tres gravísimas consecuencias: fue la primera, la de que el régimen de esa pequeña propiedad, por su misma pequeñez y su apartamiento del sistema notarial de titulación, necesariamente tuvo que ser

defectuoso e irregular en lo sucesivo; fue la segunda, la de que por causa de esas condiciones del régimen de la propiedad pequeña, ésta tenía que verse, como se ha visto, privada por muchos años de los beneficios del crédito; y fue la tercera, la de que cada día se tenía que ir haciendo, como se ha hecho efectivamente, más ancho y más hondo el abismo que separaba a la propiedad pequeña de la grande, con grave perjuicio de la población nacional, como adelante veremos. No fue eso lo peor, sin embargo, de la circular de 9 de octubre; lo peor de ella fue que dio el procedimiento de desamortización de la propiedad comunal indígena.

Hasta el 9 de diciembre de 1858, la desamortización no había visto los pueblos o comunidades de indígenas, a pesar de los disturbios de Michoacán, Querétaro, Veracruz y Puebla, de que hablamos antes; las rancherías, no las llegó a ver jamás. Los pueblos de indígenas plenamente comunales comenzaban a ser desamortizados en detalle por los mestizos, que se sustituían a los indígenas cuando el subprefecto de Tula rindió su informe acerca de las condiciones de los indígenas en su demarcación. Respondiendo a su informe, la desamortización dictó disposiciones que la dividieron en dos ramas: una, la anterior, fue la de expropiación en favor de los arrendatarios o denunciantes; y la otra, la nueva, fue la de simple división; en esta última se destruía la comunidad, dividiendo la propiedad, y se ponían las fracciones de ésta en circulación.

Desastrosas consecuencias de la aplicación de la circular de 9 de octubre de 1856 a la división de los pueblos de indígenas

La división de la propiedad comunal indígena, comenzada entonces y no terminada aún, ha producido desastrosas consecuencias que la desamortización pudo haber previsto. A raíz de la Independencia,

cuando el Estado de México comprendía los Estados de Hidalgo, Tlaxcala, Morelos y Guerrero, y lo que ahora es el Distrito Federal, teniendo por capital la Ciudad de México, la comisión de Gobernación del primer Congreso constituyente de dicho Estado, en un informe relativo a propios y arbitrios de los Ayuntamientos, decía lo siguiente: «La Diputación Provincial tocó con mucho tiento y delicadeza en la exposición que hizo para presentar dicho plan, el problema político de si convendría más aplicar en propiedad a los vecinos de los pueblos las tierras de fundo legal ó de repartimiento, las comunes y las llamadas de Cofradías, ó si sería mejor repartirlas, según sus necesidades, bajo un pequeño canón ó arrendamiento que sirviese para aumentar en razón de propios, los fondos de los mismos Ayuntamientos. Se decidió a lo segundo, por cuanto de este modo jamás se enajenarían las tierras como se ha hecho hasta aquí por los poseedores con la mayor indiscreción y a virtud de cualquiera de las urgencias en que regularmente se hallan por su notoria miseria é ignorancia, aprovechándose de su debilidad y abatimiento los colindantes, quienes se las han usurpado ó comprado por precios raterísimos, haciendo de este modo sus cuantiosas haciendas en beneficio particular y privado. La Comisión opina de esta misma manera, pues aunque considera que sería de mucha utilidad y conveniencia pública reducir conforme al nuevo sistema de Gobierno, a dominio particular todas las tierras que hoy tienen en común los pueblos, teme que no teniendo sus vecinos con qué cultivar los terrenos que se les adjudicasen en propiedad, ó teniendo entonces la facilidad de enajenarlos, los abandonarían en perjuicio suyo y con detrimento del pueblo, ó se quedarían sin ellos, aumentándose sus necesidades, viéndose así obligados a hacer continuos recursos para que se les den nuevas tierras, con oposición

fundada de los colindantes propietarios, entre quienes se suscitarían pleitos y contiendas demasiado ruinosas y perjudiciales». No se nos dirá que juzgamos del asunto con criterio posterior, sino con el criterio que se tenía en 1824. ¡Qué lejos de ese criterio se obraba en 1856!

El resultado de la repartición de los terrenos de los pueblos de indígenas fue que los indígenas perdieron dichos terrenos. No podía ser de otro modo. La comunidad tenía para los indígenas notorias ventajas. Desde luego, aunque los terrenos comunes eran, en lo general, estériles y de mala calidad, ofrecían a los mismos indígenas medios de vivir en todos los estados de su evolución, desde el de horda salvaje hasta el de pueblo incorporado a la civilización general; rendían esos terrenos muchos aprovechamientos de que los indígenas podían gozar sin gran trabajo, sin capital, y lo que es más importante, sin menoscabo alguno apreciable de dichos terrenos; entre esos aprovechamientos podemos señalar, los de los montes, como la madera que tomaban para vender, en leña, en vigas, en morillos, en carbón, y para alumbrarse, para calentar sus hogares y para caldear sus hornos de teja, de ladrillo y de alfarería; los de las llanuras, como pasto que utilizaban para la alimentación de sus animales, y no sólo de sus animales grandes, sino pequeños, como guajolotes, gallinas, etc.; los de las aguas, como la caza de patos y de otras aves, la pesca de peces y de otros animales de alimentación también; y otros muchos como los del barro, el tequexquite, la cal, etc., en los cuales el trabajo de producirlos y aderezarlos tocaba a la naturaleza, y a los indígenas sólo tocaba el pequeño esfuerzo correspondiente a su grado evolutivo para consumirlos o ponerlos en el mercado. Además, la comunidad ofrecía a los indígenas la ventaja de la posesión de la tierra, y la de no perder esa posesión en las bajas de su miserable fortuna; hoy, si

alguno tenía recursos, tomaba un solar sin requisitos de titulación, sin pago de alcabala y sin dificultades de posesión, lo sembraba de maíz o de cebada y aprovechaba la cosecha; si esa cosecha se perdía mañana, abandonaba el solar y se dedicaba a vivir de otra cosa; pero si después volvía a tener recursos, volvía a encontrar desde luego otro solar en igualdad de circunstancias para recomenzar el trabajo y hacerse labrador. Dentro de la comunidad, como era consiguiente, se respetaba el derecho del ocupante y, poco a poco, se iba formando en ella una especie de propiedad individual que se transmitía de padres a hijos. No ha acertado México independiente, con un medio más eficaz de ayudar a la raza indígena que el de la comunidad.

La división adolecía, desde luego, del defecto capital de tener que reconocer la igualdad jurídica del derecho de todos los vecinos y de tener que hacer la repartición del terreno entre todos esos vecinos por partes iguales, lo cual si se hacía, producía el atropello de los derechos de ocupación adquiridos a favor del tiempo, por algunos —los más aptos y los de mayores recursos sin duda—, en beneficio de los demás. En esa forma, la división tenía que dar a cada parcionero una porción que si era de cultivo y el parcionero era agricultor, no era la que estaba en relación con la situación de la casa de éste, ni tenía las dimensiones del solar anterior, ni reembolsaba al mismo agricultor de las pérdidas consiguientes al abandono de lo que tenía como suyo; si el parcionero no era agricultor y la fracción era de cultivo, aquél no tenía ni capacidad ni capital para aprovechar ésta; si la fracción no era de cultivo y el parcionero era agricultor, tenía éste que recomenzar de nuevo, sin capital, el trabajo de preparación del terreno; si el parcionero no era agricultor y el terreno no era de cultivo, éste no ofrecía ya los aprovechamientos naturales del conjunto y ninguna

utilidad ofrecía a aquél. Esos aprovechamientos naturales venían a ser precisamente la base de la alimentación de todos y a todos tenían que hacer falta. Ahora, si respetando las posesiones anteriores, se dividía entre los no poseedores el terreno no poseído, de golpe se constituía a esos no poseedores, que no habían sido capaces de ser poseedores siquiera, en propietarios, haciéndolos saltar por sobre el estado de poseedores que es intermedio, dándoles con esto ventajas que ellos no sabían ni podían aprovechar, e imponiéndoles obligaciones que sí tenían que serles pesadas, como la titulación, el pago de impuestos, las operaciones notariales sucesivas, los juicios de sucesión, etc. Se comprende que en este caso, privados de los aprovechamientos comunes de que vivían, bajo la imperiosa necesidad de vivir y ante los gravámenes de la calidad de propietarios, la mayor parte de los indígenas no utilizaran sus fracciones sino vendiéndolas, y vendiéndolas en condiciones de gran oferta, reducida demanda y apremiante necesidad de realización. Los mestizos se apresuraron a comprar; las fracciones de terrenos de indígenas se valuaban en cinco, diez, cincuenta pesos, y se vendían en dos, cinco, veinte, etc. Algunos Estados trataron de impedir esas enajenaciones ruinosas e impusieron duros gravámenes a los compradores; fue inútil y altamente perjudicial, porque depreció los terrenos, que se siguieron vendiendo sin más requisito que la translación del título. Esto ha llegado hasta nuestros días. Muchas veces, y de ello nosotros damos testimonio personal fundado en observaciones hechas durante nueve años en varias poblaciones pequeñas, los mestizos han gestionado la repartición de los pueblos indígenas, han comprado casi todos los terrenos, han hecho expedir los títulos correspondientes y han recogido esos títulos desde luego, pagando los impuestos a nombre de los

adjudicatarios. Muchos indígenas de los adjudicatarios, no fueron un solo día propietarios de las fracciones que les dieron en adjudicación, y si se hiciera una investigación acerca de los precios de venta, se encontraría que un terreno había costado al comprador algunas piezas de pan, otro algunos cuartillos de maíz, y los más algunas jarras de pulque o algunos cuartillos de aguardiente. Una vez que los indígenas enajenaban sus fracciones, no tenían ya de qué vivir; no habiendo ya leña, vigas, morillos, ni carbón que vender; no teniendo ocotes con que alumbrarse, ni rajas con que hacer sus tortillas, ni leña muerta con que quemar los trastos de barro de su industria alfarera; no teniendo con qué alimentar a sus animales; no teniendo ni caza, ni pesca, ni plantas de alimentación con que alimentarse a sí mismos; careciendo en suma, de todo, dejaban de ser hombres pacíficos para convertirse en soldados mercenarios prestos a seguir a cualquier agitador.

Formación de la pequeña propiedad individual

En su procedimiento, la desamortización por división, a virtud de una curiosa singularidad, que por supuesto no llegó entonces a preverse, tomó la forma de la circular de 9 de octubre de 1856, como si para ese efecto hubiera sido dada, y fundándose en ella se expidieron y se expiden todavía los títulos de las fracciones. Dada la inmensa lejanía que existe en la titulación de esas fracciones comúnmente llamadas de repartimiento, desde el título primordial, o sea la merced si la hubo, o bien desde la última operación titulada, hasta los títulos de las fracciones, éstos vinieron a tener el carácter de primordiales. Con mayor razón vinieron a tener ese carácter los títulos de las fracciones

de división de los pueblos que procedían de la época precortesiana y que no fueron legalmente mercedados. Todos esos títulos engrosaron considerablemente el número de los de la pequeña propiedad, menor de doscientos pesos de valor, comenzada a formar por la circular de 9 de octubre con los terrenos de los Ayuntamientos.

En la pequeña propiedad que comenzó a formarse por la desamortización de los terrenos de los Ayuntamientos, a virtud de la circular de 9 de octubre, y cuyos graves inconvenientes antes señalamos, la condición de la propiedad pequeña proveniente del fraccionamiento de los pueblos de indígenas vino a ser, todavía, inferior por varias razones que muy brevemente pasamos a indicar. La repartición de los pueblos se ha hecho, desde entonces hasta ahora, de un modo tan sumario y tan imperfecto que apenas puede haber un diez por ciento en toda la República de títulos de repartimiento que merezcan completa fe; casi todos contienen errores de mensura o de deslinde, cuando no de ubicación. Dada la pequeñez de las fracciones, no ha podido exigirse a los peritos agrimensores, ni conocimientos suficientes en la materia, ni plena honorabilidad. De la falta de los unos y de la otra han venido innumerables trastornos, y por esa misma falta, se han cometido incalificables abusos que han dado lugar a levantamientos y motines. Muchas veces cuando ya la repartición está hecha, los disturbios que su ejecución ha provocado han dado lugar a nulidades y rectificaciones que han producido gran confusión. Tan familiar nos ha llegado a ser ese estado de cosas que ya la atención no se fija en él. Por otro lado, la forma de adjudicar las fracciones de los parcioneros, derivada de la circular de 9 de octubre, no ha pedido ser más absurda ni más funesta. Si, pues, los bienes comunes de los indígenas eran ya de éstos, como siempre se había creído y

como entonces se reconoció, y sólo había que destruir la comunidad para hacer entrar esos bienes en la circulación, lo más natural hubiera sido que los títulos de repartimiento hubiesen sido títulos de plena propiedad; debieron de haberse expedido con ese carácter, pero como nada se dispuso acerca de la manera de hacer la división, y ésta tomó la forma de la circular de 9 de octubre, las adjudicaciones por repartimiento se hicieron como las de desamortización, por expropiación, es decir, mediante el reconocimiento a censo del precio o valor de las fracciones, y mediante la obligación más o menos tardía, pero necesaria, de la redención para la consolidación de la propiedad. De esto tenían que derivarse dos cosas: es la primera, la de que no habiendo habido anterior dueño, no se ha sabido ni se sabe aún a favor de quién está hecho el reconocimiento, por más que el Gobierno Federal haya dictado posteriormente algunas disposiciones de condonación; y es la segunda, la de que el peligro posible de una redención ha producido una depreciación considerable del valor de las fracciones, la que se ha hecho sentir en cada caso de venta de ellas, pues siempre el comprador deduce del precio una parte del valor de adjudicación, si no lo reduce todo. Por último, siendo como es tan insignificante el valor de cada fracción de repartimiento, puesto que ninguna ha podido exceder de doscientos pesos, ni aun en el caso de que le tocara al parcionero respectivo una de precio mayor, porque no habiendo disposición alguna que prevea ese caso, la práctica ha hecho que entonces el terreno se divida en fracciones menores, para que todas quepan dentro del límite expresado; siendo tan insignificante el valor de cada fracción, decimos, no pueden desprenderse del título de adjudicación de ella los demás títulos necesarios para que exista la titulación sucesiva, porque las nuevas

operaciones que hayan de hacerse, no teniendo ya la excepción de la liberación de gastos y trámites, tienen que ser hechas con los gastos notariales comunes, demasiado altos para ser posibles. Una vez expedido el título de adjudicación, el adjudicatario lo guarda; si tiene que vender el terreno, transfiere el título como si fuera un título al portador; si muere, sus herederos siguen poseyendo el terreno con él, formando todos una nueva propiedad comunal. Después de cierto tiempo es imposible encadenar la titulación; los gastos de ese trabajo importarían mucho más que el terreno mismo. Acerca de esto tenemos una gran experiencia.

Por lo demás, la desamortización, a pesar de la enfática prescripción del artículo 25 de la ley de 25 de junio, no se ha hecho como ya dijimos en las comunidades rancherías, ni en todas las comunidades pueblos; a partir de las leyes de nacionalización, la desamortización de estas últimas comunidades se ha hecho con poco empeño, por fortuna. A ella responden todavía consecuencias inesperadas; en estos últimos tiempos la repartición de los pueblos produce un resultado fatal, y es el de hacer desaparecer con increíble violencia la arboleda de los montes de esos pueblos; las fracciones muy pequeñas de monte sólo producen cuando se arrasan.

Función de las leyes de nacionalización

Las leyes de nacionalización corrigieron en mucho a las de desamortización, porque hicieron entrar al dominio privado todos los bienes de la Iglesia; no sólo los bienes raíces, sino los capitales impuestos sobre ellos. Esto hizo que el movimiento de la propiedad, comenzado por la desamortización, se limitara a sólo los bienes

eclesiásticos, deteniéndose y aun retrocediendo en los demás bienes desamortizables. Por lo que respecta a aquéllos, la desamortización se confundió con la nacionalización, y esa circunstancia facilitó y aceleró el movimiento iniciado, mostrando claramente cuánto mejores fueron las leyes que hicieron la nacionalización que las que pretendieron hacer la desamortización. Esas leyes no impusieron alcabala, permitieron la división de las fincas, sobre todo de las urbanas, facilitaron la redención de los capitales que se quedaban a reconocer sobre las fincas nacionalizadas, favorecieron con grandes descuentos la adquisición de los capitales nacionalizados también, y pusieron en suma, más al alcance de todos, los bienes de la Iglesia, los raíces para que fueran adquiridos por cortos capitales, y los capitales para que fueran adquiridos los bienes raíces. Por lo que toca a la forma que las leyes referidas fijaron para la nacionalización de dichos bienes, y que era, no de expropiación, sino de reivindicación, cabía como la de expropiación de las leyes fundamentales de desamortización, dentro de los moldes usuales del régimen de la propiedad; el título de adquisición era también la escritura pública, pero también como en la desamortización sucedió en la nacionalización, que otorgándose esa escritura en rebeldía de las comunidades y corporaciones religiosas, que escondían los títulos precedentes, dicha escritura vino a quedar desligada de los expresados títulos, y vino a constituir por ese solo hecho, un nuevo título de carácter primordial. De modo que la nacionalización vino a ser también una fuente de propiedad superpuesta a las anteriores. En lo referente a los nacionalizadores, a pesar de las favorables condiciones de las leyes relativas, como para las operaciones de la nacionalización se necesitaba siempre capital, dichas operaciones se hicieron mucho más por los criollos nuevos que por los mestizos; aquéllos, uniendo los bienes adquiridos por

la nacionalización a los adquiridos antes por la desamortización, llegaron a ser clase de intereses; éstos, es decir, los mestizos, uniendo de igual modo a los bienes constituidos en rancherías, los adquiridos por la nacionalización y los adquiridos antes por la desamortización, comenzaron a ser clase de intereses también. Esto fue altamente benéfico, por que se formó una nueva clase propietaria activa y se comenzó a formar otra, pero no fue ése, sin embargo, el mayor beneficio de la nacionalización. El mayor beneficio de ella consistió en que unió a esas dos clases, la de los criollos nuevos y la de los mestizos, con los lazos del interés común, comenzados a formar desde la desamortización; después de la nacionalización el destino de los unos era el de los otros, y eso produjo muy trascendentales consecuencias que pueden resumirse en dos, que fueron: la consolidación de la preponderancia de los mestizos como clase directora, consolidación definitivamente asegurada en el interior, y la imposición de la nacionalidad nacida de esa preponderancia, al exterior. Porque hay que decirlo francamente: la Intervención francesa y el Imperio que de ella se derivó fracasaron, como en otro lugar dijimos, porque tropezaron con los intereses de los criollos nuevos que eran los suyos; de allí el empeño de conservar en el Imperio la Reforma, cambiando sólo el elemento de raza director, es decir, poniendo a los criollos conservadores en lugar de los mestizos bajo la forma del Gobierno imperial; empeño inútil, porque la unión de intereses que existía entre los mestizos y los criollos nuevos era indestructible.

Pero a pesar de las leyes de nacionalización, el abismo abierto entre la propiedad muy grande de origen colonial y la muy pequeña, que formaron las leyes de desamortización, no pudo llenarse. Al contrario, habiendo desaparecido con los bienes del clero el motivo

radical de la contienda de propietarios que seguían los criollos señores y el mismo clero, y habiendo pasado la propiedad de éste a los criollos nuevos en calidad también de gran propiedad, la propiedad grande se consolidó enfrente de la pequeña, haciendo definitiva la separación de ambas. Esa separación habría ya producido serios conflictos, si no fuera por la colocación intermedia de los criollos nuevos entre los criollos señores y los mestizos. Pero los criollos nuevos, por lo mismo de que recibieron la propiedad del clero como gran propiedad, no han formado clase media, clase que los mestizos apenas han formado también, porque la propiedad ranchería que ellos tenían desde antes, era muy escasa y estaba sujeta a las trabas de la propiedad comunal, y la que ellos recibieron por la desamortización se dividió mucho. La clase media se hubiera formado bien si, como Ocampo lo deseaba y lo pedía, se hubiera dividido la propiedad del clero al pasar a los nuevos propietarios, pero no se hizo así por desgracia; si se hubiera hecho, la paz porfiriana de que con tanto orgullo nos envanecemos, sería ya tal vez la paz definitiva.

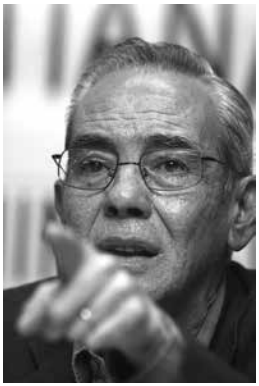
Juicio sintético de la obra general de la Reforma

En suma, la Reforma, en lo que respecta a la propiedad, hizo una obra incompleta y gravemente defectuosa; aun así, fue una obra benéfica, porque poniendo en circulación toda la propiedad eclesiástica, una parte de la municipal y otra parte de la comunal indígena, formó una nueva clase de intereses que fue la de los criollos nuevos o criollos liberales, y ayudó a formar con los mestizos, que ya eran la clase preponderante, una nueva clase de intereses también. El hecho de que los mestizos comenzaran a ser clase de intereses significó

la consolidación de su preponderancia, y esto ha significado el afianzamiento de la nacionalidad, tanto en el interior cuanto para el extranjero; pero sin duda la obra de la Reforma pudo haberse hecho mejor, porque pudieron haber quedado con ella resueltos los grandes problemas, que son el objeto principal de este libro.

México: revolución burguesa y política de masas[3]

Arnaldo Córdova



Arnaldo Córdova / © Revista de Ciencia Política UAM-I

En la historia política de América Latina el Estado mexicano del siglo XX ocupa un lugar de primerísima importancia, no sólo porque es el Estado que rige a la mayor sociedad nacional de la región, después del Brasil, y la mayor nación de habla hispana en el mundo, sino ante todo porque México ofrece el único caso en todo el continente al sur del Río Bravo de un régimen político bien construido, estable y con una tendencia natural a la permanencia de las instituciones políticas.

En el periodo de los últimos cincuenta y seis años México es el único país latinoamericano que no ha padecido un golpe de Estado. Las tres únicas rebeliones militares que ha experimentado (la llamada "delahuertista" de 1923, la "escobarista" de 1929 y la "cedillista" de 1938) encontraron un gobierno lo suficientemente fuerte y con la necesaria solvencia social como para conjurarlas sin que el régimen político debiera modificar en algo su propia estructura; por el contrario y dado que el triunfo rehabilita y prestigia, el Estado mexicano salió de

[3] Texto publicado originalmente en los *Cuadernos Políticos*, número 13, Editorial Era, julio-septiembre de 1977, pp. 85-101.

esas pruebas más fortalecido y con mayor ascendiente entre aquellos que gobernaba.

En términos generales, se puede decir, el Estado mexicano contemporáneo muestra un gran punto a su favor frente a otros Estados de América Latina, o sea: su gran capacidad para absorber el impacto que produjo, en todo el continente, el ingreso de las masas en la política y, también, para convertir la política de masas en un instrumento del fortalecimiento de su propia estructura y de su propio ascendiente en el seno de la sociedad. Como es bien sabido, la política de masas es obra de la expansión del capitalismo, y no sólo en América Latina; también en Europa y Estados Unidos, o para ser más exactos: ***sobre todo*** en Europa y Estados Unidos. Por ella y en razón de ella el "interlocutor social" y, al mismo tiempo, el beneficiario exclusivo del Estado, dejaron de serlo las élites tradicionales y el Estado mismo pasó a considerarse, efectivamente, como el representante ***de la sociedad*** en su conjunto. En Europa y Estados Unidos, pero sobre todo en Europa, esta conversión del Estado se operó a partir del momento en que los movimientos sociales emergentes conquistaron el sufragio universal, a fines del siglo XIX, e impusieron en el terreno de la lucha electoral la presencia de la moderna lucha de clases[4]: como escribió George

[4] Véanse al respecto, Maurice Duverger, *Los partidos políticos,* Ed. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1957, p. 17 y Umberto Cerroni. "Il Partito politico", en *La libertá del moderni,* De Donato, Bari, pp. 214 ss. La lucha por el poder político cambió de signo cuando las masas trabajadoras irrumpieron en el escenario de la historia; también lo hizo la lucha revolucionaria. En este respecto, Engels escribía en 1895 que hasta 1848 "todas las revoluciones se habían reducido al derrocamiento y sustitución de una determinada dominación de clase por otra; pero —aclaraba— todas las clases dominantes anteriores sólo eran pequeñas minorías, comparadas con la masa del pueblo dominada. Una minoría dominante era derribada, y otra minoría empuñaba en su lugar el timón del Estado y amoldaba a sus intereses las instituciones estatales. Este papel correspondía al grupo minoritario para la dominación y llamado a ella por el estado del desarrollo económico y, precisamente por esto y sólo por esto, la mayoría dominada, o bien intervenía a favor de aquélla en la revolución o aceptaba la revolución tranquilamente. Pero, prescindiendo del contenido concreto de cada caso, la forma común a todas estas revoluciones era la de ser revoluciones minoritarias. Aun cuando la mayoría cooperase a ellas, lo hacía —consciente o inconscientemente— al servicio de una minoría; pero esto, o simplemente la actitud pasiva, la no resistencia por parte de la mayoría, daba al grupo minoritario la apariencia de ser el representante de todo el pueblo". La nueva época, en cambio, se distinguía, en esta visión histórica de Engels, por el papel esencia que estaban desempeñando las masas trabajadoras por todas

Burdeau, de la política del "ciudadano", abstracto, se pasó a la política del "hombre situado", con su posición de clase y con sus intereses de clase como programa político.[5]

En América Latina la insurgencia de las masas en la política nacional representa un capítulo amargo en la historia de los diferentes países de la región y por todas partes vino a significar la decadencia y la crisis del Estado oligárquico tradicional y en varios casos la quiebra irremediable del sistema económico, generalmente agroexportador o minero exportador, sobre el que asentaba y al que se regía.[6] En

partes y que en Europa cobraba cuerpo en la lucha electoral. "La época de los ataques por sorpresa —observaba el gran compañero de Marx—, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado. *Allí donde trate de una transformación completa de la organización social, tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, porqué dan su sangre y su vida.* Esto nos lo ha enseñado la historia de los últimos cincuenta años. Y para que las masas comprendan lo que hay que hacer, hace falta una labor larga y perseverante. Esta labor es precisamente la que estamos realizando ahora, y con un éxito que sume en la desesperación a nuestros adversarios". Friedrich Engels, "Introducción" a Karl Marx, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850,* en Marx-Engels. *Obras escogidas,* 2 vols. Ed. En Lenguas Extranjeras, Moscú, t. I, 1951, pp. 108 y 118 (subrayado nuestro).

[5] Georges Burdeau, *La démocratie*. Ed. du Seuil, París, 1966, pp. 24 y 25, y, del mismo autor, *Traité de science politique*. Librairie de Droit et Jurisprudence, París, t. IV, 1952, pp. 442 ss.

[6] Resultado del desarrollo del capitalismo, por lo tanto, obra del Estado oligárquico, la sociedad nacional y la sociedad de masas estaban, sin embargo, directamente en contradicción con el carácter elitario, caciquil y caudillista del Estado oligárquico, lo que determinó, a la vez, la violencia social que acompañó a la crisis de aquel régimen. Octavio Ianni, nos parece, caracteriza bien el Estado oligárquico cuando escribe: "En general, las diversas modalidades políticas de la oligarquía se orientaban en el sentido del autoritarismo y personalismo inherentes a la dominación patrimonial. Cualesquiera que fuesen los fundamentos de las relaciones económicas predominantes (explotación de minas de hierro, cobre, plomo, estaño, extracción de guano, salitre, hule, ganadería, cultivo de trigo, café, cacao, etcétera, o sea, minería, actividades extractivas pecuarias o agrícolas) las relaciones de producción eran siempre dominadas por las relaciones y estructuras políticas de tipo oligárquico. En ese contexto, el presidente o dictador o emperador correspondían a una figura de oligarca, en el ámbito nacional. En última instancia, el gobernante reproducía la imagen del hacendado, en dimensiones nacionales. Gobernaría según las condiciones y exigencias económicas, políticas y sociales abiertas por las actividades productivas predominantes, a las que puede estar ligado por sus intereses personales directos o por su condición de clase". Esto es lo que nosotros hemos llamado "régimen de privilegio", cuyas repercusiones en la estructura social el mismo Ianni describe acertadamente en los siguientes términos: "A despecho de sus relaciones fundamentales con los sistemas capitalistas dominantes, las sociedades latinoamericanas no se organizan plenamente en términos de relaciones de clase. A pesar de ser sociedades organizadas para producir mercancías para el mercado capitalista externo (petróleo, hierro, cobre, estaño, guano, salitre, hule, carne, trigo, café, plátanos, azúcar, etcétera), las relaciones de producción internas no se configuran como relaciones entre clases sociales claramente delineadas como tales. Es que la forma por la cual esas sociedades se vinculan externamente exige un alto índice de explotación de la mano de obra nacional, lo que implica mantener a los trabajadores en las condiciones peculiares de la situación de acumulación originaria. En ese contexto —concluye el sociólogo brasileño—, persisten formas que no son propiamente capitalistas de utilización de la fuerza de trabajo, esto es, formas combinadas de organización de las relaciones de producción. Recuérdese que en el siglo XIX la esclavitud de indios, mestizos, negros y mulatos estaba bastante generalizada. Incluso en los países en los que el régimen había sido extinguido formalmente subsistían formas de trabajo forzado" (Octavio Ianni, *La formación del Estado populista en América Latina*. Ed. Era,

varios de estos países la insurgencia de las masas no fue capaz de proporcionar instituciones duraderas y estables, produciendo en cambio auténticos vacíos de poder que culminaron, sobre todo en Brasil y Argentina, dos de las mayores naciones latinoamericanas, con soluciones de tipo militar que significa ron, a la vez, la anulación de las formas políticas de organización de la vida social. En su gran mayoría, los países latinoamericanos siguen sin reponerse, material y espiritualmente, del impacto que este fenómeno produjo hace ya más de medio siglo en sus estructuras y en sus instituciones sociales. Que sean sociedades atrasadas, incapaces de liquidar las rémoras y las limitaciones heredadas del pasado, sólo puede explicarse por el hecho de que son, siempre lo han sido, sociedades con economías dependientes; que sean, además, sociedades conflictivas, desgarradas por antagonismos irreconciliables, desintegradas nacionalmente, sometidas a regímenes brutales, en los que la violencia generalizada constituye el verdadero órgano del control social y del poder político, sólo puede explicarse, a su vez, por el hecho de ser sociedades de masas en las que no existe una política de masas, o para decirlo de otra manera, en las que los conflictos sociales que genera la expansión de la sociedad moderna, capitalista, no se han institucionalizado, operando de tal suerte como elementos promotores de la inestabilidad y la desintegración de las sociedades nacionales.[7]

México, 1975, pp. 70-72; sobre las vicisitudes del Estado oligárquico en los mayores países latinoamericanos, véase la hoy indispensable obra de Marcos Kaplan, *Formación del Estado nacional en América Latina.* Ed. Universitaria, Santiago, 1969). Régimen de privilegio con formas más o menos generalizadas de sujetaron personal de los trabajadores, sobre todo en industrias agropecuarias y extractivas y contención forzada del sistema moderno de clases sociales: he ahí el verdadero venero de la violencia y, como ocurrió en México, de la revolución.

[7] Sobre la aparición y desarrollo contradictorios y antagónicos de la sociedad de masas en América Latina, véanse los ya clásicos estudios de Gino Germani, Termite S. di Tella y Octavio lanni reunidos por este último autor en *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*; Ed. Era, México, 1973, y, de Francisco Weffort, "Clases populares y desarrollo social. Contribución al populismo", en Aníbal Quijano y Francisco Weffort, *Populismo, marginación y dependencia: Ensayos de interpretación sociológica*; Ed. Universitaria, San José; Costa Rica, 1973; del mismo Germani; *Sociología de la modernización.* Ed. Paidós, Buenos Aires, 1969:

En México, por el contrario, la irrupción de las masas trabajadoras en la política nacional, a través de la Revolución de 1910 a 1917, aparte de que trajo aparejada, como en ninguna otra parte del continente, la más completa destrucción del antiguo Estado oligárquico y de su sistema económico, provocando con ello la mayor conmoción social experimentada por América Latina desde las guerras de Independencia, constituyó además el móvil, la causa y la plataforma sobre la que se levantó un Estado cuyo poderío sobre la sociedad y cuya estabilidad siempre han sido reconocidos como sus características más notables. En efecto, México fue el único país latinoamericano en el que, en la era de la crisis general del Estado oligárquico, las masas se convirtieron en un auténtico factor de poder, no sólo como el disolvente de la vieja sociedad oligárquica, sino también y sobre todo como la verdadera fuerza propulsora del proceso de creación y consolidación de las instituciones políticas modernas del México del siglo XX. Y todo ello, lo que puede antojarse paradójico, aunque sólo en apariencia, sin que las propias masas decidieran, por si solas, ni el carácter, ni la tendencia histórica, ni el programar político, económico y social de tales instituciones. Las masas trabajadoras mexicanas, con su insurgencia, determinaron la destrucción del antiguo régimen, pero carecieron siempre de los elementos materiales y espirituales para decidir el rumbo que México había de seguir en el futuro.

Sin duda alguna en México, como en el resto de América Latina, la sociedad: de masas es el producto natural de la evolución del capitalismo en las condiciones del sistema mundial del imperialismo, y ella misma revela una reorganización de las relaciones sociales, clasistas, de acuerdo con las necesidades y las condiciones de la economía dependiente. La expansión del capitalismo produce la sociedad de

masas, pero la sociedad de masas aparece desde su nacimiento como una sociedad violentamente contradictoria en cuyo seno se escenifica un conflicto permanente entre los nuevos sectores sociales (las masas asalariadas) y las estructuras económicas de las sociedades nacionales. En esas condiciones, se vuelve indispensable un Estado capaz de regular las tensiones sociales, controlar y dirigir el ascenso de las masas y, al mismo tiempo, proteger el aparato productiva de la sociedad y las relaciones de propiedad que se condensan en tornó a el; Estas son tareas que, por lo demás, se llevan a cabo con el concurso y con el apoyo de las masas trabajadoras o no se llevan a cabo de ninguna manera y el mismo Estado acaba por desintegrarse, tal y como ocurrió con los regímenes políticos denominados populistas;[8] son también tareas para las que, por supuesto, él Estado oligárquico, por su estructura autocrática y por su representatividad social limitada, está completamente negado. Sin embargo, la manera como surge la sociedad de masas y se construye el nuevo Estado, en cierto sentido, está condicionada por la obra anterior del Estado oligárquico y por el mayor o menor antagonismo con que se han desarrollado las

[8] El concepto de "populismo", cuya difusión en los últimos años sesenta por América Latina estuvo a cargo fundamentalmente de los sociólogos brasileños, se usó, sin mucha resistencia en contra, para designar los fenómenos del varguismo, en el Brasil; y del peronismo, en Argentina. En ambos casos y en términos generales, se intentaba un esfuerzo, original hasta entonces y sin las pretensiones teóricas interminables que luego se sucedieron, por caracterizar el desarrollo de la política de masas en aquellos dos países sudamericanos: En este sentido la obra de Weffort resulta inapreciable; aparte del ensayo citado, del mismo autor puede verse "El populismo en la palita brasileña", en, varios autores, *Brasil hoy*. Ed. Siglo XXI, México, 1968, pp. 58-84; aunque el tema es tratado parcialmente, observaciones importantes se hicieron en, Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica.* Ed. Siglo XXI, México, 1969. Con ser tan importante, el tema fue abandonado poco después, principalmente por los propios autores que lo habían promovido y por un exceso de nominalismo dogmático (evidentemente el problema fue el término mismo escogido para designar el fenómeno: *populismo*). Sólo las investigaciones de Octavio Ianni (las obras ya citadas y sus libros anteriores sobre el Brasil, entre los que destaca *O colapso do populismo no Brasil.* Ed. Civilisação Brasileira, Río de Janeiro, 1968) y uno que otro esporádico estudio de algunos autores especializados en el análisis de la política latinoamericana siguieron, por algún tiempo, martillando benéficamente sobre esta problemática fundamental.

relaciones económicas y sociales bajo su régimen.[9] El Estado porfirista es ejemplar desde este punto de vista.

El Estado oligárquico tiene algunas virtudes que por lo general no se le reconocen. Él mismo fue una necesidad postulada por las sociedades desintegradas e invertebradas del siglo XIX que necesitaban urgentemente su unificación nacional y que buscaban un desarrollo económico moderno, fundado en el mercado. Las dictaduras oligárquicas, con su programa de unificación nacional y su política de hierro y fuego, se presentaron por todas partes como los instrumentos más eficaces de esas exigencias. El régimen porfirista, por ejemplo, sobre la base de una política de fuerza, concilió las facciones políticas que por más de medio siglo habían ensangrentado al país con sus luchas inútiles y que se habían mostrado impotentes para crear un verdadero sistema político nacional; conservadores y liberales, los partidos históricos del siglo XIX mexicano, pasaron así a formar un solo bloque en el poder, bajo el mando del dictador.[10] El

[9] Pese a su marcado carácter cerrado y elitario, en efecto, el régimen oligárquico puede ser considerado como el inicio de las sociedades nacionales y, desde el punto de vista político, del Estado nacional en América: Latina. Mucho de lo que hoy identificamos con la civilización urbana, verdadero hogar de la política moderna, de masas, fue creación del régimen oligárquico. Como escribieron Cardoso y Faletto, "sería apresurado suponer que durante el siglo XIX, cuando se consolida el modelo de desarrollo basado en le exportación de productos primarios, sólo hubo predominio de los sectores agrario, minero o ganadero. No sólo la posibilidad de formación de las economías exportadoras implicó también la creación de sectores financieros y mercantiles importantes, sine que incluso propició —en mayor o menor grado según los distintas países— la aparición en sus inicios de una economía urbano-industrial"; sobre todo, hizo posible la aparición de los llamados sectores medios, que en algunos países, sobre todo en la Argentina, con la Unión Cívica Radical, fueron la base social o por lo menos proporcionaron los cuadros dirigentes de la política de masas (véase, Cardoso y Faletto, op, cit., PP. 54. se.).

[10] Los ideólogos del porfirismo, por lo demás y, probablemente, como no ocurrió en ninguna otra parte en el continente, tenían plena conciencia de lo que esto significaba y lo explicaban, a la vez, como un resultado natural de la historia y como el comienzo de una vida nacional verdadera. Emilio Rabasa, uno de los más brillantes juristas que ha dado México, escribía en este sentido: "El dictador fuerte, que en los países latinoamericanos ha hecho la unidad y la disciplina que en Europa fue obra del poder absoluto, no, apareció en México en cincuenta años, sea porque el hombre faltaba o porque la ocasión no era propicia. Santa Anna no sabía mantenerse; Juárez no vivió lo bastante y había consumido siete años en guerras. Pero Juárez preparó el sistema, y la Intervención francesa el campo para el gobierno de cohesión nacional, de suerte que para crear la dictadura sólida, larga y fecunda de Díaz, concurrieron oportunamente la situación hecha y el hombre necesario para aprovecharla". Emilio Rabasa, *La evolución histórica de México*. Librería de la Vda. de Ch. Bouret, Paris-México, 1921, p. 185.

porfirismo concluyó la formación de un sistema nacional de relaciones de propiedad que habían comenzado a tomar forma con los regímenes de la Reforma de Juárez y Lerdo en el que la gran propiedad territorial, latifundista, constituía el elemento básico y dio inicio a una política de crecimiento económico nacional fundada en la promoción de la inversión extranjera que a muy corto plazo convirtió a México en un país capitalista dependiente exportador de materias primas.[11] Desde este punto de vista, el México porfiriano confirma un hecho que es recurrente en todos los regímenes oligárquicos, o sea, que su conversión en sistemas agroexportadores o minero exportadores es un proceso en el que el capitalismo extranjero tiene una presencia prominente, siendo como lo son, los suyos, países demasiado pobres y demasiado atrasados para emprender, dirigir y financiar con sus propios recursos la explotación masiva de sus riquezas naturales y humanas.

Como lo ha señalado el economista mexicano Fernando Rosenzweig: "La insuficiencia de los recursos internos para acometer las empresas que planteaba el desarrollo económico del país llevó a los hombres del porfiriato a abrir de par en par las puertas para que entrara a México el ahorro del exterior. Este habría de ser decisivo para poder levantar las nuevas estructuras en que se apoyó la economía, como los ferrocarriles y la electricidad, y se conquistaran los altos niveles a que llegarían en la época muchas ramas de la

[11] Alonso Aguilar observa, con atingencia, que con el porfirismo se transformó la naturaleza de la dependencia de nuestro país y, al mismo tiempo, adquirió su cabal fisonomía el capitalismo del subdesarrollo. "En la fase inmediata anterior —escribe Aguilar— la economía nacional era sin duda dependiente, pero la inexistencia de una economía mundial ya integrada, la ausencia o al menos la importancia todavía secundaria del monopolio, la absorción de prácticamente todo el excedente económico en el desarrollo interno o nacional de los países más ricos, fueron factores que dieron a la dependencia un carácter y un alcance diferentes. El tránsito a la época del imperialismo imprimió a ese fenómeno una nueva naturaleza: tornó la dependencia en propiamente estructural, es decir, un rasgo básico, orgánico del sistema económico, tanto en el plano nacional como internacional." Alonso Aguilar Monteverde, *Dialéctica de la economía mexicana. Del colonialismo al imperialismo*. Ed. Nuestro Tiempo, México, 1968, p. 205.

actividad, entre ellas las extractivas. Sin embargo y ya desde los días de la República Restaurada, el capital nacional desempeñaba un papel bastante dinámico en algunos sectores, sobre todo el comercio y las manufacturas, y dominaba totalmente la agricultura; esta circunstancia llegaría incluso a ejercer una influencia sobre la recepción de las inversiones extranjeras."[12]

Raymond Vernon ha observado, con acierto, que el porfirismo constituyó el primer gobierno en la historia de México con una estrategia encaminada a promover el desarrollo económico y que, como tal, buscó en todo momento y con la mayor coherencia la creación de todas aquellas condiciones que permitieran la inversión del capital extranjero y el fortalecimiento de los propietarios mexicanos.[13] La clase dominante, integrada por capitalistas y propietarios nacionales y extranjeros, se desarrolló sobre la base de un auténtico régimen político de privilegios en el que toda la autoridad y todos los medios a disposición del Estado, financieros y militares o policíacos, se pusieron al servicio exclusivo de la promoción de los intereses privados, con el más total abandono y, antes bien, directamente en contra de los intereses y las aspiraciones de las demás clases sociales. Lo significativo en el Estado oligárquico es que no hace política ***para la sociedad,*** sino

[12] Fernando Rosenzweig, "El desarrollo económico de México de 1877 a 1911", en *El Trimestre Económico*, julio-septiembre de 1965, vol. XXXII, n. 127, p. 57. Esta división del trabajo entre capitalistas extranjeros y nacionales resulta más significativa cuando se observan en particular las diferentes ramas de la producción y denota de manera más apropiada la conversión de México en un país dependiente exportador de materias primas. En efecto, los países imperialistas cuyo dominio sobre la economía nacional era mayor, Estados Unidos y la Gran Bretaña, tenían su inversión dedicada fundamentalmente a la explotación de las llamadas industrias extractivas (minería y en menor medida el petróleo, que apenas comenzaba a explotarse) y en las comunicaciones (hasta 1908 esos países dominaron el sistema ferroviario del país). Los países imperialistas menores, principalmente Francia y Alemania, en cambio, invertían de preferencia en la banca y en la industria manufacturera, sectores en los que eran, al mismo tiempo, dominantes (véase, José Luis Ceceña *México en la órbita imperial.* Ed. El Caballito, México, 1970, pp. 55 ss.).

[13] Raymond Vernon, *The Dilemma of México's Development. The Roles of the Private and Public Sectors*. Harvard University Press Cambridge, Mass, 1963, pp. 38-39.

que somete a la sociedad al servicio de unos cuantos privilegiados. El carácter conservador y autoritario que asume el régimen oligárquico se deriva de la composición de la misma clase dominante: por un lado, inversionistas extranjeros cuyo interés fundamental consiste en aprovechar y explotar con el máximo beneficio las riquezas naturales y humanas del país dependiente, y por otro lado, propietarios nativos a los que el poco o muy limitado desarrollo capitalista del país dicta la regla de invertir sobre todo en bienes raíces, mediando una política de rapiña y despojo que el mismo gobierno amparaba y promovía. Los excesos a que se llegó durante la dictadura porfirista en el sometimiento de las masas trabajadoras y en el despojo de los más débiles, sobre todo en el campo, estuvieron directamente en el origen de la insurgencia de las masas y de la Revolución. De modo muy especial la concentración de la propiedad de la tierra alcanzó extremos que no tienen parangón en ninguna otra época de nuestra historia nacional y, nos atrevemos a decir, en ninguna situación nacional en el mosaico continental de la América Latina, La magnitud del problema se exhibe palmariamente en los siguientes datos:

"Cuatro eran después de terminada la lucha de reforma, las categorías de gentes vinculadas a la tierra: los hacendados; los rancheros; los pequeños propietarios, y los pueblos. El 97% de la superficie de la tierra censada pertenecía a las dos primeras categorías, la de los hacendados y la de los rancheros. En 1910 el total de haciendas era únicamente de 5 932 y el de ranchos de 32 557. Los pequeños propietarios poseían únicamente el 2% de dicha superficie. El 1% restante se repartía entre los pueblos y las comunidades el 96% de la población rural estaba integrado por peones... Había dos millones de aparceros y un millón y medio de acasillados. Contaba el país con 70

mil comunidades rurales, de las cuales 50 mil se hallaban en terrenos pertenecientes a las haciendas. El 40% del área total del país estaba repartida en media docena de latifundios."[14]

La ideología oficial del porfirismo, por supuesto, expresaba sin medios términos la decisión del régimen oligárquico de promover y proteger la concentración de la riqueza en unas cuantas manos como el medio que habría de fundar el futuro desarrollo material de México, cuidándose bien poco de justificarse ante las mayorías del país, excluidas de los beneficios "del proceso de desarrollo, como un régimen que se debía a la nación: "... la mejor de las políticas —estimaba el diputado José. Yves Limantour en 1887— en las circunstancias actuales es la que se ocupa de toda preferencia en favorecer el desarrollo de los intereses económicos y en cuidar de la moralización y buen desempeño de los servicios públicos".[15]

La. unificación nacional bajo la dictadura creó las condiciones políticas y sociales para la expansión del capitalismo dependiente y ésta, a su vez, produjo la ampliación y la consolidación en la: historia de México de la sociedad nacional. La economía se convirtió en un sistema nacional y aunque en ella predominaban las actividades agrícolas y extractivas, lo que fue también por mucho: tiempo una característica del México posrevolucionario, el país contó desde entonces con un mercado interno ligado, al mismo tiempo, al mercado internacional. La economía nacional de mercado comenzó a disolver aceleradamente las formas; aldeanas y localistas de la vida social, redefiniendo, en función del sistema económico nacional, capitalista,

[14] Octavio A. Hernández, Esquema de la economía mexicana, hasta antes de la Revolución. CECSA, México, 1961, p. 150.
[15] XLVI Legislatura de la Cámara de Diputados, ed., *Los presidentes de México ante la nación. Informes, manifiestos y documentos*. Imp, de la Cámara de Diputados, México, 1956, t. n, p. 248.

todas las unidades locales o aisladas de la producción. Esto provocó también la rápida condensación de los grupos sociales en verdaderas clases sociales nacionales y, aunque no se puede decir que las clases sociales quedaron bien conformadas en las condiciones del Estado oligárquico, es un hecho que el proceso quedo ya definido en sus elementos esenciales desde esa época y que esto constituyó, por lo demás, uno de los requisitos históricos de la Revolución.[16]

El proletariado industrial apareció por entonces y, en pocos años, sobre todo con el régimen de la Revolución, se convirtió en la principal clase popular del país, si no por su número sí por el papel motor estratégico que ha llegado a jugar en la vida nacional. El desarrollo de la civilización urbana dio lugar a un crecimiento extraordinario de los sectores medios (intelectuales, empleados en los servicios, pequeños comerciantes y pequeños productores). La movilización de la riqueza fue general en el país y ella vino acompañada, como es natural, de una extraordinaria movilidad social. Aun bajo la más férrea dictadura, todos estos sectores, sometidos por la fuerza al proyecto porfirista de desarrollo y excluidos de sus beneficios, comenzaron a desatar conflictos sociales cuya magnitud y frecuencia acabaron por abrumar al Estado oligárquico. Importantes núcleos de trabajadores industriales empezaron a organizarse en torno a sus reivindicaciones de clase (las huelgas de Cananea en 1906 y de Río Blanco en 1907

[16] La revolución es un fenómeno típico del mundo moderno y para que ocurra se hacen necesarios, cuando menos, los siguientes elementos: un sistema económica nacional, que constituye su matriz, un sistema político nacional (obra fundamentalmente del Estado oligárquico en América Latina) y determinadas clases sociales que son, precisamente, los agentes del proceso revolucionario. Todo esto se dio en México. Ahora bien, fue la misma Revolución la que, desde el principio, desencadenó el proceso de desarrollo de las clases sociales que habrían de conformar la sociedad de nuestros días; ello explica, por un lado, la continuidad estructural del capitalismo mexicano a través de la Revolución, mientras que, por otro lado, patentiza lo que es esencial en las transformaciones que se operaron en México como consecuencia de la lucha revolucionaria, esto es, la reorganización de la sociedad nacional (véase, al respecto, Arnaldo Córdova, La formación del poder político en México. Ed. Era, México, 1972).

fueron sólo las mayores de toda una serie de pequeños movimientos aislados que aquí y allá fueron imponiendo en México la presencia del proletariado); los sectores medios urbanos, principalmente intelectuales, fueron creando, en especial a través del periodismo independiente, un movimiento de oposición a la dictadura que se fue ampliando a todas las ciudades y que en muy pocos años se convirtió en un foro nacional para todos los sectores sociales excluidos de los círculos oligárquicos.

Los sectores medios reivindicaban los valores de la ideología liberal decimonónica, particularmente el establecimiento en México de un régimen democrático, un sistema de libertades públicas, la defensa del principio de propiedad privada individual y una sociedad abierta, de libre competencia. La primera etapa de la Revolución, de 1910 a 1913, bajo la dirección de Madero, se llevó a cabo bajo estas banderas de corte liberal Pero la Revolución no habría de ser una reedición de las luchas del siglo XIX y en ello la presencia de las masas fue determinante.[17]

De hecho el liberalismo de las clases medias mexicanas resultaba incompatible con la movilización que las masas trabajadoras estaban llevando a cabo, y ni como ideología ni como dirección política fue capaz de ofrecer una solución adecuada (o por lo manos ***confiable***) a los problemas de los trabajadores. Hablando a los obreros de la

[17] El mismo movimiento maderista, que muy rápidamente devino un movimiento nacional al que se adhirieron todos los grupos sociales interesados en un cambio sustancial de la realidad mexicana, fue también un gigantesco movimiento de masas que acabó abrumando a la dictadura y que muy pronto, también, se convirtió en el verdadero detonador de la revolución. Las enormes manifestaciones de masas que llenaron las calles de las ciudades hasta en los lugares más apartados y la adhesión beligerante de las masas campesinas durante las campañas maderistas fueron un anuncio de la erupción que estaba a punto de estallar. Y aunque muchos maderistas lo percibieron así, ni Madero ni la plana mayor de sus seguidores dieron muestras de entender lo que estaba pasando (sobre la posición de Madero frente a los problemas que inauguraba la política de masas, véase, Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana. La formación del nuevo régimen*. Ed. Era, México, 1973, pp. 108 ss.).

Ciudad de Orizaba en mayo de 1910, en vísperas de la Revolución, Madero afirmaba: "Del gobierno no depende aumentarnos el salario ni disminuir las horas de trabajo, y nosotros, que encarnamos vuestras aspiraciones, no venimos a ofreceros tal cosa, porque no es eso lo que vosotros deseáis; vosotros deseáis libertad, ***deseáis que se respeten vuestros derechos, que se os permita agruparos en sociedades poderosas, a fin de que unidos podáis defender vuestros derecho;*** vosotros deseáis que haya libertad de emitir vuestro pensamiento, a fin de que todos los que aman al pueblo, todos los que se compadecen de vuestros sufrimientos, puedan ilustraros, puedan enseñaros cuál es el camino que os llevará a vuestra felicidad [...] ***vosotros, no queréis pan, queréis únicamente libertad, porque la libertad os servirá para conquistar el pan";*** y agregaba Madero que "los que piden pan ... son hombres que no saben luchar por la vida, que no tienen energías suficientes para ganarlo, que están atenidos a un mendrugo que les dé el gobierno".[18] En ese momento pocos parecían dar muestras de comprender que México estaba pasando a ser una ***sociedad de masas***.

En este cuadro general es que debe entenderse el significado político que la revuelta de los trabajadores rurales empezó a tener en la historia nacional como la mayor fuerza revolucionaria, o para ser más exactos, como la mayor fuerza material del cambio político y social del país. Los trabajadores rurales (campesinos, pequeños poseedores de tierras, trabajadores asalariados y peones acasillados, aparceros y comuneros) formaban la mayoría aplastante de la población total del país, ciertamente más del 80%; sus condiciones de vida se volvieron terribles y no puede caber la menor duda de que en 1910 la cuestión

[18] El texto del discurso en Federico González Garza, *La Revolución Mexicana. Mi contribución política literaria*. A. del Bosque, Impresor, México, 1936, pp. 417-22; los pasajes citados en p. 420; subrayado nuestro.

de la tierra era el mayor problema nacional,[19] un problema que hacía de México la sociedad latinoamericana más conflictiva y más explosiva. Todo el mundo concuerda en que ésa fue la causa directa y principal de la Revolución. Los trabajadores rurales mexicanos, además, habían sido desde siempre un sector social en permanente revuelta, si no nacionalmente por lo menos sí localmente, incluso ya desde la época colonial; ningún campesinado ni ningún proletariado agrícola tenía en América Latina una tradición de insurgencia como los mexicanos.[20]

Y ello no obstante, ni su condición material eternamente deprimida, ni su carácter subversivo, ni su gran número habrían desempeñado el papel motor que jugaron en la Revolución si las clases medias urbanas y en especial los intelectuales liberales no hubiesen logrado organizar como lo hicieron una verdadera oposición nacional a la dictadura. Los campesinos muchas veces proporcionan el material humano, las masas con que se libran las luchas revolucionarias, pero jamás son capaces de proporcionar ni el programa, ni la ideología ni la dirección política de ninguna revolución; eso fue exactamente lo que pasó en el caso de la Revolución Mexicana. Y la razón no puede ser más que una: el carácter estrechamente localista y regionalista de sus intereses como grupo social, de su cultura y de sus aspiraciones políticas, incluso cuando se trata de una masa disponible para la movilización política o militar en gran escala, como sucedió con los trabajadores rurales del norte de México; desde luego, el localismo

[19] En realidad, ya desde 1895, a la mitad del periodo porfirista, el primero de los grandes precursores de la Revolución, Wistano Luis Orozco, lo hacía notar con energía en su monumental obra *Legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos*. Imp. de El Tiempo, México, 1895; y años más tarde, poco antes de que estallara la Revolución, Andrés Molina Enríquez lo planteaba con una claridad incontrovertible en *Los grandes problemas nacionales*. Imprenta de A. Carranza e Hijos, México, 1909.

[20] Cf., Jean Meyer, *Problemas campesinos y revueltas agrarios (1821-1910)*. SepSetentas, México, 1973, y con especial referencia; al porfirismo, Daniel Cosío Villegas, ed., *Historia moderna de México porfiriato. Vida social.* Ed. Hermes, México-Buenos Aires, 1957, pp. 239 ss.

no impide que los campesinos participen en la lucha política ni que se conviertan en agentes de la Revolución, como fue el caso de los zapatistas, cuya presencia en el centro del país, casi a las puertas de la Ciudad de México, fue determinante para el curso que siguió la Revolución;[21] pero el localismo, en cambio, los incapacita para luchar por sí mismos y con un programa propio por el poder político nacional. Por ello los campesinos acaban siempre convirtiéndose en una fuerza política al servicio de otros grupos sociales o, en todo caso, en un sector fácilmente pacificable y hasta conservador cuando se resuelven sus reivindicaciones más inmediatas.

Desde nuestro punto de vista, precisamente, el caso más notable de la Revolución Mexicana fue la relativa rapidez con que los grupos de clase media que se oponían a la dictadura lograron asimilar en sus programas políticos y en su ideología las reivindicaciones de los campesinos y, al mismo tiempo, ponerse a la cabeza del propio movimiento campesino, sea para destruir el aparato político porfirista sea para desbaratar toda oposición radical proveniente del movimiento campesino mismo. Ello ocurrió sobre todo después de la caída de Madero en febrero de 1913; pero ya desde antes el problema venía planteándose con cierta urgencia y tomando como punto de partida la misma experiencia de la ortodoxia liberal maderista. En diciembre de 1912, poco antes de la caída de Madero, Luis Cabrera apuntaba los peligros que para el régimen de la Revolución implicaba el retardar por más tiempo la resolución del problema de la tierra: La revuelta en el campo, para Cabrera, la producía desde luego el hecho de que los campesinos habían sido despojados de sus tierras, pero también

[21] Véase, al respecto, el importante artículo de François Chevalier, "Un factor decisivo de la revolución agraria de México: el levantamiento de Zapata (1911-1919)", en *Cuadernos Americanos*, noviembre-diciembre de 1960, vol. CXIII, n. 6, pp. 165-87.

la falta de trabajo y la desocupación forzada que ese mismo hecho provocaba. Cabrera proponía que se dieran ejidos a los campesinos como medio para evitar la subversión: "La población rural —decía— necesita complementar su salario; si tuviese ejidos, la mitad del año aplicaría sus energías a esquilmar a los ejidos por su cuenta. No teniéndolos, se ve obligada a vivir seis meses del jornal, y los otros seis meses toma el rifle y es zapatista."[22] En estas consideraciones Cabrera resume muy bien lo que habría de constituir el toque distintivo de la política mexicana del siglo XX, esto es, el ***reformismo social***; en el cual se compendian el programa y los móviles reales de la política de masas como política dirigida a conquistar el poder.

Durante mucho tiempo se ha considerado, dentro y fuera de México, que el reformismo social fue el fenómeno más importante de la Revolución, lo que le dio sus verdaderas características, lo que constituyó su elemento más progresista, su aspecto verdaderamente revolucionario. El reformismo cubrió varios campos, pero los más importantes fueron los siguientes: primero, transformación de las relaciones de propiedad, poniéndolas, por un lado, bajo el control absoluto del Estado y llevando a cabo, por otro lado, una redistribución de la riqueza, principalmente de la tierra; segundo, reivindicación para el Estado de la propiedad originaria del subsuelo y, en general, de los recursos naturales; tercero, la organización de un sistema jurídico-político de conciliación entre las distintas clases sociales bajo la dirección del Estado; cuarto, la elevación a la categoría de garantías constitucionales de los derechos de los trabajadores, y, quinto, con vistas a la realización de estos objetivos, la organización de un Estado

[22] Luis Cabrera, "La reconstrucción de los ejidos de los pueblos como medio de suprimir la esclavitud del jornalero mexicano", en *Colección de folletos para la historia de la Revolución Mexicana dirigida por Jesús Silva Herzog. La cuestión de la tierra. 1911-1912-1913*. Ed. Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, México, 1961, t. II, p. 299.

de gobierno fuerte con poderes extraordinarios permanentes. Como sucede siempre con los movimientos reformistas, las reformas sociales fueron apareciendo al calor de la lucha política y de la lucha armada, en el curso de la Revolución, como reivindicaciones que fueron integrando poco a poco un verdadero programa político. Y como sucede también en todas partes, las reformas sociales estuvieron dirigidas a movilizar a las masas trabajadoras y a controlarlas en la lucha política, es decir, la lucha por el poder del Estado. Pero en México, y éste parece ser el primer case en la historia latinoamericana, las reformas sociales se presentan siempre como reformas que se siguen ante todo para satisfacer las necesidades de las propias masas, es decir, de los campesinos y de los trabajadores asalariados; en ello, el reformismo social de la Revolución se diferencia ante todo del reformismo liberal del siglo XIX en México, que hablaba siempre a nombre de entidades abstractas como la "nación" o los "ciudadanos" o el "pueblo". Con la Revolución el mismo concepto de ***pueblo*** se transforma pasando, de la entidad abstracta que era, a ser el "pueblo de trabajadores", de obreros y de campesinos del que las clases privilegiadas (terratenientes, industriales, banqueros, comerciantes, etcétera) son excluidos por sistema. Con posterioridad a la Revolución se volvería a la idea del Estado que "gobierna para todos" los súbditos de la nación. Pero se mantuvo firme el principio reformista de que el Estado de la Revolución es antes que nada el Estado de los obreros y los campesinos (con posterioridad se agregó que era también el Estado de las clases medias).

Pero hay algo que es necesario señalar como una de las características históricas fundamentales del reformismo social de la Revolución Mexicana y es la siguiente: el reformismo aparece no como

un conjunto de reivindicaciones que se pretende imponer aun Estado preexistente, o del cual se exige su reconocimiento, como sucedió por ejemplo en la mayoría de los países europeos; en México las reformas sociales se enarbolan en contra de los movimientos independientes de las masas, particularmente contra los ejércitos campesinos de Zapata y de Villa, en una lucha por ganarse el consenso de las masas trabajadoras y evitar que éstas siguieran por el camino de la subversión. Como dijera Cabrera en 1912, con las reformas se trataba de evitar que los trabajadores tomaran el rifle y se volvieran zapatistas. La lucha que libraron los herederos de Madero, que después de su muerte comenzaron a llamarse "constitucionalistas", en contra de los villistas y los zapatistas entre 1914 y 1915, se caracteriza precisamente por este uso contrainsurreccional de las reformas sociales. Los "constitucionalistas", comandados por Venustiano Carranza, desde el momento mismo en que rompieron con los dirigentes de los ejércitos campesinos, comenzaron a publicar una serie de leyes y decretos en los que prometían dar la tierra a los campesinos, proteger los derechos de los trabajadores asalariados y rescatar para el país las riquezas que estaban en manos de extranjeros. De esas leyes la principal fue la Ley Agraria del 6 de enero de 1915 que, como recordaba Luis Cabrera más de quince años después, fue promulgada con el objetivo preciso de quitarle de las manos al zapatismo la bandera del agrarismo.[23] Por otra parte, en el curso mismo de la lucha, los constitucionalistas

[23] Luis Cabrera, *Observaciones a la reforma del artículo 10 de la Ley de 6 de enero de 1915*; A. Mijares y Hno., Impresores, México, 1932, p. 7: "La idea de la Primera Jefatura fue revestir de carácter legal las expropiaciones de tierras para dotar a los pueblos, en vez de limitarse a ocupaciones de hecho Como las efectuaba el zapatismo, o a los repartimientos esporádicos pero irregulares que en algunos casos había venido haciendo también el Ejército Constitucionalista desde Tamaulipas: *El Primer Tefe del Ejército Constitucionalista creyó fortalecer su situación militar y política enarbolando la bandera del agrarismo;* y como el Lic. Luis Cabrera hubiera sido uno de los diputados que en 1912 habían presentado ante el Congreso de la Unión una iniciativa para la reconstitución de los ejidos de los pueblos, el Primer Jefe creyó conveniente encargarle la redacción de la Ley que tuviera por objeto concreto restituir a los pueblos las tierras de que habían sido injustamente despojados": esa ley fue la Ley del 6 de enero de 1915 que luego, después de 1917, durante mucho tiempo fue ley constitucional (subrayado nuestro).

prometieron elaborar una nueva Constitución en cuyo texto se inscribirían las reformas sociales. Este hecho a la postre estuvo cargado de significados y determinó el tipo de Estado que surgió de la guerra civil. En esa Constitución se volverían ley los principios de la lucha política que durante la Revolución habían tenido por objeto ganarse el control y la manipulación de las masas mediante el manejo de sus reivindicaciones. Desde luego, los ejércitos campesinos fueron rápidamente derrotados, militar y políticamente, incapaces de oponer una resistencia eficaz a este moderno modo de hacer política.

Si el reformismo social de la Revolución Mexicana hubiera servido únicamente para movilizar a las masas trabajadoras a favor de uno de los bandos en pugna; probablemente no se habría distinguido mucho de otros movimientos reformistas latinoamericanos, como por ejemplo de los de la Unión Cívica Radical y él peronismo en Argentina, el tenentismo y el varguismo en Brasil o el aprismo en el Perú. Pero justamente el reformismo social mexicano tiene de característico el hecho de que sirvió, como doctrina y como estrategia política, para construir un régimen político institucional lo suficientemente fuerte como para imponer su soberanía a la sociedad mexicana en su conjunto. Y en ello la conversión de las reformas sociales en instituciones políticas a través de la Constitución fue decisiva.

El artículo 27 de la Constitución, que regula las relaciones de propiedad, comienza declarando que la propietaria original del territorio del país es la "nación" y, por ello, es la "nación misma la que decide la fundación de la propiedad privada y las modalidades que ésta debe tener. Evidentemente, la "nación" ha encontrado, después de la guerra civil, que la propiedad en el campo se encuentra muy mal

distribuida, por lo que en el segundo párrafo del artículo 27 ordena que se lleve a cabo la reforma agraria, restituyendo la tierra a los centros de población rural que hubieran sido despojados de ella y dotando a los que de cualquier forma no la tuvieren. Como se ve, la "nación" ***quería*** la reforma agraria, y aunque nunca se supo con certeza qué o quiénes constituían la "nación", esto era un signo de que las ideas de la Revolución eran ahora las ideas dominantes en México. Para evitar que los trabajadores hicieran por su cuenta la reforma agraria, la Constitución declara que el representante único de la "nación" es el Estado y, dentro del Estado el Poder Ejecutivo, es decir, la Presidencia de la República, a quien encomienda que realice la reforma de la propiedad en el campo. Para ello, lo que no podía ser de otra manera, la "nación" le confiere el poder absoluto de intervenir en las relaciones de propiedad y, a su nombre, reorganizar todo el sistema de propiedad en el país. Muchos presidentes, desde Juárez por lo menos, habían gobernado con facultades extraordinarias, sirviéndose siempre de alguna ley de excepción que, como tal resultaba siempre arbitraria. La Constitución de 1917 resolvió el dilema del gobierno fuerte, que antes había sido posible sólo a base de violar la Constitución, otorgándole de una vez y para siempre los poderes de excepción que necesitaba para gobernar y mantener bajo control a todo el país. El poder extraordinario que se ponía en manos de la Presidencia de la República para llevar a cabo la reforma agraria se utilizó también para convertir al Estado en el rector de la política general de desarrollo del país. En efecto, el artículo 27 declaraba que, como dueña originaria de su territorio, la "nación" era también propietaria de todos los recursos que albergaba el subsuelo y encomendaba al Estado, como representante único de

la nación, que los rescatara de manos de los propietarios privados, nacionales o extranjeros, que los poseyeran en ese momento para dedicarlos a la promoción del desarrollo económico nacional. Dotado con tales poderes sobre la propiedad y en general sobre los bienes de la nación, al Estado quedaba firmemente garantizada su autonomía respecto de todos los grupos y clases sociales, principalmente respecto a la clase dominante que, de esta manera, se veía obligada a aceptar la dirección inapelable del Estado.

Pero el cuadro del nuevo sistema de dominación social no está fundado únicamente en el control de la propiedad por parte del Estado. Tal cuadro de dominación se completa con el artículo 123 que regula las relaciones laborales y que otorga al Estado el poder de decidir de qué manera y dentro de qué límites se deben desarrollar los conflictos económicos entre las dos clases fundamentales de la sociedad, la burguesía y el proletariado, y la forma en que tales conflictos deben resolverse. El Estado se constituye en árbitro inapelable de las clases sociales y éstas se ven obligadas a convivir en un sistema de conciliación de intereses que regula estrictamente lo que corresponde a cada una. La Constitución señala cuáles son las demandas básicas de los trabajadores y les concede el derecho de huelga para su defensa; pero el Estado se reserva el derecho inapelable de decidir, a través de sus órganos (el Departamento del Trabajo y los Tribunales del Trabajo), si una huelga es "legal" o "ilegal" y, en consecuencia, si los trabajadores pueden o no realizarla. Sin embargo, como todo mundo reconoce, el que la Constitución de 1917 consagrara los derechos de la clase trabajadora representó un avance indiscutible en el proceso de su formación como clase social, aunque esto, como

se ha podido ver después, la ligó definitivamente al Estado a costa de su independencia.[24]

Hemos hablado de los trabajadores asalariados urbanos, de los campesinos y de los que genéricamente se pueden llamar "sectores medios". ¿Qué fue de la antigua clase dominante? Ésta estaba constituida, por un lado, por inversionistas extranjeros que operaban sobre todo en los renglones de la industria extractiva y de comunicaciones, principalmente los ferrocarriles (norteamericanos e ingleses), de la industria (en la que destacaban los franceses) y en el comercio (franceses, alemanes y otros).[25] Por otro lado, por mexicanos que, como anota Rosenzweig, invertían preferentemente en bienes raíces, sobre todo rurales. Hay suficientes elementos como para determinar que durante la lucha armada fueron por principio los sectores mexicanos rurales quienes se vieron afectados por los cambios revolucionarios y, para ello, sólo en una mínima parte (todos los que de alguna manera estuvieron envueltos en la defensa y el sostenimiento de la dictadura porfirista o de la usurpación huertista). Un caso notable, desde luego, lo fue el tipo de hacendados que representaban los Terrazas. Todos sus bienes fueron incautados por los poderes revolucionarios en cuanto éstos se establecieron en las comarcas que antes ellos dominaban. Los demás sectores de la antigua clase dominante casi no fueron tocados y cabe advertir que grupos enteros de la misma, como por ejemplo los inversionistas extranjeros y

[24] Uno de los mejores trabajos escritos por un revolucionario mexicano sobre el proceso que siguió la elaboración de los artículos 27 y 123 de la Constitución es el del ingeniero Pastor Rouaix, *Génesis de los artículos 27 y 123 de la Constitución Política de 1917*. Gobierno del Estado de Puebla, Puebla, 1946. Sin embargo, no hubo entre los revolucionarios nadie que entendiera mejor el significado que entrañaban estos artículos constitucionales para la construcción del nuevo orden político como el licenciado Andrés Molina Enríquez, precursor de la Revolución Mexicana; de ello dejó testimonio en una serie de artículos que escribió sobre la Constitución de 1917 y que publicó en el *Boletín de la Secretaria de Gobernación*, México, septiembre de 1922, t. I, n. 4.

[25] Véase, José Luis Ceceña, *México en la órbita imperial*, cit., cap. II.

los banqueros mexicanos, pasaron a formar parte íntegra de la nueva clase dominante posrevolucionaria.

Muchos inversionistas extranjeros abandonaron el país durante los años de la lucha armada. Otros más perecieron en la contienda. Pero puede afirmarse, a ciencia cierta, que la antigua clase dominante, nacional y extranjera, siguió siendo la misma después de la Revolución. Sobre todo durante los años del gobierno de Obregón (1920-1924), buena parte de los capitalistas que escaparon del país durante los años de la tormenta revolucionaria volvieron a México y siguieron invirtiendo en sus antiguos negocios.[26] Todavía hoy podemos encontrar, entre los nombres más prominentes de la nueva clase dominante, muchos de los buenos apellidos de la antigua y hasta razones sociales que no han cambiado en absoluto en las denominaciones de las actuales grandes empresas capitalistas de México. El grupo patronal de Monterrey, el más poderoso consorcio monopolista de la actualidad, se organizó durante el auge económico de la dictadura porfirista; el segundo gran consorcio bancario de nuestros días, el Banco Nacional de México, nació cuando la dictadura aún no cumplía sus diez años de vida. Todos los grupos capitalistas del porfirismo tuvieron oportunidad y tiempo de acostumbrarse a la nueva época revolucionaria, incluso ya durante los años de la lucha armada. Los banqueros, por ejemplo, cosa bien sabida, fueron acreedores de todos los bandos revolucionarios que se disputaban el poder político y, como la Ciudad de México, cambiaron de bandera cuantas veces lo sugirieron los acontecimientos de la lucha revolucionaria. Cuando Carranza se hizo dueño del país, después de la derrota del villismo, uno de los grandes problemas que tuvo que enfrentar fue el de sanear su deuda interna que tenía como

[26] Frank Brandenburg, *The Making of Modern Mexico*. Ed. Prentice Hall, Englewood Cliffs, N. J., 1964, pp. 266-67.

acreedores, principalmente, a los grandes consorcios bancarios que habían operado durante la época porfirista.

La Revolución, por otra parte, no pudo impedir que en México se consolidara el dominio de los antiguos inversionistas extranjeros que se habían dirigido, ante todo, a la explotación de nuestros recursos naturales, norteamericanos e ingleses, ya desde la época del porfirismo. En los últimos años de la segunda década del siglo el ***boom*** del petróleo permitió a los capitalistas angloamericanos expandir sus áreas de dominación, hegemónicos como eran desde antes de la Revolución en la industria minera. Durante más de diez años los petroleros yanquis, que dominaron a placer la política norteamericana hasta que sus propios escándalos los exhibieron como los delincuentes que eran en los propios Estados Unidos, fueron la más patente amenaza a la independencia de México y al dominio de los grupos revolucionarios en nuestro país.[27] Los grupos financieros extranjeros que durante los años del porfirismo se habían dedicado sobre todo a la industria y al comercio (franceses, alemanes y españoles, principalmente), después de la tormenta revolucionaria o se nacionalizaron (como sucedió con los franceses y los españoles) o desaparecieron de la escena nacional, convirtiéndose cada vez más en grupos absolutamente insignificantes para el desarrollo económico del país.

Pero fue el destino que cupo a los grandes propietarios de tierras y la recomposición de la propiedad terrateniente lo que constituyó la verdadera piedra de toque del régimen político que surgió de la

[27] Cf., Lorenzo Meyer, México y Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942), Ed. El Colegio de México, México, 1972, cap. V y VI; William E. Walling, The Mexican Question. Mexico and American-Mexican Relations under Calles and Obregón, Robin Press Nueva York, 1927, pp. 145 ss.; Robert F. Smith, The United States on Revolutionary Nationalism in Mexico. 1916-1932, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 1972, pp. 150 ss.; George K. Lewis, "An Analysis of the Institutional Status and Role of the Petroleum Industry in Mexico's Evolving System of Political Economy", Ph. D. Dissertation, University of Texas, Austin, 1929; Samuel E. Morison y Henry S. Commager, Historia de Estados Unidos de Norteamérica. Ed. FCE, México, 1911, t. III, p. 82 ss.; Arnaldo Córdova, La ideología de la Revolución Mexicana, cit., pp. 292 ss. y 379 es.

Revolución Mexicana. Buena parte de las antiguas propiedades rurales porfiristas fueron afectadas por la Revolución. Muy pocas de ellas, sin embargo, siguieron el camino de la reforma agraria. En su mayoría fueron a parar a manos de los generales y políticos revolucionarios que se impusieron después de 1916 y que constituyeron las primeras generaciones de gobernantes del México posrevolucionario. Contando con este hecho, típico de la Revolución Mexicana, es posible afirmar, sobre los datos que arroja el censo de 1930, que en lo esencial la vieja clase terrateniente, núcleo hegemónico de la antigua clase dominante, siguió siendo la misma de la época porfirista. Debieron pasar más de quince años, después de promulgada la Constitución de 1917, para que los principales centros de poder económico y político de la clase latifundista fueran destruidos y ésta dejara de ser en México una parte fundamental de la nueva clase dominante. El censo de 1930, en efecto, muestra que para ese año todavía estaba en poder de los terratenientes el 83.4% de la tierra laborable y que la reforma agraria estaba todavía por hacerse. Solamente 668 000 campesinos habían recibido tierras que representaban apenas un décimo del total y que en su mayoría eran tierras de nuevo cultivo, antiguos terrenos nacionales, y de ninguna manera tierras expropiadas a la antigua dase dominante.[28] Desde luego, el régimen cardenista disolvió muchos de los grupos de la vieja clase terrateniente que mayor poder habían acumulado; pero es un hecho que ha durado hasta nuestros días que en su gran mayoría la antigua clase propietaria de la tierra pudo sobrevivir, bien a través de las divisiones simuladas de las viejas propiedades, bien obteniendo las facilidades necesarias para reinvertir sus riquezas en otros renglones de la economía. Gran parte de esas riquezas hoy se

[28] Nathaniel y Sylvia Weyl, La reconquista de México. Los días de Lázaro Cárdenas, en Problemas Agrícolas e Industriales de México, octubre-diciembre de 1955, vol. VII, p. 228.

acumulan en el mayor consorcio bancario de México, el Banco de Comercio, el de las "ideas modernas", y en otros que, como reza la publicidad, siguen haciendo "negocios redondos", y con el mismo espíritu de rapiña que les fue característico durante el porfirismo.

¿Cómo caracterizar a una revolución como ésta? Los propios revolucionarios mexicanos la definieron siempre como una revolución "socialista"[29] y cuando andaban modestos simplemente la llamaron revolución "popular". Don Jesús Silva Herzog escribió no hace mucho que la Revolución fue una "lucha de clases [...] del proletariado de las ciudades y de los campos contra la burguesía y contra el clero".[30] Pero los revolucionarios mexicanos y sus definiciones por ahora no nos interesan. ¿Cómo ha definido la izquierda marxista la Revolución Mexicana y el régimen que surgió de ella? Durante los años que siguieron a la Revolución, los marxistas insistieron en definirla como una revolución "pequeñoburguesa", Desde los años treinta fue calificada, sin medios términos, como "democrático-burguesa".[31] Trotsky

[29] ¿Qué entendían los revolucionarios mexicanos por "socialismo"? Salvador Alvarado, uno de los mayores exponentes de la Revolución Mexicana, escribía en 1919: "...hay una fórmula que hoy, pasado el sacudimiento pasional, tiene que encarrilarnos por el verdadero derrotero del *bienestar colectivo*… esa fórmula es, hasta hoy, la de *socialización del Estado*, como emanación directa de la *voluntad social*". Cuando el Estado se socialice, escribía Alvarado, "será cuando pueda el *capitalista* dedicarse tranquilamente a sus negocios, sin las zozobras que hoy enturbian sus horas. El capital, que es tan sólo *trabajo acumulado*, estará en perfecto acuerdo con el *trabajo actual y efectiva*, porque el uno y el otro se necesitan recíprocamente, como base incuestionable del bienestar de todos... El Estado tiene en sus manos el remedio: se llama *socialismo de Estado*, se fundamenta en la cooperación universal y llena su cometido" (Salvador Alvarado, *La reconstrucción de México. Un mensaje a los pueblos de América*, Ed. J. Ballescá y Cía., Sucs., México, 1919, t. In, pp. 91 y 94). Álvaro Obregón, el principal caudillo de la Revolución, por su parte, afirmaba, por la misma época: "El socialismo es un ideal que debemos alentar todos los hombres que subordinamos nuestros intereses personales a los intereses de las colectividades. *El socialismo lleva como mira principal tender la mano a los de abajo para buscar un mayor equilibrio entre el capital y el trabajo,* para buscar una distribución más equitativa entre los bienes con que la naturaleza dota a la humanidad" (Álvaro Obregón, *Discursos*. Biblioteca de la Dirección General de Educación Militar, México, 1932, t. i, p. 279; subrayado nuestro).

[30] Jesús Silva Herzog. "México a 50 años de su Revolución", sobretiro de *Cuadernos Americanos*, México, 1963, vol. CXXXII, n. 1, pp. 13.14.

[31] En realidad, la concepción .de la revolución "democrático-burguesa", que se difundió después de la Revolución de Octubre, no reñía con la idea de la revolución "pequeñoburguesa", pues se consideraba que ésta no era sino el *comienzo* de aquella y hacia ella debía tender, propósito en el que, por lo demás, en las condiciones de México, no se había mostrado lo suficientemente eficaz. El carácter de la Revolución Mexicana se discutió en la Conferencia Comunista Latinoamericana de junio de 1929 en Buenos Aires; en ella se expusieron las ideas

escribió pocos años antes de morir que el régimen de la Revolución Mexicana era "bonapartista", un término que desde hacía mucho había quedado en el olvido,[32] y los trotskistas nos vuelven a hablar hoy de una revolución "bonapartista";[33] por cierto que no han faltado

que hasta entonces se tenían de la Revolución y, probablemente, fue a partir de ella que se impuso una nueva caracterización, calificándola, simple y llanamente, como "democrático-burguesa". Tanto el informante sobre la situación latinoamericana, Victorio Codovilla, secretario sudamericano de la Internacional Comunista, como los delegados mexicanos, entre los que destacó uno llamado "Suárez", se refirieron al régimen de la Revolución como "pequeñoburgués" (Secretariado Sud-Americano de la Internacional Comunista, *El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latino Americana. Junio de 1929*. Editado por la revista *La Correspondencia Sudamericana*, Buenos Aires, 1929, pp. 25-26, 55-57 y 121-22), entre cuyas posibilidades históricas, en caso de que fuera capaz de realizar la "revolución agraria", se contaban las reivindicaciones de la revolución "democrático-burguesa". El delegado de la IC, "Luis", combatió este punto de vista, imponiendo el criterio de que la Revolución Mexicana era "democrático-burguesa" *tout court.* Es falso, decía "Luis", que la pequeña burguesía sea "*una* clase revolucionaria" (op. cit., p. 86); con ello entendía que la Revolución no había sido en modo alguno "pequeño-burguesa". "El movimiento revolucionario —afirmaba— nació de la acción de las masas campesinas por la posesión de la tierra. Ha tenido, pues, desde el principio, el carácter de un movimiento de masas y la presión armada de los campesinos, obligó al gobierno que emergió de estos acontecimientos, a realizaciones y no solamente a gestos demagógicos o frases revolucionarias. Los gobiernos de Obregón y Calles representaban la coalición de cuatro clases: la burguesía agraria y la clase de terratenientes nacidos de la revolución o sumados a ésta, la pequeña burguesía, los campesinos y una gran parte de la clase obrera representada por el Partido Laborista y la CROM. La política de Obregón y Calles fue la de desarrollar y fortificar a la burguesía agraria y llegar a un compromiso con el imperialismo. Los campesinos fueron desarmados, los tribunales de apelación devolvieron la tierra a los antiguos terratenientes. Las relaciones con el imperialismo mejoraron gracias a la política capitulacionista del gobierno mexicano. El gobierno quebró las huelgas realizadas por la categoría más activa de la clase obrera. El nuevo código del trabajo es un retroceso en toda la línea de la legislación obrera" (op. cit., pp. 94-95; en realidad, el "nuevo código del trabajo" se dio hasta 1932). Lo curioso fue que, a pesar de que el delegado "Luis" caracterizara la Revolución Mexicana como un "movimiento revolucionario democrático-burgués antimperialista" (p. 94), reconociera, no obstante, qué la revolución democrático-burguesa" estaba todavía por hacerse. Por supuesto, una cosa es tomar el poder y otra llevar a cabo, desde el poder mismo, las transformaciones que postula una revolución (ésta fue otra herencia de la Revolución de Octubre); pero nadie se planteó, entonces y durante las siguientes décadas, el problema de la *transformación socialista* de la revolución. Desde aquellos días los comunistas mexicanos calificaron, sin cortapisas, a la Revolución Mexicana como "democrático-burguesa" y al régimen político de ella emanado como burgués.

[32] León Trotsky, "La administración obrera en la industria nacionalizada", en *Por los Estados Unidos de América Latina.* Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1951, pp. 25 ss.

[33] A decir verdad, la teoría del "bonapartismo" ha cobrado importancia entre los trotskistas sólo en los últimos años. En México se usó en el primer estudio (y en realidad el único) que los mandelistas ensayaron para dar una caracterización de la Revolución y su régimen político (véase, "35 años de crisis de la izquierda en México", en *La Internacional*, órgano del Grupo Comunista Internacionalista, n. 9 y 10). Una rama del trotskismo, la posadista, sostuvo la tesis de que la revolución es un proceso histórico universal del que la Revolución Mexicana formó parte (versión de la teoría marxista de la revolución permanente): "...las ideas trotskistas —puntualizaba J. Posadas— son una continuación, para esta etapa de la historia, de la Revolución rusa, de la Revolución mexicana. La Revolución mexicana significó el levantamiento de la población para luchar por el progreso de México, entregando la tierra a los campesinos y oponiéndose y combatiendo a la penetración del imperialismo. Los trotskistas luchan en México por estas mismas ideas" (J. Posadas, *Selección de textos sobre la tercera etapa de la Revolución Mexicana.* Ed. Revista Marxista Latinoamericana, México, sf. p. 31). En la misma línea, lo mejor que ha dado el trotskismo, se coloca Adolfo Gilly, para quien, "la revolución mexicana es una revolución interrumpida. Con la irrupción de las masas campesinas y de la pequeña burguesía pobre, se desarrolló inicialmente como revolución agraria y antimperialista y adquirió, en su mismo curso, un carácter empíricamente anticapitalista llevada por la iniciativa de abajo y a pesar de la dirección burguesa y pequeñoburguesa dominante. En ausencia de dirección proletaria y programa obrero, debió interrumpirse dos veces: en 1919-1920 primero, en 1940 después, sin poder avanzar

antitrotskistas que adopten el concepto trotskista y nos ofrezcan de nueva cuenta la definición de una revolución "bonapartista".[34] ¿Por qué fue "pequeñoburguesa" y, además, "bonapartista" la Revolución Mexicana? No parece caber la menor duda. Porque, según estas definiciones, la Revolución la hizo la "pequeña burguesía" mexicana o, por lo menos, ella fue su beneficiaria directa. Fueron sus exponentes los que tomaron el poder y ellos también los que dotaron al nuevo Estado de todo el bagaje ideológico que hasta hoy le ha servido para imponer su dominación sobre la sociedad mexicana. Que la Revolución la dirigieron exponentes de los sectores medios urbanos y pequeños propietarios rurales, es un hecho indiscutible; que ellos, además, le dieron, al calor de la lucha política en su forma de lucha armada, en contacto con las masas trabajadoras del campo y de la Ciudad, el ideario político sobre el que se construyó el Estado de la Revolución es

hacia sus conclusiones socialistas; pero, a la vez, sin que el capitalismo lograra derrotar a las masas arrebatándoles sus conquistas revolucionarias fundamentales. Es por lo tanto una revolución permanente en la conciencia y la experiencia de las masas, pero interrumpida en dos etapas históricas en el progreso objetivo de sus conquistas. Ha entrado en su tercer ascenso —que parte no de cero, sino de donde se interrumpió anteriormente— como revolución nacionalista, proletaria y socialista" (Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida. México, 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el poder.* Ed. El Caballito, México, 1971, p. 388). Hoy, sin embargo, todos los trotskistas aceptan la concepción del "bonapartismo" en sus caracterizaciones de la Revolución Mexicana.

[34]Véanse, por ejemplo, Anatol Shulgovski, México en la encrucijada de su historia (La lucha liberadora y antimperialista del pueblo mexicano en los años treinta y la alternativa de México ante el camino de su desarrollo), Ed. Fonda de Cultura Popular, México, 1968, y Roger Bartra, "La revolución domesticada: del bonapartismo pequenoburgués a la institucionalización de la burguesía", en Historia y Sociedad, segunda época, verano de 1975, n. 6, pp. 13-30. Bartra nos asegura, entre otras cosas, que el gobierno del general Obregón fue un régimen "burgués" que se cubrió con una "forma bonapartista pequeñoburguesa", y según dice, "siguiendo a Gramsci", califica al "bonapartismo de Obregón como un bonapartismo episódico, intermedio" (pp. 15 y 17). En la experiencia europea, como es bien sabido, el bonapartismo es consecuencia del termidor; pues bien, el mismo Bartra encuentra que en México más bien ocurre al contrario: que el termidor es consecuencia del "bonapartismo episódico", cosa por "lo menos harto original. En efecto, escribe Bartra: "Fue Calles quien, a la "muerte de Obregón, encabeza el Termidor mexicano; el gobierno que se afianza después de la crisis de 1928 ya no es un Estado bonapartista: es un gobierno termidoriano que expresa el triunfo de la burguesía sobre las masas populares" (p. 20). Otro autor de la misma tendencia escribe: "La subida al poder del `grupo de Sonora' en 1920 inicia un periodo de bonapartismo pequeñoburgués... En la lucha de clases de los años siguientes se afirman las nuevas características del Estado, tan burgués en esencia como el porfiriato y sin embargo tan diferente a él" (Enrique Semo, "Las revoluciones en la historia de México", en Historia y Sociedad, segunda época, 1975, n. 8, p. 61). La síntesis es novedosa: Régimen "pequenoburgues" y, sin embargo, "tan burgués en esencia". Estos autores, como puede observarse, combinan los conceptos de una revolución burguesa y de un régimen "pequeñoburgués" y "bonapartista" qua, inexplicablemente y de manera mis incongruente de como pensaban los marxistas de los años veinte, surge de una revolución burguesa que es, se comprende, también "bonapartista".

asimismo incuestionable. La pregunta que se impone es la siguiente: ¿estos elementos son suficientes para caracterizar una revolución como "pequeñoburguesa"? Si así fuere, en realidad, no habría habido jamás revoluciones "burguesas" y podríamos afirmar, incluso, que tampoco habría habido revoluciones socialistas o "proletarias", pues el personal dirigente en todos los casos, desde la Gran Revolución burguesa de Francia, lo han proporcionado siempre los sectores medios de la sociedad. Por su condición material "de clase" ni Robespierre ni Danton ni Napoleón fueron burgueses; tampoco fueron "proletarios" Lenin ni Trotsky ni Stalin ni Mao Tse-tung ni Fidel Castro. Todos ellos cabrían en el esquema del "pequeñoburgués" tan difundido en la ideología de la izquierda marxista, Y sin embargo, no nos atreveríamos, ni por asomo, a calificar los grandes movimientos revolucionarios que ellos encabezaron como revoluciones "pequeñoburguesas". Ellos simplemente fueron ese tipo de intelectuales que Gramsci llama "intelectuales orgánicos" y que en la política, en cualquier época, y sobre todo en los grandes movimientos revolucionarios, se constituyen en los portadores de la ideología, los puntos de vista y las posiciones de una determinada clase social.[35] Generalmente las clases sociales que tienen un gran papel que jugar en la historia no producen sus propios intelectuales ni sus propios dirigentes políticos; éstos se los proporciona ese pantano de la sociedad que, a falta de mejor nombre, es llamado, genéricamente, "clases medias" o, como dicen nuestros marxistas, "pequeña burguesía".[36] La "pequeña burguesía" no es capaz en ningún momento de la historia de producir

[35] Antonio Gramsci, *Gli intellettuali e l´organizzazione della cultura*. Ed. Giulio Einaudi, Turín, 1955, pp. 3 ss.
[36] Acerca de la diferencia entre lo que se llama comúnmente "clases medias" y lo que es la *pequeña burguesía*, véase, Arnaldo Córdova, "Las clases sociales", en *Sociedad y Estado en el mundo moderno*. Ed. Grijalbo, México, 1976, pp. 232-33.

algo que pudiera llamarse una "ideología pequeñoburguesa". Lo que comúnmente se llama "ideología pequeñoburguesa" entre nosotros en realidad no es una verdadera ideología. Llamamos "ideología pequeñoburguesa" a los temores, las actitudes serviles frente a los poderosos, los prejuicios individualistas y los complejos que son típicos de los intelectuales en la sociedad burguesa. Pero todo eso no merece el nombre de ideología. La ideología es un sistema colectivo de ideas, creencias y valores. La ideología ofrece, a nombre de una clase, todo un programa de organización social, política y económica para la sociedad. Los prejuicios y los complejos de los intelectuales mexicanos jamás han sido un programa para la sociedad mexicana. Aunque muchos piensen lo contrario.

Todo ello no quiere decir que los intelectuales y los demás sectores medios no sean capaces de producir una ideología. En realidad no hay agentes "ideológicos" tan connotados como ellos. Pero no producen "ideologías pequeño-burguesas". Lo que ellos producen son ideologías para otras clases, las clases fundamentales de la sociedad: la burguesía y el proletario, y habría que decir que más para la burguesía que para el proletariado. En tales condiciones, no hay nada extraño en el hecho de que la Revolución Mexicana haya sido una ***revolución burguesa*** dirigida política y militarmente por elementos venidos de los sectores medios de la sociedad a la que estos propios sectores dieron, además, su ideología como clase global y no para éste o aquel sector o fracción de la clase. La burguesía como tal, en sus diferentes fracciones de clase, es incapaz de producir una ideología que resuma y represente loa intereses de todas las fracciones. Sólo los sectores medios de la sociedad están en aptitud de elaborar un programa ideológico común para la totalidad de la clase burguesa

y, lo que es más, sólo ellos pueden proporcionar el personal político que hace la revolución a su nombre y construye el Estado que le dará unidad de clase e impondrá su dominio a toda la sociedad.

En la Revolución Mexicana se cumplieron todas aquellas que podríamos llamar las leyes de la ***revolución burguesa***, Aparte de las banderas de libertad e igualdad, la lucha política revolucionaria estuvo siempre bien fundada en los principios de la libre competencia y la libre propiedad privada; todos ellos principios ***burgueses*** y no "pequeñoburgueses" como muchos imaginan. Además, lo que en nuestro concepto constituye el principio básico de toda revolución burguesa, se postuló en todo momento la construcción de un Estado colocado, como dijeran Engels y Lenin,[37] por encima de todos los grupos y clases de la sociedad.

Lo notable en el caso de la Revolución Mexicana fue precisamente su ***política de masas***. La burguesía mexicana, como tal, no era capaz, no lo ha sido en ninguna época de la historia, de dar una ideología y una política burguesa para toda la clase; menos aún lo era de proporcionar una línea política de masas que condujera el huracán revolucionario hacia el establecimiento de un nuevo orden burgués. Para ambas cosas eran precisos el idealismo y al mismo tiempo el oportunismo político de los sectores medios de la sociedad o, al menos de sus exponentes más esclarecidos. La lucha de las masas trabajadoras y su irrupción en la política nacional produjo el populismo y su línea de masas; la lucha contra el antiguo régimen de privilegios produjo el programa burgués de reorganización de la sociedad. Y en ello, como sucede en otras situaciones históricas

[37] Friedrich Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, en Marx-Engels, *Obras escogidas*, 2 vol., cit., t. II, Moscú, 1952, p. 297; Vladimir I. Lenin, *El Estado y la revolución,* en *Obras completas*. Ed. Cartago, Buenos Aires, 1958, t. XXV, p., 382.

que se han hecho clásicas, sobre todo la de Francia, a la burguesía, como tal, no le cupo el menor mérito. Son los sectores medios los que encabezan y dirigen la revolución burguesa y ello ocurre por el simple hecho de que son, esencialmente, ***sectores desclasados*** pero ***móviles***; con las puertas siempre abiertas para su participación en la política, pero sin nada que se parezca a un programa ideológico y político propio. Actuando en política no tienen más remedio que adoptar los puntos de vista, la ideología y las posiciones de otros sectores sociales cuya situación es, por el contrario, paradigmática para la sociedad. Y en una sociedad como la mexicana de principios de siglo, con un proletariado muy poco desarrollado, no podían por menos de hacer propio y desarrollarlo como programa para toda la sociedad el paradigma de la clase burguesa.

Pero ahora vayamos al tema del "bonapartismo". Si por "bonapartismo" se entendiera la tendencia general del Estado a separarse y colocarse por encima, en primer término, de todos los grupos o fracciones dé la clase dominante y, en segundo término, de todas las clases sociales a fin de darse una adecuada representatividad social y poder así ejercer el dominio de la sociedad en su conjunto, el concepto sería aceptable. En realidad, esta tendencia puede ser definida como la principal ley del desarrollo del Estado capitalista. Engels ya lo sospechaba cuando en abril de 1866 escribía a Marx: "... el bonapartismo es, en efecto, la verdadera religión de la burguesía moderna. Cada vez más se me revela claramente que la burguesía no está hecha [***dass die Bourgeoisie nicht das Zeugt hat***] para dominar por sí misma, y que por tanto, allí donde una oligarquía no puede asumir la guía del Estado y de la sociedad en interés de la burguesía, a cambio de una buena paga, como aquí en Inglaterra,

una semidictadura bonapartista es la forma normal [de gobierno]; ésta realiza los grandes intereses materiales de la burguesía, incluso contra la burguesía misma, pero no le deja ninguna participación en el poder. Por lo demás —apunta Engels—, esta dictadura, a su vez, se ve constreñida, contra su voluntad, a adoptar estos intereses materiales de la burguesía".[38] Lo que Engels nunca justificó fue por qué había que llamarle precisamente "bonapartismo" a esta tendencia general del Estado capitalista, cuando él mismo estaba observando el fenómeno en otros grandes Estados europeos. Ya el propio Marx había tenido ocasión de reprocharles a los alemanes el uso de otro terminajo igualmente arbitrario para calificar el mismo fenómeno en Alemania: el de "cesarismo"[39] que luego Antonio Gramsci volvió a poner en circulación.[40] En pocas palabras: lo que pretendía ser una "particularidad" de la experiencia francesa del Estado bonapartista se revelaba, cada vez con mayor claridad, como una característica general del Estado capitalista, y esto mismo se hizo todavía más

[38] Engels a Marx, 13 de abril de 1866, en Karl Marx-Friedrich Engels, *Werke*. Dietz Verlag, Berlín 1965, t. XXXI, p. 208.
[39] Escribía Marx al respecto:"...confío en que mi obra contribuirá a eliminar esa frase pedante del llamado *cesarismo*, tan corriente, sobre todo actualmente, en Alemania. En esta superficial analogía histórica se olvida lo principal: en la antigua Roma, la lucha de clases sólo se ventilaba entre una minoría privilegiada, entre los libres ricos y los libres pobres, mientras la gran masa productora de la población, los esclavos, formaban un pedestal puramente pasivo para aquellos luchadores. Se olvida la importante sentencia de Sismondi: el proletariado romano vivía a costa de la sociedad, mientras que la moderna sociedad vive a costa del proletariado. La diferencia de las condiciones materiales, económicas, de la lucha de clases antigua y moderna son tan radicales, que sus manifestaciones políticas respectivas no pueden tener más semejanza las unas con las otras que el arzobispado de Canterbury y el pontífice Samuel" (*El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, en Marx-Engels, Obras escogidas, cit., t. I. p. 221).
[40] Antonio Gramsci, *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno*. Ed. Giulio Einaudi, Turín, 1949, p. 58: "Se puede decir que el cesarismo expresa una situación en la que las fuerzas en lucha se equilibran de modo catastrófico, es decir, se equilibran de modo que la continuación de la lucha no puede concluirse sino con la destrucción recíproca... Pero el cesarismo, si bien expresa siempre la solución "arbitral", confiada a una gran personalidad, de una situación histórico-política caracterizada por un equilibrio de fuerzas en perspectiva catastrófica, no siempre tiene el mismo significado histórico. Puede haber un cesarismo progresivo y otro regresivo... Es progresivo el cesarismo cuando su intervención ayuda la fuerza progresiva a triunfar, aunque sea con ciertos compromisos y mitigaciones que limitan la victoria; es regresivo cuando su intervención ayuda a triunfar la fuerza regresiva, también en este caso con ciertos compromisos y limitaciones que, sin embargo, tienen un valor, un alcance y un significado diferentes que en el caso anterior. César y Napoleón I son ejemplos de cesarismo progresivo. Napoleón III y Bismarck de cesarismo regresivo.

evidente cuando irrumpieron en la historia la moderna sociedad de masas y su fruto más eminente, la política de masas.

El caso del Estado mexicano, por su parte, no ofrece particularidad alguna que sea tan singular que nos obligue a pensar que estamos fuera del universo y que el Estado mexicano no tiene par en el mundo. Como observara don Jesús Silva Herzog, la "originalidad originalísima" de la Revolución Mexicana[41] es una patraña. Pues bien, lo que pretenden los sostenedores de la tesis del "bonapartismo" en México es demostrar que la Revolución Mexicana y el Estado que surgió de ella son una excepción a las leyes generales del desarrollo de la política en el capitalismo. El régimen político mexicano no es burgués ni proletario: ésa es la tesis que se trata de demostrar. El mismo Trotsky, confundido por la demagogia nacionalista del cardenismo, escribió en 1938: "En los países industrialmente atrasados, el capital extranjero juega un rol decisivo. De aquí la debilidad relativa de la burguesía "nacional" respecto del proletariado "nacional". Esto da origen a condiciones especiales del poder estatal. El gobierno oscila entre el capital extranjero y el doméstico, entre la débil burguesía nacional y el proletariado relativamente poderoso. Esto confiere al gobierno un carácter bonapartista "sui generis", un carácter distintivo. Se eleva, por decirlo así, por encima de las clases. En realidad, puede gobernar ya convirtiéndose en instrumento del capital extranjero y aherrojando al proletariado con las cadenas de una dictadura policial o bien maniobrando con el proletariado y hasta llegar a hacerle concesiones y obtener así la posibilidad de cierta independencia respecto de los capitalistas extranjeros."[42] De acuerdo con Trotsky, la particularidad del

[41] Jesús Silva Herzog, *Trayectoria ideológica de la Revolución Mexicana. 1910-1917*. Ed. Cuadernos Americanos, México, 1963, p. 46.
[42] León Trotsky, op. cit., pp. 25-26.

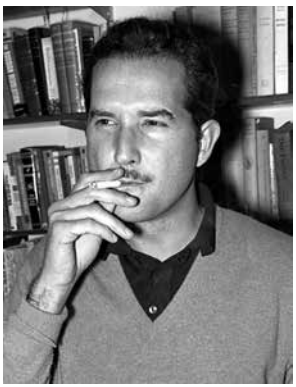
Estado mexicano consistía por tanto en que había logrado colocarse, "por decirlo así", por encima de las clases. Esto equivale a decir que la particularidad del Estado mexicano consiste en ser ***un verdadero Estado***, lo cual no es ninguna "particularidad" en absoluto, sino una ley general del desarrollo del capitalismo. Por lo demás, que el Estado se coloque por encima de las diferentes fracciones de la clase dominante y de todas las clases sociales, porque sólo así puede dirigirlas a todas y sólo así puede ejercer su dominio sobre el conjunto de la sociedad, no autoriza en modo alguno a afirmar que el Estado sea "neutral" frente a las clases sociales mismas ("ni burgués ni proletario"). Ésta es una de las mayores falacias que encierra la tesis del "bonapartismo". Todo Estado es un ***Estado de clase***, por muy grande que sea su autonomía con respecto a los grupos sociales. Por lo demás, la autonomía del Estado (que muchos insisten en llamar "relativa", como si hubiera algo en este mundo que no fuera "relativo") es un instrumento político que le permite (al Estado) unificar a la clase dominante bajo su mando y darse la representatividad que lo legitime ante la sociedad. Esto es así aquí y en cualquier otra parte del mundo. Resulta harto sorprendente el hecho de que aquello que puede ser considerado como una característica esencial de la Revolución Mexicana (aunque. no exclusiva de ella), su política de masas, sea precisamente lo que mayores confusiones ha sembrado en las interpretaciones que de ella se han venido haciendo desde la izquierda. El reformismo social de la Revolución permitió a los grupos revolucionarios el dominio de toda la sociedad mexicana y fue la palanca que les sirvió para construir un nuevo Estado. Ante todo, proporcionó al propio Estado la imagen, para consumo de la sociedad, de un Estado que no se debía a ningún grupo social en especial. De esta manera, en las

condiciones particulares de nuestro país, resolvió el mayor problema que enfrenta todo sistema capitalista nacional: el de contar con un Estado que le dé unidad y dirección. No fue una excepción al carácter burgués de la Revolución Mexicana, sino, en las condiciones de una sociedad explosiva y permanentemente conflictiva, la confirmación del dominio histórico de la burguesía en el modo y el sistema de vida de la sociedad mexicana.

Es un hecho que, desde su fundación, el Estado mexicano ha podido mantener su poder indiscutible sobre la sociedad. Nadie puede afirmar seriamente que se trate de un Estado democrático. Pero nadie puede negar que, siendo más bien un Estado autoritario, su poder deriva del control que ha sabido imponer sobre las más amplias masas de la sociedad. No hay paradoja en ello. En la política las formas de gobierno no siempre lo deciden todo por sí mismas. El Estado, en última instancia, se sostiene si cuenta con el consenso y el apoyo de la población a la que gobierna, y quien desee contenderle el poder es allí, en la lucha por el consenso social, donde tiene que darle la batalla. Esto, en el siglo XX, sólo tiene un nombre: ***política de masas***.

Maquiavelo, no te rajes[43]

Carlos Fuentes



Carlos Fuentes en una biblioteca.

Hace días presenté en el Círculo de Bellas Artes de Madrid mi novela más reciente, ***La silla del Águila***. No pude estar mejor acompañado. Mis interlocutores eran Felipe González, ex presidente del Gobierno español, y Alan Riding, corresponsal cultural del ***New York Times*** en Europa. Ambos conocen bien a México. Riding, porque fue corresponsal del ***Times*** durante más de una década. Satanizado en su momento por dar su fiel y personal versión de nuestro país —***Vecinos distantes***—, Riding al cabo venció las prevenciones chovinistas y recibió, el pasado otoño, la condecoración del Águila Azteca de manos del presidente Vicente Fox. El águila de la silla aterrizó en el pecho del águila.

Felipe González radicó mi novela en las movedizas arenas de la política mexicana sólo para afirmar que toda política, siendo local, es también siempre universal porque se funda en "la pasión humana, el poder, el dinero, el sexo y el amor". También las miserias de la política son universales, subrayó González. Hay, en todo poder, una "parte oscura". Pero lo más que se puede ver de la realidad política,

[43] Artículo publicado originalmente en *El País*, el domingo 15 de junio de 2003.

concluyó el ex presidente, es sólo la punta del iceberg. Las verdaderas realidades del poder suelen permanecer ocultas.

Sobre nuestro diálogo en Madrid planeaba, como ya lo había previsto Juan Luis Cebrián, en ***Babelia,*** una sombra florentina. Nicolás Maquiavelo fue citado por todos los participantes, pero yo tenía la particular preocupación de pensar en Maquiavelo para México y muy emparentado con las próximas elecciones legislativas del 6 de julio en nuestro país. Hay quienes hablan en México de una alternancia en el poder, pero sin transición democrática real. Los obstáculos que ofrece, para llevar al cabo dicha transición, la cultura autoritaria mexicana, son inmensos. Aquí viene a cuento Maquiavelo cuando hace una distinción que conviene soberanamente a México.

Maquiavelo distingue entre "principados nuevos" y "principados hereditarios". Durante siete décadas, México fue principado hereditario. El poder se heredaba cada seis años, canalizado por el PRI (Partido Revolucionario Institucional). El Príncipe en turno dictaminaba, desde la silla del águila, quién sería su sucesor. Seguramente, muchos factores concurrían para dar el dedazo y descubrir al "tapado": el poder del dinero, las agrupaciones gremiales, obreras y campesinas, los poderes locales de la Federación, las burocracias, el "vecino distante" de Alan Riding... Pero al fin y al cabo, quien ocupaba la silla del águila decidía quién habría de sucederle. ¿El más competente? A veces. Ávila Camacho juzgó con acierto que el mejor y más hábil "tapado" era Miguel Alemán (1946); Alemán, muerto su ***delfín*** Héctor Pérez Martínez, optó sagazmente que después de la embriagadora actividad de su gobierno, convenía un presidente aspirina. El "mejoral" fue Adolfo Ruiz Cortines (1952), acaso el más hábil presidente priista y el más ajustado a la virtud hereditaria tal y como la describe Maquiavelo: los

principados hereditarios son los más fáciles de gobernar. Basta con no hacer olas y contemporizar con los accidentes. El sobre lacrado, los líderes "charros", la mano de fierro envuelta en guante de terciopelo... Las mañas de don Adolfo son innumerables... e irrepetibles.

La regla hereditaria se continuó cuando Ruiz Cortines le dio el dedo de oro a Adolfo López Mateos (1958). Pero a partir de entonces, el principado hereditario inicia su declive. La legitimación revolucionaria entra en crisis, la represión crece (ferrocarrileros, maestros, Siqueiros, Heberto Castillo) y un heredero ingrato, Gustavo Díaz Ordaz (1964), pasa de ser el más sumiso colaborador de López Mateos a su más encarnizado perseguidor, una vez que ocupa la silla del águila. El drama florentino se repite cuando Díaz Ordaz destapa al fiel Luis Echeverría (1970) y recibe, fuera del poder, el vehemente ataque de su ***delfín.*** Lo mismo le sucede a Echeverría con el suyo, José López Portillo (1976), y, en menor grado, a éste con Miguel de la Madrid (1982). La sucesión De la Madrid-Salinas (1988) restablece la paz hereditaria, que no tarda en romperse, por última vez, en el choque brutal entre Carlos Salinas y su sucesor, Ernesto Zedillo (1994).

Zedillo es el último "príncipe hereditario". Respeta la ley y transmite el poder al "príncipe nuevo", Vicente Fox (2000), quien no tarda en encarnar todas las advertencias de Maquiavelo acerca del paso de la herencia a la novedad. Los hombres, dice el florentino, mudan gobierno creyendo mejorar. Pero el nuevo príncipe, por el simple hecho de su novedad, porque rompe una tradición, porque agita las aguas, no tarda en enfrentarse a una minuta de problemas ausente en la república hereditaria.

El príncipe nuevo, por principio de cuentas, ofende a los que ha desalojado. Cuenta con la enemistad fervorosa del viejo orden,

sobre todo (léase Roberto Madrazo, priista a la antigua) cuando de verdad es viejo o sea incapaz de renovarse para mejorar y aspirar al poder en un nuevo clima democrático (léase Beatriz Paredes, priista renovadora). El nuevo príncipe, amén de contar con la enemistad del principado anterior, no puede satisfacer a todos los amigos, no puede darles todo lo que le piden. Y sus defensores —Maquiavelo ***dixit***— son tibios. La incredulidad pesa sobre las acciones del príncipe nuevo. La censura cae sobre su ausencia de acciones. La falta de experiencia lastra y desprestigia muy pronto al nuevo príncipe.

La actualidad de Maquiavelo la demuestra su funesto aserto: el primer error del Príncipe nuevo es siempre su gabinete. Pero más allá de este error —fatal para Maquiavelo—, el "pequeño escribano florentino" le recomienda al príncipe nuevo, ante su gabinete, oír y decir la verdad sin temor de ofender. No hay mejor manera de defenderse de los aduladores. Pero —enorme pero— si todos pueden decirle la verdad al Príncipe, la falta de respeto se convierte en norma de la gobernanza. Por lo tanto —recomienda Maquiavelo—, el nuevo príncipe ha de elegir consejeros de Estados sabios y otorgar libre arbitrio a sus colaboradores en función de la demostrada o demostrable inteligencia de cada cual.

En todo caso, le dice Nicolás Maquiavelo a Vicente Fox, el príncipe debe ser origen de los buenos consejos, no los buenos consejos origen del príncipe. Le es más fácil al nuevo príncipe, al cabo, oponerse a los grandes, que son pocos, que al pueblo, con el cual el príncipe ha de vivir siempre, en tanto que los grandes pueden ser empequeñecidos, hechos y des-hechos. En última instancia, el pueblo puede cambiar al príncipe, pero el príncipe no puede cambiar al pueblo. Sin embargo, como Maquiavelo sabe ver todos los ángulos

de sus propias proposiciones, los grandes, por el hecho de ser pocos, le dan seguridad al príncipe, y el pueblo, por ser muchos, se la quitan. Por lo tanto, el pueblo requiere un príncipe sabio que sepa fundar su gobierno en lo que es suyo y no en lo que es de otros. Y el pueblo será suyo, concluye Maquiavelo, si el príncipe entiende que el pueblo amigo es el único remedio cuando, inevitablemente, el gobernante cae en la adversidad.

No paso por alto el realismo cínico de Maquiavelo cuando se aparta de las luces del poder y revela sus sombras. El príncipe debe ser temido, pero no odiado. Los hombres respetan menos al que se hace temer que al que se hace amar. El príncipe no debe apartarse del bien, si se puede. Pero debe ejercer el mal, si es necesario. Necesidad, virtud, fortuna. Estos tres pilares de la filosofía política de Maquiavelo matizan y enriquecen poderosamente cuanto llevo dicho. Sol y sombra. La necesidad puede ser determinada por las vías nefandas—***la viascelerata***— para llegar al poder. El asesinato, la traición, la infidelidad en nombre de la necesidad. Pero, bien gobernada, la necesidad puede ser estímulo para la acción política. Maquiavelo —se olvida a menudo— cree en la libertad ("Nadie podrá arrebatarnos esa mínima y gloriosa parcela de libertad que Dios le ha dado a cada hombre") y la libertad elimina, dice, la posibilidad de un mundo completamente necesario o fatal.

La virtud, segunda columna, está ya implícita en la necesidad. La virtud es el libre albedrío en acción. Pero así como la necesidad se mueve de la sombra a la luz, la virtud puede hacer el trayecto inverso. La virtud puede ser máscara de la simulación política, de tal suerte que lo importante de la virtud política no es tenerla, sino parecer tenerla.

La raíz etimológica de la virtud es ***vir,*** hombre. La fortuna, tercer principio, es, como su nombre lo indica, femenina y debe ser

tratada como el muy misógino Maquiavelo trató a su propia esposa: a palos. La fortuna es mujer y, por lo tanto, perturba al gobernante con su ambición desmedida, su volubilidad, su activismo perverso, su amenaza a una política racional. Dura más en el poder quien menos depende de la femenina Fortuna.

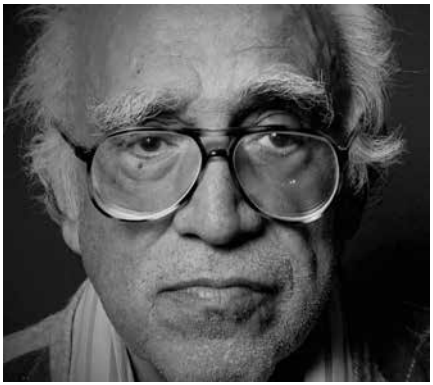
¿Qué lección nos deja, en suma, para nosotros, para nuestro tiempo, el gran pensador florentino? Sólo y simplemente, esto: un buen gobierno procede de acuerdo con la calidad del tiempo. Un mal gobierno es el que actúa contra la calidad del tiempo. El mal gobierno se arruina si persiste en los vicios del tiempo pasado. El buen gobierno, en cambio, muestra respeto y paciencia para con los horarios del tiempo. Los horarios del tiempo —el ***zeitgeist*** o espíritu del tiempo en lengua alemana—. Conocerlo, sentirlo, actuarlo, es el sello del gran gobernante: Fraklin D. Roosevelt en los EE UU y Winston Churchill en Inglaterra, pero, también en Inglaterra, Clement Attlee; en Suecia, Olof Palme; en Alemania, Willy Brandt, y en España, el propio Felipe González.

Las elecciones del 6 de julio y sus secuelas nos indicarán si, en México, Vicente Fox habrá aprendido a actuar de acuerdo con los horarios del tiempo, o a nadar, de muertito, a contracorriente.

En una ocasión, entrevistándolo, mi esposa, Silvia Lemus, le preguntó el ex presidente de Venezuela Carlos Andrés Pérez si leer ***El Príncipe*** de Maquiavelo era requisito indispensable para ser buen gobernante latinoamericano.

"Como andan las cosas —constestó CAP—, lo mejor sería que nos pusiéramos a leer ***El Principito*** de Saint-Exupèry".

Notas sobre el Estado, la cultura nacional y las culturas populares[44]



Carlos Monsiváis

Carlos Monsiváis

Los términos que no dejan ver el bosque

Cultura nacional, cultura popular. Es tan enorme en México la fortuna de ambos términos en nuestros ámbitos políticos y académicos, que previsiblemente, a ese auge no lo acompañan definiciones, difíciles de alcanzar y de riesgosa aplicación. La usual ha sido evitar precisiones, dar por sentado que quien lee o escucha comparte los puntos de vista del expositor y no discute sus premisas. Algo tiene de cierta tal presunción. Con excepción de la extrema derecha, todos los grupos o tendencias acuden a la cultura nacional o a la cultura popular para santificar, de acuerdo a definiciones implícitas, sus luchas del momento. El Estado, a lo largo de las últimas décadas, emplea los términos Cultura nacional e Identidad, a modo de bloques irrefutables, auto-homenajes que nunca es preciso detallar. En la práctica, cultura nacional suele ser

[44] Ensayo publicado originalmente en los *Cuadernos políticos*, México, Núm. 30, octubre-diciembre de 1981, pp. 33-52.

la abstracción que cada gobierno utiliza a conveniencia, y conduce lo mismo a un nacionalismo a ultranza que al mero registro de un proceso. En la práctica también, cultura popular es, según quien la emplee, el equivalente de lo indígena o lo campesino, el sinónimo de formas de resistencia autocapitalista o el equivalente mecánico de industria cultural. El término acaba unificando caprichosamente, variedades étnicas, regionales, de clase, para inscribirse en un lenguaje político. Hacia un inventar lo cívico-popular De su uso extensivo derivo algunos contenidos preferenciales (complementarios o antagónicos) de la expresión cultura nacional:

— La suma de aportes específicos que una colectividad le añade a la cultura universal.
— La versión (que mezcla criterio clásico y gusto de moda) de la cultura universal tal y como se le registra en un país dependiente.
— La síntesis de los procesos formativos y las expresiones esenciales de una colectividad, tanto en el sentido de liberación como en el de la opresión. Así, pertenecen igualmente a la cultura nacional la falta de tradiciones democráticas y el antiimperialismo, el machismo patriarcal y la participación femenina en las luchas revolucionarias.
— El espacio de relación y de fusión de las tradiciones universales, de acuerdo a necesidades y posibilidades de la minoría ilustrada (en este sentido, nunca se ha dado un esfuerzo autónomo de cultura nacional ni podría darse).
— El espacio de encuentro de las clases sociales.

— Lo que, en una circunscripción territorial, distintas clases sociales reivindican diversamente como suyo: tradiciones, rupturas, cánones artísticos, ciencias y humanidades, costumbres. Es el resultado de las aportaciones esenciales del idioma, la religión, la literatura, la música, la política, la sociología, la historia, la vida cotidiana.
— La síntesis entrañable que una colectividad (unida a la fuerza) hace de sus enfrentamientos y derrotas, de su vinculación con el mundo y de sus aislamientos, de sus mitos y de sus realidades. Sin pretender jerarquizar, doy ejemplos de elementos probados de cultura nacional en México:
— La obra política y literaria de la generación de la Reforma.
— El ámbito de derechos civiles desprendido de la Constitución del 57 y de la Constitución del 17.
— El sitio de las mujeres en la sociedad y en la familia.

A esta brevísima y parcial lista la complementan algunas observaciones: a] este corpus lo lastran todavía una serie de limitaciones y prejuicios, entre ellos, el sexismo y el respeto devocional (que no real) por la alta cultura; b] por su carácter mismo, la cultura nacional no se presta a ser definida o enlistada rigurosamente. La lista anterior es una proposición sintomática, cuyo mayor sentido es la ejemplificación. Los espacios formativos.

Los espacios constitutivos de esta cultura nacional han sido la Familia, el Estado, la Iglesia, los partidos, la prensa, la influencia de las metrópolis, las constituciones, la enseñanza primaria, la universidad, el cine, la radio, las historietas, la televisión. La indistinción jerárquica

apunta a una diversidad que unifica un proceso selectivo donde el Estado tiene funciones determinantes: comprime, reduce, alisa.

La versión más favorecida de ***cultura nacional*** mezcla tradición con pintoresquismo, memoria histórica con oportunismo, logros artísticos con ***show business***. Esto remite a una discusión previa: ¿existe de hecho una sola cultura nacional o hay una riqueza pluricultural uniformada caprichosamente y por requerimientos políticos? Al respecto, la experiencia es tajante: "Si bien —afirma Carlos Pereyra—, la nación es nada más el espacio donde se desenvuelve la lucha de clases y es también lo que se disputa en esa lucha, de ninguna manera la nación es el instrumento de la clase dominante para ejercer su dominación". Del mismo modo, así la cultura nacional parezca el espacio de los caprichos y temperamentos sexenales, posee un vigor persuasivo que, en sus momentos culminantes, resume o trasciende perspectivas de clase, intereses del Estado, reivindicaciones democráticas, estallidos revolucionarios. No se trata de un fenómeno metafísico ajustable a expresiones como "la Idiosincrasia" o el "Ser Nacional", sino de prácticas arraigadísimas y formas expresivas que participan igualmente del adelanto y del atraso, del estímulo y la humillación. Históricamente, a las multitudes heroicas las han integrado individuos ferozmente machistas y autoritarios en su ámbito privado, y son de igual manera cultura nacional las creaciones de un pueblo y el rechazo del impulso creativo de ese pueblo.

Los hijos de Calles y de Cantinflas

Dueño ya de una Constitución de la república (un entramado jurídico) y de una habilidad creciente para concentrar el poder, el estado en

la década de los veintes quiere equilibrar el peso de una cultura nacional, determinada cínicamente por las necesidades y los alcances de una élite. Para ello, conviene alentar una cultura popular, que le proporcione a esas mayorías de tan innegable presencia física (que ha sido y muy brutalmente, aparición armada) elementos de identidad que confirmen su pertenencia a la nación. El ámbito de fundación de esta cultura popular diseñada por el estado es la enseñanza elemental. Al compartir la lengua, la visión histórica y la creencia inconmovible en ese proceso de selección de las especies que es la educación, las masas ratificarán su adhesión al estado y advertirán de paso que lo suyo es conocimiento inacabado, muy insuficiente, que lo suyo no es cultura sino en todo caso cultura popular.

Al lado de la enseñanza primaria, la confianza en el talento del pueblo vertido en formas artesanales. en su etapa como secretario de educación Pública (1920-1924), José Vasconcelos quiere imbuir igualmente el respeto a la cultura clásica y el amor a las artesanías, la fe misional en la escuela y la recuperación de música y narrativa tradicionales. ¿Quiere eso decir que no distingue ni jerarquiza? Quiere decir que se articula una concepción estatal: la revolución no verá la irrupción de las masas en la historia, sino el advenimiento paulatino de la civilización en el seno de las masas. La etapa armada es siempre prerrevolucionaria y para apoyar su idea alienta una creación (de pretensiones renacentistas) sustentada en una mística educativa y en las concesiones al pueblo. Contrariando y complementando tal proposición, el muralismo exalta los ejércitos zapatistas y el proletariado internacional, pero en paredes del gobierno, lo que facilita la conversión de esa cultura del pueblo en alta cultura y santuario turístico. Pronto, el estado se convence de un casi axioma: en la etapa

de consolidación, en el momento de acceder a la respetabilidad externa e interna, no tiene sentido favorecer expresiones populares, entidades finalmente inasibles, sino continuar celebrando y sosteniendo a la cultura tradicional para, en el mejor de los casos, llevarla al pueblo.

Es muy sencilla la proposición de Vasconcelos, que los muralistas expandirán y negarán genialmente y que la narrativa de la revolución Mexicana fijará a contrario sensu: hagamos del humanismo el ideal colectivo, que nos señala lo que aún nos falta para alcanzar la civilización occidental. Los muralistas le añaden a este sueño culturalista ejércitos campesinos, burguesía decadente, hombres en llamas, internacionalismo proletario, historia esquematizada, etcétera, pero su inscripción en los murales del estado corrobora lo ya sabido: quien dicta las normas de la nación es el estado, él monopoliza el sentimiento histórico y el patrocinio del arte y la cultura. Desplazada la Iglesia del centro interpretativo de la realidad (no de la moral, sí del sentido de futuro del país), secularizada en gran medida la vida cotidiana, nulificada o neutralizada la presencia ideológica de los grupos o partidos de oposición, la nación parece término sujeto a los requerimientos del desarrollo capitalista que se fijan a través de la estabilidad de las instituciones.

Que tal afirmación requiere de matices lo demuestra el continuo apoyo (implícito o explícito) de las masas a los regímenes de la Revolución Mexicana, el fervor popular al ocurrir la expropiación petrolera, el sentimiento antiimperialista nunca desaparecido, las contradicciones no fingidas en el seno del estado, las rebeldías y rebeliones. Pero al abandonar el estado su incierto deseo de forjar una cultura popular, al no verle sentido real a lo considerado inmutable y eterno (las formas de relación y diversión de las mayorías) aparece

la actual industria cultural. Los empresarios toman en sus manos la radio, el cine, las historietas, la mayor parte de la prensa, y sus ofrecimientos culturales son forzosamente magros: el melodrama, el humor prefabricado, el sentimentalismo. Por su cuenta, la industria descubre técnicas de asimilación ideológica que el estado aprueba.

Tómese el caso de la Revolución Mexicana (etapa armada). El comercialismo no cree en la épica popular y la presenta como desafuero instintivo, el show de las pasiones primitivas cuya mayor contribución fue hacernos revaluar el orden. Se extirpan con celeridad los recuerdos del origen subversivo de las nuevas instituciones. No interesa la opinión de las masas sobre la conducta o el inicio histórico de sus gobernantes. El consenso está asegurado férreamente, y la que se presenta Como cultura nacional es fruto de imposiciones estatales que, en buena medida, las mayorías comparten. La cultura popular que surge se desentiende por completo de la presencia del estado. Va de la industria a los consumidores y supone una nación ideal sin gobernantes ni tiempos históricos.

Cuando quiere un mexicano
(e. Cortázar y M. esperón)
Cuando quiere un mexicano
no hay amor como su amor...
pues lo entrega sin alardes
y ninguna condición.
Él lo da con ilusiones,

¡Como un mexicano!
con frases de adoración,
con música de su vida
y cantos del corazón.
[...]

Cuando un mexicano quiere
¡Como un mexicano!
no hay amor como su amor.

Tiene la miel de las flores
y el calor de la pasión.
¡Como un mexicano!
Cuando un mexicano quiere.

Cuando un mexicano quiere,
se olvida hasta del dolor
y si es preciso se muerte
nomás pensando en su amor
¡Como un mexicano!
[...]

Cuando un mexicano quiere
pone en su alma una canción

y si la tradición le hiere,
¡una bala es su perdón!
¡Como un mexicano!
no hay amor como su amor,
porque lo entrega de veras
sin ninguna condición.
¡Como un mexicano!

Nación es la frontera con Guatemala

Durante un periodo prolongado, la cuestión nacional se difumina o pasa a segundo plano, inscrita en la retórica o en la publicidad del estado (para la mentalidad derechista, lo fundamental no es la nación sino el culto al esfuerzo individual, o sea la empresa, y la reverenda ante la Familia, último guardián de los valores eclesiásticos, la imposición de una moral que reproduce el absolutismo público). En el horizonte histórico prevaleciente, el de la revolución Mexicana, lo nacional —territorio, lenguaje, tradiciones, derrotas y conquistas, creencias, costumbres, religión— es el único espacio de las mayorías, sus vías de comunicación y cohesión internas. Lo nacional es adquisición histórica, lo que consiguió el pregonado millón de muertos de la lucha armada. A la clase dominante, por el contrario, lo nacional le va resultando cada vez más una sujeción, las ataduras a un modo de vida y a una visión de la realidad que empobrecen, limitan. Al desarrollo capitalista le va pesando lo nacional, es el compromiso adquirido que ya se vuelve prescindible. ¿Cómo ser contemporáneo de quienes definen la modernidad, si se vive atado a convenciones y prejuicios? lo nacional

le resulta a la burguesía, progresivamente, lo que la distancia del gran goce adquisitivo de lo internacional. Para las masas, lo nacional es el círculo de la seguridad, la compensación que transmuta los grandes valores (patria, historia, religión, habla, costumbres, sensaciones utópicas) en las disposiciones de la vida cotidiana.

La identidad nacional con o sin comillas

La atmósfera de las vaguedades, el reino de las atribuciones. Según las atribuciones gubernamentales, la "identidad nacional" es dócil esencia, el espíritu de un pueblo que se contempla en el espejo de virtudes de un museo de artesanías, el vía crucis histórico que culmina en la obediencia voluntaria. Para la industria cultural, la "identidad" es sucesión de lujos emocionales, pasiones ordenadas por la fatalidad de la raza, que van del gusto por la muerte a la delectación machista, de la irresponsabilidad a la compulsión gregaria.

Frente a una práctica que ajusta a pedido las señas de "identidad" el desfile de interrogantes: ¿es concebible el uso de una expresión tan cercana a la metafísica? si el concepto es de índole histórica, ¿de qué modo se aplica la identidad, que es fijeza, a los requerimientos del cambio permanente? la nacionalidad, como hecho histórico, está determinada en sus características por la burocracia en el poder y por el conflicto entre pequeña burguesía conservadora y pequeña burguesía liberal. Por tanto, ¿de qué modo se han apropiado de la nación el resto de las clases sociales? ¿Cuál es el meollo de la "identidad"? ¿la religión, la lengua, las tradiciones regionales, las

costumbres sexuales, los hábitos gastronómicos? Y en este orden de cosas, ¿cuál es la "identidad nacional" de los indígenas? ¿qué semejanza hay entre la "identidad" de los burgueses y la de los campesinos? ¿se debe hablar de una "identidad" diferenciada clasista o racialmente? ¿Hasta qué punto es verdadera la "identidad" desprendida del imperio de los *mass-media*? ¿de qué modo se han apropiado las mayorías de las proposiciones de discos, películas, programas radiofónicos y televisión, exhortaciones del melodrama y del show? si la "identidad" es un producto histórico, ¿hasta qué punto incluye las derrotas, los incumplimientos, las frustraciones? ¿Qué tan legítimo resulta extraer conclusiones psicológicas de vertientes históricas?

Ante la acumulación de preguntas, las mínimas certidumbres: a] de existir, la "identidad nacional" es una gran síntesis de necesidades de adaptación y sobrevivencia, y por tanto algo siempre modificable, una identidad móvil, si esto es dable; b] del mismo modo en que la idea de patria fue sustituida por la idea de nación, así también la estabilidad remplazó a la independencia en el conjunto de las jerarquías colectivas, lo que obligó a reajustes notorios. Uno de ellos: la "identidad" ha dejado de ser concepto urgente; c] Al ser México una colectividad normada por el centralismo, las expresiones populares que se divulgan como "identidad nacional" son, en primer lugar, las de la capital de la república (confrontar la secuela fílmica de Nosotros los pobres, a Mecánica Nacional a La Pulquería). Así, no hay diferencias perceptibles entre la versión comercial de "cultura urbana" y la de "identidad".

En esta esquina, la nación fuera del *ring*, los parias

El populacho capitalino, del siglo XIX a nuestros días, se ha ido armando de aquello desechado o cedido por las clases en el poder. Pero así como el populacho es radicalmente distinto, el proceso nunca ha sido mecánico. Ha implicado la voluntad de asimilar y rehacer tales "concesiones" transformándolas en vida cotidiana, la voluntad de adaptar el esfuerzo secularizador de los liberales a las necesidades de la superstición y el hacinamiento, el ánimo que reverenció desde la miseria a la "nueva moral" del porfiriato, el gusto con que el fervor guadalupano utiliza las nuevas conquistas tecnológicas. Una cosa por la otra: la nación arrogante no aceptó a los parias y ellos la hicieron suya a trasmano; la nación jamás les solicitó su punto de vista y ellos tampoco han tomado muy en cuenta sus visiones clásicas.

En el siglo XIX, ¿a qué "identidad" colectiva podían aspirar artesanos, sirvientes, soldados, mendigos, prostitutas, niños abandonados o amas de casa sin casa alguna a la disposición? Para adaptarse, recurrieron a trucos y artimañas, para avenirse con su destino económico se dejaron apaciguar por sus creencias. La "identidad" fue lo conseguido gracias a la imitación y el contagio, las reglas de juego de la convivencia forzada y de la reproducción idolátrica de las costumbres atribuidas a los amos. Cambiaban los gobernantes, persistían el entusiasmo y el amor por su valor básico, no el pospuesto por el estado y santificado o maldecido por la Iglesia, sino la palabra mexicano (para unos, gentilicio de cuyos timbres ufanarse; para otros, designación peyorativa) del que se apoderaron como primera vestimenta para después, si había tiempo, averiguar

en qué consistía. Ya eran mexicanos, ya podían animar las calles con su clamoreo, dirigido indistintamente a santa Anna, Gómez Farías, Miramón, Juárez, Maximiliano, Porfirio Díaz. Si las ideologías, las polémicas entre liberales y conservadores, no les concernían y les eran anunciadas e impuestas, la imagen del poder les era entrañable. Dependían de la seguridad de un mando, del rostro personalizado y altamente individual de la nación.

Por eso, gran parte de la gleba vitoreó a todos los ejércitos y aceptó con igual distanciamiento a los liberales o al imperio. Si la nación no los admitía, su identidad se construiría con saldos, despojos, expropiaciones visuales. Esa fue la primera cultura urbana, el equilibrio orgánico entre el triunfo y la desposesión, los requisitos de sobrevivencia que desde fuera se veían como oportunismo inaudito, la miseria que iba adquiriendo habla y puntos de vista, que moldeaba el impulso de su religiosidad y las devociones de su sexualidad. En pleno analfabetismo, en condiciones de máxima insalubridad, sin servicios sanitarios, en tugurios inconcebibles, las masas fueron armando sus sentimientos colectivos y sus sentimientos individuales, y su verdadera "identidad nacional" correspondió al barrio, a la región capitalina, al gremio, a la actividad lícita o "ilícita", para de allí expandirse e incorporar símbolos, poemas, modernizaciones.

Las mujeres: la nación fuera de México

Una diferencia no muy advertida. Si la "identidad nacional" varía según las clases, también y muy profundamente, según los sexos. La nación enseñada a los hombres ha sido muy distinta a la mostrada e impuesta

a las mujeres. Esto explica la invisibilidad social y esto fundamenta la hegemonía del clero sobre un sector, el femenino, para quien la práctica de México consistió en adherir sus Virtudes Públicas y Privadas (abnegación, entrega, sacrificio, resignación, pasividad, lealtad extrema) a las exigencias de sus hombres o sus "padres espirituales". Muy distintas han sido la nación y la Ciudad de las mujeres, entrevistas siempre desde el segundo o tercer plano: si desde la década de los cincuentas, la cultura urbana ha sido la sucesión de reacciones frente a la opresión industrial, la creciente falta de fe en el futuro, las transformaciones tecnológicas (azoro, frustración, reconocimiento, adaptabilidad), la mayoría de las mujeres ha debido, primero, adecuarse a las actitudes masculinas, avenirse con la industrialización y la tecnología desde el descontento o la importancia de los hombres, percibir a una distancia todavía mayor el impacto del cambio. En las mujeres lo urbano tiene connotaciones de represión y violencia aún mayores, y lo nacional es más injusto y discriminatorio.

¿Cuáles han sido, por ejemplo, las diversas prácticas familiares? léanse las numerosas descripciones de cronistas y novelistas del XIX y principios del XX, y se hallará que en ese lapso, una familia definida arquetípicamente no consistía del padre, la madre, los hijos y las redes de parientes cercanos. una familia —léase a Micrós, a Rafael Delgado, a López Portillo y rojas, a Juan Bautista Morales— era el ámbito proclamadamente cordial de una casa, donde reinaban el padre autoritario, los hijos obedientes, la madre discreta que manejaba a la numerosa servidumbre, garantía de eficacia y de calor hogareño. Como a los pobres no les era dado tener sirvientes, en consecuencia, no disponían en este sentido clásico de familia,

la que solo conocieron después de la revolución, al masificarse las costumbres antes privativas de la burguesía.

La acumulación y la síntesis

Fue lenta la apropiación de una "identidad" con rasgos y lenguaje compartidos en menor o mayor medida. En la capital, la "identidad" no fue el tejido casual y firme de un poema de López Velarde, una canción evocativa del rancho, la cocina poblana, el respeto al padre, las artesanías oaxaqueñas y la Constitución de la república. La "identidad" (en buena medida, insisto, sinónimo de cultura urbana) fue el miedo y el odio a la autoridad que el relajo enmascara, las redistribuciones del orden dentro del caos, los calificativos morales que no impedían las conductas naturales, la incomprensión teórica de los procesos históricos, la idea de política como la maldición mudable y eterna que nos somete a la corrupción para salvarnos periódicamente de la represión. Así se identificaron los nacionales y los capitalinos. Fueron, han sido y siguen siendo la resignación sostenida en vilo por los golpes de la política, el amor a los símbolos y el nacionalismo que depende de memorias comunes e individuales y de una mínima confianza en el progreso. El sentimiento variado y profundo de "mexicanidad" es la diferencia específica que carece de género próximo.

Esto persiste y eso se modifica. Se mantienen y renuevan procedimientos y gusto comunales, pero la explosión demográfica, el desempleo, la represión policiaca, disuelven, deshacen y rehacen cada día la "identidad" mítica. En el universo donde toda sensación corresponde a un producto (la amistad cordial es don de Pepsi, el

olor de la sensualidad está tasado por olfatos clasistas, la modernidad requiere de cabello rubio y ojos azules, a lo ancestral lo delata el color moreno), las formas externas de nacionalismo se mantienen por ser guías de sobrevivencia que corresponden a formas y contenidos de gran durabilidad. En última instancia, celebrar el culto semestral a los héroes y gritar "¡Viva México!" es festejar la idea (la sensación) (la síntesis de juicios y prejuicios) que nos evita más problemas y preguntas: somos mexicanos y, por ende, ya sabemos nuestras limitaciones, las vemos refrendadas por la policía y nuestro nivel salarial, las aceptamos con desencanto que ocasionalmente remata en orgullo y las complementamos con algunas virtudes. Aquí, el nacionalismo es lo opuesto a la capacidad de independencia organizativa, pero es también la estrategia para no desintegrarse bajo la indefensión.

Al irse volviendo cada vez más compleja la cultura urbana, al depender de una inmensa variedad de estímulos, al ramificarse en numerosas proposiciones, la "identidad nacional" parece acortarse o, por lo menos, reducirse a fórmulas esenciales, a una celebración de lo colectivo en el ámbito familiar, de las elecciones pasivas, de las afiliaciones emotivas. Si el espacio público es privilegio de unos cuantos, es apenas natural la penetración de los medios masivos, del futbol, de la nota roja. lo nacional, como siempre, desde esta perspectiva, no es lo enfrentado a lo internacional, sino lo que es posible entender y convertir en fórmulas sentimentales.

Separada de sus cánones gubernamentales, la mexicanidad deviene en las masas vía existencial de comprensión del mundo. De nuevo, se funden cultura urbana e "identidad nacional", ya no el corpus de tradiciones, sino la manera en que el instinto colectivo mezcla realidades y mitologías, computadoras y cultura oral, televisión

y corridos, para orientarse animadamente en un mundo que, de otro modo, sería todavía más incomprensible.

Por eso, es tan difícil o impreciso el uso del término "identidad nacional", por esa enorme mutabilidad que varía según funcione en barrios, o vecindades o colonias residenciales o condominios o unidades habitacionales de burócratas o colonias populares o ciudades perdidas o rancherías o poblados indígenas o zonas fronterizas. México es, a la vez, un país más unificado y más plural de lo que se piensa. Si ya no es creíble la vigencia de creencias y tradiciones que correspondan a una mentalidad extinta, tampoco es desdeñable el peso vivo de muchos otros hábitos y prácticas. Un ejemplo típico de estas mezclas: las unidades habitacionales obreras, concebidas de acuerdo al gusto decorativo y funcional de la clase media, en pocas semanas se convierten en algo distinto, que recuerda los orígenes rurales, que pone de relieve la fuerza de la promiscuidad (no el vocablo moralista, sino la urgencia habitacional). Ni la modernización se impone absolutamente, ni la modernización fracasa.

Es claro: la identidad de un país no es una esencia ni el espíritu de todas las estatuas, sino creación imaginativa o crítica, respeto y traición al pasado costumbrista, lealtad a la historia que nunca se acepta del todo. una sociedad incapaz de características inmutables, va determinando —de manera que desde el exterior se juzga caprichosa— normas de convivencias y de relación laboral, cultural, social, política que una y otra vez demuestran lo cumplidamente proteico, lo falso y lo verdadero de la "identidad".

José Joaquín Blanco lo explica: tenemos una identidad internacional, la del capitalismo de subdesarrollo. Esto es cierto, pero también, nunca se ha sido "autónomo". Antes del capitalismo

arrogante (la suficiencia de los pocos y la insuficiencia del resto), una independencia sin instituciones y con ideologías incomprensibles para la mayoría, impuso un nacionalismo que era humilde petición de ingreso al "Concierto de las naciones". Nacionalismo que en su versión literaria o en su apariencia Metepec, Olinalá, Tlaquepaque y anexas, fue la identidad que es técnica de consolación, el aislamiento que nos desquite por las limitaciones. Por lo mismo, no es fácil el salto entre cultura preindustrial y una vorazmente industrializada. Somos los transistores, champús y desodorantes, porque antes éramos la carencia de transistores, champús y desodorantes. La identidad entre otras cosas, es el consuelo de muchos, la resignación compartida ante las carencias, la solidaridad en la frustración. La cultura industrial traspasa pero no fija, porque el lenguaje para asir la realidad (la nacionalización de la tecnología) adapta un universo vertiginoso, computarizado, videológico y telegénico a las necesidades de cuartos desastrosos, de futuros a plazo fijo, del desempleo que algunos hallan preferible al abuso de los patrones.

Así, la identidad nacional no es lo opuesto a la internacional, sino el método para interiorizar una condición internacional (la explotación bajo el capitalismo) sin mayores consecuencias, sin lesiones todavía más graves en lo psíquico, lo moral, lo social, lo cultural.

Del campo de batalla al apuntador electrónico

Casi insensiblemente, la nación se traslada de los héroes a las confesiones lacrimógenas, de las celebraciones cívicas al elogio comercial del temperamento de un pueblo. De los treintas a los

cincuentas, años dictatoriales de radio y cine, la industria cultural sirve para mostrar que nación no es lo que sucede (y se petrifica) en la historia y las instituciones, sino la alianza de lenguaje colectivo y destino nacional. Nada se opone ostensiblemente a la conversión del nacionalismo público en nacionalismo "íntimo" y nación en este caso, fue lo que se podía repartir, auspiciar, llevarse a casa, recordar en la cama. Tararear en el momento del poscoito. El estado, en su afán de progreso, oculta o pospone la lucha de clases en beneficio de una sociedad fantástica enmarcada por un concepto que es solución de continuidad: la "unidad nacional", todos, ricos o pobres, somos lo mismo. Al ahondarse el distanciamiento entre mayorías y estado se desiste de cualquier pretensión de consenso activo (todavía muy presente en el sexenio de Cárdenas), se canjea la imposible participación ciudadana por las resignaciones individuales y proliferan dos abstracciones caricaturales —México, los Mexicanos— pobladas de anécdotas y significados metafísicos. Un conjunto de ilusiones "unitarias" se propone como remplazo de la suerte concreta de las clases un proceso cristaliza en la década de los cuarentas: el nacionalismo —la percepción cotidiana de nación— no se agota, persiste en las clases subalternas, pero deja de ataviarse como destino para presentarse como temperamento, no moviliza ante la osadía del extraño enemigo pero permite reconocernos en la oscuridad. El estado ya no desea compartir la nación y ofrece compensaciones: un horizonte social intimidatorio, servicios y prestaciones, la representación simbólica del impulso popular (aunque sin lucha de clases, asexuado y adecentado). Al sentimiento histórico se le encierra entre textos escolares o vallas cívicas.

En esta etapa de afianzamiento estatal, la idea de cultura popular no tiene el menor sentido. El estado solo contrae obligaciones administrativas y económicas con sus gobernados y, en caso de pensar en la cultura, concibe disposiciones ornamentales que coronen la educación elemental. Lo demás es la vieja técnica de pan-y-circo. Si se habla de cultura popular, se piensa exclusivamente en la museificación de lo indígena y campesino. Lo urbano no tiene lugar en el esquema y ni siquiera en el sexenio de lázaro Cárdenas se intenta con rigor un programa de cultura para obreros. Cultura popular es, de acuerdo a la práctica estatal, aquella que siempre ha existido y que es nuestra obligación preservar de las contaminaciones y agresiones del exterior.

La vida cotidiana tampoco es asunto que al estado le importe mayormente: se apoya a la familia, se mantienen algunas represiones y se dejan de lado otras, se acepta al cabo de una larga batalla, la hegemonía privada de la moral eclesiástica. Despojadas o semiexpulsadas o, en buena proporción, alejadas del todo, las mayorías le confían sus vínculos con la nacionalidad al cine, o la radio, el teatro frívolo, el cómic, o la industria disquera. Una red industrial remplaza al estado en la comprensión diaria de la nación.

Esa voz se parece a la de México

Desde la década de los treintas, la ausencia de alternativas hace que la industria se encargue de las ciudades y más allá de ellas, de cualquier uso del tiempo libre de trabajadores, amas de casa, desempleados, niños. En los treintas, inicia la XEW su imperio auditivo, el cómic o historieta se convierte en la literatura predilecta de los analfabetas

funcionales, el cine organiza gestos y respuestas sentimentales, la industria disquera decide las versiones hazañosas de la nacionalidad y de la intimidad. Las mayorías se sumergen en esta utopía a domicilio y la clase dirigente consolida su gran ilusión: identificar su porvenir con el del país, monopolizar el progreso y clausurar los proyectos compartidos de nación. el crecimiento capitalista es la alegoría donde las riquezas creadas y acumuladas apuntan hacia un país absolutamente distinto, con el don de convocar a voluntad las ventajas de estados unidos: eficacia y modernidad (una modernidad sin tradiciones ni historia, cuya esencia se desprende de y se confina a sus propiedades).

La burguesía renuncia al nacionalismo cultural, lastre decorativo que la arraigaba en la apariencia folclórica y la ligaba a formas tradicionales. ¿Qué le importan a una clase en ascenso las indumentarias que ya son disfraces, las esencias que son baile de máscaras, los atavíos típicos que son pasto de la Kodak o de los ballets para turistas, los trajes de tehuana y china poblana, el orbe de Tlaquepaque y Mixquic y Xochimilco y Olinalá, las mitologías de diego rivera y el Indio Fernández, las aguas de chía y horchata y la preservación de las raíces? lo propio, lo irrenunciable es el barrio residencial y el contacto con los socios extranjeros y los hijos estudiando en estados unidos y el afán de no diferenciarse de los demás burgueses del mundo. Paulatinamente, la burguesía abdica de su pasado aunque el estado no pueda y no quiera secundar por entero esa proposición. En la élite, las lealtades se desvanecen, la ideología nacionalista (para no hablar del chovinismo) deviene obstáculo económico o carga educativa, la singularidad antes demandada se interpreta como recaída en el disfraz, algo que ya no persuade ni conmueve, salvo en el uso oportunista de las "diferencias específicas", en la anécdota o en la "salvedad moral". A la hora de las

sinceridades: "de veras, en esta casota y junto a esta alberca, y a punto de irme a suiza de vacaciones, sigo creyendo en la grandeza de este país".

La política de la sinceridad

El estado posrevolucionario concentra la legitimidad de la cultura nacional, reparte homenajes, patrocina un teatro, impulsa a las universidades, confía decisivamente en la educación. Pero el "alma de los niños" (la industria cultural) es asunto de la iniciativa privada que distorsiona e inventa "respuestas nacionales" y vuelve circense la tradición, mientras el estado, atado a un paternalismo mecánico, carece de ofertas para el tiempo libre. Ya en la campaña alfabetizadora de los cuarentas, todo es real y ritual: que crezcan genuinamente las estadísticas de la alfabetización pero que los alfabetizados ejerzan donde y como puedan su destreza reciente. Paradoja que no lo es tanto: el vasto incremento presupuestal no consigue que el estado se inmute ante el analfabetismo funcional. Los antiguos puntos de unidad (la nación, la religión, la Historia Patria) pierden con amplitud sus dones cohesionadores y —en una imaginación ya sujeta a los medias masivos— la nación es obligación escolar o fe guadalupana, algo siempre ligado a la niñez, que no puede ir más allá de nombres y figuras y creencias memorizadas por la fe y eludidas por la demostración.

El cine, por sus resonancias míticas y su influencia precisa, es principal escenario de una metamorfosis, mediante la cual se acepta como genuina una nacionalidad externa, de estereotipos y escenarios

de un Hollywood súbitamente empobrecido, con un sonido individual y colectivo que las transnacionales y el capital local fabrican a pedido. La revolución le ha dado a México un estado fuerte, una estructura jurídica, un proyecto nacionalista, un equilibrio social y una ubicación internacional. Pero el despojo y la opresión que hacen posible lo anterior, acrecientan entre las masas la urgencia de explicaciones convincentes de su vida diaria y sus relaciones con la nación. ¿Qué significa mi vida? ¿Qué cosa es "ser mexicano"? la industria transforma las respuestas en fórmulas, y hace del espectáculo una culminación patriótica. "lo nacional" desiste de sus arreos más ostentosos y se mide por la limitación: mexicano es aquello que no puede ser sino mexicano. A lo nacional lo ciñe una política de la sinceridad. Eres lo que no logró ser otra cosa; tu esencia es, notoriamente, una sucesión desventajas, los errores cuya raigambre termina por enorgullecerte. Tus defectos más señalados son tus virtudes íntimas, si no te distingues por eficiente, hazte notar por irresponsable, gracias a tus limitaciones también se reconoce y unifica el país, el machismo es una fatalidad regocijante sin la cual seríamos doblemente desdichados.

A la nación resérvenle la galería

Los medios masivos desplazan o arrinconan otras versiones de la vida social, uniforman el sentimentalismo y, al tipificarlos, asimilan los impulsos populares. La vida pública es cosa del estado; de las emociones privadas se responsabilizan los estudios de cine, las cabinas de grabación, los estadios deportivos. Para el estado lo nacional es sucesión de obligaciones (respeto a la autoridad, pago de impuestos,

aprobación electoral, apoyo tácito a las decisiones gubernamentales) más la entrada libre a algunos festejos. Por eso, lo nacional se traslada, en gran medida de la política a la industria cultural y allí se mantiene cosificado, deformado. El "sabor infalsificable" de lo autóctono se hace a pedido y el "romanticismo proverbial de la raza" es asunto de escenógrafos, camarógrafos, actores, cantantes, argumentistas, publicistas. La Mexicanidad se divide en las tradiciones que el hogar y las culturas regionales preservan como pueden, y las tradiciones que el comercialismo inventa. Los títulos de películas revelan la conversión de la idea de nación en fantasía para turistas: Allá en el Rancho Grande, ¡Ay Jalisco no te rajes!, ¡Qué lindo es Michoacán!, ¡Ay qué rechina es Puebla!, Flor Silvestre, Soy puro mexicano, Como México no hay dos, Charros contra gángsters, Nosotros los pobres, Ustedes los ricos, Esquina bajan. El estado le ofrece a las masas una nación convertida en impulso declamatorio; la industria propone una nación vertida en fórmulas artificiosas. Que solo se salven las tradiciones fotogénicas.

Si me manipulan me enajeno

El gran error de la izquierda y del estado es identificar axiomáticamente a la industria cultural con la cultura popular urbana. La primera es una proposición casi siempre ominosa; la segunda es la manera y los métodos en que colectividades sin poder político ni representación social asimilan los ofrecimientos a su alcance, sexualizan el melodrama, derivan de un humor infame filos satíricos, se divierten y se conmueven sin modificarse ideológicamente, persisten en la rebeldía política al cabo de la impresionante campaña despolitizadora. La cultura popular

urbana es, pese a todo, del pachuco a la música disco, nacionalista, irreverente, gozosamente obscena. Y también, necesariamente, machista, autoritaria, fácilmente persuadible. A igual distancia de los poderes gubernamental y privado, esta cultura popular no se "desnacionaliza"; elimina simplemente algunas capas de chovinismo ya bruscamente anacrónicas. Su oportunidad mayor sigue siendo la pertenencia a la nación, y eso resiste a mensajes subliminales, ofensivas ideológicas, desclasamientos. Y en este sentido no importa demasiado la notoria estrechez del concepto de nación. A la postre, resultan inevitablemente clasistas las visiones mecánicas del proceso colonial, en especial la teoría de la manipulación, que supone a todo un pueblo instrumento servil, juguete incondicional de los titiriteros. La "desnacionalización" de esta cultura popular es consecuencia de la desnacionalización económica y de la expropiación visible de los estímulos colectivos, lo que se concreta en la ineficacia de la "identidad nacional", que no le provee a su clientela de las claves interpretativas que exigen la rapidez del cambio y de las coexistencias extremas. ¿Cómo apegarse a las antiguas convenciones si incluso en sectores lumpen se escucha el rock o la disco music sin entender la letra en inglés, pero asumiendo devotamente que la música no solo es moderna, también moderniza? ¿Cómo atenerse a una versión de lo "popular" que imagina a ese conglomerado inmutable, eterno?

Transformado, degradado, combatido, el sentimiento nacional persiste con todo, sobrevive a las embestidas ideológicas y a las fascinaciones electrónicas. ¿Pero de qué modo persiste? las masas adaptan a sus necesidades la basura pintoresquista de Televisa o del cine de cabareteras, vivifican a su modo su cotidianeidad y sus tradiciones, convierten las carencias en técnica identificatoria. Al ser

asimilados individualmente, los esquemas envilecedores dan sitio a una mínima pero indispensable identidad. Si desde un punto de vista estricto, casi nada se salva de los ofrecimientos industriales, eso no autoriza a visualizar una colectividad absolutamente indefensa y estupidizada. en la miseria y en la desposesión ciudadana todavía se encuentran recursos defensivos y muchos elementos resisten la continua oleada de comedias rancheras, cine de cabaret, telenovelas, noticieros para creyentes en la desinformación, pornocomics, fotonovelas, corridos mariguaneros, canciones de la desolación autocompasiva, shows de costa a costa, concursos de chachachá con patrocinio oficial. Hay refuncionalización: la pastura para hambrientos sexuales se traduce en ingenio erótico, una canción de José Alfredo Jiménez se presenta como elegía inducida de la borrachera y al cabo de unos años resulta expresión lírica de los vencidos. En la indefensión, todo se vale. Las clases subalternas asumen, porque no les queda otra, una industria vulgar y pedestre y, ciertamente, la transforman en fatalismo, autocomplacencia y degradación, pero también en identidad regocijante y combativa.

Ante la necesidad de una cultura popular, ¿qué ofrece el estado? durante mucho tiempo, seguro de sus verdaderas proposiciones (estabilidad, creación de empleos, seguridad social, servicios asistenciales, etcétera) se limita a un esquema retórico: la defensa de las tradiciones. Pero el país va cambiando, y el estado, confinado en una palabrería sin destinatario real, quiere actualizar su discurso y renovar sus prácticas.

La nueva cultura urbana es abiertamente de transición. Sobre ella pesan la desidia del estado, el desprecio clasista y racista de la industria cultural, la inexistencia de canales expresivos para que los

directamente involucrados aprueben o disientan. Por más que se destaque, el enemigo fundamental no es la imposición colonialista (de consecuencias no minimizables, por otra parte). El escollo principal para esta nueva concepción del arte, la lectura y el entretenimiento en las ciudades es la ausencia de perspectivas críticas y de alternativas para las mayorías y la identificación —clasista y mecánica— de industria y cultura popular. Ciertamente, las inercias del pasado cuentan cada vez menos. Se desmoronó la visión criolla y el otro tradicionalismo, el popular de campesinos y zonas indígenas, pierde aceleradamente gran parte de su densidad y poder movilizador. Las crisis económicas desarraigan y en el éxodo permanente de multitudes en busca de empleos, las costumbres antes definitivas parecen nostalgias barrocas.

Hoy, la interpretación de la realidad más favorecida, la de los medios masivos, refleja los deseos de expansión capitalista apoyados en su capacidad de distorsión y en el abandono estatal. En los cada vez más vastos contingentes marginales, la cultura popular se concentra en las distintas resonancias de un idioma pobre, en tradiciones profundas de apariencia banal, en la sexualización de los espectáculos, en el número de hijos que garantiza la continuidad, no de la especie sino del engendrador, en la devoción religiosa como constancia metafísica y segura de vida, y en la decisión de sobrevivencia como ignorancia del pasado y temor al futuro.

Quien acude a esta cultura popular creyendo hallar la "Identidad nacional", descubre un collage de organismos fantasmáticos, éxitos comerciales... y recursos esenciales. En la cultura popular de México intervienen, por debajo de espectáculos y diversiones, las luchas por el empleo y la habitación, la acre resistencia a la opresión múltiple.

Esencializada, la cultura popular no es la suma mecánica de los ofrecimientos de una industria, sino la manera en que una colectividad asume y asimila, transformándolos en búsqueda de derechos: al trabajo, al humor, a la sexualidad, a la vida ciudadana. Si tal definición es retórica, por lo menos no hace depender el conjunto de una formación clásica en el origen de los tiempos. La cultura popular hoy es asunto de diaria definición militante en todos los campos.

La guerrilla recurrente[45]

Carlos Montemayor

Carlos Montemayor
© El Novedades en Línea

I

En el conflicto zapatista de Chiapas confluyen varios procesos de naturaleza diversa: agraria, social, económica e incluso religiosa. Algunos se originan en la composición social del estado; otros no se generan en el territorio chiapaneco: su dimensión es nacional y más amplia. Si por su origen podemos hablar en Chiapas de una confluen cia de procesos regionales y supraregionales, podemos afirmar que las soluciones parciales o totales al conflicto afectarán en gran medida (o tendrán repercusión positiva o negativa), en esferas igualmente regionales y supraregionales. Esta superposición de ámbito obliga a considerar el conflicto chiapaneco desde perspectivas más variadas que las solamente bélicas, puesto que sus consecuencias afectarán cultural y políticamente en México y quizás en varios países del continente.

[45] El texto de Carlos Montemayor fue publicado bajo el mismo título de esta selección en el año 1998 por la Editorial Debate, pp. 11-45.

Algunos antecedentes de estos procesos pueden ayudar a entender la complejidad de las circunstancias actuales por las que atraviesa Chiapas. Naturalmente, solo es posible hablar de antecedentes históricos desde un proceso actual; los acontecimientos vivos van definiendo su propio pasado, y en función del presente, o incluso en función de soluciones futuras posibles, los antecedentes adquieren relieve y pueden tornarse útiles y comprensibles. Comentaremos estos antecedentes en función de cambios y soluciones, sin tomar en cuenta solamente su historia.

II

Un proceso importante en sí mismo es el de la guerrilla mexicana que aparece en Chiapas el 1 de enero de 1994. Primero, porque es el detonante del conflicto actual; segundo, porque se adelanta a la reaparición de otros movimientos guerrilleros en el país, cuya fuerza y número es, en los umbrales del siglo XXI, imposible aún de ponderar e identificar. La guerrilla rural en Chiapas contiene una dimensión regional ciertamente, pero también otra supra-regional: la de su repercusión y ubicación dentro de los movimientos guerrilleros identificados o latentes en el territorio nacional.

La caracterización de los movimientos guerrilleros desde la perspectiva oficial forma parte ya de una estrategia de combate y no de un análisis para comprenderlos como procesos sociales. Un gobierno establecido se ve obligado a definir estos conflictos desde su perspectiva de autoridad. Tal perspectiva postula un reduccionismo constante que confunde y elimina características sociales indispensables

para entender políticamente los movimientos armados y para plantear su solución de fondo. El razonamiento oficial tiende a apoyarse no en una comprensión de la naturaleza social del conflicto, sino en la necesidad de reducir al máximo los contenidos sociales y sus motivaciones políticas o morales. En la medida que se reduzcan al mínimo estos datos de causalidad social se favorece la aplicación de medidas solamente policíacas o militares. A menudo el historiador de estos movimientos enfrenta a la versión oficial antecedentes o circunstancias sociales y políticas que muestran estos procesos de crisis de manera más amplia. Los análisis no oficiales a menudo adquieren por ello un inevitable carácter de confrontación política. No debe considerarse así este trabajo, por más que sus afirmaciones y análisis se propongan mostrar dimensiones y perspectivas que el discurso oficial no puede aceptar como premisas para entender y solucionar un conflicto social. El ciudadano está obligado a entender los conflictos sociales más allá de las partes comprometidas en el conflicto mismo, debe esforzarse en comprender los discursos que discrepan en la reducción de causas y soluciones. Debe entenderlos como un proceso de transformación vital y no sólo como incidente fugaz de inconformidad social. Los movimientos guerrilleros en México han sido constantes. En ocasiones como recurso de los pueblos; en otras, de ejércitos regulares vencidos o de militares sublevados. Uno de sus componentes es el núcleo armado y otro más la circunstancia social en que aparece. El primer componente suele predominar en los análisis gubernamentales, particularmente en las versiones oficiales que llegan al dominio público; el segundo componente se acalla o disminuye en la versión oficial, aunque adquiere una gran relevancia para la estrategia militar con que se

propone un gobierno eliminar o neutralizar una guerrilla activa en zonas predominantemente rurales. En un sentido lato, podemos decir que son dos las principales modalidades que la guerrilla ha asumido en México en el siglo XX: los movimientos que se originan y se asientan en zonas primordialmente campesinas (rurales) y los que se asientan y originan por lo común en capitales de estados o en ciudades de cierta importancia (urbanos). Si en los movimientos urbanos la radicalización ideológica es fundamental, en los movimientos armados rurales no necesariamente hay un proceso de formación ideológica, pues la mayor parte de sus contingentes suelen tener un nivel muy bajo o incluso inexistente de escolaridad. En los movimientos rurales debemos prestar atención a un proceso de radicalización o polarización distinto: el que nace de las circunstancias sociales, agrarias o políticas prevalecientes en la zona o región del alzamiento. De la tensión extrema de estas circunstancias irán surgiendo los movimientos armados rurales. A tales condiciones regionales extremas se les puede llamar, ciertamente, antecedentes de los movimientos. Por otra parte, y hablando aún en términos generales, las guerrillas urbanas y las rurales no suponen por necesidad las mismas condiciones sociales de incubación ni de sostenimiento. Por la naturaleza de su génesis, la urbana podría suponer cauces supraregionales (incluso internacionalistas) y una movilidad mayor de sus células activas. Por su distinto origen, la guerrilla rural suele ser regional y de movilización lenta, puesto que se propone resolver o combatir conflictos propios de una región y no fuera de ella. Por eso, cuando nos referimos a los procesos de agravamiento de ciertas circunstancias sociales como antecedentes regionales de un movimiento armado, podríamos en el fondo señalarlas a la vez como posibles soluciones sociales o políticas

del movimiento. Estos antecedentes regionales pueden considerarse, pues, como una de las facetas de un alzamiento rural. No suele verse con claridad la naturaleza regional de la guerrilla y a menudo se le reconoce como una dimensión ambivalente. Por un lado surge el temor de que la guerrilla avance y se extienda; por otro, la versión oficial insistirá en que se trata de un conflicto que afecta a un reducido territorio municipal. En el primer caso se confunde la naturaleza de la guerrilla rural con la de un ejército insurgente regular capaz de avanzar en posiciones de combate y en captura de plazas. No es así. La guerrilla rural no se extiende, no puede salir de su región. Puede crecer, ampliar su fuerza en la región misma. También puede unirse a otros movimientos armados regionales y lograr así, cierto sentido, un crecimiento. Pero tal crecimiento no logrará, en principio, extenderlo fuera de las regiones iniciales de las bases con que se coordine ni podrá caracterizarse como un avance territorial de un ejército regular insurgente. Suponer que los movimientos guerrilleros rurales pueden expandirse a lo largo de un país como una especie de incendio que se propaga o pudiera propagarse sin control, solo es posible por el desconocimiento de su naturaleza regional. Un movimiento armado rural tiene su razón de ser en las circunstancias de la región en que nace, independientemente de que una parte de su núcleo armado pudiera provenir de otra zona, otra Ciudad o incluso otro país. La aceptación de las comunidades para encubrir los núcleos armados expresa su naturaleza regional. Una guerrilla rural no puede reproducirse en otras zonas en cuanto movimiento inicial. Podría coordinarse con grupos armados de otras regiones y solo de esta manera convertirse en un movimiento distinto, aunque aun así arraigado a las regiones a que cada grupo pertenezca. Por otra parte,

las expectativas de expansión territorial están latentes en distintas etapas de los movimientos armados rurales, pero solo se tornan posibles dentro de la misma zona y cuando se supera la estrategia militar que se propone contenerlos y sofocarlos. En otras palabras: las medidas militares de contrainsurgencia se pueden proponer limitar la expansión de los núcleos armados y de sus bases sociales dentro de su región, pero no su reproducción en diferentes regiones, puesto que esto no ocurre. Ejemplifiquémoslo con algunos alzamientos mexicanos. En 1974, la guerrilla de lucio Cabañas se había extendido ya en muchas zonas de la sierra de Atoyac y de la Costa grande; ese año intentó en vano penetrar (y así salvarse) en la sierra de Tecpan. El Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) apareció como una fuerza fundamentalmente posicionada en las Cañadas, con bases sociales no armadas pero susceptibles de ir facilitando progresivamente la expansión del movimiento por otras regiones como los Altos y el norte de Chiapas. Debemos entender que varias medidas militares han frenado la posibilidad de esa expansión. Los tempranos conflictos de 1995 y 1996 en sabanilla, Tumbalá, Tila, salto de Agua y Chilón, pongamos por caso, y más tarde, en 1997 y 1998, en los Altos, han sido, finalmente, un proceso complejo de polarización social para frenar y obstaculizar esa posible expansión del zapatismo. En el caso del ejército Popular revolucionario (EPR) podemos colegir, por las regiones donde aparecieron sus cuadros básicos, que se integra como una coordinación de movimientos armados regionales y que su presencia en varios estados del sur no representa, por tanto, el avance territorial de un movimiento armado más amplio, sino que permanece arraigado, contenido, en las regiones iniciales de sus alzamientos. La aparente limitación territorial de los movimientos armados rurales

induce a adoptar como opción más efectiva para frenarlos la represión militar y policiaca, sin prestar atención a las circunstancias sociales de que se fueron nutriendo. Las autoridades gubernamentales se proponen primero, pues, acorralar y reducir las condiciones de movilidad y comunicación de los núcleos armados. La aparente facilidad de su localización y el otro grado de control que se puede tener sobre ellos mediante un cerco militar que cada vez se cierre más en torno de los territorios por los que esos núcleos se desplazan y obtienen víveres, equipo, municiones o información, se convierte de manera natural en el único y primer objetivo visualizable en las operaciones contrainsurgentes. En otras palabras, las medidas gubernamentales a menudo confunden la imitación propiamente regional de los núcleos armados con la inexistencia de los procesos de polarización social de la zona. Puesto que la guerrilla rural no sale de su territorio, puede pensarse que ahí se le sofocará tarde o temprano. Esto conduce a graves errores, particularmente para otra relevante dimensión de estos conflictos: la recurrencia de las guerrillas rurales. La dinámica social no siempre asegura cambios a fondo en las zonas campesinas de países como el nuestro, sobre todo si la población predominante en ellas es indígena. Circunstancias de pobreza extrema, discriminación, aislamiento, explotación, despojos y una muy escasa o nula procuración de justicia suelen confluir y polarizarse una y otra vez en ciclos de pocos o muchos años en las mismas regiones. Las medidas militares en estos casos suelen ser recurrentes también, lo que se convierte en un poderoso indicador de su ineficacia como solución social verdadera a mediano y largo plazo. La recurrencia de los movimientos armados en zonas rurales debe entenderse de manera distinta a la recurrencia de la guerrilla urbana. es posible

distinguir varios elementos concomitantes en el caso de la recurrencia de la guerrilla rural en regiones específicas: lazos complejos y firmes de parentesco a través de poblaciones numerosas en selvas, montañas o costas; lazos también profundos y complejos de idioma, cultura o religión en el caso de comunidades indígenas; lazos naturales que la producción económica ejidal o comunal puede establecer en las comunidades de que emanen los grupos armados; lazos profundos entre las élites que ejerzan la hegemonía económica o política en esas regiones. La perspectiva oficial tiende a reducir el movimiento guerrillero a solamente el núcleo armado mismo y hace abstracción de estos otros elementos concomitantes que en la zona de conflicto representan los lazos sociales, culturales y políticos. Pero reducir la causalidad de la guerrilla rural a un grupo armado específico es insuficiente ante la recurrencia misma de los movimientos armados rurales. El EZLN en Chiapas y el EPR en cuatro o cinco estados de la república son una muestra de la recurrencia y supervivencia de cuadros guerrilleros rurales y urbanos que nacieron y actuaron varias décadas atrás. Ambas organizaciones recalcan además su doble naturaleza: la política y la militar. El EZLN en el brazo armado del Comité Clandestino Revolucionario Indígena (CCRI) y el EPR el brazo armado del Partido Democrático Popular Revolucionario (PDPR). Las bases sociales o políticas no equivalen a los núcleos armados ni tienen un mismo origen. Sí, parte de la estructura militar del EZLN proviene de una guerrilla urbana surgida en estados del norte del país a principios de la década de los años setenta. Sí, parte de la estructura militar del EPR provienen de cuadros guerrilleros rurales y urbanos que han permanecido activos desde 1971 en varios estados del sur del país. Pero el EZLN, y ahora el ejército revolucionario del Pueblo Insurgente

(ERPI) y el EPR son, con sus bases políticas y sociales, una demostración contundente no solo de la recurrencia de los movimientos guerrilleros en México, sino de la ineficacia, insisto, de las medidas militares y policíacas que el gobierno mexicano decidió tomar como única opción en la década de los setenta. En otras palabras, para entender con mayor objetividad la génesis y las soluciones posibles de un movimiento armado rural, debe aceptarse que en él concurren al menos dos dinámicas diferentes: primera, la dinámica social de polarización que se desarrolla y se expresa en circunstancias específicas regionales; y segunda, la dinámica militar que se desarrolla y se expresa en la conformación de la estrategia y los núcleos armados de la guerrilla. De la claridad o confusión con que se entienda un planteamiento así, se derivarán múltiples acciones para solucionar o agravar un conflicto como el de Chiapas o un proceso de violencia recurrente como el de guerrero.

III

La primera posibilidad de entender mal este planteamiento sería considerar desvinculados el núcleo armado de la guerrilla y las condiciones sociales en que se sostiene. Una segunda posibilidad riesgosa sería considerar que el vínculo entre las condiciones sociales y los núcleos guerrilleros es mecánico o solo casual y que no hay, por tanto, una integración profunda entre la guerrilla y sus circunstancias regionales. En ambas interpretaciones la decisión gubernamental podría inclinarse fácilmente por una acción policíaca o militar que sofocara al núcleo armado sin modificar las circunstancias sociales de la

región. Es decir, "el restablecimiento del orden" no implicaría modificar las condiciones sociales que quizás alteren más profundamente el orden social por la injusticia y desigualdad económica, política o cultural que ellas mismas entrañen. Una tercera forma de interpretar el planteamiento sería reconocer que hay, en efecto, un vínculo entre los núcleos armados y las condiciones sociales en que se incuban y sostienen. Con esta interpretación estaríamos en posibilidad de considerar a la guerrilla como un proceso social complejo y no como un fugaz caso de delincuencia. Pero la interpretación no es simple, ciertamente, pues requiere que reconozcamos las facetas de cada una de las dinámicas y agregar la función del vínculo mismo. Es decir, la naturaleza del vínculo entre el movimiento armado rural y las condiciones sociales de polarización regional se convierte ahora en un elemento primordial y quizás decisivo. De la forma en que definamos este vínculo dependerá que el planteamiento nos conduzca hacia una nueva vía para comprender y solucionar estos procesos o que nos regrese a una visión reduccionista que reafirme, con peligrosos matrices, opciones solamente policíacas y militares. Reconocer la dinámica social como uno de los componentes de los movimientos armados rurales obliga, en principio, a programas gubernamentales de desarrollo que solucionen o atenúen carencias sociales de la zona. En ocasiones un reconocimiento así conducirá a reformas municipales, agrarias, educativas o electorales. Pero las características del campo mexicano impedirán que la gama de posibilidades de cambio en una región de conflicto sea muy amplia: tarde o temprano tendrá que reconocerse como prioritario el desarrollo efectivo, provisional o duradero, en áreas agropecuarias o forestales, de salud y de educación. La atención presupuestal se

torna así indispensable y también los criterios de operación. Una derrama presupuestal modesta o abundante exige al menos aclarar dos puntos principales: primero las regiones a beneficiar; segundo, los grupos, organizaciones o dirigentes que recibirán y administrarán oficialmente esos fondos. Un gobierno puede reconocer, pues, que se deben modificar o aliviar algunas circunstancias críticas del deterioro social de una región. Pero puede proponérselo para evitar cualquier surgimiento de movimientos armados en ese instante y en el futuro, o aplicar los programas de cambio y desarrollo social para eliminar a un movimiento armado específico. No es lo mismo aplicar proyectos de desarrollo pensando en un cambio social a profundidad y a mediano y a largo plazos que aplicarlos para doblegar de inmediato a un solo y concreto grupo armado.

La dinámica social podría atenderse regionalmente, por ello, con programas efectivos de desarrollo de dos distintas maneras: una, desplegando o incluso enfrentando los programas de desarrollo a los movimientos armados mismos; otra, aplicándolos paralelamente a una negociación política. En el primer caso, los proyectos de desarrollo se aplicarían como parte de una estrategia de combate y aun de exterminio de los núcleos armados y sus bases sociales. En el otro, se aplicarían como parte de una acción coordinada de negociación política. Una cosa sería la paz alcanzada por la negociación y el cambio social. Otra, la paz alcanzada mediante el exterminio de las bases sociales y los núcleos armados. En este caso, de acuerdo con la experiencia mexicana, podríamos afirmar que se estarían sentando de nuevo las condiciones para la recurrencia de la guerrilla. Es aquí donde los conflictos de Chiapas y guerrero requieren de un nuevo planteamiento, amplio y sereno.

IV

La aplicación de proyectos de desarrollo regional como parte de una estrategia de combate adolece de limitaciones en muchos aspectos. La principal es que no se aplican ni se sostienen por el desarrollo social mismo, sino en función del sofocamiento de los núcleos armados y de sus bases sociales. Ningún proyecto de infraestructura económica, agraria, forestal, de salud, de comunicaciones, será efectivo a largo plazo si nace como estrategia de guerra. El planteamiento que expongo responde a ciertas señales que el gobierno mexicano comenzó a emitir con mucha claridad y peligro desde mediados del año 1997, cuando el discurso presidencial afirmaba que en Chiapas se habían superado ya las condiciones sociales en que había surgido el EZLN. Poco tiempo después, en el mes de julio de 1997, se dio a conocer, con cierta reserva oficial, la Encuesta Nacional de Alimentación y Nutrición en el Medio Rural 1996 (ENAL, 1996). La encuesta señaló a guerrero como el estado con peores condiciones de vivienda, seguido de Veracruz, Oaxaca, Puebla y Chiapas. Señaló como los estados con la menor capacidad de gasto en alimentación, con menos de tres pesos diarios por persona, en Chiapas, Guerrero, Hidalgo y Puebla. Indicó que en el estado de Guerrero el 53% de los jefes de familia y el 55% de las cónyuges jamás asistieron a la escuela y que en Chiapas, Hidalgo, Oaxaca, Puebla y Veracruz esta era la condición de escolaridad de más del 40% de los padres y madres de familia. Informó que en la Huasteca, en la sierra norte de Puebla, en la Mixteca, en Tehuantepec y en el sur de Chiapas se presentaban niveles de entre el 55 y 62% de desnutrición; que en guerrero, Michoacán, Tlaxcala y el sur de Puebla la prevalencia de desnutrición en la población menor de 5 años era de 38.5% en las

comunidades con presencia indígena era de 45.2% y que se elevaba hasta el 58.3% en las comunidades indígenas. Que de acuerdo con uno de los indicadores, la desnutrición afectaba al 50.9% de los niños de las comunidades no indígenas, el 59.5% en las comunidades con presencia indígena y el 73.5% de los niños de las comunidades indígenas. Cuando se difundió la encuesta, comenté que llamaba la atención que en los estados más violentados por la desnutrición como guerrero, Oaxaca y Chiapas los movimientos armados rurales estuvieran presentes y que la ocupación militar aumentara. ¿Había un vínculo estructural entre la guerrilla rural y las condiciones extremas de pobrezas? ¿El ejército debía convertirse en el único indicador oficial de proyectos concretos a corto y a largo plazos? Cuando apareció el EPR en el vado de Aguas Blancas señalé que la sierra de guerrero, desde la llamada sierra de Atoyac hasta la que se conoce como sierra de Tecpan, era una de las regiones con más tradición de lucha en México durante siglos. Referí que en los años setenta dos movimientos campesinos se abrieron paso ahí de manera cada vez más radical hasta convertirse en luchas guerrilleras que mantuvieron al estado prácticamente bajo ocupación militar durante diez años: la lucha encabezada por Genaro Vázquez rojas y la encabezada por lucio Cabañas. Fueron movimientos que se iniciaron primero con movilizaciones de copreros y de campesinos en defensa de sus productos, predios, aserraderos o comercialización de productos, pero que al momento de su formación sufrieron siempre la represión inmediata: a veces carcelaria, a veces sangrienta. En la estrategia de combate contra estas guerrillas rurales se recurrió también, como ahora en Chiapas, a la aplicación de diversos proyectos de desarrollo regional. Con la ocupación militar aparecieron créditos a la producción, alimentos, apoyos a la comercialización de productos,

carreteras, caminos de terracería, teléfonos, electricidad. Pero formaban parte de una estrategia de combate y se proponían un objetivo: la desaparición, el exterminio de los movimientos armados. Cuando ese objetivo se alcanzó, los programas de desarrollo desaparecieron. Asombra que después de las medidas militares no siguieran otro tipo de medidas económicas, educativas, de infraestructura carretera o de salud. ¿Por qué se decidió no transformar a Guerrero? ¿Por qué no se impulsó el progreso social y económico de la sierra? ¿Por qué no ver a la guerrilla como la fase armada y final de una violencia social previa? no bastó con aniquilar los núcleos armados de la guerrilla para que desaparecieran las necesidades sociales y políticas de cambio en la región donde fueron sofocados. El surgimiento del EPR veinte años más tarde y poco después del ERPI son indicadores de que algo falló en esa estrategia de combate. Podemos adelantar ahora paralelamente, que tampoco la desaparición del EZLN asegurará el desarrollo social de las zonas indígenas de Chiapas ni cancelará en un futuro próximo el resurgimiento de otros movimientos armados en la región.

V

La dinámica de la guerrilla en México es muy compleja y cambiante porque tanto comunidades como militares han recurrido a ella. Vicente Guerrero luchó así durante la guerra de Independencia. Juan Álvarez y Porfirio Díaz alcanzaron estaturas heroicas como guerrilleros durante la ocupación francesa. Desde el siglo XVII hasta entrado el siglo XX se designó a las guerrillas indígenas como sublevaciones y revueltas. En algunos casos las guerrillas rurales recibieron otro nombre: en

Yucatán se habló de la guerra de Castas; en Sonora, de la guerra del Yaqui; en el Bajío, de la rebelión Cristera. Algunos núcleos armados del EZLN en Chiapas, del EPR en varios estados del sur y del ERPI en Guerrero se explican, solo en parte, por los movimientos guerrilleros aparecidos en México después de la Revolución Cubana. He dicho ya reiteradamente que México ha vivido en estado de guerra de manera casi ininterrumpida al menos desde el amanecer del 23 de septiembre de 1965, cuando un grupo de jóvenes guerrilleros quiso tomar por asalto el cuartel militar de Ciudad Madera, población de la sierra de Chihuahua situada en los límites de la frontera con el estado de Sonora. Señalo esa fecha por la continuidad de las luchas armadas que vivió el país entero durante los siguientes casi treinta años, aunque en la década de los años cincuenta el estado de Morelos fue escenario de otro importante movimiento guerrillero encabezado por Rubén Jaramillo, movimiento también de raigambre campesina e indígena. Este guerrillero depuso las armas, fue amnistiado y poco después asesinado arteramente por un grupo de soldados en los alrededores de Xochicalco. el asesinato de Rubén Jaramillo fue uno de los acontecimientos que más recordarían los grupos armados de origen campesino e indígena y su propio nombre aparecería ligado en décadas posteriores a varios movimientos de importancia, fundamentalmente en el estado de Morelos, aunque relacionados en distintos momentos con grupos como el Partido Revolucionario Obrero Campesino Unión del Pueblo (PROCUP) y el Partido de los Pobres (PDLP) de lucio Cabañas, antecedentes fundamentales de los actuales EPR y ERPI. A partir del asalto en 1965 al cuartel militar de Ciudad Madera se inició en diversas zonas de México una lucha de numerosos grupos guerrilleros que alcanzó su fase más intensa durante los años de 1971 a 1977.

Estos movimientos no desaparecieron del todo durante la década de los ochenta, puesto que varias de esas agrupaciones intervinieron activamente en las zonas de las cañadas de Chiapas y su trabajo de organización fortaleció las bases que posteriormente serían del EZLN. No es posible, sin embargo, señalar una línea divisoria clara entre los grupos propiamente armados y las organizaciones populares activas, magisteriales y complejas que enarbolaron reivindicaciones agrarias, magisteriales o sindicales. la insurrección armada de Rubén Jaramillo fue resultado de la radicalización de la lucha cañera en Morelos; los guerrilleros de 1965 en la sierra de Chihuahua fueron resultado de la radicalización de cierto grupo de un mucho más vasto y complejo movimiento campesino que desde 1959 comenzó a manifestarse, cohesionarse y extenderse por varias zonas de los estados de sonora, Chihuahua y Durango, algunos de cuyos líderes y organizaciones se mantienen activos en nuestros días; los movimientos guerrilleros de Genaro Vásquez Rojas y de Lucio Cabañas fueron resultado de la radicalización provocada por la represión del gobierno del estado de guerrero y las fuerzas caciquiles que asfixiaban demandas agrarias de la Costa grande guerrerense y de la sierra de Atoyac. Por lo tanto, debemos tomar en cuenta que organizaciones armadas como las que acabo de enlistar han formado parte o se han radicalizado al paso de movimientos única u originalmente populares. Debo repetir que la dinámica de los dos principales tipos de movimientos armados es sustancialmente distinta: los urbanos se nutren de cuadros con una sólida formación ideológica que a menudo acentúa entre ellos la formación de un frente nacional que aglutine todas sus fuerzas. En el medio rural, por el contrario, los lazos familiares actúan como un poderoso factor cohesivo que suple la preparación ideológica. Los

cuadros urbanos actúan a través de células dotadas con un movimiento independiente y clandestino; los cuadros rurales actúan en función de lazos de parentesco, agrarios o culturales predominantes en la región, sobre todo si hablamos de zonas indígenas. Conocemos a grandes rasgos algunos de las numerosas fuerzas que han surgido durante los últimos treinta años, pero seguimos careciendo de la información suficiente para entender a profundidad y con nitidez la conformación de los movimientos guerrilleros de México desde 1965 hasta la fecha. El conflicto de Chiapas no puede verse ni entenderse al margen de este complejo proceso armado. Diversos grupos guerrilleros y también legales realizaron trabajo político en ciertas zonas de Chiapas durante casi catorce años ininterrumpidos, al final de los cuales se establecieron los contingentes que formaron el EZLN.

Algunas de las organizaciones armadas que contaron con bases en diversas regiones del país fueron las siguientes: Movimiento Revolucionario del Pueblo, Partido de los Pobres, Asociación Cívica Nacional Revolucionaria, Comando urbano lacandones "Patria nueva", Frente Urbano Zapatista, Partido Revolucionario Obrero Clandestino Unión del Pueblo (PROCUP), Unión Campesina Independiente, Movimiento 23 de septiembre, Liga Comunista 23 de septiembre, Liga Comunista Espartaco, Frente Revolucionario del Pueblo, Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo y Fuerzas Armadas de Liberación. Estas y una docena más de organizaciones armadas contribuyeron a conformar un panorama militar y político de México que aún ahora es desconocido y que al parecer no saldrá a la superficie del conocimiento histórico o periodístico en fechas próximas. El general Mario Acosta Chaparro publicó en enero de 1990 el informe Movimientos subversivos en México, con listados, gráficas y análisis

sucintos de la guerrilla mexicana durante algo más de tres décadas. El general observa en la introducción que:

Hasta el año de 1981, los cuerpos de seguridad e investigación, encargados de mantener un control sobre los factores subversivos en el país, desempeñaron una labor de neutralización efectiva, cuyos frutos fueron notorios y dignos de admiración, ya que prácticamente fueron exterminados los focos de insurrección que representaron un serio problema durante los años 1973 a 1977. En 1978, los principales dirigentes exiliados en Cuba iniciaron pláticas sobre el tema de unificación orgánica que en México nunca pudo efectuarse debido a la intransigencia de sus representantes [...]

Esta ausencia de coordinación nacional fue notoria, efectivamente, en los movimientos armados de México, y su posibilidad preocupó siempre a los servicios de inteligencia. El general Acosta Chaparro lo advirtió así:

El común denominador de la disidencia había sido el afán competitivo de los diversos dirigentes de la misma por trascender el ámbito político como los únicos poseedores de la verdad doctrinaria. Esto explica la fragmentación de la izquierda y, consecuentemente, la falta de arraigo de esta entre la población.

Desde el momento mismo en que apareció el EZLN los nombres de varias organizaciones armadas vinieron a colación. Entre ellas, el del Partido de los Pobres (PDLP) y el del PROCUP, particularmente por los sabotajes de los días 8 y 9 de enero de 1994. El general Acosta Chaparro apuntó en su libro lo siguiente: En lo que respecta al PROCUP, se puede decir que es, quizás, la organización más peligrosa en México, sobre todo por el tipo de actividades que lleva a cabo en

la clandestinidad, así como por la línea violenta que lo caracteriza con el manejo de explosivos. Sus antecedentes así lo manifiestan: actos de terrorismo y sabotaje en contra de instalaciones militares, así como oficinas y dependencias de los gobiernos estatales y federales, incluyendo también a empresas particulares en varios estados del país. Son 8 años que no se tiene información fidedigna de los miembros componentes de esta organización ni de sus actividades. No obstante lo anterior, se conoció que el PROCUP auxilió al Partido de los Pobres (PDLP) a reorganizarse y lo ayudó económica y políticamente para reubicar sus cuadros de operación en el estado de guerrero. Este tipo de acción lo relacionó con las demás organizaciones que sentaron sus bases de operación en el estado de guerrero, para de ahí llevar acciones a todo el país, tales como la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR) y la Asamblea Nacional Obrera, Campesina y Popular (ANACP), así como sus brazos armados clandestinos Fuerzas Armadas de Liberación Macional (FALN) y las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP), respectivamente. El PROCUP actúa en todo el país como organización clandestina y a últimas fechas ha hecho circular folletos en centros de estudios dando a conocer sus propósitos de actuar bajo la tendencia denominada GPP (Guerra Popular Prolongada).

En "Cronología y análisis de los sucesos en Chiapas y a nivel nacional" del libro Lucio Cabañas 20 años después, coordinado por Felipe Edgardo Canseco, los integrantes del PROCUP mismo describieron de la siguiente manera sus operativos de los días 8 y 9 de enero de 1994:

El Partido Revolucionario Obrero Clandestino Unión del Pueblo (PROCUP) y el Partido de los Pobres (PDLP) realizan acciones

de hostigamiento político militar en solidaridad con el EZLN y en demanda de que cesen los bombardeos en Chiapas y se respete a los prisioneros de guerra. Colocan un vehículo con explosivos en el estacionamiento de un importante centro comercial, lanzan proyectiles tierra-tierra contra instalaciones del Campo Militar Núm. 1.1 de la Ciudad de México, hacen detonar explosivos en el palacio municipal de Acapulco, Guerrero, asimismo dañan torres de conducción de energía eléctrica en Cuautitlán y Texaco, Estado de México, y realizan un sabotaje contra el oleoducto de Petróleos Mexicanos (Pemex) en Tula, Hidalgo... En el estado de Guerrero, policías y militares peinan varias regiones de la Costa y la Montaña, ante la eventual aparición de grupos insurgentes del Partido Revolucionario Obrero Clandestino Unión del Pueblo (PROCUP) y del Partido de los Pobres (PDLP).

En febrero de 1995 el gobierno mexicano difundió la noticia de que el EZLN era una derivación de un grupo guerrillero anterior llamado Fuerzas de Liberación Nacional (FLN), surgida años atrás en el norte del país. Las FLN eran ya conocidas por inteligencia militar: se formaron el 6 de agosto de 1969 y sus principales dirigentes eran Flavio César Yáñez Muñoz, alias "el hermano Pedro" o "Manuel", y Alfredo Zárate Mota, alias "salvador" o "Santiago". En Movimientos subversivos en México el general Mario Acosta Chaparro escribió lo siguiente sobre ellos:

El día 20 de julio de 1971 tienen un enfrentamiento a tiros con elementos de la Policía Judicial, cuando estableció una vigilancia en Vista ocaso, en la colonia Linda vista de Monterrey, habiendo resultado herido un elemento de la policía judicial; se decomisaron en el interior del inmueble vehículos, armamento y documentación. Tenían establecidas sus zonas de operaciones en los estados de

Veracruz, Pueblo, Tabasco, nuevo león y Chiapas. El 14 de febrero de 1974, en una granja ubicada en Nepantla, estado de México, resultaron muertos en un enfrentamiento con la policía algunos miembros de esta organización, entre los cuales se pudieron identificar a Mario Sánchez Acosta "Manolo", Alfredo Zárate Mota "Santiago" o "salvador", uno al cual únicamente se le conoció con el seudónimo de "Gabriel", Deny Prieto Stock "Ma. Luisa" y Carmen Ponce Custodio "Sol" o "Carmita".

Sin embargo, por distintas razones, tanto el ejército como el obispado de San Cristóbal de las Casas tenían una memoria particular de los grupos que en el pasado inmediato de Chiapas podrían explicar la aparición del EZLN. Parte de esos antecedentes, o mejor, de los grupos inmediatamente anteriores a la movilización que después se conocería como EZLN, se habían incorporado ya, de manera destacada, en el gobierno federal. A mediados de los años setenta ciertas brigadas de activistas políticos del norte del país se extendieron al estado de Chiapas a invitación del obispado de San Cristóbal de las Casas: los líderes fueron amigos cercanos al entonces presidente Carlos salinas de Gortari y particularmente a su hermano Raúl. Tres instituciones fundamentales de México tenían, pues, antecedentes y fuentes de información propios sobre estas brigadas: el ejército, la Iglesia y la Presidencia de la república. Aunque nunca se expresó oficialmente, desde la aparición del EZLN en los primeros días de 1994, que en algunas entrevistas con periodistas dio a conocer el Comandante de la séptima Zona Militar de Chiapas, el general Miguel Ángel Godínez, fue, sin embargo, cuidadosa y clara:

Pienso que es un grupo de individuos preparados en cuestiones de guerra, bien entrenados y bien armados. Sin embargo, creo que el

grupo con estas características es pequeño. Hay después otro grupo, al cual estas personas han tratado de arbitrar y llevado a lugares cercanos a las poblaciones o dentro de la selva para darles instrucción militar; este grupo es más numeroso que el primero y cuenta con armas, creo yo, de bajo calibre. Y hay otros grupos que realmente son los simpatizantes, los vecinos de las localidades alrededor de donde se encuentran estas personas y que en su mayoría no cuentan con armas directamente, aunque tienen simpatía por estos individuos.

El esquema del general Miguel Ángel Godínez sigue un ordenamiento estrictamente militar, muy útil para nuestro análisis. Se sustenta en la descripción de un núcleo armado principal y de otro subordinado. Entre ambos grupos y las comunidades simpatizantes no hay vínculo aparente de causalidad social. El núcleo con preparación militar y mejores armas constituye la explicación básica del alzamiento y se convierte por tanto, en última instancia, en el enemigo a contener y vencer. Este núcleo principal, que puede ser incluso extraño a la región, domina a un segundo grupo, al que recluta, instruye y disciplina. Este segundo grupo con insuficiente instrucción militar y mal armado constituye el primer cordón de resguardo del núcleo principal. El segundo cordón de resguardo lo constituyen las comunidades que simpatizan con ellos. Esta simpatía de las comunidades no aparece explicada por circunstancias de polarización social de la región. Es una simpatía que podría explicarse de otras maneras: con la intervención, por ejemplo, de la diócesis de san Cristóbal de las Casas y la teología de la liberación. Así se desplaza la naturaleza social del vínculo de las comunidades de la relación con la guerrilla a una estrategia catequística. Podemos deducir esto por múltiples señales. Veamos solo una. A finales del año de 1976 el obispo Samuel Ruiz viajó a

la comarca lagunera para apoyar como mediador a la diócesis de Torreón. El gobernador de Coahuila había ordenado arrestar a algunas decenas de campesinos que en demanda de tierras habían bloqueado los accesos a san Pedro de las Colonias. Entre los detenidos se hallaba el sacerdote José Batarse, eje de la negociación que planteaba el gobernador: si dejaba la diócesis de Torreón, quedarían en libertad todos los detenidos. Para el gobernador era claro que el padre Batarse ejercía un gran ascendente sobre un nutrido grupo de sacerdotes que participaban en ciertas brigadas de acción política de una organización llamada línea Proletaria, derivada a su vez de otra más amplia, denominada Política Popular, que desde los inicios del movimiento estudiantil de 1968 había ido formando primero sus postulados de acción ideológica y luego brigadas activas en varias zonas de Durango, Sonora y Michoacán.

En ciudades como Torreón, Monterrey y Monclova. Durante ese viaje de 1976, Samuel Ruiz tuvo contacto con los cuadros de línea Proletaria y, a invitación suya, después de septiembre de 1977, los brigadistas comenzaron a trabajar en Chiapas, en la región de las Cañadas, al lado de la línea pastoral propia de la diócesis de San Cristóbal de las Casas, a fin de fortalecer la organización social, no solo catequística, de las comunidades. En sus orígenes, Política Popular aglutinó a estudiantes de varias instituciones de enseñanza superior, particularmente de la Universidad Nacional Autónoma de México y del Instituto Politécnico Nacional. Un grupo determinante en el futuro de la organización provino de la Escuela Nacional de Economía y de la Facultad de Ingeniería. Adolfo Orive, hijo de Adolfo Orive Alva, secretario de recursos hidráulicos durante el gobierno de Miguel Alemán, fue la cabeza ideológica y financiera; cursó un posgrado

en la escuela normal superior de París y su ideología maoísta se estructuró a partir de la orientación de su asesor, Charles Bettelheim, y de sus investigadores sobre la revolución Popular Cultural China. El sábado 17 de septiembre de 1977 Adolfo Orive se reunió en la vicaría de la diócesis de San Cristóbal con los sacerdotes que trabajaban con Samuel Ruiz; una semana después llegaron los primeros once brigadistas de línea Proletaria de Chiapas. Pero en el transcurso del primer año, la polarización entre los cuadros de línea Proletaria y el obispado fue en aumento hasta la ruptura violenta. Samuel Ruiz expulsó prácticamente a las brigadas de línea Proletaria. Empleo la palabra expulsión porque es la que más se aviene con el recuerdo que varios brigadistas tienen de esa ruptura y de su salida de Chiapas. No todos lo vieron como una discrepancia entre la línea pastoral y la organización política, pues a menudo los cuadros preparados por la línea pastoral eran los mismos que encabezaban las organizaciones agrarias en la demanda de tierras y en la regularización de su tenencia. Tengamos en mente que se prepararon por la línea pastoral a ocho mil catequistas y a cuatrocientos diáconos que actuaban en más de dos mil quinientas comunidades indígenas de la diócesis. Los diáconos o tuhumeles podían administrar ciertos sacramentos, particularmente el del matrimonio, y a menudo eran los líderes de las organizaciones campesinas. Los mismos cuadros de catequistas se convertían naturalmente en las bases de acción de línea Proletaria, por lo que pronto la discrepancia empezó a mostrar su principal factor: el deslinde de autoridad en esos grandes e importantes cuadros de masas. La acción pastoral de la diócesis y la acción política de los brigadistas invitados convergieron durante algunos años en el fortalecimiento de organizaciones campesinas, de cuadros activos

en comunidades y de ciertos métodos de acción rápida que el EZLN utilizaría después, como el de la construcción previa de estructuras de viviendas y su desplazamiento sigiloso para "edificar" súbitamente, de la noche a la mañana, un poblado o un campamento en terrenos disputados por las comunidades o las organizaciones agrarias. La expulsión marcaría en la memoria de quienes ya en ese momento eran amigos cercanos de Carlos Salinas de Gortari, el deslinde de poder como elemento básico de esa ruptura y el predominio indiscutible del obispo Samuel Ruiz. Una premisa natural para los ex brigadistas de orive en Chiapas sería la de que el ingreso de los cuadros que se convirtieron en el EZLN estaría determinado solo por la decisión del obispo. Una interpretación así se avenía perfectamente con el esquema de interpretación militar planteado desde los primeros meses de 1994 por el general Miguel Ángel Godínez y revelaba, a otro nivel, un nuevo cordón de resguardo del núcleo armado principal que vendría a convertirse, dentro del esquema militar, en el vínculo real, no social sino político, de ese grupo armado. El planteamiento militar desconoce la causalidad social y toma como única explicación del alzamiento al núcleo armado principal. Este núcleo recluta a nuevos milicianos y se granjea la simpatía de las comunidades. Pero un núcleo armado que incursiona de esa manera en una región debe responder a intereses supraregionales y contar con un apoyo político fuera de esos dos cordones visibles de resguardo. El razonamiento militar prosigue planteándose, entonces, la pregunta de quién o de dónde se sostiene ese grupo. Como no hay vinculación social, la respuesta debe conducir a otro grupo invisible. Ese posible grupo oculto solo puede provenir de tres sitios: del gobierno, de la iglesia o del narcotráfico. Ahora, después de varios años del alzamiento del EZLN, sabemos

que la respuesta elegida en el análisis militar fue la iglesia. Así pues, para adentrarse hasta los linderos del núcleo armado principal, debía desarticularse primero el apoyo de este grup indivisible. La desaparición de la CONAI y la presión y neutralización de muchos cuadros de la diócesis de San Cristóbal era un paso necesario en la lucha contra el alzamiento. Este paso se ha dado. El otro paso debía segurar la desarticulación de los grupos o comunidades simpatizantes. Este paso se está dando también, de manera compleja y desgarradora. Pero con este paso, además de intensificar en el conflicto actual los enfrentamientos armados, se están sentando las bases, insisto, para alzamientos futuros. Debo repetir que la guerrilla campesina e indígena crece bajo el silencio cómplice de una región entera. Un puñado de hombres armados no podría sobrevivir sin el apoyo de esta red familiar de las zonas indígenas. Los núcleos armados o con preparación militar no son sino la punta de un iceberg. Los extensos y complejos lazos familiares penetran poblados y rancherías con un sistema de comunicación que al ejército le es imposible descifrar o anticipar sin recurrir al arrasamiento indiscriminado. Este soporte indígena y campesino del guerrillero es el circuito que los ejércitos se proponen desactivar. Y es el rasgo que la oficialidad política en turno se niega a aceptar, pues la más cruenta de las respuestas militares se ha dado al sofocar estas guerrillas campesinas o indígenas. La barbarie, el asalto a poblaciones enteras, el arrasamiento de territorios, de rancherías o de pequeñas comunidades, millares de familias desplazadas, ha sido la respuesta ominosa que los ejércitos y los gobiernos han dado a estas insurrecciones. Es decir, a la labor de masas o al convencimiento de comarcas enteras que apoyan la insurrección guerrillera, la respuesta militar opone el arrasamiento de

pueblos, el cerco asfixiante para el traslado de víveres, medicinas y personas, y la violación indiscriminada de derechos humanos. Es la secuela que tras los guerrilleros han dejado los ejércitos de todo el mundo. Detrás del núcleo guerrillero hay centenares o millares de niños, de ancianos, de hombres y mujeres silenciosamente cómplices o activamente proveedores de información, alimento, rutas, ropa, armas, medicinas, correspondencia. La guerra va también contra ellos.

VI

Pero ¿quiénes son ellos? ¿qué razones podrían tener para simpatizar con el EZLN? sobre todo, ¿qué significa que sean indígenas? He explicado en varios momentos que no estamos preparados para saber qué no es indígena o qué sigue siendo indígena. La cultura es un entramado complejo que abarca alimentación, parentesco, valores morales, formas de ver el mundo. los que no somos indios hemos hablado siempre de los indios, hemos tratado de decir qué son, qué no son, cómo son, qué piensan, qué no piensan. no sabemos todavía en qué medida México es indígena, en qué medida la espiritualidad indígena ha estado ganando terreno con el paso del tiempo en lugar de estarlo perdiendo. Para los indios la tierra no es algo inerte, sino un ser vivo, y el hombre, o mejor, los pueblos indios, están al servicio del mundo. La tierra, los manantiales, los ríos, las lluvias, las siembras y las cosechas representan procesos de entidades vivientes en el mundo visible e invisible que las comunidades tienen que recorrer día con día. Cada una de las etapas del proceso agrícola, cada una de las señales que la tierra, los insectos, las condiciones atmosféricas o la lluvia

significan para la vida fecunda del campo, abren una oportunidad de comprender la vida de las cosas de manera deslumbrante y al mismo tiempo secreta. Su relación con el mundo es una relación entre seres vivientes. De aquí que la comprensión que los pueblos indígenas de México tienen de sus compromisos con la tierra sea sustancialmente distinta a la nuestra. Para el occidente es obvia la calendarización de la historia: creemos que lo que ha ocurrido una vez ocurrió solo en ese momento y que nada tiene que ver con el momento siguiente. Para la cultura indígena el tiempo tiene otra naturaleza, otra rapidez (u otra lentitud quizás), y es uno de los secretos de la resistencia cultural y de la capacidad combativa de esos pueblos. Para ellos el pasado se encuentra en otra dimensión que sigue coexistiendo con el presente. La memoria indígena es un proceso de revitalización del pasado. Las festividades, las danzas, los rezos, la tradición oral, son la fuerza de una memoria que se comunica con esa otra dimensión en que las cosas siguen vivas. Por ello, cuando hablan de Emiliano Zapata, o de héroes de la remota Conquista, de la Independencia o del siglo XIX, están hablando de una fuerza que se mantiene viva. En esa otra dimensión del mundo el tiempo no transcurre, o es simultáneo, y por ello el pasado convive con lo que estamos viviendo ahora. Así sucede con la memoria de sus luchas agrarias. En el proceso electoral de Chiapas de 1936 resultó gobernador electo el candidato cardenista Efraín Gutiérrez, pero el gobernador en funciones en ese momento, antiagrarista y de filiación callista, el general Grajales, se rehusó a entregarle el poder. El senador de la república depuso de inmediato al gobernador rebelde. Así empezó el agrarismo en Chiapas. En el soconusco y la sierra sur se repartieron fincas y se crearon ejidos. En el norte, entre los choles, se expropiaron fincas de norteamericanos y

alemanes, como la de El Triunfo; el dirigente chol más recordado y ya elevado a la categoría de leyenda fue Manuel Guzmán, apodado Manuel Sol. En los Altos, donde los tzotziles empezaron a recuperar sus tierras, el organizador fue don Erasto Urbina. En una obra teatral de los escritores tzotziles y tzeltales de Sna Jtz'ibajorn (La casa del escritor) de San Cristóbal de las Casas, Batik ta Pinka (¡Vámonos a la finca El Paraíso!), don Erasto Urbina es el personaje central para descubrir y oponerse a las condiciones de esclavitud a que eran sometidos los trabajadores indígenas en las fincas cafetaleras. Otra obra de estos mismos autores, también escrita en tzotzil, Skotol ta skotol (De todos para todos), se refiere a los levantamientos armados indígenas de Chiapas, particularmente en homenaje al del 1 de enero de 1994; en ella interviene, hacia el final, un personaje mítico, que en otros relatos de tradición oral se enfrenta en combate contra los ejércitos del gobierno: Juan López, héroe o rey indio entre los tzeltales. Otras obras colectivas, como Svokol chonetick lo'il ta batz'i k'op (El sufrimiento de los animales) y Yorail Mayetick (Tiempo de los mayas) se refieren al proceso irregular de colonización de la selva lacandona. Tal proceso de colonización puede verse desde diferentes perspectivas. Una de ellas, importante para nuestro tema, es el agrario. Retomaré aquí, de uno de los libros que he publicado sobre el tema, algunos datos relevantes, en particular la superposición de decretos presidenciales que afectaron territorios de la selva lacandona desde el año de 1966 hasta la fecha. la construcción de hidroeléctricas, el empobrecimiento de la tierra, el crecimiento demográfico, la posibilidad legal de solicitar dotaciones de tierra para fundar ejidos, la explotación del petróleo e incluso la erupción de volcanes motivaron el desplazamiento de choles, tzeltales, tzoltziles y tojolabales hacia las

zonas de Cañadas. Las migraciones iniciadas desde la década de los cuarenta y cincuenta fueron tratadas durante el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz con un ánimo consecuente: mediante un decreto presidencial se dotaría legalmente de tierras a familias que se asentaban en la selva en zonas de colonización. el siguiente presidente frenó ese decreto en marzo de 1972 con otro, conocido como decreto de la Comunidad lacandona, mediante el cual reintegraba 614 mil 321 hectáreas a 66 familias de lacandones, es decir, casi media selva. este nuevo decreto afectó aproximadamente a casi cuarenta comunidades de choles, tojolabales, tzeltales, tzotziles y zoques que estaban asentados ya en la selva y que tenían años tramitando la formalización o la ampliación de sus dotaciones de tierra. El presidente Díaz Ordaz había decretado que se les diera posesión legal de las tierras; el nuevo decreto cancelaba el derecho de esas comunidades a poseerlas y aparentemente las devolvía a los lacandones. El cambio fue beneficioso para ciertos empresarios que contrataron con los "verdaderos" dueños de la selva el derecho a explotar los recursos maderables de caobas y cedros durante diez años a razón de 35 mil metros cúbicos de madera al año, sin estipular precio fijo. La Compañía Forestal Lacandona, S. A., apoyada por nacional Financiera, se dedicó a expulsar de la propiedad de los lacandones a todas las comunidades asentadas en esos territorios. esta expulsión o "reubicación" de familias que habían sido ya expulsadas años atrás por las presas o el hambre fue el inicio de un complejo proceso político que transformó la vida de las Cañadas a costa de despojos, explotaciones y enfrentamientos de comunidades que con el tiempo serían la base social fundamental del EZLN. En 1979, un nuevo presidente decretó la reserva Integral de la Biósfera de Montes Azules, afectando otra vez territorios de las Cañadas y de la

Comunidad lacandona, lo que provocó una nueva necesidad de reubicar poblaciones enteras. Los gobernadores que se sucedieron en Chiapas no pudieron o no quisieron resolver a fondo los conflictos originados por la superposición de decretos presidenciales contradictorios, sobre todo porque estos conflictos se intensificaron por el crecimiento demográfico de las mismas comunidades que solicitaban ampliaciones o nuevas dotaciones y porque los gobernadores de Chiapas mostraron preferencia por los grandes propietarios y ganaderos en detrimento de las comunidades indígenas. Para controlar y detener el impulso de estas comunidades emplearon recursos variados, principalmente el de provocar la división entre las propias comunidades indígenas mediante tres procedimientos esenciales: apoyando la formación o el fortalecimiento de agrupaciones cercanas a organismos gubernamentales, permitiendo la consolidación de guardias privadas en las fincas y estancias ganaderas y, finalmente, presentando a las organizaciones independientes como invasoras o mediatizadoras de los derechos agrarios de otras comunidades. Particularmente represivo y conflictivo fue el período que corrió de finales de los setenta a finales de los años ochenta. Por ello quizás fue el período en que las comunidades de las Cañadas y de los Altos aprendieron a pensar, actuar y organizarse de una manera nueva con los cuadros religiosos de la diócesis de san Cristóbal de las Casas, con los miles de catequistas que reflexionaban también de manera distinta sobre su propia condición indígena y con las brigadas que intentaron actuar entre los nuevos colonos de la selva primero como unión del Pueblo, después como línea Proletaria y luego como EZLN. el escalonamiento de los decretos presidenciales culminó en 1992, ya no con otro decreto, sino con la reforma al artículo 27 constitucional, que

aseguró la propiedad privada agraria eliminando las secciones del artículo que permitía a las comunidades solicitar el reparto de tierras y autorizando, además, de las tierras ejidales pudieran legalmente comprarse, venderse o usarse como garantía de créditos, a fin de que las empresas privadas, con nuevas asociaciones entre capitalistas y propietarios, pudieran comprar tierras ejidales de acuerdo con nuevos límites legales, dando como resultado que una empresa con 30 accionistas pudiera incrementar 30 veces su propiedad a partir del límite individual. Es decir, se sentaron las bases para legalizar los latifundios familiares o corporativos que ochenta años atrás la revolución Mexicana se había propuesto combatir (aunque, ciertamente, no en Chiapas).La falta de solución a las viejas y numerosas peticiones de tierra, que en México denominábamos rezago agrario, afectaba a las comunidades indígenas de Chiapas de distintas maneras. Primero, porque se trataba del estado con mayor rezago; segundo, porque la carencia de títulos definitivos de propiedad aumentaba la posibilidad de desalojo por parte de terratenientes o de asociaciones campesinas oficialistas; tercero, porque impedía otorgamientos de crédito. En un estudio de María Eugenia Reyes Ramos, El reparto de tierras y la política agraria en Chiapas, se comprueba que los mecanismos oficiales frenaron siempre las aspiraciones agrarias de las comunidades de la selva. Por ejemplo, 79 comunidades tuvieron que esperar más de 20 años para que se les entregara la tierra solicitada. Otras 66 tuvieron que esperar entre 20 y 39 años la respuesta a sus demandas de tierra en las modalidades de dotación y de ampliación. La comunidad el Paraíso, en Margaritas, tuvo que esperar 40 años; el nopal, en Ixtapa, 42 años: Tamaulipas, ahora Joaquín Amaro, en Pijijiapan, 43 años; las delicias, en Trinitaria, 45 años; la comunidad de

santa rosa, hoy Morelos, en Tonalá, 46 años, y el letrero, en Siltepec, 53 años. Esto contrasta con la celeridad de los trámites resueltos a favor de terratenientes. Por ejemplo, durante el gobierno del general Absalón Castellanos Domínguez se otorgaron en Chiapas 7 mil 646 certificados de inafectabilidad que ampararon un millón 142 mil 881 hectáreas predominantemente ganaderas. Contrastes así aclaran que uno era el gobierno para finqueros y otro para las comunidades indígenas. Contrastes así muestran las violencia social que no se toma en cuenta cuando aparece la violencia armada en las comunidades. Descalificamos los movimientos armados campesinos reduciendo sus causas e identificándolas con individuos que una vez aniquilados darían como consecuencia lógica la extinción del movimiento. Cuando descubrimos que la insurrección es resultado de la confluencia de una misma actitud en comunidades enteras, entre poblados enteros, casi siempre es demasiado tarde.

VII

En algún momento de noviembre y diciembre de 1996, el gobierno mexicano tomó decisiones firmes en cuatro sentidos: no reconocer los Acuerdos de San Andrés, no reanudar el diálogo de paz, continuar y extremar el cerco militar en las Cañadas y no frenar el surgimiento de grupos paramilitares en diversas zonas del Norte y de los Altos de Chiapas. En estas decisiones fueron seguramente determinantes ciertos enfoques políticos y militares que desde los meses finales de 1994 habrían madurado y desarrollado las premisas que ya eran visibles en las primeras exposiciones del general Miguel Ángel Godínez. La

decisión esencial del gobierno mexicano, fue, pues, militar. El primer y más evidente objetivo tenía que ser el de reducir la naturaleza política y social del EZLN a solamente su capacidad de fuego. El cerco militar en las Cañadas era el recurso efectivo para neutralizarlo; en términos militares, el EZLN se convertía en un enemigo vencido; no había razones para negociar con él. En términos regionales, los grupos paramilitares bloquearían el desarrollo y la movilización de las bases sociales zapatistas en el Norte y en los Altos de Chiapas. Ambos recursos eran suficientes, los únicos para asegurar el desgaste militar y social del EZLN. Su desgaste militar se conseguiría con el ejército; su desgaste social con los grupos paramilitares y las luchas intercomunitarias. Restaba tan solo plantear el desgaste político del EZLN. Esto requería de otros elementos coyunturales. Pero el desgaste social mediante los grupos paramilitares (o grupos de autodefensa, según los llama técnicamente el ejército o se autodenominan organizaciones como Paz y Justicia) es lento, desgarrador y de efectos devastadores. Puede abrir heridas más severas y prolongarse más tiempo. La masacre de Acteal es solamente un ejemplo extremo y público. El desgarramiento social es diario e incesante. Ahora, con la desaparición de la Comisión Nacional de Intermediación (CONAI), con la expulsión masiva de observadores nacionales e internacionales, además del cerco militar en las Cañadas hay un cerco nuevo: el de la privacidad para el socavamiento de comunidades zapatistas mediante los grupos paramilitares. Durante varios años las autoridades mexicanas expresaron reiteradamente en foros nacionales e internacionales que el conflicto provocado por la aparición del EZLN se reducía a cuatro municipios de Chiapas. Ahora sabemos que la estrategia militar para sofocar al EZLN y a sus bases sociales extendió la violencia armada

a veintisiete municipios a través de por lo menos nueve grupos paramilitares y que el ejército mismo amplió su radio de acción a sesenta y seis de los ciento once municipios que componen el estado. Uno entre varios documentos, ***Chiapas, la guerra en curso,*** que el Centro de Derechos Humanos "Miguel Agustín Pro Juárez", A. C. publicó el mes de febrero de 1998, ubicó en cuadros descriptivos cada una de las fuerzas paramilitares, los municipios y comunidades donde actúan, las armas con que cuentan, los nombres de algunos de sus integrantes y dirigentes, los nombres de las instituciones gubernamentales o de las personalidades gubernamentales o de las personalidades políticas que los apoyan y, por supuesto, varias de las acciones criminales cometidas. Estas organizaciones paramilitares se extienden por muchas regiones de Chiapas. Por ejemplo, el "Tomás Munzer" en la zona de la selva (Oxchuc, Ocosingo y Altamirano), el "Movimiento Indígena Revolucionario Antizapatistas" en las Cañadas y norte de la selva (las Margaritas, Oxchuc, Huixtan, Altamirano, Ocosingo, Sitalá, san Juan Cancuc), "Paz y Justicia" y "los Chinchulines" en el Norte de la selva (Tila, Sabanilla, Tumbalá, salto de Agua, Palengue, Yajalón, Chilón, Ocosingo, Venustiano Carranza). "Alianza san Bartolomé de los llanos" y "Fuerzas Armadas del Pueblo" en los Valles Centrales (Venustiano Carranza) y "Máscara roja" en los Altos (Chenalhó, Larráinzar, Chamula, Pantelhó), y más recientemente "los Puñales", en Amatenango del Valle y Comitán. Por otra parte, el documento describe y enlista más de doscientos operativos del ejército mexicano efectuados en numerosos municipios de Chiapas entre el 22 de diciembre de 1997 y el 2 de febrero de 1998. Ninguno de ellos se propuso frenar, desarticular o desarmar a los grupos paramilitares. El curso de la guerra está, pues, al descubierto. La guerra es un proceso con muchos recursos y facetas.

La planeación, organización, sostenimiento y desarrollo de la guerra no son asuntos simples, sino de imaginación, oportunidad, decisión, inteligencia. La guerra no siempre tiene el rostro descubierto. Inventa discursos, imagina causas y explicaciones, cambia los nombres de las cosas. La guerra no siempre aparece diciendo que su nombre es ese. La guerra dice que ella no mata ni amenaza ni quema ni destruye; son los otros, son los pueblos mismos quienes se enfrentan y combaten entre sí. Conforme la violencia crece en regiones elegidas, ella argumenta que esa violencia la generan las propias comunidades y justifica su intervención como fuerza de pacificación entre todas las partes. Queda al margen de los pueblos mismos. Se presenta como el único factor que puede resolver esas luchas intercomunitarias. Pero incluso durante el despliegue de sus facetas económicas y de progreso la guerra necesita de privacidad. Quiere a solas inventar cómo ocurren las cosas, insiste en que la versión de la realidad que ella socava provenga solo de ella misma. Nadie más debe acercarse a mirar. La privacidad es importante. Puede y exige prescindir de cualquier mediación. Puede exigir ya un diálogo directo con el enemigo acorralado. Pero el costo social de devastar e incontables comunidades que simpatizan con el EZLN es aterrador y desmesurado. ¿Es justo el costo de vidas humanas y culturas y millares de familias desplazadas en uno de los estados con mayor desnutrición indígena en México para aniquilar militarmente a un grupo armado? no, no es posible aceptarlo ni matizarlo. Se está alentando una violencia incontrolable actual y apuntalando las bases de una violencia guerrillera mayor a largo plazo.

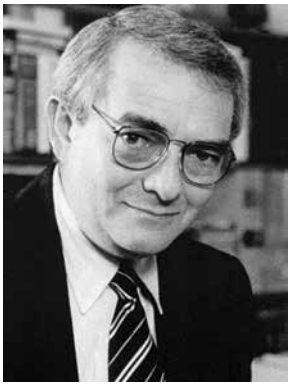
La guerra empezó en fecha temprana, como lo muestro en la novela ***Los informes secretos***. No afirmo que el documento militar que aparece en la novela sea el que aplica actualmente el Ejército

Mexicano, pero sí que se trata de uno de los documentos que sirvieron de base para la estrategia finalmente acordada. El documento quedó elaborado entre los últimos días de octubre y los primeros días de noviembre de 1994 y empezó a aplicarse cuando se celebraban las primeras reuniones de san Andrés en 1995. En la sección llamada "Plan general de Maniobra estratégica operacional para destruir la estructura política y militar del EZLN y mantener la paz" se describe un apartado de Asesoramiento para grupos paramilitares que el documento designó "Fuerzas de autodefensa civil". Se trataba de conseguir el apoyo de comunidades no zapatistas a proyectos de desarrollo social impulsados por el ejército y las autoridades políticas bajo una estrategia de guerra. Según el documento, correspondía al ejército adiestrar y apoyar a las fuerzas de autodefensa o grupos paramilitares. El plan es claro, pues al final de la sección estableció: "en caso de no existir fuerzas de autodefensa civil, es necesario crearlas". En otro apartado titulado "Segunda Fase de la Compañía Ofensiva" se instalaron varios procedimientos en cuatro principales bloques. Estos son datos exactos del primero: "el desplazamiento forzado de la población que simpatiza con el zapatismo; la neutralización de actividades de la diócesis de San Cristóbal de las Casas; la captura y expulsión de extranjeros perniciosos; la muerte o control de ganado equino y vacuno; la destrucción de siembras y cosechas; el empleo de grupos paramilitares o de autodefensa civil". Estamos hablando de una estrategia de guerra que desde finales de 1997 y abiertamente desde principios de 1998 fue anulando, primero, la diócesis; después, las bases sociales de simpatizantes; luego los grupos milicianos, preparando el camino para un golpe de mano. En otras palabras, es la guerra. No una guerra de baja intensidad, porque no es un

problema de teorización sociológica. Es la guerra. Es el momento de comprender que tenemos que frenarla. No de creer que el diálogo se ha interrumpido, no, sino de entender que debemos frenar una guerra.

Gómez Morín: Cien años y seis lecciones[46]

Carlos Castillo Peraza



Carlos Castillo Peraza
© Red de Comunicadores Católicos

El 27 de febrero de 1997 hará cien años del nacimiento de Manuel Gómez Morín, mexicano imprescindible para la comprensión del país en que vivimos. Diversas instituciones —el Banco de México, entre otras- han comenzado a organizar eventos varios, conmemorativos de las efemérides. El Partido Acción Nacional —fundado por Gómez Morín— inició una serie de actos al mismo respecto, con una velada en el auditorio Simón Bolívar de la Escuela Nacional Preparatoria, el 17 de septiembre. Publicamos —corregido y aumentado por el autor— el texto del discurso que pronunció ese día y en aquel sitio.

No tuve el privilegio de encontrarme con don Manuel Gómez Morín. Creo que conmigo comienza la serie de los presidentes nacionales del PAN que no conocieron personalmente al fundador. No pude escuchar su voz. Nunca me fue dado verlo. Supe de él porque en casa de algún pariente queridísimo, en mi Ciudad natal Mérida, encontré desde niño nuestra revista La Nación y, entre otros folletos del partido, aquel titulado La Nación y el Régimen. Conocí y sigo

[46] Opinión publicada originalmente en la *Revista Nexos*, el 1 de enero de 1997.

conociendo a don Manuel como lector. Doy testimonio de que cada día que pasa, su pensamiento me parece más actual, más mexicano, más democrático. Evocaré esta noche a Gómez Morín únicamente en tanto que fundador del PAN. Lo haré en seis puntos —que son otras tantas lecciones perennes— y un epílogo que es más bien coyuntural.

1) Gómez Morín no fue —es evidente que no podía ser— hijo ni alumno de panistas. La lección que trasciende este hecho es que al PAN lo funda una manera de entender al hombre, a la sociedad, al estado, a la nación, a la vida, a la muerte, al trabajo. El PAN es, en síntesis, la expresión política de una cultura que existe antes y existirá después del PAN. Desarrollar, hacer florecer, profundizar esta cultura es condición sine qua non para que el partido exista como algo mejor y mayor que la legítima búsqueda del poder por medios legales y pacíficos, y de la voluntad de ejercerlo democráticamente en orden a la consecución del bien común, de la justicia social y de la libertad política plenas.

2) Gómez Morín fue hombre de estudios serios y de conocimientos vastos, de sensibilidad para el arte y lo religioso, de raciocinio impecable y de razonabilidad afable. Su universalidad lo hizo abierto y tolerante, dialogal y, en el mejor sentido de la palabra, retórico, es decir político capaz de ceñirse al argumento probable. Su convicción fue que Acción Nacional era la mejor opción partidista para los mexicanos, pero nunca exigió lealtades al PAN a quienes no eran del PAN. En cambio, fue radical para exigir pleno sentido de pertenencia a quienes compartían su convicción y su militancia, y por eso enseñó a los panistas que cumplir mal un deber partidista libremente aceptado es peor que no asumirlo, e incluso podría ser peor que cumplirlo por coacción. La segunda lección gómezmoriniana

es, en consecuencia, la de la responsabilidad a que está sometido el hombre que se compromete libremente.

3) Gómez Morín fue hombre que descubrió, reconoció, comprendió, aceptó, asumió, compartió y luchó por el perfeccionamiento de los valores implícitos en la Revolución Mexicana, a los que, junto con otros mexicanos notabilísimos, incluyó en el contexto más amplio y más generoso del humanismo político. De allí sus expresiones "humanicemos el Derecho" y "volvamos al hombre". Parafraseando a François Furet, puede afirmarse que para don Manuel la revolución, antes de verse deshonrada por sus crímenes, fue esperanza compartida por la mayoría de los mexicanos. El instrumento que el maestro diseñó y echó a andar para "convertir el caos en orden" y devolverles a los mexicanos el derecho a esperar, el derecho a soñar, el derecho a luchar por los valores de la democracia, el Estado de Derecho y la justicia social es Acción Nacional. La tarea es hoy más necesaria y urgente que nunca, y es obra de constancia humana, de cotidiana y modesta carpintería política, ajena a demagogias que confían el cambio a los milagros o a las catástrofes. Desde el ensayo "1915", don Manuel vio con claridad que la revolución expresaba a México y que los ideales del movimiento de 1910 eran valiosos; que no podían limitarse a ser el motivo para destruir el pasado; que habrían de encarnarse en actitudes, obras e instituciones que les permitieran acceder a una etapa constructiva; que debían inscribirse en una visión doctrinal más amplia y proveedora de mayor profundidad, y al mismo tiempo ejecutarse con calidad técnica, con sentido tan moral como práctico. Los panistas recibimos como herencia no una actitud crítica, insensata y reaccionaria hacia la Revolución Mexicana, sino una misión: la de articular un instrumento apto para ayudar a concretarla con la decencia y la eficiencia perdidas al pasar del tiempo y al prevalecer de

los peores apetitos de quienes la convirtieron en justificación de hurtos, despojos, arbitrariedades, tropelías y prepotencia antidemocrática.

4) Gómez Morín fundó una tradición. Los fundadores de tradiciones no miran hacia atrás; por el contrario, a partir de un enraizamiento sin ambages en el pasado, son capaces de elaborar y dejar como herencia una mirada acertada hacia adelante. Sólo así puede entenderse que sigan generando vigencias. La cuarta lección es clara: Acción Nacional tiene el reto y el deber de fundar hoy la tradición del México del mañana, es decir, su tarea no es la de administrar recuerdos sino la de crear esperanzas. Esperanzas cuya encarnación, cuya concreción obliga al conocimiento técnico-instrumental que las hace probables y viables, y que, como lo demuestran investigadores actualísimos como Alonso Lujambio, Javier Garcíadiego y María Marván Laborde, debe tener como campo central el municipio. Allí, nos dice Gómez Morín, se hará ese cambio real que no cuesta "convulsiones dolorosas", porque la comunidad municipal —dice— "acabará por educarnos, ensayándonos en la resolución de los problemas que más cerca nos tocan_ para considerar prudentemente los graves problemas nacionales". La lección gómezmoriniana es también radicalmente municipalista, como lo ha entendido perfectamente bien el partido y lo ha expresado con precisión y vigor su actual presidente nacional Felipe Calderón Hinojosa, a quien, en este momento de acoso inmundo, me atrevo a brindar la solidaridad y el apoyo de todos los panistas de México. Hemos ido desde 1983, y creo que habremos de seguir yendo durante los años venideros, de abajo hacia arriba, de la periferia al centro. No se trata de tomar por asalto la sede del poder presidencial, sino de conquistar, ocupar y ampliar los espacios municipales y estatales de servicio público, para dar a la eventual

victoria en las elecciones federales —legislativas y/o presidenciales— probabilidad de buen desenlace.

5) Una de las primeras palabras de Gómez Morín a los panistas, en las "históricas jornadas" de la fundación, hace cincuenta y siete años, fue para reconocer que en Acción Nacional cabe la diferencia entre inteligencias, pero no la disociación de los corazones. Decir esto emocionará siempre a cualquier expresidente nacional, pues una de las tareas torales de quien encabeza al partido es de algún modo ser el custodio de la concordia. Herencia del fundador es precisamente la voluntad de concordia entre los panistas, legado suyo es la magnanimidad en la oposición, en el gobierno y en el interior del partido. Y el método de la concordia y la magnanimidad es la referencia constante a los motivos espirituales de la obra común. No hay democracia sin benevolencia, sin cortesía, sin corrección políticas internas. Es ésta la quinta lección de don Manuel Gómez Morín.

6) El fundador del partido supo retirarse en tiempo y forma, para dejar paso y lugar a lo que él mismo llamó "nuevas capacidades y métodos y vocaciones nuevos", "hombres nuevos y nuevas aptitudes". Lejos del maestro la concepción de los cargos partidistas como una especie de concesión a perpetuidad para un grupo reducido, y más lejos aún de él los aferramientos al poder interno y a los cargos públicos. No es posible, ni cierto, ni debido generalizar, pero se alcanza a ver que, en algunos ámbitos del PAN, hay dirigentes que monopolizan sitios en las directivas de la institución y en los puestos de elección popular; o funcionarios públicos electos que tratan de invadir y someter a los órganos del partido. Lejos también de don Manuel —quien siendo fundador y guía rechazó ser caudillo o jefe máximo—, "el prejuicio deliberado la extraviada pasión" o el "apetito

personal" que siempre pueden ser y en ocasiones son factores de enturbiamiento de la vida interna de Acción Nacional.

Ahora el epílogo, ciertamente para la coyuntura de estos días agitados por presagios nada alentadores en materia de reforma a las leyes electorales y, en consecuencia, poco propicios para el optimismo político.

Concluyo esta evocación del Gómez Morín leído, con las palabras de don Manuel, el 25 de febrero de 1949, a la VII Convención Nacional, cuando los voceros de la revolución descompuesta anunciaban —con frases que han repetido una y otra vez— que no entregarían el poder "sino por la fuerza de las bayonetas". He aquí la respuesta serena del fundador, que habremos de hacer nuestra, el día de hoy y tal vez muchos de los que pronto vendrán:

La misma desesperación del grito indica bien que no serán necesarias las bayonetas. Es confesión rasgada de la debilidad irremediable de quienes tienen el poder y frente a la más modesta demanda de eficacia del sufragio, piensan con pavor en las bayonetas

Hay cada vez más ardiente el sentido de la ciudadanía. Estamos adiestrándonos en el oficio Nada de lo que quiere la ciudadanía es injusto ni es imposible. Nuestro mundo mismo, en esta atroz encrucijada de la historia, cualquiera que sea la confusión de la etapa agónica de decisión, sólo tiene un camino para salvarse que es también el del sentido humano de la comunidad, de la persona redimida al precio más alto. Estamos en ese camino.

Adelante.

La crisis de México[47]

Daniel Cosío Villegas

Alfonso Caso y Daniel Cosío Villegas en la muestra de reproducción del penacho de Moctezuma.

México viene padeciendo hace ya algunos años una crisis que se agrava día con día; pero como en los casos de enfermedad mortal en una familia, nadie habla del asunto, o lo hace con un optimismo trágicamente irreal. La crisis proviene que las metas de la Revolución se han agotado, al grado de que el término mismo de revolución carece ya de sentido. Y, como de costumbre, todos los grupos políticos continúan obrando guiados por los fines más inmediatos, sin que a ninguno parezca importante el destino final del país.

Las primeras cuestiones que debieran abordarse para entender la crisis, para calibrarla y resolverla son: cuáles eran las metas de la Revolución, cuándo se agotaron y porqué.

La Revolución Mexicana nunca tuvo un programa claro, ni lo ha intentado formular, ahora, ***in articulo mortis***, aun cuando el día

[47] Ensayo publicado en *Cuadernos Americanos*, XXXII, marzo-abril, 1947, pp. 29-51.

de mañana, ***post mortem,*** habrá muchos programas, en especial los expuestos e interpretados por escritores conservadores. Algunas metas o tesis, empero, llegaron a establecerse, siquiera en la forma mecánica a que conduce la mera reiteración. Además, como en los procesos históricos prolongados, no todos los propósitos iniciales se han conservado hasta el fin; por el contrario, algunas de esas metas fueron debilitándose y en cierto momento dieron paso a otras nuevas —unas principales y otras secundarias— y, en consecuencia, con algún vigor inicial. Esta yuxtaposición de metas ha hecho aún más confusa la marcha ideológica de la Revolución, pues las tesis nuevas no reemplazaron a las antiguas, sino unas y otras coexistieron, al menos exteriormente; y, luego, al lado de tesis fundamentales de verdad, aparecieron designios de una magnitud y de una importancia menores: al lado de la cuestión agraria, por ejemplo, el fomento del turismo.

En todo caso, una de las tesis principales fue la condenación de la tenencia indefinida del poder por parte de un hombre o de un grupo de hombres; otra, que la suerte de los más debía privar sobre la de los menos, y que para mejorar aquella el gobierno debía dejar de ser elemento pasivo para convertirse en activo; en fin, que el país tenía intereses y gustos propios por los cuales debía velarse, y, en caso de conflicto, hacerlos prevalecer sobre los gustos e intereses extraños.

La reacción contra el régimen político porfirista y su derrocamiento final, fueron la meta primera; dentro de la segunda caen la reforma agraria y el movimiento obrero; en la tercera, el tono nacionalista que tuvo la Revolución al exaltar lo mexicano y recelar de lo extranjero o combatirlo con franqueza. Algunos pondrían entre las tesis principales de la Revolución la necesidad de una acción educativa vigorosa por parte del Estado, si bien ha sido notoriamente más débil

e inconsistente que las tres anteriores. De hecho, el no haber llevado la Revolución a la Escuela hizo que la Revolución perdiera bien pronto el soporte de la juventud. Esas tesis parecen hoy lugares comunes, y candorosos, por añadidura; lo son para los poquísimos que siguen creyendo en ellas, y más, por supuesto, para quienes las admitirían en el papel impreso de un libro, pero nunca en la realidad histórica de México. En su tiempo, sin embargo, no solo fueron novedades, sino que correspondieron tan genuina y hondamente a las necesidades del país, que desviaron la ruta de éste durante más de un cuarto de siglo, y pueden cambiarla todavía hasta completar la media centuria.

El contenido ideológico propio del porfirismo era pobrísimo (baste recordar que la principal bandera de uno de los pronunciamientos del general Díaz previos a su conquista del poder, fue la condenación del impuesto del timbre, amén del principio de la no reelección, tan fielmente observado). En cambio, la realidad nacional y la del mundo le dieron dos palabras mágicas: orden, la primera; progreso, la segunda. En la conciencia de todos los mexicanos estaba la necesidad del orden, de la paz, después de casi tres cuartos de siglo de una vida manchada de sangre y plagada de hambre y de miseria; y luego, por lo que respecta al progreso, a México no habían tocado hasta entonces siquiera las migajas de la Revolución Industrial, aquella que se inició en Inglaterra desde fines del siglo XVIII. Así, el porfirismo acabó por dispensar en México las medicinas del orden y del progreso, que habían venido aceptándose como panaceas para curar cuanto mal aquejó al mundo occidental durante todo el siglo XIX y los primeros años del XX. El porfirismo, en suma, acabó por dar al país una filosofía que el mundo occidental le impuso, y que, como toda filosofía, exaltaba unos valores en detrimento de otros.

No fue poca la novedad ni escasa la pujanza de Madero al alzarse contra ella en 1910, pues si se recuerda el panorama del mundo de entonces, esa filosofía no sufre una derrota seria hasta 1917 en Rusia, y en Europa propiamente años después. El ataque de Madero al "antiguo régimen" fue parcial y todos han dicho que se enderezó a su costado menos vulnerable pues sostuvo una "mera tesis política" sin contenido social o económico alguno. El candoroso "sufragio efectivo, no reelección" de Madero quería decir dos cosas. Primero, la presencia de un hecho biológico, es decir, del más fuerte de todos los hechos: en el país había surgido durante el porfirismo toda una nueva generación que no tenía acceso al poder, a la riqueza, ni siquiera al lustre social. Segundo, que la vida política, la libertad, la democracia, tenían tanto valor, y aun más que el orden, y, por ello, que valía la pena comprometer éste para conseguir aquéllas. Hay que reconocer ahora, después de la catástrofe de la segunda guerra mundial, y no deberá olvidarse jamás, que la inocente tesis de Madero fue capaz de echar a la hoguera a varios millones de hombres que murieron defendiendo un pensamiento idéntico.

La segunda meta de la Revolución Mexicana fue la de anteponer la condición y el mejoramiento de los más al de los menos, y la de creer que no se conseguiría ese fin sin la iniciativa y el sostén activos de la Revolución hecha ya gobierno. Atacar los problemas y no esperar a que alguna vez se resuelvan por sí mismos; atacarlos por la base y no en la cúspide, los de la masa y no los de la ***élite***, puede parecer hoy hasta un lugar común. Entonces fue el mejor timbre de gloria de la Revolución y su enseñanza suprema. Lo primero no podía tener novedad teórica; pero sí en la realidad histórica de México. Lo segundo tenía una gran novedad teórica, pues la Revolución Mexicana

—como la rusa, que se engendró sin relación ideológica alguna con la nuestra— fue el primer gran asalto al bastión del liberalismo, por lo menos en su aspecto de ***laissez-faire, laissez-passer.*** No es necesario un esfuerzo mayor para demostrar que esas metas eran certeras.

Es indudable que en el porfirismo, como en todo régimen que se ha sobrevivido, los menos habían acabado por privar sobre los más. Y considérese quienes eran los más: toda la población agrícola del país, es decir, las tres cuartas partes de la total; los obreros de industrias, minas, transportes y aun de los talleres domésticos; y todo lo que era "pequeño": el comerciante, el burócrata, etc., en suma, lo que en aquella época caía dentro del nombre peyorativo de "pelado". El porfirismo era en sus postrimerías una organización piramidal: en la cúspide estaban las "cien familias"; los demás eran desvalidos, en mayor o menor grado. Un movimiento que tendiera, primero, a destruir a las "cien familias" y, luego, a fortificar la posición económica, social y política del campesino y del obrero, en general del "pelado", tenía gran novedad y fuerza tremenda en el México de 1910 o de 1916. Por lo demás, la reforma agraria, que perseguía, sobre todo, la destrucción del poder político-económico del gran agricultor, es un hecho que se presenta fatalmente en la evolución "natural" de todo país: en Inglaterra desde el siglo XVI, y definitivamente en el XVIII, al igual que en Francia, con la Revolución de 1789; en Alemania, hacia 1848; en Rusia, en 1904-07; y en los países de la Europa oriental, al concluir la primera guerra mundial. En Argentina, Perón ha planteado el problema, y es una de las fuerzas que manipula; y en Brasil y Chile comienzan a manifestarse claramente los primeros síntomas de esta trágica, pero, al parecer, necesaria enfermedad. En cuanto al movimiento obrero, podría hacerse una historia de la Europa del siglo XIX —como de Estados Unidos en el

XX— en tomo al tema único de los ajustes y fricciones que provoca la aparición de este nuevo estado llano.

En lo que podría llamarse su tercer tesis, la Revolución Mexicana fue también certera y original. Es verdad que después de la primera guerra mundial se desató un ventarrón nacionalista en todo el mundo, y quizá de allá nos haya llegado algo; pero, aun así, una cosa no puede disputarse, y es que estábamos a tono con el mundo y no contra él. En cuanto a lo certero, poca duda parece haber: México ha debido tener apenas otras dos fiebres nacionalistas anteriores a ésta de la Revolución: la primera formó el clima necesario a la Independencia; la segunda dio el triunfo a la Reforma y el mate a la intervención extranjera. En 1910 el nacionalismo se asoció con la elevación económica y cultural del indio, exaltando sus virtudes, sus danzas, sus canciones, trajes y artes domésticas; se inclinó a preferir cuanto fuera mexicano; y se asoció, también, primero con vaguedad, contra la pompa europeizante del general Díaz, y, después, con mayor claridad y determinación, contra el "imperialismo", es decir, contra toda influencia exterior que quisiera imperar.

Este nacionalismo fue, por lo demás, tan sano como un nacionalismo puede serlo: en realidad, nunca degeneró en xenofobia. Recuérdese, por ejemplo, que fue Carranza quien por la primera vez en nuestra historia reciente intentó una seria gestión diplomática de acercamiento con todos los países latinoamericanos, y cómo México se convirtió, de 1920 a 1924 sobre todo, en un verdadero hogar, abierto y acogedor, para los latinoamericanos. Es verdad que ambos hechos —como otros que podrían citarse: digamos el programa vasconceliano de becas para que grandes números de estudiantes centroamericanos vinieran a las escuelas mexicanas— tuvieron un

origen antinorteamericano; pero ni éste ni otros "antis" llegaron jamás a manchar el nacionalismo mexicano. En realidad, puede decirse que no fue el menor ni el más insignificante de sus frutos hacer de México el primer país de habla española consciente de su cultura, de su lengua y de su raza mestiza e indígena, una actitud y un espíritu que se había perdido en toda la América Hispánica hacía ya un largo siglo.

Por qué y cuándo se agotó el programa de la Revolución Mexicana es un capítulo muy doloroso de nuestra historia; pues no sólo el país ha perdido su impulso motor sin lograr hasta ahora sustituirlo, sino que este fracaso es una de las pruebas más claras a que se ha sometido el genio creador del mexicano... y las conclusiones, por desgracia, no pueden ser más desalentadoras.

Desde luego, echemos por delante esta afirmación: todos los hombres de la Revolución Mexicana, sin exceptuar a ninguno han resultado inferiores a las exigencias de ella; y sí, como puede sostenerse, éstas eran bien modestas, legítimamente ha de concluirse que el país ha sido incapaz de dar en toda una generación, y en el hundimiento de una de sus tres crisis máximas un gobernante de gran estatura, de los que merecen pasar a la historia. Lo extraordinario de estos hombres de la Revolución, y, desde luego, en magnífico contraste con los del porfirismo, parecía ser que, brotando, como brotaban, del suelo mismo, construirían en el país algo tan grande, tan estable y tan genuino como todo cuanto hunde sus raíces en la tierra para nutrirse de ella directa, honda, perennemente. Si la Revolución Mexicana no era, al fin y al cabo, sino un movimiento democrático, popular y nacionalista, parecía que nadie, excepto los hombres que la hicieron, la llevarían al éxito, pues eran gente del pueblo, y lo habían sido por generaciones. En su experiencia personal y directa estaban

todos los problemas de México: el cacique, el cura y el abogado; la soledad, la miseria, la ignorancia; la bruma densa y pesada de la incertidumbre, cuando no el sometimiento cabal. ¿Cómo no esperar, por ejemplo, que Emiliano Zapata pudiera hacer triunfar una reforma agraria, él, hombre pobre, del campo y de un pueblo que desde siglos había perdido sus tierras y por generaciones venía reclamándolas en vano? El hecho mismo de que los hombres de la Revolución fueran ignorantes, el hecho mismo de que no gobernaran por la razón sino por el instinto, parecía una promesa, quizás la mejor, pues el instinto es más certero, aun cuando la razón más delicada.

Pero lo dicho antes es la verdad: todos los revolucionarios fueron inferiores a la obra que la Revolución necesitaba hacer: Madero destruyó el porfirismo, pero no creó la democracia en México; Calles y Cárdenas acabaron con el latifundio, pero no crearon la nueva agricultura mexicana. ¿O será que el instinto basta para destruir pero no para crear? A los hombres de la Revolución puede juzgárseles ya con seguiridad: fueron magníficos destructores, pero que nada de lo que crearon para sustituir a lo destruido ha resultado indiscutiblemente mejor. No se quiere decir, por supuesto, que la Revolución no haya creado nada, absolutamente nada: durante ella han nacido instituciones nuevas, una importante red de carreteras, obras de riego impresionantes, millares de escuelas y buen número de servicios públicos; pero ninguna de esas cosas, a despecho de su importancia, ha logrado transformar tangiblemente al país, haciéndolo más feliz. Así, la obra de la Revolución siempre ha quedado en la postura más vulnerable: expuesta a las furias de sus enemigos, y sin engendrar en los partidarios el encendido convencimiento de la obra hecha y rematada. Pues la justificación de la Revolución Mexicana,

como de toda revolución, de todo movimiento que subvierte un orden establecido, no puede ser otra que el convencimiento de su necesidad, es decir, de que sin ella el país estaría en una condición peor o menos buena. Por supuesto que crear en México una democracia con ciertos visos de autenticidad es una tarea que haría desmayar a cualquier hombre sensitivo. La tarea es tan compleja, tan ardua y tan lenta, que habría que concebirla como una consecuencia o término de muchas otras transformaciones, y no como una obra en sí, susceptible de ser atacada, diríamos, de frente. Un país cuya escasa población está pulverizada en infinidad de pequeñísimos poblados, en los que la vida civilizada es por ahora imposible —poblados que viven, desde luego, aislados unos de otros, fuera del amparo del saber y de la fortuna—, no puede crear de súbito un ambiente propio para una vida cívica consciente, responsable. Antes habría que conseguir un aumento de la población, lo cual significa hacer producir más al suelo; completar las comunicaciones físicas, quintuplicando, digamos, la red ferroviaria, decuplicando la de carreteras, centuplicando la de aviones; crear, o poco menos, la comunicación espiritual, con servicios cabales de correos y telégrafos, y con todos los medios de expresión, haciéndolos accesibles y honestos: libros, periódicos, radio: empresas gigantescas de higiene, de propaganda educativa y de producción económica, todas ellas destinadas a salvar de la muerte a tanto niño que ahora desaparece en sus primeros años; en fin, una acción educativa lenta, consistente, costosísima, para dar a todos los mexicanos una conciencia común de su pasado, de sus intereses y de sus problemas. Esta tarea pudo haberse iniciado antes en una sola ocasión, en 1867, al consumarse el triunfo del Partido Liberal: cuando el país era dirigido por un grupo de hombres sin par en nuestra histroria, hombres que,

además, sentían el varonil optimismo de quienes el liberalismo era una nueva nos esta saliendo una nación, y para quienes el liberalismo era una nueva fe religiosa; cuando el país, si bien con menos recursos, tenía necesidades menores. De hecho, Juárez y Lerdo, como Iglesias, Zarco y Zamacona, lo intentaron, y con gran energía y consistencia; pero acabaron por sucumbir a los golpes de un militarismo al que no logró acendrar la agonía nacional de la Intervención y del Imperio.

Claro que la Revolución Mexicana no se propuso acometer esa tarea ciclópea, y menos de una manera orgánica; su primer acto fue atacar a un régimen que no sólo había detentado el poder más de la cuenta, sino que, con una terquedad sobrehumana desechaba la ocasión de renovarse admitiendo sangre fresca y savia humana. La Revolución no se propuso, en consecuencia, sino ventilar, airear la atmósfera política del país; y ya en el terreno positivo, crear alguna opinión pública, hacer más fácil la expresión de ella, provocar, inclusive, el parecer disidente y, en todo caso, respetarlo; asegurar la renovación periódica y pacífica de los hombres de gobierno, dando acceso a nuevos e individuos. La sola idea de que la obra principal de la Revolución se encaminaría a aliviar la condición económica, social, política y cultural de las grandes masas, hacía esperar que pronto se despertaría en éstas una atención real hacia el gobierno y un deseo de participar en él para defender sus nuevos derechos e intereses.

Es difícil juzgar con una seguridad que no sea hija de la pasión o el prejuicio los progresos cívicos de México de 1910; Justo Sierra no los tendría por escasos, al aquilitarlos con esa benignidad superior y distante con que se escribió toda nuestra historia; pero con un adarme, nada más, del rigor de un moralista, podría tildárselos de apocados.

No es despreciable conquista el que la renovación de los principales gobernantes se haya cumplido a plazos breves, y muchas veces a un a despecho del deseo y del esfuerzo de quien abandonaba el poder; así se ha evitado la dictadura y hasta la influencia dominante y prolongada de un solo hombre. Pero no puede olvidarse que esa renovación se ha conseguido alguna vez al precio de la violencia y hasta del crimen; tampoco que se ha hecho con un sabor dinástico y palaciego y no propiamente democrático: ¡Tan estrecho y tan uniforme ha sido el grupo del que proceden los "elegidos"!. Ni menos puede olvidarse que la regla ha sido un verdaderoproceso de escisiparidad, la forma de reproducción de los organismos inferiores. Más significativo todavía es el hecho de que esa renovación no haya sufrido hasta ahora la única prueba que podría darse un carácter genuinamente democrático: un triunfo electoral de un partido o grupo ajeno y aun opuesto al gobierno. Esto último quizá no fue de una urgencia angustiosa mientras la Revolución tuvo el prestigio y la autoridad moral bastantes para suponer que el pueblo estaba con ella y que, en consecuencia, no importaba mucho quién fuera la persona física del gobernante; pero cuando la Revolución ha perdido ya ese prestigio y esa autoridad moral, cuando sus fines mismos se han confundido, entonces habría que someter a la elección real del pueblo el nombramiento de sus gobernantes, pues la duda no recae ya sólo sobre personas, sino eso que se llama esotéricamente "el régimen". Y entonces se vería si el progreso cívico de México ha sido, ya que no cabal, al menos genuino. Por lo demás, no nos engañemos si esta prueba fuera de tiempo: de aquí a seis años, por ejemplo, las diferencias entre la Revolución Mexicana y los partidos conservadores pueden ser tan insustanciales, que éstos pueden colarse en el gobierno

no ya como opositores, sino como parientes legítimos. Significación muy semejante a esta última tendría el hecho de que el gobierno revolucionario hiciera a los partidos de oposición concesiones electorales minimas —bastante, sin embargo, para rociarse con el agua de azahar de la democracia— que les impidiera participar de manera efectiva en el poder, pero que, en cambio diera a los intereses de esos partidos, sobre todo a los económicos, plena satisfacción por la vía de un programa de gobierno "constructivo". En ese caso, no sólo no habría proceso democrático, sino que la Revolución llegaría al extremo de la esterilidad, pues todo su esfuerzo se consumiría entonces en mantenerse en el poder, sin más fuerza motriz que la codicia de poder y de fortuna.

El más negro de los presagios es recordar el papel que ha desempeñado el Congreso en la era revolucionaria. Todo Congreso ha dejado de ser, por supuesto, un órgano técnico de gobierno, al grado de que desde hace tiempo en ninguna parte del mundo ha emandao de el, digamos, una ley de ingresos o un prsupuesto de gastos públicos, es decir, que no cumple ya los fines que supone la escencia misma de un parlamento; pero en cualquier país democrático sigue desempeñando funciones bastante más importantes todavía: ser censor de los actos del Ejecutivo, órgano de expresión de la opinión pública y el juez final en actos de tanta trascendencia nacional como una declaración de guerra. Juzgado el nuestro conforme a este patrón, tan modesto desde un punto de vista intelectual o técnico, tan importante cívicamente hablando, el juicio no puede ser otro que el de la condenación más vehemente y absoluta: en las legislaturas revolucionarias jamás ha habido un solo debate que merezca ser recordado, como lo merecen los de los congresos del 56 al 76 del

siglo pasado, y si cupiera alguna duda, bastaría considerar cómo aconteció la reciente reforma al Artículo 3º de la Constitución o, a la inversa, cómo fue aprobada hace años su redacción extremista inicial. Los congresos revolucionarios han sido tan serviles como los del Porfirismo, con la diferencia de que este régimen era, por definición, una tiranía, y la Revolución, también por definición, es rebeldía, independencia. A los ojos de la opinión nacional, sin miramientos de grupos o de clases, nada hay tan despreciable como un diputado o un senador; han llegado a ser la unidad de medida de toda la espesa miseria humana. Por eso parecen tan vulnerables los progresos cívicos que México haya alcanzado en los últimos años, pues es desesperada toda idea de restaurar en su pleno prestigio un órgano de gobierno tan esencial para una democracia como lo es el congreso.

Antes se dijo que la taerea de hacer de México una gran democracia no podía haber intentado más que una sola vez antes de la Revolución, en 1867. Se comprueba esa idea si se recuerda el carácter que tenía entonces la prensa periódica, el gran instrumento para forjar una opinión pública y, con ella, la democracia, y el que tuvo a partir de 1896, en parte como consecuencia de un desafortunado contagio del exterior. En lugar de los sesenta dirarios capitalinos de la era de Juárez y de Lerdo, sólo quedaron dos o tres; en vez del periódico doctrinario, escrito por las mejores plumas del país —por su calidad literaria, por su autoridad moral y por la firmeza y honestidad de sus convicciones políticas—, aparece el periodico informativo, "Mera planta de ensamble de noticias" la mayor parte de las cuales se fabrican en el extranjero; a sustituir el motor de la fe social y política, vino el del apetito de ganar dinero, la democracia mexicana, por esto, nunca lamentará bastante esa desventurada transformación de la

prensa periodica, transformación que, por otra parte, ha sido general en el mundo. Pero aún así, el caso de la prensa moderna mexicana es patético, pues en cualquier capital europea o yanqui, y en varias de la America del Sur, hay siempre algún periodico limpio y eficaz al cual puede acudirse en busca de una opinión informada y recta; periodicos que no sólo registran los hechos con fidelidad, sino que los comentan y aprecian. De ahí que la prensa moderna del país llevará sobre sus espaldas la inmensa responsabilidad de haber cambiado la satisfacción perenne y superior de ilustrar, por la fugaz y terrena de enriquecerse; de haber negado, en suma, toda guía y toda luz al pueblo de México.

La tremenda diferenciación de clases es fenómeno viejísimo en México; tanto, que podría decirse que toda nuestra historia no es sino un largo y aflictivo esfuerzo para borrar un poco estos desniveles. Hubo diferencias sociales en todas las colectividades indígenas anteriores a la Conquista; las hubo durante la Colonia y en la era independiente. No puede, pues, achacárselas al porfirismo; y, sin embargo, la larga duración de éste, su estabilidad misma, las hicieron como más aparentes y rígidas al encamarlas en personas físicas, con esa irritante ostentación de lo palpable.

La Revolución Mexicana fue en realidad el alzamiento de una clase pobre y numerosa contra una clase rica y escasa. Y como la riqueza del país era agrícola, se enderezó por fuerza contra los grandes terratenientes; por eso, también, la Reforma Agraria tomó en buena medida la forma simplista de una mera división o repartimiento de la riqueza grande de los pocos entre la pobreza de los muchos. La Revolución hizo después de su triunfo algunos esfuerzos —pocos, débiles y casi siempre necios— para justificar la Reforma Agraria con

otras razones: jurídicas, económicas y hasta técnico-agrícolas; pero aquella que la hizo arrolladora fue una razón de la más pura prosapia cristiana: la de una patente injusticia social.

Por desgracia, hasta una medida que tiene su justificación en las mejores razones sociales y morales necesita, para perdurar, un éxito que la sustente, y en el caso de una actividad económica no hay otra vara para medir ese éxito que la de su lucratividad. Ésta, a su vez, depende —como lo pregonan en vano los economistas— del buen uso de los factores de la producción. Ahora bien, la agricultura porfirista era flaca en dirección o iniciativa, puesto que concluyó por ser en buena medida una industria extractiva de ausentistas; era flaca también en cuanto a la tierra, por limitaciones naturales y de técnica; en cambio, era fuerte en cuanto a capital, porque, poco o mucho, todo él pertenecía al terrateniente; y era fuerte porque el trabajo, parco y un tanto rutinario, recibía salarios bajísimos.

Según este criterio —y es, por supuesto, el principal en el caso—, pudo afirmarse en un principio que la Reforma Agraria se justificaba socialmente al dar al campesino la satisfacción de ser propietario; pero, con el tiempo sólo podría mantenerla el hecho reiterado de que la remuneración del trabajo del campesino-propietario fuera mayor que la del campesino-asalariado. Y para esto era menester que la nueva agricultura resultara más lucrativa que la antigua; y para esto era preciso, a su vez, un mejor empleo de los factores de la producción: se requería el que la dirección fuera más acertada, que surgiera un capital capaz de reemplazar con ventaja al del terrateniente, y que con capital y con técnica se superaran algunas de las más serias limitaciones naturales que estrangulaban a la agricultura mexicana de mucho tiempo atrás.

El problema era de visión e iniciativa, de técnica, de consistencia y de honestidad, y en todo la Revolución fue muy inferior a las exigencias. Careció de visión para abarcar el panorama de nuestra agricultura y sacar de él lo que con tanta razón podría llamarse la estrategia de la Reforma Agraria. Esta debió haber principiado en las zonas de los cultivos industriales (azúcar, café, algodón), los más avanzados y prósperos, y no —como ocurrió en la realidad— en las zonas de cereales, en la altiplanicie, porque ahí las condiciones naturales de suelo y de clima son decididamente desfavorables. Faltó iniciativa, pues la Revolución despertó muy tarde a la idea de que la Reforma Agraria no era tan sólo un partir el latifundio y un dar los pedazos a los ejidatarios, como lo revela este hecho impresionante: la primera institución de crédito para la nueva agricultura y el ensayo inicial de reforma de la enseñanza agrícola son de 1925, es decir, posteriores en diez años a la primera ley agraria, la famosa del 6 de enero de 1915. Faltó técnica, porque no se apreció desde el principio el hecho obvio de que el mero cambio de titular del derecho de propiedad no podía operar el milagro de remunerar mejor un esfuerzo cuyo ejercicio se repetía exactamente en las mismas condiciones físicas, económicas y técnicas. No se hizo un esfuerzo serio para averiguar qué cambios de cultivos y de métodos podían sortear mejor las condiciones desfavorables en que siempre ha vivido nuestra agricultura. Se dice, por ejemplo, que los genetistas rusos han desarrollado, partiendo de variedades mexicanas, un híbrido de maíz que, al reducir el ciclo vegetativo de la planta, salva los peligros de las heladas tempranas y tardías, fenómeno tan frecuente en México. Pues bien, la falta de instituciones y de espíritu técnico ha ocasionado, no sólo que el experimento sea de origen extranjero, sino que sus ventajas no se

hayan comprobado y aplicado hasta ahora en México. Faltó también la suficiente constancia, el esfuerzo sostenido y penoso, único que pudo conducir a algún resultado palpable y duradero. Bastaría medir la constancia, no ya, digamos, en el oscuro trabajo de alguna estación agrícola experimental, trabajo que consiste sobre todo en acumular observaciones por años de años, sino en el caso burdo, pero más significativo, de las dotaciones de ejidos, y el ritmo con que se las ha ejecutado: se verá entonces que no hubo constancia, y, además, que las dotaciones no han sido dictadas por la prudencia ni la necesidad, sino por el afán de hacerse pasar por el mayor repartidor de tierras. Constancia, bajo la forma de congruencia o consistencia, también faltó: se dieron a los campesinos las tierras, pero no los medios de transformar los productos que sacaban de ellas. Los molinos de trigo, las descascadoras de arroz, los ingenios de azúcar, las secadoras y tostadoras de café, las despepitadoras de algodón y los molinos de aceite siguieron siendo propiedad de los antiguos dueños de la tierra, es decir, de los enemigos de los ejidatarios. No sólo eso, sino que muchas de las grandes empresas de la Revolución debieron haberse inspirado en la idea fija de que la Reforma Agraria debía tener éxito a todo trance: mucha parte de la obra educativa debió haberse hecho en torno a los ejidos; jamás construir carreteras con meros fines turísticos sin haber concluido antes cuantas necesitaran los ejidos para lograr sus fines económicos y sociales. Y así para los proyectos de riego, y para las obras de salubridad y de asistencia social. En cuanto a la honestidad... ¿sería preciso hablar?

Con todo esto no quiere sostenerse que la Reforma Agraria no haya producido ningún resultado favorable, sino simplemente que su éxito no ha sido tan grande como para imponerse a la opinión de

todos. La verdad es que se encuentra en la peor condición posible: ha sido lo bastante recia en su faena destructiva para concitar en su contra todo el odio y la saña de quienes la sufrieron y de quienes tienen intereses opuestos a los principios que la inspiraron; pero en el aspecto constructivo, su éxito no ha sido lo bastante transparente para mantener inquebrantable la fe de quienes esperaban de ella la felicidad terrenal de diez o doce millones de mexicanos.

La Revolución Mexicana fue más campesina que obrera en sus principios; pero como tuvo siempre un carácter popular, bien pronto hizo del obrero uno de sus sostenes más socorridos y, a su vez, concedió a éste personalidad y fuerza tales, que ya para 1917 se daba a la cuestión obrera, al artículo 123 de la Constitución revolucionaria, un rango igual al del 27, en que se apoyarían nada menos que la propia reforma agraria, la política minera, en especial la petrolera, y, en general, todas las "modificaciones a la propiedad privada" que tanta alarma causaron a la burguesía mexicana y extranjera. La legislación del trabajo ha resultado con el tiempo más voluminosa y minuciosa que la propia legislación agraria, sin que la actividad y las proporciones de los tribunales encargados de aplicarla sean inferiores a los organismos administrativos exigidos por las leyes agrarias. El movimiento obrero llegó pronto a ser más sólido y fuerte que el agrarista. Y algunos de los gobernantes mexicanos hicieron ensayos "socialistas" en el campo obrero, no intentados con la misma amplitud en el agrícola: tal, por ejemplo, la administración obrera de los Ferrocarriles Nacionales y de los de Yucatán, la del ingenio del Zacatepec, la de varias explotaciones mineras y de algunas plantas industriales. En suma, la Revolución Mexicana acabó por ser, si se quiere, más obrerista que campesina, más urbana que rural. Concomitantemente, habrá pocas razones de

malestar y desprestigio para la Revolución Mexicana como las que le ha dado el movimiento obrero. ¿Por qué? Porque éste es, en el mejor de los casos, desorbitado y, en el peor, irresponsable, deshonesto, carente de visión superior y aun de gran iniciativa o de simple acometividad política. Pero esto, a su vez, tiene una explicación.

El movimiento obrero, como fuerza económica y política nueva, emergente, rompió en todas partes del mundo un equilibrio establecido, incurriendo por este solo hecho y de manera necesaria en el desagrado de los sectores sociales que representaban las viejas fuerzas, usufructuarias de la estabilidad que todo equilibrio supone. El Estado principió por empeñarse en mantener el equilibrio y, para eso, se opuso a la organización obrera. Cuando se convenció de que era vano su empeño y acabó, además, por descubrir que esa fuerza podía hacerlo a él todopoderoso o destruirlo, se planteó uno de los problemas más graves de nuestros días; de hecho, el más grave. Y no tardaron en perfilarse las tres soluciones principales que al efecto se propusieron: el fascismo y el comunismo suprimieron a uno de los contendientes: el primero, al obrero; el segundo, al capitalista. La democracia, por su parte, se declaró ajena al conflicto, y anunció que su papel sería el de un mero ***referee,*** es decir, el de quien arbitra una lucha, pero no la evita o la extingue. Ideó para eso una legislación industrial que, con toda la mucha complicación que un abogado es capaz de introducir, no es distinta en su concepción, en sus métodos y en sus fines, de las Reglas del Marqués de Queensberry, que presiden las peleas de box.

La Revolución Mexicana no tuvo el genio bastante para idear un sistema jurídico que, sin impedir el nacimiento y desarrollo espontáneo de los conflictos obreros, permitiera su eficaz solución

en beneficio de los intereses superiores de la colectividad. No sólo eso, sino que, en su simple papel de ***referee,*** ha sido tan constante e innecesariamente parcial que ha acabado por convertirse en el "montonero" que hace desaparecer todo el riesgo y la nobleza de la lucha entre dos rivales francos. La legislación obrera, toda ella, fue concebida para favorecer al trabajador. No podía ni debía de ser de otra manera, pues, por definición, el obrero es el débil, frente al poder casi invencible de la riqueza; pero, en el aplicar de esa legislación, los gobiernos revolucionarios, respetando la fábula del conciliador amigable o del arbitrador imparcial, se han inclinado casi siempre de parte del obrero, no importándoles cuán notoriamente injusta, o grotescamente pueril, fuera la causa concreta que en un momento dado defendía el obrero.

Los tribunales no sólo han fallado las más de las veces en favor del obrero, sino que han condenado al patrón, creo que invariablemente, al pago de los salarios "caídos". Con ello se ha quitado al obrero la sensación de peligro, de azar o de aventura que toda lucha comporta; y al patrón se le ha acabado la fe en la justicia, haciéndole concebir, en cambio, el rencor y el apetito de venganza.

El daño que se ha hecho en esa forma a la causa de los obreros —que por ser la mejor tiene un valor permanente— es no sólo ilimitado, sino en cierta forma irreparable. En primer término, ha creado a la causa una oposición tan enconada, que hoy en día no tiene casi un defensor desinteresado y sincero: si se trata de capitalistas y reaccionarios, todos los males vienen de la fuerza desmedida e irresponsable de los obreros; si se trata de los liberales honestos, no quieren defender la causa sin antes desear limpiarla de todas las excrecencias que ha producido una política gubernamental tan ciega.

En segundo término, el gobierno ha desperdiciado todas las muchas oportunidades que ha tenido para ir creando en la organización obrera no solo una conciencia y un sentido de responsabilidad propios, sino el sentimiento de la independencia o dependencia de los propios medios, y no de los ajenos, cosa esta no tan importante como aquella. El movimiento obrero mexicano ha llegado a depender de un modo tan cabal de la protección y del apoyo oficiales, que se ha convertido en un mero apéndice de gobierno, al que sigue en todas sus vicisitudes, de grado o por fuerza. De hecho es apenas instrumento gubernamental y no tiene otro papel que el de servir al gobierno de coro laudatorio. Este maridaje ha sido perjudicial a ambos cónyuges: al gobierno le ha impedido resolver problemas cuya solución, por otra parte, economía general del país como el de los ferrocarriles y el del petróleo, problemas cuya solución, por otra parte, le hubiera dado un prestigio y una autoridad de que tanto necesita; a la organización obrera, la ha envilecido y degradado y, lo que es peor, la ha condenado a desaparecer o a pulverizarse en el instante mismo en que no cuente con el beneplácito gubernamental, sin que pueda dejar otro recuerdo que el triste papel de bravucón oficial que en vida desempeñó.

Con todo, los logros de la Revolución Mexicana en la prosecución de sus tres metas mayores: libertad política, reforma agraria y organización obrera, no han sido ni parcos ni magros; habrían bastado para mantener por largo tiempo la autoridad moral de los gobiernos revolucionarios, si a los ojos de la nación los esfuerzos para conseguirlos hubieran tenido una probidad inmaculada. Lo humanamente imposible era conservar la fe en un gobernante mediocre que, por añadidura, resultaba un administrador deshonesto.

Así, una general corrupción administrativa, ostentosa y agraviante, cobijada siempre bajo un manto de impunidad al que sólo puede aspirar la más acrisolada virtud, ha dado al traste con todo el programa de la Revolución, con sus esfuerzos y con sus conquistas, al grado de que para el país ya importa poco saber cuál fue el programa inicial, qué esfuerzos se hicieron para lograrlo y si se consiguieron algunos resultados. La aspiración única de México es la renovación tajante, una verdadera purificación, que sólo se conseguirá a satisfacción con el fuego que arrase hasta la tierra misma en que creció tanto mal.

Debe convenirse en que la Revolución fue un movimiento violentísimo, cuya fuerza destructiva se ha ido olvidando. Exterminó a toda una generación de hombres y grupos e instituciones enteras: acabó íntegramente con el ejército y con la burocracia porfirista; concluyó con la clase más fuerte y más rica, la de los agricultores grandes y medianos, desapareciendo así toda la alta burguesía y gran parte de la pequeña; muchas de las mejores fuentes de riqueza nacional —los transportes, la industria azucarera, toda la ganadería, etc.— languidecieron hasta del borde mismo de la extinción; aun grandes grupos profesionales, los maestros universitarios, por ejemplo, vieron sus filas tan mermadas, que sus cuadros dejaron de existir propiamente. La Revolución Mexicana, en suma, creó un vacío de riqueza enorme y deshizo la jerarquía social y económica labrada durante largos años.

Esa debastación casi total de la riqueza nacional ha podido ser recibida por algunos con júbilo y por otros como un feliz augurio de que México sería en adelante un país pobre, pero en la cual la riqueza estaría distribuida entre todos con equidad. En un momento de la vida revolucionaria del país pudo ser cierta la alentadora afirmación de que no había un solo millonario, y que grandes grupos

sociales mejoraban su condición económica; pero la triste realidad social habría de imponerse bien pronto, ante la necesidad de recrear la riqueza destruida. Quizás ninguna carga mayor cayó sobre los hombros de la Revolución; por eso, resultó la más severa prueba de su rectitud, de su fortaleza y de su capacidad creadora. Y de esta gran prueba moral salió peor que las otras: en lugar de que la nueva riqueza se distribuyera parejamente entre los núcleos más numerosos y más necesitados de ascender en la escala social, se consintió que cayera en manos de unos cuantos que, por supuesto, no tenían —ni podían tener— mérito especial alguno. De ahí la sangrienta paradoja de que un gobierno que hacía ondear la bandera reivindicadora de un pueblo pobre fuera el que creara, por la prevaricación, por el robo y el peculado, una nueva burguesía, alta y pequeña, que acabaría por arrastrar a la Revolución y al país, una vez más, por el precipicio de la desigualdad social y económica.

Al sobrevivir la revolución, la anterior jerarquía desapareció, y ello contribuyó también a la deshonestidad universal; el remolino elevó hasta el cielo la hojarasca, y los individuos quisieron conservar para toda la vida los mil pesos de sueldo que súbitamente ganaron, hurtando un millón mientras el remolino duraba.

Y no ha sido causa menor de la deshonestidad gubernamental mexicana la constante inseguridad en que viven en este país todo hombre y toda mujer, en especial porque a la omnipotencia del estado se agrega una arbitrariedad que tiene todos los signos de una maldición bíblica: víctima de ella, el mexicano cae y se levanta, una y otra vez, a lo largo de toda su vida. Y el hombre que vive inseguro quiere protegerse, no importando si para lograrlo viola una ley o archiva un precepto moral.

La deshonestidad administrativa de México tiene sus causas, apenas bosquejadas antes; ellas no quitan un adarme a su monstruosidad social, ni mucho menos reducen en nada los funestos efectos políticos que han tenido, pues, como se dijo antes, ha sido la deshonestidad de los gobernantes revolucionarios, más que ninguna otra causa, la que ha tronchado la vida de la Revolución Mexicana.

En su ataque inicial al "antiguo régimen", la Revolución no hizo mención siquiera de los vicios que tenía la educación porfiriana. A pesar de estar amparada ésta con la monumental figura de don Justo Sierra, era muy vulnerable a la crítica: ya Antonio Caso, como Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, habían señalado, todavía en vida del régimen, las limitaciones de la filosofía superior en que se informaba. Pero no era ésa, ni con mucho, su falla principal: la educación superior, con todas sus debilidades, no era mala, ni para el país ni para la época; es más, tenía una seriedad y una dignidad que perdió pronto y que no ha recobrado. En cambio, la escuela popular, la primaria y la rural, la técnica más necesaria, la agrícola, por ejemplo, eran limitadísimas en su número, en su inspiración y en su eficacia. En esto el porfirismo se retrataba de cuerpo entero: la acción educativa del gobierno se ejercía exclusivamente en la clase media de los grandes centros urbanos, con la vana pretensión de crear una élite de la que manaría más tarde la luz redentora de todo el pueblo mexicano; el poblado pequeño, el campo, es decir, el país, recibirían alguna vez, con el andar "necesario" del tiempo, el agua de aquel distante manantial.

José Vasconcelos personificaba en 1921 las aspiraciones educativas de la Revolución como ningún hombre llegó a encarnar, digamos, la Reforma Agraria o el movimiento obrero. En primer término, Vasconcelos era lo que se llama un "intelectual", es decir, un

hombre de libros y de preocupaciones intelectuales; en segundo, lo bastante joven, no sólo para haber advertido las fallas del porfirismo y lo bastante joven, no sólo para haberse rebelado contra él, sino para tener fe en el poder transformador de la educación; en tercero, Vasconcelos fue el único intelectual de primera fila en quien un régimen revolucionario tuvo confianza y a quien se dieron autoridad y medios de trabajar. Esa conjunción de circunstancias, tan insólita en nuestro país, produjo también resultados inesperados; tanto, que en México hubo entonces una como deslumbradora aurora boreal, anuncio del nuevo día. La educación no se entendió ya como una educación para una clase media urbana, sino en la forma única que en México puede entenderse: como una misión religiosa (apostólica), que se lanza y va a todos los rincones del país llevando la buena nueva de que México se levanta de su letargo, se yergue y camina. Entonces sí que hubo ambiente evangélico para enseñar a leer y a escribir al prójimo; entonces sí se sentía, en el pecho y en el corazón de cada mexicano, que la acción educadora era tan apremiante y tan cristiana como dar de beber al sediento o de comer al hambriento. Entonces comenzaron las primeras grandes pinturas murales, monumentos que aspiraban a fijar por siglos las angustias del país, sus problemas y sus esperanzas. Entonces se sentía fe en el libro, y en el libro de calidades perennes; y los libros se imprimieron a millares, y a millares se obsequiaron. Fundar una biblioteca en un pueblo pequeño y apartado parecía tener tanta significación como levantar una iglesia y poner en su cúpula brillantes mosaicos que anunciaran al caminante la proximidad de un hogar donde descansar y recogerse. Entonces los festivales de música y danza populares no eran curiosidades para los ojos carnerunos del turista, sino para mexicanos, para nuestro propio estímulo y nuestro propio deleite. Entonces el teatro fue popular, de

libre sátira política; pero, sobre todo, espejo de costumbres, de vicios, de virtudes y de aspiraciones.

Si Vasconcelos hubiera muerto en 1923, habría ganado la inmortalidad, pues su nombre se habría asociado indisolublemente a esa era de grandioso renacimiento espiritual de México; pero Vasconcelos siguió viviendo, vive todavía, y Vasconcelos siguió personificando y personifica todavía las vicisitudes de la educación en México. Allá para 1923, Vasconcelos peleaba con sus mejores amigos y sostenes: con Antonio Caso y con Pedro Henríquez Ureña, con Lombardo Toledano y Alfonso Caso; el lugar que ellos dejaron fue ocupado por bardos aduladores desde la adolescencia. Para 1924, el apóstol de la educación, el maestro de la juventud, el Quiroga, el Motolinía, el Las Casas del siglo XX, resultó un modesto pero ambicioso político, a quien tenía que arrastrar, ahogar y hacer desaparecer el torbellino político. Con ello, no sólo dejó trunca su obra, la más importante y urgente para el país, sino que desprestigió el nombre, la profesión y las intenciones del intelectual, al grado de que ningún otro volvió a gozar de la fe y la confianza de la Revolución.

Vasconcelos se desterró del país, para fracasar, primero, como profesor universitario; para encerrarse largos años en Francia, en España, en Argentina, sin leer, sin estudiar, sin ver cosas, sin tratar ni conocer a nadie, enceguecido y obstinado, todo en un sacrificio estéril que ni a él ni al país podía aprovechar. Y ahí está, símbolo de las aspiraciones educativas de la Revolución, achacoso, desorbitado, arbitrario, inconsistente, convertido al catolicismo, tardía y vergonzosamente, para perder el respeto de los liberales y no ganar el de los católicos.

Se dirá que es injusto identificar la gloria y miseria de un hombre con la de una obra colectiva y, por ende, perdurable. En verdad que

lo es, más sólo en un sentido: la obra educativa de la Revolución no concluyó con la salida de Vasconcelos de su Ministerio, sino que el impulso duró quizás diez o doce años más; y durante ellos, relajada ya la tensión evangélica, se amplió, se pulió y se redondeó la obra en muchos y muy importantes aspectos. Pero la trayectoria de la obra es idéntica a la de quien en su momento de gloria la personificó, porque ha terminado por ser caóticamente inconsistente, mucho más aparente que real y, sobre todo, porque fracasó en su anhelo de conquistar a la juventud: hoy la juventud es reaccionaria y enemiga de la Revolución, justamente como Vasconcelos lo ha sido y lo es.

Parece indudable que, si la situación actual de México ha de juzgarse con alguna severidad, dificilmente puede escaparse a la conclusión de que el país pasa por una crisis gravísima. Ella de tal magnitud que si se le ignora o se la aprecia complacientemente si no se comprende enseguida el mejor esfuerzo para sacarlo de ella, México propiciará por vagar sin rumbo, a la deriva perdiendo un tiempo que un país tan atrasado en su evolución, para concluir en confiar la solución de sus problemas mayores a la inspiración, a la imitación y a la sumisión a Estados Unidos, no solo por vecino rico y poderoso, sino por el éxito que ha tenido y que nosotros no hemos sabido alcanzar. A ese país llamaríamos en demanda de dinero, de adiestramiento técnico, de caminos para la cultura y el arte, de consejo político, y concluiriamos por adoptar integra su tabla de valores, tan ajena a nuestra historia, a nuestra conveniencia y anuestros gustos. A la influencia ya de por sí avasalladora de los Estados Unidos se uniría la disimulada convicción de algunos, los francos intereses de otros, la indiferencia o el pesimismo de los demás, para hacer posible el proceso del sacrificio de la nacionaldiad, y, más importante todavía que eso, de la seguridad, del dominio y de la deicha que consigue

quien ha labrado su propio destino. Muchos de los problemas de México se resolverían entonces; gozaría el país de una prosperidad material desusada; pero ¿estamos seguros de que nuestro pueblo, nosotros mismos, seríamos de verdad más felices? Nuestro indio, por ejemplo, ¿Ganaría algo al pasar a la categoría de irredento que tiene ahora el negro norteamericano?.

¿Qué podría hacer el país para reconquistar su camino, para alcanzar el mismo tiempo que el progreso material y una mejor organización política, social, humana?

Una solución se ocurre casi enseguida: entregar el poder a las derechas. Puesto que las izquierdas se han gastado llevando su programa hasta donde pudieron, esfuerzo que, después de todo, les ha llevado treinta años, puesto que las izquierdas se han corrompido y no cuentan ya con la autoridad moral, ni siquiera política, necesaria para hacer un gobierno eficaz y grato, déjeseles el turno a las derechas, que no han dirigido el país desde 1910.

Cuesta un esfuerzo desgarrador no recomendar esta solución siquiera sea por el motivo bien simplista, pero tan humano, de desear una purificación haciendo tabla rasa de todo cuanto existe. Y es indudable que las izquierdas tendrían que purificarse o morir. La organización obrera perdería, es verdad, su sustento y su mentor; pero se haría independiente; tendría que fortalecerse apretando sus filas, expulsando a los líderes venales, creando fondos de resistencia, conservando su fuerza para hacer uso de ella sólo en las causas justas e importantes; y todos los obreros percibirían entonces, con la amarga experiencia cotidiana, que sus intereses son suyos, y de nadie más. No serían los obreros los únicos que debieran limpiarse y fortalecerse; también los campesinos, si bien cuentan con menores medios para

hacerlo. Entre ellos hay también líderes deshonestos, también una sumisión al gobierno que linda con la vieja servidumbre patronal de que esperaron liberarse, asimismo, tiene ya la psicología de quien recibe sin merecer y sin esforzarse; la misma, por otra parte, que han tenido sus ancestros desde la Colonia. Y por un proceso semejante tendrían que pasar los hombres liberales de México. Con las derechas en el poder, la mano velluda y macilenta de la iglesia se exhibiría desnuda, con toda su codicia de mando, y con ese su incurable oscurantismo para ver los problemas del país y de sus hombres reales. La iglesia perseguiría a los liberales, los echaría de sus puestos, de sus cátedras; les negaría la educación a sus hijos; serían, en suma, víctimas prontas de un ostracismo general. Y los liberales sentirían también en toda su fuerza la persecución desatada de una prensa intolerante, incomprensiva, servidora ciega y devota de los intereses más transitorios y mezquinos. Y el rico se exhibiría entonces ya sin tapujos: ostentoso, altanero, déspota, ventrudo y cuajado de joyas y de pieles, como ya empieza a aparecer en fotografías públicas. El liberal se sentiría sobrecogido, apocado, primero; después, lo inundaría la zozobra de quien no es ya dueño de su destino, para acabar por ser despreciado y perseguido. Y tendría que reaccionar, que reunirse con los suyos, que luchar en grupo y como militante. Así acabaría por imponerse la tarea que hoy ha abandonado: conducir al país juiciosamente, por caminos más despejados y limpios, reconquistando antes el poder en una lucha sin duda azarosa y dura, pero en la cual se templarían su cuerpo y su espíritu. Teóricamente, esta solución tendría hasta la ventaja de darle una lección moral y política a Estados Unidos, a quien ha interesado tan poco el progreso sano y real del vecino y amigo, y tanto su sumisión callada y barata.

No hay sino dos consideraciones que impiden recomendar esa solución: sus peligros, desde luego; pero sobre todo, el temor de que el país no obtuviera otro beneficio que el bien triste de convertirse en teatro de nuevas y estériles luchas. Porque ¿México puede esperar algo de las derechas?

La derecha mexicana, como la de todo el mundo, no es la mano cordial; carece de la comprensión y de la generosidad de que tanto necesita nuestro desdichado país. Por añadidura, nada nos ofrece que sea nuevo o mejor de lo que ahora tenemos. Desde este punto de vista, México no podría encontrarse en una situación ni más angustiosa ni más desesperada, pues no se encaminaría mejor acudiendo a la fórmula, después de todo tan simple, de cambiar de régimen y de signo político. Con ello no parece que pudiera conseguirse otra cosa que la eventual purificación de las izquierdas.

No pensemos ya en el sinarquismo, partido de una ramplonería mental propia sólo del desierto, ni en las derechas que proceden de disensiones entre facciones de la Revolución, sino en Acción Nacional. En primer lugar, me parece claro que Acción Nacional cuenta con tres fuentes únicas de sustentación: la iglesia católica, la nueva plutocracia y el desprestigio de los regímenes revolucionarios; pero la medida de la escasa fuerza final que tendría, le da el hecho de que se alimenta mucho más de la tercera fuente que de las otras, a pesar de la tradicional generosidad nutricia de la iglesia católica para amamantar a todo partido retrógrado. Esto quiere decir que Acción Nacional se desplomaría al hacerse gobierno. ¿Tendría, llegado ese momento, algo más para vivir por sí misma y guiar al país? No cuenta ahora ni con principios ni con hombres y, en consecuencia, no podría improvisar ni los unos ni los otros. En sus ya largos años de

vida, su escasa e intermitente actividad se ha gastado en una labor de denuncia; pero poco o nada ha dicho sobre cómo organizaría las instituciones del país. Creo recordar que alguna vez sostuvo que la "base" de la educación era la familia, lo cual quiere decir muy poco o demasiado, más bien lo primero que lo segundo.

Y ¿quiénes son los hombres de Acción Nacional? No tienen ***sex-appeal*** para el pueblo mexicano: ninguno de sus dirigentes procede de él, ni siquiera del campo o de la aldea; antes bien, son de la clase media alta, y sus intereses y experiencias están confinados dentro de las paredes de la oficina o la penumbra de la iglesia; no conocen más aire libre que el vaho que despiden las calles asfaltadas de las grandes ciudades. Son los que el porfirismo llamaba personas decentes, lo cual quería decir, en la forma, una reminiscencia muy lejana del vestir inglés y, en el fondo, una mentalidad señoril. Y, de nuevo, mucho del valor que hoy parecen tener esos hombres de Acción Nacional se deriva del desprestigio de los hombres de la Revolución. La prensa y la iglesia han hecho de Manuel Gómez Morín, el jefe de Acción Nacional, casi un santo, y de Vicente Lombardo Toledano, la figura mayor del movimiento obrero, casi un villano; pero Manuel Gómez Morín sabe, como nadie en este mundo, que él no es superior a Lombardo ni moralmente. El hecho de que muchos jóvenes votaran en favor de la candidatura del doctor Mario Torroella para senador del Distrito Federal sólo puede tener la explicación de que votaban en contra de Fidel Velázquez, secretario de la Confederación de Trabajadores, pues carece de toda seriedad suponer que puede mirarse al primero objetivamente como mejor gobernante o legislador. Un mérito indudable tienen los hombres de Acción Nacional, y Manuel Gómez Morín, desde luego, antes que ninguno de ellos: fueron los primeros

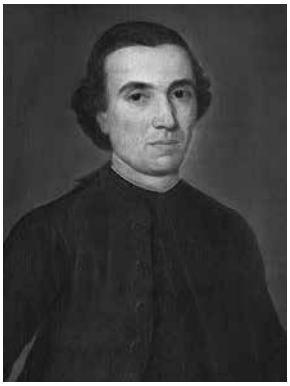
en sacudir la apatía política tan característica del mexicano; fueron los primeros en preocuparse como grupo de algunos problemas del país y en proponer a éstos soluciones distintas de las fórmulas oficiales; en fin, han sacrificado una parte de su bienestar (parte grande o pequeña) al enfrentarse como oposición al gobierno. Pero sus tareas son mucho mayores que sus méritos: representan y son instrumento no del catolicismo, sino de una jerarquía eclesiástica que no tiene superioridad moral alguna; representan, o le hacen el juego, a intereses plutocráticos bien deleznables. México puede y debe tener, en suma, una fundada desconfianza hacia un partido, hacia todo partido que no haya sabido forjar en el ayuno de la oposición un programa claro, ahora sí que de acción nacional, y que no dé la sensación reconfortante de que marcha hacia un nuevo día, y no hacia la noche, ya muerta y callada. Esa misma desconfianza, sólo que extremada, deberíamos tener hacia un partido militar, posibilidad que por desgracia no puede descartarse a la ligera. La mayoría de los gobernantes de la Revolución han sido militares, y, sin embargo, ningún mexicano sensato vio en ese hecho un inconveniente mayor, porque procedían del pueblo y no de una casta, y porque ellos mismos habían hecho la Revolución. Hoy no puede decirse lo mismo: por una parte, esos militares han pasado por un proceso de relajamiento semejante al que la Revolución ha sufrido; por otra, han desaparecido o han acabado por perder el poder. No conocemos bastante a quienes los han sustituido, más nada de extraño tendría que creyeran, como todo soldado profesional cree, que ellos representan el orden y la dignidad nacional. Mientras sean ellos los únicos que lo crean, menos mal; pero el peligro será grave si los civiles principian a compartir esa opinión. Entonces habrá orden, mucho orden; pero poca dignidad, nacional o personal.

¿Qué remedio puede tener, entonces, la crisis de México? Se dijo desde el principio que la crisis era grave. Por una parte, la causa de la Revolución ha dejado ya de inspirar la fe que toda carta de navegación da para mantenerse en su puesto al piloto; a eso debe añadirse que los hombres de la revolución han agotado su autoridad moral y política. Por otra parte, no es claro el fundamento en que podría fincarse la esperanza de que la redención venga de las derechas, por los intereses que representan, por su espíritu antipopular y su impreparación.

El único rayo de esperanza —bien pálido y dístate, por cierto— es que de la propia Revolución salga una reafirmación de principios y una depuración de hombres. Quizás no valga la pena especular sobre milagros; pero al menos me gustaría ser bien entendido: reafirmar quiere decir afirmar de nuevo, y depurar querría decir usar sólo de los hombres puros o limpios. Si no se reafirman los principios, sino que simplemente se los escamotea; si no se depuran los hombres, sino que simplemente se les adorna con ropitas domingueras o títulos... ¡de abogados!, entonces no habrá en México autorregeneración, y, en consecuencia, la regeneración vendrá de fuera y el país perderá mucho de su existencia nacional y a un plazo no muy largo.

México, noviembre de 1946.

Los antiguos mexicanos[48]



Francisco Javier Clavijero, pintura.

Francisco Javier Clavijero

Carácter y costumbres de los mexicanos

Las naciones que ocupaban estas tierras antes de los españoles, aunque muy diferentes entre sí en su lenguaje, y parte también en sus costumbres, eran casi de un mismo carácter. La constitución física y moral de los mexicanos, su genio y sus inclinaciones, eran las mismas de los acolhuas, de los tlaxcaltecas, de los tepanecas y de las demás naciones, sin otra diferencia que la que produce la diferente educación. Y así, lo que dijere de unos, quiero que se entienda de los demás. Varios autores así antiguos como modernos han emprendido el retrato de estas naciones; pero entre tantos no he hallado uno que sea exacto y en todo fiel. La pasión y los prejuicios en unos autores y la falta de conocimiento o de reflexión en otros, les han hecho emplear diversos colores de los que debieran. Lo que yo diré va fundado sobre un serio y prolijo estudio de su historia, y sobre el íntimo trato de los mexicanos por muchos años. Por otra parte, no reconozco en mí cosa

[48] Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México*, IV volúmenes, México, Editorial Porrúa, 1945, pp. Tomo I de la165 a la 172; tomo II de la 353 a la 366.

alguna que pueda preocuparme en favor o en contra de ellos. Ni la razón de compatriota inclina mi discernimiento en su favor, ni el amor de mi nación o el celo del honor de mis nacionales me empeña a condenarlos; y así diré franca y sinceramente lo bueno y lo malo que en ellos he reconocido. Son los mexicanos de estatura regular, de la cual se desvían más frecuentemente por exceso que por defecto; de buenas carnes y de una justa proporción en todos sus miembros; de frente angosta, de ojos negros y de una dentadura igual, firme, blanca y tersa; sus cabellos tupidos, gruesos y lisos; de poca barba y rala y de ningún pelo (por lo común) en aquellas partes del cuerpo que no recata el pudor. El color de su piel es ordinariamente castaño claro. No creo que se hallará nación alguna en que sean más raros los contrahechos. Un mexicano corcovado, un estevado, un bizco, se puede mirar como un fenómeno. Su color, su poca barba y sus gruesos cabellos, se equilibran de tal suerte con la regularidad y proporción de sus miembros, que tienen un justo medio entre la hermosura y la deformidad; su semblante ni atrae ni ofende; pero en las jóvenes del otro sexo se ven muchas blancas y de singular belleza, a la cual dan mayor realce la dulzura de su voz, la suavidad de su genio y la natural modestia de su semblante. Sus sentidos son muy vivos, especialmente el de la vista, la cual conservan entera aún en su decrepitud. Su complexión es sana y su salud robusta. Están libres de muchas enfermedades que son frecuentes en los españoles; pero en las epidemias, que suele haber de tiempo en tiempo, son ellos las principales víctimas; en ellos empiezan y en ellos acaban. Jamás se percibe de la boca de un mexicano aquel mal aliento que produce en otros la corrupción de los humores o la indigestión del alimento. Son de complexión flemática, pero su salivación es rara y muy escasas las

evacuaciones pituitosas de la cabeza. Encanecen y encalvecen más tarde que los españoles, y no son muy raros entre ellos los que arriban a la edad centenaria. De los demás casi todos mueren de enfermedad aguda. Son y han sido siempre muy sobrios en la comida; pero es vehemente su inclinación a los licores espirituosos. En otro tiempo la severidad de las leyes los contenían en su beber; hoy la abundancia de semejantes licores y la impunidad de la embriaguez los han puesto en tal estado, que la mitad de la nación no acaba el día en su juicio; y esta es sin duda la principal causa del estrago que hacen en ellos las enfermedades epidémicas; a lo cual se allega la miseria en que viven, más expuesto que otro alguno a recibir las malignas impresiones, y una vez recibidas, más destituidos de los me· dios para corregirlas. Sus almas son en lo radical como las de los demás hombres, y están dotados de las mismas facultades. Jamás han hecho menos honor a su razón los europeos que cuando dudaron de la racionalidad de los americanos. La policía que vieron los españoles en México, muy superior a la que hallaron los fenicios y cartagineses en nuestra España, y los romanos en las Galias y en la Gran Bretaña, debía bastar para que jamás se excitare semejante duda en un entendimiento humano, si no hubieran contribuido a promoverla ciertos intereses injuriosos a la humanidad. Sus entendimientos son capaces de todas las ciencias, como lo ha demostrado la experiencia. Entre los pocos mexicanos que se han dedicado al estudio de las letras, por estar el común de la nación empleado en los trabajos públicos y privados, hemos conocido hábiles geómetras, excelentes arquitectos, doctos teólogos y buenos filósofos y tan buenos (hablo de la Filosofía Arábiga que se enseñaba en nuestras escuelas), que en concurso de muchos hábiles criollos llevaron el primer lugar, de los cuales aún viven algunos que podría

nombrar. Muchos concediendo a· los mexicanos una gran habilidad para la imitación, se la niegan para la invención. Error vulgar que se ve desmentido en la historia antigua de la nación. Su voluntad es sensible a las pasiones, pero éstas no obran en sus almas con aquel ímpetu y furor que en otras. No se ven regularmente en los mexicanos aquellos transportes de ira, ni aquellos frenesíes del amor que son tan frecuentes en otras naciones. Son lentos en sus operaciones y de una flema imponderable en aquellas obras que necesitan de tiempo y de prolijidad. Son muy sufridos en las injurias y trabajos, y muy agradecidos a cualquier beneficio, cuando la continua experiencia de tantos males no les hace temer algún daño de la mano benéfica. Pero algunos poco reflexivos, confundiendo el sufrimiento con la indolencia y la desconfianza con la ingratitud, dicen ya como proverbio, que el indio ni siente agravio ni agradece beneficio. Esta habitual desconfianza en que viven, los induce frecuentemente a la mendacidad y a la perfidia, y generalmente hablando, la buena fe no ha tenido entre ellos toda la estimación que debiera. Son por su naturaleza serios, taciturnos y severos, y más celosos del castigo de los delitos, que del premio de las virtudes. El desinterés y la libertad son de los principales atributos de su carácter. El oro no tiene para ellos todos los atractivos que tiene para otros. Dan sin dificultad lo que adquieren con sumo trabajo. Su desinterés y su poco amor a los· españoles les hace rehusar el trabajo a que éstos los obligan, y esta es la decantada pereza de los americanos. Sin embargo, no ha y gente en aquel reino que trabaje más, ni cuyo trabajo sea más útil ni más necesario. El respeto de los hijos a los padres y de los jóvenes a los ancianos, es innato a la nación. Los padres aman demasiado a sus hijos; pero el amor del marido a la mujer es mucho menor que el de la mujer al marido. Es común (no

general) en los hombres, el inclinarse más a la mujer ajena que a la propia. El valor y la cobardía en diversos sentidos se alternan de tal suerte en sus ánimos, que es difícil el determinar cuál de los dos prevalezca. Se avanzan con intrepidez a todos los peligros que les amenazan de parte de las causas naturales; pero basta a intimidarlos el ceño de un español. Aquella estúpida indiferencia respecto de la muerte y de la eternidad, que algunos autores creen trascendental a todos los americanos, sólo se verifica en aquellos que por falta de instrucción no han formado idea del juicio de Dios. Su particular afecto a las prácticas exteriores de la religión, degenera fácilmente en superstición, como sucede a los idiotas de todas las naciones cristianas. Su pretendida adhesión a la idolatría, es una quimera forjada en la desarreglada imaginación de algunos ignorantes. Uno u otro ejemplo de algunos serranos no es bastante para infamar a todo el cuerpo de la nación. Finalmente, en la composición del carácter de los mexicanos, como en la del carácter de las demás naciones, entra lo malo y lo bueno, pero lo malo podría en la mayor parte corregirse con la educación, como lo ha mostrado la experiencia. Difícilmente se hallará juventud más dócil para la instrucción, como no se ha visto jamás mayor docilidad que la de sus antepasados a la luz del Evangelio. Por lo, demás no puede dudarse que los mexicanos presentes no son en todo semejantes a los antiguos, como no son semejantes los griegos modernos a los que existieron en tiempos de Platón y de Pericles. La constitución política y religión de un Estado, tiene demasiado influjo en los ánimos de una nación. En las almas de los antiguos mexicanos había más fuego, y hacían mayor impresión las ideas de honor. Eran más intrépidos, más ágiles, más industriosos y más activos, pero más supersticiosos y más inhumanos.

Alimentos de los mexicanos

Es de admirar que los mexicanos no estuviesen sujetos a muchas enfermedades, considerada la calidad de sus alimentos. En esta materia tuvieron cosas muy particulares; porque habiendo vivido por tantos años aislados en el lago, los obligó su miseria a alimentarse de cuanto se criaba en aquellas aguas. En este tiempo de calamidad aprendieron a comer no solamente raíces de varias plantas palustres, las sierpes acuátiles de que hay una abundancia excesiva, el ***ajolote,*** el ***atetepitz,*** el ***ahuihuida,*** el ***atopinan*** y otras semejantes sabandijas del agua, sino también hormigas, moscas palustres y huevos de las mismas moscas. De estas que llaman ***azayacatl*** pescaban tantas, que tenían para comer, para sustentar varias especies de aves y para vender en el mercado, molíanlas y reducían aquella masa a pelotas, que envueltas en hojas de maíz cocían en agua con nitro. Algunos autores que las probaron dicen que no tenían mal gusto. De los innumerables huevecillos que deponen estos insectos en el junto del lago, sacaban, como ya insinuamos en otro lugar, aquella hueva que llaman ***ahuauhtli.*** Comían no solamente de las cosas vivientes, sino aun de cierta substancia limosa que sobrenada en el lago, la cual recogían, secaban un poco al sol y hacían de ellas unas tortas que volvían a secar y guardaban para que les sirviese de queso, cuyo sabor remeda. Daban a esta substancia el nombre de ***tecuitlatl.***

Acostumbrados a estos y semejantes alimentos los mexicanos no los desecharon aún en la época de su mayor abundancia, :y así se veían en todo tiempo llenos los mercados de mil especies de sabandijas crudas, guisadas, fritas o tostadas, que vendían especialmente para sustento de los pobres. Sin embargo, luego que con el comercio

del pescado comenzaron a adquirir mejores comestibles y a cultivar con su industria las sementeras nadantes en la laguna, ya se daban mejor trato y en sus convites no se echaba de menos la abundancia, variedad y buen gusto de los manjares, de lo cual fueron buenos testigos los conquistadores. Entre sus comestibles tenía el principal lugar el maíz, que ellos llamaban ***tlaolli,*** semilla que la Providencia dio a aquella parte del mundo en vez del trigo de la Europa y del arroz de Asia, con algunas considerables ventajas sobre una y otra semilla; porque además de su mayor multiplicación, que es notable, se aviene a cualquier clima, no necesita de tanto cultivo ni es tan delicada, ni exige como el arroz un terreno húmedo y poco favorable a la salud de los cultivadores. Por otra parte no cede al trigo ni al arroz en el gusto, ni en la bondad y fortaleza del nutrimento. Tenían, como ya dijimos, muchas especies de esta semilla, diferentes en la magnitud, en el color y en la calidad. Del maíz hacían su pan, distinto en todo al pan de la Europa. Cocían el grano en agua con cal; ya blando lo frotaban entre las manos para quitarle el hollejo; después lo molían en el metate; tomaban un poco de aquella pasta y amasándola con golpes recíprocos en ambas palmas, formaban una tortilla orbicular y le daban el último cocimiento en el comal. El diámetro de las tortillas era regularmente de unos 8 dedos y su grosor de más de una línea; pero las hacían también más pequeñas y más delgadas, y para los señores las formaban tan sutiles como nuestro papel. Solían mezclar al maíz algunas otras cosas o para la salud o para las delicias. Para la gente principal solía hacerse el pan de maíz colorado amasado con la hermosísima flor del lino y algunas otras hierbas medicinales para templar el calor del estómago.

Este pan es el que usaron los mexicanos y demás naciones de aquel vasto imperio en tiempo de su gentilidad, y que constantemente han usado hasta el día presente, desechando por él el mejor pan de trigo. La fábrica del pan (como de toda su comida) ha sido en todo tiempo en aquellas naciones empleo propio de las mujeres. Ellas eran las que lo fabricaban para sus familias y las que lo vendían en los mercados. No solamente les servía el maíz para pan, sino también para innumerablen manjares y bebidas en diferentes mezclas y preparaciones. El ***atolli*** (los españoles lo llaman atole) son unas gachas hechas de la masa del maíz cocido, bien molido, deshecho en agua y colado; ponen al fuego el caldo filtrado por el cedazo y allí le dan nuevo cocimiento hasta que adquiere la densidad conveniente. Al paladar de los españoles son insípidas; pero reconocen su utilidad y las ministran comúnmente por alimento a sus enfermos. A los indios son tan gustosas, que no pueden pasar sin ellas; este era antiguamente y es hasta hoy su desayuno, y con él toleran las duras fatigas de la agricultura y de todos los empleos serviles en que se ejercitan. El Dr. Hernández distingue 17 especies de atole que usaban los mexicanos, diferentes en el modo con que se preparaban y en el condimento que se les añadía. Después del maíz las semillas más usadas entre los mexicanos, eran el cacao, la chía y los frijoles o judías.

Del cacao hacían varias bebidas que les eran muy familiares y entre otras la que llamaban ***chocolatl.*** Molían igual porción de cacao y de granos de ***pochotl,*** echábanla en un jarrillo con una cantidad proporcionada de agua y la revolvían y agitaban con un molinillo de palo; separaban luego en otro vaso la parte más oleosa que sobrenadaba, y a lo restante de la bebida mezclaban un puñado de masa de maíz cocido; cocíanla al fuego hasta cierto punto y después

le mezclaban la parte oleosa que le habían separado y esperaban a que se entibiase para tomarla. Este es el origen de la célebre bebida del chocolate que juntamente con su nombre mexicano han adoptado las naciones cultas de la Europa, aunque alterando el nombre y mejorando la misma confección según el gusto y la lengua de cada pueblo. Solían los mexicanos así a su chocolate como a otras bebidas que hacían del cacao, mezclarle, o por darle mayor gusto, o por hacerlas más saludables, el ***tlilxochitl,*** o vainilla, la flor de ***xochicanaztli*** y el fruto de ***arochid*** y a veces también por endulzarla le añadían miel como nosotros mezclamos el azúcar.

De la semilla de la chía hacían una bebida muy refrigerante, que hasta hoy es comunísima en aquel reino y de ella y del maíz hacían el ***chiantzotzolatolli,*** que era una excelente bebida muy usada en la antigüedad, especialmente en tiempo de guerra. El soldado que llevaba consigo un saquillo de harina de maíz y de chía, se creía abundantemente provisto de víveres; en llegando la ocasión cocía en agua la cantidad que le parecía, añadiéndole un poco de miel de maguey y con esta bebida deliciosa y nutritiva (como la llama el Dr. Hernández) toleraban los ardores del sol y las fatigas de la guerra.

De la carne usaban poco los mexicanos; pero en ocasión de algún banquete y diariamente en las casas de los señores se guisaban varias especies de animales, como el ***techichi,*** que cebaban como hacemos nosotros con los puercos, el ciervo, el conejo, la liebre, el ***coyametl,*** o pecar, la tuza, el armadillo y otras muchas especies de animales de la tierra, del agua y del aire; pero los más comunes eran el pavo y las codornices. De las frutas de la tierra, las más usuales eran el mamey, el zapote negro, el zapote blanco, el chicozapote, la anana o piña, la chirimoya, el ahuacate, la anona, la pitahaya suplían

ventajosamente por las peras, manzanas, duraznos y demás frutas que les faltaban. Pero entre tanta abundancia de víveres carecían los mexicanos de la leche y la manteca, por faltarles las vacas, las ovejas, los cabras y los puercos. De huevos no sabemos que comieran otros que los de los pavos y de iguanas cuya carne también comían y comen hasta ahora. El condimento común de sus manjares además de la sal eran el pimiento y el tomate, que se han hecho comunísimos aun en la comida de los españoles.

Su vino

Usaban varias especies de vino o bebida equivalente que hacían del maguey, de la palma, de las cañas del maíz y del maíz mismo que es el que llaman en otras partes chicha, del cual hacen mención muchos historiadores de América por ser el más general del Nuevo Mundo. El modo de hacer el vino de maguey que era el más usual entre los mexicanos y es sin disputa el mejor de todos, era el siguiente: cuando llegaba el maguey común a cierta edad le castraban los pimpollos u hojas más tiernas del centro hasta descubrir cierta cavidad formada en la parte más interior y gruesa de dichas hojas; raíanles la superficie interior, y extraían con un cañuto o calabazo largo y estrecho el jugo que destilaban las hojas en la cavidad, que es muy líquido y dulce, y destila en tanta copia que de una buena planta sacaban en 6 meses hasta 20 arrobas, y en todo el tiempo de su fecundidad hasta 50 según testifica el Dr. Hernández. Extraían el jugo aplicando la boca a una de las extremidades del cañuto y atrayendo el aire en el contenido, y con el aire el jugo, como se hace con la bomba; recibían el jugo en una

vasija y lo guardaban hasta que fermentara, que venía a ser en menos de 24 horas.

Para abreviar la fermentación y darle mayor fortaleza, le mezclaban cierta hierba a la cual por ese destino llamaban ***ocpatli*** (medicina del vino). El color de este vino es blanco y el gusto algo áspero; tiene competente fortaleza y embriaga, pero no tanto como el vino de uva. Por lo demás no puede negarse que es una bebida muy sana y por muchos títulos apreciable; porque es un excelente diurético y un remedio eficaz contra la diarrea tomado como se debe. El consumo de esta bebida es increíble y muy considerable la utilidad del real erario y de los que tienen plantíos de magueyes en sus heredades. Los derechos del rey por la entrada solamente del pulque que se consume en la capital, suben anualmente a 300,000 pesos fuertes, pagando un real mexicano por cada arroba. El año de 1774 entraron en aquella capital 2.214.294 arrobas y media, sin contar lo que entró de contrabando y lo que vendieron en la plaza mayor los indios exentos.

Vestido y calzado

No eran los mexicanos en sus trajes como en sus alimentos, nada superfluos. Su vestido común y ordinario era muy sencillo; reducíase en los hombres al ***maxtlatl*** y al ***tilmatli*** y en las mujeres al ***cueitl*** y al ***huepilli.*** El ***maxtlatl*** eran unos pañetes con que se ceñían la cintura, dejando colgado un cabo por delante y otro por detrás para reparo de la honestidad. Algunos se contentaban con cubrirse la parte anterior con un lienzo cuadrado que se ataba en la cintura en forma de delantal y les llegaba hasta cerca de las rodillas. El ***tilmatli*** o palio mexicano era un

lienzo cuadrado de 5 ó 6 pulgadas castellanos; anudaban dos puntas del lienzo sobre el pecho o sobre uno de los hombros. El ***cueitl*** era otro lienzo o faldellín con que se envolvían las mujeres desde la cintura hasta más debajo de las rodillas. El ***huepilli*** era una camisa sin mangas propia de las mujeres.

El vestido de los pobres era de hilo de maguey o de palma silvestre, y cuando mucho de tela basta de algodón; pero el de la gente acomodada era de tela fina de algodón puro, de varios colores y con varias figuras de animales o flores, o de algodón entretejido de pluma hermosa o de pelo de conejo, y adornado de algunas piececillas de oro y de vistosos flecos, especialmente en los pañetes. Los hombres llevaban dos o tres palios y las mujeres 3 ó 4 camisas y otros tantos faldellines de los cuales se ponían debajo los más largos para que de todos se dejase ver alguna parte; y sobre el ***huepilli*** se ponían una especie de camisón semejante a la sobrepelliz o cota de los eclesiásticos de la Italia, pero más ancho. Los señores añadían en el invierno a los demás vestidos una almilla de algodón entretejida de pluma o de pelo de conejo. El calzado de los mexicanos no constaba sino de una suela tejida por lo común de hilo grueso de maguey que afianzaban con correas o cordones de suerte que ·no quedaba cubierta y defendida más que la planta del pie. Usaban algunas suelas de gamuza o de otra pieles curtidas. Los reyes y señores adornaban su calzado de oro y pedrería y los cordones eran de hilo de oro.

Ornatos de su cuerpo

Todos los mexicanos traían el cabello largo y tenían por grave ignominia el que se lo cortasen, si no era a las vírgenes que se dedicaban al

servicio del templo. Las mujeres lo traían suelto sobre las espaldas y los hombres atado en diferentes maneras; pero ni unos ni otros acostumbraban cubrirse la cabeza, sino en algunos lugares distantes de la capital, en que las mujeres llevaban un pañuelo o lienzo de color leonado. Pero, aunque no se cubrían la cabeza, la adornaban los hombres en ocasión de danza o de guerra con vistosos plumajes. Apenas se hallará nación en el mundo que con tanta sencillez en el vestido juntase tanta vanidad y lujo en el adorno de sus cuerpos. Además de las plumas y joyas con que adornaban su vestido, usaban arracadas en las orejas, pendientes en el labio inferior y algunos también en su nariz; gargantillas, collares, pulseras, brazaletes y aún cierta especie de anillos en sus piernas. Los zarcillos y pendientes de la gente pobre eran de conchuelas, de cristal, de ámbar o de alguna especie de piedra reluciente de poco valor; pero los ricos los traían de perlas, de esmeraldas, de amatistas o de otras piedras preciosas engastadas en oro.

Muebles y empleos domésticos

No eran correspondientes a esta vanidad sus muebles y utensilios. Su cama se reducía a una o dos esteras de enea; los ricos añadían esteras finas de palma y lienzo de algodón más o menos curiosos, y los señores telas entretejidas de pluma. La almohada de los pobres era una piedra o un madero y la de las personas distinguidas sería verosímilmente de algodón. El común de la gente se cubría con su ***tilmatli*** o palio, y los ricos y nobles con colchas de algodón o de pluma. No usaban mesas; comían en esteras que tendían sobre la tierra. Servíanse de manteles, de platos, de escudillas y de ollas, cazuelas y lebrillos de buen barro

y de varias hechuras, pero no de tenedores o cucharas; sus asientos eran unos taburetes bajos de madera de enea o palma, o de cierta especie de cañas: a las cuales llamaban ***icpalli.***

En ninguna casa faltaba el ***metlatl*** ni el ***comalli.*** El metlatl o metate como le llaman los españoles, que era el mortero de los mexicanos, era una piedra cuadrilonga, de unas 3 palmas de largo y unas 2 de ancho, arqueada y con 3 pies, 2 en la parte anterior y otro más alto en la parte posterior para darle la inclinación conveniente. La mano de este mortero era otra piedra poco más larga que el ancho del mortero, gruesa por en medio como unas 3 pulgadas y delgada por uno y otro cabo para mayor comodidad de la molendera. Poníase ésta de rodillas, arrimaba a sus muslos el mortero por la parte más elevada y tomando con ambas manos por las dos extremidades la mano de piedra o ***metlapilli*** como ellos la llaman, la ha jaba y subía con fuerza sobre el maíz o cacao. Es hasta hoy muy usado este mortero en toda la Nueva España, de donde pasó a la antigua y a otros reinos de la Europa. En la Italia donde lo adoptaron para moler el chocolate, lo hacen de mármol con varias líneas transversales elevadas sobre la superficie de la piedra para quebrantar más fácilmente el cacao. En México se hace comúnmente de una piedra muy dura de que abundan los montes que hay entre el valle de Atlixco y el volcán Popocatépetl, y se contentan con picarla como se suele hacer con las losas que se emplean en nuestras escaleras.

El ***comalli*** o comal, como dicen los españoles, es (porque hasta el tiempo presente es muy usado para cocer las tortillas de maíz) una tortera redonda de barro de la figura de nuestras patenas, de un dedo de grueso y de más de dos palmos de diámetro. Los vasos en que bebían los mexicanos eran hechos de ciertos calabazos, que se dan en

tierras cálidas en árboles de mediana corpulencia. Unos son grandes y perfectamente redondos que llaman ***xicalli*** y otros menores de figura cilíndrica a los cuales dan el nombre de ***tecomatl.*** Unos y otros son muy sólidos y pesados; su corteza es dura, leñosa y de un verde obscuro, y su núcleo es algo semejante al de las calabazas comunes. El ***xicalli*** tiene de diámetro como un palmo castellano, y el ***tecomatl*** poco menos de largo y como 4 dedos de grueso cada calabazo partido por medio les daba dos vasos ; vaciábanles toda la substancia interior y les daban con tierras minerales un barniz permanente, de agradable olor y de varios colores, en especial de un bellísimo encarnado. Al presente los platean y doran curiosamente. Usaban también de buenos búcaros de barros que trabajaban en Cholula y en Quauhtitlan.

No usaban los mexicanos candeleros en sus casas, ni candelas de cera o de sebo, ni se servían del. aceite para alumbrarse; pues aunque sacaban mucha cera de las colmenas, o no quisieron o no supieron percibir de ella el beneficio de la luz. En las tierras marítimas solían alumbrarse con los cucuyos o escarabajos luminosos y en lo restante del reino con teas, que aunque daban mucha luz y buen olor, ahumaban necesariamente la habitación. Uno de los usos de Europa que más celebraron en la llegada de los españoles, fue el de las candelas; pero a la verdad poca necesidad tenían aquellas gentes de las candelas, consagrando ·al descanso casi todas las horas de la noche, después de haber empleado en el traba jo todas las del día. Los hombres trabajaban en sus respectivos oficios y las mujeres en coser, tejer y labrar, en hacer pan, en preparar la comida y en asear la casa. Unos y otras hacían diariamente oración a sus dioses y les ofrecían copal; por lo cual no había casa que no hubiese, como dijimos en otro lugar, sus idolillos y su incensario o braserillo. Estos braserillos eran

de barro pintado y casi de la figura de nuestros copones. Sacaban el fuego con la violenta confricación de dos leños a imitación de los antiguos pastores de la Europa. Los mexicanos se valían comúnmente del leño del ***achiote;*** pero el caballero Boturini afirma que también se servían para este efecto del pedernal.

Acostumbraban los mexicanos tomar su desayuno después de algunas horas de trabajo, y era regularmente de atole o gachas de maíz; hacían su comida después del mediodía; pero no cenaban; a lo menos no hallo historiador alguno que haga mención de su cena. Comían muy poco, pero bebían mucho en varias horas del día, ya vino de maguey o de maíz, ya la chía, ya el cacao, o cuando no había otra cosa, el agua natural.

Oración Cívica[49]

"Gabino Barreda", retrato.

Gabino Barreda

Dans les douloureuses collisions nous prépare nécessairement l'anarchie actuelle, les philosophes qui les auront prévues, seront déjà préparés à y faire convenablement ressortir les grandes leçons sociales qu'elles doivent offrir à tous.

A. Comte, ***Cours de Philosophie Positive.*** T. VI. 622.

Conciudadanos: En presencia de la crisis revolucionaria que sacude al país entero desde la memorable proclamación del 16 de septiembre de 1810; a la vista de la inmensa conflagración producida por una chispa, al parecer insignificante, lanzada por un anciano sexagenario en el obscuro pueblo de Dolores; al considerar que después de haberse conseguido el que parecía fin único de ese fuego de renovación que cundió por todas partes, quiero decir, la separación de México de la Metrópoli Española, el incendio ha consumido todavía dos generaciones enteras y aún humea después

[49] Leída en Guanajuato el 16 de septiembre del año de 1867. *Vid.* Gabino Barreda, *Estudios*, Universidad Nacional Autónoma de México, Biblioteca del Estudiante Universitario, Núm. 26, México, 3ª ed., 1992, pp. 65-104.

de cincuenta y siete años, un deber sagrado y apremiante surge para todo aquel que no vea en la historia un conjunto de hechos incoherentes y estrambóticos, propios sólo para preocupar a los novelistas y a los curiosos; una necesidad se hace sentir por todas partes, para todos aquellos que no quieren, que no pueden dejar la historia entregada al capricho de influencias providenciales, ni al azar de fortuitos accidentes, sino que trabajan por ver en ella una ciencia, más difícil sin duda, pero sujeta, como las demás, a leyes que la dominan y que hacen posible la previsión de los hechos por venir, y la explicación de los que ya han pasado. Este deber y esta necesidad, es la de hallar el hilo que pueda servirnos de guía y permitirnos recorrer, sin peligro de extraviarnos, este intricado dédalo de luchas y de resistencias, de avances y de retrogradaciones, que se han sucedido sin tregua en este terrible pero fecundo período de nuestra vida nacional: es la de presentar esta serie de hechos, al parecer extraños y excepcionales, como un conjunto compacto y homogéneo, como el desarrollo necesario y fatal de un programa latente, si puedo expresarme así, que nadie había formulado con precisión pero que el buen sentido popular había sabido adivinar con su perspicacia y natural empirismo; es la de hacer ver que durante todo el tiempo en que parecía que navegábamos sin brújula y sin norte, el partido progresista, al través de mil escollos y de inmensas y obstinadas resistencias, ha caminado siempre en buen rumbo, hasta lograr después de la más dolorosa y la más fecunda de nuestras luchas, el grandioso resultado que hoy palpamos, admirados y sorprendidos casi de nuestra propia obra: es, en fin, la de sacar, conforme al consejo de Comte, las grandes lecciones sociales que deben ofrecer a todos esas dolorosas colisiones que la anarquía, que reina actualmente en los espíritus y en las ideas, provoca por todas partes, y que no puede

cesar hasta que una doctrina verdaderamente universal reúna todas las inteligencias en una síntesis común.

El orador a quien se ha impuesto el honroso deber de dirigiros la palabra en esta solemne ocasión, siente, como el que más, el vehemente deseo de examinar, con ese espíritu y bajo ese aspecto, el terrible período que acabamos de recorrer, y que políticos mezquinos o de mala fe, pretenden arrojarnos al rostro como un cieno infamante para mancillar así nuestro espíritu y nuestro corazón, nuestra inteligencia y nuestra moralidad, presentándolo maliciosamente como una triste excepción en la evolución progresiva de la humanidad; pero que, examinado a la luz de la razón y de la filosofía, vendrá a presentarse como un inmenso drama, cuyo desenlace será la sublime apoteosis de los gigantes de 1810, y de la continuada falange de héroes que se han sucedido, desde Hidalgo y Morelos, hasta Guerrero e Iturbide; desde Zaragoza y Ocampo, hasta Salazar y Arteaga, y desde éstos hasta los vencedores de la hiena de Tacubaya y del aventurero de Miramar.

En la rápida mirada retrospectiva que el deseo de cumplir con ese sagrado deber nos obliga a echar sobre los acontecimientos del pasado, habrá que tocar no sólo aquellos que directamente atañen a los sucesos políticos, sino también, aunque muy someramente, otros hechos que a primera vista pudieran parecer extraños a este sitio y a esta festividad. Pero en el dominio de la inteligencia y en el campo de la verdadera filosofía, nada es heterogéneo y todo es solidario. Y tan imposible es hoy que la política marche sin apoyarse en la ciencia como que la ciencia deje de comprender en su dominio a la política.

Después de tres siglos de pacífica dominación, y de un sistema perfectamente combinado para prolongar sin término una situación que por todas partes se procuraba mantener estacionaria, haciendo

que la educación, las creencias religiosas, la política y la administración convergiesen hacia un mismo fin bien determinado y bien claro, la prolongación indefinida de una dominación y de una explotación continua; cuando todo se tenía dispuesto de manera que no pudiese penetrar de afuera, ni aun germinar espontáneamente dentro de ninguna idea nueva, si antes no había pasado por el tamiz formado por la estrecha malla del clero secular y regular, tendida diestramente por toda la superficie del país y enteramente consagrado al servicio de la Metrópoli, de donde en su mayor parte había salido y a la que lo ligaba íntimamente el cebo de cuantiosos intereses y de inmunidades y privilegios de suma importancia, que lo elevaban muy alto sobre el resto de la población, principalmente criolla; cuando ese clero armado a la vez con los rayos del cielo y las penas de la tierra, jefe supremo de la educación universal, parecía tener cogidas todas las avenidas para no dejar penetrar al enemigo, y en su mano todos los medios de exterminarlo si acaso llegaba a asomar; después de tres siglos, repito, de una situación semejante, imposible parece que súbitamente, y a la voz de un párroco obscuro y sin fortuna, ese pueblo, antes sumiso y aletargado, se hubiese levantado como movido por un resorte, y sin organización y sin armas, sin vestidos y sin recursos, se hubiese puesto frente a frente de un ejército valiente y disciplinado, arrancándole la victoria sin más táctica que la de presentar su pecho desnudo al plomo y al acero de sus terribles adversarios, que antes lo dominaban con la mirada.

Si tan importante acontecimiento no hubiese sido preparado de antemano por un concurso de influencias lentas y sordas, pero reales y poderosas, él sería inexplicable de todo punto, y no sería ya un hecho histórico sino un romance fabuloso; no hubiera sido una

heroicidad sino un milagro el haberlo llevado a cabo, y como tal estaría fuera de nuestro punto de vista, que conforme a los preceptos de la verdadera ciencia filosófica, cuya mira es siempre la previsión, tiene que hacer a un lado toda influencia sobrenatural, porque no estando sujeta a leyes invariables no puede ser objeto ni fundamento de explicación ni previsión racional alguna.

¿Cuáles fueron, pues, esas influencias insensibles cuya acción acumulada por el transcurso del tiempo, pudo en un momento oportuno luchar primero, y más tarde salir vencedora de resistencias que parecían incontrastables? Todas ellas pueden reducirse a una sola —pero formidable y decisiva— la emancipación mental, caracterizada por la gradual decadencia de las doctrinas antiguas, y su progresiva substitución por las modernas; decadencia y substitución que, marchando sin cesar y de continuo, acaban por producir una completa transformación antes que hayan podido siquiera notarse sus avances.

Emancipación científica, emancipación religiosa, emancipación política: he aquí el triple venero de ese poderoso torrente que ha ido creciendo de día en día, y aumentando su fuerza a medida que iba tropezando con las resistencias que se le oponían; resistencias que alguna vez lograron atajarlo por cierto tiempo, pero que siempre acabaron por ser arrolladas por todas partes, sin lograr otra cosa que prolongar el malestar y aumentar los estragos inherentes a una destrucción tan indispensable como inevitable.

En efecto, ¿cómo impedir que la luz que emanaba de las ciencias inferiores penetrase a su vez en las ciencias superiores? ¿Cómo lograr que los mismos para quienes los más sorprendentes fenómenos astronómicos quedaban explicados como una ley de la naturaleza, es decir, con la enunciación de un hecho general, que él mismo no

es otra cosa que una propiedad inseparable de la materia, pudiese no tratar de introducir este mismo espíritu de explicaciones positivas en las demás ciencias, y por consiguiente en la política? ¿Cómo los encargados de la educación pueden, todavía hoy, llegar a creer que los que han visto encadenar el rayo, que fue por tantos siglos el arma predilecta de los dioses, haciéndolo bajar humilde e impotente al encuentro de una punta metálica elevada en la atmósfera, no hayan de buscar con avidez otros triunfos semejantes en los demás ramos del saber humano? ¿Cómo pudieron no ver que a medida que las explicaciones sobrenaturales iban siendo substituidas por leyes naturales, y la intervención humana creciendo en proporción en todas las ciencias, la ciencia de la política iría también emancipándose, cada vez más y más, de la teología? Si el clero hubiera podido ver en aquel tiempo, con la claridad que hoy percibimos nosotros, la funesta brecha que esas investigaciones científicas al parecer tan indiferentes e inofensivas iban abriendo en el complicado edificio que a tanta costa había logrado levantar, y que con tanto empeño procuraba conservar; si él hubiera llegado a comprender la íntima y necesaria relación que liga entre sí todos los progresos de la inteligencia humana, y que haciéndolos todos solidarios no permite que por una parte se avance y por otra se retroceda, o siquiera se permanezca estacionario, sino que comunicando el impulso a todas partes, hace que todas marchen a la vez, aunque con desigual velocidad según el grado de complicación de los conocimientos correspondientes; si él hubiera reflexionado que, estando comunicados entre sí todos los diversos departamentos del grandioso palacio del alma, la luz que se introdujese en cualquiera de ellos debía necesariamente irradiar a los demás y hacer poco a poco percibir, cada vez menos confusamente,

verdades inesperadas que una impenetrable oscuridad podía sólo mantener ocultas, pero que una vez vislumbradas por algunos, irían cautivando las miradas de la multitud, a medida que nuevas luces, suscitadas por las primeras, fueran apareciendo por diversos puntos, se habría apresurado sin duda a matar esas luces dondequiera que pudieran presentarse y por inconexas que pudiesen parecer con la doctrina que se deseaba salvar. Pero este plan que, concebido sistemáticamente por las antiguas teocracias hubiera hecho justificable la ilusión de un resultado, si no permanente al menos inmensamente prolongado, no era ni racional ni disculpable en los tiempos ni en las circunstancias en que España se apoderó del Continente de Colón. En esa época, los principales gérmenes de la renovación moderna estaban en plena efervescencia en el antiguo mundo y era preciso que los conquistadores, impregnados ya de ellas, los inoculasen, aun a su pesar, en la nueva población que de la mezcla de ambas razas iba a resultar. Por otra parte, era imposible que, en continua relación con la Metrópoli, México y toda la América española no percibiese, aunque confusamente, el fuego de emancipación que ardía por todas partes, y de que en lo político España misma había dado el noble ejemplo lanzando de su seno a los moros que, siete siglos antes y en mejores circunstancias, habían intentado hacer en la península lo que ella, a su vez, se propuso en América.

La triple evolución científica, política y religiosa que debía dar por resultado la terrible crisis por que atravesamos, puede decirse, no ya que era inminente, sino que estaba efectuada en aquella época y el clero católico que, nacido él mismo de la discusión, se había propuesto después sofocarla, había visto a sus expensas lo irrealizable de sus pretensiones, pues por una dichosa fatalidad, el irresistible

atractivo de lo cierto y de lo útil, de lo bueno y de lo bello, sedujo a su pesar a los mismos a quienes su propio interés aconsejaba desecharlo y, semejantes al Cerbero de la fábula, se dejaron adormecer por el encanto de las nuevas ideas y dejaron penetrar en el recinto vedado al enemigo que debieran ahuyentar.

Ahora bien, una vez dado el primer paso, lo demás debía efectuarse por sí solo y todas las resistencias que se quisieran acumular, podrían alguna vez retardar y enmascarar el resultado final; pero éste fue fatal e inevitable. La ciencia, progresando y creciendo como un débil niño, debía primero ensayar y acrecentar sus fuerzas en los caminos llanos y sin obstáculos, hasta que poco a poco y a medida que ellas iban aumentando, fuese sucesivamente entrando en combate con las preocupaciones y con la superstición, de las que al fin debía salir triunfante y victoriosa después de una lucha terrible, pero decisiva.

Por su parte, la superstición, que tal vez sentía su debilidad, evitaba encontrarse con su adversario, y cediendo palmo a palmo el terreno que no podía defender aparentaba no comprender, o de hecho no comprendía que esa retirada continua era también una continua derrota. Sólo de tiempo en tiempo y cuando la colisión era evidente, se paraba a combatir con la furia del despecho y la tenacidad de la desesperación. Yo no referiré todas esas luchas que son ajenas de este lugar y de esta ocasión; yo no me pararé siquiera a mencionar aquí las principales fases de ese gran conflicto, que son también las fases de la historia de la humanidad, porque esto me llevaría muy lejos. Yo no diré tampoco cómo la ciencia ha logrado, en fin, abrazar a la política y sujetarla a leyes, ni cómo la moral y la religión han llegado a ser de

su dominio. El campo es vasto y la materia fecunda y tentadora; mas la ocasión no es favorable y apenas se presta a mencionar el hecho.

Pero no puedo menos de recordar, en pocas palabras, la famosa condenación de Galileo hecha por la Iglesia católica que, fundada en un pasaje revelado, declaró herética e inadmisible la doctrina del movimiento de la tierra. Aquí el texto era claro y terminante, el libro de donde se sacaba no podía ser más reverenciado; por otra parte, la doctrina que se les oponía no estaba realmente apoyada en ninguna prueba irrecusable, sino que era hasta entonces una simple hipótesis científica, con la cual la explicación de los fenómenos celestes adquiría una notable sencillez; Galileo no había hecho otra cosa que prohijarla y allanar algunas dificultades de mecánica, que se habían opuesto hasta entonces a su generalización; pero lo repito, ninguna prueba positiva podía darse hasta entonces de la realidad del doble movimiento que se atribuía a la tierra; la primera prueba matemática de este importante hecho no debía venir sino un siglo después, con el fenómeno de la aberración descubierta por Bradley. Y sin embargo, era ya tal el espíritu antiteológico que reinaba en tiempo de Galileo, que bastó que la hipótesis condenada explicase satisfactoriamente los hechos a que se refería y que no chocase, como en los principios se había creído, con las leyes de la física o de la mecánica, para que ella hubiese sido bien pronto universalmente admitida, a despecho del Concilio, del Texto y de la Inquisición. Más aún: el Texto mismo tuvo por fin que plegarse a sufrir una torsión, hasta ponerse él de acuerdo con la ciencia, o por lo menos, hacer cesar la evidente contradicción de que primero se había hecho justo mérito.

Es inútil insistir aquí sobre la importancia de este espléndido triunfo del espíritu de demostración sobre el espíritu de autoridad;

baste saber que desde entonces los papeles se trocaron, y el que antes imperaba sin contradicción y decidía sin réplica, marcha hoy detrás de su rival, recogiendo con una avidez que indica su pobreza, la menor coincidencia que aparece entre ambas doctrinas, sin esperar siquiera a que estén demostradas, para servirse de ella como un pedestal sobre el cual se complace en apoyar su bamboleante edificio. Pero lo que sí hace a mi propósito y debo, por lo mismo, hacer notar en este punto, es que tal era el estado de la emancipación científica en Europa cuando la corporación que se encargó aquí de la Instrucción pública por orden del gobierno de España, acometió la titánica empresa de parar el curso de este torrente que sus predecesores no habían podido contener, porque de este loco empeño debía resultar más tarde el cataclismo que, con más cordura, hubiera podido evitarse.

No sólo en sus relaciones con la ciencia, propiamente dicha, fue como los conquistadores trajeron una doctrina en decadencia incapaz de fundar, de otro modo que no fuera por la fuerza y la opresión, un gobierno estable y respetado; también entre los que habían pertenecido al propio campo había estallado la división. El famoso cisma que bien pronto dividió la Europa en dos partes irreconciliables, y que haciendo cesar la unidad y la veneración hacia los superiores espirituales, echó por tierra la obra que, fundada por San Pablo, se había elaborado lentamente en la edad media; este cisma, cuya bandera fue la del derecho del libre examen, nació precisamente en el tiempo en que los conquistadores marchaban a apoderarse de su presa. Y si bien la España había, en apariencia, quedado libre del contagio, lo cierto es que el verdadero veneno se había inoculado de tiempo atrás en todos los cerebros y de hecho, todos los llamados católicos, eran ya, y cada día se hicieron más y más protestantes, porque todos, a

su vez, apelaban a su razón particular, como árbitro supremo en las cuestiones más trascendentales y se erigían en jueces competentes, en las mismas materias que antes no se hubieran atrevido a tocar. Ahora bien, nada es más contrario al verdadero espíritu católico, que esa supremacía de la razón sobre la autoridad, y nada por lo mismo puede indicar mejor su decadencia, que esa lucha en que se le obligaba a entrar, en la cual tenía que sostener con la razón o con la fuerza, lo que sólo hubiera debido apoyar con la fe. Los famosos tratados de los ***regalistas*** en que España abunda, no eran de hecho otra cosa que una enérgica y continua protesta contra la autoridad del Papa. Y el modo brutal con que Carlos V, a pesar de su fanatismo, trató en su propio solio al Pontífice Romano, que había querido oponerse a su voluntad, prueba lo que en aquella época había decaído una autoridad que antes disponía a su arbitrio de las coronas.

Así, del lado de la religión, que parecía ser una de las piedras angulares del edificio de la Conquista, el principal elemento disolvente vino con sus fundadores, y él no podía menos de crecer aquí, como fue creciendo en todas partes y dar, por fin, en tierra, con una construcción cuyos fundamentos estaban ya corroídos y minados de antemano.

Del lado de la política, la cosa no marchaba de otro modo.

Ya he dicho que la España misma había dado el ejemplo de la emancipación, lanzando a los moros, que durante siete siglos habían dominado y ella no debía esperar mejor suerte en la empresa análoga que acometía. Sin embargo, el espíritu de dominación que se apoderó de ella después de los brillantes sucesos de América, hizo que su poder se extendiese también en gran parte de la Europa y de esta dominación y de la necesidad de libertad, que una intolerable opresión, a su vez religiosa, política y militar, debía producir en los

puntos de Europa sujetos a la corona de España, debía nacer el formidable enemigo que, después de hacerle perder los Países Bajos, le arrancaría más tarde sus joyas del Nuevo Mundo y que acabará por derribar todos los tronos que hoy no existen ya sino de nombre.

El dogma político de la soberanía popular, no se formuló, en efecto, de una manera explícita y precisa, sino durante la guerra de independencia que la Holanda sostuvo, con tanto heroísmo como cordura, contra la tiranía española.

Este dogma importante que después ha venido a ser el primer artículo del credo político de todos los países civilizados, se invocó en favor de un pueblo virtuoso y oprimido y, cosa digna de notarse, fue apoyado por la Inglaterra y la Francia y por todas las monarquías, tal vez en odio a la España, o por esa fatalidad que pesa sobre las instituciones que han caducado, fatalidad que las conduce a afilar ellas mismas el puñal que debe herirlas de muerte, consumando así una especie de suicidio lento, pero inevitable, contra el cual, después y cuando ya no es tiempo, quieren en vano protestar.

El buen uso que la Holanda supo hacer de este principio, al cual puede decirse que fue en gran parte deudora de su independencia y de su libertad, a la vez política y religiosa, y la aquiescencia tácita o expresa de todos los gobiernos, hizo pasar muy pronto al dominio universal este dogma radicalmente incompatible con el principio del derecho divino en que hasta entonces se habían fundado los gobiernos.

Así es que, cuando durante la revolución inglesa surgió la otra base de las repúblicas modernas —la igualdad de los derechos— no pudo encontrar seria contradicción, a pesar de haber abortado en esta

vez su aplicación práctica, sin duda por haber sido prematura; pero este nuevo dogma era una consecuencia tan natural y un complemento tan indispensable del anterior, que no obstante su insuceso, los colonos que de Inglaterra partieron para América, lo llevaron grabado, así como su precursor en el fondo de sus corazones y ambos dogmas sirvieron de simiente y de preparación para el desarrollo de ese coloso que hoy se llama Estados Unidos, y que en la terrible crisis por que acaba de pasar, crisis suscitada por la necesidad de deshacerse de elementos heterogéneos y deletéreos ha demostrado un vigor asombroso y una virilidad, que los que maquinaban contra ella han visto con espanto y que sus más ardientes admiradores estaban lejos de imaginar.

Pero si la soberanía popular es contraria al derecho divino de la autoridad regia y al derecho de conquista, la igualdad social es, además, incompatible con los privilegios del clero y del ejército. De suerte que con esos dos axiomas, se encontraba, en lo político, minado desde sus principios el edificio social que España venía a construir.

Ya lo veis, señores, todos los veneros de ese poderoso raudal de la insurrección estaban abiertos; todos los elementos de esa combustión general estaban hacinados; la compresión continua y cada día mayor que se ejercía sobre éstos y el aislamiento en que se quiso siempre tener a México, para impedir la corriente de aquéllos, no podían producir y no produjeron otro resultado que el de hacer más terrible la explosión de los unos, en el instante en que la combustión comenzase por un punto cualquiera y el de aumentar los estragos del otro, luego que los diques con que quería contenerse su curso llegasen a ceder.

Una conducta más prudente, que hubiese permitido un ensanche gradual y una gradual disminución de los vínculos de

dependencia entre México y la Metrópoli, de tal modo que se hubiese dejado entrever una época en que esos lazos llegasen a romperse, como la naturaleza misma parecía exigirlo, interponiendo el inmenso Océano entre ambos continentes, habría sin duda evitado la necesidad de los medios violentos que la política contraria hizo necesarios. Sería, sin embargo, injusto echar en cara a España una conducta que cualquiera otra nación en su caso habría seguido y que, la falta de una doctrina social positiva y completa, hacía tal vez necesaria en aquella época. Pero sea de ello lo que fuere, el hecho es que en la época de la insurrección, los elementos de esa combustión estaban ya reunidos y estaban además, en plena efervescencia determinada por la noticia de la independencia de los Estados Unidos y de la explosión francesa: sólo se necesitaba ya una chispa para ocasionar el incendio. Esta chispa fue lanzada por fin la memorable noche del 15 al 16 de septiembre de 1810, por un hombre de genio y de corazón: de genio para escoger el momento en que debía dar principio a la grandiosa obra que meditaba; de corazón, para decidirse a sacrificar su vida y su reputación, en favor de una causa que su inspiración le hacía ver triunfante y gloriosa en un lejano porvenir. El conocimiento pleno que tenía de la fuerza física de los opresores, no le podía dejar ver otra cosa en el presente, que la derrota en el campo de batalla y la difamación en el de la opinión. El no podía racionalmente contar con el glorioso episodio del Monte de las Cruces; y la sangrienta escena de Chihuahua era de pronto su único porvenir. A él se lanzó resuelto y decidido, porque en la cima de esa escala de mártires, de la cual él iba a formar la primera grada, veía la redención de su querida patria, veía su libertad y su engrandecimiento; porque en la cima de esa escala de sufrimientos y de combates, de cadalsos y de persecuciones, veía

aparecer radiante y venturosa una era de paz y de libertad, de orden y de progreso, en medio de la cual los mexicanos, rehabilitados a sus propios ojos y a los del mundo entero, bendecirían su nombre y el de los demás héroes que supieran imitarlo, ora sucumbiesen como él en la demanda, ora tuviesen la inefable dicha de ver coronado con el triunfo el conjunto de sus fatigas.

Once años de continua lucha y de sufrimientos sin cuento, durante los cuales las cabezas de los insurgentes rodaban por todas partes, y en que para siempre se inmortalizaran los nombres de Morelos, de Allende, de Aldama, de Mina, de Abasolo y tantos otros, dieron por resultado que en 1821, el virtuoso e infatigable Guerrero y el valiente y después mal aconsejado Iturbide, rompieran por fin la cadena que durante tres siglos había hecho de México la esclava de la España. El pabellón tricolor flameó por primera vez en el palacio de los Virreyes y la nación entera aplaudió esta transformación, que parecía augurar una paz definitiva. Pero por otra parte, los errores cometidos por los hombres en quienes recayó la dirección de los negocios públicos y, por otra, los elementos poderosos de anarquía y de división que como resto del antiguo régimen quedaban en el seno mismo de la nueva nación, se opusieron y debían fatalmente oponerse, a que tan deseado bien llegase todavía. ¡No se regenera un país, ni se cambian radicalmente sus instituciones y sus hábitos, en el corto espacio de dos lustros! ¡No se acierta del primer golpe con las verdaderas necesidades de una nación que, en medio de la insurrección no había podido aprender sino a pelear y que antes de ella sólo sabía resignarse! ¡No se apagan ni enfrían, luego que tocan la tierra, las ardientes lavas del volcán que acaba de estallar!

En el regocijo del triunfo, se creyó fácil la erección de un imperio, se creyó que las instituciones que parecían tener más analogía con las

que acababan de ser derrocadas, serían las que podían convenirnos mejor. El caudillo que, halagado por el brillo del trono se dejó seducir desconociendo en esto la verdadera situación que la ruptura de todos los lazos anteriores había creado, cometió un inmenso error que pagó con la vida, y hundió a la nación en la guerra civil. Esta pudo tal vez evitarse; pero una vez iniciada, no debía esperarse que concluyese por una transacción; los elementos que se agitaban y se combatían eran demasiado contradictorios, para que una combinación fuese posible; era necesario que uno de los dos cediese radicalmente de sus pretensiones; era preciso que uno de los dos, reconociendo su impotencia, se resignase a ceder el campo a su contrario, y a seguir, aunque con trabajo y sólo pasivamente, una corriente que no podía contrarrestar.

Por una fatalidad, tan lamentable como inevitable, el partido a quien el conjunto de las leyes reales de la civilización llamaba a predominar, era entonces el más débil; pero, con la fe ardiente del porvenir, con esa fe que inspiran todas las creencias que constituyen un progreso real en la evolución humana, él se sentía fuerte para emprender y sostener la lucha y ésta debía continuar encarnizada y a muerte.

Un partido, animado tal vez de buena fe, pero esencialmente inconsecuente, pretendió extinguir esta lucha y de hecho no logró otra cosa que prolongarla; pues, por falta de una doctrina que le sea propia, ese partido toma por sistema de conducta la inconsecuencia, y tan pronto acepta los principios retrógrados como los progresistas, para oponer constantemente unos a otros y nulificar entrambos. Proponiéndose, a su modo, conciliar el orden con el progreso, los hace en realidad aparecer incompatibles, porque jamás ha podido

comprender el orden, sino con el tipo retrógrado, ni concebir el progreso, sino emanado de la anarquía, teniendo que pasar mientras gobierna, alternativamente y sin intermedio, de unos partidos a otros. Ese partido, repito, haciendo respectivamente a cada uno de los contendientes concesiones contradictorias e inconciliables, halagaba las ilusiones de cada uno sin satisfacer sus deseos y prolongaba así el término de la contienda que quería evitar.

Por una parte el clero y el ejército, como restos del pasado régimen y por otra, las inteligencias emancipadas e impacientes por acelerar el porvenir, entraron en una lucha terrible que ha durado 47 años; lucha sembrada de sangrientas y lúgubres escenas que sería largo y doloroso referir; lucha durante la cual el partido progresista, unas veces triunfante y otras también vencido, iba cada vez creando mayor fuerza, aun después de los reveses, pero en la que su contrario, a medida que sentía desvanecerse la suya, apelaba a medios más reprobados, desde la felonía de Picaluga hasta la Sainte Barthelemy de Tacubaya, y desde allí hasta la traición en masa consumada en 1863, y premeditada muchos años antes.

Conciudadanos: la palabra traición ha salido involuntariamente de mis labios. Yo habría querido en este día de patrióticas reminiscencias y de cordial ovación, no traer a vuestra memoria otros recuerdos que los muy gratos de los héroes que se sacrificaron por darnos patria y libertad; yo habría querido no evocar en vuestro corazón otros sentimientos que los de la gratitud, ni otras pasiones que las del patriotismo y de la abnegación de que supieron darnos ejemplo los grandes hombres que hoy venimos a celebrar; y he visto en estos momentos pintada en vuestros rostros la indignación y he visto salir de vuestros ojos el rayo, que, quemando la frente de esos mexicanos

degradados, dejará sobre ella impreso el sello de la infamia y de la execración...

Pero al salir de la espantosa crisis suscitada por su criminal error; al tocar afanosos y casi sin aliento la playa de ese piélago embravecido que ha estado a punto de sepultarnos bajo sus olas, no hemos podido menos que volver el rostro atrás para mirar, como Dante, el peligro de que nos hemos librado y tomar lecciones en ese triste pasado, que no puede menos que horrorizarnos...

Las clases privilegiadas que en 1857 se habían visto privadas de sus fueros y preeminencias, que en 1861 vieron por fin sancionada con espléndido triunfo esta conquista del siglo y ratificada irrevocablemente la medida de alta política, que arrancaba de manos de la más poderosa de dichas clases, el arma que le había siempre servido para sembrar la desunión y prolongar la anarquía, derribando, por medio de la corrupción de la tropa a los gobiernos que trataban de sustraerse a su degradante tutela: estas clases privilegiadas, repito, llegaron por fin a persuadirse de su completa impotencia, pues, por una parte, el antiguo ejército, habiéndose visto vencido y derrotado por soldados noveles y generales improvisados, perdió necesariamente el prestigio y con él la influencia que un hábito de muchos años le había sólo conservado; y por otra, el clero comprendió su desprestigio y decadencia, al ver que había hecho uso sin éxito alguno, de todas sus armas espirituales —únicas que le quedaban— para defender a todo trance unos bienes que él aparenta creer que posee por derecho divino, y sobre los cuales le niega por lo mismo, todo derecho a la sociedad y al gobierno, que es su representante. ¡Como si algo pudiese existir dentro de la sociedad que no emanase de ella misma! ¡Como si la propiedad y demás bases de aquélla, por lo mismo que están destinadas a su conservación y no

a su ruina, no debiesen estar sujetas a reglas que les hagan conservar siempre el carácter de protectoras, y no de enemigas de la sociedad! ¡Como si alguna vez el medio debiera preferirse al fin para el cual se instituye!

Acabo de decir que las armas espirituales eran las que le quedaban al clero y debo añadir también que a estas armas, el vencedor no sólo no había tocado, sino que las había aumentado en realidad, con la severa lógica que presidió a la formación de las leyes llamadas de Reforma. Porque al separar enteramente la Iglesia del Estado; al emancipar el poder espiritual de la presión degradante del poder temporal, México dio el paso más avanzado que nación alguna ha sabido dar, en el camino de la verdadera civilización y del progreso moral y ennobleció, cuanto es posible en la época actual, a ese mismo clero que sólo después de su traición y cuando Maximiliano quiso envilecerlo, a ejemplo del clero francés, comprendió la importancia moral de la separación que las Leyes de Reforma habían establecido. Y protestó, tarde como siempre, contra la tutela a que se le sujetó. Y suspiró por aquello mismo que había combatido...

Cuando el clero y el ejército y algunos hombres que los secundaban cegados por el fanatismo o por la sed de mando, se vieron privados de todas sus ilusiones, como el árbol que al soplo del otoño deja caer una a una las hojas que lo vestían, se acogieron con más ahínco al único medio que parecía quedarles, para prolongar aún por algún tiempo su dominación o al menos, ver a sus vencedores sepultados también en las ruinas de la nación.

Hay en Europa, para mengua y baldón de la Francia, un soberano cuyas únicas dotes son la astucia y la falsía y cuyo carácter

se distingue por la constancia en proseguir los perversos designios que una vez ha formado.

Este hombre meditaba, de tiempo atrás, el exterminio de las instituciones republicanas en América, después de haberlas minado primero y derrocado por fin en Francia, por medio de un atentado inaudito, el 2 de diciembre de 1851.

A este hombre recurrieron, de este soberano advenedizo se hicieron cómplices los mexicanos extraviados que, en el vértigo del despecho, no vieron tal vez el tamaño de su crimen, en manos de ese verdugo de la República francesa entregaron una nacionalidad, una independencia y unas instituciones que habían costado ríos de sangre y medio siglo de sacrificios y de combates.

Y, el que se había introducido en Francia deslizándose como una serpiente para ahogar a su víctima; el que, cubierto con una popularidad prestada, había logrado alucinar al pueblo y seducir al ejército, para arrancarle al uno su libertad y convertir al otro, el 2 de diciembre, en asesino de sus hermanos indefensos, aceptó gustoso esa misión de retroceso y de vandalismo, y guiado por la traición y azuzado por fraudulentos agiotistas y por su digno intérprete Saligny, se lanzó sobre su presa y con la innoble voracidad del buitre, se propuso hartarse de una víctima que se imaginó muerta.

Desde los primeros pasos, la actitud imponente que tomó toda la nación, aprestándose a rechazar tan inicua agresión, hizo ver a la España y a la Inglaterra el tamaño de la iniquidad que se habían prestado a secundar y la Francia quedó sola en su tenebrosa empresa.

Su primer acto como beligerante fue una villanía.

Negándose a cumplir los tratados de la Soledad y haciéndose dueña por medio de la felonía, de unas posiciones fortificadas que no

se atrevió a atacar, se identificó más con la causa que venía a defender y dejó ver con toda claridad cuál sería el espíritu que debía animarla en esta inmunda guerra, que comenzaba por conculcar un compromiso sagrado y acabaría por abandonar y vender cobardemente a sus propios cómplices.

Cuando el cuerpo expedicionario se creyó bastante fuerte, y cuando habiendo salvado, a precio de su honor, los primeros obstáculos, se proporcionó los recursos y bagajes que le faltaban, emprendió su marcha sobre la capital seguro del triunfo, lleno de pueril vanidad, llevando en los pechos de sus soldados como garantes infalibles de la victoria, esculpidos en preciosos metales, los nombres de Roma y Crimea, de Magenta y Solferino. Mientras que en las llanuras de Puebla los esperaba un puñado de patriotas armados de improviso, bisoños en la guerra, pero resueltos a sacrificarlo todo por su independencia, y trayendo en sus pechos una condecoración que vale más que todas y que los reyes no pueden otorgar a su antojo: el amor de la patria y de la libertad, grabado en su corazón.

El jefe que mandaba a este puñado de héroes, no era un general envejecido en los campos de batalla; no llevaba sobre sus sienes el laurel de cien combates; era sólo un joven lleno de fe y de patriotismo; era un republicano de los tiempos heroicos de la Grecia que, sin contar el número ni la fuerza de los enemigos, se propuso como Temístocles, ¡salvar a su patria y salvar con ella unas instituciones que un audaz extranjero quería destruir y que contenían en sí todo el porvenir de la humanidad!

Conciudadanos: vosotros recordáis en este momento, que el sol del 5 de mayo que había alumbrado el cadáver de Napoleón I, alumbró también la humillación de Napoleón III. Vosotros tenéis presente

que, en ese glorioso día, el nombre de Zaragoza, de ese Temístocles mexicano, se ligó para siempre con la idea de independencia, de civilización, de libertad y de progreso, no sólo de su patria, sino de la humanidad. Vosotros sabéis que haciendo morder el polvo en ese día a los genízaros de Napoleón III, a esos persas de los bordes del Sena que más audaces o más ciegos que sus precursores del Éufrates, pretendieron matar la autonomía de un continente entero y restablecer en la tierra clásica de la libertad, en el mundo de Colón, el principio teocrático de las castas y de la sucesión en el mando por medio de la herencia; que venciendo, repito, esa cruzada de retroceso, los soldados de la República en Puebla, salvaron como los de Grecia en Salamina, el porvenir del mundo al salvar el principio republicano, que es la enseña moderna de la humanidad. Vosotros sabéis que la batalla del 5 de mayo fue el glorioso preludio de una lucha sangrienta y formidable que duró todavía un lustro, pero cuyo resultado final quedó marcado ya desde aquella época. ¡Los que habían alcanzado la primera victoria debían también obtener la última! ¡Y los que habían penetrado sin honor por las cumbres de Acultzingo, debían salir cubiertos de infamia por el puerto de Veracruz!

No es este el momento ni la ocasión de trazar la historia de la época de represalias y de asesinatos, que sucedió al triunfo del 5 de mayo de 1862. Una voz más robusta y caracterizada que la mía, una pluma muy más experta y elocuente, os ha hecho estremecer desde esta misma tribuna, refiriéndoos los crueles episodios y las sangrientas y devastadoras escenas de ese terrible período en que México luchó solo y sin recursos, contra un ejército formidable que de nada carecía y contra la traición que le ayudaba en todas partes.

En este conflicto entre el retroceso europeo y la civilización americana; en esta lucha del principio monárquico contra el

principio republicano, en este último esfuerzo del fanatismo contra la emancipación, los republicanos de México se encontraban solos contra el orbe entero. Los que no tomaron abiertamente cartas en su contra, simpatizaron con el invasor y secundaron sus torpes miras, reconociendo y acatando el simulacro de imperio que quiso constituir; los que no imitaron a la Bélgica y a la Austria mandando sus soldados mercenarios, prestaron, por lo menos, su apoyo moral para sostener al príncipe malhadado que tuvo la debilidad, por no decir la villanía, de prestarse a hacer su papel en esta farsa, que merecería el nombre de ridícula mojiganga si no hubiera sido una espantosa tragedia.

La gran República misma se vio obligada en virtud de la guerra intestina que la devoraba, a mantenerse neutral y aun a prestar alguna vez, con mengua de su dignidad, servicios a esa misma invasión, que pretendía entrar por México a los Estados Unidos.

¿Qué extraño es, pues, que como resultado y como síntoma de ese conjunto de circunstancias adversas, los reveses se multiplicasen para los verdaderos mexicanos, en todo el ámbito de la República? ¿Qué extraño puede ser que por algún tiempo la causa de la libertad pareciese perdida y que mexicanos, tal vez de recto corazón, pero débiles e ilusos, se dejasen sobrecoger por el desaliento y creyesen que ya no quedaba otro recurso sino plegarse al hado que parecía contrario? ¿Qué mucho que el benemérito e inmaculado Juárez, que se había abrazado al pabellón nacional levantándolo siempre en alto para que, como la columna de fuego de los israelitas, sirviese de guía y de prenda segura de buen éxito a los dignos mexicanos que sostenían aquella lucha, tan desigual como heroica y tenaz, qué mucho, repito, que Juárez y sus dignos compañeros se viesen obligados a recorrer centenares de leguas, sin hallar un punto en que la bandera de la

independencia pudiese descansar segura, ni flotar con libertad? ¿Qué mucho que nuestros más valientes adalides, se viesen por un momento obligados a buscar en la aspereza de nuestros montes, en la inmensidad de nuestros desiertos y en las mortíferas influencias climatéricas de la tierra caliente, los fieles aliados que no podían encontrar en otra parte?

Pero la tierra prometida debía aparecer alguna vez; la aurora comenzó a brillar después de aquel denso nublado; Díaz por el Oriente y Corona por el Occidente; Escobedo y Régules por el Norte y por el Sur Riva Palacio, Treviño, Jiménez y otros mil obtuvieron por todas partes victorias señaladas sobre la conquista y sobre la traición reunidas o separadas.

La horrible ley de 5 de octubre, imaginada por el general francés y sancionada cobardemente por el nefando imperio; esa ley en que se pagaba con la vida hasta el delito de respirar el aire que habían respirado los defensores de la independencia, lejos de amedrentarlos, no hizo sino enardecer su valor y aumentar su actividad.

Los millares de patriotas que caían víctimas de esa máquina infernal puesta en manos de las cortes marciales y disparada sin interrupción; los sangrientos cadáveres del inmaculado Arteaga y del heroico Salazar, se presentaban sin cesar a sus ojos, pero vivificados y resplandecientes de gloria, para animarlos al combate anunciándoles el próximo triunfo y conducirlos así a la victoria...

Una voz se levantó entonces en favor de México, voz poderosa y largo tiempo esperada; pero que se había tenido la dignidad de no querer mendigar.

Al tremendo estallido de millares de balas tiradas a la vez sobre centenares de prisioneros desarmados en Puruándiro y en otros

puntos; a los plañideros ayes de tantas familias dejadas en la orfandad y en la miseria, el águila del Norte despertó en fin de su letargo. Los Estados Unidos pidieron cuenta a la Francia de este atentado contra las leyes de la civilización y de la humanidad, intimándole, en nombre de su propia dignidad, que hiciese cesar tan espantosa carnicería el dictador de Francia, con el cinismo propio de los Bonaparte, dejó toda la responsabilidad de estos hechos a Maximiliano; pero las contestaciones entre Francia y los Estados Unidos se cruzaban sin cesar; las de éstos cada día más apremiantes; las de aquélla cada vez más y más flojas y plagadas de contradicciones e inconsecuencias .

Por una parte el temor de una guerra insostenible con la colosal República, a cuyo lado se encontraría todo el continente; por otra, la posición cada día más falsa y precaria del ejército expedicionario en México, que no podía ya ni defender el terreno que pisaba; y la completa impopularidad de la expedición en Francia, decidieron por fin a su autor a arrancar esa página que, en días más felices, cuando llegó a creer que en México había muerto el amor a la patria y a la libertad, osó llamar ***la más bella de su reinado***.

El abandono del imperio, que a tanta costa y por medio de tantas infamias y calumnias se había querido fundar, se decidió por fin. La grandiosa obra de reconstitución de razas y de influencias europeas en América, que con tan vivos colores se había pintado al Senado francés, se abandonó también; y la orden para la retirada del ejército y con ella la humillación de Napoleón y el desprestigio de la Francia, se firmó por fin.

Este fue el servicio que México debió a la República vecina. Servicio grande sin duda, pero que en nada rebaja el mérito de nuestra heroica defensa; y antes bien, lo pone más de manifiesto, porque sin

esta indomable resistencia prolongada por cerca de seis años; sin la constancia de Juárez y de los demás jefes que, diseminados en el país, sostuvieron sin interrupción el combate, levantando en todas partes la enseña de la República, la tan demorada resolución de interponer en esta cuestión sus respetos y su influjo, o no habría tenido lugar, o habría llegado demasiado tarde, no sólo para México, sino también para los Estados Unidos, a quienes se quería asestar el tiro desde las fortalezas del imperio.

La calumnia y la maledicencia se han apoderado de este hecho, en el que si los Estados Unidos prestaron un servicio a México, también éste se lo hizo a ellos, prolongando la lucha y conservando un gobierno con quien pudiesen mantener relaciones que les permitieran, luego que hubiesen dominado su guerra civil, tomar la iniciativa en una negociación cuyo resultado debía ser: acabar con la influencia europea en América y aumentar la suya propia.

La calumnia, digo, se ha apoderado de ese hecho queriendo presentarlo como deshonroso para nosotros. Se ha supuesto que fuimos a mendigar la intervención armada de los Estados Unidos y que el gobierno nacional, personificado en Juárez, no buscaba otra cosa sino que el país cambiase de señor.

Esta infame calumnia, como las demás de que sin cesar ha sido el blanco México, ha sido desmentida con hechos irrefragables.

La nación habría tenido, sin duda, el incuestionable derecho de llamar en su auxilio, para desembarazarse de una influencia extraña y opresora, las armas de otra potencia amiga, sin comprometer con esto ni su autonomía ni su dignidad, pero la conciencia de su propia fuerza y esa clara visión del porvenir que animó siempre al Primer Magistrado de la República, y que sostuvo su valor y su constancia

en aquellos aciagos días de prueba y de persecución, hizo que se desechara siempre ese medio de salvación que, lo repito, nada tenía de deshonroso ni de inusitado.

La Holanda, llamando a los ingleses para emanciparse de la tiranía española; los Estados Unidos admitiendo los servicios de la Francia para obtener su independencia; la España, lanzando de su seno con ayuda de los ingleses, a esa Francia que entonces como ahora, había logrado penetrar en el territorio ajeno por la puerta de la felonía y de la traición; a esa Francia que entonces como ahora, pretendió hacer una colonia de una nación independiente y fundar un simulacro de trono que le sirviese de escabel para sentar su planta y de apoyo para extender su influencia y su dominación; a esa Francia que entonces como ahora, era víctima y cómplice, a la vez, de la tiranía de un Bonaparte; de un Bonaparte, señores, cuyo nombre sólo es un programa completo de usurpación y de retroceso, de guerras y de conquistas, de tronos improvisados y hundidos en la nada, de bambolla y de charlatanismo y, por último y como resultado final, de baldón y oprobio para su nación! La España, repito, los Estados Unidos y la República holandesa, no mancillaron su nombre ni comprometieron su autonomía, ni siquiera empañaron el brillo de sus heroicos esfuerzos por haber utilizado el socorro armado de naciones amigas y que estaban interesadas en sus respectivos triunfos.

Pero la gloria de México ha sido todavía más esplendente. ¡Ni un solo sable del ejército americano se ha desnudado en favor de la República, ni un solo cañón de la Casa Blanca se ha disparado sobre el Alcázar de Chapultepec! ¡Y sin embargo, el triunfo ha sido espléndido y completo! ¡Tres meses habían pasado apenas desde que los invasores abandonaron nuestro suelo, y nada existía ya de ese imperio, que había de extinguir la democracia en América!

Todo se ensayó para sostenerlo y arraigarlo; a todas las puertas se llamó para encontrarle adictos; todo lo que la intriga, la hipocresía y la fuerza pueden sugerir, todo se puso en práctica para aclimatar una institución que el instinto popular repugna.

Al penetrar en el interior del país el ejército invasor y más tarde al venir el Archiduque a tomar posesión de su trono, no pudieron menos de reconocer que el partido que los había llamado y que fundaba en ellos sus esperanzas, era en realidad el menos numeroso, el menos ilustrado y el menos influyente de los que se disputaban en México la supremacía. Un clero ignorante y que se imagina vivir en plena Edad Media; que no comprende ni sus intereses ni los de la nación; que maldiciendo el presente y el porvenir sin comprender que son una consecuencia forzosa del pasado, no tiene otro programa que la imposible retrogradación de ocho siglos, para volver a los tiempos de Hildebrando: un clero a quien la nación nada debe sino el no haber podido constituirse; que en 1847 no tuvo siquiera el fanatismo suficiente para imitar el heroico ejemplo que 40 años antes le había dado el clero español, y que vio impasible la humillación de su patria, la profanación de sus templos y la irrisión de sus imágenes por un ejército extranjero y protestante; un clero que facilitó y contribuyó a estos mismos atentados suscitando en la capital de la República el más inmoral de los pronunciamientos, en los momentos mismos en que el enemigo desembarcaba en Veracruz, era el primero y principal elemento de ese partido que solicitó la intervención.

Los restos de un ejército desmoralizado y corrompido, acostumbrado a medrar en las revueltas políticas y a considerar el tesoro nacional como patrimonio propio y que en la invasión americana probó que si sabía ensañarse con los mexicanos indefensos, sabía

mejor volver la espalda ante el extranjero armado, era el segundo elemento de los aliados de la Francia y del imperio.

Con estos y con algunos fanáticos ilusos o perversos, ayudados de ciertos capitalistas que por egoísmo o por el deseo de lucrar con los fondos de las arcas públicas se unieron a ellos, debía contar el Archiduque para fundar su soñada dinastía.

Pero él y sus tutores los franceses, al mirar de cerca a los cómplices de su crimen; al ver por sus propios ojos todo el tamaño de su abyección y de su infamia, no pudieron menos que avergonzarse de esa compañía y renegaron de ellos y les escupieron el rostro.

Toda la política, todo el ahínco de Maximiliano y de Napoleón, fue desde luego captarse la voluntad y procurarse el apoyo, o al menos la aquiescencia, del único partido nacional, del gran Partido Liberal.

Pero tanto cuanto el partido de la tiranía se había manifestado ruin y degradado, tanto se mostró grande y digno el resto de la nación: por todas partes se multiplicaban los halagos y se sucedían sin interrupción las invitaciones y las promesas, con objeto de corromper a los patriotas que habían dado pruebas de valer alguna cosa, o que habían ocupado puestos públicos de la República; no hubo género de seducción que no se emplease, no hubo medio a que no se recurriese para lograr que los buenos liberales aceptasen los empleos con que se les brindaba en todas partes. La vanidad, el orgullo, el interés y hasta el terror, todo se ensayó, de todo se echó mano para lograr un resultado al que con razón se daba tanto precio.

Todo fue inútil, sin embargo. Por todas partes se sucedían las tentadoras proposiciones y por todas también se multiplicaban las honrosas repulsas de mexicanos dignos que preferían la oscuridad, la

miseria o el ostracismo, al brillo y la opulencia comprados al precio de su conciencia y de su patriotismo.

Unos cuantos indignos mexicanos, que antes habían medrado a la sombra del partido progresista, pero en cuyos criminales pechos había tal vez latido siempre el corazón de Judas, se dejaron arrastrar por la vanidad o la codicia y se prestaron a tirar del dogal que debía acabar con el aliento de la patria.

Fuera de estas tristes excepciones, más dignas de despreciarse que de sentirse, el gran partido nacional se mantuvo inflexible, y se abstuvo de toda participación que pudiera sancionar de algún modo los actos de la intervención y del gobierno intruso; causándoles con esta muda pero enérgica protesta una derrota constante que no pocas veces costó más y hubo menester, de parte de los combatientes pacíficos, más energía de carácter y un valor no menos grande y si más sostenido que el que se ha menester para presentarse en los campos de batalla.

He aquí, señores, por qué, cuando el ejército francés huyó despavorido y abandonó su temeraria empresa, Maximiliano, que sabía por experiencia que no podía contar con el partido liberal, cualesquiera que fuesen las promesas con que quisiese atraérsele, y que no pudo tampoco resolverse a abandonar un trono que a pesar de sus espinas halagaba su vanidad y su ambición, se vio forzado a echarse en brazos de aquellos mismos a quienes poco antes había juzgado indignos de estar a su lado.

Señores: aquí tocamos con la mano los acontecimientos a que me refiero; aquí oímos aún tronar el cañón que se dispara a la vez en Querétaro y en Puebla, en México y en Veracruz; aquí asistimos

a ese último combate, en que nuestra patria obtendrá por fin el complemento indispensable de su independencia, la emancipación de la tutela de todo gobierno extraño.

En efecto, no fue sólo la reacción y sus gastados generales; no fue el clero y sus desprestigiados jefes, lo que decidió al Archiduque a intentar este ultimo esfuerzo; lo que sin duda pesó más en su ánimo, fue ese enjambre de extranjeros armados que la Francia, la Bélgica y el Austria habían enviado para defensa de su candidato; fue esa falange de ministros diplomáticos y sus respectivos gabinetes, que prontos a calumniar a México cuando para ello medía su interés, han tenido voto decisivo en nuestras cuestiones y han sido hasta aquí el padrastro de todos los gobiernos, fundados en unos tratados leoninos arrancados a nuestra inexperiencia y a nuestra vanidad y al deseo de conservar una paz que sólo para ellos existía.

Al haber triunfado del príncipe aventurero y de estos elementos con que contaba todavía para su apoyo; al haber aplicado con justicia y severidad, pero sin encono ni pasión, el condigno castigo al principal cómplice de tantos crímenes, al que no vaciló en echar sobre sus hombros todo el peso de seis años de matanzas y de incendios, de devastaciones y de ruina, México ha cortado la última cabeza a la hidra venenosa que por tantos años había emponzoñado su existencia y ha asegurado su futuro reposo.

Negando a Maximiliano el indulto que solicitó, ha podido creerse por algunos, principalmente de fuera del país, que el gobierno y la nación entera, que unánimemente aprobó su conducta, obraban con mayor severidad de la que su estricto deber exigía; ha podido sostenerse por algunos escritores más brillantes que profundos, que

México pudo y debió perdonar al Archiduque, sin que por esto se comprometiese su tranquilidad, ni se diese mayor aliento al partido vencido. Sin duda, señores, el triunfo ha sido más grandioso y espléndido de lo que era preciso para que toda idea de un nuevo trono erigido en México sea desde luego desechada como una empresa de orates; sin duda, los Gutiérrez Estrada y los Almonte acabaron para siempre su infame papel y no serian ya escuchados aun cuando se propusiesen empezar de nuevo; sin duda el clero y los restos del antiguo ejército están suficientemente desarmados para que la paz pública no tenga mucho que temer de estos irreconciliables pero impotentes enemigos; sin duda el corazón de los mexicanos es bastante grande para que en él pueda caber, sin rebasarlo, el perdón generoso otorgado a un hijo de cien reyes, por más que éste se haya manifestado indigno de esa noble prosapia y se haya prestado a ser, si no el principal autor, por lo menos el principal instrumento de execrables atentados. Pero cuando se trata de autonomía de la nación, de su porvenir y de su independencia, cuando ha llegado el momento de sentar la clave de esa delicada construcción que se elabora hace ya 57 años, toda idea que no conduzca al fin deseado debe abandonarse, todo movimiento del corazón que nos desvíe del sendero y nos haga perder nuestro punto de mira, debe sofocarse.

¡Maximiliano humillado y perdonado por Juárez!

¡Un emperador viviendo por galardón de una República!... Es sin duda, un magnífico golpe de teatro en un melodrama; es un soberbio desenlace para una novela. Pero ni ese melodrama ni esa novela hubieran cimentado la paz de la República, ni afirmado la respetabilidad y completado la emancipación de la nación.

Maximiliano desterrado en Europa, hubiera sido con su voluntad o sin ella, la bandera de todos los descontentos, la esperanza continua de los vencidos, el amago constante de la tranquilidad pública y el pábulo que mantuviese viva la llama secreta de la rebelión, pronta a la menor oportunidad, a encender de nuevo la guerra civil, como la encendió Santa Anna después de haber caído prisionero en Jico y recibido un generoso perdón...

Maximiliano perdonado no hubiera creído jamás que debía su vida a la generosidad de México, sino al miedo a Francisco José o a la presión de los Estados Unidos.

Maximiliano perdonado, después del insolente memorándum de Widembrok y de la inoportuna intromisión de Seward, hubiera sido un perpetuo padrón de infamia para México y una prueba que se habría creído irrecusable, de que vivía siempre bajo la tutela de las otras naciones.

Maximiliano perdonado en los momentos en que, por ese memorándum y por esa intromisión de los Estados Unidos, estaba justamente sobreexcitado el sentimiento de la dignidad nacional, hubiera indudablemente provocado una escisión entre nuestros jefes y un grito de universal reprobación. Y ni México se habría rendido ni el país se habría pacificado.

Que aquellos filántropos de gabinete, que han osado dar su fallo en contra de esa inevitable ejecución, echen una mirada sobre el país un mes después de llevarla a cabo y que nos digan con el corazón en los labios, si creen que con esa generosidad tan decantada se había obtenido una pacificación tan general y tan completa.

¡Ahora bien! ¿Sería posible vacilar un momento, entre el perdón de un delincuente y la pacificación de un pueblo?

Dejemos a la Francia y a la Europa entera; dejemos, digo, a los gobiernos de la Europa que vociferen y declamen contra un acontecimiento que pone sus tronos a merced de la democracia y que da el ultimo golpe al derecho divino de las castas, a ese resto de las instituciones teocráticas; dejemos que, en la rabia de su impotencia y en la impotencia de su rabia, se desaten en improperios y calumnias contra una nación que, si ha sabido ser superior en la guerra que le obligaron a sostener, lo sabrá también ser en la paz que ha sabido conquistar.

Conciudadanos: hemos recorrido a grandes pasos toda la órbita de la emancipación de México; hemos traído a la memoria todas las luchas y dolorosas crisis por que ha tenido que pasar, desde la que lo separó de España, hasta la que lo emancipó de la tutela extranjera que lo tenía avasallado. Hemos visto que ni una sola de esas luchas, que ni una sola de esas crisis, ha dejado de eliminar alguno de los elementos deletéreos que envenenaban la constitución social. Que del conjunto de esas crisis, dolorosas pero necesarias, ha resultado también, como por un programa que se desarrolla, el conjunto de nuestra plena emancipación y que es una aserción tan malévola como irracional, la de aquellos políticos de mala ley, que demasiado miopes o demasiado perversos, no quieren ver en esas guerras de progreso y de incesante evolución, otra cosa que aberraciones criminales o delirios inexplicables.

Hemos visto que dos generaciones enteras se han sacrificado a esta obra de renovación y a la preparación indispensable de los materiales de reconstrucción.

Mas hoy esta labor está concluida, todos los elementos de la reconstrucción social están reunidos; todos los obstáculos se

encuentran allanados; todas las fuerzas morales, intelectuales o políticas que deben concurrir con su cooperación, han surgido ya.

La base misma de este grandioso edificio está sentada. Tenemos esas leyes de Reforma que nos han puesto en el camino de la civilización, más adelante que ningún otro pueblo. Tenemos una Constitución que ha sido el faro luminoso al que, en medio de este tempestuoso mar de la invasión, se han vuelto todas las miradas y ha servido a la vez de consuelo y de guía a todos los patriotas que luchaban aislados y sin otro centro hacia el cual pudiesen gravitar sus esfuerzos; una Constitución que, abriendo la puerta a las innovaciones que la experiencia llegue a demostrar necesarias, hace inútil e imprudente, por no decir criminal, toda tentativa de reforma constitucional por la vía revolucionaria.

Hoy la paz y el orden, conservados por algún tiempo, harán por sí solos todo lo que resta.

Conciudadanos: que en lo de adelante sea nuestra divisa LIBERTAD, ORDEN Y PROGRESO; la libertad como MEDIO; el orden como BASE y el progreso como FIN; triple lema simbolizado en el triple colorido de nuestro hermoso pabellón nacional, de ese pabellón que en 1821 fue en manos de Guerrero e Iturbide el emblema santo de nuestra independencia; y que, empuñado por Zaragoza el 5 de mayo de 1862, aseguró el porvenir de América y del mundo, salvando las instituciones republicanas.

Que en lo sucesivo una plena libertad de conciencia, una absoluta libertad de exposición y de discusión, dando espacio a todas las ideas y campo a todas las inspiraciones, deje esparcir la luz por todas partes y haga innecesaria e imposible toda conmoción que no

sea puramente espiritual, toda revolución que no sea meramente intelectual. Que el orden material, conservado a todo trance por los gobernantes y respetado por los gobernados, sea el garante cierto y el modo seguro de caminar siempre por el sendero florido del progreso y de la civilización.

Escenas de la vida de don José María Morelos y Pavón[50]

Guillermo Prieto Pradillo, retrato.

Guillermo Prieto

I

Acababa de tronar el grito de la libertad en Dolores, el pueblo mexicano había despertado a una vida de gloria: veloz como el relámpago se había difundido el entusiasmo patrio hasta los más remotos confines del Continente, y las sangrientas escenas de Guanajuato tenían conturbados a nuestros audaces dominadores.

La voz de un Párroco sexagenario, poco antes entregado a las tranquilas ocupaciones de la ciencia, la industria y los deberes de su ministerio, fue una convocación de guerra que encontró eco en todos los corazones.

Desde el opulento hacendado hasta el humilde labrador; desde el sesudo letrado hasta el indio abyecto, todos se improvisaron guerreros y en chusma turbulenta y desordenada salían de la capital de Valladolid con dirección a México.

[50] Este texto se extrae de la obra *Episodios Históricos de la Guerra de Independencia relatados por varios autores*, publicada por la Imprenta de V. Agueros, en el año de 1910, pp. 51-107.

Digna de Tito Livio era la pintura de un ejército de más de sesenta mil hombres, la mayor parte medio desnudos en marcha confusa, armados de hondas, de palos, de picos, de fusiles, de machetes, y de instrumentos de labranza, enarbolando lienzos de distintos colores, llevando algunos de ellos la Imagen de la Virgen de Guadalupe; empapados otros en la sangre vertida a torrentes en "Granaditas," y esta multitud mezclada de mujeres, de niños, y de ancianos, todos entusiastas, todos con un solo corazón para sentir el fuego de la libertad y con una voz que lanzaba un anatema de exterminio contra la España.

En un pueblecito miserable, llamado "San Miguel Charo" distante cuatro leguas de Valladolid, mientras atravesaba el llamado ejército, recibían los obsequios de una persona particular los primeros caudillos, en una casita de la plaza.

Se hablaba con orgullo de las pasadas victorias, se recordaban con alegría los heroicos hechos, se soñaba en lauros y renombre, y la alegría y el entusiasmo regocijaban los pechos y daban animación a los semblantes.

Entre tanto, sonaban fuera de la casa los gritos de la chusma belicosa, que vitoreaba a sus jefes idolatrados al pasar frente al lugar en que estaban posando.

Mientras la oficialidad, en su mayor parte no muy subordinada ni circunspecta, bebía y charlaba estrepitosa en un extremo que la mesa, en el otro conversaban con calor dos personajes que quiero describir.

Era el uno de cabello cano y frente morena y espaciosa, su mirar concentrado y enérgico, su nariz aguileña y su cabeza inclinada

hácia adelante, qué sé yo si por el peso de los años o agobiada por sus grandes concepciones, como se doblega la rama cargada de frutos.

Formaba contraste con tan grave personaje, el joven con quien hablaba; sería su edad como de treinta años o treinta y cinco a lo más, sus maneras francas, su frente espaciosa; pero cubierta por sus rizados cabellos rubios, que caían sobre ella en desorden, su mirada ardentísima, su hablar resuelto, y su continente marcial.

—Señor Cura, decía, déjeme usted con mis dragones, que ¡vive Cristo! que no me queda títere con cabeza y créase usted que mientras no se discipline esa chusma, no vale un comino.

—Sin embargo, señor Don Ignacio, ella ha vencido en "Granaditas," y sesenta mil hombres, y valientes, no son fáciles de destruir; además, sé que ellos aprenderán.

— ¡Sesenta mil hombres! véalos usted, unos cargan con sus hijos, otros quieren ir en formación como quien va a una romería, y hace poco, ¡voto va! que me tuve que echar a pechos un vaso de aguardiente, para desengañarlos que no tenía veneno....

—Usted lo quiere todo en una hora.

—No, señor: quiero que el soldado sea soldado, que se subordine, porque si no, ¡vive Dios! Vea usted....

—Vamos, calma, que todo se remediará.

—Pues a ese paso...; pero yo los arreglaré: fuera mujeres, fuera muchachos, su ejercicio, su ordenanza.

—Esos son castillos en el aire: tienen escuela donde aprender, y parece que no han estado muy torpes en la primera lección; dígalo "Riaño."

Más se hubiera acalorado la conversación, si la presencia de un personaje que se acercó con paso tímido, y rozó con su vestido el respaldo de la silla en que estaba uno de los interlocutores, no hubiera interrumpido la conversación.

Era un hombre de regular estatura, pero robusto; su color trigueño, un poco pálido; el cabello áspero caía sobre su frente con descuido; su barba terminaba como una línea a la mitad de su carrillo; su ceja era fruncida, y su nariz roma; su labio superior, tosco, con una ligera expresión de sonrisa; pero en sus ojos ardientes, penetrantes y vivísimos, revelaba una alma enérgica y emprendedora.

Acercóse, como he dicho, con embarazo y poca gracia a los personajes descritos, y con dificultad expresó tartamudeando, que deseaba se le admitiese en la clase de Capellán del ejército, para lo cual tenía licencia.

— ¿Cómo es eso? ¿Se resuelve usted a abandonar su curato?

—Sí, señor.

— ¿Y está usted decidido a cambiar una vida tranquila por nuestras aventuras? ...

—Hace tiempo que lo estoy...

Hablaron luego en voz baja los tres que sostenían el diálogo, mientras los curiosos y la oficialidad burlona y maligna se divertía a costa del original Capellán que iba a tener a tener.

— ¿Han visto ustedes una figura más poco militar? ¿Quién lo conoce?

—Es el Cura de Carácuaro.

— ¿Cómo se llama?

—No recuerdo; pero se cuentan de él mil extravagancias.

—Es un hombre "obscuro, sin carrera."

—Dicen que es hijo de un carpintero, que se dedicaba hace algunos años a la arriería que en uno de sus viajes compró en México un Nebrija, y después de estudiarlo, cuando tenía 25 años, se le metió en la cabeza ser clérigo.

—Estamos haciendo tal adquisición de padres, que se hace increíble cómo anda el diablo tan suelto entre nosotros.

—Silencio, oiremos lo que responde: acaba de preguntarle el señor Cura, que cómo se resolvió a seguirnos.

Callaron todos, y se oyó la voz del Cura de Carácuaro que decía:

—Vine, como dije a ustedes, a Valladolid, en fines del año pasado, a la casa de mi hermana; convidáronnos a un coloquio, y no faltó allí quien hablase del tumulto de Iturrigaray, y las prisiones ejecutadas en aquellos días (la voz del Cura se animaba gradualmente), no sé lo que sentí; se me representó nuestra opresión, nuestro oprobio, y concebí un odio contra los tiranos, que me tuvo inquieto y engendró espontáneo y eterno un pensamiento de combatir por la libertad de mi patria.

— Bien, muy bien.

— Retiréme con esa idea, proyecté construir un fortincito en mi cuarto, soñándolo punto de defensa; allí a mis solas, después de mis, trabajos, pensaba en ejércitos, en asaltos, en victorias, y lloraba después al ver mi ignorancia en todo.

Al decir esto, su voz era de trueno, su mirar imponente, tenía arrebatado y enternecido a su auditorio....

—Padre: me parece que mejor ha de ser usted un General que un Capellán. Vamos, déjese usted de cosas, arroje la turca y cargue contra el mundo si se nos opone.

— Un pliego de papel…

Llevaron el papel, escribieron, y al calce firmó el anciano que estaba en la cabecera de la mesa: "Miguel Hidalgo y Costilla."

— Con que, lo dicho: a revolucionar el Sur, y veámos si de aquí a algún tiempo recibimos cartas del Coronel Morelos, que anuncian que han olido su pólvora en Acapulco.

— ¡Camarada! venga un abrazo: si algo se ofrece, cuatro letrajos, ya sabe usted, "a Ignacio Allende," y ¡vive Cristo! que aquí está un corazón que sabe ganarse amigos.

Quedaron unos murmurando, otros aplaudiendo al Coronel Morelos, mientras éste, silencioso y modesto, tomó su camino para su curato, sin más auxilio que el del cielo; pero ufano, con el pensamiento audaz de dirigirse a Acapulco dentro de pocos días.

II

Trasladémonos ahora al cerro del Veladero, situado en la costa de Acapulco: el Cura de Carácuaro acababa de llegar con cerca de 700 hombres; mientras su tropa se alojaba y disponía a resistir al enemigo.

—Galeana, dijo a un oficial: ¿dejó usted recomendado a Ávila el Ahuacatillo?

—Sí, señor….

— ¿Y ese "Niño" cuándo le llora en el oído a París?

—Yo creo que para principios de diciembre entrante lo tenemos encima, y estaremos en apuros.

— ¡Apuros! En poca agua se ahoga usted. — ¿No vé usted que salí del curato con dos "trabucos y una carabina descompuesta," y ahora ya hasta artillería tenemos?...

—Sí, artillería, un cañón "Niño"

— Ese "Niño" ha de dar muy malas noches a los "gachupines:" no se olviden las avanzadas por "las Cruces y San Marcos."

—No, señor.

—Vaya usted, que yo mientras soy Ingeniero, con cueros de res y con ladrillos.

El día 8 de diciembre de 1810, serían las ocho de la mañana, cuando distinguieron a Don Francisco Páris, que venía sobre el campo de Morelos con 1,500 hombres; éste hizo al principio varias tentativas para evitar un rompimiento en que iba a derramarse sangre de hermanos; todo fué en vano, empeñóse la lid, las fuerzas de Páris combatían con increíble denuedo; el señor Morelos resistía con igual intrepidez. Montado en un brioso caballo. con su lanza en la mano, recorría los puntos más comprometidos, animaba con su ejemplo a los soldados, distribuía sagaz las fuerzas, se multiplicaba en sus acertadas disposiciones, y una no desmentida serenidad infundía esfuerzo a sus soldados.

A la caída de la tarde retiróse el enemigo, avergonzado, y las fuerzas insurgentes proclamaron con delirio el nombre de su jefe.

No era aquella gente una chusma desordenada que atacaba en grupos, que se descarriaba desobediente, no; eran soldados subordinados que con regularidad y con destreza se defendían.

Páris se retiró a "Jonaltepec" para volver de nuevo a la carga, después de reponerse un poco.

No perdió un instante Morelos, entabló negociaciones secretas en el campo enemigo, se impuso de sus oficiales, de las cualidades de éstos, lisonjeó a los descontentos y se relacionó con ellos, siendo de los principales un Capitán, "D. Mariano Tabares," ofendido por haber sido preso en aquellos días, porque desaprobó la prisión de Iturrigaray.

III

Era una noche obscurísima: el ruido de las olas y el grito de ¿quién vive? de los centinelas interrumpía solemnemente el silencio: el señor Morelos paseaba inquieto en su cuarto, reflexionando su crítica posición, por la carencia de víveres, y conociendo que necesitaba una victoria para acreditar su nombre é inspirar confianza a sus soldados, fijó el codo sobre una mesa que allí había, apoyó su frente abrasada en su mano, después tomo una pluma, trazó algunas líneas, y una expresión de júbilo bañó su semblante.

—Señor ayudante, exclamó, que me llamen a Don Julián Dávila.

A pocos momentos se presentó éste:

— ¡Señor!

—Búsqueme usted a Don Marcos Landín. En presencia de los dos extendió Morelos el papel donde había trazado las toscas líneas, y poniendo un eslabón en manos de uno de ellos, para que sirviese de contraseña, les dejó partir.

Los soldados no sabían dónde los llevaban. La mayor parte de ellos quedó oculta: en un bosque.

Repentinamente rompió la obscuridad el relámpago vivísimo de sesenta armas de fuego disparadas por los insurgentes en el centro del campo enemigo, poblaron los aires los gritos de ¡viva Morelos, y mueran los tiranos! Introducida por la inesperada descarga la confusión, muchos huyeron espantados, otros se rindieron, y Páris mismo, lleno de pavor, salió disfrazado del campo, preguntando por Morelos, ardid que le salvó la vida.

La sorpresa anterior reveló a la luz de la victoria, no a un guerrillero temerario y constante, no la mano que ejecuta a ciegas su venganza, sino la inteligencia sagaz y combinadora, terrible en el enojo: era la fuerza dirigida por el talento, combinación hasta entonces descuidada entre los insurgentes.

Ochocientos prisioneros, setecientos fusiles, cinco cañones, y algunas cargas de parque, víveres y dinero, fueron el resultado de esta empresa gloriosa.

Poco tiempo reposó Morelos a la sombra de sus nacientes laureles. Uno de los días de febrero de 1811, serían las cuatro de la mañana cuando a cierta distancia de la fortaleza de Acapulco brillaba en el campo una luz solitaria, defendíala del viento un farolillo, la tropa marchaba en el mayor orden y silencio, se oía el rumor de las pisadas, y las toses reprimidas de los soldados.

El señor Morelos marchaba risueño como siempre que se veía frente al peligro.

—Señor Cura, mucho temo una traición, porque no han contestado con su luz a la de nuestro farol.

—Tengo dadas mis disposiciones; creo que "Gago" no nos venderá; pero siempre y desconfiando, he distribuido la tropa de

modo que no toda se comprometa: que no muevan el farol de "Puente de Hornos."

—Mi General, avanzaremos nosotros, daremos la contraseña y después irá usted.

—No, marchemos adelante, muchachos.

Llegó la tropa hasta la puerta de la fortaleza, parecía ésta desierta, mantúvose algunos momentos indecisa la tropa, nada interrumpía el silencio.... Oyéronse unos pasos, y por la cerradura preguntaron con misterio:

— ¿Viene ahí el señor Cura Morelos y el Comandante Tabares?

Morelos dijo a otro que respondiese que no; hízolo así, y a esta palabra se coronó súbitamente el castillo de gente, parecía un volcán la fortaleza, retumbaba el suelo con el estampido de la artillería, y eran tan redobladas y sostenidas las descargas, que brillaban los alrededores del castillo como si éste se hubiese incendiado; la reflexión del fuego en el foso, el silbar de las balas, las nubes de humo rasgadas por los relámpagos de nuevas descargas, y sobre todo la sorpresa, desordenó al ejército insurgente; sólo Morelos, en pie y tranquilo, parecía complacerse en aquel espectáculo terrífico.

Conociendo que era mengua que huyesen sus soldados, los exhortó a volver el frente al enemigo; revolvíanse indecisos, tronaba su voz ahogando la grita de la soldadesca española, y oyéndose entre el estrépito de los cañones: por fin, desbándase su gente y emprende la fuga.

Corréis, cobardes, exclamó iracundo: yo les pondré un puente que facilite el paso; y tomando la delantera de la tropa, se arrojó al suelo en un estrecho de preciso tránsito. Los soldados retrocedieron

espantados a vista de aquella barrera, levantaron a su General, y se unieron a su derredor con entusiasmo.

— ¿Por qué huyen ustedes? ¿No estábamos ya fuera de peligro?

IV

El Virrey Venegas conoció la superioridad temible del nuevo campeón que saltaba a la arena, y mandó numerosas fuerzas para que lo persiguiesen; pero como la relación minuciosa de sus encuentros y victorias no es de mi objeto, ni posible de reducirse a los límites de un artículo, dejo al exacto biógrafo tan preciosos materiales, para elevar una sublime columna de honor a su héroe, mientras yo, cambiando las decoraciones de mi teatro, translado la escena al frente de Tixtla, ocupada entonces por los Comandantes españoles "Cosío" y "Guevara."

Brillaba la feliz aurora del 12 de Agosto de 1811; el alegre toque de diana despertaba al soldado, para que realizase sus sueños belicosos; el cañonazo de saludo era como el himno a la salida del sol, y el ruido de las armas, el relinchar de los caballos y todos los aprestos militares indicaban la proximidad de la batalla.

El sol doraba el campanario del pueblo de Tixtla, coronado de tropas realistas y fortificados, lo mismo que la plaza del "Calvario", que dejaba ver de trecho en trecho en sus reforzadas trincheras aprestada la gruesa artillería.

Pero el humilde Cura de "Carácuaro," aquel hombre obscuro y sin carrera, había desplegado su vuelo de relámpago, y era el General adulado, por la victoria, y había caminado desde la ardiente costa

de Acapulco hasta Tixtla, bajo un dosel de laureles; sus criados, que eran entonces toda su compañía, se habrán tornado en un ejército respetable, valiente y moralizado, y en su derredor levantaban sus frentes los Galeanas, los Matamoros y los Bravos.

La campaña es el festín del soldado, por eso se impacientaban los insurgentes a la vista de Tixtla y por eso un clamor de júbilo mezclado a la música y los vivas, respondió al primer cañonazo disparado desde las trincheras de aquel pueblo, a las nueve de la mañana.

El cielo estaba sereno, el campo alegre, y por la atmósfera tranquila subió lenta la columna de humo de los primeros fuegos. Morelos continuó su conversación llena de donaire y cuentos oportunos, mientras las granadas reventaban a su frente, y se cruzaban las balas en todas direcciones; tenía su traje sencillo, su "chaqueta de lienzo", su pañuelo blanco cuidadosamente amarrado en la cabeza.

Repartiéronse en orden las tropas: al principio se interrumpió el tiroteo, después empeñóse en una parte, en otra; hízose por fin general: una nube espesa ocultaba la población y el campo: como sombras veían se discurrir los soldados y surcaban las ráfagas de fuego de las descargas, y las llamaradas del cañón, aquel humo negro, y amarillento, por el resplandor vivísimo del sol.

Defendíanse los realistas con una intrepidez increíble: con encarnizamiento combatían los insurgentes; retemblaba el suelo al estampido de los cañones, y los ecos de la música marcial enardecían las almas y levantaban clamores entusiastas, entre los que se percibían el resollar de los caballos fatigados o el gemir doliente de los moribundos.

¿Se alzaba la llama del cañón en un punto comprometido? Alumbraba la frente impasible de Morelos que alentaba a sus

compañeros. ¿Retumbaba un acento en medio de la más empeñada refriega? Era la voz de Morelos.

¿Cundían en el aire mil vivas alegres? Era la presencia de su General, a quien lo saludaban como a un Dios, con ternura, con la seguridad de vencedores.

El combate se prolongaba, manteniéndose indeciso hasta más de la mitad del día, aunque el esfuerzo no minoraba: en las tropas insurgentes se comenzó a notar la escasez de parque, que se hizo muy sensible a la caída de la tarde; en estas circunstancias empeñóse una vivísima lucha en una batería enemiga, se distinguía allí por su arrojo temerario un joven moreno, de ojos rasgados y vivísimos, y que reía en medio del asalto, dejando ver su dentadura blanquísima.

El muchacho alegre, insolente, todo lo animaba, y su alborozo inspiraba ardimiento y placer; de repente desaparece de entre sus compañeros, deslízase arrastrándose como una serpiente bajo la cureña contraria, y al ir a dar fuego un artillero, dispárale un tiro, apodérase del cañón, levanta en sus manos un saco de pólvora y lleno de gozo les grita a sus amigos: "Ya tenemos parque."

Este incidente influyó no poco en aquella acción; los realistas se defendían con despecho; el sol estaba al ocultarse, suspendido en el borde del horizonte, cuando una llama cárdena penetró entre el torbellino de humo, y gritaron: ¡¡quemazón!!

Efectivamente, comenzaron a arder las principales casas del pueblo, crugían las vigas, y de tiempo en tiempo se desplomaban los techos, cesando las llamas para trepar después serpenteando en las paredes y levantarse terribles.

La confusión no tuvo limites, los lloros de los niños, los alaridos espantosos de las mujeres.

Los realistas, despavoridos, refugiáronse en la Parroquia, sonaron las campanas, y el Cura de ella, agente servilísimo de los españoles, se presentó en la puerta de la iglesia: Morelos le mandó que se retirase, y no perdió momento en reparar las fortificaciones, previendo que podía ser hostilizada aquella plaza.

V

Después de dejar guarnecido el pueblo con 104 hombres al mando del intrépido Galeana, pasó Morelos a Chilpancingo, donde se solemnizaba con diversiones públicas la Asunción de Nuestra Señora, patrona de aquel pueblo.

En el mismo día se supo en Chilapa, cuartel general de los españoles Fuentes y Recacho, la salida del señor Morelos y la falta completa de parque de los de Tixtla.

Fuentes precipitó su marcha, y penetró con aire triunfal por algunas calles del pueblo; pero al llegar a las trincheras de la plaza, encontró una resistencia que no esperaba.

En medio de las diversiones dieron a Morelos, esta noticia en Chilpancingo, y le pedían parque con suma urgencia, pero aunque en aquel pueblo habla una fábrica de pólvora, estaba húmeda e inservible; Morelos dijo al correo que al otro día haría una visita. a Galeana, que lo esperase por Cuauhtlapa.

En efecto, la mañana siguiente, en medio del más empeñado tiroteo, y cuando entreveían los españoles insolentes una victoria, suena repique a vuelo en la Parroquia de Tixtla, los realistas lo interpretan como un ardid, para excitar al entusiasmo insurgente, y casi tocaban

con la mano las trincheras, preguntando con mofa si estaban locos, cuando el cañón "Niño" tronó a sus espaldas en una altura.

Volvieron el rostro y vieron al señor Morelos con el lanzafuego aún en la mano, porque él habla disparado tiro tan certero. los soldados insurgentes respiraron aquel aire de victoria que rodeaba a Morelos: los vivas llenaron el viento; las músicas y el repique alegraban las almas; quisieron los realistas formar cuadro; pero saltando la trinchera entre una nube de humo, y blandiendo su lanza Galeana, se arrojó entre ellos, los desordenó violento como el rayo; acudieron sus fieles soldados, y los lanceros impetuosos de Morelos, y entonces la derrota fue completa y la carnicería horrible: quedaron en el campo lagos de sangre; corrían al acaso caballos sin jinetes, y veíanse revolcar los heridos en el suelo; hicieron los insurgentes cerca de ochocientos prisioneros, doscientos muertos, recogiendo, además, equipajes, municiones y víveres. Nada faltó para hacer brillante esta victoria, ni la muerte de un traidor, porque fue cogido prisionero "Gago" el de Acapulco, y mandado fusilar al instante.

En la noche de ese día dictaba Morelos a su Secretario una carta dirigida a Rayón, en la cual, entre otras cosas, le decía:

"Hasta esta fecha, 16 de Agosto de 1811, he tenido veintiséis batallas, veintidós ganadas completamente y en cuatro hice una retirada honrosa."

Lejos de envanecerse con una carrera triunfal, magnífica y feliz, que hacía ondear el pabellón insurgente en casi todos los puntos del Sur de la provincia de México, con un ejército que lo adoraba como a un padre y con un prestigio robusto y prepotente, manifestó en la administración civil un juicio y un talento admirables: "su primer principio fue no hacer variación ninguna en el estado de las cosas,

limitándose a remover las personas que no le inspiraban confianza, para lo cual l nombró intendentes y subdelegados; pero la administración de justicia y la de hacienda continuaron en los términos establecidos por las leyes, sin permitir que los Comandantes se arrogasen ni la una ni la otra, como sucedía frecuentemente entre los jefes insurgentes que no estaban bajo sus órdenes; tampoco se permitía a los jefes militares imponer contribuciones, ni molestar a los habitantes con vejaciones arbitrarias, tan comunes en otras partes, y que habían hecho odiosa la insurrección."

La junta de Zitácuaro entendía inmaturamente en el sistema político, en los momentos que se disputaba palmo a palmo el terreno, y cuando no había aún nación de que fuesen representantes aquellos miembros.

Deseaba el señor Morelos el establecimiento die un gobierno; pero lejos de convertirse en intérprete arbitrario de la voluntad nacional, quería que fuese esta declaración obra del pueblo, cuya soberanía reconoció.

Rehusó reconocer el título hipócrita que tomó la junta de Zitácuaro, de representante de Fernando VII; y aunque esto se quería paliar como medida de convención y de una política sagaz, el señor Morelos no quiso que aquel Cuerpo tuviera otros títulos que los que le otorgase la espontánea voluntad de los pueblos en el goce de sus derechos.

Estos rasgos pintan el instinto de la política verdadera, como agente de la felicidad común, y no como el arte de la superchería y del engaño. En nuestros tiempos hemos visto muchos sucesores audaces de las pitonisas de la antigüedad que quieren interpretar los oráculos

de su divinidad, el pueblo, en quien no creen más que cuando los incensa, o se deja alucinar con sus doctrinas.

VI

Grato para mi sería poderme detener en la relación de las victorias del señor Morelos, que sucedieron a las de Tixtla.

Chautla, Izúcar, Tenancingo y otros pueblos aclamaron su nombre victorioso, lo vieron terrible en medio del calor de la batalla, lo admiraron en el campo de Tenancingo, enfermo, sobre una caja de guerra, en medio de las balas, dando sus órdenes tranquilo y risueño, como si asistiese a un festín: allí también lo vieron partir su alimento con el soldado indio, que abría su corazón salvaje y oprimido al rocío de una amistad generosa y franca.

Pero ha llegado Morelos a Cuautla de Amilpas: y quiero descansar con mis lectores mientras la pluma fácil del señor Morelos nos describe aquel lugar, donde germinaron tantas hazañas.

"La población está formada sobre un terreno de poca elevación, que domina las cercanía a considerables distancias, y a las inmediaciones de la línea interior en que terminan las casas, se hallan grandes plantíos de plátanos y arboledas espesas: su mayor extensión es de Norte a Sur en poco más de media legua, y su anchura de Este a Oeste no excede de un cuarto de legua. En la parte del Oeste corre de Norte a Sur una atargea de mampostería, de vara y media de espesor, que va gradualmente elevándose de doce a catorce varas, y termina en la hacienda de Buenavista: entre el pueblo y las lomas de Zacatepec, que se hallan al Este, corre el río cuya caja es de más de

doscientas varas; pero cuya corriente, aunque abundante y rápida no ocupa por lo común sino una parte muy corta, ciñéndose a un canal de doce a quince varas."

En los primeros días de Febrero de 1812, salió de México Don Félix María Calleja, con dirección a Cuautla, al frente de un ejército que había llenado de terror el Bajío: el 18 dejó el campo de Pasulco, con el objeto de reconocer a Cuautla, y el 19 formalizó su primera tentativa de asalto.

Desde una altura percibió el ejército el General Morelos, que platicaba festivo con sus oficiales.

— ¿Está usted cierto de lo que me dice, curita? Dirigía esta pregunta a un hombrecillo de mediana estatura rubio, picado de viruelas, y con sus ojos azules llenos de viveza y expresión: era Matamoros.

— ¿Cómo si estoy cierto? Son más de ocho mil hombres; uno a uno no hemos de dejar ninguno, y si no, permítame usted que les vaya a saludar, ¡por vida de...!

— ¡Coronel! Guarde usted sus bríos para "Buenavista," y cuidado con el nombre: no hay que cegarse por nada de esta vida. ¿Y dígame usted, señor Galeana, San Diego qué tal está de fortificado? porque lo que de noche se hace ....

—Es cierto, señor, se trabajó toda la noche; pero no por eso está mal.

— ¡Hola! ¡Hola! Vean ustedes, dijo con interés Morelos, parece que tiene mucha prisa de saludarnos Calleja; forzoso será dar nuestras órdenes para recibirlo. ¡Mi escolta! ¡Dragón, acerca mi caballo!

Galeana se puso al paso del General, y aunque dócil y tímido en su trato, le rogó encarecidamente no se aventurase en un reconocimiento imprudente

—"Déjeme usted, Galeana, sólo voy al "Calvario a reconocer con mi anteojo al enemigo."

—Acompañaré a usted, mi General, replicó el valiente.

—No, no es necesario; voy de paseo.

Y el invencible Galeana se mordió en silencio los labios, y pesaroso dejó alejar a su amado General al frente de su escolta.

—Está visto, dijo casi con las lágrimas en los ojos y sin perderlo de vista, va a ser una de las suyas; ¡y estar yo aquí!

— ¡Hola! Señor oficial, continuó, mande usted poner al momento vigías en las torres, que observen al General.

Paseábase inquieto Galeana cerca de su caballo, reprimiendo sus tentaciones de montarlo, y acariciando su crín negra como el ébano.

Oyóse de repente el fragor de la artillería, que desde antes había emboscado Calleja a los lados del camino: espantados los vigías de las torres, gritan: "que nos cogen al General;" y Galeana en su corcel, rápido, como la voluntad de Dios; desapareció, al socorro de su jefe.

Entretanto, alrededor de Morelos se había agrupado la fuerza enemiga, la sorpresa y la lluvia de balas dispersaron su escolta, no quedando sino muy pocos a su lado: junto de él acababa de caer, acribillado de heridas, un soldado querido: se revolvía en un círculo de enemigos como un león cercado de diestros cazadores; pero se hacía campo con sus armas, disparando sus pistolas a los que más de cerca lo seguían, y sin perder su gravedad majestuosa y tranquila: —"Muchachos," decía con flema, "no corran, que las balas no se ven por las espaldas."

—Mi General, mi General, salvémonos, corramos, mi General.

—"Más honroso es morir matando, que entrar en Cuautla corriendo."

—Avancemos, mi General.

—Este es el paso de mi caballo, el que quiera que lo siga.

Los realistas creían tener su presa entre las manos, anticipaban gritos de contento y redoblaban su esfuerzo.

Mientras en el campo de Morelos cundía la confusión y se propagaba la alarma, en los momentos más desesperados apareció el acero invencible de Galeana y de sus arrojados costeños: como el huracán dispersa las arenas, ahuyentó a los que cercaban a Morelos: los soldados se encarnizaron al extremo de arrojar las armas de fuego para combatir con sus "machetes."

El ejército, después de cobrado su General, lloraba de gozo, y Galeana, con la risa en los labios y las lágrimas en los ojos, no cesaba de abrazar a su General, haciéndole al mismo tiempo cariñosas reconvenciones por su arrojo y, sobre todo, porque no lo había llevado consigo.

Al siguiente día, el ataque fue más formal: Calleja marchaba a la retaguardia de su ejército en un coche, seguro de su triunfo; penetraron los realistas por la calle Real, la artillería y la infantería redoblaban sus tiros, cubríanse los contendientes con una nube espesísima de humo, poniéndose a medio tiro de la trinchera de la plaza de San Diego.

El Coronel que mandaba aquella sección percibió a Galeana, sublime y terrible como era siempre, en medio del combate, y dejando oír su voz entre el estruendo de las armas, le gritó, desprendiéndose de sus filas:

— ¡Ah, infame! Sal, que a ti te buscaba.

Galeana estaba a su frente. Disparóle el español una pistola, sonrió Galeana, apuntó al insultante Coronel, y cayó en tierra.

—Era valiente, dijo Galeana; y lo condujo en sus brazos dentro de la trinchera para que le ministrasen los auxilios divinos.

La tropa realista seguía enfurecida su lucha; penetró por el interior de las casas barrenándolas para comunicarse por este medio: las familias se arrodillaban despavoridas ante la soldadesca ciega, y se multiplicaban escenas que desgarraban el corazón.

Un malvado propagó dentro del campo insurgente la voz de que Galeana había perdido la plaza; cundió el desaliento, quedó la batería de San Diego casi solitaria, y solo un jovencillo obscuro estaba junto a la artillería. Aprovechándose de su desamparo un dragón, le hirió en un brazo; derribado el joven, dejando un rastro de sangre en el suelo, en que se arrastraba, y alzándose con dificultad, prendió fuego al cañón, conteniendo al enemigo, que avanzaba sobre la batería.

Quedaron en el campo como 400 cadáveres, y muchos fusiles, que recogieron los insurgentes.

"El día 20 de Febrero de 1812 remitió Calleja al Virrey el estado de muertos, heridos, contusos y extraviados en la acción del día anterior, en los términos siguientes:

Oficiales muertos, 4.—Heridos 7. —Contusos, 11.

Muertos de tropa, 15. —Heridos de tropa, 55. —Heridos levemente, 40. —Contusos de tropa, 43. —Extraviados, 3.

Mas en el oficio 6 parte del 21 del mismo mes, se expresa así:

— "¡Yo me encuentro embarazado con más de 200 heridos y enfermos mal asistidos, que dudo si los remitiré a Ozumba, desde

donde por Chalco podrán con menos incomodidad dirigirse a esa!, o si me sitúo en alguna hacienda inmediata por no exponerlos a que el camino los empeore."

El día 5 de Marzo, Calleja comenzó formalmente el sitio, pronosticando que no dejaría piedra sobre piedra en la población rebelde, y creyendo fácil de realizar sus proyectos exterminadores en poco más de ocho días. Aunque en lo público se mentía oficialmente, exagerando los triunfos de los realistas y pintando el de Cuautla como un sitio sin importancia sofocando así la revolución en el Sur de México, la correspondencia reservada entre el Comandante en jefe y el Virrey era amarga, y en sus groseras contradicciones realzaba los talentos de Morelos, presentándolo realmente como un enemigo astuto y formidable.

Los disgustos entre Calleja y Venegas habían llegado a conocimiento del público, debilitando la opinión entre los realistas mismos, y siendo eficaz agente del prestigio del General Morelos.

Deseaba Venegas que en un asalto y por la fuerza de las armas, se terminase una lucha que tenía despierta la atención; y Calleja por su parte rehusaba aventurar en un ataque la nombradía adquirida en sus anteriores campañas. Veía uno la exigencia del asalto como una venganza, y el otro interpretaba las demoras del sitio como ineptitud y cobardía.

No obstante, se prodigaron a Calleja los recursos, situándose en Chalco tropas suficientes para mantener franca la comunicación con México.

VII

Entre tanto, el General Morelos en su terreno sumamente abierto, con sus reducidas fuerzas, y sin más recursos que su ingenio y su inflexible constancia, recurría a sus inspiraciones, y todo lo creaba para resistir al enemigo.

Se proveyó de víveres, improvisó trincheras, entabló relaciones con algunas de sus partidas errantes para interceptar las comunicaciones del Gobierno y proporcionarse recursos, y suplía su talento inagotable las faltas todas que se notaban.

Ya como guerrero, el primero en el campo, sus huellas guiaban a sus soldados a combatir; ya como General astuto, entablaba negociaciones con los descontentos para imponerse de cuanto le convenía; ya, por último, alegre compartía con sus oficiales sus alimentos, dándoles ejemplo con una conducta intachable.

Celebrada con regocijo y hacia publicar las acciones heroicas de sus soldados, fomentaba el contento con diversiones quedaban testimonio de su desprecio al enemigo, y muchas veces al retumbar el cañón y al rasgar los aires las bombas, triscaba con sus amigos en festivas jamaicas, llenando el aire las músicas militares.

Imposible es seguir la detenida relación de un asedio que duró sesenta y tres días, marcado cada sol con mil hazañas dignas de renombre: este asedio forma por si solo la epopeya sublime de la existencia de Morelos, y el panegírico completo de sus ilustres Generales, es el episodio más bello de la guerra de la Independencia y el orgullo de nuestros recuerdos nacionales.

Combatir día a día, momento a momento, contra fuerzas siete veces superiores, con la agonía de la sed y del hambre, con el azote de

una epidemia destructora, y encontrar para todo recurso, y convertir en un festín el teatro de la muerte; hechos son éstos que escritos en otro idioma y oídos por otros hombres menos indolentes que los de México, pasarían tradicionales a las generaciones futuras, cada vez con más lustre y encanto.

Pasaré en silencio el recobro del agua por el impetuoso Galeana, construyendo entre una lluvia de balas un fortín para impedir que la cortasen.

No mencionaré el ardid del Capitán Anzures en medio de la noche, tocando con un tambor por diversos puntos a degiiello, desconcertando así una vil traición, y convirtiendo ésta en perjuicio de los realistas, que engañados se destrozaron mutuamente.

Mientras las numerosas huestes de Calleja, reducidas al último extremo, aún insultaban con despecho a los insurgentes en medio de la consternación más sombría; así se expresa este General mismo hablando de los sitiados: "Si la constancia y actividad de los defensores dé Cuautla, fuese con moralidad" y dirigida a una justa causa, merecerla algún día un lugar distinguido en la historia.

"Estrechados por nuestras tropas, y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos, entierran sus cadáveres con repiques, en celebridad de su muerte gloriosa, y festejan con algazara y bailes el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de desgracias y de rendición. Este clérigo es un segundo Mahoma, etc."

Las víctimas de la peste, en el campo americano, eran numerosísimas, y los horrores del hambre se hacían palpables de día en día; pero a aquel ejército de hierro nada lo desalentaba, renaciendo su vigor del fondo mismo de sus calamidades.

Resolvióse, pues, Morelos a dar un ataque decisivo a las baterías del Calvario, que estaban al mando del Brigadier Llano; distrajo la atención del enemigo por varios puntos donde tenía repartida su fuerza. Lanzaron sobre el baluarte dicho, granadas de mano, y reforzando la tropa que mandaba Morelos en persona, los valientes de Galeana tomaron la artillería y los obuses de Llano.

Esta victoria no fue, sin embargo, de importantes consecuencias, porque los soldados, por apoderarse de los víveres, se distrajeron en la persecución del enemigo.

La dilación del sitio, las prevenciones de Calleja, y las simpatías que se había creado Morelos en la capital misma, tenían en graves conflictos al Gobierno español, que herido en lo más vivo su nombre y poder, veía prolongar sin esperanza una lucha en que se encontraba altamente comprometida su existencia.

Recurrió Calleja entonces al halago y a las promesas de indulto; al efecto, el 30 de abril hizo seña y condujo el Alférez Calápiz al campo insurgente, indulto para Morelos, Galeana y Bravo. El primero recibió el papel, y sin vacilar escribió en su reverso: "Otorgó igual gracia a Calleja y los suyos."

La situación de Calleja llegó a ser tan comprometida, que el 2 de mayo decía al Virrey oficialmente:

"Excmo. señor: —Conviene mucho que el ejército salga de este infernal país lo más pronto posible; y por lo que respecta a mi salud, se halla en tal estado de decadencia que, si no la acudo en el corto término que ella puede darme, llegarán tarde todos los auxilios. —V. E. se servirá decirme en contestación lo que deba hacer. —Dios, etc.— Campo sobre Cuautla, mayo 2 de 1812. —A las cuatro y media de la mañana."

Decidióse, por fin, Morelos, a evacuar Cuautla, y una noche, de los primeros días de mayo, a la luz de la luna, comenzó a salir en buen orden y con las precauciones debidas el reducido ejército, por el baluarte del Agua, en medio del Calvario y Amelcingo. Galeana ocupaba la vanguardia; entre ésta y el centro iba el General Morelos, mandando la retaguardia el Capitán Anzures, de quien hemos hablado.

Muchos de los vecinos de Cuautla se unieron al ejército: había avanzado éste un largo trecho, cuando resonó el ¿quién vive? de un centinela realista; Galeana le contestó con la muerte; pero entonces se hizo, la alarma general, y el fuego se rompió por todas partes. Los gritos de: "¡Viva Nuestra señora de Guadalupe!" "¡Viva la América!", fueron la señal del combate, que se empeñó con encarnizamiento; no obstante, el ejército insurgente verificó una retirada lenta y honrosa, retirada que equivalió a una victoria, según conceptuó a los americanos.

He aquí el rápido bosquejo del célebre sitio de Cuautla: en él gastó el Gobierno español 1.700,000 pesos, sacrificando lo más florido de su tropa, menoscabando extraordinariamente su opinión. El sitio de Cuautla fue el sepulcro de la reputación de Calleja.

Así se expresa Zavala hablando de Morelos, después del sitio.

"La fama del héroe se llevó entonces hasta las estrellas, un entusiasmo que ocupaba los espíritus de los criollos. En México mismo se cantaban los elogios del campeón nacional, y su nombre ya era una señal de triunfo para los mexicanos."

VIII

Después de la salida de Morelos de Cuautla, Huajuapan, Tehuacán, Orizaba y otros varios pueblos aclamaron sus armas victoriosas. En este momento llama nuestra atención una tienda de campaña situada en la villa de Etla, cerca de Oaxaca.

Era el 24 de noviembre de 1812: la tropa que rodeaba la tienda de campaña aún no reposaba de las fatigas de un camino fragoso y despoblado.

En el interior de la tienda había algunas piedras que servían de asientos a varios oficiales, muchos bultos de equipaje esparcidos sin orden, y algunos asistentes en un extremo disponiendo la cena. Morelos dictaba a un oficial sus órdenes; todos lo escuchaban en silencio.

— Señor amanuense, haga usted saber a los señores la orden del día. El escribiente leyó:

— "A acuartelarse en Oaxaca."

Todos hicieron un movimiento de sorpresa; Oaxaca estaba al mando del teniente general González Saravia, perfectamente parapetada y defendida por un ejército valiente y numeroso; la tropa de Morelos acababa de llegar, sufriendo las fatigas de un viaje penoso; en su mayor parte estaba desnuda y hambrienta.

— No dirán ustedes, señores, dijo Morelos a sus oficiales, que no les busco para mañana, mejor alojamiento.

— Bien, bien, mi General, veremos al famoso coronel Saravia, en esa puerta de la Soledad.

— Firme el pulso mañana, señor colegial: usted va a mandar la artillería.

— No hay cuidado, señor; aquí con mi lápiz estaba mapeando el terreno.

— Bien me parece, señor Terán. —Y usted, señor Galeana, ¿dónde trae el mapa?

— Ahí lo formarán, señor, los cuerpos de los "gachupines" que dejo tendidos.

— Eso es pedirme la vanguardia; se la doy a usted.

— El señor Bravo el centro.

— ¿Y yo me quedo mano sobre mano, mi General?

— Señor Matamoros, usted manda la retaguardia, y la reserva yo: ven ustedes que soy el menos ambicioso.

IX

Ardiente es el sueño que antecede al combate. Al día siguiente, antes de las nueve de la mañana todo estaba listo y en poder del Gobernador Bonavia una orden de puño de Morelos, intimando que se rindiese antes de dos horas.

La intimación fue despreciada, y entre los gritos de júbilo rompieron las músicas, y retumbo el cañón como el primer grito de muerte ó de victoria.

La artillería obraba prodigios; el joven que la mandaba dirigía sus tiros certeros con el mejor éxito; Morelos lo admiraba regocijado de lejos con su anteojo; dejémosle noticiar sus triunfos a los que tiene a su lado.

— Perfectamente, señor; Terán tomó la puntería: ¡qué horror! ha caído un soldado junto a él; pero ni movió el pulso.... Temerario, ya hace transportar a brazo el cañón de "Llano." ¡Que viva! ¡Bien! .... ahora corre por toda su línea, ya no lo percibo.... ¡Maldita humareda! ¡Jesús! .... es cierto, véanlo, véanlo.... saltó al puente, se apodero de él! Valiente joven; tú serás la gloria de tu patria: ya avanzo.... ¿Dónde está? Oigan el repique; ha entrado a la plaza. Muchachos, ¡¡viva Terán!!

— Asistentes, traigan aquí el almuerzo.

Esto lo decía bajo la granizada de balas del fortín de la soledad, y en inminente riesgo; sin embargo, allí daba sus ordenes, tranquilo, allí inspiraba una serenidad y ardimiento.

Entré tanto el Teniente Coronel Victoria sostenía una encarnizada lucha del otro lado del foso, inmediato al juego de pelota; oía empeñado el tiroteo en las calles y plazas, envidiaba los triunfos de sus compañeros que anunciaban los repiques del Carmen, Santo Domingo y San Diego; pero sus obstinados adversarios, defendidos por el foso, le dirigían una granizada de balas y hacían replegar a sus soldados; rasgaban el aire las granadas y bombas: en el agua del extenso foso caían a plomo los cadáveres, y como fieras encerradas en una jaula, veían a sus enemigos que los burlaban con audacia.

Aquí los aguardamos, gritaron los insolentes realistas.

Entonces Victoria desnudando el acero, les dijo:

Va mi espada en prendas, voy por ella; y en seguida se arrojo al foso.

A pocos momentos proclamaba la libertad sobre la muralla enemiga.

Terán, Galeana, Larios, Matamoros y Morelos mismo, habían penetrado en la Ciudad, sosteniendo en cada calle un combate,

disputándose palmo a palmo un terreno sembrado de cadáveres; el estrépito de las armas, el repique a vuelo de las campanas, los gritos de vencedores y vencidos, la confusión, el tumulto, ofrecían cierto contraste con las puertas de las casas cerradas y con el aspecto lúgubre de la ciudad, que parecía esperar consternada la decisión de lucha tan sangrienta.

Nadie pudo contener los desmanes de la soldadesca victoriosa; entre goce al saqueo y al desorden: sobre el campo de muerte se entronizó la orgía.... Siguiéronse las represalias y castigos.... Cumpla el severo historiador con la dura ley de consignar estas manchas que afean la historia en el libro de la inmortalidad.

Una inmensa riqueza recogió en Oaxaca los insurgentes.

Morelos respetó al clero, que lo había escarnecido: el Obispo tuvo un único síntoma de talento en su vida: fugarse a la hora del peligro. Este hombre servil había descrito a Morelos con cuernos y cola, como a los demonios de retablo. ¡Religión santa! ¡más te han perjudicado ministros, como éstos, que Lutero y Voltaire!

Morelos descansó de sus fatigas organizando nuevas fuerzas, vistiendo a sus soldados, creando una maestranza que dirigía Don Manuel Terán, y tratando de borrar los recuerdos de la pasada catástrofe con diversiones públicas y actos benéficos, captándose en poco tiempo la voluntad general.

X

Habían transcurrido poco más de dos años, desde que el humilde Cura de Carácuaro, al frente de una fuerza reducida y bisoña, combatía por la primera vez en el Veladero, con el ejército de Don Francisco Paris.

Era el día 26 de marzo de 1813, cuando un ejército engrandecido y un General ídolo de su patria y mimado por la fortuna, se presentaba con sus huestes victoriosas en aquel mismo punto al que le puso por nombre con tanto donaire, "Paso a la eternidad," cuando apenas brillaba la aurora de su espléndido ingenio militar.

Preparó con detenido cálculo el ataque de la Ciudad y fuerte de Acapulco: fue tomada la primera el 12 de abril, a las oraciones de la noche.

Intimóse la rendición del castillo, que estaba al mando de Don Pedro Vélez, natural de la villa de Córdoba; pero este mexicano inflexible, manifestó la más decidida resistencia.

La posición ventajosa que ocupaba, la abundancia de recursos que recibía por la isla de la "Roqueta," distante dos leguas del fuerte, la retirada por mar, y la superioridad de sus armas, le daban si no certeza del triunfo, al menos esperanza de resistir cuanto fuese necesario para que lo auxiliasen con buen éxito las tropas realistas que enviase el Gobierno.

Morelos, inagotable en concepciones felices, emprendió un sitio para él de un nuevo género, hostilizando a los sitiados por mar y por tierra, sosteniendo recios y continuados combates.

El invencible Galeana, aventurándose en una débil canoa, favorecido por las sombras de la noche, tomó la isla protectora de que hemos hablado; sin embargo, el ejército español persistió en la defensa del fuerte.

La dilatación de un auxilio que afligía tanto a los sitiados como a los sitiadores, las enfermedades y el hambre que atormentaba a los insurgentes decidieron a Morelos a volar el castillo, minando el

terreno; pero estando para concluir esta operación, aventuró una última tentativa de asalto, en consideración a las familias inocentes que encerraba el castillo.

"El 17 de agosto en la noche, dice el señor Morelos, determiné que el señor Mariscal Don Hermenegildo Galeana, con una corta división, ciñera el sitio hasta el foso, por el lado de los Hornos, a la derecha del castillo, y el siempre valeroso Teniente Coronel Don Felipe González por la izquierda, venciendo éste los grandísimos obstáculos de profundos voladeros que caen al mar, rasando el pie de la muralla, y dominado del fusil y granadas que le disparaban en algún número. Superóse todo, no obstando la obscuridad de la noche y la dificultad del señor Mariscal, de pasar dominado del cañón y de todos sus fuegos, sin más muralla que su cuerpo, hasta encontrarse el uno con el otro, y sin más novedad que un Capitán y un soldado heridos de bala de fusil."

Tan imponente maniobra aterró al enemigo, suspendió sus fuegos y pidió parlamento, que dio por resultado la completa rendición del castillo, después de seis meses de resistencia.

Por aquellos días se hicieron palpables las diferencias entre los Vocales de la Junta de Zitácuaro, Rayón, Verduzco y Liceaga, enconándose por momentos, y perjudicando notablemente la causa de la patria.

Para terminar tan odiosas diferencias, favorecido por la reciente victoria de Acapulco, creyó el señor Morelos llegado el tiempo de la reorganización de la propia Junta, titulándola Congreso, expidiendo al efecto formal convocatoria.

Aunque algunos han juzgado con sangrienta severidad la Junta de Zitácuaro, como entorpecedora de las operaciones militares, y como

ávida de la reasunción de los poderes, es innegable que contribuyó eficazmente a moralizar la revolución, que se dedico a discutir los principios más luminosos de libertad y de conveniencias políticas, que ramifico e hizo extensiva la revolución cuanto fue posible, y que bajo sus auspicios se dirigió la opinión pública por medio de la prensa, de la manera más eficaz y honrosa para la nación.

Antes de que se concediese en México la pasajera libertad de escribir, las brillantes plumas de Cos y de Quintana Roo, discutían nuestros derechos, legalizaban nuestras causas, profundizaban cuestiones sublimes que vindicaban nuestro nombre en Europa, y creaban simpatías por nuestra causa.

El "Ilustrador americano," debido a la ingeniosa imaginación de Cos, propagaba doctrinas llenas de buen juicio y claridad.

Por otra parte, los sucesos de España en aquella época, la atrevida, discusión de los escritores europeos sobre los derechos del pueblo, y la lectura de las quejas de los Diputados a las Cortes españolas, sobre la conducta de nuestros dominadores, despertaban a México de un letargo en que había durado trescientos años.

En México mismo, el Lic. Bustamante y otros, ya con las festivas alusiones de la crítica, ya en escritos llenos de dignidad, combatían al poder al frente de su sólido, y en medio de peligros incalculables.

Cierto es que se ansiaba por las bases de un sistema que garantizase la existencia de la nación independiente y libre; pero esto exigía detenida meditación, porque en tiempos de revueltas suele ser de funesta trascendencia, toda exageración de principios.

La opinión de Zavales, que el señor Morelos debió haberse restringido a fijar por sí mismo ciertos principios generales, que tuviesen

por objeto asegurar garantías sociales, y una promesa solemne de un gobierno republicano representativo, cuando la nación hubiese conquistado su independencia.

De todas maneras, parece inmatura la instalación de un cuerpo que realmente no podía ni aun contar con el terreno en que quería deliberar nada menos que sobre la constitución mexicana.

El Congreso de Chilpancingo estuvo muy distante de ser un rebaño miserable de esclavos del poder militar; pero en cambio, si hemos de creer a Zavala, multiplicó de tal modo sus disposiciones impracticables, que hizo embarazosa la marcha de Morelos en los instantes que le era más necesaria la concentración del poder, para obrar rápido, con arreglo a las exigencias del momento. Muchas veces las imaginaciones exaltadas no calculan la distancia de las teorías a los hechos, y ya hemos visto sacrificada más de una conveniencia pública, a un elegante giro oratorio o al amor propio empeñado en una cuestión escolástica.

El Congreso mismo parece convencido íntimamente de estas verdades, pues en su reglamento, redactado por una pluma que ha sido el escudo de la patria y la gloria de nuestra literatura, más bien se establecía la división de poderes, como una fórmula consecuente con los principios liberales y la civilización del mismo, reservando de hecho el ejercicio real del poder al señor Morelos.

Después el Congreso fue el receptáculo de quejas contra Morelos mismo, un recurso de insubordinación, y un obstáculo de los planes militares.

Debo a la bondad de mi maestro y favorecedor, el señor Lic. Don Andrés Quintana Roo, el siguiente documento inédito, en que se

queja el señor Morelos de la conducta observada por el Congreso de Chilpancingo. Dice así:

"El reglamento bajo cuyo pie se regeneró nuestro Gobierno y reinstaló el Congreso, V. E. lo dictó. —Haga por su parte se cumpla, e influya todo lo posible, para que con la integridad que los caracteriza, se vaya reformando con la solemnidad de las actas, para que el pueblo no anule lo practicado, conforme al reglamento o lo que se haga con éste. —En el reglamento se queda el Congreso de representantes con sólo el Poder legislativo, y en el día quiere ejercer los tres poderes, cosa que nunca llevará a bien la nación. Aquel reglamento se publicó; varios ciudadanos tienen copia y saben quién fue su autor. ¿Cómo, pues, ha sido esta mutación tan repentina? No hablo más, porque a V. E. le toca, y hasta ahora no me ha manifestado su arrepentimiento o nuevo descubrimiento. V. E., pues, tomará a su cargo la conferencia privada y particular con los compañeros, hasta allanar estos gravísimos inconvenientes. —No estoy tan ciego que no conozca necesita alguna reforma; pero ésta debe hacerse con la misma formalidad por actas discutidas, en las que sea oído el Generalísimo, aquel a cuyas instancias se regeneró el Gobierno. Dígame V. E. su sentir, para que no perdamos tiempo. No sé cómo se asienta en el plan que quiere adaptar S. M., que los pueblos no quieren vales en cobre, pues con, continuación están ocurriendo a esta superioridad; y ahora que estoy escribiendo ésta, acaba de llegar un memorial acerca de eso. Dios guarde a V. E. muchos años. Huacura, mayo 18 de 1814. José María Morelos. Excmo. señor Vocal, Lic. Don Andrés Quintana."

Perdóneseme esta cansada digresión sobre el Congreso de Chilpancingo; y anudando el orden cronológico de los sucesos, acompañemos al General Morelos después de asegurada la fortaleza

de Acapulco, y dejar instalado el Congreso, en medio del regocijo general, en 13 de septiembre de 1813

XI

Dirigióse Morelos a Valladolid con su división, victorioso; y aquí comienza la serie de sus desgracias, porque hay hombres que siguen la vida de los astros; llegan al zénit, hermosos y radiantes, y no vuelven a adquirir su brillo sino pocos momentos antes de desaparecer a nuestros ojos.

El General vencedor en cien combates yace ahora sembrío y silencioso en una estancia de la hacienda de "Puruarán;" ha visto desaparecer a sus ojos lo más florido de su ejército: a los que daba el título de compañeros y de amigos los ve en poder del bárbaro enemigo vitoreando aún su nombre, y oye la mano de la guadaña de la fortuna inconstante, cavar el sepulcro de sus ilustres Generales; pero nunca fue más grande Morelos que visto a la luz lívida de la adversidad.

Fue la batalla de Purbarán sangrienta, y mi pluma se resiste a describirla: el brillo del acero realista desapareció bajo la sangre americana: en lo más recio del choque vio Morelos caer de su caballo al General Matamoros y cargó frenético para salvarlo; pero lo alejaron, y entonces una lágrima aislada surcó la mejilla, tostada por el sol de las victorias ....

La conducta de Morelos se comentó desfavorablemente, porque la adversidad no tiene más amigo que Dios.

Morelos descollaba en medio de su desgracia, como el cedro robusto que se salvó del incendio de la selva. El 5 de febrero de 1814,

con voz sosegada y entera, de entre las ruinas de su ejército y su gloria, dirigía al señor Quintana Roo la notable comunicación que original se ha servido franquearme, y a la letra dice:

"Excmo. señor: —Es preciso llevar con paciencia las adversidades. Acompaño a V. E. copia del oficio—orden que despacho al coronel Don Víctor Bravo, para que mitigue en parte los cuidados, no porque yo sea capaz de quitarlos. Consultando a la mayor seguridad y economía, perderé mañana domingo en preparar los mejores lugares de Tepantitlán, para, cuño y maestranza, pues no podemos estar ocho días sin estas oficinas; pero el lunes "Deo dante" seguiré a alcanzar el ejército, y a que nos veamos ***quam primum.*** El religioso, el mal religioso despachado por Calleja[51], merece acabar sus días en una bartolina privado absolutamente de la comunicación, aun de los pájaros. Yo encargo a V. E. esta privación, para que no engañe a los simples. La premura del tiempo no me permite extenderme a más; y si no fuera arrogancia, añadiría que aún HA QUEDADO UN PEDAZO DE MORELOS Y DIOS ENTERO.

— Dios guarde a V. E. muchos años. Tepa y febrero 9 de 1814. —JOSÉ MARÍA MORELOS. —Excmo. señor Lic. Don Andrés Quintana Roo."

En tropel acosaron las desgracias al ejército insurgente, y de abismo en abismo se iba precipitando a su exterminio. Hubo día en que, perdida toda esperanza, aquel General Galeana, que por sus altos hechos mereció el renombre de invencible, despojándose de sus vestidos militares en presencia de Morelos, le dijese, con voz enronquecida por el llanto:

[51] Me han asegurado que éste era un fraile agustino que iba al Congreso de Chilpancingo, con el objeto de ofrecer indultos a sus miembros o envenenar a los más perjudiciales a la España; le cogieron el arsénico con que debió haber perpetrado crimen tan atroz. G. P

—General, es forzoso que nos separemos.

— ¡Cómo! ¿Podría usted abandonarme en la adversidad, amigo mío?

— Señor, a usted lo defiende su saber y su nombre; yo voy a mi pobre casa a ocultar mi vergüenza de no haber muerto en el campo con mis compañeros: vuelvo casi desnudo, y sin más auxilio que el de Dios: yo no sé ni escribir una letra; pero labrare la tierra con mis manos, y ella me sustentará.

— Cuando me llamaba la victoria, compañero, pude vacilar en seguirla; ahora que me espera la muerte, no dudo, es fuerza ir a su encuentro.

— Eso no, mi General: sígame usted, yo lo obedeceré, lo defenderé, y comeremos un propio pan, hablando de nuestras campañas y de las desgracias de la nación.

— Vea usted, Galeana, aún tengo esperanzas: debemos continuar nuestros trabajos; si éstos fueren inútiles, usted me admitirá en sus tierras, las labraré para ganar el sustento.

Interrumpámos este diálogo, que sucesos más graves deben ocupar mi pluma.

XII

Es el 5 de noviembre de 1815; a alguna distancia del pueblo de "Tesmalaca," se percibe un ejército custodio del Congreso de Chilpancingo.

Sus ilustres miembros tocan el término de una dura peregrinación, en medio de los sobresaltos de la guerra, cambiando

de lugar constantemente, por la obstinada persecución de Negrete; impertérritos y unidos en su desgracia, acababan de publicar una Constitución, en que, a pesar del juicio acre de Zavala, se consignaban nuestros más preciosos derechos, proclamando la soberanía del pueblo.

Al frente de este ejército marcha un hombre, a quien todos iban sometidos, que les prodigaba paternales cuidados, y empleaba por ellos su vigilancia personal.

Los archivos, el parque, las mujeres y niños ocupaban los carros y se dirigían a Tehuacán.

Brillaba el sol con apacible claridad, ondeando sus reflejos en las armas: serían las diez de la mañana; adelantándose el señor Morelos por las lomas a reconocer Tesmalaca, cuando en una barranca lo atacaron los enemigos: empeñóse la acción con su reducida tropa; los fuegos lo bañaban por todos lados en tan desventajosa posición.

— ¡Avancen! ¡Avancen, "cazadores!" repetía tomando la delantera, y entre una lluvia de balas; pero unos después de otros caían, al tocar un punto dominado por los fuegos enemigos.

— Lobato, evite usted la fuga de esa tropa.

Entonces ese jefe comprendió mal el movimiento, y abandonando uno de los flancos se introdujo la más horrible confusión.

— ¿A qué correr? decía Morelos: aquí tenemos un sepulcro al natural.

La tropa se reanimó, el esforzado Don Nicolás Bravo estaba al lado de Morelos.

— ¡Viva la América! y cargaron con mayor brío; pero el sitio era tan escabroso y profundo que perecían a centenares los insurgentes, sin oír ni su clamor de muerte fuera de la barranca.

— Señor Bravo: retírese usted, "vaya a escoltar el Congreso, que aunque yo perezca, importa poco."

A pocos momentos de la retirada de Bravo, quedó Morelos con un solo criado; pero aún se defendía con denuedo. Cayó su caballo acribillado de balas: tomó otro de un dragón, diciendo:

— "Pronto se cansó este caballo, y anduvo bien poco."

— ¡Alto, cobardes! Moriré combatiendo con el más valiente.

Cesaron los fuegos enemigos. Morelos quiso desembarazarse de las espuelas, echó pie a tierra para pasar por la aspereza. En ese momento lo cercaron los realistas, al mando de Carranco, cobarde desertor de los americanos.

— ¡Cuidado quien dispara al General!

— No lo esperaba de usted, amigo; parece que nos conocemos. —Y le regaló uno de sus relojes por premio de su acción.

El repique, los cohetes y las dianas publicaron esta prisión, más importante para los españoles, que cien victorias.

XIII

Cargado de grillos, entre los ultrajes de una soldadesca brutal, y en medio del insultante regocijo de un populacho estúpido, atravesó las poblaciones desde Tesmalaca a México, donde el Gobierno español, aterrado con su presa inerme, multiplicó sus medidas de seguridad.

El 27 de noviembre, "el Santo tribunal" de la Inquisición juzgó al señor Morelos, y le hizo veintitrés cargos.

El señor Morelos respondió con dulzura, defendiendo la justicia de su causa, vindicando el nombre insurgente, y desvaneciendo los cargos de herejía que se le hicieron.

Los inquisidores dictaron su sentencia, y en ella lo condenaban a la pena de deposición, "a que asistiera a su auto en traje de penitente, con sotanilla sin cuello y vela verde."

En consecuencia de haber aprobado la causa una junta de teólogos, procedióse a la degradación.

Allí, en un banquillo, frente a sus jueces, revestido de los sagrados paramentos, con la hiel que derramó el hombre en la solemnidad de estos actos, y con un anatema que forma la tortura de las almas religiosas, fuéronlo despojando uno a uno de los ornamentos sagrados, hasta llevarlo al verdugo a raer sus manos; momento tremendo en que se oyó un gemido ahogado al señor Morelos, y se vieron salir de sus ojos dos lágrimas que sin enjuagarse rodaron a su vestido.

Así el "Santo tribunal" lo entrega a la justicia civil, que consumó la obra.

Una noche, en su calabozo, cuando más atormentado se hallaba, por sus penosas circunstancias, sonó la puerta, y no volvió el semblante, porque era frecuente que lo fueran a insultar en su desgracia algunos españoles que con tal objeto cohechaban al carcelero.

Pero cuál fue su sorpresa cuando se oyó nombrar con la mayor dulzura.

— Señor, vengo a pedir a usted un favor.

— ¿Cuál es?

— Muy grande, señor: aquí tiene usted las alhajas de mi mujer; ésta es la cajita de mis pobres ahorros, señor.

— ¿Qué quiere usted decir con eso?

— El carcelero duerme el sueño de la embriaguez; usted no tiene grillos, en las puertas no hay centinelas... Sálvese usted, señor, que su vida es el tesoro de mi patria.

Sin poder casi articular palabra, Morelos, por el llanto del reconocimiento, dijo a su libertador:

— "Amigo mío, es muy fácil cosa averiguar que usted me ha sacado, pues usted entra y sale por razón de su destino en estas cárceles; usted tiene familia, y de consiguiente, dentro de poco es perdido con ella."

El cirujano oía, con los ojos rasados de lágrimas, y en medio del mayor desconsuelo. Morelos continuó:

— "No permita Dios que yo le cause el menor daño; déjeme morir, y en mí terminará todo."

La resolución de Morelos fue inflexible, contentóse con que el cirujano le dijese su nombre.

Este, con un enojo mezclado de ternura, le dijo, abrazándolo:

— "Francisco Montes de Oca."

Fue transladado en medio de la noche el señor Morelos a la Ciudadela, donde permaneció con las seguridades correspondientes, mientras le formaba la causa el señor Bataller, con un sigilo extraordinario.

México estaba en un estado de consternación difícil de pintarse: en los templos se decían misas por el alivio de su suerte, y todos corrían en tropel a conocer al caudillo mexicano; desde las puertas y

ventanas, los padres alzaban a sus hijos en brazos, para que lo viesen; las mujeres no podían reprimir sus lágrimas, y la juventud generosa no se cansaba de admirarlo.

Ni un signo de temor, ni una mirada de abatimiento, ni un solo movimiento de impaciencia; sin hacer alarde, de un quijotismo pedante, máscara muchas veces de almas apocadas, conversaba afable con los oficiales que lo custodiaban, captándose su voluntad.

XIV

El día 22 de diciembre de 1815 lo sacaron de su prisión, habiendo tomado sus precauciones sobre la salida de las tropas; tan pública así era la ansiedad general por la existencia de Morelos.

Poco más de una legua de México, en medio de llanuras áridas, y ocultándose entre montones de tierra en que están las salinas, hay un pueblecito de indios que se llama San Cristóbal Ecatepec; a él llegó el señor Morelos, y a poco se sirvió la comida que se tenía preparada de antemano.

Los asistentes a la mesa estaban pálidos y desconcertados; más de un oficial mezclaba a su alimentos sus lágrimas.

El señor Morelos hablaba de cosas indiferentes.

— Señor Concha, sabe usted que esta iglesita no es tan ruin como yo creía. Vamos, coma usted, que el camino abre el apetito.

— Señor, efectivamente, la iglesia es bonita.

— Sólo el terreno sí es demasiado árido; ya se ve, donde yo nací fue en el jardín de la República.

— Me han dicho que es usted de un pueblecito inmediato a Valladolid.

— No, señor; nací en la ciudad; pero como desde niño tuve una vida errante, pocas veces he permanecido en Valladolid.

Acabáronse de servir los manjares; algunos dejaron la mesa con precipitación, y unos a otros se veían en un silencio, que tenía no sé qué de pavoroso e imponente.

Paseábase Concha precipitado, llegaba hasta cerca de Morelos, y se retiraba arrepentido; por fin, con una voz insegura le dijo:

— ¿Sabe usted a qué ha venido aquí?

— No, a punto fijo; pero lo presumo....

A morir.

Los oficiales se estremecieron y quedaron pálidos.

— "Tómese usted el tiempo que necesite."

— Compañeros, "antes fumaremos un puro," porque esta es mi costumbre.

Fumólo despacio, siguió hablando con calma y dulzura tal, que los oficiales no se atrevían a levantar los ojos, enjugándolos al descuido.

Encerróse después con el Vicario, y como católico, levantó el alma con fervor al Dios de las misericordias.

En este momento se oyó el redoble.

— Hola, dijo Morelos, a formar.... No mortifiquemos más.

— Vamos, señor Concha, venga un abrazo.

— ¡¡Señor General!!

— Nada de afligirse: será el último.

Metió después los brazos en su turca:

"¡Bah! ¡ésta será mi mortaja! aquí no hay otra. "Sacó en seguida su reloj: empuñó con solemnidad una Cruz, y marchó"

— ¿Qué va usted a hacer? preguntó al que le iban a vendar los ojos. "No hay aquí objetos que me distraigan."

Los soldados tenían pintado el dolor y la consternación en los semblantes, guardaban un silencio sepulcral.

Insistieron en que se vendase los ojos, lo ejecutó por sí mismo, preguntó con voz enérgica por el lugar... dijéronle: — ¡Adelante!

— ¡Fuego!

Tronó la descarga, y con horribles convulsiones se quiso levantar: entonces dispararon una segunda; azotóse el cuerpo, trémulo, en un lago de sangre; después lanzó un gemido penetrante y horrible, y quedo inmóvil.

Cómo me hice Revolucionario[52]

Isidro Fabela

Lic. Isidro Fabela, retrato.

En el año de 1902, cuando ingresé a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, ya existía en el país un incipiente movimiento político que indicaba descontento contra el Gobierno del Gral. Porfirio Díaz. Pero aún dentro del recinto de nuestro colegio todos éramos porfiristas más o menos fervorosos. A este respecto recuerdo que por aquel entonces, cuando el Presidente llegaba a algún plantel educativo, todos los estudiantes se entusiasmaban al contemplarlo y lo aplaudían respetuosamente. Y como yo mismo recibí varias veces, con verdadero halago, premios escolares de manos del Primer Magistrado cuando todavía mi criterio cívico no estaba formado y los sentimientos privaban más que la razón en mi conciencia, aquel viejo soldado me inspiraba alta consideración. Era evidente que su figura austera, su pecho cubierto de condecoraciones, cuando iba con uniforme militar, su gallarda figura eran imponentes. Su alto cargo presidencial, los rasgos enérgicos de su rostro impasible, hacían que todos lo mirásemos con verdadera admiración.

[52] Publicado originalmente en Isidro Fabela, *Mis memorias de la Revolución*, Comisión de Investigaciones Históricas de la Revolución Mexicana, Editorial JUS, México, 1977, pp.13-20.

Entre mis compañeros, sobre todo entre mis amigos íntimos, se contaban varios hijos de eminentes funcionarios públicos: Roberto Núñez, lo era del Subsecretario de Hacienda, cuyo Ministro era Don José Ives Limantour; Santiago Méndez, del Subsecretario Encargado del Despacho de la Secretaría de Comunicaciones; Guillermo Obregón, del Senador de la República que había de ser poco tiempo después uno de aquellos representantes de los Estados que pidieron su renuncia al señor Presidente Francisco I. Madero. Y otros más como el lleno de gracia, Manuel García Núñez, hijo de un Magistrado de la Suprema Corte de Justicia y José de la Garza, camarada de los más queridos, hijo también de otro Magistrado de aquella Corte, Don Emeterio de la Garza, Sr. Así, que estaba rodeado de porfiristas sinceros. Ninguno de los componentes de aquel enjambre estudiantil del que yo formaba parte en 1902, pensaba en política en ese año primero, en la Escuela de Jurisprudencia.

Pero el tiempo no pasa en vano.

Antes de proseguir, quiero indicar cuáles de mis condiscípulos eran mis más íntimos: Antonio Caso, que no tenía nada de político y sí mucho de pensador y poeta. Él y Eduardo Colín, el que fue después poeta atildado, crítico certero y orfebre de la palabra, eran mis compañeros de estudio. Eduardo era apolítico, detestaba "esa cosa fea" —como él decía— que se llama "la política"; así como también Manuel Rivera Vázquez y Luciano Wiechers, con quienes estudié Derecho Constitucional y Economía Política. Todos eran talentosos y apegados al estudio.

Pasaron así aquellos primeros años de la Escuela de Jurisprudencia, hasta que mis compañeros de cátedra y yo llegamos

al curso del Derecho Constitucional, asignatura que dictaba Rodolfo Reyes, hijo de Don Bernardo y hermano de Alfonso, quien fuera después compañero mío del Ateneo de la juventud y con los años habría de llegar a ser "el señor Don Alfonso el Sabio", como le llamó la fama con toda razón.

Las clases de Rodolfo Reyes eran de lo más atractivas. Ellas me abrieron los ojos a la realidad política de la patria. El comentario de la Constitución del 57, artículo por artículo, resultó para nosotros un verdadero hallazgo intelectual. Estudiando Derecho Constitucional comprendimos que Don Porfirio Díaz quedaba al descubierto como un sojuzgador del pueblo mexicano, violador perpetuo del Código Fundamental que nos regía.

Las palabras de Rodolfo Reyes hicieron pleno impacto en nuestra conciencia juvenil. Cada quien, a su manera, comentaba las palabras del maestro; pero concluyendo siempre con que aquel hombre que había gobernado treinta años a México, no era un guía paternal ni un buen gobernante, sino el déspota que prostituía la Carta Fundamental de la República. Él era el culpable de nuestro vergonzoso estado político. El verdadero Porfirio Díaz no era aquel varón que todos habíamos aplaudido antes, sino un dictador que debía dejar la Presidencia de la República para que los ciudadanos ejerciéramos nuestros derechos humanos y legales de elegir a los mandatarios de la Nación. Así, advertimos que el estado de injusticia creado por la administración porfirista tenía que llegar a su término en plazo perentorio, pues ya no sólo corrían peligro los derechos de los ciudadanos, sino que estaba amenazada de muerte la propia estructura jurídica del Estado mexicano y su existencia como entidad soberana en el concierto de las naciones independientes.

Nos dimos cuenta de que muy pronto, si nosotros lo queríamos, vendrían tiempos mejores: los ciudadanos serían verdaderamente ciudadanos, no siervos de la gleba, como eran hasta entonces todos los hombres del campo, o esclavos de la fuerza bruta, como lo eran muchos de la Ciudad.

Entonces supimos que las huelgas que habían comenzado a estallar por toda la República, tenían su razón de ser. Fuimos poco a poco execrando al tirano; en lugar de aplaudirlo, silbábamos su presencia, para demostrarle que debía abandonar la silla presidencial y dejar paso al substituto que lo reemplazara en el poder, a fin de devolver al pueblo los derechos que merecía. Decidimos exigir a Don Porfirio que respetara la Constitución de los preclaros varones del 57, muy superiores a él desde el punto de vista cultural, moral e intelectual. Así fue como en aquella aula, donde resonara vibrante la voz de Rodolfo Reyes, fue naciendo en mí un protestador enérgico, convencido y entusiasta, contra la dictadura del Gral. Díaz.

Pero éramos muy pocos los que pensábamos así. Recuerdo a dos de mis compañeros de ideales: José Vasconcelos y Alfonso Cravioto. Los demás seguían imperturbables en su admiración y agradecimiento al Gral. Porfirio Díaz. Claro, eran los hijos de Subsecretarios de Estado, o de Magistrados de la Corte o de amigos del tirano, del que recibían sus padres los más grandes favores. Mas esto no quiere decir que nosotros, los antiporfiristas, nos distanciáramos de nuestros amigos adictos al Presidente Díaz. No. Las vicisitudes de la política interna no llegaron a quebrantar nuestros lazos de amistad, que fueron indestructibles.

Yo seguía en mis correrías juveniles como asiduo compañero de los que coincidíamos en cariño. Continuaron las tertulias con

Guillermo Obregón, Roberto Núñez, Julián Morineau, íntimo de Don Ramón Corral y José de la Garza; pero mi espíritu se inclinaba más del lado, no de aquella aristocracia surgida de los puestos burocráticos privilegiados, sino de los intelectuales puros como Antonio Caso, Eduardo Colín, Luis Castillo Ledón, Carlos González Peña, burócrata y novelista, Alfonso Reyes, José Vasconcelos y Alfonso Cravioto. Con ellos tenía coloquios en mi casa de la calle hoy llamada de Amado Nervo, en la Colonia de Santa María. Ahí nos reuníamos a leer, recitar y cambiar ideas.

Sábados y domingos pasábamos las horas muertas leyendo a los clásicos españoles, o bien escuchando los encumbrados pensamientos de Antonio Caso (Toncho, como yo le decía); las brillantes ideaciones de Alfonso Reyes, y las serenas enseñanzas de Pedro Henríquez Ureña; o bien disfrutando del entusiasmo romántico de Luis Castillo Ledón y de su inseparable "hermano" Carlos González Peña, quien llegó a ser de mis compañeros preferidos por una razón fundamental: los dos estábamos profundamente enamorados del arte de escribir, y por eso, los dos últimos fueron quienes me acompañaron muy frecuentemente a la hacienda paterna en Atlacomulco, que era mi delirio, para ver las sementeras que mi padre había ordenado sembrar y acercarme a los labriegos a quienes extraordinariamente quería.

En esas visitas a mi tierra natal, encontré otra de las causas que me hizo abrir los ojos a la conciencia y al ensueño: ¿Por qué aquellos hombres, que trabajan la tierra de sol a sol, me besaban las manos? ¿Por qué aquellos hombres, que nos daban el pan con su trabajo, me decían "Señor amo" considerándome superior a ellos, cuando yo me sentía igual que todos ellos ante la Ley y ante Dios? ¡Cómo los quería, y cómo lloraron cuando les dije con los ojos enturbiados

por las lágrimas que mi padre había vendido la hacienda y tenía que dejarlos para siempre!

¿Qué vamos a hacer, señor amo, sin usted? Ya seremos huérfanos, no tendremos quién nos ampare...

Sí, hijos —les decía—, Dios los amparará, y yo estaré con ustedes siempre con el pensamiento fijo en su porvenir.

A la hora de despedirnos, ellos con sombrero en mano y yo en mi cabalgadura, los dejé con aguda tristeza al ver su profundo dolor. En el fondo de mi alma pensaba y deseaba que muy pronto se transformara la vida social de nuestra patria, como en efecto así fue.

Conversando con Pepe Vasconcelos y con Federico González Garza, quien llegó a ser secretario particular de Don Francisco I. Madero y uno de los mas entusiastas revolucionarios que lo rodearon, convinimos los tres en que la vida dolorosa que llevaban todos los labriegos del país, era miserable; y que tenía que cambiar la situación económica y social de los campesinos, porque su condición de entonces era la de esclavos a los que se les conculcaban sus derechos humanos. Lo mismo pasaba con los obreros de las factorías; eran impíamente explotados por sus patrones que los trataban —con raras excepciones— no como hombres sino como animales.

Así me hice revolucionario. ¡Y con qué convicción y con qué fe!

Ya corría el año de 1906. La lucha de las ideas había comenzado a cambiar el panorama político e intelectual de México. Las opiniones públicas de los Precursores de la Revolución gestaban en unos lugares o proclamaban en otros la lucha contra la dictadura militar de Don Porfirio. Pero, todos los intentos para derrocar al Gral. Díaz, bien organizando una oposición sistemática o por medio de

levantamientos que se reprimían con prisiones, deportación o sangre, hubieron de fracasar por causas múltiples, hasta que se levantó entre el coro de las protestas antiporfiristas la voz de Madero, cuyo mérito indiscutible radica en haber puesto su fe, su fortuna y su vida, al servicio del antirreeleccionismo, causa que debía de ser, por su carácter estrictamente humano, legal y democrático, la bandera libertaria del pueblo mexicano.

En ese año de 1906, mi pensamiento político había evolucionado hacia el rumbo de las ideas avanzadas en el campo de las doctrinas sociales, pero mi liberalismo nunca dejó de ser constitucionalista en todos sus alcances, porque consideraba que la lucha reivindicadora de los derechos políticos debía concluir forzosamente en la victoria de los derechos económicos populares, la mejoría de las clases productoras, pero sin romper los marcos de la estructura jurídica republicana. Por esta circunstancia nunca estuve de acuerdo en que los antirreeleccionistas confundiéramos nuestros principios ni nuestros esfuerzos con los del grupo anarco-sindicalista, que pretendía derrocar al tirano Díaz para entregar nuestra nación al caos de una lucha civil que no constituía mi ideal.[53]

Por estas causas, en ese año de 1906 ya no aplaudía yo al Presidente Díaz; lo condenaba en todas las conversaciones que sostenía con mis amigos o conocidos. Mi juventud se adelantaba al porvenir. Mis ensueños románticos en política iban adelante de lo que estaba pasando en México.

En 1908, durante la entrevista que el Presidente Díaz concedió al periodista norteamericano James Creelman, el dictador declaró, en substancia, lo siguiente:

53 *Actividades Políticas y Revolucionarias de los hermanos Flores Magón.*

1. "He esperado pacientemente el día en que el pueblo de la República Mexicana estuviera preparado para escoger y cambiar sus gobernantes en cada elección, sin peligro de revoluciones armadas y sin daño para el crédito y progreso nacionales. ¡Creo que ese día ha llegado!"

2. "...creo firmemente que los principios de la democracia se han desarrollado y se desarrollarán más aún en México."

3. "Cualesquiera que sean las opiniones de mis amigos y partidarios, me retiraré del poder al terminar el actual período de gobierno, y no serviré de nuevo. Cuando esto suceda tendré ochenta años de edad."

4. "Daré la bienvenida a un partido de oposición en la República Mexicana."

En tal entrevista, el Gral. Díaz reconoció que el pueblo mexicano estaba apto para ejercitar la democracia en los próximos comicios, los que debían efectuarse en 1910; por tanto, debía operarse un cambio radical tanto de sistemas gubernamentales como de hombres en la administración pública. A la dictadura militar, surgida del Plan de Tuxtepec, debía de sucederla un régimen limpiamente constitucional, como resultado del triunfo del antirreeleccionismo, que era el anhelo político nacional.

Aquella declaración que el Gral. Díaz hizo al periodista Creelman —al ser reproducido en los periódicos nacionales lo publicado por el ***Pearson's Magazine***— causó verdadero asombro entre nosotros, lo recibimos como una revelación inusitada; y llegamos a considerarlo como una conquista de los esfuerzos realizados por los opositores del régimen dictatorial que habían mantenido viva la llama del respeto a

la Constitución durante los treinta años del régimen del porfiriato. La entrevista Díaz-Creelman fue el verdadero preludio de la Revolución de 1910.

El Gral. Díaz, en un acto espontáneo, había manifestado que los ciudadanos ya podíamos elegir libremente a nuestras autoridades, que habían cesado los motivos por los cuales el déspota había mantenido un régimen opresor. Eso quería decir que el dictador cumpliría su promesa.

Entonces, todos los ciudadanos de filiación antirreeleccionista nos unimos para coordinar nuestros trabajos políticos y nos adherimos a la causa de Madero, porque ella era la nuestra, cuando éste declaró que se pondría al frente de los antirreeleccionistas para ir a la lucha electoral en 1910.

¡Y cuál no sería nuestra gran sorpresa cuando las prédicas políticas de Madero se abrieron en el alma popular como una floración de ímpetus nuevos para construir una patria mejor! ¡La actitud de Madero nos dejó perplejos de admiración y cariño hacia el apóstol de la democracia! ¡Imperecedero fue nuestro agradecimiento para aquel hombre de cuerpo breve, que había sabido enfrentarse al coloso oaxaqueño, todavía dominante en la República!

Mi maderismo crecía sincero, profundo; yo estaba dispuesto a todos los sacrificios; creía, como lo creíamos muchos, que el estado subsistente de la República Mexicana iba a transformarse efectivamente de la noche a la mañana; pero, cuando tuve conocimiento de que nuestro candidato Madero era tratado por el dictador con el mayor de los desprecios, comprendí que la situación se agravaba, como en efecto sucedió.

Ya no le quedaba al tirano más que uno de dos abismos: dejar que el apóstol Madero continuara su campaña política con sus arengas inflamadas y sus triunfos resonantes en todos los puntos visitados, o someterlo "al orden" para hacerlo enmudecer y castigarlo después con la prisión o la muerte.

Entonces comprendimos los jóvenes que la libertad real no podría existir nunca bajo el Gobierno del Gral. Díaz, como tampoco podrían ejercitarse las prácticas democráticas, muy a pesar de que durante la entrevista sostenida entre Madero y Díaz el 16 de abril de 1910, el dictador prometió libertad en las elecciones y entregar el poder a quien resultara electo.

Ya para el 26 de mayo siguiente, por razón de haber aumentado las persecuciones políticas, Madero se había dirigido al Gral. Díaz, para recordarle sus promesas de libertad electoral y de respeto a las garantías constitucionales. Al día siguiente, Díaz respondió a Madero diciéndole que la Constitución no lo autorizaba para inmiscuirse en cuestiones interiores de los Estados.

Los hechos se precipitaron. El 7 de junio, Madero fue aprehendido en Monterrey. El día 25, fueron ejecutados los revolucionarios del alzamiento local de Valladolid, en Yucatán. Por fin, en el curso del mes de octubre, y después de haberse fugado de la prisión en que lo habían sumido en San Luis Potosí, Madero, desde el exilio, llamó a las armas a la República para levantarse.

Bajo la amenaza de los alzamientos revolucionarios y de su expulsión del país, el Gral. Díaz inició su nuevo período presidencial el 1o. de diciembre de 1910. Los actos rebeldes se produjeron en toda la Nación y la conmoción se generalizó tomando fuerza arrolladora.

El día 18 de noviembre siguiente, Aquiles Serdán y sus heroicos compañeros dieron el grito de rebelión en Puebla. El 20, la Revolución estalló en diferentes lugares de la tierra mexicana.

Todos los antirreeleccionistas teníamos fe en que nuestra Revolución iba a triunfar. No sabíamos cuántos quedaríamos vivos para ver su desarrollo y su culminación. Yo estaba decidido, al igual que muchos compañeros, a luchar sin tregua para tener derecho a disfrutar de todas las garantías que la Constitución reconoce a los ciudadanos.

Después de encarnizados combates cayó en poder de los revolucionarios Ciudad Juárez, y el 11 de mayo de 1911, nombró el señor Madero su Gabinete provisional: Relaciones, Dr. Francisco Vázquez Gómez; Hacienda, Gustavo Madero; Guerra, Venustiano Carranza; Gobernación, Lic. Federico González Garza; Justicia, Lic. José María Pino Suárez y Comunicaciones, Ing. Manuel Bonillas. Secretario Particular, Juan Sánchez Azcona.

Se entablaron pláticas entre representantes del señor Madero y del Gobierno porfirista para consolidar la paz, habiéndose firmado el tratado el 21 de mayo de 1911 en Ciudad Juárez.

El Gral. Porfirio Díaz renunció a la presidencia el 25 de mayo de 1911; lo sucedió como Presidente interino el Lic. Francisco León de la Barra que protestó el 26 de mayo del mismo año.

El señor Francisco I. Madero tomó posesión como Presidente de la República el 6 de noviembre de 1911, gobernando al país hasta el 19 de febrero de 1913.

La Historia y la acción[54]

Jesús Reyes Heroles

Jesús Reyes Heroles, retrato.

Señor Presidente de la República,
Señor Director de la Academia,
Señores Académicos,
Señoras y Señores:

Únicamente a la benevolencia debo el acceso a este recinto y encuentro justificación en la posible y modesta utilidad que pueda prestar. Suplo, que no sustituyo, a don Ángel María Garibay. Aminoro, si acaso, su ausencia en este Cuerpo, aunque para mí tengo que su sitial permanecerá vacío. Lo conocí como lector de sus obras y por amigos comunes que lo describían como un hombre leyenda, a quien más grande se veía, mientras más cerca de él se estaba. No creo que el conocimiento indirecto pueda deparar frutos similares a los del trato personal. Pero si lo que queda son las letras, en ellas encuentro motivos que superan la admiración. Ilustre hombre que nos dio la llave para franquear la pesada puerta de la cultura

[54] Discurso de Ingreso a la Academia Mexicana de Historia correspondiente de la Real de Madrid, 7 de agosto de 1968.

náhuatl, revelándonos en ella "virtudes muy hondas, encubiertas por símbolos". Exponer esa cultura simbólica en su esencia fue, más que ardua tarea, clarividencia, intuición, estilo. Descubrió joyas literarias de nuestro pasado y, al conectarlas, dio un nexo espiritual más a nuestra historia. Gracias a él podemos leer a un Sahagún pulcro, sin notas dispendiosas ni interpretaciones dudosas y gozar su obra póstuma —la alusiva a la crónica de Diego Durán, otra fuente indudable de nuestra historia— con todo el sabor que el vocabulario de palabras indígenas y arcaicas permite obtener.

Interrogó el pasado; todo lo que tortura, atosiga o vivifica y alienta, lo vio en los códices, en las ruinas, en los ajados y apolillados papeles. Dialogando con nuestro pretérito, don Ángel María Garibay se mantenía en el presente de tinta fresca, brindando breves notas bibliográficas amenas y ricas, certeros comentarios que inducían a leer, o que, no obstante la innata bondad de su autor, invitaban a prescindir de alguna lectura, si no mala, innecesaria. Supo estar cerca de su pueblo, pasándole sencillamente su sabiduría y aprendiendo de su penetración. Porque estuvo al día, comprendió el pasado, y esta comprensión del pasado lo incitó a estar al día. Lejanía o alejamiento frente a lo contemporáneo, impide profundidad para conocer el pasado. Estuvo sumergido en el presente, razón adicional para que el fervoroso tributo que le rendirnos sea necesariamente pequeño ante la medida de sus méritos.

* * *

Todos los caminos conducen a la historia y la historia está en la entraña de todo conocer o hacer. Las relaciones de los que actuaron, las ideas y los fines de los que hicieron el derecho, la sociología, la ciencia, la

literatura, la economía, la política en su muy amplio sentido, el arte, la milicia, la teología. La cumbre misma del conocer parece ser la historia de la historia.

Los caminos que llevan a la historia son medios a través de los cuales la historia se realiza. Es con la precisión del derecho, con el símbolo del arte, con la aproximación de la política, con el rigor de la ciencia, los datos y análisis de la sociología, como el hombre escribe historia. Si el ilustre Garibay llegó a la historia por la teología, camino distinto seguí. Por vocación o equivocación, arribé a la historia, buscando explicaciones al mundo en que vivía. ¿Podía la Revolución en que nací y me desarrollé ser producto de generación espontánea?

Llegué al siglo XIX mexicano, comprobando la unicidad de la historia, de adelante hacia atrás o de atrás hacia adelante, en un perpetuo remontarse o aventurarse. El periodo, una vez iniciado su estudio, tuvo otro singular atractivo, estrechamente ligado con el tema central de estas palabras: tratar con hombres que hacían la historia y también la escribían.

* * *

Aunque el tema de este discurso es ambicioso, la historia y la acción, sólo lo rozaré, sin aspirar, ni con mucho, a su cabal enunciación.

Lo primero que el tema demanda es establecer la relación entre el conocer y el hacer, la teoría y la práctica, pues la historia pertenece al conocer, aun cuando en mucho se ocupe de describir el hacer e influya sobre éste. En el viejo castellano encontrarnos palabras que, al mismo tiempo que marcan la distinción, precisan la relación entre el conocer y el hacer. De las palabras latinas facere y agere surgen los

vocablos factible y agible. En lo factible es la mano la que priva; pero lo agible implica o parte de un pensamiento que produce y conduce a la acción o que procede de ella.[55] Ciencia y experiencia, saber y hacer, praxis para usar El término de nuestros días.

Si en algún terreno esta vinculación se da, es en el de la teoría política. Maquiavelo, al presentar la primera teoría del Estado, racional, no subordinada o subalterna de otro conocimiento, da lugar con su obra, mal comprendida, pero bien aprovechada, a una intensa y extensa literatura, que bajo el signo del antimaquiavelismo se dedica a extraer y destilar de la experiencia humana, de la práctica de los gobernantes, consejo para los gobernantes.

La razón de Estado, al surgir su contrarrazón, se convierte en razones, con la obvia interpenetración de los opuestos. De esta directriz enana una serie de máximas, de consejos, de principios, que se proporcionan a los príncipes en libros y que muy pronto un afán de reducir la sapiencia a ciencia, desecha y si no quema es porque la antigua barbarie estaba superada y la nueva aún no había surgido. Se da una amplia gama de consignas, que van desde las formas covachuelistas hasta el barroco literario. Pocas obras se salvan y permanecen, y éstas, más que por su contenido en cuanto a consejo o máximas de gobierno, por sus intrínsecos méritos literarios. Junto a un Saavedra Fajardo, un Gracián o un Quevedo que perduran, hay, con la misma preocupación esencial —extraer de la experiencia y de los ideales norrmas para la acción, conciliar la práctica con la teoría que se profesa—, infinidad de textos perdidos.

[55] Seguimos, en esencia, la interpretación de Francisco Murillo Ferrol *(Saavedra-Fajardo y la política del barroco,* Instituto de Estudios Políticos Madrid, 1957, p. 62 y sigs.). Ella no excluye totalmente ciertos aspectos de la realizada por Leopoldo Eulogio Palacios cuando distingue razón especulativa o teorética de operativa o práctica, y cuando, dentro de lo operable, habla de dos aspectos: lo factible y lo agible, dirigidos por dos grandes manifestaciones normativas del pensamiento práctico: el arte y la prudencia. Palacios hace varias distinciones entre factible y agible y, al paso que *ve* lo factible por su rendimiento, a lo agible lo dota de valor intrínseco, humano y moral. *(La prudencia política,* Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1946, pp. 4.9 *y* sigs. *y* 71 y sigs.).

Hoy se ve cuánto en su fondo había de válido en esa tendencia. La política, forma de actividad que, si bien no encierra o comprende toda la acción, sí condensa y concentra parte de la acción realizada en casi todos los órdenes del quehacer, se resume en la decisión. Pero detrás de ésta no se encuentra la nada o el vacío, sino el todo que engendra lo que influye en el todo. La decisión, lejos de darse en la nada o en el vacío, se apoya en el todo, por lo menos con todos *y* cada uno de sus componentes, aunque sin comprender la totalidad que cada uno de ellos abarque. Ciencia y experiencia se traban: "El arte de reinar no es don de la naturaleza, sino de la especulación y de la experiencia".[56]

Con ello, se retoma la línea de quien en verdad fue padre de la teoría política. ¿No Aristóteles, por su participación directa o indirecta en la política, a través de las complicaciones de su suegro Hermias, la entendió, con una orientación concreta, práctica? ¿Y no derivó, acaso, de aquí y de su conocimiento de la naturaleza humana y con fundamento precisamente en este pragmatismo, el esquema que hizo de un Estado ideal?[57] En palabras llanas, Aristóteles, partiendo de la realidad, concilió los imperativos de ésta con los ideales perseguidos, sobre la base de sopesar lo que es constante en la evolución histórica: la condición humana, que es la naturaleza del hombre más la mutable sociedad en que vive.

* * *

Planteada la relación, la reciprocidad de influencias entre idea y acción, debemos ocuparnos de la vinculación de la historia como conocer con

[56] Diego Saavedra Fajardo: *Idea de un* príncipe *político-cristiano.* Cartas Latinas, Empresa Y. *(Diego Saavedra Fajardo; Obras Completas*. Recopilación, Estudio Preliminar, Prólogos y notas de Ángel González Palencia. M. Aguilar Editor, Madrid, 1946, p. 192).

[57] Aristóteles: *La Constitución* estudio preliminar por Antonio Tovar. p. 20 *y* sigs.

la práctica como quehacer. Se trata de la historia y no de las historias; no hay que confundir las historias con la historia, aun cuando aquéllas formen parte de ésta. Escribir historia y no historias significa buscar el sentido de los hechos, explicarlos hasta donde es posible y situarse en posición equidistante entre aquellos que todo lo ven como fruto de la necesidad y aquellos que todo lo atribuyen a la voluntad del hombre, admitiendo para éste que, de grado o por fuerza, está en aptitud de escoger en las máximas alternativas. Escribir historia impone formar parte del presente, tratando hechos que pertenecen al pasado, sabiendo que la historia es "un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado", diálogo no entre individuos aislados, de hoy y de ayer, "sino entre la sociedad de hoy y la .sociedad de ayer".[58]

Un erudito que, de creer a Toynbee, constituyó con su vida una prueba palpable de baldía erudición, Lord Acton, citaba el refrán de que a un historiador se le ve mejor cuando no aparece.[59] Por mi parte, puedo afirmar que no he leído una historia en que el autor no aparezca. En crónicas, en artículos, en memorias, en libros, nunca he dejado de encontrar al autor y pienso que, aun cuando la historia en que éste no aparezca es imposible, de realizarse el milagro, seguramente estaríamos ante una historia muerta y aburrida. Pero creo que el hecho de que aparezca el autor; no implica la carencia de perspectiva ni de objetividad, hasta donde estos conceptos son válidos en el desentrañamiento o en la interpretación del acontecer histórico. Provistos de la mayor serenidad, encaminados al logro de la mayor objetividad, siempre se interpone el demonio del subjetivismo.

[58] Edward Hallet Carr: *¿Qué* Barcelona, 1967, pp. 40 y 73.

[59] Pero por otra parte, hay una cierta virtud en el refrán de que a un historiador se le ve mejor cuando no aparece". (John Emerich Edward Dalberg-.Acton: *Ensayos sobre la libertad y el poder,* Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1959, p. 48).

En la elección del material y la elaboración de la hipótesis de trabajo, este indomeñable demiurgo se adueña de buen trozo de nuestra perspectiva. De aquí que sea condición para escribir historia, estar consciente de que se desconoce más de lo que se conoce; de que, además, se está en un mirador que elimina, reduce u oscurece el material histórico, y por último, de que quien busca el material total, irrebatible, siempre se dedica a buscarlo y nunca escribe historia. Resignémonos o vanagloriémonos de que esta gran ciencia no sea exacta.

Ahora bien, cualquier planteamiento que postule la influencia de la historia en la acción, tiene que partir de las tendencias, sea cual fuere su orientación primordial, que niegan la posición historicista. Vemos el historicismo en sus grandes rasgos como una concepción que, sin abjurar de la búsqueda de lo universal, tiende a afirmar el carácter individual del hecho histórico y, por consiguiente, la no existencia de leyes del desarrollo histórico, ni siquiera la de causalidad. Los hechos individuales, así aúnen cualidades universales, nunca se repiten. O, en otras palabras: "La médula del historicismo radica en la sustitución de una consideración generalizadora de las fuerzas humanas históricas por una consideración individualizadora. Esto no quiere decir que el historicismo excluya en general la busca de regularidades y tipos universales de la vida humana. Necesita emplearlas y fundirlas con su sentido por lo individual."[60]

[60] Friedrich Meinecke: *El historicismo y su génesis*. Fondo de Cultura Económica. México, 1943, p. Tz. "Por historicismo se entiende, en general, una dirección del pensamiento que hace consistir la realidad en un proceso espiritual dinámico que durante su curso realiza valores universales en formas individualizadas que nunca se repiten "(Guido de Ruggiero: *El retorno a la razón.* Editorial Paidós, Buenos Aires, 1959, p. 23). Empleamos el término historicismo en su sentido originario. En nuestros días, tal modo de pensar se quiere denominar historismo (David Easton: *The political system.* Alfred A. Knopf, Nueva York, 1964). El historismo, para Easton, se caracteriza por sugerir la hipótesis del condicionamiento de las ideas a la historia y su naturaleza relativa, por negar verdades universales, salvo la de que las ideas corresponden a un determinado periodo histórico que no pueden trascender (Cap. Décimo). Se reserva la palabra historicismo para aquellas concepciones que tienden ya a sostener la existencia de leyes inexorables del desarrollo histórico o del cambio, lo que, según Parl R. Popper, implica la pretensión de que existe una "teoría científica del desarrollo histórico que sirva de base para la *predicción histórica" (La miseria del historicismo,* Taurus, Madrid, 1961, p. 12, subrayado nuestro). Lo curioso es cómo Popper, al negar toda posibilidad de predicción y de leyes, cae en una especie de historicismo, en el sentido originario.

El historicismo reacciona lo mismo en contra del irracionalismo que en contra del clásico racionalismo iluminista. Entronca con el romanticismo, pero no el sentimental y vernáculo, sino el teórico y especulativo que critica, por igual, "el academismo literario y el intelectualismo filosófico que habían dominado en la época iluminista".[61] El historicismo, entre sus múltiples implicaciones, a más de colocar a la historia como cúspide del conocer, reduce el acontecer al puro acontecer, el suceder al suceder, admitiendo por congruencia, la ineludible liga de lo relativo. En su forma radical conduce al relativismo y produce los adoradores del triunfo, por el mero triunfo; en la más depurada: a la "neutralidad del juicio histórico", a la "justificación recíproca de los que luchan a causa precisamente de que no pueden actuar el uno sin el otro".[62]

En una u otra forma se niegan los absolutos situados más allá o por encima de la historia, la tabla de valores para medir y enjuiciar el acontecer. Desde el punto de vista histórico, la pregunta de quién tuvo razón, si la Inquisición o sus adversarios, para Croce carecía de sentido, dado que la historia "incluye y supera ambas instancias".

Numerosos intentos se han dado para negar o superar al historicismo. Si por alguno me inclino es por aquel esbozado por Guido de Ruggiero, que quiere superar por igual el dogmatismo racionalista y el conformismo, consecuencia del historicismo. De Ruggiero dispuso del más válido ejemplo a la mano: Croce, su historicismo y su actuación. Aun en aquel libro[63] en que Croce rebate las acusaciones al historicismo —fatalismo, disolución de los valores, santificar el pasado, conformismo, disminuir la fe en la acción creadora y embotar el sentido del deber— no se elimina la servidumbre ante el acontecer

[61] Benedetto Croce: *Historia de Europa en el siglo XIX*. Ediciones Imán, Buenos Aires, 1950, pp. 51-52.
[62] Guido de Ruggiero, op. cit., p. 31.
[63] La *historia como hazaña de la libertad*. Fondo de Cultura Económica, México, 1945.

ni se erige el andamio espiritual que rompa la sumisión al acaecer. Se reduce el hombre a lo retrospectivo, a dar rienda suelta a la historia, en desmedro de la personalidad, que encuentra en la lucha por lo que considera bueno o en contra de lo que considera malo, una razón de la propia existencia. En resumen, no se construye el "puente entre la historia hecha y la historia que se hace".

De Ruggiero puede, sin temeridad alguna, dar la prueba: Croce luchó contra el fascismo en que le tocó vivir, no por su historicismo, sino a pesar de él, por sus energías espirituales y su criterio del bien y del mal.

Reiteramos que entre las muchas tendencias antihistoricistas quizás se encuentre una brecha a seguir, en el propósito de De Ruggiero de situarse más allá del historicismo, fundiendo "en un solo molde la razón histórica y la razón metahistórica", poniendo la razón en la fluencia misma de la historia y logrando, de esta manera, que no se sacrifique la historia hecha a la historia que se hace o a la inversa, es decir, manteniendo la continuidad entre las distintas fases del proceso histórico y la innovación o transformación proveniente de un voluntarismo que, por tener en que creer, se traduce en acción.[64] Al igual que esta conclusión, extraemos otra en cuyo apoyo tampoco invocamos a De Ruggiero: pensamos que conjugar el racionalismo con el historicismo da al historiador ductilidad ante los valores en que cree y lo hace permeable a los contenidos de que el devenir histórico los dota o intenta dotar. La razón, sabiendo que su ámbito es

[64] De Ruggiero, *op. cit.,* pp. 23-58. Únicamente indicamos este afán de síntesis como una inclinación, como una incitación a explorar un sendero, y bajo ningún concepto como una definición. El propio autor en su *Storia della filosofia* (Editori Laterza, Bari) proporciona un valioso material para proseguir su orientación, sobre todo en *L'etá delPilluminismo,* (1960). *Da Pico a Kant (1964), L'elcí del romanticismo* (1957) y *Filosofi del novecento* (1963). El esquema de la *Storia della filosofia,* de De Ruggiero, se encuentra en su *Sumario de la historia de la filosofía* (Editorial Claridad, Buenos Aires, 1948).

la historia y que, por tanto, los hechos, la transformación, los ingenios e inventos influyen en su continente, está dispuesta a interpretarlos, asimilarlos y aprovecharlos.

* * *

Junto a este apoyarse en las tendencias contrarias al historicismo, debemos tener presente un cambio de criterio fundamental, en los movimientos ideológicos revolucionarios. En el siglo XVIII las corrientes ideológicas predominantes, que pretendían modificar el contexto mismo de la sociedad, se basaban en un retorno a la naturaleza humana, viciada por el desarrollo histórico y la vida social. Para ser revolucionario, había que prescindir del pasado, había que apuntalarse en la utopía frente a los hechos, prescindiendo del desenvolvimiento histórico. Contagiados por este afirmarse en la negación del ayer, numerosos pensadores, que incluso en algunos casos se lanzaron al estudio de la historia y ensancharon sus horizontes, rechazaban en sus planteamientos reformadores la influencia de la historia.

En el propio siglo XVIII surgieron concepciones aisladas que intentaban proponer un principio positivo de explicación para la historia[65] y la precisión de su motor; unas excluyendo del transcurso del tiempo la conciencia individual; otras, en cambio, insertándola y postulando valores de la historia hecha para la historia por hacer. En contraste con aquellos que en su utopía encontraban la negación radical de la historia, se dieron los que, afirmando el pasado, veían la realización revolucionaria como culminación del proceso histórico.

[65] Louis Althusser: *Montesquieu; La politique et l'histoire*. Presses Universitaires de France, 1959, pp. 44-46. Jesús Reyes Heroles: *Rousseau y el liberalismo mexicano*, sobretiro de *Cuadernos Americanos*, México, 1962, p. 29.

En el siglo XIX el debate vuelve a surgir, pero predominan las variantes revolucionarias que ven la revolución como perfeccionamiento y culminación del proceso histórico, sobre la base de que lo avanzado, el proceso en sí, constituye el pie para la transformación, para el revolucionar. Se supera la actitud "refractaria" frente al concepto histórico y se invierte aquella frase siempre exagerada de que: "El revolucionario no puede, no debe ser historiador";[66] el revolucionario no sólo puede, sino que debe ser historiador o, al menos, estar al tanto de la historia.

El extremo de las corrientes que consideran la revolución como final del proceso histórico, incurre en la noción elemental de pensar en leyes inexorables del desarrollo histórico, imbuidas de un determinismo que apriorísticamente marca el curso del futuro, supuestamente con fundamento en el ocurrir anterior, y su, a la vez, catastrófico y jubiloso desenlace. Un fatalismo histórico que paraliza la acción tanto como el historicismo.

* * *

Pero dejando a un lado estos excesos inevitables, cuando se da una copernicana vuelta de mentalidad de los ideólogos revolucionarios ante la historia y guiándonos con lo que el cambio en lo sustancial implica, éste resultó trascendental para la historiografía y sus métodos. Dedicarse a la historia no es ya vivir en el ayer, hacer necrología, sino encontrar en el pasado acicates para transformar, para modificar el mundo en que se actúa.

[66] La frase es de Giusseppe Ferrari. La recuerda Rodolfo Mondolfo en un libro en que, con singular acierto, explica y estudia el cambio de mentalidad *(Espíritu revolucionario y conciencia histórica,* Ediciones Populares Argentinas, Buenos Aires, 1955).

De aquí proviene una relación inescindible que no descarta, sin embargo, la diferencia en los actos respectivos. Recurramos a una conclusión prestada: "Historia y política están estrechamente unidas, o mejor, son la misma cosa, pero es preciso distinguir en la consideración de los hechos históricos y de los hechos y actos políticos. En la historia, dada su amplia perspectiva hacia el pasado y dado que los resultados mismos de las iniciativas son un documento de la vitalidad histórica, se cometen menos errores que en la apreciación de los hechos y actos políticos en curso. El gran político, debe por ello ser 'cultísimo', es decir, debe 'conocer' el máximo de elementos de la vida actual; conocerlos no en forma libresca', como 'erudición', sino de una manera 'viviente', como sustancia concreta de 'intuición' política (sin embargo, para que se transformen en sustancia viviente de 'intuición' será preciso aprenderlos también 'librescamente')".[67]

Relación entre historia y política que da un sentido a la historia por hacer y a la hecha. El transcurrir está sujeto a un factor condicionante decisivo: lo que antes sucedió. Lo que ha ocurrido, lo que ocurre y lo que va a ocurrir no pueden ser separados radicalmente.

* * *

Conjugando la negación del historicismo con lo que podríamos llamar revolucionarismo histórico, la historia para revolucionar, se obtiene una concepción que sostiene la continuidad de la historia, continuidad, por supuesto, que no se da en línea recta, que no simplifica e incurre en armonías forzadas. La continuidad histórica tiene significado cuando deriva de la concordancia y el contraste, la afirmación y la

[67] Antonio Gramsci: *Note sul Machiavelli sulla politica e sullo Stato moderno.* Giulio Einaudi Editore, Tormo, 1964, p. i61. (Existe versión en castellano: *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado Moderno.* Lautaro, Argentina, 1962).

contradicción, la semejanza en las diferencias de las fases históricas. Son hilos de regularidad y contraste que unen etapas coincidentes o divergentes, y que, aun cuando frecuentemente tenues, nunca carecen de fuerza e impiden el surgimiento de fenómenos de ruda espontaneidad. Se trata de opacas urdimbres esenciales que van de lo inmemorial al futuro. El mero hecho de afirmar la continuidad ***y*** ver la transformación como culminación del proceso histórico proporciona un prolífico terreno para la influencia de la historia en la acción, para el mismo actuar de la historia.[68]

* * *

Hagamos, empero, dos salvedades sobre este actuar de la historia. La primera, determinar que la contra-acción también es acción; no es lo contrario de la acción, la quietud o inmovilidad, sino la acción en sentido contrario frente al punto de vista adoptado. En otros términos, se califica al movimiento y las fuerzas que lo generan, entre ellas la historia, bajo la influencia del subjetivismo, que, según su dosis, conforma o deforma al historiador. La segunda salvedad se refiere a la gravitación de la historia en la acción, entendida ésta en el sentido antes expresado. El problema es delicado, pues siendo principio establecido que toda historia tiende a ser universal, lo es también que para que se pueda cumplir con esta aspiración o imperativo, se debe recoger lo individual, lo particular, que, comparado y con las debidas sedimentaciones, apoya la pretensión a buscar razones universales. Toda ideología o concepción del mundo y de la vida pretendiendo

[68] "...un historiador que es el político mirando hacia atrás" (John Emerich Edward Dalberg-Acton: op. cit., p. 67). "Puo esistere politica, cioe, *storia in atto*, sensa ambizione?" ("¿Puede existir política, *historia en acto*, sin ambición?") (Antonio Gramsci: *Passato e presente*, Giulio Einaudi Editore, Tormo, 104, p. 67).

ser absolutas e intemporales, sufren tales adaptaciones particulares que, al mismo tiempo que reducen su universalidad, la fundamentan, convirtiéndola en una esencia de contenido variable, determinado este último por las peculiaridades de espacio, tiempo y sociedad.

* * *

Atendiendo a esta última advertencia, resulta evidente que la historia no en todas las colectividades desempeña el mismo papel. Si la historia está constituida por los muertos que hablan a través de los vivos, hay pueblos abrumados por la historia, que llevan sobre sus espaldas el pesado fardo del ayer, sujetos a glorias que ya no existen, que se sobrevalorizan en el presente en función del pasado y que llegan, por exceso de un pasado que no deja de serlo, a la servidumbre.

Son colectividades que el peso histórico conduce a ignorar el presente y a no vislumbrar el futuro. Frente a los problemas, recurren a las cenizas e invocan el valor del ayer como un privilegio para el mañana. Su capacidad creadora se reduce, dado que no pueden ni resucitar a sus muertos ni engendrar los vivos que necesitan. Asidas a glorias pretéritas que al pretérito pertenecen y a un mundo yerto que a nadie excita, se exponen al exceso histórico, que es una enfermedad incurable. Pueblos abrumados, encorvados por la carga de la historia, están expuestos a que la acumulación y sublimación del pretérito embote su propia intuición. Constituyen estas colectividades campo propicio para que se dé la maldición recalcada por un irracionalista no exento de razones concretas, el "Dejad a los muertos que entierren a los vivos".[69]

[69] Federico Nietzsche: *Consideraciones intempestivas, 1873-1875*. Aguilar, Madrid —Buenos Aires— México, 1949, p. 104.

En estas sociedades, junto al vivir del pasado, se dan también quienes hastiados de él, de glorias que no pueden emular, caen en el elegante escepticismo y buscan en la historia lo pequeño o picante, deslizándose en la suave incredulidad que atrae prosélitos, que sin poseer siquiera avidez histórica, careciendo de móviles para luchar, se conforman con una decadencia placentera o se disconforman con una decadencia molesta, pues una u otra dependen de la condición social que se guarde.

Pero si los males de los pueblos agobiados, encorvados por la historia, son graves, no menores son aquellos de los que carecen de memoria, que padecen amnesia histórica. Unos por tener una historia grandiosa, pero remota, en que la sima no se puede vencer, en que no hay puentes suficientes para comunicar los abismos con la tierra firme en que se vive o para salvar sucesivos precipicios. Otros, porque tienen una historia corta o pequeña y, en lugar de vivirla —recrearla— con el sentido de toda proporción guardada, la desdeñan y caen, asimismo, en la amnesia. Por razón inversa, repelen su pasado, replegándose en su ignorancia o desdén.

Un pueblo aquejado de amnesia histórica, por falta de comunicación con un pasado grandioso o por falta de aprecio y conocimiento del pasado con que cuenta, es un pueblo que no comprende el momento que enfrenta, no halla en el ayer impulso para el porvenir. El fenómeno se percibe en pueblos que han emergido a la independencia en esta segunda parte del siglo XX y en que la colonización cultural borró el patrimonio anterior.

Hay pueblos que nunca pasan de ser herederos y a los que, cómo a tales, no les importa vivir de su legado; hay otros que ven el porvenir como una expectativa, como una bolsa vacía que sólo ellos

con su acción, sin punto de apoyo en lo hecho por sus antecesores, tienen que llenar. Los obstáculos a vencer sin ejemplos a seguir se sobrestiman de tal modo que, en este caso, creen que para ser protagonistas todo depende de ellos y en un momento dado. Como nada se hizo ayer, todo queda para hacerse mañana.

Unos están afectados de consunción; otros de inhibición para nuevas empresas. El abuso o el desuso de la historia produce consecuencias similares.

Agreguemos otra enfermedad que también proviene de la historia: la de aquellos que negando su utilidad y viendo su abuso o desuso, se impregnan de un ánimo despectivo hacia el saber histórico, convencidos de que la historia únicamente enseña que no puede enseñar nada.

* * *

Frente a esta evaluación pesimista de la historia, que proviene de vertientes distintas, pero coincidentes, se da un sentido optimista de la historia, o mejor dicho, un aprovechar el ayer para construir el mañana; una historia que, lejos de ser lastre, se convierte en impulso creador; una historia que, con palabras de Nietzsche, se aparta de los peligros de la historia para no ser víctima de ellos[70] y se aleja de todo aquello que constriñe la espontaneidad y, por tanto, elimina la libertad de la personalidad, que es tanto como eliminar la persona misma.

Concierne a la historia, en medida análoga, desentrañar el pasado y el presente, proporcionar a las fuerzas que actúan conciencia

[70] *Op. cit.,* p. 160.

de su sentido, esclareciendo de dónde provienen y, por tanto, hacia dónde van. Lo que las originó arroja luz sobre lo que deben perseguir; lo que persiguen alumbra lo que les dio origen. Por la historia, el hombre puede "comprender la sociedad del pasado, e incrementar su dominio de la sociedad del presente".[71]

Probablemente el medio en que vivo y actúo, me induzca al error disculpable de creer que México no tiene en su historia un lastre por abuso, ni le aqueja la amnesia por desuso. En nuestro acaecer histórico, sufriendo derrotas, casi siempre autoderrotas, u obteniendo triunfos de supervivencia, nunca hemos visto que se haya podido arrasar etapas, culturas, como si se cortaran las raíces de un árbol en crecimiento. Hemos, si, corrido riesgos de que se haya llegado hasta descubrir las raíces de nuestro árbol; pero, o no se presentó el instrumento lo suficientemente poderoso para lograr el corte, o el árbol injertó lo que pretendía matarlo. No hubo, pues, trasplante, sino injerto.

La continuidad, con las características apuntadas, es lo que hace que la historia sea en México un factor que opera para el bien en la vida cotidiana. La historia de México es impulso para el actuar, influencia positiva para la paciencia que afianzar el futuro exige, y el realismo, el pragmatismo que nos libera de ataduras dogmáticas.

En el siglo pasado nuestros hombres, partiendo de una teoría de supuesta validez universal, el liberalismo, supieron matizar, dejar de lado una serie de principios inaplicables o dudosos, inclusive en su intrínseca naturaleza, y construir una forma política particular, un liberalismo social que, prescindiendo de los dogmas económicos, se afanó por conjugar las libertades espirituales y políticas del hombre con sus necesidades económicas y sociales, apartándose de la

[71] Edward Hallet Carr: Op. cit., p. 73.

aberración del dejar hacer, dejar pasar. Aquellos hombres, con un pueblo abierto a la rosa de los vientos, recibieron influencias y se salvaron de imitar, logrando darle fisonomía a nuestra patria. Su acción no sólo constituyó un antecedente, una razón de nuestra Revolución, sino también un ejemplo de cómo, sin amurallarse, sin aislarse del mundo y sus vientos, era posible encontrar una pauta política original que respetara e incorporara nuestra peculiaridad. No debemos, sin embargo, creer, negándolos, que nos dotaron de una fórmula perfecta e inmutable, sino de un modo de hacer y proceder que permite y facilita la actualización y el enriquecimiento de nuestras normas de convivencia y progreso. La vitalidad histórica de México radica en la constante revisión que de sí mismo puede hacer. Es la sabiduría histórica que induce a sacar fuerzas de la debilidad, que aconseja negociar en vez de pelear; es la sabiduría histórica de un pueblo que hizo una Revolución que nunca intentó rebasar sus fronteras y que defendió éstas precisamente para afirmar el derecho a buscar su propio camino. Es la sabiduría de un pueblo que no es adorador del triunfo. Como pueblo viejo y joven que somos, el pasado, que ayudó al presente, hace que éste, que pronto será pasado, contenga en si los gérmenes del futuro.

* * *

Hemos tocado las líneas de pensamiento que nos conducen a afirmar la acción, el actuar, en su sentido lato, de la historia, considerando las relaciones del conocer y del hacer, con especial acento sobre el conocer histórico y situándonos, a la par, en contra del historicismo, del dogmatismo racionalista de impronta iluminista y del fatalismo, por la creencia en una ley férrea e inmanente de la historia, y a favor de la

incipiente idea de colocar la razón en el fluir mismo de la historia, así como de las tendencias revolucionarias que, anulando su genealogía, ven la revolución corno continuación y perfeccionamiento de la historia. Valiéndonos de rechazos y adhesiones pudimos formular unas cuantas reflexiones del papel de la historia, según su relación en distintas colectividades con sellos peculiares, lo que nos permitió hacer una digresión sobre el caso de México. Tócanos ahora abordar un problema que, si en apariencia es más sencillo, no deja de llevar aparejadas consecuencias de no fácil dilucidación: los hombres que en dos campos se mueven, que a dos amos, a cual más celosos, sirven, aquellos que se dedican a investigar, conocer y, simultáneamente, hacer, o que aprovechan el conocer para hacer.

El estar entre la tarea del día, el tráfago cotidiano y la vocación de aclarar las propias ideas, de saber e investigar lleva, a no dudarlo, a condiciones equivocas para la acción, la investigación o ambas. Ejemplo claro de estos riesgos es la vida, a la altura de la más desbocada imaginación, de aquel gran folletista político, de quien ignoramos si al descubrir un pasaje no aparecido en las ediciones de un clásico, derramó su tintero sobre el texto, por el azoro del propio descubrimiento por la preocupación de que, al estudiarlo, estaba abandonando sus tareas de militancia; pero de quien estamos seguros que, siervo de la erudición, acaba por convertirse en desertor.[72] Riesgo de servir a dos amos.

Al margen de este ilustrativo incidente, ocupémonos de una figura dominante en nuestro siglo XIX: el intelectual político. Como reproche generalizado, en ese siglo se decía que sólo la ambición, la codicia de fama, hacia que estos hombres, "que no teniendo más que

[72] Se trata de Paul-Louis Courier cuando en la Biblioteca Laurentina, de Florencia, encuentra un fragmento del manifiesto de Dafnis y Cloe, de Longus, que no contenían las ediciones de la obra. *Collection complete des pamphlets politiques et opuscules Litteraries de Paul-Louis Courier.* Bruxelles, chez tous les libraires, 1826, p. xxii. Paulo-Louis Courier: *Panfletos Políticos* (1816-1824). *Revista de Occidente*, Madrid, 1936, p. XII.

un talento" —las letras—, aspiraran al que les faltaba— el necesario para la actividad política—, con la consecuencia de que "pierden uno sin alcanzar el otro".[73]

Cabe preguntarse si los trabajos literarios de estos hombres habrían alcanzado mayor calidad, de haber sido ajenos a la actividad política. Mucho me temo que no. Sus letras más valiosas estuvieron encaminadas al hacer o narrar y explicar éste. Pero, apartándonos de este comentario, la tesis generalizada establecía una artificiosa dicotomía de talentos.

* * *

Son, en lo general, los intelectuales los que condenan la actividad política de los de su gremio. No sabemos si se deba al fenómeno, parece ser que repetido, de que nadie es peor con los hombres de letras que un colega ejerciendo el poder y que tan gráficamente se describe en la anécdota de Guizot, casualmente historiador, recibiendo como presidente del consejo de ministros, con soberbia y desdén, nada menos que a Augusto Comte; o aquel otro escritor que con desprecio intenta aplastar a sus colegas del día anterior con las palabras: "!Vosotros, teorizantes!".[74] Hay también una pizca de duda de que se dé la condición de que no sólo el revolucionario al llegar al poder arguya con la razón de Estado, sino que tal conducta también siga el intelectual.[75] Sean o no éstas las causas, obedezcan o no a la

[73] "Sois como todos esos ambiciosos de gloria, COMO todos esos avarientos de fama que no teniendo más que un talento, aspiran precisamente al que les falta y pierden uno sin alcanzar el otro" *(La Tribuna de Lamartine o sus estudios oratorios y* políticos. Traducida por Francisco Zarco. México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1861, p. XXV).

[74] Charles Maurras : *Oeuvres capitales, 11, Essais Politiques. Flammarion,* París, 1954, p. 118.

[75] "La experiencia nos ha demostrado siempre, hasta ahora que nuestras revoluciones invocan la razón de Estado, desde el momento en que llegan al poder; que emplean entonces los procedimientos de policía, y consideran la justicia como un arma de la que pueden abusar contra sus enemigos". Georges Sore, *Réflexions sur la violence;* Librairie Marcel Ri viere et Cje., Paris, 1950, pp. 156-157.

ingeniosa apreciación de que lo más terrible es el poder en manos de un escritor con escasos lectores, resulta indudable que, en lo general, es el intelectual quien ve inconciliables las dos funciones.

Podríamos citar numerosos intentos en esta dirección; abordaremos exclusivamente uno, el de Ortega *y* Gasset, en torno al estudio de Mirabeau, tanto por la amplia difusión que obtuvo, cuanto porque, con elegancia, Ortega conduce a su lector a que ingiera ideas profundas en una prosa que en su ligereza las disimula. Las premisas de que parte Ortega y Gasset son ratificadas por otros intelectuales que se ocupan de la materia. En primer lugar, la dicotomía de talentos a que nos hemos referido; en segundo lugar, el levantar dos dimensiones de la política, pensar y actuar, como compartimientos estancos; y en tercero, una condena a las ideologías, que nada tiene que ver con los que en nuestros días y no obstante los hechos, por un pobre neopositivismo o una infantil confianza en la infalibilidad de la técnica, desechan la utilidad de las ideologías y las reducen a producto específico de los pueblos subdesarrollados.

Detengámonos en la caracterización de Ortega, que viola puntos de partida adoptados en este trabajo. El político revolucionario —dice— es un contrasentido: se es político o se es revolucionario. Este último, al actuar, obtiene lo contrario de lo que se propone, pues toda revolución provoca su contrarrevolución. En cambio "El político es el que se anticipa a este resultado, y hace, a la vez, por si mismo, la revolución y la contrarrevolución". Junto a la paradoja viene la acrobacia: el político con las siguientes cualidades: facultad para la transacción, flexibilidad y previsión.

Como se ve, Ortega y Gasset excluye más de lo que incorpora. Deja de lado algo decisivo en la acción: la capacidad para transformar el medio, las cosas. Ignora al hombre que con su acción modifica la

realidad, que por su sagacidad y destreza aprovecha coyunturas para transformar radicalmente realidades maduras que, incluso, pueden estar invitando al cambio. Da la imagen de un político mutilado por la comprensión unilateral de su función" toda auténtica política, postula la unidad de los contrarios". Ciertamente que hay algo de esto último, pero mucho más que ese algo.

Para estos intentos clasificadores las simplificaciones son esenciales: el político, según Ortega: "Reflexiona después de hallarse fuera de si, comprometido en la .acción"; el intelectual con el pensamiento precede al acto, no siente la necesidad de la acción; intercala cavilaciones entre el pensar y el hacer y si se contrae a la acción lo hace de mala manera, cuando es forzoso; ella, en el fondo, perturba su mundo. De aquí proviene el juicio que rebaja al intelectual: "Hay hombres que es preciso no ocupar en nada, y éstos son los intelectuales. Esta es su gloria y tal vez su superioridad". Pero, parejamente, también se rebaja al político. El intelectual interpone ideas "entre el desear y el ejecutar"; a contrario sensu, el político no lo hace, y aunque Ortega busca fórmulas que aproximen las antitéticas figuras, en el fondo, ha levantado una división inconciliable. Ante la complicada sociedad, —asienta— el político necesita, ser cada vez más intelectual; tiene, además, un ingrediente intelectual: "intuición histórica" y frecuentemente el gran político, al empeñarse en "creaciones suplementarias y superfluas, está revelando que siente "fruición intelectual".[76]

¿No inspira un sentimiento lastimoso este querer que el político sea un poco tan siquiera, intelectual? A mí me lo inspira, y me rebelo ante la expresión de dos imaginarias dimensiones: la figura del intelectual, ofuscado o no por sus ideas, e inepto para ejecutarlas por

[76] Obras de José Ortega y Gasset: *Mirabeau o el político*, Espasa-Calpe, S.A., Madrid, 1943, p. 1123 y sigs.

mera profesión, y la imagen desmedrada de un político sin ideas, sólo apto para la transacción oportunista, en el más miserable o valioso de los sentidos.

En contraste con esta tesis, afirmamos que la actuación requiere del pensamiento y que el pensamiento se amplia con la actuación ligera o profunda, pequeña o grande; que, en fin, pensar y actuar se robustecen al comunicarse.

* * *

El intelectual debe ser ocupado en mucho; el político sólo se justifica en La medida en que está regido por un pensamiento. Dicotomías, disociaciones son parcializaciones, fraccionamientos de lo que es unitario. En el subsuelo existe una explicación que no se apoya en la clasificación de individuos, en el casuismo histórico, una clasificación que es social en su esencia: todos los hombres son intelectuales, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales;[77] en correlación con este pensamiento podríamos decir que todos los hombres son políticos, pero no todos los hombres desempeñan una función política en la sociedad. Es a través de la función como podemos obtener algunos resultados.

Hay, y siempre ha habido, una clase política, admitiendo de antemano el concepto multívoco de clase; con la misma reserva, una diferenciada clase intelectual. Si algo caracteriza a ambas clases es el estar constituidas por quienes, en rigor, no pertenecen a ninguna

[77] "Se podrá decir que todos los hombres, por el solo hecho de serlo, son intelectuales; pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales". Antonio Gramsci: *Gil intellecttuali* e *l'organizzazione della cultura.* Giulio Einaudi Editore, Torillo, 1964, p. 6. (Hay traducción al español: *Los intelectuales y la organización de la cultura,* Lautaro, Argentina, 1960, p. 14)

clase;[78] lo que no excluye que unos u otros en su pensar, actuar o las dos cosas, puedan representar clases. Ambas clases se alimentan entre si y dan un producto que corresponde a las dos: el intelectual político.

No nos atrevemos a decir que encontremos la solución a las antítesis parciales, las contradicciones individuales, los inevitables temperamentos. Numerosas páginas se llevaría señalar reproches que el político puro formula al intelectual puro o que éste acumula sobre

[78] En la literatura política italiana el tema de la clase política surge, en realidad con Maquiavelo. Gaetano Mosca rastrea la doctrina de la clase política, nacida, a su parecer, cerca de un siglo antes de su época y fundamenta su método y doctrina en la existencia de la clase política *(Elernenti di Scienza Politica,* Gius Laterza 45t Figli, Bari, 1939, Tomo 4_ p. 83 y sigs. ; Tomo II, p. 5 y sigs.). El tema aparece, sin embargo, en numerosos autores como preocupación teórica o investigación concreta aplicada al campo italiano. Notas parciales sobre la materia pueden encontrarse en casi toda la obra de Gramsci. Por su parte, De Ruggiero se ocupa expresamente de la clase política incisivamente y de la relación clase y partido y técnica y política (De Ruggiero: *El retorno a la razón,* cit., pp. 129-145). Encontramos un evidente acierto en De Ruggiero, cuando, al respecto, establece: 10. Que fueron los fisiócratas quienes en primer lugar se esforzaron *en determinar* con exactitud científica el concepto de una clase política que, en virtud de hallarse libre de la necesidad material, por estar constituida por propietarios, estaba disponible para cumplir funciones públicas y gratuitas. 20. Se trataba de una clase disponible o clase general apta para asumir la defensa de los intereses generales. 3o. Esta clase operaba como clase política y no como clase económico-social; actuaba para todos. 40. Al fraccionarse la propiedad agraria y reducirse a complemento subsidiario de otras actividades, los intereses agrarios pasaron a segundo término y la clase industrial, así como el proletariado agrícola y urbano, hicieron que la clase política, que era general, se fraccionara en clases particulares, "las cuales justamente por eso, perdían toda verdadera calificación política". 5o. Dejó, pues, de haber una clase mediadora, sujeta a servir al bien común, y a ello contribuyó la clase industrial, cuyos miembros "Casi siempre fueron adoradores de la técnica y denigradores de la política, y trataron de dominar esta última con medios indirectos y por interpósitas personas". 6o. "En conclusión, la vieja clase política está en crisis y la nueva no logra aún emerger con caracteres bien definidos". Tómese en cuenta la época en que De Ruggiero escribe. No creemos, sin embargo, que ella, la nueva clase política, haya surgido todavía con caracteres bien definidos. No lo es la pintada por Burnham en la revolución de los gerentes, que en su sentido primitivo convertiría a la clase política en administradores de los negocios de la burguesía confirmando el aserto marxista. Tampoco en el derivado, representado por las actuales tendencias tecnócratas, con su copiosísima literatura que exalta el valor de la técnica y degrada al político con las acusaciones tradicionales y, en el fondo, se convierte en una ideología con la voluntad de reducir la política a la técnica, sobre la base de que ésta resuelve objetivamente los problemas en atención al interés general. La definición de interés general ya implica una apreciación y juicio político. (Jean Meynaud : *Technocratie* et *politique,* Etudes de Science Politique, Lausanne, 1960). Por otra parte, nuestra época obliga a la especialización, que ignora el todo, aunque sea muy en lo general, y que es necesario conocer para la decisión política. Como se ha dicho, al político toca moderar los rigores de los técnicos, teniendo en cuenta los obstáculos humanos, lo cual da lugar a una función que debe considerar la totalidad de los factores del hombre: ideológicos, morales, religiosos, económicos. (Op. cit., p. 78 y sigs.). No dudamos que los técnicos puedan constituir otra clase, pero sí que constituyan la nueva clase política. Giacomo Perticone, en un libro que es modelo de investigación en su género (*La formazione della classe politica nell'Italia contemporanea*, Edizioni Leonardo, Casa Editrice G. C. Sansoni, Firenze, 1954), da una clave cuando pone cuidado en no confundir la clase política" (p. VIII). Tampoco encontramos la clase política en la descripción de Djilas: dominio de una burocracia privilegiada del capitalismo o socialismo de Estado, pues burocracia no es clase política. Las dificultades para definir la clase política radican más que en su existir, en el concepto de clase.

el primero: el político habla de ausencia e indiferencia del intelectual ante la cosa pública; quizá exagere las dificultades de su actividad para desalentar el ingreso de competidores. El político recalca la propensión del intelectual a erigirse en severo juez en algunos casos, sin pasar por la prueba de la acción, en otros casos para resarcirse de la frustración en el actuar. La caracterización ya se ha hecho: el intelectual, ante la grosera realidad que interrumpe sus juegos mentales, se refugia en las ideas como en "un Olimpo sin riesgo", de tal manera que el pensamiento únicamente posee en él voluntad ofensiva "como medio de ejercer un poder absoluto, sin peligro y sin responsabilidad, justificando o trastornando el mundo ante su tintero".[79]

El intelectual, por su parte, se abroquela frente al político con dos argumentos: la obligación que éste tiene de salvaguardar la pureza de las ideas, de ser intransigente en su persecución. Situado en el mundo etéreo de las ideas, el intelectual condena el más mínimo repliegue y el menor apartamiento de la totalidad de las ideas que el político profesa. Cuando éste recurre al gradualismo y evita acumular por su acción fuerzas y resistencias e intensificar su agresividad, el intelectual se cierra en la idea del todo o nada, y repliegues y acomodos le permiten ver al político como un hombre carente de posiciones doctrinales y que se exime ante las grandes opciones espirituales.

Si consideramos que la ineficacia en la política se siente y se ve y la eficacia ni se siente ni se ve, y que al político no se le juzga exclusivamente por el ejercicio de su profesión, sino que se le exige que llene cualidades al margen de ésta; y recordamos que al artista se le juzga por su obra, sin importar su vida personal, que puede ser degradante o enaltecedora, pero irrelevante para su obra, nos percatamos de que se da una disparidad perniciosa de criterios para

[79] Emmanuel Mounier: *Manifiesto al servicio del personalismo. Personalismo y cristianismo.* Taurus Ediciones, S. A., Madrid, 1965, p. 28.

enjuiciar. Apoyémonos en Croce: el político puede tener muchos defectos, carecer de muchas dotes; mas si la política es su vocación, construye "el fin sustancial de su vida"; se podrá dejar corromper en cualquier actividad, pero no en ella, de la misma manera que el poeta, "si es poeta, transigirá con todo, menos con lo que atañe a la poesía y nunca se prestará a escribir malos versos".[80]

* * *

Por tanto, afirmémonos en la concepción funcional y fortalezcámonos con dos principios fundamentales que hermanan al intelectual y al político. Concebir la política como una actividad cultural. Por el verbo, por la reflexión y por la decisión, el político del más alto rango procura moldear, valiéndose de ella hasta donde es posible, una realidad rebelde, nada plástica, de conformidad con las ideas en que cree. La cultura tiene un claro sentido político, pues, en cuanto no se entiende como yuxtaposición o hacinamiento de conocimientos, supone la búsqueda de perfeccionamiento, empezando por el propio y, por tanto, implica perenne transformación, constante renovación, e impele a estar dentro de la sociedad en que se vive en una posición critica, con el deseo de cambiarla o conservarla. Cualquier obra cultural, por individual que sea, por mucho que agote una individualidad, la trasciende, adquiere sentido objetivo cuando los demás la aprecian, consumen o rechazan.

Si la política es actividad cultural ***y*** la cultura, en su sentido más trascendente, tiene un, significado político, la figura del intelectual

[80] Benedetto Croce: *Ética y política.* Ediciones Imán. Buenos Aires, 1952, p. 747 y sigs. Corresponde este texto, en que se ocupa de la honradez política, a *Fragmentos de ética,* publicados en 1922. Ortega y Gasset, en su ensayo sobre Mirabeau, de 1927, coincide sustancialmente con Croce en que no hay que exigir al político las pequeñas virtudes; no hay que medirlo con el rasero que se aplica al mediocre. El "hombre de obras" no puede ser considerado "bajo la perspectiva moral y según los datos psicológicos del hombre menor, sin destino de creación" *(Obras completas,* Tomo III, *Mirabeau o el político,* Revista de Occidente, Madrid, 1962, pp. 603-611).

político no sólo se ha dado en el pasado y existe en el presente, sino que tiende por si a subsistir y está sustancialmente justificada. La figura o tipo exige que el intelectual sea modestamente receptivo a la realidad, se deje influir por ésta, la capte y exprese sin desprecio, aquilatándola como fuente de cultura, y el político se mantenga vinculado con el mundo de las ideas, procure racionalizar su actuar y encuentre en el pensar una fuente insoslayable de la política.

Es indispensable tener esa que Max Weber considera cualidad psicológica decisiva del político, ***mesura;*** "capacidad para dejar que la realidad actúe sobre uno sin perder el recogimiento y la tranquilidad, es decir, para guardar la ***distancia*** con los hombres y las cosas". La combinación es "pasión ardiente" y "mesurada frialdad". La política requiere pasión para ser auténtica y no frívola; más "se hace con la cabeza y no con otras partes del cuerpo o del alma".[81]

He querido en estas notas proporcionar alguna explicación sobre la acción de la historia y sobre los hombres dedicados al conocer, al hacer o a ambas cosas. Numerosos esclarecimientos, exigidos por los temas tratados, han quedado pendientes para un estudio que algún día procuraré realizar.

Señoras ***y*** señores: La historia hecha y la historia por hacer constituyen tarea vital. Ranke escribió que el historiador debe hacerse viejo, lo que da lugar al comentario de que el tiempo parece ser más considerado con los que a desentrañarlo dedican sus vidas: "Y éstas parecen henchirse y madurar a medida que pasa el tiempo por ellas. Corno si el saber histórico fuese resultado no sólo del esfuerzo personal sino del tiempo mismo".[82]

[81] Max Weber: *El político y el científico,* Alianza Editorial, Madrid, 1967, pp. 153-156.
[82] Luis Diez del Corral: Estudio Preliminar a *La idea de la razón de Es-Lado en la Edad Moderna,* por Friedrich Meinecke. Instituto de Estudios Políticos Madrid, 1959, pp. VII, VIII y IX.

Hacer historia exige años y ayuda a tenerlos. La historia, que ayuda a la longevidad, parece ser que la demanda. Los años dotan de altura para el juicio histórico; obligan a poner entre interrogaciones lo que se aseguraba; otorgan capacidad de duda e imponen, a veces, el recurrir a los puntos suspensivos.

Vivimos época de tiempo rápido. Hemos sido testigos de muchos cambios; preparémonos a ser protagonistas o cronistas de muchos cambios más. Para cumplir la tarea vital que nos concierne, mantengámonos en actitud abierta a lo que proponen las avanzadas de nuestra contemporaneidad: aprendamos de aquellos a quienes pretendemos enseñar; tengamos presente que quienes niegan o afirman rotundamente, quizás estén inquiriendo o preguntando. De no seguir esta conducta, proferiremos palabras que emanan de un mundo cansado, en los linderos de periclitar; siguiéndola, adoptando una actitud que no busca perpetuar convicciones, sino recibir y tratar de comprender las influencias filiales —de los hijos de la cátedra a los hijos de la acción— podemos contribuir a configurar un mundo siempre antiguo y nuevo, con la convicción de que la libertad es imperecedera como necesidad del espíritu y que la justicia también es imperecedera como necesidad de la dignidad moral del hombre. Esta actitud espiritual abierta, permitirá comprender los nuevos significados de los valores en que se cree y luchar por las nuevas emancipaciones que las nuevas esclavitudes demandan. Es con esta actitud espiritual que ofrezco contribuir a las tareas vitales de la Academia Mexicana de la Historia.

MEDITACIONES SOBRE MÉXICO[83]

Jesús Silva Herzog, retrato.

Jesús Silva Herzog

Recordación geográfica

México es un país de dos millones de kilómetros cuadrados, situado entre los Estados Unidos y la América Central, el Océano Pacífico y el Atlántico. Se dice que su forma —ironía geográfica— se asemeja al cuerno de la abundancia. Hay climas cálidos, templados y fríos; zonas salubres e insalubres; desiertos y selvas; llanuras y montañas. Hay tribus primitivas, pequeñas poblaciones coloniales y ciudades modernas. Por esto, cuando se habla de algún problema concreto: económico, social o político, la gente enterada usa siempre el plural.

Muchos ríos lo son solamente por temporadas: en la época de las lluvias. Entonces las corrientes se hinchan y se tornan bravías y amenazantes. Muy pocos ríos son navegables y todavía menos en toda su carrera; tan pocos que pueden contarse con los dedos de una mano. Nostalgia del Amazonas, del Mississippi, del Nilo; nostalgia

[83] Texto publicado originalmente en los *Cuaderno Americanos*, septiembre-octubre de 1947.

de los caminos que andan y ayudan en la historia a caminar a los pueblos.

En pocos lugares falta la montaña en el paisaje. Está casi en todas partes, alta y hermosa, cubierta de vegetación o como si una enorme navaja hubiera pasado por su rugosa superficie; está allí, negra en la noche, azul, gris, morada o rojiza según la distancia y la hora del día; está allí, interponiéndose entre el hombre y el hombre, dificultando el intercambie de las mercancías que enriquecen y de las ideas que aproximan. Tierra joven, de matriz fecunda y prepotente. Hace apenas un lustro, parió un volcán.

Los litorales son extensos en el oriente, en el poniente y en el sur; pero no hay puertos naturales y precisa dragar constantemente; precisa hacer obras costosas para utilizar el mar, para defendernos del mar; precisa luchar en contra de una naturaleza enemiga, siempre y sin reposo. La pesca es cuantiosa riqueza que muy poco se aprovecha. El mexicano no es mari no ni pescador. Por mirar siempre a sus montañas se ha olvidado del mar.

Las lluvias son irregulares, en pocas regiones abundantes y en la mayoría de ellas escasas. Agricultura de temporal, aleatoria, con la amenaza de la helada temprana o tardía, agricultura pobre y campesinos miserables.

Pero el hombre es capaz de transformar su morada. En México parece que ya la está transformando con las obras de riego, la utilización de la energía eléctrica en gran escala y la conquista del trópico. El destino del mexicano depende de su esfuerzo y de su visión del porvenir.

La población es de algo más de veintidós millones y pueden habitar en nuestro suelo muchos millones más. Unos cuantos son

inmensamente ricos; algunos tienen un mediano pasar; la mayoría es inmensamente pobre y desoladoramente ignorante.

México es un hermoso país, uno de los más hermosos de la Tierra; pero está todavía en construcción y lo que importa es terminar la obra, y cuanto antes mejor.

En el tiempo lejano

La historia es el drama del hombre y éste es, como dice Croce, un compendio de la historia universal. Drama en que se mezclan el bien y el mal, el sufrimiento y el goce, la desesperanza y un afán eterno de superación; y, cada ser humano, es en sí mismo una síntesis de su generación y de las generaciones.

La historia jamás se detiene; es un río caudaloso que fluye hacia un mar ignorado; es cambio constante y suceder sin término. Por eso no hay cortes verticales en la historia. Se construye con los errores y aciertos del pasado, la angustia del presente y el anhelo fervoroso, inquieto o sosegado de un futuro mejor.

Y así, con deseos apasionados de mejoramiento, miseria y dolor, triunfos y derrotas, así ha ido escribiendo su historia, penosamente, el pueblo mexicano; pero está en pie, escudriñando el horizonte para ver si sorprende el primer rayo de luz de una insospechada aurora; está en pie, como sus árboles milenarios y sus volcanes mitológicos.

Se cuenta que las tribus batalladoras que violaron las montañas y los valles, los bosques y los lagos primitivos del territorio que ahora es México, avanzaron del norte poco a poco; tan despacio que tardaron decenios para establecerse en el centro y el sur. Toltecas,

mayas, chichimecas y aztecas. Muchos otros grupos humanos con nombres diferentes que los arqueólogos y prehistoriadores —poetas del pretérito— han clasificado sin duda alguna con singular acierto: distintos pueblos con ciertas características privativas en diversas regiones. Luchas de unes en contra de otros. Vencedores y vencidos. El hombre, siempre, lobo del hombre.

La historia confundida con la leyenda y la leyenda con la historia. Personajes misteriosos que civilizan y emigran para convertirse en estrellas; reyes que tiranizan, matan y mueren; dioses bondadosos que dejan caer la lluvia fecundante, o vengativos y sedientos de sangre. Y en el fondo del cuadro las sombras de la multitud que trabaja y lucha, que sufre y calla que nace y vive para hundirse en las tumbas sin recuerdos; las sombras dolientes de millones de seres anónimos que son los que hacen, en gran parte, la historia.

Pero estos antiguos pueblos dejaron su huella por donde pasaron: Mitla, Teotihuacán, Monte Albán, Uxmal, Chichén Itzá, y tantos otros monumentos grandiosos que muestran el grado de civilización y la capacidad creadora de sus constructores; monumentos que asombran al viajero estudioso y hacen nacer en el pecho del mexicano el orgullo de serlo. Allí están para que se conforte el hombre de nuestra América y afirme la confianza en su destino.

La epopeya de la Conquista

Los aztecas llegaron al Valle de México en 1325; llegaron agotados, desnudos y enflaquecidos por las privaciones y fatigas de su largo peregrinar. Allí, por fin descubrieron sobre un nopal y devorando

una serpiente, al águila que sus augures les habían señalado como término de su viaje. De seguro se sintieron sometidos al hechizo de la vegetación exuberante, de los lagos apacibles, del cielo diáfano y de los volcanes gigantes, embellecidos por la nieve que decora sus cumbres.

Lentamente construyeron su Ciudad y más tarde su imperio: su Ciudad con el trabajo; su imperio con la guerra. Primero sometieron a los vecinos y celebraron con ellos alianzas militares después, subyugaron a pueblos y tribus que habitaban en comarcas distantes. Siempre, en todos los tiempos y en todas las zonas geográficas, la codicia de poder o de gloria de los pocos que mandan, utilizando la ignorancia y la fuerza de los muchos que obedecen, ha sido el origen de los grandes imperios. Las características del Imperio azteca fueron el dominio implacable sobre los vencidos, los pesados tributos o la esclavitud; los sacrificios humanos y algunos principios de moral que parecen arrancados de los Evangelios. Enseñaban que debía respetarse a los ancianos y consolar a los pobres y afligidos con obras y buenas palabras.

Arriba estaba el emperador con los nobles, los sacerdotes, los guerreros; abajo la masa infeliz, idólatra, desnutrida y explotada. Sociedad contradictoria como todas las que se han organizado en el curso de los siglos. ¿Qué pueblo, qué nación puede arrojar la primera piedra? El hombre es una bestia admirable, pero imperfecta. Lógicamente, es admirable pero imperfecto todo lo que realiza. Lo único que le salva es la eterna inconformidad con su imperfección.

Reinaba Moctezuma cuando llegó Cortés a Veracruz. Los españoles apenas pasaban de quinientos, en tanto que, según se

cuenta, ascendían a dos millones cuatrocientos mil los indígenas que poblaban el actual territorio mexicano. Pero jamás los déspotas han podido contar, en las horas de prueba, con la ayuda de los que tiranizan y humillan.

El imperio, ya lo dijimos, había sido construido por la fuerza de las armas y se apoyaba en el temor de los pueblos avasallados; apoyo inestable porque invariablemente lo derrumba la primera ráfaga, cierta o ilusoria, de libertad.

Y el genio indiscutible de Cortés, estimulado por la ambición de riqueza, de poder y de gloria, percibió, o más bien intuyó, que el edificio político de Moctezuma se asentaba sobre terreno movedizo, y entonces se arrojó con sus hombres a la epopeya de la Conquista.

Los españoles no lucharon solos en contra de los aztecas; a su lado lucharon centenares y miles de indígenas. El español era de hierro, el azteca de bronce. Choque tremendo de dos civilizaciones. La técnica guerrera del europeo se impuso sobre el bravo corazón del nativo, pero no sin tiempo y sin trabajos. Cortés supo de la amargura de la derrota y lloró de rabia y desesperación en una noche memorable, los cronistas la llaman ***La noche triste***.

El sitio de Tenochtitlán es uno de los episodios más heroicos de la historia. Tiene grandezas de epopeya y está todavía esperando al poeta de imaginación creadora que lo exalte y sintetice en un poema inmortal.

Heroísmo y audacia de los sitiadores; valor y heroísmo de los sitiados. Tal para cual, dignos los unos de los otros.

En el fondo, no era sino el afán de dominio y la sed de oro lo que movía al español; al aborigen lo movía el derecho a defender el

solar de sus mayores. En tal ocasión, como en muchas otras, sucumbió el Derecho.

Se luchó día tras día durante semanas con inaudita terquedad.

Los nativos fueron retirándose poco a poco, cediendo palmo a palmo el terreno; se fueron retirando sobre los cadáveres de los suyos y a angustia del fracaso inevitable. El hambre y la peste consumaron la derrota.

Muy dura fue la existencia del nativo durante las primeras décadas posteriores a la Conquista. Trato inhumano, castigos injustos y explotación brutal. Se le obligó a trabajar catorce horas diarias en las minas y en los campos de que se apoderaron los vencedores; se le exigió con la espada a convertirse al catolicismo medieval del español de entonces, y a construir con sus manos, su sudor y su sangre, los templos, humildes o soberbios, de los nuevos dioses. Se le amenazó —como dice Alfonso Caso— con el infierno en la otra vida, si se atrevía a salir del infierno en ésta.

Millares de indígenas murieron en las minas agotados por la ruda labor y la insuficiente alimentación, sin saber que estaban contribuyendo a la construcción de la sociedad mercantil. El oro y la plata de América, el tráfico de esclavos y la piratería, forman el triángulo diabólico que aceleró el progreso del capitalismo.

No faltó quien dudara de que el aborigen fuera un ser racional.

Hubo polémica. Al fin el papa Paulo III, por medio de una bula, declaró que el indio de América pertenecía al linaje humano.

Llegaron los franciscanos: gotas de luz en la noche sombría del vencido. Más tarde, los dominicos y los agustinos. Muchos de ellos cargados de virtudes y poseídos por el amor a los humildes; muchos

de ellos agentes civilizadores, verdaderos misioneros del Jesús de los Evangelios. Se enfrentaron al soldado y al encomendero en defensa de los débiles, y destilaron en el corazón del vencido la esperanza, último refugio de todos los desdichados. Hermoso ejemplo el del padre Las Casas, que defendió la justicia con ardor apasionado y constancia sin desmayos. Ejemplo más hermoso todavía el del insigne Vasco de Quiroga, el primero que se afanó por crear en el Nuevo Mundo un mundo nuevo, inspirado en el país maravilloso que diseñara el genio sabio y bueno de Tomás Moro.

Ejemplos, nada más hermosos ejemplos. No pudo generalizarse la obra civilizadora, con todo y que fue grande. Los errores políticos y económicos internos, las conquistas y la colonización menguaron la vitalidad de España y agotaron su fuerza creadora. Prolongó la Edad Media, y sin darse cuenta del presente vivió de espaldas al futuro.

Las Leyes de Indias, de que tanto se ha escrito, fueron también hermoso ejemplo de nobleza y buenos propósitos; pero por desgracia para millares de seres humanos casi nunca se cumplieron, porque las neutralizaba la distancia y la economía del colono. Y es que las leyes no pueden crear la realidad; es lo contrario. Esto es obvio y es bien claro. Sin embargo, el hombre es terco en el error, asombrosa y desesperadamente terco. La experiencia sólo con sangre le entre, con la propia sangre y el propio dolor. Y a veces —lo estamos viendo ahora— ni con sangre.

Con el correr del tiempo se fueron suavizando un tanto las costumbres. El mal trato al pobre dejó de ser sistema generalizado.

Se edificaron doce mil iglesias para que el pueblo miserable pidiera a Dios resignación y soñara en el cielo, envuelto en el humo del incienso y en sus harapos mal olientes. Se erigieron costosos

palacios para los ricos, y se construyeron carreteras para dar salida a los metales y entrada a los efectos que raían las flotas de Cádiz o Sevilla.

La tierra acaparada por el español, el criollo, y en su mayor parte por el clero.

Se continuó desenvolviendo el drama en un escenario paradójico, en una paz de esclavos, en una chorea quieta.

Independencia y anarquía

Las rebeliones las organizan los soldados para sustituir en el poder a una persona por otra. Su origen es el resentimiento o la codicia de algún alto jefe militar. Naturalmente que siempre se usan grandes palabras: la justicia, la libertad, la patria; se usan para encubrir los peores instintos y los propósitos más perversos.

Las revoluciones las hacen los pueblos para subvertir el orden social establecido, con el fin de mejorar sus condiciones de vida, convencidos de que éste, el de la revolución, es el único camino; son actos temerarios, de desesperados y suicidas.

El rebelde es, en la mayoría de los casos, ambicioso y moralmente inferior; el revolucionario es fundamentalmente bueno y puede ser un apóstol, o un héroe. En México hemos tenido en el curso de la historia muchos rebeldes y muy pocos revolucionarios; numerosos cuartelazos, rebeliones y motines y sólo tres revoluciones. La primera la inició un sacerdote de cabellos blancos, ilustrado y valeroso, en un pueblecito del centro del país el 16 de septiembre de 1810, horas antes de que despuntara en el levante la luz del día.

Hidalgo, el caudillo, habló de independencia, de libertad. Y esas palabras mágicas despertaron a las masas en letargo secular. Lo siguió desde luego una multitud desarrapada, entusiasta y ululante; lo siguió el pobre que nada tenía que perder y algo que ganar en las horas tumultuosas del saqueo; lo siguieron unos cuantos letrados y militares, a quienes la ilusión grandiosa de hacer una patria de la tierra sojuzgada en que nacieron les había encendido el corazón.

Es cierto que bien pronto tuvimos una Casa de Moneda, una Universidad y una imprenta, y claro está que todo esto honra a España y nos honra. Más tarde se establecieron otros institutos de enseñanza superior, otras casas de moneda, otras imprentas; pero la mayor parte de la plata y del oro acuñados se conducían a España y de allí al mundo entero. El peso de plata mexicano fue durante siglos moneda internacional. Se acuñaron también monedas de cobre para que los indios realizaran sus pequeñas transacciones. La Universidad fue centro de cultura para los españoles, los criollos y rara vez para el mestizo. De las imprentas salieron decenas de libros, unos malos y otros buenos; alimento del espíritu para unos cuantos, porque a la inmensa mayoría de la población no se le había enseñado a leer. Tal vez puede afirmarse con optimismo que al comenzar el siglo XIX, el número de analfabetos en la Nueva España no era inferior al noventa y cinco por ciento.

Por supuesto que no faltan personajes ilustres en la ciencia, en la literatura y en las artes plásticas: Ruiz de Alarcón y sor Juana Inés de la Cruz, de estatura universal; Sigüenza y Góngora, hombre de letras y de ciencia; Clavijero, historiador y filósofo; José Antonio Álzate, sabio eminentísimo; Miguel Cabrera, pintor de cierto talento, y algunos más, no muchos, que brillaron en el país y fuera de sus fronteras.

Al finalizar el siglo XVIII la charca quieta comenzó a perder su sosiego. Había relámpagos en el horizonte y soplaba el viento de la inconformidad. Algunos criollos cultos que sabían de la Independencia de los Estados Unidos y de la Revolución Francesa, que conocían a Rousseau, a Voltaire y a los enciclopedistas, sintieron nacer lentamente, primero con vaguedad de sueño, la aspiración de construir una patria; después, poco a poco, el sueño se tornó anhelo fervoroso e incontenible.

Mientras tanto, el indio silencioso roía su mendrugo y esperaba la hora del alba.

Hidalgo tuvo su hora cenital. Victoria tras victoria y la seguridad del éxito pronto y definitivo. En Morelia, el 19 de octubre de 1810, decretó la abolición de la esclavitud. Ese solo hecho es bastante para rendirle merecido homenaje.

Después, la derrota, la huida hacia el norte, la desgracia y el abandono. Los obispos lo excomulgaron por el delito de luchar por la libertad de un pueblo; y el héroe, Padre de la Patria, fue fusilado en la población de Chihuahua el 30 de julio de 1811. La sangre de los héroes, mártires de una causa generosa, es germen que fecunda y exalta el ideal por el cual perecieron y provoca en los mejores el deseo de imitarlos.

La lucha por la independencia continuó en las montañas del sur. Otros caudillos recogieron la herencia de los primeros, dando ejemplo de amor a la patria y terca abnegación. El cura Morelos, el más grande de todos, gran estadista y gran general, vio con claridad que el problema del país no era meramente político, sino además económico, que lo que había que hacer era dar tierras a los campesinos para que

tuvieran que comer y que dar de comer a sus mujeres y a sus hijos. También, como Hidalgo, fue excomulgado por la Iglesia y después fusilado. Morelos es uno de los próceres más ilustres de América.

La Independencia se consumó en 1821 como resultado de transacciones entre los beligerantes; fue sólo la independencia política del dominio de España, ni más ni menos, ni menos ni más. Los únicos gananciosos fueron los criollos, es decir, la clase alta, precisamente la que había combatido a los insurgentes. El indio y el mestizo, las clases media y baja, siguieron como siempre arrastrando su pobre y angustiosa existencia.

Vino más tarde una lucha larga y cruenta: la lucha por constituir una nueva nacionalidad. Rebeliones y cuartelazos; una fracción del ejército en contra de otra fracción, y el juego se repite y vuelve a repetirse una y muchas veces, sangrando a la República. Federalismo y centralismo; errores, fracasos, penuria, vergüenza y anarquía. El saldo trágico: la guerra con los Estados Unidos y la pérdida de más de la mitad del territorio.

Entonces no era grande la diferencia entre el poder de México y el del país vecino. La guerra se perdió por falta de recursos del gobierno; el clero los tenía; pero cuando los invasores se hallaban no muy lejos de la capital y se le pedía dinero con apremio, fomentó una rebelión para guardar intactos sus tesoros y salvarse de salvar a la patria. Hay que agregar a las causas de la derrota la falta de patriotismo y la impericia de los generales. Sólo los cadetes de Chapultepec y el soldado raso supieron cumplir con su deber, al dar lo único que tenían: su vida hecha carne de cañón.

La desgracia de México en aquellos años sombríos, consistió en su fertilidad para producir seudohéroes de uniforme y seudosantos

de hábito. Hubo voces honradas, serenas y patriotas. Sus opiniones y advertencias no tuvieron eco y se perdieron en una selva enmarañada de envidias, de ignorancia, de estulticia, de fiebre de lucro y de poder.

Reforma e Intervención

A mediados del siglo XIX el clero poseía dilatadas extensiones territoriales y numerosas fincas urbanas. La Iglesia de aquel mártir de Judea que predicaba la virtud, el amor y la pobreza, era con mucha ventaja la organización económica más poderosa del país. Esas enormes riquezas se hallaban estancadas sin ninguna posibilidad de movimiento, sin circulación, obstaculizando por tal causa el desenvolvimiento de la República.

Hombres eminentes y de clara visión política pensaron desde pocos años después de la Independencia que había que desamortizar esos bienes materiales si se quería la prosperidad de la nación, pero no fue sino hasta 1856 cuando se dio el primer paso, al promulgar la ley que ordenaba al clero la venta de sus inmuebles.

El clero estuvo inconforme y provocó una nueva guerra civil, una de las más sangrientas y enconadas que registra la historia de México. El gobierno liberal de Benito Juárez, ese indio magnífico de voluntad de acero, a quien Pérez Martínez ha llamado con justeza ***El Impasible,*** obligado por la rebeldía de la Iglesia decretó en 1859 la nacionalización de tales bienes.

El escritor católico Roque Barcia escribe que el clero forma parte de la organización social, entra en el régimen político, es una clase, una categoría; y agrega que cuando se modifica la organización

de un país, se modifica necesariamente la organización del clero. Pues bien, esa clase, esa institución política, esa entidad social, ha sido freno de todo impulso creador en la evolución del pueblo mexicano. El clero siempre ha sido enemigo de las clases populares, siempre ha estado en contra de todo esfuerzo para mejorar la vida de esos millones de seres humanos, para quienes parece que se hicieron todos los dolores del mundo y ninguno de sus goces. Triste antinomia entre la doctrina y la acción, entre los principios y la realidad.

Los liberales ganaron la guerra y Juárez se afirmó en el poder por cierto lapso. Entonces los perdidosos enviaron una comisión a Europa en busca de un emperador que nos gobernara. Lo encontraron al fin en una de la viejas Casas del viejo Continente. Napoleón III ofreció enviar un ejército en apoyo del futuro mandatario, y cumplió su palabra.

Y el ejército francés, defensor de pueblos, vino a México a combatir al pueblo. En una ocasión lo derrotaron los mexicanos que mandaba un buen general: Ignacio Zaragoza. Esto sucedió el 5 de mayo de 1862. A la postre el extranjero se impuso por la táctica, el número y la ayuda de los nativos a las órdenes de generales conservadores, nativos también. Los soldados franceses llegaron a ser dueños del terreno que pisaban, nada más, porque las guerrillas liberales nunca cesaron de hostilizarlos en los campos, en las rancherías, en los pequeños poblados, y los patriotas, casi siempre de la clase humilde, en las ciudades.

Maximiliano y Carlota fueron recibidos con alborozo por la clase alta y los arzobispos, obispos y canónigos. Hubo solemnes fiestas profanas y religiosas en su honor y se improvisó en la Ciudad de México una corte a imitación de las de Europa. Tres años duró

aquella opereta de trágico desenlace: Los franceses, que habían ocupado buen número de puntos geográficos en el territorio, pero sin lograr destruir al gobierno de Juárez refugiado en la frontera norte, se vieron en la necesidad de abandonar el país por razones de índole internacional bien conocidas. Maximiliano no quiso abdicar, soñando en la consolidación de su imperio con el apoyo de los conservadores vernáculos. Perdió la partida. El 19 de junio de 1867 fue fusilado en la población de Querétaro.

La sangre azul del rubio archiduque fecundó la simiente de la libertad de un pueblo.

La historia de México se reduce —cuentan que dijo una vez Pedro Henríquez Ureña— a la lucha entre dos clases: el peladismo honrado y el decentismo ladrón. Los liberales pertenecían al peladismo; los imperialistas a los otros. Ganaron los liberales y su gobierno se estableció en la capital de la República. Los conservadores quedaron deshechos; habían sufrido un golpe mortal.

En México, lo mismo que en otras partes, los conservadores suelen alcanzar triunfos pasajeros; más a la larga siempre pierden porque quieren conservar a perpetuidad todo lo existente, porque quieren que nada cambie, porque quieren detener el tiempo y este es el mayor de los absurdos. Por el contrario, los progresistas, llamémosles así puesto que se trata de un vocablo a la moda, pueden sufrir reveses en la lucha, no obstante, lo cual al fin logran imponerse; y es que obran de conformidad con las leyes de la vida y las corrientes de la historia. Vivir, no hay que olvidarlo, es suceder, es acontecer; y no puede haber acontecimiento ni suceso sin cambio, porque el cambio es la esencia del suceso o del acontecimiento.

Pero volvamos a nuestro asunto. Después de la derrota de los imperialistas gobiernan los liberales: Juárez y Lerdo de Tejada; gobiernan los liberales y la libertad. En esos años se inaugura el primer ferrocarril, se realiza la reforma educativa de Gabino Barreda, se progresa en todos los órdenes. En esos años México abre sus puertas y ofrece asilo a los perseguidos, a todos los nobles visionarios; entre ellos, al apóstol de estatura continental José Martí, quien encuentra entre nosotros estímulo y amistad cordial.

La paz de los siervos

El general Porfirio Díaz se adueñó del poder por medio de una rebelión y lo retuvo durante treinta años. Muy luego estableció la paz, bien supremo tanto tiempo anhelado por todas las clases sociales.

Fue un gobernante enérgico, de mano fuerte y a veces cruel; empero no hizo de la crueldad su sistema de gobierno y en ocasiones dio la impresión de ser un dictador benévolo.

Le tocó gobernar a fines del siglo pasado y a principios del presente, cuando se tenía una fe ciega en el progreso y en los milagros del "capitalismo creador". Se construyeron ferrocarriles, se hermosearon las ciudades importantes, se erigieron monumentos a los héroes de la Independencia y la Reforma, se restableció el crédito exterior, se fomentaron las instituciones bancarias y se nivelaron los presupuestos; pero precisa recordar al mismo tiempo que, de acuerdo con la política gubernamental, se entregaron a empresas extranjeras las minas de oro y plata, los yacimientos petroleros, la explotación de la energía eléctrica, las pocas grandes industrias de transformación y los muchos

grandes comercios. En una palabra, se desnacionalizó la economía de la nación, excepción hecha de la agricultura que continuó en manos de propietarios absentistas, en su mayor parte de origen mexicano.

La tierra acaparada por unos pocos. Grandes haciendas con cultivos extensivos; tiendas de raya para mermarle al peón su reducido jornal; las deudas que pasaban de padres a hijos; la explotación sin medida ni piedad. El hacendado tenía su moneda, su cárcel, su justicia.

Los obreros no podían asociarse con fines defensivos. La huelga era ilegal. En una ocasión los trabajadores de una fábrica de hilados y tejidos fueron ametrallados porque se ha habían echado a la calle en demanda de mejores condiciones de ida. Con tal motivo, los periódicos dedicaron editoriales laudatorios al general Díaz. Uno de ellos se titulaba: "Así se gobierna."

Se aseguraba que esto era el progreso, que el país progresaba a pasos agigantados, y se inventó el mito del general ***Díaz*** presentándolo como estadista genial, reconocido por las naciones extranjeras, según se decía.

La gente rica se vestía a la moda de París. No pocos hablaban francés y tenían una buena cultura; la gente rica era tan dichosa como se puede ser en la Tierra. En hiriente contraste la gran masa de la población vivía en la pobreza, o en la miseria; vivía en la mayor ignorancia, vivía de dos mitos: don Porfirio y la Virgen de Guadalupe.

Un autor ha escrito que los pueblos viven de mitologías porque buscan en la fábula todas las nociones indispensables a su existencia. Sin embargo, hubo un momento en México en que la fábula, indispensable a la existencia del pueblo, no fue bastante a su existencia, porque los artesanos de las poblaciones, los obreros de las

fábricas y los peones de las haciendas, ya no pudieron contener su hambre de pan, su hambre de justicia, su hambre de libertad.

El esquema anterior explica la Revolución Mexicana tenía que ser inevitablemente, porque cuando los pueblos no han rodado al abismo de la imbecilidad, su instinto colectivo de conservación es más poderoso que el poder de los tiranos y de los más grandes imperios.

Años de lucha

En septiembre del año de 1910 la nación se arrebujaba en el manto de la paz porfiriana. Los que habían tenido suerte en el juego de azar de la vida disfrutaban confiados, de esa paz, preparándose para tomar parte activa en las fiestas del Centenario de la Independencia. Todo iba bien. Para ellos el porvenir se anunciaba con fulgores de dicha.

El loco Madero —así le llamaban los porfiristas— que se había atrevido a contender con el general Díaz en las últimas elecciones, estaba a buen recaudo en la cárcel de San Luis Potosí. Ignoraban entonces que ese loco, de igual manera que otros locos en la historia, ascendería pocos años más tarde a la más hermosa y elevada categoría humana: a la de mártir y apóstol de la libertad.

Pero precisa examinar el reverso de la medalla. ¿Cuál era entonces la situación de la clase pobre?

En las poblaciones unos vivían resignados y otros ocultaban su descontento. No eran dichosos. La felicidad no anida en los hogares sin fuego y no gusta de los pies descalzos ni de los estómagos vacíos; la felicidad no se deja engañar por "las bienaventuranzas."

El pobre, obrero o artesano, sólo de vez en vez se alegraba por momentos, con el alcohol que embrutece y rebaja la dignidad del

hombre. En cuanto a los campos, la situación era semejante. Nada más que allí el descontento solía manifestarse en actos de violencia, resultado inevitable de necesidades apremiantes, y de una mayor opresión de los amos y de las autoridades locales. Unos y otros —trabajadores de las ciudades y de los campos— sentían una honda inconformidad y fluir de todo su ser el anhelo nebuloso de que algo nuevo aconteciera, de que algo inesperado viniese a modificar las condiciones de su dura existencia. Estos estados patológico-sociales son, por supuesto, propicios a los movimientos revolucionarios. Lo que importa es que el caudillo comprenda las vagas aspiraciones de las masas, las asimile en su carne y en su espíritu y sea capaz de devolvérselas aclaradas y engrandecidas en un programa sencillo y de acción inmediata. Las masas le seguirán, apasionadas, enardecidas y dispuestas al sacrificio.

Las fiestas del Centenario fueron suntuosas: inauguración de soberbios edificios, solemnes embajadores de los países con los que México tenía relaciones diplomáticas, sonoros desfiles militares, corridas de toros y bailes palaciegos. El general Porfirio Díaz, héroe de la paz saturado de gloria, penosamente erguido por el peso de sus ochenta años, con su uniforme de divisionario, la banda presidencial y las medallas, que de tantas no le cabían en el pecho, era en aquellos festejos la figura central en la que se clavaban temblorosas todas las miradas.

Mientras tanto Madero preparaba, en la ciudad en que se hallaba prisionero, su plan revolucionario.

El 20 de noviembre de aquel mismo año comenzó la lucha. El estruendo de la metralla apagó los últimos ecos de las fanfarrias y el

horizonte se cubrió de nubes densas y sombrías. Se ha convenido, generalmente, en llamar a esa lucha la Revolución Mexicana.

Otra observación: en las grandes peleas en la revolución del pueblo mexicano, entre militares técnicos y militares improvisados, siempre, a la postre, los segundos han derrotado a los primeros. Es posible que esto no volverá a ocurrir aquí o en parte alguna, debido al progreso de la técnica guerrera al diabólico adelanto en la construcción de máquinas asesinas.

De los militares técnicos de nuestro país puede decirse, por lo menos hasta hace poco, lo que Antonio Machado cuenta que escribió Mairena sobre los alemanes: "...son los grandes maestros de la guerra. Sobre la guerra ellos lo saben todo, "todo, menos ganarla..."

En 1910 se improvisaron generales y hubo levantamientos en varios lugares del territorio nacional. Seis meses más tarde aproximadamente, a mi parecer con sorpresa para la mayoría de la población, porque tanto los amigos como los adversarios del gobierno estaban seguros de su solidez, Madero había triunfado. Claro está que no por la fuerza de su pequeño ejército de rancheros, aun cuando cierto es que había alcanzado algunas victorias, sino más bien por la fuerza de la opinión pública que, en unos cuantos meses, se inclinó decididamente a su favor. Los pueblos hambrientos siguen o apoyen al primero que les ofrece algo: ya sea un pedazo de pan para calmar el hambre, o juegos de pirotecnia para olvidarla.

En la mayoría de los casos las revoluciones no las hacen los militares profesionales; ellos se ocupan de las rebeliones. En México, la revolución de la Independencia fue acaudillada por Hidalgo, un sacerdote; la de Reforma por Benito Juárez, un abogado, y la de

1910 por Madero, terrateniente del norte del país, y a su muerte por Carranza, un político provinciano. En México los civiles han sido —con excepciones que confirman la regla— los que han dado jalones hacia adelante en la historia.

El general Díaz presentó su renuncia y se embarcó, entristecido, rumbo a Europa. Dejaba la tierra en la cual durante tantos años había sido el primero en el mando y en los honores. Lo más difícil de la vida es morir a tiempo. Si el general Díaz hubiera muerto, por ejemplo, en 1900, tendría, no obstante sus errores, que méritos también los tuvo, monumentos en muchas ciudades de la República

Madero fue presidente, pero no pudo gobernar en paz. Él creyó que los problemas de México eran preponderantemente políticos, y estaba equivocado; porque los problemas de México eran y son todavía preponderantemente económicos. Sus dos más destacados segundones se levantaron en armas en su contra: Pascual Orozco y Emiliano Zapata. Éste volvió a la pelea proclamando el Plan de Ayala; aquél se apoyó en un programa más amplio, de mayor alcance y para aquel tiempo muy radical. Zapata y Orozco iban mucho más lejos que Madero en materia de cambios estructurales. Y es que los que inician una revolución en consonancia con un sistema de ideas, con ciertos principios y planes, se ven arrastrados por la fuerza de las masas y de los acontecimientos más allá de sus planes, de sus principios, de su cuadro de ideas. Entonces, no les quedan sino dos soluciones: nadar con la corriente para alcanzar la orilla, o detenerse resignados al fracaso.

Grave cosa es provocar un incendio social; pero más grave todavía querer apagarlo una vez provocado y en plenitud. Hay que dejarlo que destruya y purifique.

Orozco fue al fin derrotado y Zapata continuó la lucha por algo más de ocho años al amparo de sus montañas surianas.

Un soldado desleal, Victoriano Huerta, obligó a Madero a renunciar a la Presidencia de la República y días más tarde lo mandó asesinar. El, Huerta, se hizo nombrar presidente. En la Ciudad de México las gentes decentes bebieron champaña. En todo el país, no obstante, los errores del caudillo, el pueblo, lo mejor del pueblo, siempre noble, lloró de indignación y de tristeza y se aprestó al desquite.

El presidente usurpador quiso dar reversa a la historia, quiso gobernar como se había gobernado en 1840, y estábamos en el año de 1913.

La Revolución no podía detenerse. Surgieron otros adalides: Carranza, Villa, Obregón, muchos otros. El soldado asesino fue vencido y tuvo que huir al extranjero, donde murió deshecho por el peso de sus crímenes. Después de la victoria hubo todavía lucha de facciones. Carranza se impuso y se le eligió para ocupar el Poder Ejecutivo. La Revolución había triunfado.

Siete años duró la contienda. Se destruyeron muchas riquezas acumuladas y se segaron millares de vidas. No parece, sino que sólo a muy alto precio logran los pueblos un poco de bienestar. A algunos les cuesta menos; pero es que en estos casos son otros pueblos a los que les cuesta. Pienso, por qué no decirlo, en los grandes imperios.

La Revolución Mexicana tuvo precursores: Wistano Luis Orozco, Andrés Molina Enríquez, Filomeno Mata, Paulino Martínez, Juan Sarabia, Antonio I. Villarreal, Librado Flores, Rosalío Bustamante y Ricardo y Enrique Flores Magón. Ellos lucharon desde distintas trincheras en contra del gobierno de Porfirio Díaz; ellos sembraron

ideas que más tarde germinaron en espléndida floración. Esas ideas contribuyeron a formar el pensamiento revolucionario, digan lo que digan los soberbios que se atribuyen la paternidad ideológica de nuestro movimiento social.

Bueno es recordar aquí que mucho se ha discutido si la Revolución tuvo o no, con antelación al movimiento armado, una doctrina económico-social, un programa de ideas claras y definidas. A mi parecer el Plan de San Luis y el Plan de Guadalupe, aquél del apóstol Madero y éste del caudillo Carranza, fueron documentos meramente políticos, con la salvedad de que el Plan de San Luis contenía una alusión al problema agrario. Ambos planes fueron rebasados por la realidad en el curso de los días, lo cual no tiene nada de extraordinario porque eso ha sucedido en fenómenos sociológicos semejantes. En el caso de la Revolución Mexicana es seguro que se infiltraron lentamente en sus combatientes las ideas radicales de los precursores. Esto se advierte con claridad si se examina el "Plan Orozquista" y Manifiesto del Partido Liberal del 1 de julio de 1906. Además, hay que recordar que la lucha armada duró siete años. Sería absurdo imaginar que las ideas hubieran permanecido congeladas y no en constante ebullición, como sucedió. Pruebas de ello son, entre otras, el Plan de Ayala, de Zapata, y la Ley del 6 de enero de 1915 firmada por Carranza.

Por otra parte, hay que hacer notar que son los defensores del porfirismo y del huertismo estuvieron los ricos y el clero luchando activamente. El resultado inevitable fue que los revolucionarios estuvieran en contra del clero y de los ricos y que se acentuara su radicalismo social. Al triunfar la Revolución castigó a los adversarios. Ellos, fingiendo olvidar sus acciones pasadas, imploraron justicia de los mismos a quienes habían combatido con singular encono.

El pensamiento revolucionario cuajó en los principios; constitucionales de 1917, y se mantuvieron intactos los ideales de libertad por los que lucharon y murieron los hombres de la Reforma, sesenta años antes.

Esos principios son los siguientes:

1. Nacionalización de las riquezas del subsuelo, quedando sujetas para su explotación a un régimen de concesiones.

2. Obligación de distribuir tierras a los campesinos.

3. Garantizar al trabajador un salario mínimo, descanso semanario y participación en las utilidades de las empresas.

4. Fijar la jornada máxima de trabajo diurno en ocho horas y del nocturno en seis.

5. Prohibir el trabajo de los menores.

6. Protección a la madre y al niño por medio de cuidados prenatales y postnatales.

7. Reglamentación en materia de cultos religiosos.

La esencia de las reformas consistió en mejorar el nivel de vida de la mayoría de los habitantes, como base sustantiva del progreso de la nación.

Por estos principios de justicia y profundamente humanos no han faltado ignorantes, sobre todo periodistas estadounidenses, que han hablado del comunismo mexicano. Nuestra revolución no tuvo nada de común con la Revolución Rusa, ni siquiera en la superficie. Fue antes que ella, ¿cómo, entonces pudo haberla imitado? En la literatura revolucionaria de México, desde fines del siglo pasado hasta 1917, no se usa con frecuencia la terminología socialista europea. Y

es que nuestro movimiento social nació principalmente de nuestro propio suelo, del corazón sangrante del pueblo, y se hizo drama doloroso y a la vez creador.

Los últimos treinta años

Desde 1917 gobiernan los generales de la Revolución. En ocasiones bien y a veces mal; con frecuencia bastante mal, especialmente en las provincias. Este fenómeno político sociológico del monopolio gubernamental de los generales muy lejos está de ser insólito en la historia de México y en la de otros países latinoamericanos. Con leves interrupciones, así ha sido durante ciento veinticinco años de vida independiente. En México parece que las cosas comienzan a cambiar. Ahora nos ufanamos de tener un presidente civil.

Los militares son los menos capacitados para las funciones de gobierno. Ellos conocen el arte de la guerra, y lo que se necesita conocer para gobernar es lo contrario, es decir, el arte de la paz. Los militares son por regla general autoritarios y fáciles al despotismo; o tienen la culpa, porque su psicología es resultado de las enseñanzas que reciben; pero tampoco la tienen los pueblos.

En cada soldado suele haber un tirano en potencia. Algunos sólo conciben el orden social a la manera de Carlos Fourier: basado en "la coerción ejercida por una minoría de esclavos armados en contra de una mayoría de esclavos sin arma;". ¡Ojalá hayamos salido para siempre de la triste etapa del caudillismo militar!

Durante los últimos treinta años hemos tenido diez regímenes gubernamentales. El último comenzó en diciembre de 1946. Todos

han seguido en líneas generales el rumbo señalado por los principios revolucionarios; unos con la voluntad del jefe del Ejecutivo, otros en contra de su voluntad; más de no haberlo hecho así se hubieran suicidado políticamente. La obra realizada tiene enorme significación e indudables aspectos afirmativos, aun cuando, como toda obra humana, no está exenta de errores ni limpia de máculas.

Distribución de tierras por millones de hectáreas a los campesinos; enseñanza agrícola y crédito para el campo; construcción de sistemas de riego y de caminos para automóviles; fomento industrial y crédito en sus varias ramas; leyes protectoras del trabajo, y acción popular y técnica.

Capítulo aparte merece la expropiación de los bienes de las empresas petroleras. Ahora el petróleo no es del extranjero sino de los mexicanos.

Además, es obvio que ha contribuido a la transformación del país el progreso científico y técnico alcanzado en el mundo durante las últimas décadas.

Por otra parte, precisa destacar el hecho de que los gobiernos revolucionarios han garantizado la libertad de pensamiento, sobre todo a partir del año de 1935. Haber hecho de México desde hace doce años un país en el cual no se castiga a los heterodoxos de la política oficial, y un asilo para los perseguidos de todas las tiranías, es motivo de honda y legítima satisfacción para el mexicano.

Las fallas han sido: la improvisación y la superficialidad en vez del estudio técnico y profundo; la subordinación de la técnica a la política, en todos los sectores; la falta de educación política de la clase trabajadora, que ha luchado tan sólo por la conquista de metas inmediatas; el menosprecio por la educación universitaria y las

altas manifestaciones de la cultura; y, por último, la falta de honradez administrativa. Cabe advertir que algunas de estas fallas no han sido ni son privativas de México; lo son del momento histórico que sufre la sociedad contemporánea.

El hombre de nuestros días vive angustiado, vive en una crisis de hondura abismal. A todas horas y en todas partes le salpican el rostro las olas de cieno que crecen y multiplican la maldad y la desilusión. El hombre no sabe a dónde dirigir sus pasos porque mira siempre hacía abajo, buscando las viejas veredas borradas por la metralla. Se empeña en ignorar que su salvación no está en el pasado, ni tampoco en el presente, sino en el futuro; su salvación está en mirar siempre hacia adelante y a lo alto para descubrir nuevos horizontes y el secreto de alguna estrella.

Y México no podía escapar a esa crisis. Nadie ha escapado y nadie escapará. Ya se dijo otra vez: crisis moral y crisis ideológica.

Hace falta limpieza en la conducta y claridad en el pensamiento. El hombre nunca ha sabido lo que es, de dónde viene y a dónde va. Ahora, no obstante, su ciencia, lo sabe menos que nunca; ni siquiera reduciendo el interrogatorio a la vida en su morada terrestre.

En los gobiernos revolucionarios pueden listarse nombres de algunos funcionarios de ejemplar probidad. De muchos no puede decirse lo mismo; han sido los logreros de la Revolución. Hay algunos que después de haberse enriquecido en el gobierno, o en negocios con el gobierno por medios turbios y malas artes, "son ahora hombres honrados y socialmente respetables y hasta filántropos". Y hasta es posible, sangrienta ironía, que la gratitud pública los inmortalice por sus buenas obras 3 sus nombres se lean en las calles de las ciudades, al frente de alguna escuela o de algún hospital.

Los principios de la Constitución de 1917 han sido en algunos casos superados, de modo particular en la legislación obrera y tratándose de la reforma agraria. La explicación se encuentra, generalmente, en necesidades políticas del momento y a veces en exigencias económicas inaplazables. Por el hecho de que los gobiernos después de 1917, de modo especial a partir de diciembre de 1920, hayan ido más lejos, más la izquierda que la Constitución, se les ha llamado con toda propiedad —no sabemos quién lo hizo primero— gobiernos revolucionarios.

Ahora bien, si quisiéramos representar gráficamente la trayectoria progresista de los gobiernos revolucionarios en el terreno económico y social, desde 1917, la línea resultaría quebrada y oscilante, pero con marcada tendencia al ascenso, llegando al punto más alto al finalizar el año de 1938. A partir de entonces, si continuásemos la curva, se advertiría con facilidad su declinación. Y es que no hay una fuerza social, sino fuerzas sociales que se oponen unas a otras.

Los movimientos de avance, por más vigoroso que sea su impulso inicial, no pueden marchar indefinidamente hacia adelante, porque los contienen las fuerzas antagónicas. Esas fuerzas negativas, conservadoras o reaccionarias, nunca logran por largo tiempo, en los casos en que lo logran, que los movimientos progresistas retrocedan al punto de partida, que es lo que desean y por lo que luchan; pero sí logran siempre o casi siempre, y esto sí por largo tiempo, jalarlos hacia atrás para conseguir un ajuste relativo y transitorio entre los intereses en pugna.

Los hombres no son, por importantes que sean, sino producto o juguete de leyes históricas.

Los cuatro primeros años de Cárdenas, de 1935 a 1938, señalan el momento culminante de la Revolución Mexicana. Hasta allí se pudo llegar, porque en los dos años restantes de su gobierno se hizo sentir la presión de las fuerzas contrarias, cada vez más agresivas y mejor organizadas. Él, Cárdenas quizás sin darse cabal cuenta de ello, tuvo que ceder una pequeña faja del terreno ganado, y así ha sido en los gobiernos posteriores.

La antigua burguesía nacional sufrió un rudo golpe al triunfar la Revolución; pero lentamente se rehízo; ganó de prisa dinero y despacio influencia. En pocos años recobró lo perdido. No es eso todo. Una burguesía nueva se le unió para formar una sola clase social. Los nuevos elementos se fueron desgajando de las filas de la Revolución: funcionarios o ex funcionarios enriquecidos, traficantes de influencia gubernamental y mercaderes que lucraron con los contratos de obras públicas o la venta de mercancías deterioradas. Unos pocos hicieron fortuna con métodos que acepta la moral de nuestro tiempo. Así, ya todos los ricos unidos por la comunidad de sus intereses han constituido la fuerza neutralizadora de la Revolución. Además, en todo esto ha influido el rumbo de la política internacional de las grandes potencias, sobre todo de las más próximas.

La Revolución Mexicana aceleró el progreso de México. A mi parecer la obra realizada arroja un saldo favorable. La lucha armada duró siete años y ya llevan treinta los gobiernos revolucionarios, más o menos fieles a sus principios; pero hay que tener presente que se trata de un hecho histórico y que todo hecho histórico es, necesariamente, transitorio. En consecuencia, puede decirse que nos hallamos ya en una nueva etapa en la evolución del pueblo mexicano, como lo hizo notar José Iturriaga en reciente conferencia.

Hace poco tiempo escribí que la Revolución Mexicana tuvo su origen en el hambre del pueblo: hambre de pan, de tierras, de justicia, y de libertad. Escribí que mientras esa hambre popular no fuera satisfecha, la Revolución estaba en proceso de desenvolvimiento, y no había terminado y no debía terminar. Ahora pienso que las revoluciones no son inmortales. Ninguna lo ha sido ni ninguna lo será. Realizan su obra destructiva y a la vez creadora y dejan su huella profunda en la entraña de la colectividad. Después, nuevas constelaciones culturales, nuevos virajes de los grupos sociales en su eterno afán de bienestar. En ocasiones hay retrocesos o demoras, más a la postre siempre se reanuda la marcha hacia adelante.

La Revolución Mexicana satisfizo sólo en parte algunas de las necesidades imperativas de las masas y tal vez pueda decirse que cumplió su misión histórica al acelerar, por lo menos en algunas regiones del país, la transformación de una economía preponderantemente semifeudal en una economía capitalista o precapitalista. Ahora —julio de 1947— se advierten en la acción gubernamental y en vastos sectores sociales las indecisiones propias de todo momento de transición. Para lograr mayores conquistas habrá que luchar todavía muchas veces más.

Una breve pausa

Recuerdo que un escritor venezolano escribió que hay hombres que sólo tienen una ventana en el espíritu. Yo diría que no es ventana sino claraboya y que por ella contemplan sólo un fragmento del paisaje universal. Me parece que esa especie zoológica es la de los

especialistas a la moda norteamericana; que es mutilación del hombre y del ciudadano; que es una creación monstruosa del mercado y de los mercaderes. El ideal humano estriba en lo opuesto. Hay que tener en el espíritu amplio: ventanales abiertos a todos los vientos, a los cuatro puntos cardinales de afuera y de adentro. Lo que interesa es abarcar en su totalidad y comprender el mundo circundante y el que llevamos dentro de nosotros mismos.

Lo humano es el problema esencial. La suprema aspiración del hombre es la felicidad. Todos sus actos tienden a ese fin, desde los más maquinales y sencillos hasta los más complejos y trascendentes. Por eso procura siempre huir del dolor y aproximarse a lo que le produce satisfacción, gusto, deleite o goce. A veces su más grande dolor es no sentir ninguno y el placer repetido se le vuelve hastío; pero no obstante, y sea de ello lo que fuere, lo cierto es que la meta individual y social es el logro de los mayores bienes materiales y culturales para el mayor número de seres humanos, aquí en nuestro pequeño y cenagoso planeta.

Y para descubrir los senderos que conducen a esa meta, sueño secular del hombre atribulado, es para lo cual ha menester de los amplios ventanales en el espíritu. La utopía que puede en el futuro dejar de serlo, consiste en construir una sociedad nueva con individuos distintos de los de ayer y de hoy, en cuanto a su personalidad interna. Don Quijote y Sancho forman la más hermosa y tal vez la más perfecta dualidad humana. Si se pudieran mezclar sus ingredientes psicológicos y crear con ellos un hombre nuevo, ese sería el superhombre; no el de Nietzsche, sino el de todos los subyugados por un anhelo de superación.

El hombre necesita en primer lugar satisfacer sus necesidades biológicas elementales: nutrirse y reproducirse. Después necesita una morada, vestido, adornarse y llenar las demás necesidades materiales. También necesita entender los fenómenos de la Naturaleza, crear obras de arte o gozar en su percepción; y, sobre todo, conocerse a sí mismo o, en otros términos, saber su propia biografía. Sólo el que llena plenamente sus necesidades animales, biológicas —estoy pensando en el ser humano común y corriente—, puede ensanchar los horizontes de su espíritu y encontrar en sí mismo y en el exterior motivos para ser feliz, aun cuando sea de modo transitorio.

Todos los hombres, por el hecho de haber nacido, tienen derecho a disfrutar de bienes materiales y culturales. Trabajar para que todos alcancen esos bienes, eso es lo que es gobernar, y que no nos digan que gobernar es poblar, que gobernar es construir caminos y otras simplezas por el estilo. Gobernar es afanarse sin descanso y con fervor por hacer felices a los habitantes del país gobernado. Ejemplos contrarios: Hitler no gobernó a Alemania; trabajó por destruirla. Los grandes estadistas que ahora hablan de guerra por los magnavoces de su publicidad, en el fondo en defensa de intereses financieros, están preparando, o quieren preparar, la desgracia de sus pueblos; se están preparando para desgobernar.

Algunos problemas

No es privativa de México la existencia de múltiples y complejos problemas económicos, sociales y políticos. Esto ha sido y será siempre en todas las zonas geográficas y en todos los tiempos; lo será mientras el hombre habite sobre la Tierra. Y es que la vida es mudanza permanente,

como ya lo hemos dicho repetidas veces, y por lo mismo permanente problema. Lo esencialmente utópico en Moro, Bacon y Campanella, los tres más célebres utopistas del Renacimiento, no está en la estructuración de los mundos que imaginaron, sino en haberlos imaginado estáticos en cuanto a su organización a su vida social orgánica.

En un país como los Estados Unidos los problemas económicos no son de producción, sino de distribución. Jamás en tiempos de paz han utilizado toda su capacidad productora, siempre limitada por la demanda de los mercados. En un país como México las cosas son diferentes. Exportamos buen número de productos agrícolas, pero no producimos trigo y maíz en cantidad bastante para llenar las necesidades de la población. Nuestra agricultura apenas comienza a modernizarse con el uso de abonos y maquinaria. Se va por buen camino; más la transformación completa, o casi completa, tardará cuando menos un tercio de siglo. En materia de industrias de transformación, no obstante, el progreso alcanzado en los ultimes cinco años, nuestra situación está muy lejos de ser óptima. Apenas nos encontramos en la etapa inicial y por consiguiente somos, en buena parte, importadores de artículos acabados.

La industrialización del país debe continuarse valientemente. Es el único medio para incrementar la capitalización interna y elevar el nivel de vida de grandes núcleos de trabajadores. Se dijo valientemente, porque no se ignora que hay algunos sectores de la oligarquía norteamericana que no miran con buenos ojos el progreso económico de la América Latina. Ellos quisieran condenarnos a una pobreza sin frontera; a un coloniaje sin posible salida.

Claro está que no debe escatimarse esfuerzo alguno para que la industrialización se realice con predominio del capital nacional.

La minería es una de las industrias más importantes, pero es extranjera y no deja en México sino sálanos, impuestos, fletes y el dinero para las compras de algunas materias primas. Las utilidades a veces se reinvierten en el negocio y otra; se exportan para beneficiar a los ***sleeping partners*** que viven en Londres, en Chicago o en Nueva York. Amargo destino es entregar a extraños los bienes que nos donó la Naturaleza, y tener todavía que vivirles agradecidos.

Pero si son serios y difíciles los problemas; de la producción de riquezas, son aún más difíciles y serios los de su distribución. No obstante, los esfuerzos constructivos de los gobiernos revolucionarios, de su preocupación indudable por mejorar las condiciones de vida de las masas, y de los pequeños éxitos alcanzados, hay centenares de miles de familias que viven en la ignorancia y en la miseria. La explicación es sencilla: no ha sido posible resolver en un cuarto de siglo, problemas acumulados durante cuatro siglos.

Sin embargo, es urgente tratar de resolver esos problemas para que cese el hambre de pan de justicia, para constituir una verdadera nacionalidad. No necesitamos ***leaders,*** sino apóstoles que tengan alas en el pensamiento y el pecho encendido por el amor a su pueblo.

En materia de educación se ha recorrido un trecho del camino; empero es más largo todavía lo que falta por recorrer. El número de analfabetos es apenas inferior al cincuenta por ciento, y hasta hace poco la cultura superior en sus varias ramas, no había recibido la atención que merece y que exige el interés de la República.

Los problemas de salubridad son pavorosos. La mayoría de las poblaciones carecen de drenaje y agua potable, lo cual eleva a cifras impresionantes la mortalidad, sobre todo la infantil en los dos primeros años. Las zonas bajas del trópico encierran en potencia

enormes riquezas. El problema estriba en que es indispensable sanear en zonas y eso cuesta cientos de millones de pesos. La obra que se realice en este capítulo tendrá que ser, inevitablemente, obra de muchos años.

No creo que fuera de la Unión Soviética exista algún otro país en el que se haya realizado una reforma agraria tan radical como en México. Se han distribuido más de treinta millones de hectáreas con beneficio para cerca de dos millones de familias campesinas. No obstante, hay a la fecha miles de campesinos sin tierras y el problema está lejos de haberse resuelto integralmente. Algunas personas son partidarias del sistema del ejido como sistema preponderante, y otros de la pequeña propiedad. Ambos sistemas existen y a mi parecer pueden coexistir por algún tiempo; pero si se continúa dando tierras a nuevos ejidatarios no será posible que aumente la extensión total de las propiedades particulares; y si por el contrario se fomenta la pequeña propiedad, resultará en poco tiempo que ya no podrán hacerse nuevas distribuciones ejidales. A la postre un sistema será en detrimento de otro; los dos no pueden crecer paralela e indefinidamente, por la simple razón de que la cantidad de tierra disponible está muy lejos de ser ilimitada.

El actual gobierno parece que se pronuncia por robustecer y generalizar la pequeña explotación agrícola privada, rodeándola de garantías legales y ayudando a su explotación por medio de crédito.

Por regla general al pueblo de México no le interesa a política; es más bien un tanto diferente. Sólo de tarde en tarde da señales de actividad. A veces, por la ausencia de los mejores ciudadanos en las luchas electorales, los peores son los que triunfan. Esta es una falla que urge corregir.

Puede decirse que en la actualidad hay cuatro partidos políticos: el Partido Revolucionario Institucional, partido oficial; el Partido de Acción Nacional, de tendencias conservadoras; el de los sinarquistas, ultrarreaccionarios y con muchos puntos de semejanza con la falange española, y el Partido Comunista, que cuenta con cerca de dos mil miembros en todo el país. Ninguno de esos partidos políticos está, como se dice con frecuencia, a la altura de las circunstancias; quizás les falto imaginación a sus dirigentes, puesto que no pocas veces tratan de resolver problemas nuevos con fórmulas útiles en el pretérito, ya bien gastados por el tiempo. Ninguno ha llegado al corazón del pueblo, porque ninguno representa sus auténticas aspiraciones ni es capaz de interpretarlas.

Mucho se habla en México entre los liberales, socialistas o de tendencias socialistas, de la necesidad de organizar un partido político en consonancia con el momento histórico de la desintegración del átomo; un partido con ideas nuevas, con principios éticos, con capacidad para recoger la herencia de lo mejor de la Revolución Mexicana y deseos inquebrantables de servir con desinterés a la nación.

Por desgracia hasta ahora nada práctico se ha hecho y no se descubre al hombre, o grupo de hombres, con aptitud y condiciones afirmativas bastantes para realizar tamaña empresa. En estos momentos y a tal propósito, el escenario político de México no es optimista ni mucho menos brillante; la niebla lo envuelve y está cargado de interrogaciones.

La política exterior de México ha sido correcta y patriótica. Siempre hemos estado con las mejores causas como en los casos de Abisinia, Austria y España, como en la última guerra. Esperamos que

así sea en el futuro y que nunca influencias extrañas nos aparten de la decencia internacional.

México tiene un sólo problema internacional permanente, serio y a veces grave. Este problema se deriva de la geografía. Somos vecinos de los Estados Unidos, el país más poderoso de la Tierra en los tiempos que corren; y ese país es imperialista, fenómeno económico resultante de su formidable desarrollo industrial y financiero. El imperialismo no es hijo de la voluntad de un hombre o de algunos hombres, como la teoría de la buena vecindad, es cual un aljibe surtido constantemente por veneros de agua turbia, que al fin se derrama y encharca los lugares próximos y en ocasiones aún los distantes. La teoría de la buena vecindad y el imperialismo no pueden unirse en estrecho maridaje; son incompatibles, son antinómicos; nada más que el imperialismo es una realidad y lo otro, en el mejor de los casos, es buen deseo.

La defensa de los países que no cuentan las máquinas de guerra por millares y por millones los soldados, está en el Derecho. Fuerte o débil defensa, tal vez muy débil, pero es la única. El Derecho hay que saber ejercerlo; hay que ejercerlo con sensatez, con inteligencia, con hombría, con clara y lejana visión: Frente al poderoso es útil hacerse respetar; y sólo podremos hacerlo por la fuerza de nuestras virtudes, siendo honestos, sinceros, responsables y en verdad patriotas.

El concepto de independencia está siendo sustituido por el de interdependencia, debido entre otras causas al progreso de la industria del transporte y del comercio internacional. No es posible pensar en la presente hora en economías nacionales completamente autónomas; y si esto no es posible, tampoco lo es en el orden político. Consecuencia

inevitable es lo uno de lo otro. De aquí se derivan graves problemas cuyas soluciones no es fácil encontrar.

Claro está que no hay que confundir la interdependencia con la dependencia. Esta significa subordinación y es inadmisible; aquélla puede cimentarse en principios de equidad, de justicia, de derecho, y ser una fórmula nueva de convivencia entre los pueblos.

Hay nubarrones que cubren el horizonte. No obstante, se siente dentro del pecho y de la cabeza, en las carnes, en los huesos y en la sangre, que hay una luz nueva que se acerca con lentitud, con desesperante lentitud, pero que se acerca.

México, país paradójico

México es un país, más que ninguno, contradictorio y paradójico. La forma de su territorio, ya lo dijimos, se asemeja a un cuerno de la abundancia y la mayoría de sus habitantes ha vivido y vive en la pobreza. Desiertos intensamente desolados en los que apenas crecen, aquí y allá, arbustos anémicos; ricos terrenos pastales donde pace el ganado, valles fecundos y selvas primitivas y lluviosas. Todos los climas, todos los frutos y todas las plagas enemigas del vegetal, de la bestia y del hombre.

Hay regiones de la República en que el clima es grato la tierra yerma; y hay otras, en las zonas del trópico, fértiles como las mejores del mundo, pero traicioneras y mortíferas: el paludismo y otras enfermedades están siempre en acecho de quienes se atreven a violar la soledad de los bosques, de los montes, de las llanuras prometedoras y feroces.

En México, insistimos en ello, son muy pocos los ríos navegables y ninguno en toda su carrera. Muchos ríos de México no siempre son ríos, porque buena parte del año permanecer secos y ociosos. A fines de la primavera o en los comienzos del verano, las corrientes que bajan de la montaña llenan rápidamente sus cauces y se forman rumorosas cascudas y torrentes bravíos; el caudal se hincha hora tras hora y a veces se desborda, inundando las comarcas vecinas, destruyendo riquezas y segando vidas.

Las montañas grises, azules, moradas y rojizas que embellecen el paisaje mexicano, que son regalo para los ojos del viajero, que esconden en sus entrañas abundantes tesoros, son a la par obstáculo a las comunicaciones, difícil de ser superado; han sido y son barreras para la formación de una autentica nacionalidad; y en ocasiones, hasta los metales que encierran se han quedado allí, están allí sin ser todavía riqueza, porque resulta incosteable su transporte a los centro; de consumo interno, a los puertos o a las aduanes fronteriza .

Los pocos puertos de que disponemos en el Golfo de México, apropiados para el tráfico moderno, han exigido gestos muy considerables. Nos referimos a Tampico y sobre todo a Veracruz, Campeche y Progreso. En estos dos últimos no pueden entrar barcos ni siquiera de mediano calado, y algo semejante puede decirse en lo general, tratándose de los del Océano Pacífico. México es una de las naciones de más extensas costas, más sin puertos naturales que faciliten el desarrollo comercial.

Todo paradoja y contradicción

Nuestra historia es una constante contradicción y paradoja Los aztecas practicaban sacrificios humanos y en ocasiones hasta actos de canibalismo, pero tenían una moral con algunos principios y preceptos que parecen inspirados en el cristianismo. Durante la Conquista y en la época colonial, junto al soldado cruel y sanguinario, junto al encomendero inhumado y explotador, junto al aventurero español sediento de bienes materiales., con "hipo de oro" como dijera el padre Las Casas, estaban el mismo Las Casas, Vasco de Quiroga, Motolinía y todo un ejército de frailes austeros, civilizadores, llenos de amor para el indio y cargados de las más altas virtudes. Y en nuestra evolución de pueblo independiente son abundantes los ejemplos de traiciones, de deslealtades, de bandidajes, de rapiña y asesinatos; empero, abundan también los actos de hombres probos, honestos, patriotas, de estatura heroica y espíritu de sacrifico. Se nos vienen en tropel a la memoria los nombres de Morelos, Gómez Farías, Juárez, Ponciano Arriaga, Altamirano, Justo Sierra y tantos otros. Vidas ejemplares, porque ya en uno, ya en otro campo de acción, estuvieron siempre al servicio de su patria. Vidas ejemplares que debiera imitar la juventud.

Y parece que el escenario y la historia influyen en la psicología, en el modo de ser de los individuos. El esquimal tiene algo de las zonas heladas en que habita; el gaucho y el beduino exteriorizan en su conducta y costumbres la influencia de la pampa y del desierto; el montañés conserva en su fisonomía interna la rudeza de la montaña; el marino refleja en sus ojos habituados a la lejanía la inmensidad del mar; y el mexicano, por análogas causas extrañas, complejas y apenas exploradas, es paradójico y contradictorio como es contradictorio y

paradójico el territorio en que habita, como el drama que él vive y que vivieron sus antepasados.

El mexicano es paradójico y contradictorio; es valiente, casi siempre valiente, desprecia la vida, pero en ocasiones también sabe del miedo y de la cobardía; es a veces desleal y taimado, más en la inmensa mayoría de los casos estará dispuesto a ser franco, a ser leal hasta dejarse matar por un amigo o por una noble causa; es perezoso y diligente, interesado y desinteresado; capaz de los vicios más repulsivos y de las más altas virtudes; capaz de cometer los más horrendos crímenes y los mayores actos de grandeza. El pueblo mexicano puede caer en el desaliento y en la abyección, o puede levantarse hasta las más elevadas cimas de la acción y del pensamiento, realizando una tarea eminentemente constructiva y creadora. Una u otra cosa dependerá del pueblo mismo y también, en buena parte, de sus técnicos, sabios, artistas, escritores y poetas, de sus apóstoles y estadistas.

Palabras finales

Estas meditaciones son hijas de mi amor a México y de mi sinceridad biológica. Es cierto que se me ha escapado la censura y en algunos momentos tal vez involuntariamente, asomó la pasión, pero siempre he querido decir la verdad, porque sé que sólo con la verdad se sirve de verdad al hombre, que sólo con la verdad el hombre sirve de verdad a los pueblos.

El patriotismo no es ditirambo sino crítica constructiva. Se descubren los errores para que no se repitan, se señalan los vicios para

corregirlos y las llagas para curarlas. El patriotismo es en esencia amor admirativo y anhelo apasionado de superación. Se quiere que la patria sea cada vez mejor y por eso se hacen críticas; se hace crítica para servirla y porque se le ama.

Y no hay que adular a los gobernadores. "El incienso —dice Luis Cabrera— huele bien, pero acaba por tiznar al ídolo". La adulación —agregamos nosotros— es cortesía de lacayos.

La historia de México es una paradoja, como es paradójico el pueblo mexicano. Es verdad, tiene grandes defectos, pero virtudes más grandes todavía. Por eso, los que conocemos bien a ese pueblo sabemos de la profundidad humana de su acción colectiva y tenemos fe en su destino.

Julio de 1947.

Ensayo filosófico sobre nuestra revolución constitucional[84]

Retrato de "José María Luis Mora", reprografía.

José Ma. Luis Mora

Cunctas notiones et urbes, populus aut priores, aut singulis regunt. Delecta ex his, et constituta reipublicae forma, laudari facilius quam evenire. Tacit., Ann., lib. IV.

El arreglo de los poderes públicos y la combinación de estos mismos en una constitución más o menos detallada, ha sido en todos tiempos el asunto más importante que ha fatigado el ingenio de los hombres. Hace más de dieciocho siglos que Tácito se ocupaba de esta materia y ya en su tiempo se sospechaba que la forma más perfecta de gobierno sería aquella que reuniese la unidad, la popularidad y la aristocracia; aunque entonces se tenía casi por imposible este feliz resultado. La observación que con paso seguro, aunque lento todo lo alcanza; la constancia que todo lo vence y el tiempo a quien nadie resiste, hicieron conocer a los hombres que esta feliz combinación, lejos de ser una quimera que deba relegarse a los países imaginarios, es una cosa muy posible y realizable; y que

[84] Texto publicado en *El Observador*, 3 de marzo de 1830, incluido en sus *Obras sueltas*, 1837.

aquél famoso político de la antigüedad no se había engañado cuando presumió seria el invento más feliz que hubiese podido producir el ingenio de los hombres.

En efecto, el sistema representativo debido a una serie casi infinita de casualidades imprevistas apareció ya casi en toda su perfección en las islas británicas a fines del siglo diecisiete y desde entonces ha desterrado de mucha y aun acaso de la mayor parte del mundo civilizado, las antiguas clasificaciones y formas de gobierno, fundiéndolas todas, por decirlo así, en una tercera, que libre de los inconvenientes a que estaba sujeta cada una de ellas, reunió todas sus ventajas. Cuando estas ideas se hicieron populares en el continente de Europa por la revolución francesa, las voces de aristocracia, democracia y monarquía perdieron toda su fuerza; nadie se fatigó en sostenerlas ni atacarlas; los gobiernos se clasificaron en absolutos y representativos y sólo se peleó ya por erigir los segundos sobre las ruinas de los primeros. Que el mundo haya adelantado hasta un grado que no parece concebible con esta clase de gobiernos, sólo podrá dudarlo quien se halle muy poco versado en la historia de los tiempos que precedieron a su establecimiento. Esta es ya una verdad que ha pasado a ser axioma entre los filósofos y políticos y no entra en nuestro plan el demostrarla. Baste decir, que si las naciones que han pretendido adoptar este sistema no han reportado desde luego todos los saludables efectos que eran de esperarse, esto no ha dependido del sistema mismo, sino de las alteraciones substanciales que en él se han hecho por el prurito de mejorarla.

Francia fue la primera que dio este paso indiscreto y los resultados fueron lo que deberían temerse: el trastorno de todo el orden social y la más furibunda y sanguinaria anarquía. Los

desengaños que esto produjo la hicieron retroceder sucesiva y gradualmente hasta fijarse en las verdaderas bases del sistema y ahora camina a pasos agigantados, avanzándose rápidamente en la carrera hasta hoy indefinida de la grandeza y prosperidad social. España, que jamás ha hecho otra cosa que imitar en todo a Francia, a pesar de los desengaños que la revolución debía producir en ella, adoptó todos sus principios antisociales, copiando casi a la letra la Constitución de la Asamblea Constituyente y empeorándola en todo aquello que las Cortes pusieron de suyo. Sucedió lo que debía suceder y estaba en la naturaleza de las cosas; en las dos distintas épocas que se ha intentado hacer ley fundamental este código imperfectísimo, la anarquía más desenfrenada ha hostigado de tal manera a los pueblos, que se han arrojado como por un impulso maquinal en los brazos del más absoluto despotismo.

Por desgracia de las antiguas colonias de América, su revolución de Independencia coincidió con el reinado de la Constitución en la metrópoli y como era consiguiente, imitaron los errores de sus padres por más que detestasen su dominio. Diez años han pasado en las que menos, y veinte en las que más, que se hallan en revolución constitucional todas las nuevas Repúblicas de América. Ninguna ha podido establecer un gobierno sólido; hacen hoy una Constitución para que muera mañana y sea reemplazada por otra tercera y ésta desaparece como un fantasma que apenas se ha dejado ver; se han reconocido y ensayado todas las combinaciones conocidas de los poderes públicos; se han imaginado y procurado realizar muchas nuevas, exóticas y extravagantes; todas han dado el mismo resultado, despotismo y anarquía. ¿En qué pues consiste esto? ¿Y cuál es el origen de la inestabilidad e insubsistencia de los gobiernos creados

y sistemas recientemente establecidos en las nuevas repúblicas? La respuesta es demasiado fácil: en que no han adoptado del sistema representativo otra cosa que sus formas y su aparato exterior; en que han pretendido combinar y unir estrechamente las leyes y hábitos despóticos y mezquinos del viejo absolutismo con los principios de un sistema que todo debe ser libertad y franqueza; en una palabra, consiste en que abandonando los principios acreditados por la razón y la experiencia, han querido ser inventores, amalgamar cosas que dicen entre si una mutua oposición y son por su naturaleza discordantes.

No es de nuestro propósito el tejer la historia de los desaciertos en que han incurrido los pueblos de la lengua castellana que han pretendido constituirse republicanamente en América; nuestras reflexiones serán contraidas a México, de cuya revolución constitucional tenemos algún conocimiento, por haber tenido en ella una parte muy activa y haber estado en muchos de sus secretos. En honor de la verdad, es preciso confesar que México ha marchado con más regularidad y constancia en la carrera constitucional que una vez emprendió; y desde luego ha tenido la imponderable ventaja de que jamás se ha pensado seriamente en un cambio de sistema de gobierno. Decimos seriamente, para no excluir algunos proyectos de patriotas exaltados, bisoños y poco reflexivos, que con el mayor candor se persuaden ser esto cosa muy fácil y aun lo anuncian por escrito; pero el proyecto es tan irrealizable que no merece la pena de ocuparnos. México, pues, que ha contado con la estabilidad de sus instituciones, ha adoptado muy pocos principios del sistema representativo y aun en ellos no ha sido siempre constante.

Los autores políticos de más crédito y las instituciones públicas de los pueblos regidos por el sistema representativo, abrazan bajo

este nombre la limitación del poder público y su distribución en los tres principales ramos, las elecciones periódicas y populares, la libertad de opiniones, la de la imprenta y la de la industria, la inviolabilidad de las propiedades, el derecho de acordar las contribuciones por los representantes de la Nación y la responsabilidad de los funcionarios públicos. Ahora bien, ¿se podrá asegurar que en nuestra República se han adoptado estos principios y garantizado su efectivo cumplimiento por leyes que estén en consonancia con ellos? ¿0 serán acaso entre nosotros sólo nombres vanos destituidos de sentido con que se ha pretendido alucinar al público? En lo general no podemos dejar de reconocer que así ha sido y pasamos a demostrarlo.

Desde luego se advierte entre nuestros conciudadanos un error bien común e igualmente perjudicial sobre la naturaleza y extensión de la soberanía. La idea que hasta aquí se ha tenido del poder supremo, es la del absolutismo, es decir, el derecho de hacer todo lo que se quisiere; y nosotros al variar de gobierno y hacernos independientes, no hemos hecho otra cosa que trasladar este poder formidable de uno a muchos, o lo que es lo mismo, del rey a los Congresos. Desde el año de 1823 se está ejerciendo este despotismo, así en el Gobierno general como en el de los Estados con el nombre de facultades extraordinarias, de un modo más o menos duro, según el carácter de las revoluciones que se han sucedido y el temple de los que las regenteaban. A pesar de haberse reprobado repetidas veces en el Congreso general constituyente el artículo que la comisión proponía para que se pudiese por facultad del Congreso el concederlas extraordinarias al Gobierno; a pesar de haberse tenido presente para desecharlo, que esto sería entronizar el absolutismo y destruir con una mano la Constitución que con la otra se edificaba;

este mismo Congreso al cerrar sus sesiones, invistió al Gobierno de aquellas mismas facultades extraordinarias bajo cuyo yugo había estado la Nación por dos años y apenas habían cesado por la reciente publicación de la ley fundamental. Desde entonces el Gobierno las ha reclamado constantemente como una prenda de seguridad y aunque se ha logrado arrancarlos algunas veces de sus manos, ha sido para volver a ellas dentro de muy poco tiempo.

En las más de las Constituciones de los Estados se ha puesto por facultad de los Congresos el concederlas extraordinarias al Gobierno, y a ejemplo de los poderes supremos se han concedido de facto con muchísima frecuencia. Lo que ha resultado de esto bien claro y patente ha sido a la Nación toda; basta volver los ojos a los últimos meses que precedieron al pronunciamiento del Ejército de Reserva, para convencerse de los inmensos desórdenes que se cometieron por el Gobierno general y los de los Estados; se puede asegurar que no hubo propiedad ni persona segura y que los derechos más sagrados sufrieron frecuentemente los golpes más terribles de este absolutismo espantoso.

Que en todo nuestro período constitucional no haya existido entre nosotros la división de poderes, es igualmente una verdad demostrada. Si en las Constituciones se halla escrita, los Congresos se creen con facultades superiores a las mismas Constituciones; unas veces dictan leyes de proscripción, e imponen penas muy graves por sí y ante sí, en usurpación de las funciones judiciales; y otras por decretos contrarios al tenor y letra de la misma Constitución, autorizan las comisiones militares. De lo primero son ejemplo los decretos de estrañamiento y proscripción de los generales Iturbide, Bravo y Santa Ana, y los de estrañamiento de españoles; por ellos se han impuesto y

llevado a efecto penas durísimas sin forma ni aparato de proceso y sin audiencia de los interesados en contravención de la ley fundamental, y avocándose el Cuerpo Legislativo las funciones judiciales; lo segundo está acreditado por ese bárbaro decreto de 27 de septiembre de 1823 contra ladrones y conspiradores, que para eterna ignominia de la República existe aún entre nosotros. Esta fue la poderosa arma que creada por un partido se convirtió contra él mismo, cuando se apoderó de ella su enemigo; de ella se valió el ministerio Pedraza para proscribir en el año de 27 a una multitud de inocentes, envolviéndolos en la causa seguida a los revolucionarios; y ella finalmente amenaza todavía a las libertades públicas mientras no quede derogada.

Si del absolutismo, que como hemos probado no ha podido salir todavía de nuestros hábitos e ideas, ni mucho menos del Gobierno, pasamos a las elecciones populares, ramo tan importante en el sistema representativo; hallaremos que, en lo general, ni éstas han sido conformes a las leyes que las sisteman, ni las leyes de la materia son las que convienen a la libertad pública. Nuestras elecciones desde sus primeros pasos han estado viciadas con notorias nulidades que han ido en progreso hasta hacerse muy notables, y llamar la atención del público, de un modo que ya ha sido necesario reclamarlas. Por sentado que jamás se ha verificado en ellas el número de los votos ni el nombre y circunstancias de las personas que los emitían, y de aquí ha resultado que votasen muchos excluidos por la ley y que lo hiciesen no una sino muchas veces; así han aparecido mayorías que en la realidad no existían y han entrado a funcionar a virtud de estas maniobras muchos que con nada menos contaban que con la voluntad de los pueblos. Al principio se hacían estas cosas con algún disimulo; más poco a poco se fue perdiendo el respeto al público y a

las leyes, hasta venir a parar en fraudes no disimulados y manifiestas usurpaciones.

Que estos excesos hayan dependido de las leyes mismas, es una cosa muy clara; ellas han prodigado el derecho de ciudadanía con una profusión escandalosa, haciéndolo descender contra lo que han enseñado la razón y la experiencia, hasta las clases más ínfimas de la sociedad; así a fuerza de consultar a lo que se llama libertad, se ha venido a colocar el derecho más precioso y delicado en personas que por su pobreza, ignorancia y falta de independencia, ni conocen ni saben apreciar su importancia, convirtiéndose con suma facilidad en instrumentos ciegos de los que pretenden seducirlos y tienen intereses en abusar de su candor. Además, no se ha tomado precaución alguna para que los colegios electorales no se sobrepongan a las leyes, ni sigan ejerciendo la autoridad omnipotente de que se han apoderado; lejos de eso se han sancionado todos sus procedimientos y este ha sido un nuevo motivo para que los continúen. De esta manera las juntas electorales han venido a convertirse en reuniones de facciosos, que han dado por el pie al sistema representativo, llevando violentamente al santuario de las leyes hombres sin misión, y cuyo menor defecto era el ser verdaderamente intrusos. Así ha pasado entre nosotros, desde el año de 1826, especialmente en casi todas las elecciones de ayuntamiento, Cuerpos Legislativos de los Estados, Gobernadores de los mismos, Cámaras de la Unión, Juntas Preparatorias y, hasta en la última elección de Presidente, se han violado, se han hollado y despreciado todas las leyes. Cada autoridad cuando le ha tocado obrar lo han hecho sin sujeción a regla alguna y aun contraviniendo a las que limitaban su acción; en una palabra, ha sido despótica en su esfera.

Otro principio capital del sistema representativo es la libertad absoluta de pensar y escribir. ¿Se puede asegurar que esta libertad bien garantizada basta por sí misma para hacer libre el sistema más despótico? y que sin ella todas las demás son y serán siempre ilusorias; y entre nosotros ¿ha tenido alguna garantía el pensamiento y la imprenta que es un modo de manifestarlo? Nada menos; siempre se ha hallado oprimido por las leyes, las preocupaciones y los partidos: no queremos ya hablar de la intolerancia religiosa que se ha procurado asegurar por las precauciones más calculadas y nos fijaremos por ahora en la política.

Entre nosotros ha habido doctrinas a las cuales no ha sido lícito tocar; por mucho tiempo se ha repetido, y aun se ha estado en el concepto de que era un crimen atacar lo que se llaman bases del sistema, manifestando los convenientes verdaderos o supuestos a que están sujetas; es verdad que jamás ha sido esto terminantemente prohibido por ley alguna, pero se ha hecho un delito de los ataques indirectos y bajo este nombre han sido comprendidas las simples e inocentes impugnaciones; díganlo si no esos fallos del jurado que tantas veces han declarado subversivo y sedicioso un escrito, sólo porque no era conforme a las ideas de los que eran llamados a fallar.

Las facciones y partidos han atacado también diversas veces y con el mayor furor la libertad del pensamiento; ellas han formado su símbolo político y han trazado un circulo alrededor de sus artículos, declarando guerra a muerte al que ha tenido la osadía de traspasarlo. Como entre nosotros han alternado los triunfos de los partidos sucediéndose sin intermisión, el vencedor ha impuesto casi siempre al vencido la obligación de respetar sus principios; muchas veces se ha hallado medio de hacer ilusorios estos preceptos, pero siempre

se han corrido grandes riesgos y esto, si no ha destruido del todo la libertad del pensamiento ha entorpecido su marcha.

Los resultados de semejantes violencias han sido los más funestos; jamás se ha podido formar la opinión pública, ni las leyes han sido efecto de esta opinión. Cuando la discusión no es enteramente libre, nadie se interesa en ella, ni existe un espíritu público verdadero; la propensión de presentar un proyecto útil se apaga del todo cuando se teme fundadamente que se coloque en el número de los crímenes una proposición inocente y tal vez verdaderamente laudable y, ¿qué opinión puede ser aquella que se pretende formar, sin tener a la vista el pro y contra de la materia que se discute? Pero nuestros partidos lo que han intentado siempre, es sacar como por sorpresa las leyes que les acomoda, sin cuidarse para nada de la opinión del público, y llamar después sedicioso a cualquiera que se atreve a hacer reparos sobre ellas.

En todas las naciones en que es conocido el sistema representativo, el Cuerpo Legislativo y el Gobierno siguen muy de lejos a la opinión; es decir, no sancionan sino lo que se ha discutido primero por la imprenta y de palabra y adoptan la medida o el concepto que se ha fijado en el público; de aquí proviene que sus leyes sean entendidas por todos y tengan una base solidísima, pues cuentan tantos apoyos cuantos son los que se hallan convencidos de la necesidad de dictarlas. Si un proyecto es desechado en un año, se repite en el siguiente; y si es de una utilidad real, va continuamente ganando votos hasta llegar a ser ley.

La libertad de los negros, la emancipación de los católicos y la destrucción del sistema prohibitivo en Inglaterra, han sido todos triunfos de la opinión en este siglo y desechados no una sino muchas

veces cuando estaban en clase de proyectos. Pero nosotros, que tenemos tino para errarlo todo, hemos procedido constantemente de un modo inverso; si se desecha por primera vez un proyecto en las Cámaras, todos los dan por perdido para siempre y nadie vuelve a acordarse de él; lejos de presentarlo al público para que se discuta libremente, lo escondemos de sus miradas, no se procura convencer de su oportunidad, conveniencia o justicia, sino a los que han de votarlo, y si esto no se consigue, se procura intimidarlos o comprometerlos para que lo hagan. De esta manera, aunque las leyes sean justas, cosa que no siempre sucede, jamás son efecto de la opinión; los legisladores nunca la conocen y están siempre llenos de temores para adoptar ciertas medidas, por el riesgo de contrariarla. Trátense las materias con la debida libertad y anticipación en los escritos y discusiones públicas y entonces ni se perpetuarán los errores a pretexto de que se les teme, ni se harán leyes inoportunas y que choquen peligrosamente con las preocupaciones populares.

No nos han perjudicado menos ni son menos contrarias a los principios de una constitución verdaderamente libre, las ideas mezquinas que hemos recibido de nuestros padres sobre economía pública; hablamos del sistema prohibitivo, o lo que es lo mismo, de las trabas puestas a la industria de los particulares, bajo el pretexto de fomentar la prosperidad nacional. Sin la libertad de la industria, la creación de capitales es muy lenta y tardía; las facultades activas del hombre carecen de estímulo y esto lejos de fomentar atrasa considerablemente a una Nación. Además, toda prohibición de comprar, vender o producir es un ataque formal al derecho de propiedad, es un privilegio exclusivo a favor de los productores, que siempre son los menos y contra los consumidores, que son los más.

Estos ataques no son menos injustos y destructores por ser más paliados, ni nación alguna ha progresado, sino a proporción que se han disminuido las trabas que encadenaban la producción en sus tres ramos de agricultura, manufacturas y comercio. Nosotros, sin embargo, nos hemos empeñado en que hemos de adelantar a fuerza de prohibiciones y en este punto hemos retrogradado muchísimo; no hay año en que no se promueva sobre las ya existentes una nueva prohibición y de esta manera, sin conseguir llevarla a efecto, porque la razón y la experiencia han acreditado ser imposible, se destruyen algunos medios de subsistir, se desmoraliza la Nación por el tráfico fraudulento y clandestino y se aumentan las bancarrotas de los ciudadanos honrados, que por haber satisfecho fielmente derechos subidísimos, los artículos de su comercio no se hallan en estado de competir con los de su misma clase introducidos por alto.

Si de los ataques indirectos a la propiedad pasamos a los directos, no podremos menos de asombrarnos al ver que en la última mitad del año próximamente anterior, después de un período tan dilatado de Constitución, se volviese a los préstamos forzosos, se amenazase con penas muy graves a los ciudadanos que se negaban a franquear las cantidades pedidas y se procediese como en tiempo de los últimos virreyes. México y la República entera han visto los inmensos atentados que sobre este punto ha habido, cometidos impunemente por el Ministerio y más que todo por los gobernadores de los Estados investidos de facultades extraordinarias; las personas en éstos han sido atropelladas de mil maneras, sus bienes secuestrados y hasta los aperos de labranza han sido ocupados y vendidos en hasta pública, sin respetar las autoridades constitucionales, lo que siempre fue respetado por el gobierno absoluto de los virreyes.

Pero el origen más fecundo de nuestros males en todo el período que ha transcurrido de la Independencia acá ha consistido en la administración de la hacienda pública, especialmente en el Gobierno general. Este punto importantísimo merece ocuparnos más detenidamente y por ahora sólo haremos mérito de algunos vicios muy notables que sobre esto advertimos. El primero y principal objeto de sistema representativo, es acordar las contribuciones por medio de los representantes de la Nación, y tomar cuenta de la inversión de los caudales públicos. Todo pueblo conservará su libertad mientras tenga en su poder los cordones de su bolsa. Esta expresión del célebre autor de las Cartas de un Colono de Pensilvania se ha hecho un axioma de legislación constitucional en todos los pueblos libres. Nosotros, sin embargo, hemos visto este punto cardinal con el mayor abandono. Por las leyes vigentes y por la naturaleza misma del sistema se debe presentar el presupuesto anual que abrace todos los gastos nacionales y rendir la cuenta de inversión de caudales públicos en el año anterior. ¿Y se ha practicado así? Nada menos, ni era posible que se hiciese en el desorden sumo en que han estado las cosas; un solo año que fue el de 27, se acordó el presupuesto y se presentó un fárrago que se llamaba cuenta, contrario a lo establecido por las leyes en la substancia y en el modo. Ni cómo se ha de presentar una cuenta, cuando no existe tesorería general sino en el nombre, pues la que se llama tal, ni se carga, ni se data todos los productos de las rentas públicas.

De esto ha resultado que ni las Cámaras ni el público han podido jamás enterarse del estado de la hacienda, que ésta se ha vuelto presa del que de ella ha querido apoderarse, que jamás se ha podido saber a punto fijo los medios de cubrir los empeños pecuniarios y que el agiotaje haya hecho tantos progresos en perjuicio de los intereses del erario.

Por otra parte, las Cámaras están acordando gastos todo el año, sin tomar una vez y en grande, en consideración el negociado de hacienda, y caminando siempre a ciegas en unas cosas, que siendo ya por sí mismas muy difíciles, se hacen más en un estado de desorden y confusión de muchos años atrás. De semejante estado se aprovechan, y con mucha ventaja, todos los que especulan sobre las rentas públicas; los que se malversan en ellas para efectuar y ocultar sus dilapidaciones y fraudes, conduciendo al erario más rico a la más grande miseria, desacreditando en sumo grado y reduciendo al estado más abatido la reputación de un República, tan bien sentada hace tres años.

Uno de los pocos y eficaces medios que podrían haber evitado este desorden, es la responsabilidad llevada a debido efecto. ¿Mas ha existido entre nosotros aquella tenacidad y valentía tan necesaria en el caso? ¿Se ha procedido en este punto con la imparcialidad que es debida para no hacer sospechosa la acusación? Es necesario confesar que ha sido todo lo contrario; que la responsabilidad ha sido entre nosotros las más veces negocio de partido y de consiguiente ineficaz. El común de los hombres procura evitar el convertirse en instrumento de facciones, y así es que están prevenidos contra todo lo que aparece marcado con el sello odioso de la parcialidad. Aunque los Ministros hayan sido las más veces muy culpables, como no se les ha acusado porque lo son, sino por las ofensas hechas a la facción o al partido, la responsabilidad se ha hecho ilusoria y ha continuado la impunidad. Mas cualquiera que hay sido el motivo, es cierto que no la ha habido entre nosotros y que el general Pedraza ha infringido impunemente las leyes protectoras de la seguridad individual, y don José Ignacio Esteva y don Lorenzo Zavala han abusado de los caudales públicos convirtiéndolos en provecho propio.

Estas son, a nuestro juicio, las principales causas de los males de la República, enteramente extrañas al sistema federativo. Hemos procurado fijarlas con la mayor precisión y exactitud, para que acertando con el origen del mal, no se aplique por remedio lo que tal vez podrá agravarlo. Tener el aparato y formas exteriores de un Gobierno libre y constitucional sin la realidad de sus principios y garantías, es lo que nos ha perdido. Todavía no hemos hecho ensayo ninguno, ni de la federación, ni del sistema representativo, porque no hemos tenido lo uno ni lo otro; ¿cómo pues podremos asegurar que no nos conviene? ¡mexicanos! El juicio y la cordura es lo que más importa en momentos de efervescencia; vosotros lo habéis mostrado muy grande en los últimos sucesos; mostradlo igualmente en las reformas saludables que deben preparar en los siglos venideros la felicidad de la Patria.

La Raza Cósmica[85]

José Vasconcelos, Secretario de Educación Pública, retrato.

José Vasconcelos

Prólogo

La tesis central del presente libro que las distintas razas del mundo tienden a mezclarse cada vez más, hasta formar un nuevo tipo humano, compuesto con la selección de cada uno de los pueblos existentes. Se publicó por primera vez tal presagio en la época en que prevalecía en el mundo científico la doctrina darwinista de la selección natural que salva a los aptos, condena a los débiles; doctrina que, llevada al terreno social por Gobineau, dio origen a la teoría del ario puro, defendida por los ingleses, llevada a imposición aberrante por el nazismo.

Contra esta teoría surgieron en Francia biólogos como Leclerc du Sablon y Noüy, que interpretan la evolución en forma diversa del darwinismo, acaso opuesta al darwinismo. Por su parte, los hechos sociales de los últimos años, muy particularmente el fracaso de la última

[85] La obra titulada formalmente *Raza Cósmica. Misión de la raza iberoamericana*, apareció publicada en 1925 en Barcelona, España. Este texto fue reeditado en 1948 por la editorial Espasa-Calpe e incorpora el Prólogo que se presenta en esta edición.

gran guerra, que a todos dejó disgustados, cuando no arruinados, han determinado una corriente de doctrinas más humanas. Y se da el caso de que aún darwinistas distinguidos viejos sostenedores del espencerianismo, que desdeñaban a las razas de color y a las mestizas, militan hoy en asociaciones internacionales que, como la Unesco, proclaman la necesidad de abolir toda discriminación racial y de educar a todos los hombres en la igualdad, lo que no es otra cosa que la vieja doctrina católica que afirmó la actitud del indio para los sacramentos y por lo mismo su derecho de casarse con blanca o con amarilla.

Vuelve, pues, la doctrina política reinante a reconocer la legitimidad de los mestizajes y con ello sienta las bases de una fusión interracial reconocida por el Derecho. Si a esto se añade que las comunicaciones modernas tienden a suprimir las barreras geográficas y que la educación generalizada contribuirá a elevar el nivel económico de todos los hombres, se comprenderá que lentamente irán desapareciendo los obstáculos para la fusión acelerada de las estirpes.

Las circunstancias actuales favorecen, en consecuencia, el desarrollo de las relaciones sexuales internacionales, lo que presta apoyo inesperado a la tesis que, a falta de nombre mejor, titulé: de la Raza Cósmica futura.

Queda, sin embargo, por averiguar si la mezcla ilimitada e inevitable es un hecho ventajoso para el incremento de la cultura o si, al contrario, ha de producir decadencias, que ahora ya no sólo serían nacionales, sino mundiales. Problema que revive la pregunta que se ha hecho a menudo el mestizo: "¿Puede compararse mi aportación a la cultura con la obra de las raza relativamente puras que han hecho la historia hasta nuestros días, los griegos, los romanos, los europeos?" Y

dentro de cada pueblo, ¿cómo se comparan los periodos de mestizaje con los periodos de homogeneidad racial creadora?

A fin de no extendernos demasiado, nos limitaremos a observar algunos ejemplos.

Comenzando por la raza más antigua de la Historia, la de los egipcios, observaciones recientes han demostrado que fue la egipcia una civilización que avanzó de sur a norte, desde el Alto Nilo al Mediterráneo. Una raza bastante blanca y relativamente homogénea creo en torno de Luxor un primer gran imperio floreciente. Guerras y conquistas debilitaron aquel imperio y lo pusieron a merced de la penetración negra, pero el avance hacia el norte no se interrumpió. Sin embargo, durante una etapa de varios siglos, la decadencia de la cultura fue evidente. Se presume, entonces, que ya para la época del segundo imperio se había formado una raza nueva, mestiza, con caracteres mezclados de blanco y de negro, que es la que produce el segundo imperio, más avanzado y floreciente que el primero. La etapa en que se construyeron las pirámides, y en que la civilización egipcia alcanza su cumbre, es una etapa mestiza.

Los historiadores griegos están hoy de acuerdo en que la edad de oro de la cultura helénica aparece como el resultado de una mezcla de razas, en la cual, sin embargo, no se presenta el contraste del negro y el blanco, sino que más bien se trata de una mezcla de razas de color claro. Sin embargo, hubo mezcla de linajes y de corrientes.

La civilización griega decae al extenderse el Imperio con Alejandro y esto facilita la conquista romana. En las tropas de Julio César ya se advierte el nuevo mestizaje romano de galos, españoles, británicos y aun germanos, que colaboran en las hazañas del Imperio

y convierten a Roma en centro cosmopolita. Sabido es que hubo emperadores de sangre hispano-romana. De todas maneras, los contrastes no eran violentos, ya que la mezcla en lo esencial era de razas europeas.

Las invasiones de los bárbaros, al mezclarse con los aborígenes, galos, hispanos, celtas, toscanos, producen las nacionalidades europeas, que han sido la fuente de la cultura moderna.

Pasando al Nuevo Mundo, vemos que la poderosa nación estadounidense no has sido otra cosa que crisol de razas europeas. Los negros, en realidad, se han mantenido aparte en lo que hace a la creación del poderío, sin que deje de tener importancia la penetración espiritual que han consumado a través de la música, el baile y no pocos aspectos de las sensibilidad artística.

Después de los Estados Unidos, la nación de más vigoroso empuje es la República Argentina, en donde se repite el caso de una mezcla de razas afines, todas de origen europeo, con predominio de tipo mediterráneo; el revés de los Estados Unidos, en donde predomina el nórdico.

Resulta entonces fácil afirmar que es fecunda la mezcla de los linajes similares y que es dudosa la mezcla de tipos muy distantes, según ocurrió en el trato de españoles y de indígenas americanos. El atraso de los pueblos hispanoamericanos, donde predomina el elemento indígena, es difícil de explicar, como no sea remontándonos al primer ejemplo citado de la civilización egipcia. Sucede que el mestizaje de factores muy disímiles tarda mucho tiempo en plasmar. Entre nosotros, el mestizaje se suspendió antes de que acabase de estar formado el tipo racial, con motivo de la exclusión de los españoles, decretada con posterioridad a la independencia. En pueblos como

Ecuador o el Perú, la pobreza del terreno, además de los motivos políticos, contuvo la inmigración española.

En todo caso, la conclusión más optimista que se puede derivar de los hechos observados es que aun los mestizajes más contradictorios pueden resolverse benéficamente siempre que el factor espiritual contribuya a levantarlos. En efecto, la decadencia de los pueblos asiáticos es atribuible a su aislamiento, pero también, y sin duda, en primer término, al hecho de que no han sido cristianizados. Una religión como la cristiana hizo avanzar a los indios americanos, en pocas centuria, desde el canibalismo hasta la relativa civilización.

Origen y objeto del continente. Latinos y sajones. Probable misión de ambas razas. La quinta raza o raza cósmica.

I

Opinan geólogos autorizados que el continente americano contiene algunas de las más antiguas zonas del mundo. La masa de los Andes es, sin duda, tan vieja como la que más del planeta. Y si la tierra es antigua, también las trazas de vida y de cultura humana se remontan adonde no alcanzan los cálculos. Las ruinas arquitectónicas de mayas, quechuas y toltecas legendarios, son testimonio de vida civilizada anterior a las más viejas fundaciones de los pueblos del Oriente y de Europa. A medida que las investigaciones progresan se afirma la hipótesis de la Atlántida, como cuna de una civilización que hace millares de años floreció en el continente desaparecido y en parte de lo que

es hoy América. El pensamiento de la Atlántida evoca el recuerdo de sus antecedentes misteriosos. El continente hiperbóreo desaparecido, sin dejar más huellas que los rastros de vida y de cultura que a veces se descubren bajo las nieves de Groenlandia; los lemurianos o raza negra del sur; la civilización Atlántida de los hombres rojos; en seguida la aparición de los amarillos, y por último, la civilización de los blancos. Explica mejor el proceso de los pueblos esta profunda teoría oculista que las elucubraciones de geólogos, como Ameguino, que ponen el origen del hombre en la Patagonia, una tierra que desde luego se sabe es de formación geológica reciente. En cambio, la creencia en los Imperios étnicos de la prehistoria se facilita extraordinariamente con la teoría de Wegener de la traslación de los continentes. Según esta tesis todas las tierras estaban unidas, formando un solo continente, que se ha ido disgregando. Es entonces fácil suponer que en determinada región de una masa continua, se desarrollaba una raza que después de progresar y decaer era sustituída por otra, en vez de recurrir a la hipótesis de las emigraciones de un continente a otro por medio de puentes desaparecidos. También es curioso advertir otra coincidencia de la antigua tradición con los datos más modernos de la geología, pues según el mismo Wegener, la comunicación entre Australia, la India y Madagascar se interrumpió antes que la comunicación entre la América del Sur y el Africa. Lo cual equivale a confirmar que el sitio de la civilización lemuriana desapareció antes de que floreciera la Atlántida, y también que el último continente desaparecido es la Atlántida, puesto que las exploraciones científicas han venido a demostrar que es el Atlántico el mar de formación más reciente.

Confundidos más o menos los antecedentes de esta teoría en una tradición tan obscura como rica de sentido, queda, sin embargo,

viva la leyenda de una civilización nacida de nuestros bosques o derramada hasta ellos después de un poderoso crecimiento, y cuyas huellas están aún visibles en Chichén Itza y en Palenque y en todos los sitios donde perdura el misterio atlante. El misterio de los hombres rojos que, después de dominar el mundo, hicieron grabar los preceptos de su sabiduría en la tabla de Esmeralda, alguna maravillosa esmeralda colombiana, que a la hora de las conmociones telúricas fue llevada al Egipto, donde Hermes y sus adeptos conocieron y transmitieron sus secretos.

Si, pues, somos antiguos geológicamente y también en lo que respecta a la tradición, ¿cómo podremos seguir aceptando esta ficción inventada por nuestros padres europeos, de la novedad de un continente, que existía desde antes de que apareciese la tierra de donde procedían descubridores y reconquistadores?

La cuestión tiene una importancia enorme para quienes se empeñan en buscar un plan en la Historia. La comprobación de la gran antigüedad de nuestro continente parecerá ociosa a los que no miran en los sucesos sino una cadena fatal de repeticiones sin objeto. Con pereza contemplaríamos la obra de la civilización contemporánea, si los palacios toltecas no nos dijesen otra cosa que las civilizaciones pasan, sin dejar más fruto que unas cuantas piedras labradas puestas unas sobre otras, o formando techumbre de bóveda arqueada, o de dos superficies que se encuentran en ángulo. ¿A qué volver a comenzar, si dentro de cuatro o cinco mil años otros nuevos emigrantes divertirán sus ocios cavilando sobre los restos de nuestra trivial arquitectura contemporánea? La historia científica se confunde y deja sin respuesta todas estas cavilaciones. La historia empírica, enferma de miopía, se pierde en el detalle, pero no acierta a determinar un solo antecedente

de los tiempos históricos. Huye de las conclusiones generales, de las hipótesis trascendentales, pero cae en la puerilidad de la descripción de los utensilios y de los índices cefálicos y tantos otros pormenores, meramente externos, que carecen de importancia si se les desliga de una teoría vasta y comprensiva.

Sólo un salto del espíritu, nutrido de datos, podrá darnos una visión que nos levante por encima de la microideología del especialista. Sondeamos entonces en el conjunto de los sucesos para descubrir en ellos una dirección, un ritmo y un propósito. Y justamente allí donde nada descubre el analista, el sintetizador y el creador se iluminan.

Ensayemos, pues, explicaciones, no con fantasía de novelista, pero sí con una intuición que se apoya en los datos de la historia y la ciencia.

La raza que hemos convenido en llamar atlántida prosperó y decayó en América. Después de un extraordinario florecimiento, tras de cumplir su ciclo, terminada su misión particular, entró en silencio y fue decayendo hasta quedar reducida a los menguados Imperios azteca e inca, indignos totalmente de la antigua y superior cultura. Al decaer los atlantes la civilización intensa se trasladó a otros sitios y cambió de estirpes; deslumbró en Egipto; se ensanchó en la India y en Grecia injertando en razas nuevas. El ario, mezclándose con los dravidios, produjo el Indostán, y a la vez, mediante otras mezclas, creó la cultura helénica. En Grecia se funda el desarrollo de la civilización occidental o europea, la civilización blanca, que al expandirse llegó hasta las playas olvidadas del continente americano para consumar una obra de recivilización y repoblación. Tenemos entonces las cuatro etapas y los cuatro troncos: el negro, el indio, el mongol y el blanco. Este último, después de organizarse en Europa, se ha convertido en

invasor del mundo, y se ha creído llamado a predominar lo mismo que lo creyeron las razas anteriores, cada una en la época de su poderío. Es claro que el predominio del blanco será también temporal, pero su misión es diferente de la de sus predecesores; su misión es servir de puente. El blanco ha puesto al mundo en situación de que todos los tipos y todas las culturas puedan fundirse. La civilización conquistada por los blancos, organizada por nuestra época, ha puesto las bases materiales y morales para la unión de todos los hombres en una quinta raza universal, fruto de las anteriores y superación de todo lo pasado.

La cultura del blanco es emigradora; pero no fue Europa en conjunto la encargada de iniciar la reincorporación del mundo rojo a las modalidades de la cultura preuniversal, representada, desde hace siglos, por el blanco. La misión trascendental correspondió a las dos ramas más audaces de la familia europea; a los dos tipos humanos más fuertes y más disímiles: el español y el inglés.

* * *

Desde los primeros tiempos, desde el descubrimiento y la conquista fueron castellanos y británicos, o latinos y sajones, para incluir por una parte a los portugueses y por otra al holandés, los que consumaron la tarea de iniciar un nuevo período de la historia conquistando y poblando el hemisferio nuevo. Aunque ellos mismos solamente se hayan sentido colonizadores, trasplantadores de cultura, en realidad establecían las bases de una etapa de general y definitiva transformación. Los llamados latinos, poseedores de genio y de arrojo, se apoderaron de las mejores regiones, de las que creyeron

más ricas, y los ingleses, entonces, tuvieron que conformarse con lo que les dejaban gentes más aptas que ellos. Ni España ni Portugal permitían que a sus dominios se acercase el sajón, ya no digo para guerrear, ni siquiera para tomar parte en el comercio. El predominio latino fue indiscutible en los comienzos. Nadie hubiera sospechado, en los tiempos del laudo papal que dividió el Nuevo Mundo entre Portugal y España, que unos siglos más tarde, ya no sería el Nuevo Mundo portugués ni español, sino más bien inglés. Nadie hubiera imaginado que los humildes colonos del Hudson y el Delaware, pacíficos y hacendosos, se irían apoderando paso a paso de las mejores y mayores extensiones de la tierra, hasta formar la República que hoy constituye uno de los mayores imperios de la Historia.

Pugna de latinidad contra sajonismo ha llegado a ser, sigue siendo nuestra época; pugna de instituciones, de propósitos y de ideales. Crisis de una lucha secular que se inicia con el desastre de la Armada Invencible y se agrava con la derrota de Trafalgar. Sólo que desde entonces el sitio del conflicto comienza a desplazarse y se traslada al continente nuevo, donde tuvo todavía episodios fatales. Las derrotas de Santiago de Cuba y de Cavite y Manila son ecos distantes pero lógicos de las catástrofes de la Invencible y de Trafalgar. Y el conflicto está ahora planteado totalmente en el Nuevo Mundo. En la Historia, los siglos suelen ser como días; nada tiene de extraño que no acabemos todavía de salir de la impresión de la derrota. Atravesamos épocas de desaliento, seguimos perdiendo, no sólo en soberanía geográfica, sino también en poderío moral. Lejos de sentirnos unidos frente al desastre, la voluntad se nos dispersa en pequeños y vanos fines. La derrota nos ha traído la confusión de los valores y los conceptos; la diplomacia de los vencedores nos engaña

después de vencernos; el comercio nos conquista con sus pequeñas ventajas. Despojados de la antigua grandeza, nos ufanamos de un patriotismo exclusivamente nacional, y ni siquiera advertimos los peligros que amenazan a nuestra raza en conjunto. Nos negamos los unos a los otros. La derrota nos ha envilecido a tal punto, que, sin darnos cuenta, servimos los fines de la política enemiga, de batirnos en detalle, de ofrecer ventajas particulares a cada uno de nuestros hermanos, mientras al otro se le sacrifica en intereses vitales. No sólo nos derrotaron en el combate, ideológicamente también, nos siguen venciendo. Se perdió la mayor de las batallas el día en que cada una de las repúblicas ibéricas se lanzó a hacer vida propia, vida desligada de sus hermanos, concertando tratados y recibiendo beneficios falsos, sin atender a los intereses comunes de la raza. Los creadores de nuestro nacionalismo fueron, sin saberlo, los mejores aliados del sajón, nuestro rival en la posesión del continente. El despliegue de nuestras veinte banderas en la Unión Panamericana de Washington deberíamos verlo como una burla de enemigos hábiles. Sin embargo, nos ufanamos cada uno de nuestro humilde trapo, que dice ilusión vana, y ni siquiera nos ruboriza el hecho de nuestra discordia, delante de la fuerte unión norteamericana. No advertimos el contraste de la unidad sajona frente a la anarquía y soledad de los escudos iberoamericanos. Nos mantenemos celosamente independientes respecto de nosotros mismos; pero de una o de otra manera nos sometemos o nos aliamos con la Unión Sajona. Ni siquiera se ha podido lograr la unidad nacional de los cinco pueblos centroamericanos, porque no ha querido darnos su venia un extraño, y porque nos falta el patriotismo verdadero que sacrifique el presente al porvenir. Una carencia de pensamiento creador y un exceso de afán critico que por cierto tomamos, prestado

de otras culturas, nos lleva a discusiones estériles, en las que tan pronto se niega como se afirma la comunidad de nuestras aspiraciones; pero no advertimos que a la hora de obrar, y pese a todas las dudas de los sabios ingleses, el inglés busca la alianza de sus hermanos de América y de Australia, y entonces el yanqui se siente tan inglés como el inglés de Inglaterra. Nosotros no seremos grandes mientras el español de la América no se sienta tan español como los hijos de España. Lo cual no impide que seamos distintos cada vez que sea necesario, pero sin apartarnos de la más alta misión común. Así es menester que procedamos, si hemos de lograr que la cultura ibérica acabe de dar todos sus frutos, si hemos de impedir que en la América triunfe sin oposición la cultura sajona. Inútil es imaginar otras soluciones. La civilización no se improvisa ni se trunca, ni puede hacerse partir del papel de una constitución política; se deriva siempre de una larga, de una secular preparación y depuración de elementos que se transmiten y se combinan desde los comienzos de la Historia. Por eso resulta tan torpe hacer comenzar nuestro patriotismo con el grito de independencia del Padre Hidalgo, o con la conspiración de Quito; o con las hazañas de Bolívar, pues si no lo arraigamos en Cuauhtemoc y en Atahualpa no tendrá sostén, y al mismo tiempo es necesario remontarlo a su fuente hispánica y educarlo en las enseñanzas que deberíamos derivar de las derrotas, que son también nuestras, de las derrotas de la Invencible y de Trafalgar. Si nuestro patriotismo no se identifica con las diversas etapas del viejo conflicto de latinos y sajones, jamás lograremos que sobrepase los caracteres de un regionalismo sin aliento universal y lo veremos fatalmente degenerar en estrechez y miopía de campanario y en inercia impotente de molusco que se apega a su roca.

Para no tener que renegar alguna vez de la patria misma es menester que vivamos conforme al alto interés de la raza, aun cuando éste no sea todavía el más alto interés de la Humanidad. Es claro que el corazón sólo se conforma con un internacionalismo cabal; pero en las actuales circunstancias del mundo, el internacionalismo sólo serviría para acabar de consumar el triunfo de las naciones más fuertes; serviría exclusivamente a los fines del inglés. Los mismos rusos, con sus doscientos millones de población, han tenido que aplazar su internacionalismo teórico, para dedicarse a apoyar nacionalidades oprimidas como la India y Egipto. A la vez han reforzado su propio nacionalismo para defenderse de una desintegración que sólo podría favorecer a los grandes Estados imperialistas. Resultaría, pues, infantil que pueblos débiles como los nuestros se pusieran a renegar de todo lo que les es propio, en nombre de propósitos que no podrían cristalizar en realidad. El estado actual de la civilización nos impone todavía el patriotismo como una necesidad de defensa de intereses materiales y morales, pero es indispensable que ese patriotismo persiga finalidades vastas y trascendentales. Su misión se truncó en cierto sentido con la Independencia, y ahora es menester devolverlo al cauce de su destino histórico universal.

En Europa se decidió la primera etapa del profundo conflicto y nos tocó perder. Después, así que todas las ventajas estaban de nuestra parte en el Nuevo Mundo; ya que España había dominado la América, la estupidez napoleónica fue causa de que la Luisiana se entregara a los ingleses del otro lado del mar, a los yanquis, con lo que se decidió en favor del sajón la suerte del Nuevo Mundo. El ***«genio de la guerra»*** no miraba más allá de las miserables disputas de fronteras entre los Estaditos de Europa y no se dio cuenta de que la causa de

la latinidad que él pretendía representar, fracasó el mismo día de la proclamación del Imperio por el solo hecho de que los destinos comunes quedaron confiados a un incapaz. Por otra parte, el prejuicio europeo impidió ver que en América estaba ya planteado, con caracteres de universalidad, el conflicto que Napoleón no pudo ni concebir en toda su trascendencia. La tontería napoleónica no pudo sospechar que era en el Nuevo Mundo donde iba a decidirse el destino de las razas de Europa, y al destruir de la manera más inconsciente el poderío francés de la América debilitó también a los españoles; nos traicionó, nos puso a merced del enemigo común. Sin Napoleón no existirían los Estados Unidos como Imperio Mundial, y la Luisiana, todavía francesa, tendría que ser parte de la Confederación Latinoamericana. Trafalgar entonces hubiese quedado burlado. Nada de esto se pensó siquiera porque el destino de la raza estaba en manos de un necio; porque el Cesarismo es el azote de la raza latina.

La traición de Napoleón a los destinos mundiales de Francia hirió también de muerte al imperio español de la América en los instantes de su mayor debilidad. Las gentes de habla inglesa se apoderan de la Luisiana sin combatir y reservando sus pertrechos para la ya fácil conquista de Texas y California. Sin la base del Misisipí, los ingleses, que se llaman asimismo yanquis por una simple riqueza de expresión, no hubieran logrado adueñarse del Pacífico, no serían hoy los amos del continente, se habrían quedado en una especie de Holanda trasplantada a la América y el Nuevo Mundo sería español y francés. Bonaparte lo hizo sajón.

Claro que no sólo las causas externas, los tratados, la guerra y la política resuelven el destino de los pueblos. Los Napoleones no son más que membrete de vanidades y corrupciones. La decadencia de

las costumbres, la pérdida de las libertades públicas y la ignorancia general, causan el efecto de paralizar la energía de toda una raza, en determinadas épocas.

Los españoles fueron al Nuevo Mundo con el brío que les sobraba después del éxito de la Reconquista. Los hombres libres que se llamaron Cortés, Pizarro y Albarado y Córdoba no eran Césares ni lacayos, sino grandes capitanes que al ímpetu destructivo adunaban el genio creador. En seguida de la victoria trazaban el plano de las nuevas ciudades y redactaban los estatutos de su fundación. Más tarde, a la hora de las agrias disputas con la Metrópoli, sabían devolver injuria por injuria, como lo hizo uno de los Pizarros en un célebre juicio. Todos ellos se sentían los iguales ante el rey, como se sintió el Cid, como se sentían los grandes escritores del siglo de oro, como se sienten en las grandes épocas todos los hombres libres.

Pero a medida que la conquista se consumaba, toda la nueva organización iba quedando en manos de cortesanos y validos del monarca. Hombres incapaces ya no digo de conquistar, ni siquiera de defender lo que otros conquistaron con talento y arrojo. Palaciegos degenerados, capaces de oprimir y humillar al nativo, pero sumisos al poder real, ellos y sus amos no hicieron otra cosa que echar a perder la obra del genio español en América. La obra portentosa iniciada por los férreos conquistadores y consumada por los sabios y abnegados misioneros fue quedando anulada. Una serie de monarcas extranjeros necios de remate como Carlos V, el César de oropel; perversos y degenerados como Felipe II; imbéciles como los Carlos de los otros números, tan justicieramente pintados por Velázquez en compañía de enanos, bufones y cortesanos, consumaron el desastre de la administración colonial. La manía de imitar al Imperio Romano, que

tanto daño ha causado lo mismo en España que en Italia y en Francia; el militarismo y el absolutismo, trajeron la decadencia en la misma época en que nuestros rivales, fortalecidos por la virtud, crecían y se ensanchaban en libertad.

Junto con la fortaleza material se les desarrolló el ingenio práctico, la intuición del éxito. Los antiguos colonos de Nueva Inglaterra y de Virginia se separaron de Inglaterra, pero sólo para crecer mejor y hacerse más fuertes. La separación política nunca ha sido entre ellos obstáculo para que en el asunto de la común misión étnica se mantengan unidos y acordes. La emancipación, en vez de debilitar a la gran raza, la bifurcó, la multiplicó, la desbordó poderosa sobre el mundo; desde el núcleo imponente de los dos más grandes Imperios que han conocido los tiempos. Y ya desde entonces, lo que no conquista el inglés de las Islas, se lo toma y lo guarda el inglés del nuevo continente.

En cambio nosotros los españoles, por la sangre, o por la cultura, a la hora de nuestra emancipación comenzamos por renegar de nuestras tradiciones; rompimos con el pasado y no faltó quien renegara la sangre diciendo que hubiera sido mejor que la conquista de nuestras regiones la hubiesen consumado los ingleses. Palabras de traición que se excusan por el asco que engendra la tiranía, y por la ceguedad que trae la derrota. Pero perder de esta suerte el sentido histórico de una raza equivale a un absurdo, es lo mismo que negar a los padres fuertes y sabios cuando somos nosotros mismos, no ellos, los culpables de la decadencia.

De todas maneras las prédicas desespañolizantes y el inglesamiento correlativo hábilmente difundido por los mismos

ingleses, pervirtió nuestros juicios desde el origen: nos hizo olvidar que en los agravios de Trafalgar también tenemos parte. La injerencia de oficiales ingleses en los Estados Mayores de los guerreros de la Independencia hubiera acabado por deshonrarnos, si no fuese porque la vieja sangre altiva revivía ante la injuria y castigaba a los piratas de Albión cada vez que se acercaban con el propósito de consumar un despojo. La rebeldía ancestral supo responder a cañonazos lo mismo en Buenos Aires, que en Veracruz, en La Habana, o en Campeche y Panamá, cada vez que el corsario inglés, disfrazado de pirata para eludir las responsabilidades de un fracaso, atacaba, confiado en lograr, si vencía, un puesto de honor en la nobleza británica.

A pesar de esta firme cohesión ante un enemigo invasor, nuestra guerra de Independencia se vio amenguada por el provincialismo y por la ausencia de planes trascendentales. La raza que había soñado con el imperio del mundo, los supuestos descendientes de la gloria romana, cayeron en la pueril satisfacción de crear nacioncitas y soberanías de principado, alentadas por almas que en cada cordillera veían un muro y no una cúspide. Glorias balkánicas soñaron nuestros emancipadores, con la ilustre excepción de Bolívar, y Sucre y Petion el negro, y media docena más, a lo sumo. Pero los otros, obsesionados por el concepto local y enredados en una confusa fraseología seudo revolucionaria, sólo se ocuparon en empequeñecer un conflicto que pudo haber sido el principio del despertar de un continente. Dividir, despedazar el sueño de un gran poderío latino, tal parecía ser el propósito de ciertos prácticos ignorantes que colaboraron en la Independencia, y dentro de ese movimiento merecen puesto de honor; pero no supieron, no quisieron ni escuchar las advertencias geniales de Bolívar.

Claro que en todo proceso social hay que tener en cuenta las causas profundas, inevitables que determinan un momento dado. Nuestra geografía, por ejemplo, era y sigue siendo un obstáculo de la unión; pero si hemos de dominarlo, será menester que antes pongamos en orden al espíritu, depurando las ideas y señalando orientaciones precisas. Mientras no logremos corregir los conceptos, no será posible que obremos sobre el medio físico en tal forma que lo hagamos servir a nuestro propósito.

En México, por ejemplo, fuera de Mina, casi nadie pensó en los intereses del continente; peor aún, el patriotismo vernáculo estuvo enseñando, durante un siglo, que triunfamos de España gracias al valor indomable de nuestros soldados, y casi ni se mencionan las Cortes de Cádiz, ni el levantamiento contra Napoleón, que electrizó a la raza, ni las victorias y martirios de los pueblos hermanos del continente. Este pecado, común a cada una de nuestras patrias, es resultado de épocas en que la Historia se escribe para halagar a los déspotas. Entonces la patriotería no se conforma con presentar a sus héroes como unidades de un movimiento continental, y los presenta autónomos, sin darse cuenta que al obrar de esta suerte los empequeñece en vez de agrandarlos.

Se explican también estas aberraciones porque el elemento indígena no se había fusionado, no se ha fusionado aún en su totalidad, con la sangre española; pero esta discordia es más aparente que real. Háblese al más exaltado indianista de la conveniencia de adaptarnos a la latinidad y no opondrá el menor reparo; dígasele que nuestra cultura es española y en seguida formular objeciones. Subsiste la huella de la sangre vertida: huella maldita que no borran los siglos, pero que el peligro común debe anular. Y no hay otro recurso. Los

mismos indios puros están españolizados, están latinizados, como está latinizado el ambiente. Dígase lo que se quiera, los rojos, los ilustres atlantes de quienes viene el indio, se durmieron hace millares de años para no despertar. En la Historia no hay retornos, porque toda ella es transformación y novedad. Ninguna raza vuelve; cada una plantea su misión, la cumple y se va. Esta verdad rige lo mismo en los tiempos bíblicos que en los nuestros, todos los historiadores antiguos la han formulado. Los días de los blancos puros, los vencedores de hoy, están tan contados como lo estuvieron los de sus antecesores. Al cumplir su destino de mecanizar el mundo, ellos mismos han puesto, sin saberlo, las bases de un período nuevo, el período de la fusión y la mezcla de todos los pueblos. El indio no tiene otra puerta hacia el porvenir que la puerta de la cultura moderna, ni otro camino que el camino ya desbrozado de la civilización latina. También el blanco tendrá que deponer su orgullo, y buscará progreso y redención posterior en el alma de sus hermanos de las otras castas, y se confundirá y se perfeccionará en cada una de las variedades superiores de la especie, en cada una de las modalidades que tornan múltiple la revelación y más poderoso el genio.

* * *

En el proceso de nuestra misión étnica, la guerra de emancipación de España significa una crisis peligrosa. No quiero decir con esto que la guerra no debió hacerse ni que no debió triunfar. En determinadas épocas el fin trascendente tiene que quedar aplazado; la raza espera, en tanto que la patria urge, y la patria es el presente inmediato e

indispensable. Era imposible seguir dependiendo de un cetro que de tropiezo en tropiezo y de descalabro en bochorno había ido bajando hasta caer en las manos sin honra de un Fernando VII. Se pudo haber tratado con las Cortes de Cádiz para organizar una libre Federación Castellana; no se podía responder a la Monarquía sino batiéndole sus enviados. En este punto la visión de Mina fue cabal: implantar la libertad en el Nuevo Mundo y derrocar después la monarquía en España. Ya que la imbecilidad de la época impidió que se cumpliera este genial designio, procuremos al menos tenerlo presente. Reconozcamos que fue una desgracia no haber procedido con la cohesión que demostraron los del Norte; la raza prodigiosa, a la que solemos llenar de improperios, sólo porque nos ha ganado cada partida de la lucha secular. Ella triunfa porque aduna sus capacidades prácticas con la visión clara de un gran destino. Conserva presente la intuición de una misión histórica definida, en tanto que nosotros nos perdemos en el laberinto de quimeras verbales. Parece que Dios mismo conduce los pasos del sajonismo, en tanto que nosotros nos matamos por el dogma o nos proclamamos ateos. ¡Cómo deben de reír de nuestros desplantes y vanidades latinas estos fuertes constructores de imperios! Ellos no tienen en la mente el lastre ciceroniano de la fraseología, ni en la sangre los instintos contradictorios de la mezcla de razas disímiles; ***pero cometieron el pecado de destruir esas razas, en tanto que nosotros las asimilamos, y esto nos da derechos nuevos y esperanzas de una misión sin precedente en la Historia.***

De aquí que los tropiezos adversos no nos inclinen a claudicar; vagamente sentimos que han de servirnos para descubrir nuestra ruta. Precisamente, en las diferencias encontramos el camino; si no más imitamos, perdemos; si descubrimos, si creamos, triunfaremos.

La ventaja de nuestra tradición es que posee mayor facilidad de simpatía con los extraños. Esto implica que nuestra civilización, con todos sus defectos, puede ser la elegida para asimilar y convertir a un nuevo tipo a todos los hombres. En ella se prepara de esta suerte la trama, el múltiple y rico plasma de la Humanidad futura. Comienza a advertirse este mandato de la Historia en esa abundancia de amor que permitió a los españoles crear una raza nueva con el indio y con el negro; prodigando la estirpe blanca a través del soldado que engendraba familia indígena y la cultura de Occidente por medio de la doctrina y el ejemplo de los misioneros que pusieron al indio en condiciones de penetrar en la nueva etapa, la etapa del mundo Uno. La colonización española creó mestizaje; esto señala su carácter, fija su responsabilidad y define su porvenir. El inglés siguió cruzándose sólo con el blanco, y exterminó al indígena; lo sigue exterminando en la sorda lucha económica, más eficaz que la conquista armada. Esto prueba su limitación y es el indicio de su decadencia. Equivale, en grande, a los matrimonios incestuosos de los Faraones, que minaron la virtud de aquella raza, y contradice el fin ulterior de la Historia, que es lograr la fusión de los pueblos y las culturas. Hacer un mundo inglés; exterminar a los rojos, para que en toda la América se renueve el norte de Europa, hecho de blancos puros, no es más que repetir el proceso victorioso de una raza vencedora. Ya esto lo hicieron los rojos; lo han hecho o lo han intentado todas las razas fuertes y homogéneas; pero eso no resuelve el problema humano; para un objetivo tan menguado no se quedó en reserva cinco mil años la América. El objeto del continente nuevo y antiguo es mucho más importante. Su predestinación, obedece al designio de constituir la cuna de una raza quinta en la que se fundirán todos los pueblos,

para reemplazar a las cuatro que aisladamente han venido forjando la Historia. En el suelo de América hallará término la dispersión, allí se consumará la unidad por el triunfo del amor fecundo, y la superación de todas las estirpes.

Y se engendrará de tal suerte el tipo síntesis que ha de juntar los tesoros de la Historia, para dar expresión al anhelo total del mundo.

Los pueblos llamados latinos, por haber sido más fieles a su misión divina de América, son los llamados a consumarla. Y tal fidelidad al oculto designio es la garantía de nuestro triunfo.

En el mismo período caótico de la Independencia, que tantas censuras merece, se advierten, sin embargo, vislumbres de ese afán de universalidad que ya anuncia el deseo de fundir lo humano en un tipo universal y sintético. Desde luego, Bolívar, en parte porque se dio cuenta del peligro en que caíamos, repartidos en nacionalidades aisladas, y también por su don de profecía, formuló aquel plan de federación iberoamericana que ciertos necios todavía hoy discuten.

Y si los demás caudillos de la independencia latinoamericana, en general, no tuvieron un concepto claro del futuro, si es verdad que, llevados del provincialismo, que hoy llamamos patriotismo, o de la limitación, que hoy se titula soberanía nacional, cada uno se preocupó no más que de la suerte inmediata de su propio pueblo, también es sorprendente observar que casi todos se sintieron animados de un sentimiento humano universal que coincide con el destino que hoy asignamos al continente iberoamericano. Hidalgo, Morelos, Bolívar, Petion el Haitiano; los argentinos en Tucumán, Sucre, todos se preocuparon de libertar a los esclavos, de declarar la igualdad de todos los hombres por derecho natural; la igualdad social y cívica de los

blancos, negros e indios. En un instante de crisis histórica, formularon la misión trascendental asignada a aquella zona del globo: misión de fundir étnica y espiritualmente a las gentes.

De tal suerte se hizo en el bando latino lo que nadie ni pensó hacer en el continente sajón. Allí siguió imperando la tesis contraria, el propósito confesado o tácito de limpiar la tierra de indios, mongoles y negros, para mayor gloria y ventura del blanco. En realidad, desde aquella época quedaron bien definidos los sistemas que, perdurando hasta la fecha, colocan en campos sociológicos opuestos a las dos civilizaciones: la que quiere el predominio exclusivo del blanco, y la que está formando una raza nueva, raza de síntesis que aspira a englobar y expresar todo lo humano en maneras de constante superación. Si fuese menester aducir pruebas, bastaría observar la mezcla creciente y espontánea que en todo continente latino se opera entre todos los pueblos, y por la otra parte, la línea inflexible que separa al negro del blanco en los Estados Unidos, y las leyes, cada vez más rigurosas, para la exclusión de los japoneses y chinos de California.

Los llamados latinos, tal vez porque desde un principio no son propiamente tales latinos, sino un conglomerado de tipos y razas, persisten en no tomar muy en cuenta el factor étnico para sus relaciones sexuales. Sean cuales fueren las opiniones que a este respecto se emitan, y aun la repugnancia que el prejuicio nos causa, lo cierto es que se ha producido y se sigue consumando la mezcla de sangres. Y es en esta fusión de estirpes donde debemos buscar el rasgo fundamental de la idiosincrasia iberoamericana. Ocurrirá algunas veces, y ha ocurrido ya, en efecto, que la competencia económica nos obligue a cerrar nuestras puertas, tal como lo hace el sajón, a una desmedida irrupción de orientales. Pero al preceder de

esta suerte, nosotros no obedecemos más que a razones de orden económico; reconocemos que no es justo que pueblos como el chino, que bajo el santo consejo de la moral confuciana se multiplican como los ratones, vengan a degradar la condición humana, justamente en los instantes en que comenzamos a comprender que la inteligencia sirve para refrenar y regular bajos instintos zoológicos, contrarios a un concepto verdaderamente religioso de la vida. Si los rechazamos es porque el hombre, a medida que progresa, se multiplica menos y siente el horror del número, por lo mismo que ha llegado a estimar la calidad. En los Estados Unidos rechazan a los asiáticos, por el mismo temor del desbordamiento físico propio de las especies superiores; pero también lo hacen porque no les simpatiza el asiático, porque lo desdeñan y serían incapaces de cruzarse con él. Las señoritas de San Francisco se han negado a bailar con oficiales de la marina japonesa, que son hombres tan aseados, inteligentes y, a su manera, tan bellos, como los de cualquiera otra marina del mundo. Sin embargo, ellas jamás comprenderán que un japonés pueda ser bello. Tampoco es fácil convencer al sajón de que si el amarillo y el negro tienen su tufo, también el blanco lo tiene para el extraño, aunque nosotros no nos demos cuenta de ello. En la América Latina existe, pero infinitamente más atenuada, la repulsión de una sangre que se encuentra con otra sangre extraña. Allí hay mil puentes para la fusión sincera y cordial de todas las razas. El amurallamiento étnico de los del Norte frente a la simpatía mucho más fácil de los del Sur, tal es el dato más importante y a la vez el más favorable para nosotros, si se reflexiona, aunque sea superficialmente, en el porvenir. Pues se verá en seguida que somos nosotros de mañana, en tanto que ellos van siendo de ayer. Acabaran de formar los yanquis el último gran imperio de una sola raza: el

imperio final del poderío blanco. Entre tanto, nosotros seguiremos padeciendo en el vasto caos de una estirpe en formación, contagiados de la levadura de todos los tipos, pero seguros del avatar de una estirpe mejor. En la América española ya no repetirá la Naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color, de rasgos particulares, la que en esta vez salga de la olvidada Atlántida; no será la futura ni una quinta ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que de allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal.

Para acercarnos a este propósito sublime es preciso ir creando, como si dijéramos, el tejido celular que ha de servir de carne y sostén a la nueva aparición biológica. Y a fin de crear ese tejido proteico, maleable, profundo, etéreo y esencial, será menester que la raza iberoamericana se penetre de su misión y la abrace como un misticismo.

Quizá no haya nada inútil en los procesos de la Historia; nuestro mismo aislamiento material y el error de crear naciones, nos ha servido, junto con la mezcla original de la sangre, para no caer en la limitación sajona de constituir castas de raza pura. La Historia demuestra que estas selecciones prolongadas y rigurosas dan tipos de refinamiento físico, curiosos, pero sin vigor; bellos con una extraña belleza, como la de la casta brahmánica milenaria, pero a la postre decadentes. Jamás se ha visto que aventajen a los otros hombres ni en talento, ni en bondad, ni en vigor. El camino que hemos iniciado nosotros es mucho más atrevido, rompe los prejuicios antiguos, y casi no se explicaría, si no se fundase en una suerte de clamor que llega de

una lejanía remota, que no es la del pasado, sino la misteriosa lejanía de donde vienen los presagios del porvenir.

Si la América Latina fuese no más otra España, en el mismo grado que los Estados Unidos son otra Inglaterra, entonces la vieja lucha de las dos estirpes no haría otra cosa que repetir sus episodios en la tierra más vasta, y uno de los dos rivales acabaría por imponerse y llegaría a prevalecer. Pero no es ésta la ley natural de los choques, ni en la mecánica ni en la vida. La oposición y la lucha, particularmente cuando ellas se trasladan al campo del espíritu, sirven para definir mejor los contrarios, para llevar a cada uno a la cúspide de su destino, y, a la postre, para sumarlos en una común y victoriosa superación.

La misión del sajón se ha cumplido más pronto que la nuestra, porque era más inmediata y ya conocida en la Historia; para cumplirla no había más que seguir el ejemplo de otros pueblos victoriosos. Meros continuadores de Europa, en la región del continente que ellos ocuparon, los valores del blanco llegaron al cenit. He ahí por qué la historia de Norte América es como un ininterrumpido y vigoroso ***allegro*** de marcha triunfal.

¡Cuán distintos los sones de la formación iberoamericana! Semejan el profundo ***scherzo*** de una sinfonía infinita y honda: voces que traen acentos de la Atlántida; abismos contenidos en la pupila del hombre rojo, que supo tanto, hace tantos miles de años y ahora parece que se ha olvidado de todo. Se parece su alma al viejo cenote maya, de aguas verdes, profundas, inmóviles, en el centro del bosque, desde hace tantos siglos que ya ni su leyenda perdura. Y se remueve esta quietud de infinito con la gota que en nuestra sangre pone el negro, ávido de dicha sensual, ebrio de danzas y desenfrenadas lujurias. Asoma también el mongol con el misterio de su ojo oblicuo, que toda

cosa la mira conforme a un ángulo extraño, que descubre no sé qué pliegues y dimensiones nuevas. Interviene asimismo la mente clara del blanco, parecida a su tez y a su ensueño. Se revelan estrías judaicas que se escondieron en la sangre castellana desde los días de la cruel expulsión; melancolías del árabe, que son un dejo de la enfermiza sensualidad musulmana; ¿quién no tiene algo de todo esto o no desea tenerlo todo? He ahí al hindú, que también llegará, que ha llegado ya por el espíritu, y aunque es el último en venir parece el más próximo pariente. Tantos que han venido y otros más que vendrán, y así se nos ha de ir haciendo un corazón sensible y ancho que todo lo abarca y contiene, y se conmueve; pero henchido de vigor, impone leyes nuevas al mundo. Y presentimos como otra cabeza, que dispondrá de todos los ángulos, para cumplir el prodigio de superar a la esfera.

II

Después de examinar las potencialidades remotas y próximas de la raza mixta que habita el continente iberoamericano y el destino que la lleva a convertirse en la primera raza síntesis del globo, se hace necesario investigar si el medio físico en que se desarrolla dicha estirpe corresponde a los fines que le marca su biótica. La extensión de que ya dispone es enorme; no hay, desde luego, problema de superficie. La circunstancia de que sus costas no tienen muchos puertos de primera clase, casi no tiene importancia, dados los adelantos crecientes de la ingeniería. En cambio, lo que es fundamental abunda en cantidad superior, sin duda, a cualquiera otra región de la tierra; recursos naturales, superficie cultivable y fértil, agua y clima. Sobre este último factor se adelantará, desde luego, una objeción: el clima,

se dirá, es adverso a la nueva raza, porque la mayor parte de las tierras disponibles está situada en la región más cálida del globo. Sin embargo, tal es, precisamente, la ventaja y el secreto de su futuro. Las grandes civilizaciones se iniciaron entre trópicos y la civilización final volverá al trópico. La nueva raza comenzará a cumplir su destino a medida que se inventen los nuevos medios de combatir el calor en lo que tiene de hostil para el hombre, pero dejándole todo su poderío benéfico para la producción de la vida. El triunfo del blanco se inició con la conquista de la nieve y del frío. La base de la civilización blanca es el combustible. Sirvió primeramente de protección en los largos inviernos; después se advirtió que tenía una fuerza capaz de ser utilizada no sólo en el abrigo sino también en el trabajo; entonces nació el motor, y de esta suerte, del fogón y de la estufa procede todo el maquinismo que está transformando al mundo. Una invención semejante hubiera sido imposible en el cálido Egipto, y en efecto no ocurrió allá, a pesar de que aquella raza superaba infinitamente en capacidad intelectual a la raza inglesa. Para comprobar esta última afirmación basta comparar la metafísica sublime del Libro de los Muertos de los sacerdotes egipcios, con las chabacanerías del darwinismo spenceriano. El abismo que separa a Spencer de Hermes Trimegisto no lo franquea el dolicocéfalo rubio ni en otros mil años de adiestramiento y selección.

En cambio, el barco inglés, esa máquina maravillosa que procede de los tiriteos del Norte, no la soñaron siquiera los egipcios. La lucha ruda contra el medio obligó al blanco a dedicar sus aptitudes a la conquista de la naturaleza temporal, y esto precisamente constituye el aporte del blanco a la civilización del futuro. El blanco enseñó el dominio de lo material. La ciencia de los blancos invertirá alguna vez los métodos que empleó para alcanzar el dominio del fuego y

aprovechará nieves condensadas o corrientes de electroquimia, o gases casi de magia sutil, para destruir moscas y alimañas, para disipar el bochorno y la fiebre. Entonces la Humanidad entera se derramará sobre el trópico, y en la inmensidad solemne de sus paisajes, las almas conquistarán la plenitud.

Los blancos intentarán, al principio, aprovechar sus inventos en beneficio propio, pero como la ciencia ya no es esotérica, no será fácil que lo logren; los absorberá la avalancha de todos los demás pueblos, y finalmente, deponiendo su orgullo, entrarán con los demás a componer la nueva raza síntesis, la quinta raza futura.

La conquista del trópico transformará todos los aspectos de la vida; la arquitectura abandonará la ojiva, la bóveda, y en general la techumbre que responde a la necesidad de buscar abrigo; se desarrollará otra vez la pirámide; se levantarán columnatas en inútiles alardes de belleza, y quizá construcciones en caracol, porque la nueva estética tratará de amoldarse a la curva sin fin de la espiral que representa el anhelo libre; el triunfo del ser en la conquista del infinito. El paisaje pleno de colores y ritmos comunicará su riqueza a la emoción; la realidad será como la fantasía. La estética de los nublados y de los grises se verá como un arte enfermizo del pasado. Una civilización refinada e intensa responderá a los esplendores de una Naturaleza henchida de potencias, generosa de hálito, luciente de claridades. El panorama del Río de Janeiro actual o de Santos con la Ciudad y su bahía nos pueden dar una idea de lo que será ese emporio futuro de la raza cabal, que está por venir.

Supuesta, pues, la conquista del trópico por medio de los recursos científicos, resulta que vendrá un período en el cual la Humanidad entera se establecerá en las regiones cálidas del planeta.

La tierra de promisión estará entonces en la zona que hoy comprende el Brasil entero, más Colombia, Venezuela, Ecuador, parte de Perú, parte de Bolivia y la región superior de la Argentina.

Existe el peligro de que la ciencia se adelante al proceso étnico, de suerte que la invasión del trópico ocurra antes que la quinta raza acabe de formarse. Si así sucede, por la posesión del Amazonas se librarán batallas que decidirán el destino del mundo y la suerte de la raza definitiva. Si el Amazonas lo dominan los ingleses de las islas o del continente, que son ambos campeones del blanco puro, la aparición de la quinta raza quedará vencida. Pero tal desenlace resultaría absurdo; la Historia no tuerce sus caminos; los mismos ingleses, en el nuevo clima se tornarían maleables, se volverían mestizos, pero con ellos el proceso de integración y de superación sería más lento. Conviene, pues, que el Amazonas sea brasilero, sea ibérico, junto con el Orinoco y el Magdalena. Con los recursos de semejante zona, la más rica del globo en tesoros de todo género, la raza síntesis podrá consolidar su cultura. El mundo futuro será de quien conquiste la región amazónica. Cerca del gran río se levantará Universópolis y de allí saldrán las predicaciones, las escuadras y los aviones de propaganda de buenas nuevas. Si el Amazonas se hiciese inglés, la Metrópoli del mundo ya no se llamaría Universópolis, sino Anglotown, y las armadas guerreras saldrían de allí para imponer en los otros continentes la ley severa del predominio del blanco de cabellos rubios y el exterminio de sus rivales obscuros. En cambio, si la quinta raza se adueña del eje del mundo futuro, entonces aviones y ejércitos irán por todo el planeta, educando a las gentes para su ingreso a la sabiduría. La vida fundada en el amor llegará a expresarse en formas de belleza.

Naturalmente, la quinta raza no pretenderá excluir a los blancos como no se propone excluir a ninguno de los demás pueblos;

precisamente, la norma de su formación es el aprovechamiento de todas las capacidades para mayor integración de poder. No es la guerra contra el blanco nuestra mira, pero sí una guerra contra toda clase de predominio violento, lo mismo el del blanco que en su caso el del amarillo, si el Japón llegare a convertirse en amenaza continental. Por lo que hace al blanco y a su cultura, la quinta raza cuenta ya con ellos y todavía espera beneficios de su genio. La América Latina debe lo que es al europeo blanco y no va a renegar de él; al mismo norteamericano le debe gran parte de sus ferrocarriles, y puentes y empresas, y de igual suerte necesita de todas las otras razas. Sin embargo, aceptamos los ideales superiores del blanco, pero no su arrogancia; queremos brindarle, lo mismo que a todas las gentes, una patria libre, en la que encuentre hogar y refugio, pero no una prolongación de sus conquistas. Los mismos blancos, descontentos del materialismo y de la injusticia social en que ha caído su raza, la cuarta raza, vendrán a nosotros para ayudar en la conquista de la libertad.

Quizás entre todos los caracteres de la quinta raza predominen los caracteres del blanco, pero tal supremacía debe ser fruto de elección libre del gusto y no resultado de la violencia o de la presión económica. Los caracteres superiores de la cultura y de la naturaleza tendrán que triunfar, pero ese triunfo sólo será firme si se funda en la aceptación voluntaria de la conciencia y en la elección libre de la fantasía. Hasta la fecha, la vida ha recibido su carácter de las potencias bajas del hombre; la quinta raza será el fruto de las potencias superiores. La quinta raza no excluye, acapara vida; por eso la exclusión del yanqui como la exclusión de cualquier otro tipo humano equivaldría a una mutilación anticipada, más funesta aun que un corte posterior. Si no

queremos excluir ni a las razas que pudieran ser consideradas como inferiores, mucho menos cuerdo sería apartar de nuestra empresa a una raza llena de empuje y de firmes virtudes sociales.

Expuesta ya la teoría de la formación de la raza futura iberoamericana y la manera como podrá aprovechar el medio en que vive, resta sólo considerar el tercer factor de la transformación que se verifica en el nuevo continente; el factor espiritual que ha de dirigir y consumar la extraordinaria empresa. Se pensará, tal vez, que la ilusión de las distintas razas contemporáneas en una nueva que complete y supere a todas, va a ser un proceso repugnante de anárquico hibridismo, delante del cual, la práctica inglesa de celebrar matrimonios sólo dentro de la propia estirpe se verá como un ideal de refinamiento y de pureza. Los arios primitivos del Indostán ensayaron precisamente este sistema inglés, para defenderse de la mezcla con las razas de color, pero como esas razas obscuras poseían una sabiduría necesaria para completar la de los invasores rubios, la verdadera cultura indostánica no se produjo sino después de que los siglos consumaron la mezcla, a pesar de todas las prohibiciones escritas. Y la mezcla fatal fue útil, no sólo por razones de cultura, sino porque el mismo individuo físico necesita renovarse en sus semejantes. Los norteamericanos se mantienen muy firmes en su resolución de mantener pura su estirpe, pero eso depende de que tienen delante al negro, que es como el otro polo, como el contrario de los elementos que pueden mezclarse. En el mundo iberoamericano, el problema no se presenta con caracteres tan crudos; tenemos poquísimos negros y la mayor parte de ellos se han ido transformando ya en poblaciones mulatas. El indio es buen puente de mestizaje. Además, el clima cálido es propicio al trato y reunión de todas las gentes. Por otra parte, y esto

es fundamental, el cruce de las distintas razas no va a obedecer a razones de simple proximidad, como sucedía al principio, cuando el colono blanco tomaba mujer indígena o negra porque no había otra a mano. En lo sucesivo, a medida que las condiciones sociales mejoren, el cruce de sangre será cada vez más espontáneo, a tal punto que no estará ya sujeto a la necesidad, sino al gusto; en último caso, a la curiosidad. El motivo espiritual se irá sobreponiendo de esta suerte a las contingencias de lo físico. Por motivo espiritual ha de entenderse, más bien que la reflexión, el gusto que dirige el misterio de la elección de una persona entre una multitud.

III

Dicha ley del gusto, como norma de las relaciones humanas, la hemos enunciado en diversas ocasiones con el nombre de la ley de los tres estados sociales, definidos, no a la manera Comtiana, sino con una comprensión más vasta. Los tres estados que esta ley señala son: el material o guerrero, el intelectual o político y el espiritual o estético. Los tres estados representan un proceso que gradualmente nos va libertando del imperio de la necesidad, y poco a poco va sometiendo la vida entera a las normas superiores del sentimiento y de la fantasía. En el primer estado manda sólo la materia; los pueblos, al encontrarse, combaten o se juntan sin más ley que la violencia y el poderío relativo. Se exterminan unas veces o celebran acuerdos atendiendo a la conveniencia o a la necesidad. Así viven la horda y la tribu de todas las razas. En semejante situación la mezcla de sangres se ha impuesto también por la fuerza material, único elemento de cohesión de un

grupo. No puede haber elección donde el fuerte toma o rechaza, conforme a su capricho la hembra sometida.

Por supuesto que ya desde ese período late en el fondo de las relaciones humanas el instinto de simpatía que atrae o repele conforme a ese misterio que llamamos el gusto, misterio que es la secreta razón de toda estética; pero la sugestión del gusto no constituye el móvil predominante del primer período, como no lo es tampoco del segundo, sometido a la inflexible norma de la razón. También la razón está contenida en el primer período, como origen de conducta y de acción humana, pero es una razón débil, como el gusto oprimido; no es ella quien decide, sino la fuerza, y a esa fuerza, comúnmente brutal, se somete el juicio, convertido en esclavo de la voluntad primitiva. Corrompido así el juicio en astucia, se envilece para servir la injusticia. En el primer período no es posible trabajar por la fusión cordial de las razas, tanto porque la misma ley de la violencia a que está sometido excluye las posibilidades de cohesión espontánea, cuanto porque ni siquiera las condiciones geográficas permitían la comunicación constante de todos los pueblos del planeta.

En el segundo período tiende a prevalecer la razón que artificiosamente aprovecha las ventajas conquistadas por la fuerza y corrige sus errores. Las fronteras se definen en tratados y las costumbres se organizan conforme a las leyes derivadas de las conveniencias recíprocas y la lógica: el romanismo es el más acabado modelo de este sistema social racional, aunque, en realidad, comenzó antes de Roma y se prolonga todavía en esta época de las nacionalidades. En este régimen, la mezcla de las razas obedece, en parte, al capricho de un instinto libre que se ejerce por debajo de los rigores de la norma social, y obedece especialmente a las conveniencias éticas o políticas

del momento. En nombre de la moral, por ejemplo, se imponen ligas matrimoniales difíciles de romper, entre personas que no se aman; en nombre de la política se restringen libertades interiores y exteriores; en nombre de la religión, que debiera ser la inspiración sublime, se imponen dogmas y tiranías; pero cada caso se justifica con el dictado de la razón, reconocido como supremo de los asuntos humanos. Proceden también conforme a lógica superficial y a saber equívoco, quienes condenan la mezcla de razas, en nombre de una eugénica que, por fundarse en datos científicos incompletos y falsos, no ha podido dar resultados válidos. La característica de este segundo período es la fe en la fórmula, por eso en todos sentidos no hace otra cosa que dar norma a la inteligencia, límites a la acción, fronteras a la patria y frenos al sentimiento. Regla, norma y tiranía, tal es la ley del segundo período en que estamos presos, y del cual es menester salir.

En el tercer período, cuyo advenimiento se anuncia ya en mil formas, la orientación de la conducta no se buscará en la pobre razón, que explica pero no descubre; se buscará en el sentimiento creador y en la belleza que convence. La norma la dará la facultad suprema, la fantasía; es decir, se vivirá sin norma, en un estado en que todo cuanto nace del sentimiento es un acierto. En vez de reglas, inspiración constante. Y no se buscará el mérito de una acción en su resultado inmediato y palpable, como ocurre en el primer período; ni tampoco se atenderá a que se adapte a determinadas reglas de razón pura; el mismo imperativo ético será sobrepujado y más allá del bien y del mal, en el mundo del pathos estético, sólo importará que el acto, por ser bello, produzca dicha. Hacer nuestro antojo, no nuestro deber; seguir el sendero del gusto, no el del apetito ni el del silogismo; vivir el júbilo fundado en amor, esa es la tercera etapa.

Desgraciadamente somos tan imperfectos, que para lograr semejante vida de dioses será menester que pasemos antes por todos los caminos, por el camino del deber, donde se depuran y superan los apetitos bajos, por el camino de la ilusión, que estimula las aspiraciones más altas. Vendrá en seguida la pasión que redime de la baja sensualidad. Vivir en pathos, sentir por todo una emoción tan intensa, que el movimiento de las cosas adopte ritmos de dicha, he ahí un rasgo del tercer período. A él se llega soltando el anhelo divino para que alcance, sin puentes de moral y de lógica, de un solo ágil salto, las zonas de revelación. Don artístico es esa intuición inmediata que brinca sobre la cadena de los sorites, y por ser pasión, supera desde el principio el deber, y lo reemplaza con el amor exaltado. Deber y lógica, ya se entiende que uno y otro son andamios y mecánica de la construcción; pero el alma de la arquitectura es ritmo que trasciende el mecanismo, y no conoce más ley que el misterio de la belleza divina.

¿Qué papel desempeña en este proceso ese nervio de los destinos humanos, la voluntad que esta cuarta raza llegó a deificar en el instante de embriaguez de su triunfo? La voluntad es fuerza, la fuerza ciega que corre tras de fines confusos; en el primer período la dirige el apetito, que se sirve de ella para todos sus caprichos; prende después su luz la razón, y la voluntad se refrena en el deber, y se da formas en el refinamiento lógico. En el tercer período la voluntad se hace libre, sobrepuja lo finito, y estalla y se aniega en una especie de realidad infinita; se llena de rumores y de propósitos remotos; no le basta la lógica y se pone las alas de la fantasía; se hunde en lo más profundo y vislumbra lo más alto; se ensancha en la armonía y asciende en el misterio creador de la melodía; se satisface y se disuelve en la emoción y se confunde con la alegría del Universo: se hace pasión de belleza.

Si reconocemos que la Humanidad gradualmente se acerca al tercer período de su destino, comprenderemos que la obra de fusión de las razas se va a verificar en el continente iberoamericano, conforme a una ley derivada del goce de las funciones más altas. Las leyes de la emoción, la belleza y la alegría, regirán la elección de parejas, con un resultado infinitamente superior al de esa eugénica fundada en la razón científica, que nunca mira más que la porción menos importante del suceso amoroso. Por encima de la eugénica científica prevalecerá la eugénica misteriosa del gusto estético. Donde manda la pasión iluminada no es menester ningún correctivo. Los muy feos no procrearán, no desearán procrear, ¿qué importa entonces que todas las razas se mezclen si la fealdad no encontrará cuna? La pobreza, la educación defectuosa, la escasez de tipos bellos, la miseria que vuelve a la gente fea, todas estas calamidades desaparecerán del estado social futuro. Se verá entonces repugnante, parecerá un crimen, el hecho hoy cotidiano de que una pareja mediocre se ufane de haber multiplicado miseria. El matrimonio dejará de ser consuelo de desventuras, que no hay por qué perpetuar, y se convertirá en una obra de arte.

Tan pronto como la educación y el bienestar se difundan, ya no habrá peligro de que se mezclen los más opuestos tipos. Las uniones se efectuarán conforme a la ley singular del tercer período, la ley de simpatía, refinada por el sentido de la belleza. Una simpatía verdadera y no la falsa que hoy nos imponen la necesidad y la ignorancia. Las uniones sinceramente apasionadas y fácilmente deshechas en caso de error, producirán vástagos despejados y hermosos. La especie entera cambiará de tipo físico y de temperamento, prevalecerán los instintos superiores, y perdurarán, como en síntesis feliz, los elementos de hermosura, que hoy están repartidos en los distintos pueblos.

Actualmente, en parte por hipocresía y en parte porque las uniones se verifican entre personas miserables dentro de un medio desventurado, vemos con profundo horror el casamiento de una negra con un blanco; no sentiríamos repugnancia alguna si se tratara del enlace de un Apolo negro con una Venus rubia, lo que prueba que todo lo santifica la belleza. En cambio, es repugnante mirar esas parejas de casados que salen a diario de los Juzgados o los templos, feas en una proporción, más o menos, del noventa por ciento de los contrayentes. El mundo está así lleno de fealdad a causa de nuestros vicios, nuestros prejuicios y nuestra miseria. La procreación por amor es ya un buen antecedente de progenie lozana; pero hace falta que el amor sea en sí mismo una obra de arte, y no un recurso de desesperados. Si lo que se va a transmitir es estupidez, entonces lo que liga a los padres no es amor, sino instinto oprobioso y ruin.

Una mezcla de razas consumada de acuerdo con las leyes de la comodidad social, la simpatía y la belleza, conducirá a la formación de un tipo infinitamente superior a todos los que han existido. El cruce de contrarios conforme a la ley mendeliana de la herencia, producirá variaciones discontinuas y sumamente complejas, como son múltiples y diversos los elementos de la cruza humana. Pero esto mismo es garantía de las posibilidades sin límites que un instinto bien orientado ofrece, para la perfección gradual de la especie. Si hasta hoy no ha mejorado gran cosa, es porque ha vivido en condiciones de aglomeración y de miseria en las que no ha sido posible que funcione el instinto libre de la belleza; la reproducción se ha hecho a la manera de las bestias, sin límite de cantidad y sin aspiración de mejoramiento. No ha intervenido en ella el espíritu, sino el apetito, que se satisface como puede. Así es que no estamos

en condiciones ni de imaginar las modalidades y los efectos de una serie de cruzamientos verdaderamente inspirados. Uniones fundadas en la capacidad y la belleza de los tipos, tendrían que producir un gran número de individuos dotados con las cualidades dominantes. Eligiendo en seguida, no con la reflexión, sino con el gusto, las cualidades que deseamos hacer predominar, los tipos de selección se irán multiplicando, a medida que los recesivos tenderán a desaparecer. Los vástagos recesivos ya no se unirían entre sí, sino a su vez irían en busca de mejoramiento rápido, o extinguirían voluntariamente todo deseo de reproducción física. La conciencia misma de la especie irá desarrollando un mendelismo astuto, así que se vea libre del apremio físico, de la ignorancia y la miseria, y de esta suerte, en muy pocas generaciones desaparecerán las monstruosidades: lo que hoy es normal llegará a aparecer abominable. Los tipos bajos de la especie serán absorbidos por el tipo superior. De esta suerte podría redimirse, por ejemplo, el negro, y poco a poco, por extinción voluntaria, las estirpes más feas irán cediendo el paso a las más hermosas. Las razas inferiores, al educarse, se harían menos prolíficas, y los mejores especímenes irán ascendiendo en una escala de mejoramiento étnico, cuyo tipo máximo no es precisamente el blanco, sino esa nueva raza, a la que el mismo blanco tendrá que aspirar con el objeto de conquistar la síntesis. El indio, por medio del injerto en la raza afín, daría el salto de los millares de años que median de la Atlántida a nuestra época, y en unas cuantas décadas de eugenesia estética podría desaparecer el negro junto con los tipos que el libre instinto de hermosura vaya señalando como fundamentalmente recesivos e indignos, por lo mismo, de perpetuación. Se operaría en esta forma una selección por el gusto, mucho más eficaz que la brutal selección darwiniana, que

sólo es válida, si acaso, para las especies inferiores, pero ya no para el hombre.

Ninguna raza contemporánea puede presentarse por sí sola como un modelo acabado que todas las otras hayan de imitar. El mestizo y el indio, aun el negro, superan al blanco en una infinidad de capacidades propiamente espirituales. No en la antigüedad, ni en el presente, se ha dado jamás el caso de una raza que se baste a sí misma para forjar civilización. Las épocas más ilustres de la Humanidad han sido, precisamente, aquellas en que varios pueblos disímiles se ponen en contacto y se mezclan. La India, Grecia, Alejandría, Roma, no son sino ejemplos de que sólo una universalidad geográfica y étnica es capaz de dar frutos de civilización. En la época contemporánea, cuando el orgullo de los actuales amos del mundo afirma por la boca de sus hombres de ciencia la superioridad étnica y mental del blanco del Norte, cualquier profesor puede comprobar que los grupos de niños y de jóvenes descendientes de escandinavos, holandeses e ingleses de las Universidades norteamericanas son mucho más lentos, casi torpes, comparados con los niños y jóvenes mestizos del Sur. Tal vez se explica esta ventaja por efecto de un mendelismo espiritual benéfico, a causa de una combinación de elementos contrarios. Lo cierto es que el vigor se renueva con los injertos y que el alma misma busca lo disímil para enriquecer la monotonía de su propio contenido. Sólo una prolongada experiencia podrá poner de manifiesto los resultados de una mezcla realizada, ya no por la violencia ni por efecto de la necesidad, sino por elección, fundada en el deslumbramiento que produce la belleza, y confirmada por el pathos del amor.

En los períodos primero y segundo en que vivimos, a causa del aislamiento y de la guerra, la especie humana vive en cierto sentido

conforme a las leyes darwinianas. Los ingleses, que sólo ven el presente del mundo externo, no vacilaron en aplicar teorías zoológicas al campo de la sociología humana. Si la falsa traslación de la ley fisiológica a la zona del espíritu fuese aceptable, entonces hablar de la incorporación étnica del negro sería tanto como defender el retroceso. La teoría inglesa supone, implícita o francamente, que el negro es una especie de eslabón que está más cerca del mono que del hombre rubio. No queda, por lo mismo, otro recurso que hacerlo desaparecer. En cambio, el blanco, particularmente el blanco de habla inglesa, es presentado como el término sublime de la evolución humana; cruzarlo con otra raza equivaldría a ensuciar su estirpe. Pero semejante manera de ver no es más que la ilusión de cada pueblo afortunado en el período de su poderío. Cada uno de los grandes pueblos de la Historia se ha creído el final y el elegido. Cuando se comparan unas con otras estas infantiles soberbias, se mira que la misión que cada pueblo se atribuye no es en el fondo otra cosa que afán de botín y deseo de exterminar a la potencia rival. La misma ciencia oficial es en cada época un reflejo de esa soberbia de la raza dominante. Los hebreos fundaron la creencia de su superioridad en oráculos y promesas divinas. Los ingleses radican la suya en observaciones propias domésticas. De la observación de cruzamientos y variedades hereditarias de dichos animales fue saliendo el darwinismo, primero como una modesta teoría zoológica, después como biología social que otorga la preponderancia definitiva al inglés sobre todas las demás razas. Todo imperialismo necesita de una filosofía que lo justifique; el Imperio romano predicaba el orden; es decir, la jerarquía, primero el romano, después sus aliados, y el bárbaro en la esclavitud. Los británicos predican la selección natural, con la consecuencia tácita de que el reino del mundo corresponde

por derecho natural y divino al dolicocéfalo de las islas y sus descendientes. Pero esta ciencia que llegó a invadirnos junto con los artefactos del comercio conquistador, se combate como se combate todo imperialismo, poniéndole enfrente una ciencia superior, una civilización más amplia y vigorosa. Lo cierto es que ninguna raza se basta a sí sola, y que la Humanidad perdería, pierde, cada vez que una raza desaparece por medios violentos. Enhorabuena que cada una se transforme según su arbitrio, pero dentro de su propia visión de belleza, y sin romper el desarrollo armónico de los elementos humanos.

Cada raza que se levanta necesita constituir su propia filosofía, el ***deus ex machina*** de su éxito. Nosotros nos hemos educado bajo la influencia humillante de una filosofía ideada por nuestros enemigos, si se quiere de una manera sincera, pero con el propósito de exaltar sus propios fines y anular los nuestros. De esta suerte nosotros mismos hemos llegado a creer en la inferioridad del mestizo, en la irredención del indio, en la condenación del negro, en la decadencia irreparable del oriental. La rebelión de las armas no fue seguida de la rebelión de las conciencias. Nos rebelamos contra el poder político de España, y no advertimos que, junto con España, caímos en la dominación económica y moral de la raza que ha sido señora del mundo, desde que terminó la grandeza de España. Sacudimos un yugo para caer bajo otro nuevo. El movimiento de desplazamiento de que fuimos víctimas no se hubiese podido evitar aunque lo hubiésemos comprendido a tiempo. Hay cierta fatalidad en el destino de los pueblos lo mismo que en el destino de los individuos; pero ahora que se inicia una nueva fase de la Historia, se hace necesario reconstituir nuestra ideología y organizar conforme a una nueva doctrina étnica toda nuestra vida

continental. Comencemos entonces haciendo vida propia y ciencia propia. Si no se liberta primero el espíritu, jamás lograremos redimir la materia.

* * *

Tenemos el deber de formular las bases de una nueva civilización; y por eso mismo es menester que tengamos presente que las civilizaciones no se repiten ni en la forma ni en el fondo. La teoría de la superioridad étnica ha sido simplemente un recurso de combate común a todos los pueblos batalladores; pero la batalla que nosotros debemos de librar es tan importante que no admite ningún ardid falso. Nosotros no sostenemos que somos ni que llegaremos a ser la primera raza del mundo, la más ilustrada, la más fuerte y la más hermosa. Nuestro propósito es todavía más alto y más difícil que lograr una selección temporal. Nuestros valores están en potencia a tal punto, que nada somos aún. Sin embargo, la raza hebrea no era para los egipcios arrogantes otra cosa que una ruin casta de esclavos y de ella nació Jesucristo, el autor del mayor movimiento de la Historia; el que anunció el amor de todos los hombres. Este amor será uno de los dogmas fundamentales de la quinta raza, que ha de producirse en América. El cristianismo liberta y engendra vida, porque contiene revelación universal, no nacional; por eso tuvieron que rechazarlo los propios judíos, que no se decidieron a comulgar con gentiles. Pero la América es la patria de la gentilidad, la verdadera tierra de promisión cristiana. Si nuestra raza se muestra indigna de este suelo consagrado, si llega a faltarle el amor, se verá suplantada por pueblos más capaces de realizar la misión fatal de aquellas tierras; la misión de servir de

asiento a una humanidad hecha de todas las naciones y todas las estirpes. La biótica que el progreso del mundo impone a la América de origen hispánico no es un credo rival que, frente al adversario, dice: te supero, o me basto, sino una ansia infinita de integración y de totalidad que por lo mismo invoca al Universo. La infinitud de su anhelo le asegura fuerza para combatir el credo exclusivista del bando enemigo y confianza en la victoria que siempre corresponde a los gentiles. El peligro más bien está en que nos ocurra a nosotros lo que a la mayoría de los hebreos, que por no hacerse gentiles perdieron la gracia originada en su seno. Así ocurriría si no sabemos ofrecer hogar y fraternidad a todos los hombres; entonces otro pueblo servirá de eje, alguna otra lengua será el vehículo; pero ya nadie puede contener la fusión de las gentes, la aparición de la quinta era del mundo, la era de la universalidad y el sentimiento cósmico.

La doctrina de formación sociológica, de formación biológica que en estas páginas enunciamos, no es un simple esfuerzo ideológico para levantar el ánimo de una raza deprimida, ofreciéndole una tesis que contradice la doctrina con que habían querido condenarla sus rivales. Lo que sucede es que a medida que se descubre la falsedad de la premisa científica en que descansa la dominación de las potencias contemporáneas, se vislumbran también, en la ciencia experimental misma, orientaciones que señalan un camino ya no para el triunfo de una raza sola, sino para la redención de todos los hombres. Sucede como si la palingenesia anunciada por el cristianismo con una anticipación de millares de años, se viera confirmada actualmente en las distintas ramas del conocimiento científico. El cristianismo predicó el amor como base de las relaciones humanas, y ahora comienza a verse que sólo el amor es capaz de producir una Humanidad excelsa.

La política de los Estados y la ciencia de los positivistas, influenciada de una manera directa por esa política, dijeron que no era el amor la ley, sino el antagonismo, la lucha y el triunfo del apto, sin otro criterio para juzgar la aptitud que la curiosa petición de principio contenida en la misma tesis, puesto que el apto es el que triunfa, y sólo triunfa el apto. Y así, a fórmulas verbales y viciosas de esta índole se va reduciendo todo el saber pequeño que quiso desentenderse de las revelaciones geniales para sustituirlas con generalizaciones fundadas en la mera suma de los detalles.

* * *

El descrédito de semejantes doctrinas se agrava con los descubrimientos y observaciones que hoy revolucionan las ciencias. No era posible combatir la teoría de la Historia como un proceso de frivolidades, cuando se creía que la vida individual estaba también desprovista de fin metafísico y de plan providencial. Pero si la matemática vacila y reforma sus conclusiones para darnos el concepto de un mundo movible cuyo misterio cambia, de acuerdo con nuestra posición relativa, y la naturaleza de nuestros conceptos; si la física y la química no se atreven ya a declarar que en los procesos del átomo no hay otra cosa que acción de masas y fuerzas; si la biología también en sus nuevas hipótesis afirma, por ejemplo, con Uexkull que en el curso de la vida «las células se mueven como si obrasen dentro de un organismo acabado cuyos órganos armonizan conforme a plan y trabajan en común, esto es, posee un plan de función», «habiendo un engrane de factores vitales en la rueda motriz físico-química» —lo que contraría

el darwinismo, por lo menos, en la interpretación de los darwinistas que niegan que la Naturaleza obedezca a un plan—; si también el mendelismo demuestra, conforme a las palabras de Uexkull, que el protoplasma es una mezcla de substancias de las cuales puede ser hecho todo, sobre poco más o menos; delante de todos estos cambios de conceptos de la ciencia, es preciso reconocer que se ha derrumbado también el edificio teórico de la dominación de una sola raza. Esto a la vez es presagio de que no tardará en caer también el podrido material de quienes han construido toda esa falsa ciencia de ocasión y de conquista.

La ley de Mendel, particularmente cuando confirma «la intervención de factores vitales en la rueda motriz físico-química», debe formar parte de nuestro nuevo patriotismo. Pues de su texto puede derivarse la conclusión de que las distintas facultades del espíritu toman parte en los procesos del destino.

¿Qué importa que el materialismo spenceriano nos tuviese condenados, si hoy resulta que podemos juzgarnos como una especie de reserva de la Humanidad, como una promesa de un futuro que sobrepujará a todo tiempo anterior? Nos hallamos entonces en una de esas épocas de palingenesia, y en el centro del maelstreón universal, y urge llamar a conciencia todas nuestras facultades, para que, alertas y activas, intervengan desde ya, como dicen los argentinos, en los procesos de la redención colectiva. Esplende la aurora de una época sin par. Se diría que es el cristianismo el que va a consumarse, pero ya no sólo en las almas sino en la raíz de los seres. Como instrumento de la trascendental transformación se ha ido formando en el continente ibérico una raza llena de vicios y defectos, pero dotada de maleabilidad, comprensión rápida y emoción fácil, fecundos

elementos para el plasma germinal de la especie futura. Reunidos están ya en abundancia los materiales biológicos, las predisposiciones, los caracteres, las *genas* de que hablan los mendelistas, y sólo ha estado faltando el impulso organizador, el plan de formación de la especie nueva. ¿Cuales deberán ser los rasgos de ese impulso creador?

Si procediésemos conforme a la ley de pura energía confusa del primer período, conforme al primitivo darwinismo biológico, entonces, la fuerza ciega, por imposición casi mecánica de los elementos más vigorosos, decidiría de una manera sencilla y brutal, exterminando a los débiles, más bien dicho, a los que no se acomodan al plan de la raza nueva. Pero en el nuevo orden, por su misma ley, los elementos perdurables no se apoyarán en la violencia, sino en el gusto, y, por lo mismo, la selección se hará espontánea, como lo hace el pintor cuando de todos los colores toma sólo los que convienen a su obra.

Si para constituir la quinta raza se procediese conforme a la ley del segundo período, entonces vendría una pugna de astucias, en la cual los listos y faltos de escrúpulos ganarían la partida a los soñadores y a los bondadosos. Probablemente entonces la nueva Humanidad sería predominantemente malaya, pues se asegura que nadie les gana en cautela y habilidad, y aun, si es necesario, en perfidia. Por el camino de la inteligencia se podría llegar, aún si se quiere a una Humanidad de estoicos, que adoptara como norma suprema el deber. El mundo se volvería como un vasto pueblo de cuáqueros, en donde el plan del espíritu acabaría por sentirse estrangulado y contrahecho por la regla. Pues la razón, la pura razón, puede reconocer las ventajas de la ley moral, pero no es capaz de imprimir a la acción el ardor combativo que la vuelve fecunda. En cambio la verdadera potencia creadora de júbilo está contenida en la ley del tercer período, que es emoción de

belleza y un amor tan acendrado que se confunde con la revelación divina. Propiedad de antiguo señalada a la belleza, por ejemplo, en el Fredo, es la de ser patética; su dinamismo contagia y mueve los ánimos, transforma las cosas y el mismo destino. La raza más apta para adivinar y para imponer semejante ley en la vida y en las cosas, ésa será la raza matriz de la nueva era de civilización. Por fortuna, tal don necesario a la quinta raza, lo posee en grado subido la gente mestiza del continente iberoamericano; gente para quien la belleza es la razón mayor de toda cosa. Una fina sensibilidad estética y un amor de belleza profunda, ajenos a todo interés bastardo y libre de trabas formales, todo eso es necesario al tercer período impregnado de esteticismo cristiano que sobre la misma fealdad pone el toque redentor de la piedad que enciende un halo alrededor de todo lo creado.

Tenemos, pues, en el continente todos los elementos de la nueva Humanidad; una ley que irá seleccionando factores para la creación de tipos predominantes, ley que operará no conforme a criterio nacional, como tendría que hacerlo una sola raza conquistadora, sino con criterio de universalidad y belleza; y tenemos también el territorio y los recursos naturales. Ningún pueblo de Europa podría reemplazar al ibero americano en esta misión, por bien dotado que esté, pues todos tienen su cultura ya hecha y una tradición que para obras semejantes constituye un peso. No podría substituirnos una raza conquistadora, porque fatalmente impondría sus propios rasgos, aunque sólo sea por la necesidad de ejercer la violencia para mantener su conquista. No pueden llenar esta misión universal tampoco los pueblos del Asia, que están exhaustos o, por lo menos, faltos del arrojo necesario a las empresas nuevas.

La gente que está formando la América hispánica, un poco desbaratada, pero libre de espíritu y con el anhelo en tensión a causa de las grandes regiones inexploradas, puede todavía repetir las proezas de los conquistadores castellanos y portugueses. La raza hispana en general tiene todavía por delante esta misión de descubrir nuevas zonas en el espíritu ahora que todas las tierras están exploradas.

Solamente la parte ibérica del continente dispone de los factores espirituales raza y el territorio que son necesarios para la gran empresa de iniciar la era universal de la Humanidad. Están allí todas las razas que han de ir dando su aporte; el hombre nórdico, que hoy es maestro de acción, pero que tuvo comienzos humildes y parecía inferior, en una época en que ya habían aparecido y decaído varias grandes culturas; el negro como una reserva de potencialidades que arranca de los días remotos de la Lemuria; el indio que vió perecer la Atlántida, pero guarda un quieto misterio en la conciencia; tenemos todos los pueblos y todas las aptitudes, y sólo hace falta que el amor verdadero organice y ponga en marcha la ley de la historia.

Muchos obstáculos se oponen al plan del espíritu, pero son obstáculos comunes a todo progreso. Desde luego ocurre objetar que, ¿cómo se van a unir en concordia las distintas razas si ni siquiera los hijos de una misma estirpe pueden vivir en paz y alegría dentro del régimen económico y social que hoy oprime a los hombres? Pero tal estado de los ánimos tendrá que cambiar rápidamente. Las tendencias todas del futuro se entrelazan en la actualidad: mendelismo en biología, socialismo en el gobierno, simpatía creciente en las almas, progreso generalizado y aparición de la quinta raza que llenará el planeta, con los triunfos de la primera cultura verdaderamente universal, verdaderamente cósmica.

Si contemplamos el proceso en panorama, nos encontraremos con las tres etapas de la ley de los tres estados de la sociedad, vivificadas, cada una, con el aporte de las cuatro razas fundamentales que consuman su misión, y en seguida desaparecen para crear un quinto tipo étnico superior. Lo que da cinco razas y tres estados, o sea el número ocho, que en la gnosis pitagórica representa el ideal de la igualdad de todos los hombres. Semejantes coincidencias o aciertos sorprenden cuando se les descubre, aunque después parezcan triviales.

Para expresar todas estas ideas que hoy procuro exponer en rápida síntesis, hace algunos años, cuando todavía no se hallaban bien definidas, procuré darles signos en el nuevo Palacio de la Educación Pública de México. Sin elementos bastantes para hacer exactamente lo que deseaba, tuve que conformarme con una construcción renacentista española, de dos patios, con arquerías y pasarelas, que tienen algo de la impresión de un ala. En los tableros de los cuatro ángulos del patio anterior hice labrar alegorías de España, de México, Grecia y la India, las cuatro civilizaciones particulares que más tienen que contribuir a la formación de la América Latina. En seguida, debajo de estas cuatro alegorías, debieron levantarse cuatro grandes estatuas de piedra de las cuatro grandes razas contemporáneas: la Blanca, la Roja, la Negra y la Amarilla, para indicar que la América es hogar de todas, y de todas necesita. Finalmente, en el centro debía erigirse un monumento que en alguna forma simbolizara la ley de los tres estados: el material, el intelectual y el estético. Todo para indicar que, mediante el ejercicio de la triple ley, llegaremos en América, antes que en parte alguna del globo, a la creación de una raza hecha con el tesoro de todas las anteriores, la raza final, la raza cósmica.

La Universidad Nacional[86]

Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública, retrato.

Justo Sierra

Señor presidente de la República, señoras, señores:

Dos conspicuos adoradores de la fuerza transmutada en derecho, el autor del ***Imperio germánico*** y el autor de la ***Vida estrenua;*** el que la concebía como instrumento de dominación, como el agente superior de lo que Nietzsche llama "la voluntad de potencia", y el que la preconiza como agente de civilización, esto es, de justicia, son quienes principalmente han logrado imbuir en el espíritu de todos los pueblos capaces de mirar lo porvenir, el anhelo profundo y el propósito tenaz de transformar todas sus actividades: la mental, como se transforma la luz; la sentimental, como se transforma el calor, y la física, como se transforma el movimiento en una energía sola, en una especie de electricidad moral que es propiamente la que integra al hombre, la que lo constituye en un valor, la que lo hace entrar como molécula consciente en las distintas evoluciones que determinan el sentido de la evolución humana en el torrente del perenne devenir...

[86] Discurso en el acto de la inauguración de la Universidad Nacional de México, el 22 de septiembre de 1910.

Esta resolución de ser fuertes, que la antigüedad tradujo por resultados magníficos en grupos selectos y que entra ya en el terreno de las vastas realizaciones por nacionalidades enteras, muestra que el fondo de todo problema, ya social, ya político, tomando estos vocablos en sus más comprensivas acepciones, implica necesariamente un problema pedagógico, un problema de educación.

Porque ser fuertes, ya lo enunciamos, es, para los individuos, resumir su desenvolvimiento integral: físico, intelectual, ético y estético, en la determinación de un carácter. Claro es que el elemento esencial de un carácter está en la voluntad; hacerla evolucionar intensamente, por medio del cultivo físico, intelectual, moral, del niño al hombre, es el soberano papel de la escuela primaria, de la escuela por antonomasia; el carácter está formado cuando se ha impreso en la voluntad ese magnetismo misterioso, análogo al que llama a la brújula hacia el polo, el magnetismo del bien. Cultivar voluntades para cosechar egoísmos, sería la bancarrota de la pedagogía; precisa imantar de amor a los caracteres; precisa saturar al hombre de espíritu de sacrificio, para hacerle sentir el valor inmenso de la vida social, para convertirlo en un ser moral en toda la belleza serena de la expresión; navegar siempre en el derrotero de ese ideal, irlo realizando día a día, minuto a minuto; he aquí la divina misión del maestro.

La Universidad, me diréis, la Universidad no puede ser una educadora en el sentido integral de la palabra; la Universidad es una simple productora de ciencia, es una intelectualizadora; sólo sirve para formar cerebrales. Y sería, podría añadirse entonces, sería una desgracia que los grupos mexicanos ya iniciados en la cultura humana, escalonándose en gigantesca pirámide, con la ambición de poder contemplar mejor los astros y poder ser contemplados por un

pueblo entero, como hicieron nuestros padres toltecas, rematase en la creación de un adoratorio en torno del cual se formase una casta de ciencia, cada vez más alejada de su función terrestre, cada vez más alejada del suelo que la sustenta, cada vez más indiferente a las pulsaciones de la realidad social turbia, heterogénea, consciente apenas, de donde toma su savia y en cuya cima más alta se encienda su mentalidad como una lámpara irradiando en la soledad del espacio...

Torno a decirlo: esto sería una desgracia; ya lo han dicho psicosociólogos de primera importancia. No, no se concibe en los tiempos nuestros que un organismo creado por una sociedad que aspira a tomar parte cada vez más activa en el concierto humano, se sienta desprendido del vínculo que lo uniera a las entrañas maternas para formar parte de una patria ideal de almas sin patria; no, no será la Universidad una persona destinada a no separar los ojos del telescopio o del microscopio, aunque en torno de ella una nación se desorganice; no la sorprenderá la toma de Constantinopla discutiendo sobre la naturaleza de la luz del Tabor.

Me la imagino así: un grupo de estudiantes de todas las edades sumadas en una sola, la edad de la plena aptitud intelectual, formando una personalidad real a fuerza de solidaridad y de conciencia de su misión, y que, recurriendo a toda fuente de cultura, brote de donde brotare, con tal que la linfa sea pura y diáfana, se propusiera adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber. El telescopio, al cielo nuestro, sumario de asterismos prodigiosos en cuyo negror, hecho de misterio y de infinito, fulguran a un tiempo el septentrión, inscribiendo eternamente el surco ártico en derredor de la estrella virginal del polo, y los diamantes siderales que clavan en el firmamento la Cruz austral; el microscopio, a los gérmenes que

bullen invisibles en la retorta del mundo orgánico, que en el ciclo de sus transformaciones incesantes hacen de toda existencia un medio en que efectuar sus evoluciones, que se emboscan en nuestra fauna, en nuestra flora, en la atmósfera en que estamos sumergidos, en la corriente de agua que se desliza por el suelo, en la corriente de sangre que circula por nuestras venas, y que conspiran con tanto acierto como si fueran seres conscientes, para descomponer toda vida y extraer de la muerte nuevas formas de vida.

Toda ella se agotaría probablemente en nuestro planeta antes de que la ciencia apurase la observación de cuantos fenómenos nos particularizan y la particularizasen a ella. Nuestro subsuelo, que por tantos capítulos justifica el epíteto de "nuevo" que se ha dado a nuestro mundo; las peculiaridades de la conformación de nuestro territorio constituido por una gigantesca herradura de cordilleras que, emergida del océano en plena zona tórrida, la transforma en templada y la lleva hasta la fría y la sube a buscar la diadema de nieve de sus volcanes en plena atmósfera polar, y allí, en esas altitudes, colmado del arco interno de la herradura por una rampla de altiplanicies que va muriendo hacia el norte, nos presenta el hecho, único quizá en la vida étnica de la tierra, de grandes grupos humanos organizándose y persistiendo en existir, y evolucionando y llegando a constituir grandes sociedades, y una nación resuelta a vivir, en una altitud en que, en otras regiones análogas del globo, o los grupos humanos no han logrado crecer, o no han logrado fijarse, o vegetan incapaces de llegar a formar naciones conscientes y progresivas.

Y lo que presenta un interés extraordinario es que, no sólo por esas condiciones el fenómeno social y, por consiguiente, el económico, el demográfico y el histórico tienen aquí formas ***sui generis,*** sino los otros

fenómenos, los que se producen más ostensiblemente dentro de la uniformidad fatal de las leyes de la naturaleza: el fenómeno físico, el químico, el biológico obedecen aquí a particularidades tan íntimamente relacionadas con las condiciones meteorológicas y barológicas de nuestro habitáculo, que puede afirmarse que constituyen, dentro del inmenso imperio del conocimiento, una provincia no autonómica, porque toda la naturaleza cabe dentro de la cuadrícula soberana de la ciencia; pero sí distinta, pero sí característica.

Y si de la naturaleza pasamos al hombre, que, cierto, es un átomo, pero un átomo que no sólo refleja al universo, sino que piensa, ¡qué tropel de singularidades nos salen al encuentro! ¿Aquí habitó una raza sola? ¿Las diferencias, no estructurales, pero sí morfológicas de las lenguas habladas aquí, indican procedencias distintas en relación con una diversidad, no psicológica, pero sí de configuración y de aspecto de los habitantes de estas comarcas?: Si no es un centro de creación este nuestro continente, ¿a dónde está la cepa primera de estos grupos? ¿hay acaso una unidad latente de este grupo humano que corre, a lo largo de los meridianos, de un polo a otro? Estos hombres que construyeron pasmosos monumentos en medio de ciudades al parecer concebidas por un solo cerebro de gigante y realizadas por varias generaciones de vencidos o de esclavos de la pasión religiosa, servidores de una idea de dominación y orgullo, pero convencidos de que servían a un dios, también erigieron en sus cosmogonías y teogonías monumentos espirituales más grandes que los materiales; como que tocan por sus cimas, abigarradas al igual de las de sus teocalis, a los problemas eternos, esos en presencia de los cuales el hombre no es más que el hombre, en todos los climas y en todas las razas; es decir, una interrogación ante la noche. ¿Quiénes eran estos

hombres, de dónde vinieron, en dónde están sus reliquias vivas en el fondo de este mar indígena sobre que ha pasado desde los tiempos prehistóricos el nivel de la superstición y de la servidumbre; pero que nos revela, de cuando en cuando, su formidable energía latente con individualidades cargadas de la electricidad espiritual del carácter y la inteligencia?

Y la historia del contacto de estas que nos parecen extrañas culturas aborígenes, con los más enérgicos representantes de la cultura cristiana, y la extinción de la cultura, aquí en tan múltiples formas desarrolladas, como efecto de ese contacto hace cuatrocientos años comenzado y que no acaba de cunsumarse, y la persistencia del alma indígena copulada con el alma española, pero no identificada, pero no fundida, ni siquiera en la nueva raza, en la familia propiamente mexicana, nacida, como se ha dicho, el primer beso de Hernán Cortés y la Malintzin; y la necesidad de encontrar en una educación común la forma de esa unificación suprema de la patria; y todo esto estudiado en sus consecuencias, en las series de fenómenos que determinan nuestro estado social, ¡qué profusión de temas de estudio para nuestros obreros intelectuales, y qué riqueza para la ciencia humana podrá extraerse de esos filones, aún ocultos, de revelaciones que abarcan toda la rama del conocimiento de que el hombre es sujeto y objeto a la vez!

Realizando esta obra inmensa de cultura y de atracción de todas las energías de la República, aptas para la labor científica, es como nuestra institución universitaria merecerá el epíteto de ***nacional*** que el legislador le ha dado; a ella toca demostrar que nuestra personalidad tiene raíces indestructibles en nuestra naturaleza y en nuestra historia; que, participando de los elementos de otros pueblos americanos,

nuestras modalidades son tales, que constituyen una entidad perfectamente distinta entre las otras y que el ***tantum sui simile gentem*** de Tácito puede aplicarse con justicia al pueblo mexicano.

Para que sea no sólo mexicana, sino humana esta labor, en que no debemos desperdiciar un solo día del siglo en que llegará a realizarse, la Universidad no podrá olvidar, a riesgo de consumir, sin renovarlo, el aceite de su lámpara, que le será necesario vivir en íntima conexión con el movimiento de la cultura general; que sus métodos, que sus investigaciones, que sus conclusiones no podrán adquirir valor definitivo mientras no hayan sido probados en la piedra de toque de la investigación científica que realiza nuestra época, principalmente por medio de las universidades. La ciencia avanza, proyectando hacia adelante su luz, que es el método, como una teoría inmaculada de verdades que va en busca de la verdad; debemos y queremos tomar nuestro lugar en esa divina procesión de antorchas.

La acción educadora de la Universidad resultará entonces de su acción científica; haciendo venir a ella grupos selectos de la intelectualidad mexicana y cultivando intensamente en ellos el amor puro de la verdad, de tesón de la labor cotidiana para encontrarla, la persuasión de que el interés de la ciencia y el interés de la patria deben sumarse en el alma de todo estudiante mexicano, creará tipos de caracteres destinados a coronar, a poner el sello a la obra magna de la educación popular que la escuela y la familia, la gran escuela del ejemplo, cimentan maravillosamente cuando obran de acuerdo. Emerson, citado por el conspicuo presidente de Columbia University, dice: "la cultura consiste en sugerir al hombre, en nombre de ciertos principios superiores, la idea de que hay en él una serie de afinidades que le sirven para moderar la violencia de notas maestras que disuenan en

su gama, afinidades que nos son un auxilio contra nosotros mismos. La cultura restablece el equilibrio, pone al hombre en su lugar entre sus iguales y sus superiores, reanima en él el sentimiento exquisito de la simpatía y le advierte, a tiempo, del peligro de la soledad y de los impulsos antipáticos". Y esta sugestión de que habla el gran moralista norteamericano, esta sugestión de principios superiores, de ideas justas transmutables en sentimientos altruístas, es obra de todos los hombres que tienen voz en la historia, que adquieren voto decisivo en los problemas morales que agitan una sociedad; de estos hombres que, sin saberlo, desde su tumba o desde su escritorio, su taller, su campamento o su altar, son verdaderos educadores sociales: Víctor Hugo, Juárez, Abraham Lincoln, León Gambetta, Garibaldi, Kossut, Gladstone, León XIII, Emilio Castelar, Sarmiento, Bjoernson, Karl Marx, para hablar sólo de los vivos de ayer, influyen más y sugieren más a las democracias en formación de nuestros días, que todos los tratados de moral del mundo.

Esta educación difusa y penetrante del ejemplo y la palabra, que satura de ideas-fuerzas la atmósfera de la vida nacional durante un período de tiempo, toca a la Universidad concentrarla, sistematizarla y difundirla en acción; debe esforzarse en presentar encarnaciones fecundas de esos principios superiores de que Emerson habla; debe realizar la ingente labor de recibir en los umbrales de la escuela, en que el maestro ha logrado crear hábitos morales y físicos que orientan nuestros instintos hacia lo bueno, al niño que va a hacer de sus instintos los auxiliares constantes de su razón al franquear la etapa decisiva de la juventud y que va a adquirir hábitos mentales que lo encaminen hacia la verdad, que va a adquirir hábitos estéticos que lo hagan digno de apropiarse la exclamación de Agripa d'Aubigné:

¡Oh celeste beauté

Blanche fille du ciel, flambeau d 'eternité!

Cuando el joven sea hombre, es preciso que la Universidad o lo lance a la lucha por la existencia en un campo social superior, o lo levante a las excelsitudes de la investigación científica; pero sin olvidar nunca que toda contemplación debe ser el preámbulo de la acción; que no es lícito al universitario pensar exclusivamente para sí mismo, y que, si se pueden olvidar en las puertas del laboratorio al espíritu y a la materia, como Claudio Bernard decía, no podremos moralmente olvidarnos nunca ni de la humanidad ni de la patria.

La Universidad entonces tendrá la potencia suficiente para coordinar las líneas directrices del carácter nacional, y delante de la naciente conciencia del pueblo mexicano mantendrá siempre alto, para que pueda proyectar sus rayos en todas las tinieblas, el faro del ideal, de un ideal de salud, de verdad, de bondad y de belleza; esa es la antorcha de vida de que habla el poeta latino, la que se transmiten en su carrera las generaciones.

¿Tenemos una historia? No. La Universidad mexicana que nace hoy no tiene árbol genealógico; tiene raíces, sí; las tiene en una imperiosa tendencia a organizarse, que revela en todas sus manifestaciones la mentalidad nacional, y por eso, apenas brota del suelo el vástago, cuando al primer beso del sol de la patria se cubre de renuevos y yemas, nuncios de frondas, de flores, de frutos. Ya es fuerte, lo sentimos: ***fará da se.*** Si no tiene antecesores, si no tiene abuelos, nuestra Universidad tiene precursores: el gremio y claustro de la Real y Pontificia Universidad de México no es para nosotros el antepasado, es el pasado. Y, sin embargo, la recordamos con cierta

involuntaria filialidad; involuntaria, pero no destituída de emoción ni interés. Nació con la Colonia, nació con la sociedad engendrada por la conquista, cuando no tenía más elementos que aquellos que los mismos conquistadores proporcionaban o toleraban; hija del pensamiento del primer virrey, el magnánimo don Antonio de Mendoza, y del amor infrangible por el país nuevo del santo padre Las Casas, no pudo venir a luz sino cuando fueron oídos los votos del Ayuntamiento de México, ardientemente secundados por otro gran virrey que mereció de sus coetáneos el sobrenombre de padre de la patria. A corta distancia de este sitio se erigió una gran casa blanca, decorada de amplias rejas de hierro vizcaíno, a orillas de uno de esos interminables canales que recorrían en todas direcciones la flamante Ciudad y que, pasando por frente de las casas del marqués (hoy Palacio Nacional), corría a buscar salida por las acequias que cruzaban, como en los tiempos aztecas, la capital de Cortés. Los indígenas que bogaban en sus luengas canoas planas, henchidas de verduras y flores, oían atónitos el tumulto de voces y el bullaje de aquella enorme jaula en que magistrados y dignidades de la Iglesia regenteaban cátedras concurridísimas, donde explicaban densos problemas teológicos, canónicos, jurídicos y retóricos, resueltos ya, sin revisión posible de los fallos, por la autoridad de la Iglesia.

Nada quedaba que hacer a la Universidad en materia de adquisición científica; poco en materia de propaganda religiosa, de que se encargaban con brillante suceso las comunidades; todo en materia de educación, por medio de selecciones lentas en el grupo colonial. Era una escuela verbalizante; el "psitacismo", que dice Leibnitz, reinaba en ella. Era la palabra y siempre la palabra latina, por cierto, la lanzadera prestigiosa que iba y venía sin cesar en aquella urdimbre

infinita de conceptos dialécticos: en las puertas de la Universidad, podíamos decir de las universidades, hubiera debido inscribirse la exclamación de Hamlet: "palabras, palabras, palabras". Pero la Universidad mexicana, rodeada de la muralla de China por el Consejo de Indias elevada entre las colonias americanas y el exterior; extraña casi por completo a la formidable remoción de corrientes intelectuales que fue el Renacimiento; ignorante del magno sismo religioso y social que fue la Reforma, seguía su vida en el estado en que se hallaban un siglo antes las universidades cuatrocentistas. ¿Qué iba a hacer? El tiempo no corría para ella, estaba emparedada intelectualmente; pero como quería hablar, habló por boca de sus alumnos y maestros, verdaderos milagros de memorismo y de conocimiento de la técnica dialectizante.

Así pasó su primer siglo, ya dueña de amplio y noble edificio que nos hemos visto obligados a derruir para liberarlo de la ruina, cuando daba abrigo a nuestra Escuela Nacional de Música, con ánimo de restaurarlo, en no lejano tiempo, con su característico tipo arquitectónico y las elegancias artísticas de piedra y madera que lo decoraban y que nosotros guardamos cuidadosamente. La Universidad de Salamanca, que hoy apadrina nuestra Universidad naciente, le dio el tipo de sus constituciones, que pronto quedaron semiasfixiadas por disposiciones parásitas, hasta que se proyectó en sus claustros la noble y batalladora sombra del obispo Palafox, que lo redujo todo a reglamentos, bien nimios en verdad, pero bien claros y que fueron la norma definitiva de aquella casa de estudios en que la Nueva España intelectual cifró su orgullo, hasta que aparecieron en el horizonte los terribles rivales, los que ***ad majorem Dei gloriam*** iban a monopolizar toda la educación católica.

Nos envanecemos con razón de nuestros maravillosos inventos, de nuestros descubrimientos de inimaginable trascendencia; nos estamos encarando con el universo en todas sus sombras; perseguimos el misterio de todas las cosas, hasta en los círculos más retirados de la noche del ser; pedimos a la ciencia al última palabra de lo real, y nos contesta y nos contestará siempre con la penúltima palabra, dejando entre ella y la verdad absoluta que pensamos vislumbrar, toda la inmensidad de lo relativo. En este dominio, cuánto han pululado los hechos nuevos, los fenómenos impensados, las sorpresas de la naturaleza solicitada con ansiedad premiosa por la mente armada de un instrumento superior a la brújula para encontrar nuevos mundos: armada del ***método***. El actual período de la revelación humana hace juego con el de la revelación divina, de donde, después del triunfo del cristianismo militante, convertido en catolicismo, nacieron los siglos píos de las órdenes monacales, de los papas teócratas, de las cruzadas y de la escolástica. Aquél, el periodo medieval, venía de la cruz, del templo, de Dios, y viajó siglos enteros a través del pensamiento, y se perdió en formidable laberinto teológico en busca de la unión metafísica entre las reglas de la conducta humana y la idea divina; buscaba al hombre con la linterna escolástica, cuando la esplendente aurora del Renacimiento apagó la linterna y mostró al hombre: de este hombre compuesto de pasiones, odios y amores, de atracciones y repulsiones, pero reducido por la razón, no por la fe, a una unidad armónica tal como la filosofía pagana lo había concebido, la ciencia nueva partió. Vosotros conocéis los episodios de este periplo asombroso en torno de la verdad por los mares sin playas de que, en visión desoladora, habla Littré; la ciencia, la nueva revelación se atreve a navegar en ellos, rumbo a montañas cada vez más altas, coronadas

de misterioso fulgor: al columbrarlas uno de los primates de la ciencia, el eminente físico inglés Thomson, exclamaba ayer en una asamblea de sabios: "¡Grandes son las obras del Señor!" ¿Será que la ciencia del hombre es un mundo que viaja en busca de Dios?

Pues bien, todos los descubrimientos, incontables ya, que en ese viaje ha logrado la ciencia; las aplicaciones y modalidades de la energía eléctrica que se va convirtiendo a los ojos del filósofo en una suerte de alma del universo, delante de la cual la materia y el éter parecen simples conceptos de nuestra mente; los que han mostrado la manera de retener en un hilo de cobre un mundo de sonidos que desaparecen con un simple contacto metálico; los que han hecho venir al objetivo del telescopio fotográfico miríadas de astros escondidos en la sombra que hasta hace pocos años un poeta habría calificado de eterna, y los que han traído al ojo del microscopio la inimaginable cantidad de nebulosas orgánicas que componen lo infinitamente pequeño y se descomponen en individuos mejor dotados para propagar la muerte que Atila, Tamerlán o Ahuítzotl; y los que han hallado en los rayos Roentgen, en las propiedades del ***radium*** y en la radioactividad de los cuerpos una tentación premiosa para agregar al mundo visible otro mundo insospechado y que podríamos llamar sobrenatural, si la naturaleza nos fuera realmente conocida; toda esa especie de remoción del cosmos efectuada desde el fondo del laboratorio, que despierta cada día de labor y de observación la forma nueva de una fuerza latente, de donde surgen sin solución de continuidad los fenómenos analizables, clasificables por los procedimientos de la ciencia, que es a modo de inflexible pauta aplicada por nuestro espíritu a la tela sin fin de los seres; todo esto no puede compararse en trascendencia para la humanidad, en influencia sobre el destino del ser humano,

a la invención de la imprenta y al descubrimiento de la América en el siglo XV, así como estos hallazgos resultan insignificantes al lado de la producción voluntaria del fuego, sin el cual el hombre habría sucumbido en los albores del período cuaternario.

La imprenta engendró al libro, que puso al espíritu en contacto consigo mismo, y el descubrimiento de América completó a la humanidad, que se sentía deficiente, y reemplazó la fe teológica con la fe científica. De entrambas nació la edad moderna: de entrambas nació la Universidad de México que, con la de Lima, constituye la primera tentativa de los monarcas españoles para dar alas al alma americana, que comenzaba a formarse dolorosamente.

La parlante casa de estudios no fue un puerto para las naves que se atrevían a surcar los mares nuevos del intelecto humano en el Renacimiento; no, ya lo dijimos, la base de la enseñanza era la escolástica, en cuyas mallas se habían vuelto flores de trapo las doctrinas de los grandes pensadores católicos que, con Tomás de Aquino y Vives, habían desaparecido de la escena, que quedó vacía hasta el cardenal Newman, no de inteligencia y sentimiento místico, que fueron siempre exuberantes, sino de genuina creación filosófica. Deduciendo siempre de los dogmas, superiores o extraños a la razón, o de los comentarios de los Padres, y peritísimos en recetas dialécticas o retóricas, los maestros universitarios, aquí como en la vieja España, hacían la labor de Penélope y enseñaban cómo se podía discurrir indefinidamente siguiendo la cadena silogística para no llegar ni a una idea nueva ni a un hecho cierto; aquello no era el camino de ninguna creación, de ninguna invención: era una telaraña oral hecha de la propia substancia del verbo, y el ***quod erat probandum*** no probaba sino lo que ya lo estaba en la proposición original. Y esta técnica era la que

se aplicaba a los estudios canónicos, jurídicos, médicos y filosóficos; como que la teología hablaba cual ama y señora, y como ciencias esclavas las otras.

Ya podían resultar, como resultaron, universitarios que eran prodigios razonantes de memoria y de silogística, entre profesores y alumnos de la Universidad; aquel organismo se convirtió en un caso de vida vegetativa y después en un ejemplar del reino mineral: era la losa de una tumba; el epitafio lo ha escrito el padre Agustín Rivera en la *Historia de la Filosofía en la Nueva España.*

En vano el obispo Palafox, lleno de inquina contra la Compañía de Jesús, intentó en el siglo XVII galvanizar aquel cadáver; pronto volvió a la impotencia, a la atonía, a la descomposición. La educación jesuítica, radicalmente imperfecta como es, porque basa toda la educación del carácter en la obediencia ciega y muda, y porque hace del conocimiento de los clásicos latinos la parte principal de la enseñanza, sin poder penetrar en la verdadera alma clásica, que fue la del Renacimiento, por ellos anatematizada, estuvo en México en manos de hombres de soberana virtud, tan cultos en su época, tan humanos, tan abnegados como misioneros, tan dúctiles como cortesanos, tan tolerantes en el sentido social del vocablo, tan penetrantes psicólogos y tan empeñados en levantar el alma mexicana, que la Universidad entró en un rápido ocaso de luna en presencia de aquel sol moral y mental que le nacía enfrente. Fue irremediable su decadencia hasta como escuela para formar clérigos; pronto los seminarios conciliares, nacidos de las prescripciones tridentinas y ajustados a ellas, hicieron a la Universidad una competencia muy práctica y eficaz; los grados fueron poco a poco un honor despreciado, un modo de proporcionar recursos a los viejos doctores universitarios. Ni siquiera la expulsión de

los jesuitas, decretada por Carlos III, sirvió a la Universidad, dejándole el campo libre; ni siquiera pudo así atraerse a la clientela criolla, que pertenecía por completo a los padres expulsados, reanimando su enseñanza; nada; fue muy lenta, pero irremediable, su agonía. No supo, ni habría podido quizás, abrir una puerta al espíritu nuevo y renovar su aire y reoxigenar su viejo organismo que tendía a convertirse en piedra; no lo supo, y fueron los seminarios los que prepararon el espíritu de emancipación filosófica, obligando a sus alumnos a conocerlo en las refutaciones que de él se hacían, o en algunos libros clandestinamente importados en las aulas; y fueron los seminarios y no la Universidad los que cultivaron silenciosamente las grandes almas de los insurgentes de 1810, en las que, por primera vez, la patria fue.

Cuando los beneméritos próceres que en 1830 llevaron al gobierno la aspiración consciente de la Reforma, empujaron las puertas del vetusto edificio, casi no había nadie en él, casi no había nada. Grandes cosas vetustas, venerables unas, apolilladas otras; ellos echaron al cesto las reliquias de trapo, las borlas doctorales, los registros añejos en que constaba que la Real y Pontificia Universidad no había tenido ni una sola idea propia, ni realizado un solo acto trascendental a la vida del intelecto mexicano; no había hecho más que argüir y redargüir en aparatosos ejercicios de gimnástica mental, en presencia de arzobispos y virreyes durante trescientos años.

No puede, pues, la Universidad que hoy nace, tener nada de común con la otra; ambas han fluido del deseo de los representantes del Estado de encargar a hombres de alta ciencia de la misión de utilizar los recursos nacionales en la educación y la investigación científicas, porque ellos constituyen el órgano más adecuado a estas funciones,

porque el Estado ni conoce funciones más importantes, ni se cree el mejor capacitado para realizarlas. Los fundadores de la Universidad de antaño decían: "la verdad está definida, enseñadla"; nosotros decimos a los universitarios de hoy: "la verdad se va definiendo, buscadla". Aquéllos decían: "sois un grupo selecto encargado de imponer un ideal religioso y político resumido en estas palabras: Dios y el Rey". Nosotros decimos: "sois un grupo de perpetua selección dentro de la substancia popular, y tenéis encomendada la realización de un ideal político y social que se resume así: democracia y libertad".

Para llegar más brevemente, no a realizar sus fines, porque la historia del pensamiento humano prueba que no se realizan nunca, aunque se vayan realizando todos los días, sino a hacerse dueño de los medios de realizarlos, el legislador ha querido reducir, para intensificarla, la acción directa de la nueva institución. No por esto, sin embargo, la hemos creado extraña a toda injerencia en la educación primaria, la más fundamental, la más necesariamente nacional; pero esa injerencia no podía pasar del límite de la información precisa venida por el conducto más autorizado. No podía pasar de allí, porque consta en nuestras leyes el acuerdo entre el pueblo y el gobierno para reservar a éste cuanto a la primera educación se refiere. Este acuerdo es indiscutido, y nosotros los mexicanos lo consideramos indiscutible; pertenece al orden político: consiste en que, penetrados hondamente del deber indeclinable de transformar la población mexicana en un pueblo, en una democracia, nos consideramos obligados a usar directa y constantemente del medio más importante de realizar este propósito, que es la escuela primaria. Todos los demás medios coadyuvan; no hay uno solo de cuantos significan paz, progreso, que no sea educador, porque no hay uno solo que no acerque a los pueblos

y propague el amor al trabajo y facilite la marcha de la escuela; pero ésta, que sugiere hábitos, que trata de convertir la disciplina externa en interna, que unifica la lengua, levantando una lengua nacional sobre el polvo de todos los idiomas de cepa indígena, creando así el elemento primordial del alma de la nación; esta escuela, que prepara sistemáticamente en el niño al ciudadano, iniciándolo en la religión de la patria, en el culto del deber cívico; esta escuela forma parte integrante del Estado, corresponde a una obligación capital suya, la considera como un servicio público, es el Estado mismo en función del porvenir.

Tal es la razón primera de nuestro sistema y tal es la de haber mantenido fuera del alcance universitario a las escuelas normales, a pesar de que no ignoramos la tendencia actual de substituir a la enseñanza normal por una enseñanza pedagógica universitaria. No sé cuáles resultados produciría en otras partes; aquí sí indicamos de desastroso régimen semejante, en el momento actual de nuestro desenvolvimiento escolar.

La Universidad está encargada de la educación nacional en sus medios superiores e ideales; es la cima en que brota la fuente, clara como el cristal de la fuente horaciana, que baja a regar las plantas germinadas en el terruño nacional y sube en el ánima del pueblo por alta que éste la tenga puesta. En tanto, todo aquello que forma parte de disciplinas concretas y utilitarias ligadas con el desenvolvimiento de necesidades de que depende en parte la vida actual del Estado, como las enseñanzas comerciales e industriales, materia de futuras universidades; todo lo que es necesario proteger perseverantemente en el orden económico, porque lo tenue de la ambiencia en que evoluciona exige la creación temporal de medios facticios favorables a

esa evolución que tenemos por indispensable en la cultura nacional—me refiero a las enseñanzas estéticas—, quedan en nuestro plan pedagógico en su situación actual, también en la íntima dependencia del Estado.

Así, pues, la Universidad nueva organizará su selección en los elementos que la escuela primaria envíe a la secundaria; pero ya aquí los hará suyos, los acendrará en fuertes crisoles, de donde extraerá al fin el oro que en medallas grabadas con las armas nacionales, pondrá en circulación. Esa enseñanza secundaria está organizada, aquí y en casi toda la República, con una doble serie de enseñanzas que se suceden preparándose unas a otras, tanto en el orden lógico como en el cronológico, tanto en el orden científico como en el literario. Tal sistema es preferido al de enseñanzas coincidentes, porque nuestra experiencia y la conformación del espíritu mexicano parecen darle mayor valor didáctico; sin duda que está en cierta pugna con la actual interdependencia científica; mas su relación con la historia de la ciencia y con las leyes psicológicas que se fundan en el paso de lo más a lo menos complejo es innegable.

Sobre esta serie científica que informa el plan de nuestra enseñanza secundaria, "la serie de las ciencias abstractas" que apellida Augusto Comte, está edificado el de las enseñanzas superiores profesionales que el Estado expensa y sostiene con cuanto esplendor puede, no porque se crea con la misión de proporcionar carreras gratuitas a individuos que han podido alcanzar ese tercer o cuarto grado de la selección, sino porque juzga necesario al bien de todos que haya buenos abogados, buenos médicos, ingenieros y arquitectos; cree que así lo exigen la paz social, la salud social y la riqueza y el decoro sociales, satisfaciendo necesidades de primera importancia.

Sobre estas enseñanzas fundamos la Escuela de Altos Estudios; allí la selección llega a su término; allí hay una división amplísima de enseñanzas; allí habrá una distribución cada vez más vasta de elementos de trabajo; allí convocaremos, a compás de nuestras posibilidades, a los príncipes de las ciencias y las letras humanas, porque deseamos que los que resulten mejor preparados por nuestro régimen de educación nacional, puedan escuchar las voces mejor prestigiadas en el mundo sabio, las que vienen de más alto, las que van más lejos; no sólo las que producen efímeras emociones, sino las que inician, las que alientan, las que revelan, las que crean. Esas se oirán un día en nuestra escuela; ellas difundirán el amor a la ciencia, amor divino, por lo sereno y puro, que funda idealidades como el amor terrestre funda humanidades.

Nuestra ambición sería que en esa escuela, que es el peldaño más alto del edificio universitario, puesto así para descubrir en el saber los horizontes más dilatados, más abiertos, como esos que sólo desde las cimas excelsas del planeta pueden contemplarse; nuestra ambición sería que en esa escuela se enseñase a investigar y a pensar, investigando y pensando, y que la substancia de la investigación y el pensamiento no se cristalizase en ideas dentro de las almas, sino que esas ideas constituyesen dinamismos perennemente traducibles en enseñanza y en acción, que sólo así las ideas pueden llamarse fuerzas; no quisiéramos ver nunca en ella torres de marfil, ni vida contemplativa, ni arrobamientos en busca del ***mediador plástico;*** eso puede existir, y quizás es bueno que exista en otra parte; no allí, allí no.

Una figura de implorante vaga hace tiempo en derredor de los ***templa serena*** de nuestra enseñanza oficial: la filosofía; nada más respetable ni más bello. Desde el fondo de los siglos en que se abran las

puertas misteriosas de los santuarios de Oriente, sirve de conductora al pensamiento humano, ciego a veces. Con él reposó en el estilóbato del Partenón, que no habría querido abandonar nunca; lo perdió casi en el tumulto de los tiempos bárbaros, y, reuniéndose a él y guiándolo de nuevo, se detuvo en las puertas de la Universidad de París, el ***alma mater*** de la humanidad pensante en los siglos medios; esa implorante es la filosofía, una imagen trágica que conduce a Edipo, el que ve por los ojos de su hija lo único que vale la pena de verse en este mundo, lo que no acaba, lo que es eterno.

¡Cuánto se nos ha tildado de crueles y acaso de beocios, por mantener cerradas las puertas a la ideal Antígona! La verdad es que en el plan de la enseñanza positiva la serie científica constituye una filosofía fundamental; el ciclo que comienza en la matemática y concluye en la psicología, en la moral, en la lógica, en la sociología, es una enseñanza filosófica, es una explicación del universo; pero si como enseñanza autonómica no podíamos darle en nuestros programas su sede marmórea, nosotros, que teníamos tradiciones que respetar, pero no que continuar ni seguir; si podíamos mostrar el modo de ser del universo hasta donde la ciencia proyectara sus reflectores, no podíamos ir más allá, ni dar cabida en nuestro catálogo de asignativas a las espléndidas hipótesis que intentan explicar no ya el ***cómo*** sino el ***por qué*** del universo. Y no que hayamos adoptado un credo filosófico que fuese el ***positivismo:*** basta comparar con la serie de las ciencias abstractas propuestas por el gran pensador que lo fundó, la adoptada por nosotros para modificar este punto de vista; no, un espíritu laico reina en nuestras escuelas; aquí, por circunstancias peculiares de nuestra historia y de nuestras instituciones, el Estado no podría, sin traicionar su encargo, imponer credo alguno; deja a todos

en absoluta libertad para profesar el que les imponga o la razón o la fe. Las lucubraciones metafísicas que responden a un invencible anhelo del espíritu y que constituyen una suerte de religión en el orden ideal, no pueden ser materia de ciencia; son supremas síntesis que se ciernen sobre ella y que frecuentemente pierden con ella el contacto. Quedan a cargo del talento, alguna vez del genio, siempre de la conciencia individual; nada como esa clase de mentalismos para alzar más el alma, para contentar mejor el espíritu, aun cuando, como suele suceder, proporcionan desilusiones trágicas.

Hay, sin embargo, trabajos de coordinación, ensayos de totalización del conocimiento que sí tienen su raíz entera en la ciencia, y una sección en la Escuela de Altos Estudios los comprende bajo el título de ***filosofía***. Nosotros abriremos allí cursos de historia de la filosofía, empezando por la de las doctrinas modernas y de los sistemas nuevos o renovados desde la aparición del positivismo hasta nuestros días, hasta los días de Bergson y William James. Y dejaremos libre, completamente libre, el campo de la metafísica negativa o afirmativa, al monismo por manera igual que al pluralismo, para que nos hagan pensar y sentir, mientras perseguimos la visión pura de esas ideas eternas que aparecen y reaparecen sin cesar en la corriente de la vida mental: un Dios distinto del universo, un Dios inmanente en el universo, un universo sin Dios.

¿Qué habríamos logrado si al realizar este ensueño hubiéramos completado con una estrella mexicana un asterismo que no fulgurase en nuestro cielo? No; el nuevo hombre que la consagración a la ciencia forme en el joven neófito que tiene en las venas la savia de su tierra y la sangre de su pueblo, no puede olvidar a quién se debe y a qué pertenece; el ***sursum corda*** que brote de sus labios al pie del

altar debe dirigirse a los que con él han amado, a los que con él han sufrido; que ante ellos eleve, como una promesa de libertad y redención, la hostia inmaculada de la verdad. Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy se adore una Atena sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo, dentro de sus contornos de mármol blanco; queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas en teorías incesantes para adorar a Atena ***promakos,*** a la ciencia que defiende a la patria.

Señor Rector de la Universidad:

Al depositar en vuestras manos el gobierno universitario, el Jefe de la nación ha querido premiar una labor santa de más de medio siglo, en que habéis puesto al servicio de varias generaciones escolares no sólo vuestra inteligencia, sino vuestro corazón. No sólo habéis sido un profesor, sino un educador; no sólo habéis formado jurisconsultos, sino habéis formado hombres; sus almas eran como todas, cálices: o de arcilla, o de cristal, o de oro; en cada uno de esos cálices habéis depositado una gota de vuestra alma buena. Hoy vais a continuar vuestra obra desde más alto, dirigiendo la primera marcha de la Universidad naciente; nada olvidaréis en el desempeño de vuestra ardua y fecunda tarea: ni vuestra impecable ciencia de jurista, ni vuestro amor por el pasado, ni vuestra fe, juvenil todavía, en el progreso. Contáis para el desempeño de vuestra misión con la ardiente simpatía de tres generaciones de hombres de estudio, con el respeto de la sociedad, con la confianza del gobierno, de quien vuestro encargo rectoral os constituye en colaborador íntimo.

El pueblo de México y su gobierno, y la Universidad a cuyo nacimiento asistís como buenas hadas, señores delegados universitarios, os dan por vuestra deferencia las gracias más efusivas y os ruegan

que las transmitáis a vuestras universidades respectivas, a quienes desde hoy considerarnos como nuestras hermanas maternales, como nuestras consejeras, como nuestras amigas. Tres de entre ellas han sido llamadas, por eminentemente representativas, para apadrinar en nombre de todas, porque todas habrían merecido esta distinción, este acto que quedará marcado hondamente en los anales de la vida moral de México: la Universidad de París, la que enseñó a la Edad Media su lenguaje intelectual, la que inició la vida del pensamiento puro, alzando desde lo alto de Santa Genoveva la antorcha de Abelardo, que casi era una protesta, que era casi una herejía; la Universidad de París, la maestra universal, el ***alma mater*** de cuatro siglos de teología y filosofía, la que con su vida y su agonía larguísima y con su muerte y su transformación imperial y su espléndida resurrección de hoy, prueba que la inteligencia está condenada a eclipses y catalepsias cuando no respira su oxígeno, que es la libertad. La Universidad de Salamanca, en cuyos estatutos se sembró la planta exótica de nuestra Universidad colonial, porque representa nuestra tradición, porque en ella queremos proclamar nuestro abolengo, del que, a riesgo de ser tenidos no sólo por ingratos, sino por incapaces de sentido histórico, es decir, por incapaces de cultura, no podemos renegar, como no renunciamos tampoco a nuestro abolengo indígena, dígalo nuestro orgullo en refundir en la misma religión cívica las memorias del azteca Cuauhtémoc, del criollo Hidalgo y del zapoteca Juárez. La Universidad de California, nuestra amiga más antigua, con ser tan joven, tipo de estas instituciones tales como en América se conciben, abiertas de par en par a las corrientes nuevas, buscadoras de todas las enseñanzas, de cualquiera procedencia que sean, con tal que dejen su simiente en el suelo patrio y que, bajo la altísima dirección intelectual y moral

de su Presidente, puede tomar como lema el apotegma de William James: "La experiencia inmediata de la vida resuelve los problemas que desconciertan más a la inteligencia pura".

A estas tres universidades asociamos, en nuestro afecto y nuestra gratitud, a todas las otras que nos han enviado sus saludos de simpatía, o que han venido aquí en las personas de sus enviados.

El cerebro moderno ellas lo componen; la unidad del mundo intelectual, de la civilización humana, ellas la constituyen; la acción benéfica de la ciencia sobre el desenvolvimiento social parte de ellas, sobre todo; el día, hagamos votos porque no esté lejos, en que las universidades se liguen y confederen en la paz y el culto del ideal en el progreso, se realizará la aspiración profunda de la historia humana.

Señor Presidente de la República:

La Universidad Nacional es vuestra obra; el Estado espontáneamente se ha desprendido, para constituirla, de una suma de poder que nadie le disputaba, y vos no habéis vacilado en hacerlo así, convencido de que el gobierno de la ciencia en acción debe pertenecer a la ciencia misma. ¿Sabrá el nuevo organismo realizar su fin? Lo esperamos y lo veremos.

Mucho habéis hecho por la patria, señor; hoy el mundo contempla de cerca con qué solemne devoción os habéis puesto al frente de la glorificación de nuestro pasado, que, oscuro y triste como es, ha sido aceptado entero y sin reservas por la nación mexicana, para hacer de él nuestro blasón de honor y de gloria. Habéis sido el principal obrero de la paz; la habéis hecho en el campo, en la Ciudad y en las conciencias; la habéis incrustado en nuestro suelo con las cintas de acero de los rieles; la habéis difundido en nuestro ambiente con

el humo de nuestras fábricas, y os esforzáis con gigantesco esfuerzo en transformarla en frutos que anhelan nuestros amigos ricos y en mieses que cubran nuestras planicies, regadas ya con su maravilloso toisón de oro. Y con todo esto habéis preparado el porvenir; pero era preciso que quien tuviera conciencia de ese porvenir fuese un pueblo libre, un pueblo libre no sólo por el amor a sus derechos, sino por la práctica perseverante de sus deberes; para ello habéis incesantemente impulsado y fomentado un vasto sistema de educación nacional, matriz fecunda de las democracias vivas, y este sistema queda teóricamente coronado hoy; vuestro nombre perdurará grabado en él como oro en hierro.

Y como si mucho habéis hecho por la patria, ella, que os ha seguido siempre, que os ha apoyado siempre, que os ha creído siempre, ha hecho por vuestro prestigio y por vos más de lo que habéis hecho por ella; ella aplaude hoy esta soberana obra vuestra, segura de que será fecunda, porque fía en que todos los árboles que sembráis crecen frondosos, porque conocen el secreto del éxito constante de vuestras empresas: vuestro amor íntimo y profundo al pueblo, vuestro padre, y vuestra fe genuina e irreductible en el progreso humano.

Autopercepción intelectual de un proceso histórico[87]

José Goroztiza, Leopoldo Zea, Enríquez y otras personalidades conviviendo en un evento

Leopoldo Zea

Apuntes biográficos

Leopoldo Zea nace en un barrio de la Ciudad de México el 30 de junio de 1912. La revolución iniciada en 1910 sigue con violencia. El niño va tomando conciencia de la realidad que se vive. Es testigo de los sufrimientos de una Ciudad, tomada una y otra vez por las diversas facciones revolucionarias. Vive con la abuela; a los cuatro años, está acostumbrado a los cotidianos tiroteos. Recoge los casquillos en las calles con los que juega a los soldados. Testigo de balaceras, fusilamientos e inclusive de un hombre quemado vivo en el llano atrás de la casa donde vive. A esta visión se agrega la fantasía que le ofrece la abuela Micaela que con gran realismo le habla de brujas, fantasmas y de duendes que roban cosas y a los cuales ha hecho algún trajecillo. La vida de Micaela es

[87] El texto se encuentra escrito en tercera persona y fue publicado originalmente en *Anthropos, Revista de Documentación Científica de la Cultura*, Núm. 89, 1988, pp. 11-19.

también fabulosa. Recuerda a Benito Juárez, las guerras entre liberales y conservadores; Calpulalpan donde ella, escondida en una ventana cubierta de colchones, fue testigo de esas luchas. Recuerda la entrada de Maximiliano. Habla del abuelo Anastasio, "Tacho", Aguilar, que lucha contra los invasores incorporado a las tropas de Porfirio Díaz. La abuela es llevada al Castillo de Chapultepec donde hace costura y conoce a la emperatriz Carlota y al propio Maximiliano. La emperatriz "de los ojos idos". Allí, con otras mexicanas, espera noticias del abuelo en armas. Así, esta historia, realidad y fantasía, se mezcla con la historia viva de la Revolución que seguía cobrando vidas. Un día, en las calles de Plateros, es exhibida en un escaparate la ensangrentada ropa de Emiliano Zapata, asesinado un día antes. Después, el asesinato de Villa; Venustiano Carranza con su blanca barba y más adelante su muerte cerca de Veracruz. Después, el triunfo final de los más fuertes generales de la Revolución, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles.

La abuela logra, dentro de sus limitaciones, conseguir una beca para que el nieto haga la primaria con los hermanos La Salle. Termina la primaria en 1924. A sus fantasías se unen ahora las de sus lecturas extraescolares: Emilio Salgari, Julio Verne, Alejandro Dumas. El encuentro con el primer clásico, la ***Ilíada*** de Homero en las publicaciones populares de José Vasconcelos, Secretario de Educación de Álvaro Obregón. A continuación la lectura del resto de la biblioteca, la ***Odisea;*** la ***Eneida*** de Virgilio, la ***Divina Comedia*** de Dante, Tagore y muchos más. A éstas se unirán más tarde los clásicos de Bergua que venían de España.

En 1929 José Vasconcelos se lanza como candidato a la presidencia de la República. La Revolución va institucionalizándose bajo la férrea mano de Calles, pero no es todavía tiempo para aventuras

políticas de intelectuales. Vasconcelos fracasa y, con Vasconcelos, los sueños del joven que ha terminado la primaria y tiene que trabajar para ayudar a la abuela. Tiene 17 años y otro mundo se va abriendo a sus experiencias. La experiencia del fracaso del maestro que le había hecho conocer los clásicos.

En 1933 obtiene una plaza de mensajero en los Telégrafos Nacionales, un trabajo más entre otros muchos que ha tenido que realizar. Está en auge la dictadura del Jefe Máximo de la Revolución, Plutarco Elías Calles. Contra el maximato se enfrenta un pequeño diario, ***El Hombre Libre,*** que dirige Diego Arenas Guzmán, ya viejo revolucionario. Zea se atreve a enviarle un artículo de crítica al gobierno. Es publicado y se le llama a colaborar; escribe como Leopoldo Zea Jr., pues sabe que su padre está perdido en la revolución en algún lado. Decide algo más, reanudar sus estudios, que la pobreza de la abuela le impidió continuar. Así entra en la Secundaria Nocturna para luego pasar a la Escuela Nacional Preparatoria de la Universidad Nacional Autónoma de México. Para estudiar debe hacer su trabajo como mensajero en horarios fijos por las mañanas. Una y otra vez debe solicitar que no se le cambie de turno.

En 1934 Lázaro Cárdenas es elegido presidente de la República. Dos años después, el Jefe Máximo, Plutarco Elías Calles, es expulsado del país terminando su dictadura. Zea sigue escribiendo en el diario de oposición. Allí denuncia los abusos que se cometen con los aspirantes a mensajeros que, como él, deben esperar la vacante oportuna para poder ingresar. Hace la denuncia y envía su renuncia al puesto de mensajero. El Director de Correos y Telégrafos le hace llamar y le informa que el presidente Lázaro Cárdenas, habiéndose enterado de los abusos, ha puesto término a los mismos otorgando plazas

definitivas a los 50 aspirantes. Le dice, igualmente, que no se acepta su renuncia y que, por el contrario, puede entrar como oficial de reparto en la administración. Es la oportunidad para seguir estudiando. Pide el puesto de despachador nocturno. Un día entra al trabajo a las ocho de la noche para salir a las doce; otro de las ocho de la noche hasta el amanecer y otro de descanso absoluto. Esto le permite inscribirse en 1936 en la Facultad de Derecho por las mañanas y en la Facultad de Filosofía y Letras por las tardes. Lo primero garantizaría su subsistencia, lo segundo para seguir su vocación que apunta a las Letras.

En los cursos de Letras conoce a Rubén Salazar Mallén de Literatura española, quien promete un curso monográfico sobre Pío Baroja y a continuación otro sobre Valle Inclán. Al siguiente año, José Ortega y Gasset. El filósofo Samuel Ramos, ofrece también, en 1939, un curso sobre Ortega, y Zea se inscribe en el mismo. La filosofía que le había parecido tediosa en los cursos de la Preparatoria le entusiasma en la obra de Ortega. La guerra civil española va a definir su vocación con la llegada a México, en 1938, de un grupo de intelectuales españoles, de transterrados, que Lázaro Cárdenas recibe en la que se llamara Casa de España en México y más tarde, a propuesta de José Gaos, El Colegio de México. Zea se inscribe en los cursos de José Gaos, Luis Recaséns Siches, Joaquín Xirau, Juan Roura Parella y José Medina Echeverría.

La Guerra Civil Española había causado un fuerte impacto en Leopoldo Zea que ya tiene 24 años. Está presente en todos los actos que se realizan en México en apoyo a la República, y estuvo a punto de embarcarse en uno de los barcos mexicanos que envía Cárdenas con armamento a España. No le aceptan por ser desconocido para los organizadores del reclutamiento. El barco fue detenido en aguas

españolas por la marina de Franco. La aventura había terminado mal.

En México, en la Facultad de Filosofía y Letras, recibe la enseñanza de los filósofos españoles en el transtierro. Luis Recaséns Siches es el primero que se fija en Zea por un trabajo que titulara "¿Qué pasaría si fuésemos inmortales?". José Gaos lo recibe en su curso de Introducción a la Filosofía, Zea escribe sobre Heráclito y la metáfora de Aristóteles. Gaos pide en una de sus clases que se identifique. Zea lo hace. "¿Ha estudiado usted en España?", pregunta Gaos. "No, nunca he salido de la Ciudad de México." "Es extraño, su trabajo sobre Heráclito coincide con una de las lecciones de Xavier Zubiri, que no se ha publicado. ¿Cómo explicar esta coincidencia si no ha estado en España ni conoce a Zubiri?" Zea le explica que quizá porque ha estudiado y estudia a Ortega y Gasset, eso pueda explicar la coincidencia. "¿Qué hace usted Zea?", preguntó Gaos. Este le explica que trabaja por la noche y descansando un día de cada tres. "¡Pero eso no podrá durar mucho! ¡Hay que hacer algo por usted antes de que sea tarde!" Pocos días después, Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, presidente y secretario de La Casa de España en México, llaman a Zea y le indican que ha sido recomendado por Gaos para una beca que en calidad de prueba hará en esa institución. Pero debe renunciar a Telégrafos y dejar Derecho para dedicarse en exclusiva a la filosofía bajo la tutoría de José Gaos. Zea acepta de inmediato, Cosío Villegas le pide que lo piense mejor. "Si fracasa usted se va a morir de hambre." Zea insiste. Y así se convierte en el primer becario de La Casa de España en México, después El Colegio de México.

Bajo la tutoría de Gaos va a elaborar su tesis de maestría v después la de doctorado. "¿Sobre qué quiere hacer su tesis?", pregunta Gaos. "Sobre los sofistas griegos", contesta Zea. "No dudo

que haga usted un buen trabajo, pero este tema ha sido ya agotado en Europa. ¿Por qué no busca un tema sobre la filosofía en México, más al alcance de su mano y en el cual podrá ofrecer algún aporte?" Zea acepta y decide hacerlo sobre el positivismo en México. En 1943 se le otorga la maestría por la primera parte del trabajo. En 1944 el doctorado por la segunda parte, que además se hace merecedora al ***Magna Cum Laude***. Zea sigue tanto a los maestros españoles como a los mexicanos: Antonio Caso, Samuel Ramos y Eduardo García Márquez. En 1942 entra como profesor de introducción a la filosofía en la Escuela Nacional Preparatoria. En 1943 hay una vacante como profesor de psicología de la adolescencia en la Facultad de Filosofía y Letras. Maquinaciones confesionales le impiden entrar. En 1944 una reforma total cambia el orden universitario. Alfonso Caso, arqueólogo y antropólogo, hermano de Antonio Caso, es el rector interino que se encarga de la reforma universitaria. Terminada, llama a Zea y le dice: "Mi hermano Antonio me ha pedido que le ofrezca a usted la cátedra de filosofía de la historia que él dictó y a la cual ha renunciado. Si acepta entrará por la puerta grande a la Facultad a la que una maquinación le impidió ingresar antes". "Déjeme hablar con el maestro Caso, es para mí una responsabilidad que me aterra . " Antonio Caso insiste ante el propio Zea. "Usted aprenderá como yo aprendí: en la cátedra." Zea acepta y se hace cargo en 1944 de la cátedra de filosofía de la historia de la Facultad de Filosofía y Letras. El Consejo Universitario le exime de la oposición.

José Gaos considera que Zea debe continuar lo iniciado con ***El positivismo en México*** en el campo de la historia de las ideas, abarcando ahora a toda la América Latina. Esta oportunidad surge de la visita a México de William Berrien de la Universidad de Harvard y de la

Fundación Rockefeller. Alfonso Reyes discute con él un reciente libro de Rex Crawford, titulado ***A Century of Latinoamerican Thought.*** "Lleno de errores", dice Reyes. "Hagan ustedes algo semejante y no critiquen", contesta Berrien. "Tenemos un candidato para hacerlo —dice Reyes—, un discípulo de Gaos." "Bien, hablaré con él." Por esos días Zea, que contribuye desde 1942 en la revista ***Cuadernos Americanos,*** publica un trabajo que titula "Las dos Américas". comparando la América sajona y la latina. "Cuenta y medida" es lo que caracteriza a la América sajona. Cosío Villegas que conoce el artículo, se indigna y llama a Zea diciéndole: "Mientras El Colegio trata de obtenerle una beca para que conozca la América Latina y continúe los trabajos iniciados con ***El positivismo en México,*** usted publica este estúpido artículo". Berrien habla con Zea. Le pregunta, "¿Conoce usted los Estados Unidos?" "No, casi no he salido de la Ciudad de México." "Bueno, voy a hacer le concedan la beca, pero usted irá por seis meses a los Estados Unidos, donde existen bibliotecas con el material que necesita sobre América Latina. Después conocerá usted la otra América para completar lo que le falte y entrar en contacto con quienes trabajan este tema en la región. Pero antes, a fines de junio, le espero en Harvard y me dirá qué piensa después de conocer los Estados Unidos." Puntualmente asiste Zea a la cita con el maestro estadounidense, que le preguntó "¿Sigue usted pensando que lo central en los Estados Unidos es cuenta y medida?". "Sí", le contestó, y le expuso lo que había visto a lo largo de su visita por el sur de Estados Unidos, Washington, Nueva York, Nueva Inglaterra y Chicago. "Bien, tiene razón, ahora salga para la América Latina."

La beca iniciada en 1945, con medio año en Estados Unidos y un año en la América Latina, le permitía visitar país por país de esta región y acumular material que no había encontrado en las bibliotecas

estadounidenses. El filósofo argentino, Francisco Romero, preparó su visita escribiendo a los filósofos latinoamericanos con los que Zea debería entrar en contacto. Así conoce, no sólo a Francisco Romero y a su hermano José Luis, sino también a un destacado grupo de filósofos argentinos. En Uruguay aún puede hablar con Vaz Ferreira y establecer una amistad fraterna con Arturo Ardao. En Brasil conoce a varios, entre otros a Cruz Costa. En Chile, a Enrique Molina. En Bolivia, a Guillermo Francovich; en Perú, a Francisco Miró Quesada; en Ecuador, a Benjamín Carrión; en Colombia, a Germán Arciniegas y a Danilo Cruz Vélez; en Venezuela, a Mariano Picón Salas y otros; en Cuba, a Raúl Roa y otros jóvenes. Con ellos y otros más con los que se va relacionando en nuevas visitas a la América Latina se forma el núcleo con el que se iniciará la investigación, patrocinada por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, por gestión de Silvio Zavala: la ***Historia de las ideas contemporáneas en América,*** con el apoyo de la Fundación Rockefeller y con el pie de imprenta del Fondo de Cultura Económica. Zea publica en 1949 el libro, fruto de este viaje, ***Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica,*** que luego ampliará (la última edición se publicará en España en 1976 con el título de ***El pensamiento latinoamericano)***. El viaje le permite conocer de cerca aspectos de la vida social y política de la región. Llega a la Argentina en junio de 1945, donde es testigo del nacimiento del peronismo, de las protestas universitarias y de gritos como "Alpargatas sí, libros no", "Si quiere hacer patria mate un estudiante". Se solidariza y acompaña a sus amigos argentinos en las manifestaciones de protesta. Corre, junto con Jesús Reyes Heroles, becario también, ante las cargas de la policía montada por las calles de Florida. En Brasil es testigo de la primera

caída de Getulio Vargas. Perú, Colombia, toda la región sacudida por protestas sociales y políticas.

En 1956, de regreso nuevamente a la Argentina, Francisco Romero lo presenta en la Universidad de Buenos Aires, donde dicta una conferencia, con las siguientes palabras: "El joven filósofo cuyas palabras vamos a escuchar, es una de las figuras más brillantes y más meritorias de la filosofía hispanoamericana. Estos dos adjetivos se completan para definirle, porque uno califica la profundidad y la intensidad de su meditación, y el otro, la eficacia y trascendencia de su obra, enérgicamente consagrada a servir los más altos intereses de la cultura de nuestra América. Es, además, un hombre puesto con todas las fuerzas del ánimo a la tarea de esclarecer y organizar nuestra vida espiritual, en una acción que reviste alcance continental y que, por lo mismo, es más que continental, pues contribuye al engarce de nuestra cultura en la cultura universal. En 1945 compartió con nosotros nuestras emociones. No sólo lo hemos sentido siempre cercano en la hermandad filosófica, sino que hemos percibido en él de continuo las preocupaciones del americano integral, del demócrata, del varón que nunca separa los conceptos de cultura y de libertad".

Preocupación central de Leopoldo Zea, que madura con sus experiencias nacionales y latinoamericanas, será, precisamente, la de engarzar el pensamiento o filosofía hispana, ibero o latinoamericano en el contexto del pensamiento sin más, de la filosofía como una expresión más de un quehacer que no se limita a una región de la tierra. José Gaos al comentar el libro ***Dos etapas*** de Leopoldo Zea, dice que allí se expresa una filosofía que puede ser propiamente llamada latinoamericana, filosofía original deducida de la historia de las ideas de la región, filosofía de la historia. Zea enfoca sus esfuerzos en este

sentido, publicando trabajos como ***América como conciencia,*** 1953, ***América en la historia,*** 1957, hasta llegar al que titula ***Filosofía de la historia americana,*** 1976, y su libro más reciente, ***Discurso desde la marginación y la barbarie,*** 1988. Lateralmente escribe otros muchos trabajos en donde se expresa la preocupación por insertar el filosofar y pensar de la región en la auténtica universalidad. Otra preocupación será organizar una política de la cultura que haga de estas ideas motores al servicio de la región. Así organiza en el Instituto Panamericano de Geografía e Historia el Comité de Historia de las Ideas en donde coordina los trabajos que sobre este tema se inician en la América Latina. En 1966, siendo Director de la Facultad de Filosofía y Letras, hace del Seminario de Historia de las Ideas en América, creado a su regreso de la América Latina en 1947, el meollo del Centro de Estudios Latinoamericanos, donde se inicia una carrera que comprende licenciatura, maestría y doctorado en Estudios Latinoamericanos, núcleo a su vez, de la Sociedad Latinoamericana de Estudios sobre América Latina y el Caribe (SOLAR) y que coordinará a todas las instituciones que en esta región trabajan sobre América Latina. Igualmente, la Federación Internacional de Estudios sobre América Latina y el Caribe (FIEALC). Ambas surgen de una reunión convocada por la Universidad Nacional Autónoma de México, en 1978, por recomendación de la UNESCO. Como órgano ejecutor de estas sociedades surge el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos (CCyDEL), cuya sede permanente queda en la UNAM y es encargada al propio Leopoldo Zea.

Junto con los trabajos de intención filosófica e interpretación de la realidad mexicana y latinoamericana, Zea publica en revistas y periódicos críticas sobre el sistema político mexicano. En 1954 será invitado a participar en el Partido Revolucionario Institucional (PRI)

por el Presidente del Comité Ejecutivo Regional del Distrito Federal, el licenciado Rodolfo González Guevara que llegaría a ser embajador de México en España. "Qué puedo hacer en el partido? —preguntó Zea—. No soy político y no sabría qué hacer." "Dígalo así doctor, participe en la Asamblea Regional y exponga cuál puede ser la participación del intelectual en la política." Aceptó Zea y habló ante el Ejecutivo en Pleno del Partido de la Revolución Mexicana, el 27 de noviembre de 1955. Fue ésta su primera participación política. Entre otras cosas dijo: "El intelectual no es, ni puede ser, un adorno para vestir a un determinado partido en unas determinadas circunstancias, manteniendo su calidad de intelectual". Cuando se hace tal cosa se renuncia al papel de intelectual. El intelectual debe participar, pero sin renunciar a su calidad de tal; no debe aceptar funciones que le sean ajenas aunque éstas signifiquen privilegios. "No a puestos administrativos para los cuales carezca de capacidad y sólo signifiquen un premio a supuestos servicios; no a puestos de elección popular a los cuales no pueda llegar por voluntad de sus electores como expresión del arraigo que tiene entre ellos y sus problemas, y como reconocimiento de la confianza en su capacidad para resolverlos." Algo que debe valer también para todo auténtico militante. Si no se hace esto, se dará origen a "la apatía política, [...] y detrás de esto el amargo desengaño y resentimiento contra instituciones que no siendo democráticas se presentan como tales... A la reacción no hay que combatirla fuera de la Revolución, sino dentro de ella. Reacción que en nombre de la Revolución sigue manteniendo sistemas propios de la Colonia... Es menester, digámoslo con toda claridad, un nuevo estilo de política revolucionaria".

En 1956 será invitado como editorialista al diario *Novedades* en donde mantiene la misma actitud y crítica. En 1958 fue electo Presidente de la República el licenciado Adolfo López Mateos a quien trató en el PRI. Semanas después se crea dentro del Partido el Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales (IEPES) del Partido, ofreciéndose a Zea la dirección del mismo. ¿Qué puede hacer dentro de este organismo de análisis y de estudios? El presidente López Mateos le indicó que es allí donde se podrá iniciar la democratización del partido. Se intentó de inmediato, contando con la colaboración de Rodolfo González Guevara. Intento que fracasa a pesar de la decisión del propio presidente de la República. Se considera que el pueblo mexicano no es todavía apto para participar directamente en la política nacional. Tendrá aún que delegar esta acción en sus representantes en el PRI. Zea presentó la renuncia, que no fue aceptada. Zea se negó también a aceptar una diputación o cualquier otro puesto en que no pudiese actuar como intelectual.

En 1947 el Director de la Facultad de Filosofía y Letras, el filósofo mexicano Samuel Ramos, había designado a Leopoldo Zea Secretario de la Facultad. En 1952 fue designado Director de Cooperación Intelectual de la Secretaría de Educación Pública. En 1953 el filósofo británico Arnold Toynbee, que mantenía correspondencia con Leopoldo Zea, viaja a México, y su recepción estuvo a cargo de Zea. En 1953 la UNESCO invita a Zea a visitar sus oficinas en París. A ello se agregó la invitación de Toynbee para visitar Inglaterra. Las preocupaciones de Zea para situar a la América Latina en el contexto universal encuentran mayores horizontes. En 1960, después del fallido intento democratizador dentro del PRI, Zea había sido designado por el presidente Adolfo López Mateos, Director General de Relaciones

Culturales de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Como tal visitaría varias veces Europa, llevando la Exposición de Arte Mexicano a París, Roma y Copenhague. En 1961 participa en una misión de acercamiento con los pueblos recién liberados del África. Una hermosa y larga experiencia en países del África árabe y Africa negra. En 1964 otra Misión de Amistad por el Asia. La visión de América Latina quedaba así inserta en la visión del mundo en su casi totalidad. En 1966, a instancias del Rector de la UNAM, el doctor Ignacio Chávez, renuncia a Relaciones para aceptar la Dirección de la Facultad de Filosofia y Letras, poniendo en marcha varios proyectos que simplemente habían sido enunciados. Se resistiría a nuevos puestos políticos, incluyendo embajadas. Cumplía así lo expuesto al ingresar al PRI. Una mañana de junio de 1969, día en que muere José Gaos, éste le visitó en el cubículo que tenía en El Colegio de México, alejado del traqueteo de la Dirección de Filosofía. "Usted conoce casi todo el mundo Zea —le dijo Gaos—. ¿Conoce España?" "No"—le contesta—. "¿Por qué?" "Por usted. Yo no podré ir mientras usted no pueda hacerlo." Con palabras cortantes dice Gaos, "Eso es asunto mío, no suyo. Prométame que en la primera oportunidad que tenga visitará España. España es la otra parte de la identidad que anhelosamente viene usted buscando y analizando". Zea lo promete, cumpliendo la promesa al visitar España en 1972. Después volvería varias veces, siendo testigo, en cada ocasión, de la transformación de la España a la que el maestro hubiera querido regresar.

Leopoldo Zea permanecerá definitivamente en la Universidad, en donde pondrá en marcha instituciones que afirmen la posibilidad del conocimiento de la América Latina, estimulando y coordinando actividades encaminadas en este sentido. Lo hace como Director de

la Facultad de Filosofía y Letras, 1966-1970, como Director de Difusión Cultural, 1970, de la misma Universidad, a través del Centro coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, a partir de 1979. Siempre en permanente contacto con la América Latina, pero también con otras regiones de la tierra como los Estados Unidos, Europa, Asia, África en cuyo horizonte se hace consciente la identidad de la región. Resistiendo ofrecimientos de puestos políticos y administrativos, embajadas, etcétera, que impidiesen la continuación de la obra a la que se ha entregado. Su obra encuentra, como extraordinaria compensación, el reconocimiento nacional designándole Maestro Emérito en 1970 y Doctor ***Honoris Causa*** de la Universidad Nacional Autónoma de México en 1985; y recibiendo el Premio Nacional de Ciencias y Artes (1980). Y en el exterior, los doctorados de París (1984), Moscú (1984), y el Uruguay (1985), junto con condecoraciones que reconocen su doble actividad cultural y filosófica. Legión de Honor de Francia (1964), El Sol del Perú (1966), la Orden del Libertador (1982) y la Orden Andrés Bello (1985) de Venezuela, Condecoración de Italia (1963) y Yugoslavia (1963), la Orden de Alfonso el Sabio (1985) de España. Los sueños del niño, testigo de la Revolución de su país, se plasman en otros sueños, los del mundo del que son parte México y la América Latina.

Apuntes sobre su filosofía

El meollo del pensamiento de Leopoldo Zea se encuentra en un pequeño trabajo publicado en ***Letras de México,*** número 11, 15 de noviembre de 1941: "América y su posible filosofía". Gota de agua sobre un estanque cuyas ondas se fueron extendiendo como una reflexión recurrente pero no repetitiva. En mayo-junio de 1942, en ***Cuadernos***

Americanos, la reflexión es ampliada bajo el título de "En torno a una filosofía americana", y más aún en tres conferencias pronunciadas en la Universidad de San Nicolás en Morelia, Michoacán, que El Colegio de México publicó en su *Jornada* número 9, 1947. Después se transforma en un libro cuya primera edición publica *Cuadernos Americanos* en 1953 con el título de *América como conciencia.* Reiterativamente se va ampliando la reflexión en obras como *América en la historia* (1957), *Dialéctica de la conciencia americana* (1976), *Filosofía de la historia americana* (1978) y *Discurso desde la marginación y la barbarie* (1988). Este reflexionar se alimenta en estudios sobre la historia de las ideas que se inician con *El positivismo en México* (1943-1944) y *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica* (1952), que a su vez se amplía en *El pensamiento latinoamericano* (1965). Un filosofar reiterativo pero no repetitivo. Reflexión sobre un tema que va variando de acuerdo con las circunstancias históricas que lo originan y el encuentro con corrientes filosóficas que enriquecen la reflexión.

Reflexión que se centra en una insistente pregunta: "¿Es posible hablar de una filosofía americana?". La reflexión iniciada en 1941 tiene como horizonte la Segunda Guerra Mundial cuando se van anulando valores que eran presentados como universales, dejando al hombre de esta América en plena orfandad, obligado a rehacer, reconstruir lo que parecía definitivo. Pregunta que ya se había hecho el argentino Juan Bautista Alberdi en 1842 dentro del horizonte de otra orfandad: la ruptura con el pasado colonial español y la cultura que éste había impuesto a Hispanoamérica. Interrogante que España se venía haciendo a partir del siglo XVIII sobre la posible existencia de una ciencia que pudiese ser llamada española y que Ortega y Gasset transforma en la pregunta sobre la existencia de un filosofar propio de España; filosofa el Manzanares, sobre una realidad que no podía ser eludida. La misma preocupación en España y América que se hace patente con

el éxodo de la inteligencia española a México y otros lugares de la América Hispana, por la Guerra Civil en 1936. José Gaos señala desde México la pareja preocupación en España y México. Preocupaciones semejantes originadas sobre la realidad que la sangrienta Revolución había originado en un Antonio Caso y un Samuel Ramos y, con una preocupación continental, en José Vasconcelos.

"El hombre americano —escribe Zea en 1941— se encuentra con una serie de artefactos, de ideas muertas, carentes del valor para los que fueron sus autores. Ahora tiene que elegir entre seguir prestándole fe, o entregarse al caos en que ha caído el europeo al perder la fe en sus obras, en su cultura." De allí el interrogante; habrá que reflexionar a partir de esta concreta circunstancia que es América. Pero ¿es esto filosofía? ¿Por qué para serlo han de repensarse las expresiones del considerado como filosofar por excelencia? Quiérase o no, todo filosofar acaba siendo expresión concreta de una preocupación sobre las propias e ineludibles circunstancias. "La causa —dice Zea— es algo que olvidan los pensadores de nuestros últimos tiempos. Y es la de que toda abstracción tiene como finalidad la soluci6n de problemas concretos, de problemas parciales, los problemas del llamado "hombre de la calle"." Esta visión de la filosofía es lo que José Gaos ofrece a lo largo de ***su Introducción a la filosofía*** en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, partiendo de Grecia hasta llegar a los últimos años. Curso que Zea ha ido siguiendo con atención para aplicar tal reflexión al pensamiento propio de la región, México y Latinoamérica.

Zea había sido ya motivado en esta preocupación por sus maestros mexicanos y por la lectura de José Ortega y Gasset, pero a ello se suma poderosamente la dirección de su maestro José Gaos que le hace ir a otras fuentes, como el historicismo, Karl Mainheim,

Max Scheler, William Dilthey, Husserl y Heidegger que le ofrecen instrumentos para sus preocupaciones. Dentro de esta orientación, Zea escribe su trabajo sobre ***El positivismo en México y*** a continuación ***Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica.*** Buscando lo que de original existe, aun tratando de imitar, en el pensamiento de la región. Donde lo que parecían simples "malas copias" del filosofar por excelencia, van resultando ser expresiones originales de un pensamiento que ha adoptado lo supuestamente imitado a la realidad que le presenta problemas que urge resolver. ¡Esto no es filosofía! dicen a Zea sus colegas, que nada quieren saber de temáticas que no sean las consideradas como propias del filosofar por excelencia. "Si esto no es así —contesta Zea—, peor para la filosofía."

¿Existe o es posible una filosofía americana? Pregunta cuya respuesta la da José Gaos en "Carta a Leopoldo Zea" que publica en 1950 en ***Cuadernos Americanos,*** enero-febrero, comentando el libro de Zea, ***Dos etapas***. "Usted ha podido —le dice— encuadrar el material de su investigación, porque lo ve desde la altura de una nueva filosofía de la historia de Hispanoamérica." En ella se hace patente la necesidad de "en vez de deshacerse del pasado, practicar con él una ***Aufhebung*** cuyo nombre es la primera palabra del texto de la introducción; y en vez de rehacerse según un presente extraño, rehacerse según el pasado y el presente más propios con vistas al más propio futuro [...] El sentido unitario y la significación instructiva del proceso histórico que es tema de su libro, sería lo más valioso de éste si no lo fuera lo que lo hace posible, la nueva filosofia a que acabo de aludir. Este libro de usted quedaría prendido inestablemente de su introducción, si usted, suficientemente preparado y maduro ya para ello, no procediese a desarrollar la interpretación filosófico-histórica adelantada en ella, a

llevar por su parte a plenitud la nueva filosofía iniciada [...] Por todo lo que con esto acabo de decirle, creo, querido Leopoldo, que este libro confirmará definitivamente la consideración, en que ya le tienen a usted internacionalmente, de ser uno de los maestros en materia de historia de las ideas en nuestros países, mientras espero que se le llegue a tener como uno de los maestros de la filosofía en estos países y por lo mismo sin limitaciones de lugar ni tiempo, pues cuanto más auténticas expresiones de una circunstancia son las creaciones de la cultura, tanto más significativas son para las demás circunstancias universales. Creo lo uno y espero lo otro con toda la complacencia natural en un ya antiguo y siempre amigo como usted sabe que lo es suyo."

Interpretación de la historia que, obviamente, implica una cierta idea que sobre su propia identidad tiene el hombre actor de esta historia. ¿Qué clase de hombre es éste que tiene que preguntarse sobre la posibilidad o existencia de una filosofía; sobre la posibilidad o la existencia de una literatura, una cultura, una ciencia y una filosofía, que pueda considerar como auténticamente propias? ¿Qué clase de hombre es éste que duda, que tal implican los interrogantes, que posee, como todos los hombres, un ***logos*** capaz de pensar y expresarse y una cultura que dé sentido a ese su concreto ser hombre? En los inicios de los cincuenta Zea estimula, contando con el apoyo de José Gaos, un movimiento filosófico que empieza por algo regional. Así pregunta: ¿Qué es el mexicano? Interrogante sobre la identidad del hombre concreto que es el hombre de México. El Grupo Filosófico Hiperión, en donde se reúne un pequeño pero activo número de jóvenes, se plantea tal interrogante (1949). Antecedentes del mismo es la obra del mexicano Samuel Ramos, ***El hombre y la cultura en México (1932)***. Conferencias, publicaciones, discusiones que Gaos resumió en

su libro ***En torno a la filosofía mexicana;*** dentro de esta línea y preocupación aparecen obras como la de Octavio Paz, ***El laberinto de la soledad.*** Zea escribe un par de trabajos títulados ***Conciencia y posibilidad del mexicano y El Occidente y la conciencia de México,*** este último motivado por la lectura de Arnold Toynbee con el que mantendrá una cordial amistad. La respuesta a la pregunta, ¿Qué es el mexicano? será una auténtica perogrullada: el mexicano es un hombre como todos los hombres, con posibilidades e impedimentos sobre lo que debe tomar conciencia para estimular unos y vencer otros. Interrogante y respuesta que Zea extenderá a toda la región de la que es parte México en América. Tomó así sentido la pregunta sobre la existencia o posibilidad de una filosofía, una literatura, una ciencia y una cultura propiamente americanas.

Pero tal interrogante ¿puede ser considerada como propiamente filosófica? Nunca en la historia de la filosofía se había dado este tipo de interrogante. Los filósofos griegos, como los que les siguieron en este campo, no se preguntaron nunca si podían o no hacer filosofía, si lo que hacían era o no propiamente filosofía; simplemente se pusieron a filosofar. Lo que se plantea en este preguntar sobre la posibilidad o existencia de una filosofía propiamente americana es la capacidad para reflexionar, para pensar, para hacer filosofía, que nunca puso en duda el griego sobre sí mismo, como tampoco lo hizo el francés, el inglés o el alemán en los tiempos modernos. No hace mucho tiempo, en vísperas del Congreso Mundial de Filosofía que se celebraría en Montreal, Canadá, ante la demanda de que el español fuese lengua de trabajo, se sostenía que sólo era posible hacer auténtica filosofía en inglés, francés y alemán y que nunca el español había dado muestras de tal capacidad aunque, por supuesto, era innegable esa capacidad

en campos como la literatura. El interrogante planteado tenía así otra dimensión respecto ya a la existencia o posibilidad de una filosofía en lengua española. Interrogante también válido para otras muchas lenguas que no fuesen el inglés, el francés y el alemán.

Zea sostendrá que tal interrogante es auténticamente filosófico en la misma medida en que lo es el que planteó la filosofía en la Grecia clásica sobre el Ser en general. ¿Qué es el Ser? Interrogante metafísico, ontológico, supuestamente universal, pero que en realidad era motivado por algo tan concreto como el hombre que lo planteaba. En la pregunta sobre el ser en general iba implícita la pregunta sobre el ser concreto de que interroga. En la afirmación del ser en general, se buscaba la afirmación del propio y endeble ser del interrogador. Un ente concreto que hacía la interrogación, sometido al cambio de la naturaleza, a algo que escapaba a su voluntad y que tenía que aceptar resignadamente como destino. Un ser igualmente sometido a la manipulación de otros entes semejantes a él. Frente al cambio natural, el filósofo griego crea la metafísica; más allá de lo natural estaba lo permanente y en lo permanente estaba su propio y endeble ser. Frente a los otros crea la política, la afirmación concreta de su entidad en relación con la de sus semejantes. De allí se dedujo, nada más y nada menos, que el hombre que conocía el orden de lo natural del universo, conocía también el orden de lo social y político. Y por ello era menester que "los filósofos fueran reyes o los reyes filósofos", como diría Platón; o que "está bien que el que más sabe mande sobre el que menos sabe", según Aristóteles. Así el interrogar ontológico culmina en una política. Un interrogante supuestamente universal que debe dar respuesta a una pregunta personal sobre la naturaleza y la sociedad.

Ahora bien, ¿qué relación guarda este filosofar con el que se ha hecho patente en Latinoamérica? Aristóteles sostenía que el "hombre es un animal político o de razón", que es la razón lo que le distingue del animal y otros entes de la naturaleza, inclusive de Dios que es todo razón. Si el hombre es un animal racional y por serlo está capacitado para conocer el orden natural, está capacitado para mandar sobre quien desconociera este orden. Ente de plena razón en relación con otros. Aristóteles hizo del griego un ente racional por excelencia, capacitado para mandar sobre entes menos racionales, como los niños, las mujeres y los esclavos. Éstos, aun poseyendo la razón, no la tenían lo suficiente como para mandar en la ***polis***. Por ello los hombres fuera de la ecumene griega, los que no se expresaban bien en griego, el ***logos*** como razón y palabra, no eran sino bárbaros. El hombre griego al balbucear, al no expresarse bien en una lengua que no era la suya, era simplemente por ello un bárbaro. Un ente que barbarizaba el ***logos*** como razón y como palabra. Este ente no podía ser considerado como hombre y por ello estaba destinado a obedecer. El griego que había afirmado filosóficamente su propio y concreto ser, ponía en entredicho el ser de otros hombres que no fuesen griegos.

Lo que para Herodoto y para Aristóteles era válido, distinguiendo a los griegos de los no griegos, a cultos de los bárbaros, será también válido para el mundo con el que se tropezara Cristóbal Colón el 12 de octubre de 1492, mundo que sería llamado América. Lo primero que se pone en entredicho es la plena humanidad de los hombres con los cuales se encuentran Colón y quienes seguirán sus huellas en Europa. Expresión de esto se encuentra en la polémica entre Juan Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas sobre la humanidad de los indígenas. Discusión que se hará extensiva a todo nacido

en América. Humanidad puesta en entredicho frente a la cual se alzarán los reclamos de los hombres que emanciparán la región del coloniaje íbero. América como "eco y sombra de Europa" diría Hegel; como barbarización, balbuceo, malas copias de los productos de la cultura europea y occidental. Concepción que implicará la negativa a reconocer como hombres a los hombres de la región, lo mismo que a hombres de otras regiones de la tierra que recibirán el impacto de la expansión europea y occidental.

Lograda la emancipación política del coloniaje ibérico, el primer interrogante que se plantean estos hombres se referirá a la existencia o posibilidad de una literatura americana. Pregunta sobre la capacidad del hombre de la región para expresarse como algo más que eco y sombra de otros hombres; partiendo de su ineludible identidad. Identidad que se origina en esa peculiar situación de dependencia hacia sus descubridores, conquistadores y colonizadores. A esto seguirá la pregunta sobre la existencia de una cultura propiamente americana, que exprese la ineludible peculiaridad de la región sin que por ello deje de ser expresión de lo humano. Para culminar en un interrogante sobre la existencia o posibilidad de un filosofar, un razonar, tan propio como lo han sido las múltiples expresiones del razonar o filosofar a lo largo de la historia. Un filosofar que no sea simple cotejo o remedo de otro filosofar, sino un filosofar que se plantee los problemas propios de la circunstancia, como lo han planteado todas las filosofías que han hecho la historia de tal filosofía. Pregunta, pura y simplemente, sobre la propia y concreta identidad, por el propio y concreto ser, tal como lo hiciera el griego al preguntar sobre el ser en general. Pregunta ontológica encaminada a resolver los ineludibles planteamientos que origina la relación de los hombres con la naturaleza y entre sí.

La pregunta de hombres que han entrado a la historia, a la historia de sus descubridores, conquistadores y colonizadores, bajo el signo de la dependencia. Una dependencia que debe ser superada a partir de la afirmación de la capacidad de estos hombres para aquello que se considera como propio de todos los hombres, la razón, el ***logos,*** que comprende y se hace comprender. Interrogante auténticamente filosófico como lo fue el de la metafísica griega sobre el ser en general. Y a partir del mismo, la afirmación de que los hombres de esta región son hombres como todos los hombres y que, por serlo, nada de lo humano les es o puede serles ajeno.

La preocupación ontológica del hombre americano se hace expresa en la filosofía de la historia hispanoamericana de que habla José Gaos. Leopoldo Zea, en el libro ***América como conciencia*** (1953), escribe: "El sentido de dependencia, causa y origen de las actitudes negativas atrás señaladas, es un problema ceñidamente americano. Sólo a los americanos se nos presenta este problema de la ***dependencia*** y, por ende, el de la ***independencia,*** como un problema entrañable. La cultura europea es nuestro más inmediato pasado; pero aún no hemos sido lo suficientemente capaces para asimilarlo y hacerlo nuestro. La beatería frente a la cultura europea que nos caracteriza, es el más caro signo de que no hemos asimilado esta cultura. El europeo que se sabe heredero de la gran tradición cultural de Occidente, no se siente nunca amilanado frente a su pasado y es capaz de enfrentarse a él si se le presenta como obstáculo para su futuro [...] A los americanos nos falta esta dimensión. Nuestro pasado está siempre presente, sin decidirse a ser auténtico pasado". Falta la Aufhebung de que habla Hegel. La Aufhebung de que habla José Gaos al comentar la historia de las ideas de América Latina de Zea. Una historia que muestra una dependencia

que no ha sido asimilada por la conciencia de la historia de la América Latina; no hay asunciones sino yuxtaposiciones. Sobre la cultura indígena el conquistador español trata de yuxtaponer, intentando borrar o enterrar dicha cultura. La cultura indígena era considerada diabólica. Los hispanoamericanos a su vez, al independizarse de España, trataron de yuxtaponer a la cultura recibida la cultura de Francia e Inglaterra y las instituciones políticas de los Estados Unidos. Sobre la cultura indígena se yuxtapuso la cultura española y sobre ambas, la cultura europea y occidental. Expresión de esta yuxtaposición es la opción planteada por el argentino Domingo Faustino Sarmiento, ¿Civilización o barbarie? Civilización: lo que se quería ser, barbarie: lo que se era, esto es, lo indígena, lo español, lo africano y el mestizaje de todo. Una y otra vez yuxtaponiendo un modelo sobre otro. Así se llega a nuestros días en que aún se buscan otros modelos sin asimilación previa de lo propio. ¡Seamos como los Estados Unidos! se decía ayer; seamos como la URSS o China se dice hoy. No se dice hagamos lo que los Estados Unidos o lo que la URSS y China han hecho por sí mismos sin recurrir a modelos extraños.

La relación de dependencia es la que ha originado esa peculiar filosofía de la historia de la región que tiene que ser rebasada, asumiéndola, esto es, asimilándola en sus múltiples expresiones. En la ***Filosofía de la historia americana,*** publicada por Zea en 1978, se analizan los diversos proyectos que han animado esta filosofía: proyectos que parten de la toma de conciencia de la dependencia, como el proyecto libertario: ser distinto de lo que se es, el proyecto conservador: seguir siendo como se es; el proyecto civilizador: insistencia en ser otro de lo que se es, y el proyecto asuntivo que implica la asimilación de lo que ha sido para poder ser algo distinto sin por ello dejar de ser quien se es.

Esta relación de dependencia que se expresa ontológica e históricamente no es, desde luego, algo peculiar de América, concretamente de la América Latina; no es peculiar la relación de dependencia, origen de la conciencia de marginalidad, sino algo que ha hecho y se hace expreso a lo largo de la historia de la humanidad. El que sea así, es lo que hace de estas reflexiones una expresión más de la auténtica filosofía que enfrenta los problemas del hombre en busca de solución. Leopoldo Zea, en ***América en la historia*** (1957), rebasa una preocupación que parece peculiarmente latinoamericana insertando su problemática, como indica el título, en la historia del hombre de la cual es parte la historia del hombre de América. Parte de la indiscutible universalización de la cultura occidental como resultado de la expansión de los pueblos que la forman sobre el resto del mundo. Un mundo que va siendo marginado en relación con la potente expansión europea y, posteriormente, de los Estados Unidos. Allí se habla de Rusia al margen de Occidente; de España también al margen y de la misma Europa que queda al margen de Occidente en relación con su propia criatura, los Estados Unidos. Y por supuesto, Iberoamérica al margen de Occidente como totalidad. Marginación total del mundo en relación con un centro de poder que se ha desplazado de la Europa Occidental al occidente de sí misma, los Estados Unidos. Así, los problemas que se plantean los pueblos de la América Latina irán planteándose a los pueblos de todo el mundo marginado, incluyendo a los europeos.

En ***Discurso desde la marginación y la barbarie (1988),*** Leopoldo Zea hace de la filosofía de la historia destacada por Gaos, el punto de partida de la interpretación de la misma historia universal. Interpretación de la historia, no ya desde el centro de poder europeo y occidental, sino

desde los márgenes del mismo que así se transforman en centro en la toma de conciencia de una filosofía de la historia no hegeliana. Se parte del centro del poder y de la conciencia de la historia que fue la Grecia clásica que hizo de la barbarie, de la incapacidad de otros pueblos para pronunciar correctamente el griego, el signo de inferioridad y la justificación de marginación, aunque el mismo griego se encontrase en igual relación con otras lenguas ajenas a la propia, que obviamente barbarizaba al expresarse en ellas.

Después Roma, con su cultura latina que, al revés de la griega, quizá por ser bárbara, hace de su propio ***logos*** y cultura instrumento de asimilación de otros pueblos y culturas, enriqueciéndolos. Creando el imperio mediterráneo en que tendrán cabida todos los hombres y culturas como lo tenían sus dioses en su panteón. Cultura latina incluyente y no excluyente que origina Europa y los múltiples pueblos que baña el Mediterráneo en África, en las tierras en donde se inicia el Asia. Posteriormente, el Sacro Imperio Romano, formado por pueblos germánicos y sajones al otro lado de los Alpes y de los Pirineos. Pueblos que han heredado la cultura de Roma, pero también al excluyente cristiano. Pueblos excluyentes que hacen de su cultura y sangre centro de un mundo en el que quedan al margen hombres y pueblos de otras razas y culturas distintas de lo propio. Al Oeste, al otro lado de los Pirineos, el mundo ibérico que queda marginado por la impureza de su raza y su cultura. Pueblos que se han mestizado con pueblos africanos y culturas no europeas como las propias del Sacro Imperio Romano. Al Este, otro conjunto de pueblos, los que forman Rusia, igualmente marginados, igual impureza racial y cultural por su mestizaje con pueblos del Asia.

Y a partir de esta marginación con precauciones como las que se han planteado a los pueblos latinoamericanos, los pueblos marginados en Europa han tratado de ser, aunque inútilmente, reconocidos como parte de una Europa blanca, occidental y cristiana. Así España, protagonista indiscutible de la historia de Europa, pero marginada una y otra vez por una Europa que no quiere tener nada que ver con pueblos mestizados racial y culturalmente. De allí el interrogante sobre la existencia o posibilidad de una ciencia o filosofía españolas. El desgarramiento que señala Ortega entre lo mediterráneo o latino con lo germano, entre la doble herencia mora y la goda. Es la misma preocupación de Rusia desde Iván el Terrible, pasando por Pedro el Grande y los bolcheviques, la insistencia en ser reconocidos como parte de Europa y el derecho a participar en su destino. La misma disyuntiva española e hispanoamericana entre eslavismo y occidentalismo. Existe otro pueblo marginado en Europa, el británico, el de los normandos que pusieron en jaque al Sacro Imperio Romano, y fueron expulsados de Europa; pero los cuales, en lugar de preocuparse como íberos y eslavos por ser reconocidos como europeos, se lanzaron a la creación de un nuevo y poderoso imperio que sobrepasara al Romano y al Sacro Imperio Romano. Imperio del cual son herederos los Estados Unidos de Norteamérica; nuevo centro de poder y de una nueva conciencia de marginación, que abarcará al resto del mundo, incluyendo a Europa.

La marginación y el calificativo de barbarie están estrechamente relacionados, una justifica la otra. El calificativo de barbarie parte de la supuesta incapacidad de un hombre o grupo de hombres para expresarse "correctamente" en una lengua que no es la propia, de la incapacidad para expresarse en forma semejante al lenguaje

considerado como magistral. Y lo que se hace valer respecto al lenguaje, se hace valer igualmente para otras expresiones de lo humano, lo somático y lo social. Para Aristóteles, decíamos, eran entes carentes de plena razón y por ello inferiores los niños, las mujeres y los esclavos, esto es, menos humanos que los varones, griegos y adultos. Se discrimina. margina y domina a seres humanos que, en alguna forma, son distintos por la edad, el sexo, la lengua y el cuerpo. Esto es, porque no son copia exacta de sus jueces. "Si tú no eres exactamente como yo. no eres mi semejante y, al no serlo, no eres plenamente hombre. Como tampoco tus expresiones son expresiones de lo auténticamente humano que es lo blanco, occidental y cristiano en Europa; como lo es el WASP (blanco, anglosajón y puritano) en los Estados Unidos." Esto es, lo que distingue a unos hombres y pueblos del resto de la humanidad. Se castiga marginando y dominando a quien es distinto, peculiar, a quien posee una individualidad y no otra.

Leopoldo Zea. a lo largo de su obra y más insistentemente en sus últimos trabajos y participaciones y como colorario de su ya extensa obra, considera que se debe redefinir el concepto de igualdad. Renato Descartes sostenía que todos los hombres eran iguales por la razón. Sin embargo, en nombre de la razón se han establecido nuevas formas de marginación y dominio. Todos los hombres son iguales por la razón, salvo que la misma razón demuestra que existen hombres menos hombres que otros. Así lo sostenía ya Aristóteles y su seguidor, siglos después, Juan Ginés de Sepúlveda. Todos los hombres, en efecto, poseen la razón, pero no todos los hombres pueden o saben utilizar la misma. No es igual un hotentote que un Einstein, aunque ambos posean la razón. Existen impedimentos para el buen uso de la razón que pueden estar en el cuerpo en el

que la razón está insertada. El tener un determinado cuerpo, una determinada contextura somática, una determinada situación social e inclusive un determinado sexo, pueden limitar el buen uso de la razón y, en este sentido, hacer distinto a ese hombre del que sin tener esos impedimentos la usa correctamente. Todos los hombres son iguales por la razón, decía Descartes, pero distintos por sus circunstancias. Y son las circunstancias las que determinan la desigualdad y justifican la discriminación, marginación y el dominio de los supuestamente mejores sobre los que se supone no lo son tanto.

Zea concluye que hay que establecer otra definición sobre la igualdad. "Todos los hombres son iguales por ser distintos, pero no tan distintos que unos puedan ser más o menos hombres que otros." Ningún hombre es igual a otro y este ser distinto es precisamente lo que lo hace igual a otro, ya que como él posee su propia e indiscutible personalidad. Todos los hombres son individuos concretos y por serlo semejantes entre sí.

Es este hecho el que debe ser reconocido y aceptado sin discusión. No insistir en imponer la propia y peculiar identidad a la identidad y peculiaridad de los otros. La fuente de los grandes conflictos que han azotado a la humanidad surge de esa incapacidad para reconocer en los otros la peculiaridad que los distingue y por distinguirlos los asemeja con ellos mismos. La falta de respeto a esa peculiaridad ha sido la fuente de conflictos y guerras. El querer hacer de sí mismo modelo indiscutible de la humanidad de otros hombres es lo que ha originado la violencia. Cultivar y civilizar sin comprender lo que de original tiene lo que se pretende cultivar y civilizar es el origen de conflictos antiguos y actuales. El que exige respeto a la propia peculiaridad debe estar también dispuesto a respetar la ineludible

peculiaridad de los otros, que en este sentido son sus semejantes. De este respeto ha de derivarse, dice Zea, la auténtica paz, como expresión de una nueva relación entre los hombres y los pueblos que no sea ya la relación vertical de dependencia, sino la relación horizontal de solidaridad.

Ensayo histórico de las Revoluciones en México[88]

Lorenzo de Zavala, reprografía.

Lorenzo de Zavala

Prólogo

París, 3 de mayo de 1831.

Aunque yo no tenía ánimo de hacer ninguna publicación de los apuntes históricos que había hecho sobre las revoluciones de México hasta no dar a luz una obra completa en la que rectificasen varios errores en que han incurrido los que hasta ahora han escrito acerca de los importantes acontecimientos políticos de aquel país, posteriores al año de 1808, es tanta la ignorancia en que generalmente están en Europa, aun las personas más instruidas, y son de consiguiente tan equivocados sus cálculos sobre los sucesos de aquella república, que me ha parecido sumamente útil, y aun urgente, la publicación de este Ensayo histórico, cuya lectura hará conocer los hombres y las cosas.

[88] Prólogo e Introducción de la obra *Ensayo histórico de las revoluciones de México, desde 1808 hasta 1830*, Tomo primero, publicado originalmente por Manuel No. de la Vega en 1845.

Ningún escritor se ha ocupado profundamente de esta materia, pues aunque tenemos muy preciosas reflexiones, discursos elegantes y aun excelentes teorías de los señores Blanco White, De-Pradt, de los autores de los ***Ocios en Londres***, de la obra del señor Badillo y otras pocas, no hay en los autores de estas producciones ni el conocimiento que se requiere de las personas y de los sucesos, ni la coherencia en las relaciones, ni quizá en algunos la imparcialidad, tan necesaria para dar a los escritos el crédito suficiente para formar un juicio recto.

Un tomo de la historia de México, publicado en Londres por don Pablo Mendivil es uno de los libros más útiles que se han escrito sobre la guerra de la revolución de la Nueva España, porque ha sabido el autor aprovecharse de los documentos históricos que publicó don Carlos Bustamante en su ***Cuadro histórico*** y ha purgado aquel fárrago de una infinidad de hechos ***falsos, absurdos y ridículos*** de que está lleno el tal ***Cuadro histórico***. Las autoridades de México han cometido el error de permitir a Bustamante entrar en los archivos, franqueándole los documentos interesantes del antiguo virreinato y otras oficinas públicas; y este hombre, sin crítica, sin luces, sin buena fe, ha escrito un tejido de cuentos, de consejas, de hechos notoriamente falsos, mutilando documentos, tergiversando siempre la verdad y dando un testimonio vergonzoso para el país de la falta de candor y probidad en un escritor público de sus anales. ¿Qué se puede pensar de un hombre que dice seriamente en sus escritos que los diablos se aparecían a Moctezuma, que los indios tenían sus brujos y hechiceros que hacían pacto con el demonio, que San Juan Nepomuceno se le apareció para decirle una misa y otros absurdos semejantes?

Hay otra historia de las revoluciones de México, escrita por don Mariano Torrente por orden de don Fernando VII de España. Claro

es que un escritor que dicta bajo tal influencia no puede escribir con mucha imparcialidad. De una pluma dedicada a justificar la conquista y la reconquista, y a probar derechos de origen divino a dominar aquí y allá, no debe esperarse filosofía ni raciocinios fundados sobre lo que ya en el mundo civilizado se considera como indisputable, como principio reconocido, a saber: ***el interés de la comunidad*** y los ***derechos del pueblo***. Torrente, consecuente a sus doctrinas, llama a los independientes ***rebeldes, ingratos, infames***, y les da todos los epítetos que en el diccionario de la legitimidad cuadran a los que defienden lo que Dios y la naturaleza les ha dado. De consiguiente, Alejandro VI pudo conceder por una bula facultad a don Fernando el Católico para ocupar un continente, conquistarlo y convertir a los infieles a la fe romana a fuerza de cañonazos. Los que se resistían a estas armas eran unos excomulgados, y los que después han hecho la independencia de aquellas regiones unos rebeldes. Todo esto está en su lugar. La historia de Torrente, sin embargo, está escrita con orden y alguna elegancia, y los hechos de armas están en la mayor parte desnudos de aquellas exageraciones que hacían tan fastidiosas las gacetas de los gobiernos de aquella época.

Parece que el discurso preliminar de su obra fue escrito para preparar la célebre expedición que tuvo un éxito tan desgraciado bajo las órdenes del general Barradas en las Orillas del Pánuco.

Causa compasión lo que dice en la página 101 del tomo primero: "Los promovedores de los desórdenes de América, los despechados que no tienen más partido que la muerte o una feroz democracia, los únicos e inexorables enemigos del trono español y del imperio de la razón, pueden marcarse con el dedo, ¡tan limitado es su número! Todo el resto de los americanos, aun aquellos que más decisión han

mostrado por la independencia y que han hecho los mayores sacrificios para conseguirla; aquellos mismos (y son los más) que, dejándose seducir de vanas teorías, creían de buena fe que iban a dar un impulso majestuoso a la carrera de su prosperidad, todos han llegado a convencerse, por una triste experiencia y funesto desengaño, que su emancipación no puede consolidarse, que sus nuevos sistemas han de ser un perpetuo semillero de disensiones y que debe abrir abismos sobre abismos en que se sepulten alternativamente los partidos, los intereses y la paz; que estando todos los revolucionarios prontos a mandar y tardos en obedecer; que creyéndose cada uno de los corifeos superior a los demás; que no teniendo ninguno de ellos bastante nombradía y prestigio para hacerse respetar; que no siendo posible extinguir en ellos aquella aversión que constantemente han tenido de ser mandados por sus mismos compañeros, a causa de la familiaridad y llaneza con que se han tratado durante la infancia, en los colegios, en las armas, en el juego, y aun en el libre ejercicio de otras pasiones vergonzosas, jamás podrán sostener género alguno de gobierno formado por ellos; el país estará perpetuamente sujeto a oscilaciones políticas; serán interminables sus discordias; no habrá más ley que la que dicte el partido dominante, y el país ira caminando de día en día a pasos agigantados hacia su total desolación". Barradas se presentó en nombre de don Fernando VII, y todos los descontentos, sin exceptuar ***uno solo***, corrieron a las armas y fue destruido el representante del rey de España.

En el discurso de mi pequeña obra se encontrarán las causas de actuales disensiones de la América; disensiones que, despertando cada día nuevas ambiciones y nuevos intereses, hacen cada vez más amante el pueblo de la independencia y más práctico en el uso de la

libertad. Hay facciones y partidos que se disputan alternativamente el poder; las pasiones se despliegan con todo su furor; la imprenta es el órgano de las calumnias, de las injurias de las imputaciones más negras con que las partes beligerantes se insultan mutuamente. Todo esto es cierto. Pero ¿qué nación al hacerse libre estuvo exenta de estas faltas, de estos desastres, de estos crímenes? Mas ¿qué pueblo preferiría el silencio sepulcral de España y Portugal a las esperanzas que ofrecen estas nuevas repúblicas, llenas de vida, de vigor y energía? Aquellas naciones agregarán al género humano seres pensadores y almas elevadas, en vez de que la península española, si por desgracia de sus habitantes continúa bajo el yugo férreo de la actual familia reinante, ofrecerá siempre al mundo civilizado el espectáculo de la ignominiosa esclavitud y de la superstición más degradante, mientras la Europa progresa en la carrera de la libertad. ¿Qué es el pueblo español en el día, delante de los pueblos civilizados? Un país de ***anatema*** y de ***maldición***; un país en que no es permitido pensar, ni mucho menos decir lo que se siente; un país en que los extranjeros no pueden internarse sin temer ser perseguidos por una policía obscura y suspicaz o tal vez insultados por un pueblo supersticioso excitado por los frailes.

Yo no hago una disertación ni menos una sátira. Pero al hablar de los autores que han tratado de la América mexicana no es fuera de propósito hacer ver el espíritu que ha dirigido la pluma de los que se ocuparon sólo por el amor de la verdad y de los que se dirigieron a servir una causa o un amo. A la primera clase pertenece el autor de los ***Apuntes sobre los principales sucesos que han influido en el actual estado de la América del Sur***, atribuida al señor Badillo, diputado de las Cortes de España. Aunque se puede decir de este opúsculo lo que decía Cervantes de su Galatea, que nada concluía, porque en realidad no haya sido el

fin del autor desempeñar su título, hay sin embargo observaciones muy juiciosas y notas históricas del mayor interés. En medio de la timidez con que declara sus deseos y opiniones acerca de la independencia de aquellos países, se descubre siempre un ***liberal español***, un ***rutinero constitucional***, esto es, un hombre que hubiera deseado que todos los bienes que recibieran las Américas viniesen de mano de sus Cortes.

Si puedo con el tiempo regresar a mi patria y reunir los documentos que tengo acumulados, espero publicar en forma de ***Memorias*** una obra más extensa de los importantes sucesos de aquella república.

Introducción

Al emprender publicar este ***Ensayo histórico de las últimas revoluciones de México*** me propongo más bien dar a conocer el carácter, costumbres y diferentes situaciones de aquel pueblo que hacer narraciones cansadas en las que, como dice muy bien M. Sismondi, sólo se encuentra una repetición de los mismos actos de crueldad, de maldades y de bajeza que fatigan el espíritu, causan fastidio a los lectores y degradan en cierta manera al hombre que se ocupa largo tiempo en recorrer los horrores y estragos de los partidos y facciones. "La historia de los pueblos —dice el mismo escritor— no comienza sino con el principio de la vida, con el espíritu que anima a las naciones." Como el tiempo anterior a los sucesos de 1808 es un periodo de silencio, de sueño y monotonía, a excepción de algunos destellos que asomaban de cuando en cuando respirando la libertad, la historia interesante de México no comienza verdaderamente sino en aquel año memorable. Mas es conveniente que los lectores, para entrar con conocimiento en

la lectura de este ***Ensayo histórico***, estén instruidos de las costumbres de los habitantes y de su estado anterior a la referida época.

El descubrimiento de las Américas hecho por Cristóbal Colón a fines del siglo XV, y la conquista de aquellas regiones verificada poco tiempo después, es uno de aquellos acontecimientos que en gran parte han contribuido a variar el curso político de las sociedades. Mi objeto no es hablar del influjo que estos sucesos han ejercido sobre la Europa, sino de la marcha que han tomado los asuntos políticos en el antiguo imperio de los aztecas, no en el tiempo inmediatamente posterior a la conquista, sobre lo cual ya han escrito varios sabios españoles y extranjeros. En sus escritos se podrán encontrar hechos repetidos que vendrán en confirmación de los que forman el cuadro que voy a presentar a mis lectores, y que quizá será uno de los documentos que esparcirán más luces sobre las importantes cuestiones políticas que, sin duda alguna, se han de presentar sucesivamente en el curso de los tiempos venideros. La heterogeneidad de los elementos que han compuesto en diferentes épocas las sociedades europeas, ¿no es verdad que ha entrado en los cálculos y combinaciones de sus legisladores y jefes para arreglar su marcha? La historia de la Edad Media, de este periodo de grandes vicios y de virtudes heroicas, de ignorancia, de energía y de trastorno universal, enseñando a los hombres de Estado cuáles han sido las partes elementales que compusieran las naciones que gobernaban, les indicaba al mismo tiempo los diferentes orígenes en que se fundaban los derechos o las pretensiones de cada clase, de cada jerarquía, de cada familia. En la América española, en donde no hubo el concurso de otros invasores ni esa tumultuosa invasión de naciones semisalvajes, debemos suponer que el conquistador dio la

ley sin condiciones y usó pacíficamente del derecho de la fuerza, sin más restricciones que aquellas a que él mismo quiso sujetarse.

Los historiadores de la conquista de México han dado a sus relaciones un aire de exageración que ha sido el origen de muchas fábulas ridículas y de romances divertidos. Los más juiciosos escritores no han podido preservarse de dar crédito a algunos hechos enteramente falsos y aun absurdos, lo que les ha inducido en errores de mucha consecuencia, y podemos asegurar que ninguna historia ha sido más revestida de ilusiones, de hipérboles, de cuentos y episodios románticos que la de esos remotos países, causando la distancia y aislamiento en que los mantuvo la política del gobierno español casi los mismos efectos que los que produjeron los tiempos heroicos. Cortés mismo, en sus cartas a Carlos V, hace pinturas tan halagüeñas, tan poéticas y extraordinarias de lo que había visto y conquistado con sus bravos compañeros, que era difícil no creerse transportado a un nuevo mundo, a una tierra parecida y aun superior a la imaginaria Atlántida, o a esos países de oro, de incienso y de aromas de que hablan los escritores orientales. Palacios magníficos cubiertos de oro y plata; reyes y emperadores más ricos que los más poderosos potentados de Europa; templos comparables a los de la antigua Grecia; ríos que llevaban arenas de los más preciosos metales y esmeraldas y diamantes en vez de piedras; aves extraordinarias, cuadrúpedos monstruosos; hombres de diferente conformación por sus facciones, color, falta de barba y cabellos erizados; climas en que se respira una atmósfera de fuego, o en que una perpetua primavera representa la más aproximada imagen del paraíso; un culto compuesto de las más ridículas y horribles ceremonias, una religión cuyos dogmas forman una monstruosa mezcla de todo cuanto se había conocido de más

extravagante, todo esto, en parte verdadero, creciendo en las plumas de los escritores, venía a producir en Europa impresiones indelebles. ¡Pero cuán diferentes eran estas mismas cosas vistas en aquellos países!

La conquista de los españoles en América redujo a los indios a tal estado de esclavitud, que cada hombre blanco se consideraba con el derecho de servirse de los indígenas, sin que éstos tuviesen ni valor para oponerse ni aun la capacidad de explicar algún derecho. Los que escaparon a los efectos de las primeras matanzas fueron distribuidos entre los conquistadores. No había en su principio más que señores y siervos. Las autoridades no gobernaban por leyes que no había, sino en nombre del rey. Posteriormente se fueron dando esas ordenanzas que llamaron ***Leyes de Indias***, que tenían por objeto modificar la tiranía de los descendientes de los conquistadores y de los jefes que partían de España a gobernar aquellos países; pero como estas leyes o decretos reales sólo los tenían los que debían ejecutarlos, en realidad no se hacía más que la voluntad de los capitanes generales, virreyes o gobernadores. Las distribuciones de los terrenos fueron en parte convertidas en ***encomiendas***, que tuvieron por último resultado el pagar un tributo anual a los tenederos de ellas, que eran como los ***borough mongers*** de la Inglaterra. Los reyes redujeron después a estos privilegiados a recibir de la real tesorería la cantidad equivalente al producto anual de los tributos que cobraban de los indios que les tocaron en sus primeros repartimientos, quitando de esta forma muchas vejaciones que se causaban en el modo de percibirlos, abuso que después fue adoptado por los subdelegados y corregidores encargados de cobrar las contribuciones de los indios, los cuales estaban obligados a entregarlas en especie, es decir, en

tejidos ordinarios de algodón que trabajaban sus mujeres o en otras manufacturas semejantes.

Los indios tenían sus leyes especiales, sus jueces, sus procuradores y defensores que les nombraba el gobierno, porque eran legalmente considerados como menores de edad. El estado de embrutecimiento en que se les mantuvo, los hacía, en efecto, inhábiles para representar ningún género de derechos ni perfeccionar contratos de importancia en que se supiese la necesidad de algunas ideas combinadas.

Los que han intentado defender la política del gobierno español con respecto a sus colonias han alegado la existencia de este ***Código de Indias*** que aparece formado como un baluarte de protección en favor de los indígenas. Pero los que examinan las cuestiones bajo un punto de vista filosófico, sólo han considerado esta ***instituta*** como un sistema de esclavitud establecido sobre bases que parecían indestructibles, y de cuyos efectos se resentirán todavía por algunos siglos aquellos gobiernos. Estas leyes, en efecto, no son otra cosa que un método prescrito de dominación sobre los indios. Suponen, en los monarcas que las dieron, derechos sobre los bienes y vidas de los conquistados, y de consiguiente todo acto que no era positivamente una opresión se consideraba en ellas como una gracia, un beneficio del legislador.

Leyes había que determinaban el peso con que se les podía cargar, las distancias hasta donde podían ir, lo que se les había de pagar, etc., etc. Para mantener este orden sistematizado de opresión era necesario que los oprimidos nunca pudiesen entrar, por decirlo así, en el ***mundo racional***, en la esfera moral en que viven los demás hombres. En la mayor parte de las provincias no sabían, ni saben aún más que su idioma, el cual es diferente del de las otras por lo regular.

La lengua (sin exceptuar la mexicana, de la que han hecho pomposos elogios algunos romancistas) es pobre y carece de voces para expresar ideas abstractas. Las arengas supuestas por los historiadores o poetas en la boca de los Xicoténcales, Maxiscatzines y Colocolos no son más verdaderas que las que Hornero, Virgilio y Livio atribuyeron a los Agamenones, Turnos o Scévolas. Aquellos jefes indios eran tanto o tal vez más bárbaros que estos héroes griegos o romanos, y su idioma no podía prestarse a las bellezas oratorias, que suponen una larga serie de siglos de civilización y gobiernos regulares.

Es cierto que la América española, antes de la conquista, estaba más poblada que hoy, y que los indios, bajo sus gobiernos nacionales, comenzaban a desenvolver algunas ideas. Tenían nociones confusas sobre la inmortalidad del alma; habían hecho un corto número de observaciones, aunque sumamente imperfectas, sobre el curso de los astros, y no desconocían del todo el arte de elaborar los metales. Pero estaban estos conocimientos en su cuna, y ya se sabe cuántos siglos son necesarios para que los pueblos alcancen el grado de perfección que les haga merecer el título de civilizados.

La conquista destruyó enteramente este movimiento que comenzaba a dar vuelo al espíritu de invención entre aquellos indígenas. Un culto nuevo, así como un gobierno desconocido, fueron sustituidos a las sangrientas supersticiones de Huitzilipoxtli y al régimen patriarcal de los Guatimocines y Moctezumas. Las imágenes de los santos y dioses de los católicos romanos fueron colocadas en los lugares que anteriormente estaban ocupados por los horribles ídolos de los aztecas; y no podrán negar los defensores de los conquistadores, aunque sea penoso el confesarlo, que los indios tuvieron también sus mártires, sacrificados por el celo religioso de los sacerdotes romanos,

por la adhesión constante de muchos de aquéllos a su antiguo culto. Mas la fuerza y el terror triunfaron, con el tiempo, del fanatismo por una religión que tenía contra sí el horroroso dogma de pedir víctimas humanas. Por otra parte, los indios encontraban imágenes mucho más perfectas que sus monstruosos ídolos, y no fue muy difícil el cambio, trasladando a nuestros santos las ceremonias y homenajes que tributaban a sus dioses. Se ocurrió al auxilio de los milagros, y una multitud de apariciones celestiales vinieron en favor del nuevo culto, con lo que los indios, sorprendidos, no podían dejar de creer que sus dioses como sus monarcas habían sido vencidos en justa guerra.

Se dirigieron misioneros que, con el auxilio de las tropas, hacían conversiones prodigiosas. Los religiosos construían sus conventos en lugares elevados a manera de fortalezas, y daban a estos edificios toda la solidez necesaria para resistir en caso de ataque. Son muy raros los templos y casas de los curas que no indiquen las razones que determinaron a los fundadores a hacer aquellas obras de fortificación. En ellas se encontraban durante la noche, y por el día se ocupaban en reunir los indios en poblaciones. Claro es que sus sermones y predicaciones no podían causar al principio ningún efecto, porque como no tenían el don de lenguas no era fácil hacer entender a sus oyentes dogmas, misterios y doctrinas que suponen muchas lecciones preliminares. Se formaron catecismos y pequeños formularios en las lenguas del país, no para que leyesen los indios, pues no sabían, sino para repetidos en los púlpitos y hacérselos aprender de memoria. No hay una sola versión de los libros sagrados en ningún idioma del país; no hay un libro elemental que contenga los fundamentos de la fe. Pero ¿cómo habían de existir estas obras para los indios cuando sus mismos conquistadores no podían leerlas?

Lo que quiero con esto manifestar es que la religión no se enseñaba a aquellos hombres, ni se les persuadía su origen divino con pruebas o raciocinios; todo el fundamento de su fe era la palabra de sus misioneros, y las razones de su creencia las bayonetas de sus conquistadores. La Inquisición no podía conocer en las causas de los indios. Era tal el estado de degradación de éstos y tan fuerte la idea que se tenía de su incapacidad, que nunca pudieron persuadirse que un indio pudiese ser el inventor de alguna herejía ni aun el sectario obstinado de una doctrina cualquiera. Se vendió como una protección, como un privilegio en favor de los indígenas esta excepción, debida al juicio que se tenía formado de su imbecilidad.

Además del tributo que pagaban los indios al real erario, o a sus ***encomenderos***, se crearon otras contribuciones eclesiásticas con el nombre de ***obvenciones***. Estaban exceptuados del diezmo y de los derechos parroquiales, porque sus explotadores habían calculado muy bien que un hombre que nada posee ni tiene más necesidades que las naturales pocos diezmos podía pagar. El cálculo era muy exacto; porque, en efecto, los indios no poseían propiedades territoriales ni ningún género de industria, hablando en lo general habitaban y habitan en chozas cubiertas de paja o de palmas, cuya extensión es regularmente de quince a dieciséis pies de longitud, sobre diez o doce de latitud, en forma oval. Por de contado que allí están reunidos los hijos, los animales domésticos y un altar en donde están los santos o penates. En medio hay un fogón que sirve para calentar el agua en que cuecen el maíz, su único alimento con pocas excepciones. No hay cinco entre ciento que tengan dos vestidos, que están reducidos a una camisa larga de manta ordinaria y unos calzoncillos; sus mujeres o hijas, vestidas con igual sencillez o pobreza, no conocen esa

inclinación tan natural a su sexo de parecer bien delante de los demás. Con la misma proporción referida anteriormente, no hay propietarios, y se contentan con recoger treinta y cinco o cuarenta fanegas de maíz al año, con lo que viven satisfechos. Cuando por algún trabajo o jornal han ganado una pequeña porción de dinero, la destinan a hacer alguna fiesta al santo de su devoción, y consumen su miserable peculio en cohetes, en misas, comilonas y bebidas embriagantes. El resto del año lo pasan en la ociosidad, durmiendo muchas horas del día en las tierras calientes, o en divertimiento de su gusto en los deliciosos climas de las cordilleras. Dos entre ciento aprendían a leer; pero hoy se ha mejorado mucho su situación bajo este aspecto. En varias provincias, los curas tenían tal dominio y ejercían tal autoridad sobre los indios, que mandaban azotarlos públicamente cuando no pagaban las obvenciones a su tiempo o cometían algún acto de desobediencia. Yo he visto azotar frecuentemente a muchos indios casados y a sus mujeres en las puertas de los templos, por haber faltado a la misa algún domingo o fiesta, ¡Y este escándalo estaba autorizado por la costumbre en mi provincia! Los azotados tenían después la obligación de besar la mano de su verdugo.

Al hablar del influjo eclesiástico en el país, y de la situación moral de esta clase privilegiada, es imposible dejar de chocar con intereses sostenidos por la superstición y creados por el despotismo. El principio de soberanía nacional, reconocido posteriormente en aquellos países, hubiera debido desarraigar preocupaciones destructoras de la libertad y hacer desaparecer pretensiones a la obediencia pasiva si bastasen por sí solas las declaraciones, aun las más solemnes, de doctrinas abstractas. La fuerza de hábitos creados por tres centurias será un obstáculo todavía para que en medio siglo las luces y la filosofía hayan

de triunfar de ese coloso, después de una lucha terrible y obstinada. Las personas de los obispos en aquellos países, eran, sin hipérbole, tan reverenciadas como la del gran Lama entre los tártaros. A su salida a la calle se arrodillaban los indios y bajaban las cabezas para recibir su bendición. Los frailes eran en los pueblos y aldeas distantes de las capitales los maestros de la doctrina y los ***señores*** del común; en las ciudades grandes, los directores de las conciencias de los propietarios y de las señoras. Los conventos de los dominicos y carmelitas poseían y poseen riquezas de mucha consideración en bienes raíces rústicos y urbanos. Los conventos de religiosas en México, especialmente la Concepción, la Encarnación y Santa Teresa, tienen en propiedad al menos tres cuartas partes de los edificios particulares de la capital, y en proporción sucede lo mismo en las otras provincias. De manera que se puede asegurar sin exageración que los bienes que poseen los eclesiásticos y religiosos de ambos sexos ascienden al producto anual de tres millones de renta.

Pónganse en el peso de la balanza, con respecto a su influencia, estos valores y se podrá calcular aproximadamente cuál será en una población pobre, en que las propiedades están muy mal distribuidas.

Ahora entro en otra materia delicada, que puede considerarse como uno de los elementos de discordia en aquellos países y que ofrecerá grandes embarazos a sus legisladores, en proporción de que vayan abandonando cuestiones pueriles y frívolas y se ocupen más profundamente de los verdaderos intereses de su patria. Hablo de la distribución de tierras hecha por los españoles y del modo como están repartidas en el día.

El gobierno español no podía dejar de hacer concesiones de tierras a aquellas personas que más habían contribuido a la conquista

de aquel rico y bello territorio. Naturalmente, los conquistadores escogieron los terrenos mejor situados y más fértiles en el orden con que cada uno se creía o tenía el derecho de obtener esta clase de recompensa. Las ricas y cuantiosas posesiones de los condes del Valle, de Santiago, San Miguel de Aguayo, mariscal de Castilla, duque de Monteleone y otros, ocupan un territorio inmenso y cultivable. Las otras fincas rústicas que rodean los pueblos y ciudades, que pertenecen a los conventos y establecimientos piadosos, han traído su origen de concesiones reales, otras de legados testamentarios, donaciones ***inter vivos***, y algunas pocas provienen de contratos de compra y venta. La tercera clase de grandes propietarios es la de las familias descendientes de ricos españoles, que compraron desde tiempos remotos tierras al gobierno o a los indios cuando tenían un precio sumamente bajo, y fueron agregando sucesivamente hasta formar las haciendas que hoy valen desde medio millón de pesos hasta dos millones, como las de los Reglas, Vivancos, Vicarios, marqués del Jaral, Fagoagas, Alcaraces y otros.

La cuarta clase es la de los pequeños propietarios, que tienen fincas rústicas cuyo valor no excede de seis hasta quince mil pesos, adquiridas por compra o herencia, u otro título semejante. He aquí cómo están distribuidas la mayor parte de las tierras de la República Mexicana, especialmente las que rodean las ciudades o las grandes poblaciones. Todas estas posesiones están en manos de los españoles o sus descendientes y son cultivadas por los indios, que sirven de jornaleros. De siete millones de habitantes que ocuparán ahora aquel inmenso territorio, cuatro al menos son de indios o gentes de color, entre los cuales noventa centésimos están reducidos al estado que he dicho anteriormente. De consiguiente, no existe en aquel país aquella

gradación de fortunas que forma una escala regular de comodidades en la vida social, principio y fundamento de la existencia de las naciones civilizadas. Es una imagen de la Europa feudal, sin el espíritu de independencia y el enérgico valor de aquellos tiempos.

Durante los trescientos años del gobierno colonial, estas clases, reducidas a subsistir de su trabajo diario, no tenían ningunas nociones de un estado mejor de vida, o al menos ni siquiera sospechaban el poder ser llamadas a entrar en goces de otra especie que la existencia triste y miserable en que permanecían. Sus deseos, por otra parte, eran proporcionados a sus ideas, y éstas, como se ha dicho, ocupaban una esfera tan corta, que se puede decir con exactitud que solamente conocían lo físico de la vida. Aquellas acciones que los ponían en contacto con los blancos, como la asistencia a los templos y uno que otro, muy raro, concurso a algún acto público, eran puramente mecánicas, y era un fenómeno oír de estos seres degradados un raciocinio. Muchos viajeros han dicho que los indígenas de América son reservados y silenciosos, equivocando lo que es sólo efecto de su ignorancia con un estudio o cuidado en no hablar. Pero si por uno de los caprichos desconocidos de la naturaleza sobresalía un genio, un carácter notable, en el momento hablaba a sus compañeros con el lenguaje de la desesperación, y exhortándolos a sacudir su esclavitud, era sacrificado por los opresores. Tupac-Amaro en el Perú y Quisteil en Yucatán pueden citarse entre otros.

"La igualdad o la desigualdad entre los diversos órdenes de ciudadanos, en una nación nueva y semisalvaje —dice un ilustre escritor—, depende esencialmente de la distribución de propiedades territoriales; porque una nación no civilizada no tiene comercio, ni capitales acumulados, ni manufacturas y artes; no puede, pues,

poseer otras riquezas que las que produce la tierra. Ella es la única que alimenta a los hombres en un país sin comercio y sin riquezas acumuladas, y los hombres obedecen constantemente al que puede a su arbitrio darles o retirarles los medios de vivir y gozar. Una nación —continúa el mismo autor— adquiere algunas veces sin revolución y sin conquista un grado de civilización imperfecta, en la que las tierras son cultivadas sin que el comercio y las artes hayan hecho todavía ningunos progresos; entonces es probable que las tierras que pertenecen a esta nación fuesen en su origen repartidas entre los ciudadanos en porciones poco más o menos iguales, o al menos que ninguno de ellos obtuvo de sus compatriotas el permiso de apropiarse una extensión de tierra sumamente desproporcionada a las fuerzas de la familia que debía cultivarla. Las haciendas podían ser más o menos grandes, pero nunca eran tanto como provincias, y la desigualdad que en este caso existía entre los particulares no sería tal que pusiese a los unos en dependencia necesaria de los otros. Los ciudadanos desiguales únicamente en goces no olvidarían que eran iguales de origen y todos serían libres. Tal es la historia de la antigua Grecia y de la antigua Italia; y he aquí de dónde provino que desde los más remotos tiempos se viesen en estas comarcas solamente gobiernos libres. En nuestros días, la distribución de las fortunas en las colonias de la América Septentrional conserva alguna analogía con el primer establecimiento de las naciones agrícolas. Los colonos dan, es verdad, a sus haciendas una extensión más considerable que la que les damos en Europa; pero siempre son proporcionadas a las fuerzas de sus familias. Por consiguiente existe entre ellos una especie de ***balanza territorial*** como la llamaba Harrington en su obra del ***Océana***; balanza que contribuye a mantener la libertad en los Estados Unidos del Norte.

Por lo demás, aun sin esta balanza pudiera haberse establecido aquella libertad, pues que los americanos tienen capitales acumulados, tienen comercio vasto y artes, encontrando los pobres como los ricos en su país medios abundantes de subsistir con independencia."

Esas doctrinas, de cuya exactitud no puede disputarse; prestan materia a reflexiones muy profundas, después de los datos que he asentado en orden al estado de las riquezas territoriales de la República Mexicana. Más de tres millones de individuos, llamados repentinamente a gozar de los derechos más amplios de ciudadanía, desde el estado de la más oprobiosa esclavitud, sin ninguna propiedad inmueble, sin conocimiento en ningún arte ni oficio, sin comercio ni industria alguna, ¿qué papel vienen a hacer en esta sociedad, en que apareciendo repentinamente pueden considerarse como la generación de Deucalión y Pirra? ¿Cómo hemos de juzgarlos tan desprendidos del deseo de mejorar su suerte, que teniendo en sus manos usar de sus derechos políticos en las asambleas y magistraturas electivas no se aprovechen de su posición? Más claro: ¿qué deberán hacer las familias conquistadas, sobre las que se han ejercido vejaciones de todos géneros por tres siglos, al verse incorporadas por las constituciones del país a la gran familia nacional? Los inexpertos directores de aquellas sociedades, ¿cómo han podido olvidar o cerrar los ojos sobre lo que ha pasado en todas las naciones? ¿Cuáles han sido los movimientos constantes de los ***radicales*** en Inglaterra, de los liberales en la Europa continental, y más que todo en la Francia, que cimentó su revolución del 89 sobre la distribución de las propiedades feudales? El vuelo que ha tomado últimamente el proyecto de ***bill de Reforma*** en Inglaterra, ¿se cree por ventura que sea para tener unos cuantos diputados o electores de más?

Todo gobierno tiene su principio de existencia, que una vez descompuesto o desnaturalizado debe ser sustituido por otro análogo a los cambios ocurridos en el país. El sistema colonial establecido por el gobierno español estaba fundado:

1º Sobre el ***terror*** que produce el pronto castigo de las más pequeñas acciones que pudiesen inducir a desobediencia, es decir, sobre la más ciega obediencia pasiva, sin permitirse el examen de lo que se mandaba ni por quién.

2° Sobre la ignorancia en que se debía mantener a aquellos habitantes, los que no podían aprender más que lo que el gobierno quería, y hasta el punto que le era conveniente.

3º Sobre la educación religiosa, y principalmente sobre la más indigna superstición.

4° Sobre una incomunicación judaica con todos los extranjeros.

5° Sobre el monopolio del comercio, de las propiedades territoriales y de los empleos.

6° Sobre un número de tropas arregladas que ejecutaban en el momento las órdenes de los mandarines, y que más bien eran gendarmes de policía que soldados del ejército para defender el país. Después de haber conseguido los mexicanos su independencia ha desaparecido el ***terror*** que inspiraban las autoridades españolas, conservado por el hábito heredado de padres e hijos, y se han sustituido las más amplias declaraciones de ***libertad*** y de ***igualdad***. La ignorancia, sin haber podido desaparecer, ha dado lugar a una charlatanería política, que se apodera de los negocios públicos y conduce el Estado al caos y a la confusión. Sin dejar de existir la superstición popular, se han introducido una porción de libros que corrompen las costumbres sin ilustrar el entendimiento. Ya no hay monopolio de comercio, de

empleos ni de propiedades territoriales, y este artículo necesita una larga explicación.

El comercio se ha abierto a todos los extranjeros, y los especuladores han sacado grandes utilidades, como debía esperarse. Efectos conducidos por segunda, tercera o cuarta mano, pasando de la Europa Septentrional a los comerciantes de Cádiz, y de éstos a Veracruz y México, debían necesariamente llegar mucho más caros, especialmente no teniendo concurrencia en los mercados. Se ha mejorado mucho en esta parte la suerte del país y se ven muchas menos gentes desnudas que en otro tiempo. Pero muy pocos son los extranjeros que después de haber hecho grandes ganancias permanezcan en el país y se enlacen con familias mexicanas. Parece que se miran en él como en tiendas de campaña, para levantarlas luego que hayan concluido sus asuntos. En este punto debe esperarse mucha mejora con el tiempo. En cuanto al monopolio de los empleos, sólo existe entre las facciones que pelean entre sí para obtenerlos, pero todos son mexicanos. Las propiedades territoriales son uno de los grandes objetos que ocuparán la atención de aquellos gobiernos. Sobre esto ya he hablado cuanto baste a dar a conocer la delicada posición de los directores de aquellos pueblos, y no me he propuesto hacer un tratado de insurrecciones. Me reservo dar mayor extensión a estas ideas en mis ***Memorias***, que deberé publicar dentro de poco tiempo y que tengo entre manos.

Uno de los mayores males que afligirán por algún tiempo aquellos pueblos es el de las tropas permanentes, así por los gastos inútiles que causan como porque obrando por masas organizadas, bajo la dirección de jefes ambiciosos, los gobiernos civiles no pueden oponerles resistencia, y son, de consiguiente, sus instrumentos o sus

víctimas. Diez o doce coroneles de cuerpos regimentados y cuatro o cinco generales, formando un sistema combinado, oprimen el país, y sin alterar las fórmulas republicanas todo marcha bajo sus inspiraciones. Los negociantes extranjeros, que no pueden tener otro interés qué sus ganancias, que dependen del estado de tranquilidad o de esclavitud, favorecen cuanto depende de ellos este sistema, se unen con los españoles que desean lo mismo y es muy común ver muchos liberales de Europa en México alistados en las filas de los opresores. Esto explica el misterio de por qué algunos periódicos, aun de los del partido de la libertad en Europa, hacen apologías de los gobiernos militares de América. Recibiendo las comunicaciones y noticias de los comisionistas de ultramar, y hablando éstos siempre en el sentido de sus ganancias o intereses, es claro que el partido militar debe ser considerado el más útil a sus especulaciones.

Pero no se deben nunca perder de vista los principios que he asentado sobre los hechos notorios que también he referido. El mayor y más peligroso error de los que dirigen los negocios públicos es el no contar con las generaciones que nos vienen sucediendo ni con sus adelantos y pretensiones, y en ninguna parte este error es susceptible de más fácil desengaño que en los nuevos Estados de América. Desde el año de 1808 hasta 1830, es decir, en el espacio de una generación, es tanto el cambio de ideas, de opiniones, de partidos y de intereses que ha sobrevenido, cuanto basta a trastornar una forma de gobierno respetada y reconocida y hacer pasar siete millones de habitantes desde el despotismo y la arbitrariedad hasta las teorías más liberales. Sólo las costumbres y hábitos que se transmiten en todos los movimientos, acciones y continuos ejemplos no han podido variarse, porque ¿cómo pueden las doctrinas abstractas hacer cambiar

repentinamente el curso de la vida? De consiguiente, tenemos en contradicción con los sistemas teóricos de los gobiernos establecidos esos agentes poderosos de la vida humana, y no podrán negar los fundadores de las formas republicanas que sólo han vestido con el ropaje de las declaraciones de derechos y principios al hombre antiguo, al mismo cuerpo o conjunto de preocupaciones, a la masa organizada y conformada por las instituciones anteriores ¿Qué han hecho para sustituir usos y costumbres análogos al nuevo orden de cosas? Hay, pues, un choque continuo entre las doctrinas que se profesan, las instituciones que se adoptan, los principios que se establecen; entre los abusos que se santifican, las costumbres que dominan, derechos semifeudales que se respetan; entre la soberanía nacional, igualdad de derechos políticos, libertad de imprenta, gobierno popular, y entre intervención de la fuerza armada, fueros privilegiados, intolerancia religiosa y propietarios de inmensos territorios. Pónganse siquiera en armonía los principios conservadores de un orden social cualquiera. Si se adopta por convencimiento, por raciocinio, por un juicio formado después de profundo examen un ***sistema federal***, que es lo que me parece más conforme a aquellos países, no por eso se debe copiar textualmente el de los vecinos del Norte, ni mucho menos artículos literales de la Constitución española.

El colmo del absurdo y la ausencia de todo buen sentido es la sensación de los fueros y privilegios en un gobierno popular. Establézcase, si se quiere o se cree así útil al bien del país, una aristocracia eclesiástica, militar y civil; imítense, si se puede, las repúblicas de Génova y Venecia; entonces, que haya fueros y clases privilegiadas; que haya leyes para cada jerarquía, para cada corporación o para cada persona, si así se juzgare conveniente. Pero

una Constitución formada sobre las bases de libertad más amplías, sobre el modelo de la de los americanos del Norte, conservando una religión del Estado sin tolerancia de otra, tropas privilegiadas y jefes militares en los mandos civiles, conventos de religiosos de ambos sexos instituidos conforme a los cánones de la Iglesia romana, tres millones de ciudadanos sin ninguna propiedad ni modo de subsistir conocido, medio millón con derechos políticos para votar en las elecciones sin saber leer ni escribir, tribunales militares juzgando sobre ciertas causas privilegiadas; por último, todos los estímulos de una libertad ilimitada y la ausencia de todas las garantías sociales, no pueden dejar de producir una guerra perpetua entre partes tan heterogéneas y tan opuestos intereses. Hágase desaparecer ese conjunto de anomalías que se repelen mutuamente.

Prolegómenos de la Independencia mexicana[89]

Lucas Alamán

Lucas Alamán, retrato.

Prólogo

En los dos años de 1844 y 45 destiné los ratos de descanso que me dejaban mis multiplicadas ocupaciones, a presentar en una serie de disertaciones, de que se publicaron entonces dos tomos, los hechos principales relativos a la conquista de México por los españoles, al establecimiento de su gobierno y de la religión católica que sus misioneros progaron, y a la formación y progresos de la capital. Parecióme necesario este trabajo, porque veía el poco conocimiento que se tenia acerca de este género de nociones, tan indispensables en un país, en que todo cuanto existe trae su orígen de aquella prodigiosa conquista, y el público en general recibió con aprecio esta obra, que no dejó de producir bastante bien, rectificando algun tanto las ideas que habian padecido notables extravíos. Preparábame a seguir publicando el tercer tomo, que debía contener la historia compendiada de la administración española en los tres siglos que duró, terminando con presentar el estado en que

[89] Éste es el Libro Primero de la obra *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año 1808 hasta la época presente*, fue publicada en 1849.

se hallaba el reino de Nueva España cuando comenzó la revolución que ha hecho olvidar este nombre, substituyendo en su lugar el de México; pero la serie no interrumpida de trastornos políticos que desde entonces se han seguido, ha impedido verificar mi intento. Reservé pues continuar esta publicación en menos azarosas circunstancias, como he comenzado a efectuarlo, dando mayor extensión y amplitud a mi primitivo plan, pero como no he considerado las disertaciones más que como la introducción a la historia de la independencia, el escribir esta ha sido el objeto final de mis tareas

Me he creído en cierto modo obligado a ello, como por una deuda de justicia que debo a la posteridad. Ví nacer en Guanajuato, mi patria, la revolución que comenzó D. Miguel Hidalgo, cura de Dolores, en 16 de septiembre de 1810: conocí personalmente a este y a muchas de las personas que en aquellos sucesos hicieron un papel muy principal; he intervenido después frecuentemente en los negocios públicos desde 1820, ya como diputado en las cortes de España, ya como ministro en este gobierno y en otros altos puestos; he tratado muy de cerca a casi todos los que desde aquella época han tenido parte en los acontecimientos políticos, y he podido con esto penetrar sus miras e intenciones; pocos hombres pues de los que hoy existen se hallan con los conocimientos que yo, de las personas y de las cosas, de los tiempos y de las circunstancias. Veo por otra parte que todos aquellos de mis contemporáneos que hubieran podido tratar con acierto esta materia, van desapareciendo sin dejar nada escrito; que todo cuanto hasta ahora se ha publicado sobre los acontecimientos de esta época tan importante, está plagado de errores, hijos unos de la ignorancia, otros de la mala fe y de las miras siniestras de los escritores, que todos se han dejado llevar del espíritu de partido,

como sucede casi siempre en los que escriben, recientes todavía los odios de las facciones a que han pertenecido. Por todas estas razones me ha parecido deber ocuparme de esta parte de nuestra historia, de preferencia a la continuación de las disertaciones que no dejaré sin embargo de la mano, antes que me falte el tiempo o la salud, y bajen conmigo al sepulcro las noticias que con tanta diligencia he recogido, quedando por falta de ellas la historia de México, desde el año de 1808 en adelante, reducida como hoy está, a relaciones fabulosas y cuentos ridículos, con los que se ha alterado de tal manera la verdad de las cosas, que la generación que se va formando y en la que pocos quedan ya que sepan como verdaderamente fueron los sucesos, procede con las ideas mas extraviadas, lo que está dando lugar a males de la mayor trascendencia.

Mi intención no era sin embargo que esta obra viese la luz pública en mis dias. No llevando en ella más objeto que presentar los acontecimientos que refiero conforme a la verdad, me parecia que era menester esperar a que el tiempo hiciese prevalecer la buena razón, ofuscada frecuentemente entre los contemporáneos por la efervescencia de las pasiones, y que una generación nueva, en la que no obrasen los intereses, que se agitan en el momento en que se pasan los sucesos, viniese a fallar con severa imparcialidad sobre los hechos que se le presentasen, despojados de los disfraces y atavíos con que los desfiguran los escritores en el calor de la polémica, según el partido que cada uno pretende hacer prevalecer; pero algunos amigos a quienes comuniqué lo que llevaba escrito y mi intención de no publicarlo durante mi vida, han pensado de diverso modo y han creido que ya era tiempo de hacerlo, a lo menos en cuanto al periodo que comprende desde el ano de 1808 hasta la muerte de

D. Agustin de Iturbide. El público se manifiesta deseoso de saber la verdadera historia de unos sucesos que han sido presentados con tanta infidelidad, y las desgracias que la nación ha sufrido, han acelerado los desengaños que suelen ser efecto del trascurso del tiempo. Estas y otras razones me han decidido a publicar la parte de historia que corresponde al periodo expresado, y para corresponder como se debe a este deseo, me he propuesto presentar los hechos con toda la fidelidad que requiere la verdad de la historia, informándome de estos con diligente cuidado, y consultando no sólo todo lo que se ha escrito acerca de ellos, sino preguntando a los que los presenciaron y examinando todos los documentos fidedignos que he podido conseguir. De mucho de lo que refiero soy testigo o he intervenido en ello; de lo demás he tenido a la vista documentos originales, algunos de los cuales copiaré en el apéndice a cada uno de los libros en que dividiré la obra en apoyo de lo que asiente, y en todo citaré exactamente las autoridades que me hayan servido de fundamento, para que puedan consultarse siempre que se quiera. Omitiré en cuanto lo permita la materia, toda observación propia, dejando que el lector, ejerciendo su juicio, califique por sí mismo el mérito de cada acción, cuando esté instruido a fondo de su esencia. Acaso caerán. algunas reputaciones mal adquiridas o mentirosamente formadas; muchos juicios pronunciados por el espíritu de partido, parecerán injustos o infundados, pero esto no será el resultado de mis raciocinios, sino de los que el lector imparcial haga, en vista de los hechos que se le presenten.

Mi posición en el tiempo en que he escrito, me ha colocado en la situación mas ventajosa para juzgar con imparcialidad de todo lo pasado. En el curso rápido de las revoluciones, han dejado de existir

los partidos a que he pertenecido o que me han sido contrarios; la posteridad ha llegado para todos; otros intereses, otras opiniones han sucedido a las que aquellos habían creado o sostenido, y cuando todo se ha cambiado, la pluma corre con libertad, olvidada de la parte que el que la lleva tuvo en unas escenas cuyas decoraciones se han mudado y cuyos actores han desaparecido. Mis opiniones también se han rectificado, y la experiencia ha venido a hacerme ver las cosas, bajo aspectos bien diversos que los que antes me ofrecía un deseo siempre puro y una intención recta, pero a veces extraviada por los ensueños de las teorías y los delirios de los sistemas. Por otra parte, las revoluciones se explican unas por otras, y lo que en el tiempo en que sucedieron fue motivo de acaloradas disputas y de muchos escritos en oposición unos de otros, viene a comprenderse después con la mayor claridad por el mismo curso de los sucesos, y por la diversa posición en que se encuentran las personas que en ellos figuraron.

La parte de historia que ahora publico abraza cerca de diez y seis años, en cuyo periodo los acontecimientos se han multiplicado extraordinariamente y se ha cambiado todo en el país, forma de gobierno, instituciones, costumbres y en mucha parte hasta los habitantes. Era pues necesario dar idea de lo que hubo, para venir en conocimiento de la alteración que ha sufrido, omitiendo no obstante hablar con demasiada menudencia de cada cosa, para no debilitar el interés que presenta el conjunto de todas, sin dejar por esto de presentar aquellos pormenores que tanto excitan la curiosidad cuando están recientes los acontecimientos, pero que no la mueven igualmente cuando estos van siendo más lejanos, fijándose la atención del lector únicamente sobre los grandes sucesos, para encontrar el enlace de estos y las consecuencias que han producido. Dejaré pues

aparte todos los incidentes que no tengan una conexión precisa con el asunto principal, o los consignaré en notas al pie de los folios si su extensión lo permitiere, o en el apéndice, si hubieren de ocupar demasiado espacio y su importancia así lo pidiere. No obstante esto, trataré con alguna extensión aquellos puntos que me pareciere requerirlo, por ser más importantes o poco conocidos entre los nacionales y todavía menos entre los extranjeros, tales como la forma de gobierno que tuvo este país desde la conquista y el estado de prosperidad a que llegó, para que con presencia de lo que hubo y de los felices resultados que produjo, se procure, en cuanto la variación que necesariamente producen los tiempos lo permita, obtener iguales ventajas, sirviéndose de los medios ya conocidos y comprobados por la experiencia.

En cuanto a los autores cuyas obras hubiere de citar, como sería una digresión ajena del asunto y que interrumpiría el curso de la narración, entrar a discutir el grado de confianza que cada uno merezca, me propongo; si el tiempo alcanzare, dar al fin una noticia crítica de las obras que he consultado, con la biografía de los autores que de muchos merece ser conocida y conservada, perdiéndose cada día su memoria, por la incuria en escribir que por desgracia es común entre nosotros.

Además de las obras que se han publicado y andan en manos de todos, tengo a la vista multitud de folletos impresos y relaciones manuscritas de muchos de los principales sucesos de que he de ocuparme que citaré con puntualidad, habiéndome sido de suma utilidad la extensa colección que posee mi amigo D. José María Andrade, sin cuyo auxilio me habría sido imposible escribir esta obra, aprovechando esta oportunidad de manifestarle mi reconocimiento,

así como a todas las demás personas que con el mayor empeño, se han ocupado en procurarme documentos y en esclarecer las dudas que me han ocurrido, a quienes citaré para comprobación de mis asertos según la ocasión se presente, pero no puedo omitir el hacer mención desde ahora de una de las obras manuscritas que me han sido más útiles, precisamente para el periodo en que menos puedo juzgar por mí mismo, por ser el tiempo que ocupé en mis viajes en Europa, desde 1814 hasta 1820. Esta obra es los ***Apuntes históricos de la Revolución del Reino de Nueva España***, que formó mi difunto hermano el Dr. Juan Bautista Arechederreta, canónigo que fue de esta santa Iglesia Catedral. Sin otra pretensión que la de dejar consignada la verdad para que pudiera saberse en los años venideros, formó un diario muy exacto de todo lo ocurrido desde 1o. de octubre de 1811 hasta 19 de junio de 1820 en cuyo mes, restablecida la Constitución de las Cortes de Cádiz de 1812, se dejaba ver en este acontecimiento el principio de nuevos trastornos, que el autor dejó para que otros se ocupasen de referirlos. Cada cuatro meses formó una sinopsis de lo acontecido en aquel periodo, con muy juiciosas observaciones sobre el estado de la revolución, y para que la historia quedase completa, agregó después un resumen de todo lo acontecido desde la prisión del virrey Iturrigaray, hasta el 1o. de octubre de 1811 en que empezó sus apuntes diarios. Todo hace cuatro tomos en cuarto escritos de mano de mi citado hermano, y al fin de cada uno reunió los impresos más importantes que sirven de comprobación y ampliación de lo que en el ***Diario*** refiere. Esta herencia, muy preciosa para mí, no sólo por el afecto verdaderamente fraternal que profesé al autor, sino por la entera confianza que merece su veracidad y buena fe, llena casi enteramente el periodo en que no estuve presente o no tuve parte en los acontecimientos que refiero, pues aunque queda todavía un vacío y

no poco importante, desde 1821 que regresé a Europa como diputado de la provincia de Guanajuato a las cortes de España, hasta principios de 1823 en que me restituí a mi patria, y en este espacio de tiempo se verificó la independencia hecha por D. Agustín Iturbide, la elevación de este al imperio y su caída, son cosas ya muy conocidas y sobre que no me ha sido difícil recoger buenos datos. Sin embargo de todas estas noticias que tan útiles me han sido, la fuente principal a que he ocurrido es el archivo general, en que hallándose reunidos todos los papeles de la secretaría del virreinato, es donde he encontrado todos los datos necesarios para rectificar los errores divulgados en muchas de las obras que se han publicado y para presentar los hechos desde su origen. Debo agregar, que para asegurarme más en la verdad de mi narración, he leído a varios amigos lo que he ido escribiendo, para rectificar con su opinión cualquier error en que hubiese podido caer, y nunca he dado por acabada ninguna parte de esta historia, mientras ha habido alguna noticia que recoger o algún documento que examinar; de lo que podrá inferirse que recibiré con aprecio todas cuantas noticias se me comuniquen, y que enmendaré de buena voluntad todos cuantos errores se me manifestare que he cometido en los hechos, que son los que deseo queden bien establecidos; pues en cuanto a las consecuencias que de ellos puedan deducirse y las opiniones que den lugar a formar, cada uno es libre para tener la suya, y no pretendo sujetar a nadie a seguir la mía.

La división en libros corresponde a las épocas principales en que puede distribuirse el periodo que abraza esta historia y por esto no puede ser la extensión de tiempo y de volumen la misma en cada uno, aunque he atendido a darles igual magnitud, en cuanto lo han permitido el número e importancia de las materias que contienen.

Como la utilidad de la historia consiste, no precisamente en el conocimiento de los hechos, sino en penetrar el influjo que estos han tenido los unos sobre los otros; en ligarlos entre sí de manera que en los primeros se eche de ver la causa productora de los últimos, y en estos la consecuencia precisa de aquellos, con el fin de guiarse en lo sucesivo por la experiencia de lo pasado; mi principal atención ha sido, considerando el conjunto de los sucesos, desde los primeros movimientos del año de 1808 hasta la época en que escribo, demarcar bien las ideas que se presentaron desde el principio, como base y medios de la revolución y seguirlas en todo su progreso; hacer notar el influjo que tuvo sobre la moralidad de la masa de la población el primer impulso que a aquella se dio, y las consecuencias que ha producido el pretender hacer cambiar no sólo el estado político, sino también el civil, atacando las creencias religiosas y los usos y costumbres establecidos, hasta venir a caer en el abismo en que estamos; y como el extravío de las ideas y la falsa luz bajo que se han considerado las cosas, ha sido la causa de los desaciertos que se han cometido, si mi trabajo diese por resultado hacer que la generación venidera sea más cauta que la presente, podré lisonjearme de haber producido el mayor bien que puede resultar del estudio de la historia; pero si los males hubieren de ir tan adelante que la actual nación mexicana, víctima de la ambición extranjera y del desorden interior, desaparezca para dar lugar a otros pueblos, a otros usos y costumbres que hagan olvidar hasta la lengua castellana en estos países, mi obra todavía podrá ser útil para que otras naciones americanas, si es que alguna sabe aprovechar las lecciones que la experiencia ajena presenta, vean por qué medios se desvanecen las más lisonjeras esperanzas, y cómo los errores de los hombres pueden hacer inútiles los más bellos presentes de la naturaleza.

Capítulo I

Virreinato de la Nueva España.- Primitivos habitantes de ella.- Nueva población originada en la conquista.- Españoles europeos, y americanos.- Rivalidad entre ambos.- Mujeres criollas.- Nobleza.- Ilustración.- Población total.- Proporción de las diversas clases.- Indios.- Castas.- Calidades e ignorancia de estas dos clases.- Distribución de la población sobre la superficie del reino.

El virreinato de Nueva España comprendía, en la época en que esta historia comienza, no sólo el territorio a que dio este nombre D. Fernando Cortés cuando hizo el descubrimiento y conquista de él, sino también el antiguo reino de Michoacán: la nueva Galícia, conquistada por Nuño de Guzmán, que formaba la intendencia de Guadalajara; otras provincias centrales que sucesivamente se agregaron; las internas de Oriente y Occidente; las Californias, y la península de Yucatán. Al Norte confinaba con los Estados-Unidos de América, desde el golfo de México hasta el Océano Pacífico, siendo inciertos los límites, hasta que se fijaron claramente en el tratado celebrado por el rey de España con el gobierno de aquella República, en 22 de febrero de 1819. Se extendía por el Sur hasta tocar con la provincia de Chiapas y su anexa de Soconusco, dependientes de la capitanía general de Guatemala; y las costas de Yucatán, desde el golfo de Honduras, con el vasto contorno del Seno mexicano, señalaban sus términos por el Oriente; así como por el Poniente los formaba el mar del Sur, u Océano Pacífico, desde el istmo de Tehuantepec, hasta el Norte de la alta California.

La cordillera de los Andes, que en toda la América meridional corre aproximada al mar del Sur, se reduce a tan corta altura y espacio

en el istmo de Tehuantepec, que hace practicable en aquel punto la comunicación entre ambos océanos, y vuelve a alzarse luego desde la provincia de Oaxaca, extendiéndose en anchura a medida que camina hacia el Norte. Entre las ásperas sierras que van siguiendo la dirección de la cordillera principal, coronadas en algunas partes por la nieve perpetua que cubre los antiguos volcanes elevados a inmensas alturas, se forman llanos espaciosos, levantados algunos más de dos mil varas sobre el nivel del mar, que se suelen conocer con el nombre de ***valles*** y que se denominan por las principales poblaciones que en ellos se encuentran. Al conjunto de estas llanadas, colocadas a tanta elevación, se ha dado impropiamente el nombre de la ***mesa central de México***. Su descenso es muy rápido hacia las costas del Seno mexicano, pero por el lado del mar del Sur, va graduándose como por escalones, que forman los diversos ramos de la cordillera, la cual continúa hasta los Estados Unidos por el medio del continente, formando un plano suavemente inclinado hacia las riberas del río grande del Norte y las llanuras de Texas.[90]

Esta estructura particular del terreno combinada con la latitud, produce, no solo la gran variedad de climas y de frutos que se conocen en México, sino que también influye en la diversidad de castas que forman su población, y en sus usos, costumbres, buenas y malas calidades, tanto físicas como morales. De la misma causa procede la mayor o menor facilidad de las comunicaciones de unos puntos a otros, según que los separan entre sí llanuras secas y áridas en una parte del año, pantanosas o anegadas en la otra; cordilleras inaccesibles por

[90] Véanse las vistas de las cordilleras del barón de Humboldt. El nombre que en su central da la falsa idea de que hay una llanura que forma el dorso de la cordillera; lo que no es así, pues son muchas las llanuras que, a diversas elevaciones, se forman entre las cadenas de montañas que siguen la dirección de la cordillera, y que son como las crestas de ella, pero tampoco se podría encontrar otro más adecuado.

su aspereza, o valles y profundidades ardientes y enfermizas, para todos los que no están habituados a aquellos climas mortíferos. Los efectos de esta conformación del país, han sido también de la mayor trascendencia en los acontecimientos de que voy a ocuparme, y por esto el conocimiento de esta constitución física es indispensable, para comprender su historia política y militar.

Antes de la conquista que los españoles hicieron a principios del siglo XVI, y a que fueron dando mayor extensión en los dos siguientes, el país se hallaba poblado por diversas naciones, que según sus historias, habían emigrado en distintas épocas de las regiones septentrionales, estando trazado con mucha precisión en sus pinturas jeroglíficas, el camino que algunas de ellas siguieron desde el Norte de las Californias hasta las lagunas mexicanas, y todo inclina a creer que estas emigraciones procedieron de la gran llanura central del Asia, que por un lado lanzó sobre la Europa los enjambres de bárbaros que contribuyeron a destruir el imperio romano, y por el otro las tribus que poblaron el continente americano; sin negar por esto que hubiese otra emigración por el Atlántico, más antigua y de pueblos más adelantados en cultura, de los que ya no quedaba ni memoria en el siglo de la conquista, y sólo son conocidos por las gigantescas ruinas del Palenque y las que se ven todavía en varios puntos de Yucatán. De estas varias naciones, la mexicana, gobernada bajo la forma de una monarquía electiva, era la más poderosa, y con sucesivas conquistas, se había ido extendiendo desde la laguna que fue su primer asiento, hasta el Seno mexicano por el Oriente, comprendiendo las provincias de México, Puebla y Veracruz: sus límites por el Poniente eran más estrechos, pues solo llegaban a pocas leguas

de la capital, lindando con la serranía de Tula y rio de Moctezuma o de Tampico; mas por el Sur se prolongaba hasta el mar Pacífico, en todo el resto de la provincia de México y parte de la de Michoacán. Dentro de aquel imperio se hallaba enclavada la República aristocrática de Tlaxcala, con su pequeño territorio, excepto por el Norte que tenía por vecinos a los bárbaros chichimecas; siempre en guerra con los mexicanos para defender su independencia, el odio nacional que se había creado entre ambos pueblos por estas hostilidades continuas, fue el gran resorte, que con admirable sagacidad, supo emplear Cortés para subyugar a unos y otros. Estas naciones ocupaban en su parte principal las llanuras más elevadas de la mesa central, en el clima templado y frio: las monarquías de Oaxaca y Michoacán, se hallaban situadas en el descenso de la cordillera hacia el mar del Sur, y tenían la misma extensión que las intendencias que llevaron después estos nombres; varios caciques independientes dominaban las costas de Jalisco o Nueva Galicia, y quedaban también algunos otros que no habían sido sometidos al yugo mexicano en las del Norte, hacia la embocadura del Pánuco. Estos eran los pueblos que por sus leyes, instituciones políticas y conocimientos en la astronomía y en las artes, habían llegado a un grado más o menos elevado de civilización, especialmente los mexicanos, y todavía más el reino de Tezcuco, que así como el de Tacuba se hallaban unidos a aquellos por una especie de triple alianza, de que sería difícil encontrar otro ejemplo en la historia. Todo el resto del país hacia el Norte estaba ocupado por tribus vagantes, en estado de completa barbarie, que costó mucho tiempo y trabajo a los españoles reducir y civilizar, más por medio de los misioneros que por las armas, y aun este género de población iba disminuyendo a medida que se apartaba del centro de

la civilización que era el valle mexicano, hasta terminar en regiones casi del todo despobladas y yermas.[91]

La conquista introdujo en la población de la Nueva España, y en general, de todo el continente de América, otros elementos que es indispensable conocer, tanto en su número como en su importancia y distribución sobre la superficie del país, pues todas estas circunstancias, y aun todavía más, la distinción que las leyes hicieron entre las diversas clases de habitantes, fueron de grande influjo en la revolución y en todos los acontecimientos sucesivos. Estos nuevos elementos fueron los españoles y los negros que ellos trajeron de África. Distinguiéronse poco tiempo después los españoles en nacidos en Europa, y en naturales de América, a quienes por esta razón se dio el nombre de ***criollos***, el que con el trascurso del tiempo vino a considerarse como una voz insultante, pero que en su origen no significaba más que ***nacido y criado en la tierra***. De la mezcla de los españoles con la clase india procedieron los ***mestizos***, así como de la de todos con los negros, los ***mulatos, zambos, pardos*** y toda la variada nomenclatura, que se comprendía en el nombre genérico de ***castas***.[92] A los españoles

[91] El mayor o menor grado de civilización a que habían llegado las naciones que poblaban el continente americano antes de la conquista, ha sido materia de graves discusiones, en que los intereses de los conquistadores, y después el espíritu de partido, han tenido una pequeña parte. No puede sin embargo ponerse en duda que México, Tezcuco y otros pueblos, habían llegado a un alto grado de perfección en sus instituciones políticas, en el arreglo de su calendario y en diversas artes y manufacturas, como se ve por las cartas de Cortés, las obras de los misioneros y otros escritos imparciales, cuyas noticias han sido recopiladas y presentadas de una manera amena y aun poética por el Sr. Prescott, en su *Historia de la conquista de México,* publicada en tres tomos en Nueva York en el año de 1843. Véase también nuestro historiador nacional Clavijero, de cuya excelente obra se aprovechó mucho Prescott. Las instituciones indias en las naciones que los conquistadores encontraron en el país tenían en lo general el carácter de haber sido tomadas o trasladadas de otra parte, sin haber hecho después progreso alguno, y esto se advertía principalmente en sus conocimientos astronómicos. Tampoco puede dudarse que, en tiempos muy antiguos, estuvieron en comunicación con otras naciones de antiguo continente, no en los primitivos tiempos, sino cuando se había introducido ya el culto de las imágenes, sobre lo que puede verse la ingeniosa disertación del Dr. Mier en el apéndice de Documentos al final del tomo segundo de su *Historia de la revolución de Nueva España*, que publicó en Londres en dos tomos en 1813, con el nombre del Dr. D. José Guerra, fol. VIII hasta el fin. De la referida obra del Dr. Mier haré un uso muy frecuente en esta historia.

[92] Llamábanse *mestizos*, los hijos de español e india; *mulatos*, los de español y negra; *zambos* los de indio y negra, y como se suponía que la sangre negra era la que contaminaba de infamia a todas las demás, había denominaciones muy extrañas que demarcaban la permanencia, por enlaces sucesivos, a la misma distancia del tronco africano, y se llamaban *tente en el aire* a los que se hallaban en este caso, y *salta atrás*, cuando se retrocedía hacia aquel origen.

nacidos en Europa, y que en adelante llamaré solamente ***europeos***, se les llamaba ***gachupines***[93], que en lengua mexicana significa ***hombres que tienen calzados con puntas o que pican***, con alusión a las espuelas, y este nombre, lo mismo que el de ***criollo***, con el progreso de la rivalidad entre unos y otros, vino también a tenerse por ofensivo.

Regulábase en setenta mil el número de los españoles nacidos en Europa que residían en la Nueva España en el año de 1808. Ellos ocupaban casi todos los principales empleos en la administración, la iglesia, la magistratura y el ejército: ejercían casi exclusivamente el comercio, y eran dueños de grandes caudales consistentes en numerario, empleado en diversos giros, y en toda clase de fincas y propiedades. Los que no venían con empleos, dejaban su patria generalmente muy jóvenes, y pertenecían a familias pobres, pero honestas, en especial los que procedían de las provincias vascongadas y de las montañas de Santander, y por lo común eran de buenas costumbres. Siendo su fin hacer fortuna, estaban dispuestos a buscarla, destinándose a cualquier género de trabajo productivo: ni las distancias, ni los peligros, ni los malos climas los arredraban. Los unos llegaban destinados a servir en casa de algún pariente o amigo de su familia; otros eran acomodados por sus paisanos: todos entraban en clase de dependientes, sujetos a una severa disciplina, y desde sus

Estas diversas generaciones se representaban en cuadros y figuras de cera, con los trajes y ocupaciones a que cada *casta* se inclinaba. En las Antillas y en los Estados Unidos, las mezclas siendo solo entre negros y blancos, sus descendientes se llaman *tercerones, cuarterones*, etc., según que por la tercera o cuarta generación se han mezclado con blancos.

[93] El nombre mexicano de *calzado* o *zapato* y el verbo *tzopinia* significa, *punzar, picar* o *dar herronada* como lo define el P. Molina en su diccionario. De la combinación de ambos resultaría *acili-izopinia*, más como los nombres mexicanos pierden en la composición las últimas sílabas, queda *cac-tzopinia*, *punzar con el zapato o punta de él*, y siendo el participio de presente de este verbo *tzopini*, que usado como substantivo pierde la *i* final, resulta el nombre *cactzopin*, *el que punza o pica con el zapato*, que por las modificaciones que los españoles hacían en los nombres mexicanos que no se acomodaban a la pronuciación de la lengua castellana, y de que hay millares de ejemplos, quedó en *gachupín*. Esta interpretación me ha sido comunicada por el Sr. Lic. D. Faustino Chimalpopocatl Galicia, profesor de lengua mexicana en el Colegio de S. Gregorio de esta capital.

primeros pasos aprendían a considerar el trabajo y la economía, como el único camino para la riqueza. Alguna relajación había en esto en México y Veracruz, pero en todas las ciudades del interior, por ricas y populosas que fuesen, los dependientes en cada casa eran tenidos bajo un sistema muy estrecho de orden y regularidad casi monástica, y este género de educación espartana, hacía de los españoles residentes en América, una especie de hombres que no había en la misma España, y que no volverá a haber en América. Según adelantaban en su fortuna, o según los méritos que contraían, solían casar con alguna hija de la casa, mucho más si eran parientes, o se establecían por sí, y todos se enlazaban con mujeres criollas, pues eran muy pocas las que venían de España, y estas generalmente casadas con los empleados. Con la fortuna y el parentesco con las familias respetables de cada lugar venia la consideración, los empleos municipales y la influencia, que algunas veces degeneraba en preponderancia absoluta. Una vez establecidos así los españoles, nunca pensaban en volver a su patria, y consideraban como el único objeto de que debían ocuparse, el momento de sus intereses, los adelantos del lugar de su residencia, y la comodidad y decoro de su familia; de donde resaltaba, que cada español que se enriquecía, era un caudal que se formaba en beneficio del país, una familia acomodada que en él se arraigaba, o a falta de ésta, era origen de fundaciones piadosas y benéficas, destinadas al amparo de los huérfanos y al socorro de los menesterosos y desvalidos, de que especialmente la Ciudad de México presenta tan grandiosas muestras. Estas fortunas se formaban por las tareas laboriosas del campo, por un largo ejercicio del comercio, o por el más aventurado trabajo de las minas; y aunque estas ocupaciones no abriesen por lo común, un camino de llegar rápidamente a la riqueza, ayudaba a formarla la

economía que había en las familias, en las que se vivía con frugalidad, sin lujo en muebles ni vestidos, y así se habían ido creando porción de capitales medianos, que estaban repartidos en todas las poblaciones, aun en las de menos importancia, sin que esta parsimonia impidiese los actos de liberalidad que se manifestaban en ocasiones de públicas calamidades, o cuando el servicio de estado lo exigía, de lo que veremos muchos y muy señalados ejemplos.

Rara vez los criollos conservaban el orden de economía de sus padres y seguían la profesión que había enriquecido e éstos, los cuales, en medio de las comodidades que les proporcionaba el caudal que habían adquirido, tampoco sujetaban a sus hijos a la severa disciplina en que ellos mismos se habían formado. Deseosos de darles una educación más distinguida y correspondiente al lugar que ellos ocupaban en la sociedad, los destinaban a los estudios que los conducían a la iglesia o a la abogacía, o los dejaban en la ociosidad y en una soltura perjudicial a sus costumbres. Algunos los mandaban al seminario de Vergara, en la provincia de Guipúzcoa en España, cuando este se estableció bajo un pie brillante de instrucción general, y si esto se hubiera generalizado, habría contribuido mucho no solo a propagar los conocimientos útiles en la América española, sino también para unir esta con la metrópoli con lazos más duraderos. De este género de educación viciosa provenía, que mientras los dependientes europeos casados con las hijas del amo, sostenían el giro de la casa y venían a ser el apoyo de la familia, aumentando la porción de herencia que había tocado a sus mujeres; los hijos criollos la desperdiciaban en pocos años y quedaban arruinados y perdidos, echándose a pretender empleos, para ganar en el trabajo flojo de una oficina los medios escasos de subsistir, más bien que asegurarse

una existencia independiente, con una vida activa y laboriosa.[94] La educación literaria que se les daba a veces, y el aire de caballeros que tomaban en la ociosidad y en la abundancia, les hacía ver con desprecio a los europeos, que les parecían ruines y codiciosos porque eran económicos y activos, y los tenían por inferiores a ellos, porque se empleaban en tráficos y profesiones, que consideraban como indignas de la clase a que con ellas los habían elevado sus padres. Sea por efecto de esta viciosa educación, sea por influjo del clima que inclina al abandono y a la molicie, eran los criollos generalmente desidiosos y descuidados: de ingenio agudo, pero al que pocas veces acompañaba el juicio y la reflexión; prontos para emprender y poco prevenidos en los medios de ejecutar; entregándose con ardor a lo presente y atendiendo poco a lo venidero; pródigos en la buena fortuna y pacientes y sufridos en la adversa. El efecto de estas funestas propensiones era la corta duración de las fortunas, y el empeño de los europeos en trabajar para formarlas y dejarlas a sus hijos, pudiera compararse al tonel sin fondo de las Danaides, que por más que se le echara, nunca llegaba a colmarse. De aquí resultaba que la raza española en América necesitaba para permanecer en prosperidad y opulencia, una refacción continua de españoles europeos que venían a formar nuevas familias, a medida que las formadas por sus predecesores, caían en el olvido y la indigencia.

Aunque las leyes no establecían diferencia alguna entre estas dos clases de españoles, ni tampoco respecto a los mestizos nacidos de unos y otros de madres indias, vino a haberla de hecho, y con

[94] De aquí provino el proverbio tan conocido: *El padre mercader, el hijo caballero, el nieto pordiosero*, que caracterizaba en pocas palabras, este tránsito de la riqueza ganada con el trabajo, a la ociosidad y prodigalidad, y de ésta a la miseria. Esta prodigalidad venía de tiempos muy anteriores. Valbuena, en su *Grandeza mexicana,* poema que escribió en 1603 cuenta, entre las circunstancias que hacían *deliciosa* la vida en México, más que en ninguna otra parte del mundo, *Aquél prodigamente darlo todo, sin reparar en gastos excesivos, las perlas, oro, plata y seda a rodo*. Cap. 3° Arg. Caballos, calles, trato, cumplimiento.

ella se fue creando una rivalidad declarada entre ellas que, aunque por largo tiempo solapada, era de temer rompiese de una manera funesta, cuando se presentase la ocasión. Los europeos ejercían como antes se dijo, casi todos los altos empleos[95], tanto porque así lo exigía la política, cuanto por la mayor oportunidad que tenían de solicitarlos y obtenerlos, hallándose cerca de la fuente de que dimanaban todas las gracias: los criollos los obtenían rara vez, por alguna feliz combinación de circunstancias, o cuando iban a la corte a pretenderlos, y aunque tenían todas las plazas subalternas que eran en mucho mayor número, esto antes excitaba su ambición de ocupar también las superiores, que la satisfacía. Aunque en los dos primeros siglos después de la conquista, la carrera eclesiástica hubiese presentado a los americanos mayores adelantos, siendo muchos los que entonces obtuvieron[96] obispados, canonjías, cátedras y pingües beneficios; se habían cercenado para ellos estas gracias, y a pesar de haberse mandado por el rey que ocupasen por mitad los coros de las catedrales, a consecuencia de la representación que el ayuntamiento de México hizo en 2 de mayo de 1792, había

[95] De los ciento setenta virreyes que había habido en América hasta el año de 1813, sólo cuatro había nacido en ella, y esto por casualidad, por ser hijos de empleados. Tres de éstos fueron virreyes de México, y son D. Luis de Velasco, hijo del primero de este nombre que obtuvo aquella dignidad y murió en México en 1564; D. Juan de Acuña, marqués de Casa Fuerte, nacido en Lima, que sirvió el virreinato desde 1722 a 1734, en que murió, y está enterrado en la iglesia de S. Cosme de México; el tercero fue el Conde de Revilla Gigedo, que nació en la Habana, siendo su padre capitán general de la isla de Cuba, de donde pasó al virreinato de México. Los tres fueron un modelo de probidad, capacidad y selo. De seiscientos dos capitanes generales y presidentes, catorce habían sido criollos. En el año de 1812 según la recapitulación que publicó en Cádiz el Dr. Alcocer, diputado en las cortes por Tlaxcala en el núm. 37 del *Censor* de 1° de mayo de aquel año, todos los empleos de primera clase los tenían en Nueva España los europeos, excepto el obispado de Puebla y la dirección de la Lotería, que se dio al que la obtuvo, por haberse casado con una anciana alemana, favorecida de la reina María Luisa. Véase la historia del Dr. Mier, tomo 2°, Libro XIV fol. 625. Aunque la secretaría del virreinato la había tenido un mexicano, estaba ya separado entonces. A la noticia de Alcocer es menester agregar que había varios oidores y canónigos americanos.

[96] De setecientos seis obispos que había habido en toda la América hasta 1812, ciento cinco fueron criollos, aunque pocos en las mitras de primer orden. Toda esta materia de postergación en los empleos ha sido copiosamente tratada por el Dr. Mier en su citada obra, y por el Dr. Alcocer en los censores publicados en Cádiz, que puede ver el que desee más extensión, habiendo sido este punto de muy empeñadas discusiones en las cortes, como veremos en su lugar.

prevalecido la insinuación del arzobispo D. Alonso Núñez de Haro, que dio motivo a aquella exposición, para que sólo se les confiriesen empleos inferiores, a fin que permaneciesen sumisos y rendidos, pues que en 1808 todos los obispados de la Nueva España, excepto uno, las más de las canonjías y muchos de los curatos más pingües, se hallaban en manos de los europeos. En los claustros prevalecieron también estos, y para evitar los disturbios frecuentes que la rivalidad del nacimiento causaba, en algunas órdenes religiosas se estableció por las leyes la alternativa, nombrándose en una elección prelados europeos y en otra criollos; pero habiéndose introducido la distinción entre los europeos que habían venido de España con el hábito y los que lo habían tomado en América, en cuyo favor se estableció otro turno, resultaban dos elecciones de europeos por una de criollos. Si a esta preferencia en los empleos políticos y beneficios eclesiásticos, que ha sido el motivo principal de la rivalidad entre ambas clases, se agrega el que como hemos visto, los europeos poseían grandes riquezas, que aunque fuesen el justo premio del trabajo y la industria, excitaban la envidia de los americanos y eran consideradas por estos como otras tantas usurpaciones que se les habían hecho; que aquellos con el poder y la riqueza eran a veces más favorecidos por el bello sexo, proporcionándose más ventajosos enlaces; que por todos estos motivos juntos, habían obtenido una prepotencia decidida sobre los nacidos en el país; no será difícil explicar los celos y rivalidad que entre unos y otros fueron creciendo, y que terminaron por un odio y enemistad mortales. En todo lo que he dicho en general sobre el carácter de los españoles europeos y americanos, deben hacerse las excepciones que naturalmente exigen las pinturas o definiciones genéricas. Entre los últimos hubo muchos que por su aplicación y

economía, se eximieron de los defectos que se atribuyen en general a esta clase, y en el desempeño de los empleos que obtuvieron, se distinguieron en la iglesia muchos prelados ejemplares por su zelo y virtudes, en la toga muchos magistrados de integridad y saber, y en las oficinas muchos empleados recomendables: así como entre los europeos, especialmente en los de las provincias meridionales de España, no eran pocos los que desmentían con una conducta poco regular la laboriosidad y economía de sus paisanos, y por la expresión ***un gachupín perdido***, se entendía un resumen de todos los vicios, que a veces los precipitaban en los crímenes más atroces.

En los años inmediatos a la conquista, vinieron muchas mujeres españolas casadas con los conquistadores, a procurarse con ellos enlaces más ventajosos que los que por su escasa fortuna pudieran esperar en España. De ellas eran muchas de familias muy distinguidas, entre las que pueden contarse las hijas del comendador de Santiago Leonel de Cervantes, de las que proceden varias de las principales familias de México, y las que llevó consigo a Guatemala Doña Beatriz de la Cueva, de la casa de los duques de Alburquerque, cuando vino casada con D. Pedro de Alvarado: pero en el transcurso del tiempo, no tenían otras que las casadas con los empleados, y estas eran muy pocas, de manera que todas las mujeres blancas que había en Nueva España eran de la clase criolla. No solían participar estas de los defectos de sus hermanos, por lo que se consideraba como principio establecido, que en América las mujeres valían más que los hombres; y dejando aparte las excepciones que todas las reglas generales suponen, y muy especialmente las que deben hacerse respecto a la capital y a algunas otras ciudades grandes, en las que la corrupción de costumbres era bastante común; es menester confesar

que nada había más respetable que las familias de mediana fortuna de las provincias, siendo las mujeres criollas, amantes esposas, buenas madres, recogidas, hacendosas, bondadosas y el único defecto que solía imputárseles era, que por la benignidad de su carácter, contribuían no poco a los funestos extravíos de sus hijos.

Los pocos descendientes que quedaban de los conquistadores, y otros que derivaban un origen distinguido de familias que en España lo eran, con los empleados superiores y los acaudalados que habían obtenido algún título o cruz, o adquirido algún empleo municipal perpetuo, formaban una nobleza que no se distinguía del resto de la casta española sino por la riqueza, y que cuando esta se acababa volvía a caer en la clase común. Conservaba sin embargo aún en su decadencia ciertas prerrogativas, pues se necesitaba pertenecer a ella para ser admitido en el clero, la carrera del foro y la milicia. Como esta clase, a la que se agregaban todos los que adquirían fortuna, pues todos pretendían pasar por españoles y nobles, se distinguía del resto de la población por su traje, estando más o menos bien vestidos los individuos que la formaban, cuando el pueblo generalmente no lo estaba, se conocía con el nombre de ***gente decente*** y esto, más bien que el nacimiento, era el carácter distintivo con que se le designaba. Un título de ***conde*** o ***marqués***,[97] con una cruz de Santiago o Calatrava, y después de Carlos III cuando este orden se erigió, era todo el objeto de la ambición del que se enriquecía por el comercio o hallaba una bonanza en las minas. Estos títulos llevaban consigo la fundación de un vínculo, aunque no siempre se cumplía con esta condición, y

[97] Muchos de estos títulos eran comprados, de los que los reyes concedían para que los vendieran a algún establecimiento que querían favorecer, en su advenimiento al trono, nacimiento de algún infante, u otro motivo plausible; sin embargo, siempre para obtenerlos era menester hacer información de nobleza. *cede un indiano el fruto de sus minas porque le den de conde el tratamiento*. Decía Iriarte en una de sus poesías, hablando de las extravagancias de los hombres. Llámese *bonanza en las minas* encontrar un espacio rico en la veta; a imitación de la voz de la marina que indica navegar en mar tranquilo y con viento favorable.

además había otros muchos mayorazgos sin títulos, por cuyo medio se había pretendido dar duración a las fortunas; pero este intento se frustraba con los gravámenes que se imponían, con permiso de la audiencia, sobre los bienes vinculados, con lo que así estos, como todas las propiedades raíces del país, tanto rústicas como urbanas, estaban afectos en gran parte a reconocimientos a censo redimible en favor del clero y fundaciones piadosas. En todas las raíces en que han existido las vinculaciones han sido notados los mayorazgos de pródigos, descuidados y desidiosos, y en Nueva España, donde por desgracia la clase española americana tanto propendía a estos defectos, los mayorazgos podían ser considerados como el tipo del carácter que de ella he delineado.

No puede decirse que la clase española, comprendiendo en esta expresión tanto a los nacidos en España como en América, fuese la clase ilustrada; pero sí que la Ilustración que había en el país, estaba exclusivamente en ella. De los europeos, los que venían con empleos en la magistratura y en el clero, tenían la instrucción propia de sus profesiones, sin exceder sino rara vez, de los límites que prescribía el ejercicio de estas y lo mismo sucedía entre los oficinistas: los que venían a buscar fortuna, no tenían instrucción alguna y adquirían a fuerza de práctica la necesaria para el comercio, las minas y la labranza. Entre los americanos había más y más profundos conocimientos, y esta superioridad era una de las causas, que como he dicho, les hacía ver con desprecio a los europeos, y que no poco fomentaba la rivalidad suscitada contra ellos. Sin embargo, esta instrucción casi estaba reducida a las materias del foro y eclesiásticas, y se limitaba a México y a las capitales de los obispados en que había colegios. Durante muchos años no hubo otro establecimiento de enseñanza

pública que la universidad de México, que fue distinguida por los reyes de España con todos los privilegios que tenía la de Salamanca y muy favorecida por los virreyes.[98] Los jesuitas, que llegaron a México en 1572, fundaron según su instituto, colegios en varias ciudades principales en que se establecieron, y más tarde se abrieron en las capitales de los obispados los seminarios, en virtud de lo mandado en el concilio de Trento. Pero en los colegios de la compañía fue donde se dio mayor extensión a la enseñanza, pues además de la filosofía y la teología, se cultivaban en ellos las bellas letras, y muchas composiciones latinas en prosa y en verso que nos quedan de los discípulos que en ellos se formaron, prueban el buen gusto que se les inspiraba en las lecciones que recibían. La expulsión de los religiosos de esta orden en 1767 causó un atraso muy considerable en la ilustración, pues con ellos cesaron los colegios que tenían a su cargo, aunque algunos siguieron administrados por el gobierno, estuvieron lejos de conservar el lustre que tenían. Los jesuitas por sus principios religiosos y políticos hubieran hecho más duradera la dependencia de la metrópoli, pero también la independencia hecha con mayor instrucción en la clase alta y media de la sociedad hubiera sido más fructuosa.[99] Había también colegios a cargo de los franciscanos, pero eran únicamente para las ciencias eclesiásticas y nunca tuvieron gran nombradía. Reducidos pues los estudios a la

[98] La Universidad mandada fundar por cédula del emperador Carlos V, de 1° de septiembre de 1551, se abrió en 1553. El Dr. D. Francisco de Cervantes Salazar nos ha dejado en sus diálogos una descripción muy curiosa de su primitivo estado que publicaré en el Tomo 3° de mis *Disertaciones sobre la historia de México,* y en el 2° disert, 8 fol. 216 y 253, puede verse lo que he dicho sobre la fundación y sitio que se le destinó. Aunque también había el colegio de Sta. Cruz en Santiago Tlatelolco, fundado pocos años después de la conquista, era sólo para indios, y no duró mucho tiempo en vigor. El colegio de Santos, cuya fundación se hizo en 1573, era colegio mayor en que no se daban estudios, sino que ya los tenían los que eran admitidos en él. El de Letrán que tuvo principio en los tiempos de la conquista, no era más que una *escuela de primeras letras* en que se enseñaba también gramática latina. para mujeres no había más que el de las niñas contemporáneo del de Letrán, y los conventos de monjas en que se les enseñaban las labores propias de su sexo.

[99] Esta es la opinión que manifiesta un escritor protestante David Barry, editor *del Informe secreto sobre el Perú,* de D. Jorge Juan y de D. Antonio Ullóa, al gobierno español, publicado en Londres en folio, en 1826 en la nota de fol. 536 y siguientes.

filosofía, como estudio preparatorio; a la teología, leyes y medicina, esta última poco apreciada; se dedicaban a ellos los que los consideraban como una carrera lucrativa, más la gente acomodada no veía necesidad de instruirse, y dejando el cultivo de las letras a los eclesiásticos y a los abogados, que se llamaban exclusivamente ***letrados***, en vez de buscar en el adorno del espíritu la más noble ocupación, o por lo menos una honesta distracción y entretenimiento, se abandonaba al juego y a la disipación, o pasaba su tiempo en la ociosidad y la ignorancia: solo algunos pocos individuos aplicados, adquirían instrucción en la historia y otros ramos, en virtud de lecturas y estudios privados, que se dificultaban por la escasez y alto precio de los libros, y aunque en las facultades que se enseñaban hubiese habido hombres muy distinguidos, especialmente entre los eclesiásticos, para quienes las canonjías de oposición eran un fuerte incentivo al estudio, en general era grande la ignorancia en materias políticas y aun en la geografía y otras ciencias elementales. Sin embargo, lo que se estudiaba era bien y sólidamente y en esta parte, cuanto en tiempos posteriores ha podido aventajarse en superficie, se ha perdido en profundidad: especialmente el clero, y en esto todavía más el regular que el secular, ha tenido desde aquel tiempo un atraso notable. Las ciencias exactas útiles para la minería, se cultivaban en el seminario de este nombre de muy reciente fundación; pero aunque este establecimiento fue fomentado con especial empeño y produjo algunos pocos hombres distinguidos, nunca su utilidad ha correspondido al gasto que en él se ha erogado, y lo mismo sucedió con la academia de las bellas artes, fundada en el reinado de Carlos III, pudiendo decirse que hubo buenos pintores antes que hubiese escuela en que se formasen, y que dejó de haberlos desde que ésta se estableció.

La clase española era pues la predominante en Nueva España, y esto no por su número, sino por su influjo y poder, y como el número menor no puede prevalecer sobre el mayor en las instituciones políticas, sino por efecto de los privilegios de que goza, las leyes habían tenido por principal objeto asegurar en ella esta prepotencia. Ella poseía casi toda la riqueza del país; en ella se hallaba la ilustración que se conocía; ella sola obtenía todos los empleos y podía tener armas, y ella sola disfrutaba de los derechos políticos y civiles. Su división entre europeos y criollos fue la causa de las revoluciones de que voy a ocuparme: los criollos destruyeron a los europeos, pero los medios que para este fin pusieron en acción, minaron también la parte de poder que ellos tenían. En cuanto a su número y proporción en la totalidad de la población de la Nueva España, no es posible determinarlo, y es menester limitarse a meras aproximaciones, en cuyo punto difieren notablemente los autores que han tratado esta materia. El barón de Humboldt[100] regula que había en el año de 1804 dieciséis blancos en cada cien habitantes. El Dr. Mora[101] hace subir esta proporción hasta la mitad, en lo que parece manifiesta equivocación, bastando para convencerse el echar una simple ojeada sobre la masa de la población, en especial fuera de las ciudades populosas y en los campos; además, que siendo fundado el cálculo de Humboldt en buenos datos, todas las circunstancias que desde entonces han intervenido, han debido producir una diminución notable y no un aumento en la proporción de la población blanca, tales como la emigración o destrucción de porción de familias de esta clase por la expulsión de los españoles; la ruina de las fortunas que estaban en sus manos y pasaban a sus hijos, y la venida de extranjeros a ocupar el lugar de aquellos, que no se radican en el país, sino que, a diferencia

[100] Humboldt, *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagna*, París 1811, Tomo 2°, Chap. VII, Liv. II, Fol. 8.
[101] Mora, *México y sus revoluciones*, París, 1836, fol. 166.

de los españoles, lo abandonan luego que han hecho fortuna en él. Creo, pues que, atendidas todas estas razones, la población blanca ni era ni es en la actualidad más de la quinta parte de la total del país.[102] Los otros cuatro quintos pueden considerarse distribuidos por mitad entre los indios y las castas, y en esta razón, de los seis millones a que podía ascender la población total de la Nueva España en 1808, un millón y doscientos mil eran de la raza española, inclusos setenta mil españoles europeos; dos millones y cuatrocientos mil indios, y otros tantos de castas.

Las leyes habían hecho de los indios una clase muy privilegiada y separada absolutamente de las demás de la población. La protección especial que se les dispensó provino, de la opinión que de ellos se formaron, en el tiempo en que fueron descubiertas y ocupadas por los españoles las islas Antillas y las playas de Costa firme, tanto sus enemigos como sus amigos y defensores. Los primeros pretendían que eran incapaces de rozón e inferiores a la especie humana, por lo que querían condenarlos a perpetua esclavitud: los que sostenían lo contrario, estaban de acuerdo con aquellos en cuanto a la inferioridad, respecto a las razas del antiguo continente, por su escasa capacidad

[102] Para más amplio conocimiento de lo dicho sobre la raza española y las demás que poblaban la Nueva España, en la época en que comienza esta historia, puede verse, primero, lo que dice el obispo Abad de Queipo en la muy juiciosa representación que redactó en nombre de su antecesor D. Fr. Antonio de San Miguel en 11 de diciembre de 1799. Hallase en la colección de sus obras impresa en México en 1813. Véase el folio 50, y la ha reimpreso el Dr. Mora en sus obras sueltas. París 1837 folio 54, con todas las obras de dicho obispo Abad de Queipo, excepto su testamento político hecho antes de embarcarse para España en 1815, de que parece no tuvo conocimiento Mora. Segundo, el barón de Humboldt, *Essai politique*, ya citado, Tomo 1°, Libro 2°, Cap. 6°; y en el Tomo 2°, el Capítulo VII continuación del mismo libro. Esta obra fue traducida en París y publicada en el año de 1822 por D. Vicente González Arao. Tercero, el Dr. Mier en su historia de la revolución de Nueva España, en diversos lugares y más particularmente en el Tomo 2°, Libro XIV. Cuarto, el Dr. Mora, *México y sus revoluciones*, Tomo 1°, folios 59 a 169. Quinto, Zavala en su *Ensayo histórico de las revoluciones de México*, París 1831, toca ligeramente esta materia, Tomo 1°, Capítulo 1° fol. 33 y 34. Sexto, Si se quiere ver pintado con el colorido fuerte de las pasiones exaltadas en el momento de su mayor efervescencia el carácter de los habitantes de Nueva España, véase la representación que hizo a las cortes reunidas en Cádiz, el consulado de México en 27 de mayo de 1811, publicada por D. Carlos Bustamante en el *Suplemento a la historia del P. Cavo*, Tomo 3° fol. 345, que se reimprimió en el apéndice al Tomo 2° de esta historia. No podía ser mi objeto entrar en todos los pormenores que algunos de estos autores han presentado. El Dr. Mora en su regulación de la población blanca, se refiere a una época posterior de treinta años a la obra de Humboldt, pero no por eso es menor errado su cálculo.

moral y debilidad de sus fuerzas físicas; pero de esto deducían que necesitaban ser protegidos contra las violencias y artificios de aquellas. Esta inferioridad en que estaban todos conformes, dio motivo a que se calificasen los españoles y castas con el nombre de ***gente de razón***, como si los indios careciesen de ella, y fue también el origen de la translación en gran número de los negros de África a los nuevos establecimientos, que promovió con empeño el P. Casas, tan celoso abogado de los indios, para eximir a éstos de los duros trabajos en que los empleaban los conquistadores, substituyendo en su lugar los africanos, que son de una constitución mucho más fuerte y vigorosa. Esto tambien fue lo que movió a los reyes de España, cuyas intenciones siempre fueron las de conservar y proteger a los indios, a hacer en su favor esta legislación, que puede decirse toda de excepciones y privilegios. Autorizóseles desde luego a conservar las leyes y costumbres que antes de la conquista tenian, para su buen gobierno y policía, con tal que no fuesen contrarias a la religión católica, reservándose los reyes la facultad de añadir lo que tuviesen por conveniente.[103] Mandóse y reiteróse continuamente, que fuesen tratados como hombres libres y vasallos dependientes de la corona de Castilla. Por libertar su sencillez de los fraudes de los españoles, se declararon en su favor, como en el de las iglesias, los privilegios de menores: no estaban sujetos al servicio militar, ni al pago de diezmos y contribuciones, fuera de un moderado tributo personal que pagaban una vez al año,[104] una parte

[103] Recopilación de Indias. Ley 4a. título 1°, lib. 2°.

[104] Véase en la *Ordenanza de Intendentes* publicada en 1786, todo lo relativo a los tributos desde el artículo 130 hasta el 141. La cuota se fija en el 129 a dieciseis reales (dos pesos) desde la edad de dieciocho años a la de cincuenta, además de un real de ministros y hospital, sin diferencia de solteros o casados. Los negros y mulatos libres estaban sujetos a pagar veinticuatro reales (tres pesos) en los mismos términos. En años de escasez u otras calamidades públicas, se establece por el artículo 141 que se den esperas para el pago de esta contribución, informando al rey cuando hubiese justas causas para dispensar absolutamente de él. El conde de Revilla Gigedo, en la instrucción que dejó a su sucesor, expone desde el párrafo 931 al 942, el estado de este ramo, y haciéndose cargo muy juiciosamente de los inconvenientes que ofrecía el sistema establecido en su cobranza, propone se substituya una contribución que no estuviese sujeta a ellos.

del cual se invertía en la manutención de hospitales destinados a su socorro, y del que estaban exentos los tlaxcaltecas, los caciques, las mujeres, los niños, enfermos y ancianos[105]; no se les cobraban derechos en sus juicios, que debían ser a ***verdad sabida***, para evitar dilaciones y costos[106]; tenían abogados, obligados por la ley a defenderlos de balde: los fiscales del rey eran sus protectores natos; la inquisición no les comprendía y en lo eclesiástico tenían también muchos y considerables privilegios. Vivian en poblaciones separadas de los españoles, gobernados por sí mismos, formando municipalidades que se llamaban ***Repúblicas***, y conservaban sus idiomas y trajes peculiares. Ocupábanse especialmente de la labranza, ya como jornaleros en las fincas de los españoles, ya cultivando las tierras propias de sus pueblos, que se les repartían en pequeñas porciones, por una moderada renta que se invertía en los gastos de la iglesia y otros de utilidad general, cuyo sobrante se depositaba en las cajas de comunidad. Todo esto hacía de los indios una nación enteramente separada: ellos consideraban como extranjeros a todo lo que no era ellos mismos, y como no obstante sus privilegios eran vejados por todas las demás clases, a todas las miraban con igual odio y desconfianza.[107]

Los mestizos, como descendientes de españoles, debían tener los mismos derechos que ellos, pero se confundían en la clase general de castas. De estas, las derivadas de sangre africana eran reputadas infames de derecho, y todavía más, por la preocupación general que

[105] Ley 47, Tit. 1°, Lib. 6°.

[106] Leyes 11, 13 y 14 Tit. 10, Lib. 5°. Véase sobre todo la obra del Dr. Mier, Lib. XIV, Tomo 2°, fol. 589 y siguientes.

[107] El consulado de México en la representación ya citada calcula el número de los indios en tres millones, porque estaban matriculados para el tributo, en la última matrícula que se hizo 784 516 varones de dieciocho a cincuenta años, lo que regula ser la cuarta parte de la familia toda, y esto mismo asienta D. Fernando Navarro en el censo que publicó, fundado en los datos que sacó de los libros de tributos; pero este cálculo es poco seguro, tanto por las excepciones que se ha dicho había, cuanto porque no sólo los indios, sino también los mulatos estaban sujetos al pago de esta contribución, aunque con diversa cuota, según la nota 15. Véase sobre esta materia de castas al Dr. Mier. especialmente en el lib XIV tom. 2° fol. 662 y siguientes, asi como para los privilegios de los indios. ven en el índice de las Leyes de Indias, la multitud de las que se dictaron en su favor, sobre todo en los libros 4° y 6°.

contra ellas prevalecía. Sus individuos no podían obtener empleos; aunque las leyes no lo impedían, no eran admitidos a las órdenes sagradas: les estaba prohibido tener armas[108], y a las mujeres de esta clase el uso del oro, sedas, mantos y perlas;[109] los de la raza española que con ellas se mezclaban por matrimonios, cosa que era muy rara, sino en artículo de muerte, se juzgaba que participaban de la misma infamia: y lo que sería de admirar si los hombres y sus leyes no presentasen a cada paso las más notables contradicciones, estas castas, infamadas por las leyes, condenadas por las preocupaciones, eran sin embargo la parte más útil de la población. Los hombres que a ellas pertenecían endurecidos por el trabajo de las minas, ejercitados en el manejo del caballo, eran los que proveían de soldados al ejército, no sólo en los cuerpos que se componían exclusivamente de ellos, como los de pardos y morenos de las costas, sino también a los de línea y milicias disciplinadas del interior, aunque estos según las leyes, debiesen componerse de la raza española;[110] de ellos también salían los criados de confianza en el campo y aun en las ciudades; ellos, teniendo mucha facilidad de comprensión, ejercían todos los oficios y las artes mecánicas, y en suma puede decirse, que de ellos era de donde se sacaban los brazos que se empleaban en todo. Careciendo de toda instrucción, estaban sujetos a grandes defectos y vicios, pues con ánimos despiertos y cuerpos vigorosos, eran susceptibles de todo lo malo y todo lo bueno.

En los tiempos que siguieron inmediatamente a la conquista, se tuvieron ideas muy liberales para la instrucción y fomento de los

[108] Ley 14, tit. 5°, lib. 7°.
[109] Ley 28 del mismo título y libro.
[110] D. Matías Martín de Aguirre, español europeo, coronel que fue del bizarro regimiento de *Fieles del Potosí*, siendo diputado en las cortes de Madrid de 182, la única vez que en ellas tomó la palabra, fue para hacer el más completo elogio de los mulatos que servían en el ejército de Nueva España.

indios. Antes de pensar en formar ningún establecimiento público de instrucción para los españoles, se fundó el colegio de Santa Cruz para los indios nobles, en el convento de Santiago Tlatelolco de religiosos franciscanos, cuya apertura solemne hizo el primer virrey de Méjico D. Antonio de Mendoza.[111] Hubo de pensarse después que no convenía dar demasiada instrucción a aquella clase, de que podía resultar algún peligro para la seguridad de estos dominios, y no sólo se dejó en decadencia aquel colegio, sino que se embarazó la formación de otros, y por esto el cacique D. Juan de Castilla se afanó en vano durante muchos años en Madrid, a fines del siglo pasado (siglo XVIII), para conseguir la fundación de un colegio para sus compatriotas en su patria Puebla. El virrey marqués de Branciforte decía por el mismo tiempo, que en América no se debía dar más instrucción que el catecismo; no es pues extraño que, conforme a estos principios, las clases bajas de la sociedad no tuviesen otra, y aun esa bastante imperfecta y escasa. La expulsión de los jesuitas fue para ellas tan perjudicial como para las más elevadas, pues si para estas habían fundado estudios en las ciudades, daban a toda instrucción religiosa y formaban la moral del pueblo con frecuentes ejercicios de piedad.[112] Los indios sin embargo, como que eran admitidos al sacerdocio, entraban en los colegios para aprender las ciencias eclesiásticas, pero en lo general se limitaban a solo los conocimientos precisos para ordenarse e ir a administrar algún pequeño curato o vicaría, en algún pueblo remoto y en mal temperamento.

Tenían pues estas clases todos los vicios propios de la ignorancia y el abatimiento. Los indios propendían excesivamente al robo y a la

[111] Véase mi disertación 1er Tomo 2° folio 157.

[112] Vuelvo a citar con este motivo a Berry, en el mismo lugar. Es cosa singular, que los escritores protestantes modernos hagan a los jesuitas la justicia que les niegan los católicos.

embriaguez: culpábaseles de ser falsos, crueles y vengativos, y por el contrario se recomendaba su frugalidad, su sufrimiento y todas las demás calidades que pudieran calificarse de resignación.[113] En los mulatos, estos mismos vicios tomaban otro carácter, por la mayor energía de su alma y vigor de su cuerpo; lo que en el indio era falsedad, en el mulato venía a ser audacia y atrevimiento; el robo, que el primero ejercía oculto y solapadamente, lo practicaba el segundo en cuadrillas y atacando a mano armada al comerciante en el camino; la venganza, que en aquel solía ser un asesinato atroz y alevoso, era en éste un combate, en que más de una vez perecían los dos contendientes. Como las castas eran las que formaban la plebe de las grandes ciudades, en las que en tiempos anteriores la gente de servicio doméstico era en la mayor parte esclava, los vicios que les eran propios se echaban de ver en ella en toda su extensión. Uno de los virreyes más ilustrados, el duque de Linares, en la instrucción que dio a su sucesor el marqués de Valero, al entregarle el mando en el año de 1716, describe esta parte de la población en los términos siguientes: *Despiertan o amanecen sin saber lo que han de comer aquel día, porque lo que han adquirido en el antecedente, ya a la noche quedó en la casa del juego o de la amiga, y no queriendo trabajar, usan de la voz de que Dios no falta a nadie, y esto es porque recíprocamente, los que actualmente se hallan acomodados con amos, en su temporada, por obra de caridad, alimentan a los que pueden; con una jícara de chocolate y unas tortillas les es bastante, y así cuando éstos se desacomodan y se acomodan los otros, va corriendo la providencia, de donde se origina que como en México se halla la abundancia de la riqueza, se atrae a sí la multiplicidad, y deja los reales de minas y lo interno del país sin gente, y cuando hacen algún delito, no arriesgan en mudarse de un lugar a otro, más*

[113] El V. Sr. Palafox, obispo de Puebla, escribió un tratado de las virtudes del indio, que se halla entre sus obras y es digno de consultarse.

que el cansancio del camino, porque todos sus bienes los llevan consigo en sus habilidades, pues aun las camas encuentran hechas en cualquiera parte que se paran, en medio de que en México, basta el mudarse de un barrio a otro, para estar bien escondido. Hasta aquí el informe del citado virrey.[114]

La distribución de estas diversas clases de habitantes en la vasta extensión del territorio de la Nueva España, dependía de la población que existía antes de la conquista, del progreso sucesivo de los establecimientos españoles, del clima y del género de industria propio de cada localidad. La población indígena predominaba en las intendencias de México, Puebla, Oaxaca, Veracruz y Michoacán, situadas en lo alto de la cordillera y en sus declives hacia ambos mares, que habían formado las antiguas monarquías mexicana, mixteca y michoacana. En las costas de uno y otro mar, y en todos aquellos climas calientes en que se produce la caña de azúcar y demás frutos de los trópicos, abundaban los negros, y mucho más que estos, porque su introducción había cesado años hacía, los mulatos y otras mezclas de origen africano, procedentes de los esclavos introducidos para el cultivo de aquellas plantas, de los cuales unos permanecían en el estado de esclavitud, y los otros aunque libres, se quedaban casi siempre en las fincas a que habían pertenecido. El mismo origen reconocían los mulatos, que había en gran número en México y otras ciudades populosas. En las provincias que ocuparon las tribus vagantes de los chichimecas y otros salvajes, en las que la dominación española se fue extendiendo lentamente, más bien que sujetando, destruyendo o arrojando hacia el Norte a los antiguos habitantes, como en las

[114] Este informe que es sumamente interesante se publicará en la continuación de mis disertaciones sobre la historia de México hasta la independencia. El duque de Linares murió en México a principios de 1717; hizo varias fundaciones piadosas, de las que existe todavía en vigor, la solemne novena de ánimas que se hace todos los años antes del día de finados, en la iglesia que fue casa profesa de los jesuitas y ahora oratorio de S. Felipe Neri; el marqués de valero, duque de Arión, su sucesor, a quien fue dirigida esta instrucción, fundó en la misma ciudad el convento de capuchinas indias de Corpus Christi, en cuya iglesia está depositado su corazón.

intendencias de S. Luis Potosí, Durango y otras en aquella dirección, la población era de la raza española, ocupada todavía en rechazar los ataques de las tribus salvajes que subsistían independientes.

Los españoles europeos residían principalmente en la capital, en Veracruz, en las poblaciones principales de las provincias, en especial en las de minas, sin dejar de hallarse también en las poblaciones menores y en los campos, y de estos sobre todo en los climas calientes, en las haciendas de caña, cuya industria estaba casi exclusivamente en sus manos. Los criollos seguian la misma distribución que los europeos, aunque proporcionalmente abundaban más en las poblaciones pequeñas y en los campos, lo que procedia de estar en sus manos las magistraturas y curatos de menos importancia, y ser más bien propietarios de fincas rústicas que ocuparse en el comercio y otros giros propios de las ciudades grandes.

Esta diversidad de clases de habitantes, su número relativo y su distribución, ha tenido el mayor influjo en los acontecimientos políticos del país; y el no haber parado suficientemente la atención en estos puntos, ha sido ocasión de graves errores en los escritores que han tratado estas materias, sobre todo en Europa, y por desgracia mucho más en los legisladores, que han procedido sin consideración ninguna a estos diversos elementos, cuya prudente combinación debía haber sido el objeto de todos sus esfuerzos.

El Balance de la Revolución[115]

Luis Cabrera

Luis Cabrera, Secretario de Hacienda, retrato.

Con motivo del aniversario de la Revolución de 1910, publiqué en uno de los diarios de esta capital un estudio denominado "El Balance de la Revolución", trabajo sumamente imperfecto e incompleto, de índole más bien periodística, y que fue poco conocido pues pasó inadvertido aun para la mayor parte de los lectores asiduos del periódico en que se publicó.

Nada habría más de acuerdo con los propósitos del organizador de estas conferencias y quizá con los deseos de mis oyentes que el poder hacer en esta conferencia un verdadero balance de la Revolución, perfeccionando o redondeando las ideas expresadas en dicho artículo; pero ese trabajo podría asumir las proporciones de un verdadero libro, y rebasaría los límites de una conferencia como la que debo sustentar aquí.

Teniendo pues que concretarme y reducirme al tiempo en que humanamente puedo contar con la atención de mis oyentes, me propongo concretar, resumir y simplificar las ideas contenidas en ese

[115] Conferencia pronunciada en la Biblioteca Nacional de México el 30 de enero de 1931.

artículo, echando una ojeada de conjunto no tanto sobre lo que ha hecho la Revolución cuanto sobre lo que falta para hacer.

Tal es el objeto de esta conferencia.

Al lanzar una mirada hacia atrás sobre una obra en que todos hemos puesto nuestras manos, es muy humano caer en la tentación de entusiasmarnos por las hazañas pasadas y vanagloriarnos de nuestras actividades, aun cuando en muchos casos los resultados alcanzados hayan sido ajenos a nuestros esfuerzos.

Debo, por el contrario, no caer en la vulgaridad de alardear de lo hecho. Mi obligación y la obligación de todos los revolucionarios, es ver hacia adelante para procurar entender los problemas actuales y nuestros deberes en lo futuro.

La Revolución ha terminado; pero la tarea no ha concluido. Lo que falta por hacer es más importante que lo que se ha hecho, y no es tiempo todavía de sentamos a descansar en domingo creyendo que hemos acabado la creación del mundo.

En ciertas ocasiones se me tachará de pesimista cuando diga yo que la Revolución no ha logrado su objeto en esto o aquello pero cuando tal rosa diga, no lo haré acusando un fracaso, sino señalando una labor incompleta, lo que la Revolución no ha podido terminar.

Mis oyentes no escucharán de mis labios nada que no sepan ya. El propósito de esta conferencia no es el de aportar nuevos hechos desconocidos, sino el de mirar en conjunto la labor desarrollada, tarea en la cual aparecerán nuestras glorias y nuestros actos bien pequeños y mezquinos, como vistos a distancia.

A este respecto puedo decir ahora lo que ya he dicho en otra ocasión al hablar de mi propia labor como escritor revolucionario:

Esa labor no es obra mía. Es una mera traducción de las ansias de libertad y de los sueños de redención de muchas generaciones de mexicanos que hablan por mi boca. El único mérito que me toca es interpretar, y haber tenido el valor de decir lo que muchos sentían y anhelaban vagamente en la época en que yo escribía.

Como toda obra de vaticinio, su procedimiento de formación consistió en abrir francamente mi alma al sufrimiento de mis compatriotas y mis oídos a sus quejas. La forma, el método, el lenguaje, la retórica, el estilo, las palabras, en fin: eso fue lo que yo puse. Las ideas, los sentimientos, las indignaciones, las esperanzas, la fe: eso era de ellos. Yo no tuve que hacer otro esfuerzo que el de sinceridad y honradez al dar forma a sus deseos, traduciendo leal y fielmente lo que la voz del pueblo me dictaba, voz que pude oír y entender porque afortunadamente la humildad de mi cuna me había permitido vivir en mi juventud la verdadera vida de nuestras clases bajas.

Por los ideales así expresados, muchos esforzados varones de magno ánimo ofrendaron y dieron su vida, y muchos millares de mártires anónimos, fueron sangrientamente inmolados; justo es pues, que sean ellos los que juzguen y los que digan si su voluntad se ha cumplido, o si cuando menos los hombres encargados de realizada cumplieron con su deber, poniendo al servicio de las libertades de su patria, toda su voluntad, toda su inteligencia y todo su corazón.

Ideas generales sobre una Revolución

En otra ocasión he tratado de definir lo que es una revolución. Pues hay que precisar los conceptos con objeto de evitar que se profane el nombre de Revolución, confundiéndola

con otras diversas formas de alteración de la paz: Una revolución es la rebelión de un pueblo contra la injusticia de un régimen social o económico. Las revoluciones las hacen los pueblos para salir de una condición de servidumbre o de inferioridad en que los tiene sumidos un régimen. Mas como todo régimen está representado y sostenido por un gobierno, las revoluciones aparentemente tratan de derrocar gobiernos: pero en el fondo su objeto esencial es cambiar las leyes y las costumbres para establecer otras más justas.

Una revolución podría teóricamente hacerse pacíficamente, sin derrocar a un gobierno. Las más de las veces las revoluciones abarcan varios gobiernos, y por su misma naturaleza no son instantáneas, sino que pasa tiempo, a veces muchos años para que se realicen y consoliden. Las revoluciones las hacen los pueblos contra el Ejército que apoya un régimen opresor. Los cuartelazos los da el Ejército casi siempre contra la voluntad del pueblo. Las revoluciones, en fin, son movimientos sociales profundos, más que políticos, y sus fines no son tan mezquinos que se conformen con un cambio de gobierno, sino que aspiran a la derogación de las grandes inquietudes sociales y económicas que son la causa de la servidumbre de los sectores populares.

Tal fue la Revolución francesa, tipo mundial e histórico de revoluciones. Tal fue la Revolución de Dolores, que comenzada en 1810, no terminó hasta 1821. Tal fue la Revolución de Ayutla, que comenzada en 1854, no terminó realmente hasta 1867. Tal es la Revolución de 1910, que aún no puede terminar.

En algunos casos se ha profanado el nombre de la revolución. Durante 30 años, mientras gobernó el Gral. Díaz, todos, al referirse a sus pronunciamientos les llamaban «la revolución de la Noria», «la

revolución de Tuxtepec»; pero la historia, que no conoce de bajezas, dice ahora «el plan» de la Noria, «el plan» de Tuxtepec, reconociendo que aquellos no fueron más que «planes» para escalar el Gobierno. Recién muerto Madero, los periódicos de la época siempre aludían a «aquello» diciendo: «la revolución de la Ciudadela». Pero cuando Félix Díaz se distanció de Huerta, pasó de moda el término, y aun a pesar del miedo que inspiraba el tirano, nadie se atrevió a llamar revolución al golpe de mando dado por Huerta y Blanquet en el Palacio Nacional.

Condenado, pues, el abuso de la palabra revolución, diremos que los cambios de gobierno hechos por la fuerza armada son de 2 clases: insurrecciones y cuartelazos.

Insurrección es el levantamiento en armas de un hombre o de un grupo de hombres desconociendo a un gobierno y con propósito de derrocado. Generalmente las insurrecciones se hacen con fuerzas irregulares armadas para el caso. Cuando los levantados en armas son militares que se alzan con sus fuerzas, la insurrección se llama pronunciamiento. En la historia de México se cuentan más de mil pronunciamientos desde 1821 hasta 1921, mientras que apenas se cuentan 3 revoluciones.

Cuando el derrocamiento de un gobierno se hace por medio de un golpe de mano dado por las fuerzas mismas encargadas de la defensa de ese gobierno, entonces se dice que éstas han dado un cuartelazo.

Hay, por supuesto, otros muchos matices que no hay para que discutir aquí. Golpe de Estado se llama, por ejemplo, al desconocimiento de un poder por otro: casi siempre el Ejecutivo es el que desconoce al Legislativo y al Judicial; pero también se dan casos de que el Legislativo, apoyado por el Ejército, desconozca al Ejecutivo.

Una revolución no surge nunca de uno de los poderes, sino de elementos extraños al Gobierno, y casi siempre desconoce a todos los poderes: como que desconoce al régimen mismo y aun las leyes vigentes.

Una revolución es, pues, una crisis en el desarrollo histórico de un pueblo. Por su naturaleza, la revolución es transitoria y se encuentra limitada por 2 épocas de evolución pacífica, casi siempre 2 largos períodos de tranquilidad y de paz social.

Los propósitos de una revolución son siempre transformar un régimen económico, social o político, reconocidamente injusto, por otro que se cree más apropiado para el desarrollo futuro del país.

Por eso la revolución requiere siempre la suspensión, de hecho, del funcionamiento de las instituciones constitucionales y de la administración de justicia.

Las reformas verdaderamente trascendentales para los pueblos nunca se han hecho, ni podrán hacerse jamás, por procedimientos legales y constitucionales, porque precisamente tienden a modificar los principios de derecho o de política que privan en ese momento histórico, y para desterrar esos principios se necesita el uso de la fuerza.

Toda revolución tiene, pues, 2 aspectos, y por consiguiente, 2 etapas: el período destructivo y el período legislativo.

El período destructivo se caracteriza por el uso de la fuerza y por el desconocimiento del derecho, lo cual parece, al principio, un absurdo.

El período de destrucción se emplea en derrocar por la fuerza de las armas el poder militar, económico, político o religioso de un régimen.

Esta destrucción es naturalmente ilegal, juzgada conforme a los principios anteriores, y como acto de fuerza no solamente trae todas las consecuencias de la guerra civil, sino que llega hasta el asesinato, el robo, el saqueo, la expropiación y el relajamiento de las costumbres, y causas, por consiguiente, el espanto de los conservadores amenazados y la desconfianza de las naciones que no están en revolución.

Durante el período legislativo, pero todavía por medio de la fuerza y fuera de las normas prerrevolucionarias, la revolución convierte en leyes los principios o ideales que le dieron origen.

Cuando esos principios han quedado incrustados en las leyes fundamentales del país, y cimentados por la aceptación o sumisión de los vencidos, puede decirse que la revolución ha terminado.

Porque las revoluciones terminan por su propia naturaleza: son transitorias. Un país puede soportar muchos cambios de gobierno, y en algunos, las crisis ministeriales son el pan nuestro de cada día; pero las revoluciones no pueden repetirse sin poner en peligro la nacionalidad.

En los países como el nuestro, donde las revoluciones son necesarias, éstas constituyen un procedimiento de roza para la nueva vida de la nación; pero aun en los países tropicales, donde la maleza ahoga los cultivos y donde la roza asume proporciones de incendio, no puede decirse que la roza sea la agricultura misma, sino un mero procedimiento de destrucción de la maleza para poder obtener de la tierra lo que el hombre necesita para su sustento. Pero después de haber rozado, el hombre se prepara a sembrar.

La aplicación de estas ideas generales a la Revolución mexicana nos hace dividir ésta en los siguientes períodos: 1) de 1906 a 1910,

pródromos de la Revolución. 2) De 1910 a 1917, período de destrucción. 3) De 1917 a 1927, período de legislación.

En lo sucesivo, la Revolución puede considerarse terminada y se abre el período de reconstrucción sobre las nuevas bases establecidas por la misma Revolución.

Causas de la Revolución

Las causas verdaderas de una revolución no son aparentes ni se conocen fácilmente: se analizan y se definen casi siempre a posteriori.

Las revoluciones comienzan por actos inconscientes de las masas, casi siempre motivadas por un malestar económico y que asumen aspectos suicidas, dada la desproporción entre los medios de represión con que cuenta el poder público y la debilidad y desorganización de los rebeldes, cuyos actos tienen los caracteres de la delincuencia.

Los levantamientos de Jiménez, de Las Vacas, de Acayucan, las incursiones casi ingenuas de los Flores Magón, fueron pródromos de la Revolución de 1910.

En el terreno de las ideas, los estudios de los sabios y sus opiniones de gabinete no constituyen el origen de una revolución. Las ideas de Rousseau y de los filósofos de la Enciclopedia no fueron el principio de la Revolución francesa, sino meras teorías utópicas, que más tarde habrían de ser aprovechadas como bandera por la Revolución de 1789.

Don José María Luís Mora, uno de los pensadores más grandes que ha tenido México, estudiaba ya en 1831 la nacionalización de

los bienes del clero, y sin embargo, no puede considerársele como iniciador intelectual de la Guerra de Reforma, que fue la Revolución de Ayutla.

Don Juan Álvarez no sabía ni siquiera que don José María Luís Mora hubiese escrito su famoso estudio sobre los bienes del clero, premiado por el Congreso de Zacatecas. Ocampo sí lo sabía.

En muchos casos, los iniciadores de una revolución no sólo desconocen las verdaderas causas del malestar social que la producen, sino que niegan expresamente que sus actos persigan tales o cuales propósitos de reforma social, aunque los hechos se encargan más tarde de probar que los iniciadores mismos obraron inconscientemente en cuanto a las causas profundas de la revolución y en cuanto a los ideales que perseguían inconscientemente también los que los siguieron.

Don Miguel Hidalgo y Costilla no pensó en la independencia absoluta de México ni menos en la forma republicana. Don Juan Álvarez no pensó en la separación de la Iglesia y el Estado; y el mismo don Francisco I. Madero declaró repetidas veces que la oligarquía científica no tenía ningún poder y que el pueblo mexicano no pretendía reformas agrarias. Por eso hay que hacer justicia a los precursores intelectuales de una revolución, y más cuando estos precursores ven claramente que sus ideas no pueden convertirse en instituciones sino por medio de una revolución.

Entre los precursores intelectuales de la Revolución de 1910 es costumbre listar a los escritores y periodistas que siempre se mantuvieron en actitud de oposición contra el Gobierno del Gral. Díaz, protestando contra su tiranía, aun en aquellos tiempos en que la autoridad de él era indiscutible y en que todo el país aceptaba espontáneamente su gobierno. Estos no fueron, sin embargo, los

precursores intelectuales de la Revolución. Miraban más bien al pasado, apuntando a la ilegalidad de origen ya los errores políticos del Gral. Díaz; pero no predicaban una verdadera revolución. Su mérito consistió en haber mantenido ardiendo el fuego del antirreeleccionismo; pero no contribuyeron a preparar la revolución económica y social que en seguida se desencadenó.

Entre estos podemos mencionar, sin emitir juicio sobre ellos, a Iglesias Calderón, a Ciro B. Ceballos, a Daniel Cabrera, Filomena Mata y a los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón. Todos ellos tienen su lugar en la historia, como representantes de la inflexible rebeldía contra la dictadura y contra el continuismo del Gral. Díaz; pero el movimiento intelectual que preparó la Revolución de 1910 en lo político fue ajeno a la labor de los periodistas e historiadores antes mencionados, como el movimiento de insurrección de don Francisco I. Madero fue independiente y ajeno por completo a los movimientos insurreccionales de 1906.[116]

Precursores democráticos. Entre los documentos históricos que contribuyeron a despertar el espíritu democrático en el año de 1908, merece especial mención la Entrevista Creelman, que fue realmente la que abrió el campo a la discusión de la sucesión del Gral. Díaz por procedimientos democráticos y a la organización de partidos políticos que creyeron llegado el momento de aspirar al Gobierno cuando faltara el Gral. Díaz.

Después de la Entrevista Creelman y coincidiendo con la organización de los primeros partidos políticos aparecieron diversos documentos, que en mi concepto contribuyeron al despertar de la opinión pública, y de los cuales menciono los siguientes: ***El Partido***

[116] Debo rectificar este juicio en cuanto a los hermanos Flores Magón, que si pensaban en una revolución, pero sobre bases totalmente distintas de la que hizo Madero

Democrático, por Francisco de P. Sentíes. *Cuestiones electorales*, por el Lic. Manuel Calero, *La reelección indefinida*, por el Lic. Emilio Vázquez. *¿Hacia dónde vamos?,* por el Lic. Querido Moheno. *México tal cual es*, por Carlo de Fonaro, y *La sucesión presidencial en 1910*, por Francisco I. Madero.

A todos estos los llamo yo documentos históricos que prepararon el movimiento y la opinión dentro del campo exclusivamente político en el sentido de una renovación democrática del Gobierno. Se trata en todos ellos de la necesidad de efectuar un cambio de gobierno por medio de procedimientos democráticos. *El problema político de México*. La situación de México en los días del Centenario de 1910 puede resumirse diciendo que existía un indiscutible malestar que trajo un principio de crisis política exacerbada por la discusión que había comenzando 2 años antes sobre la sucesión del Gral. Díaz y por la organización de los diversos grupos políticos que se proponían recibir la herencia política del dictador.

El problema se estudiaba, sin embargo, con tal facilidad y con tal desconocimiento de las condiciones verdaderas de lo que era o se creía que era el pueblo mexicano, que puede decirse que el problema se planteaba en un terreno puramente teórico y utópico, sin tomar en cuenta las dificultades materiales del sufragio, más allá de la capacidad de leer y escribir. Y sin embargo, el problema político era sumamente complejo.

Una población compuesta de elementos heterogéneos con un 15% de indígenas un 60% de mestizos y un 25% de criollos y extranjeros, de la cual, el 75% era analfabeto, no podía constituir una nación propiamente dicha ni menos podía considerarse como un pueblo desde el punto de vista político y democrático.[117]

[117] Estudios posteriores me han hecho rectificar estos datos, que para 1910 deben ser los siguientes indígenas 35%; mestizos, 55%; criollos, 10%. Mis conclusiones sobre la heterogeneidad de razas no cambian.

México era lo que ahora se llama un pastel azteca: hasta el fondo una capa de indios analfabetos, y lo que es peor, que ni siquiera hablaban el español; a continuación otra capa de indios en período de comunidad semicivilizada, agrupados bajo el cacique; en seguida, una capa de indios mestizos campesinos, esclavos de la tierra; luego, una capa heterogénea de rancheros pobres, arrieros, obreros y sirvientes, todos ellos esclavos de la tienda, de la fábrica o de la hacienda; después una oblea casi impalpable de clase media, pequeños comerciantes y profesionistas; luego, la maciza capa de terratenientes ausentistas, y por encima, la pesada capa de extranjeros comerciantes, industriales, mineros, banqueros y empresarios, todos con intereses en México, pero insolubles en el medio de nuestra raza.

Para todas estas clases de tan diferente nivel de cultura, había que encontrar una sola fórmula legal, una constitución, un código civil y un código penal que pudieran aplicarse a todos por igual y con los cuales pudieran resolverse no solamente los conflictos existentes entre individuos de la misma clase, de indio a indio, de labriego a labriego, entre arriero y zapatero, sino lo que era más difícil, los conflictos surgidos entre un individuo de una capa inferior y otro de una superior.

El problema político era de imposible solución. La adoptada por el Gral. Díaz consistía en tener una Constitución y un sistema legal meramente teóricos, que solamente eran aplicables por completo a los extranjeros y a los criollos en la parte declarativa de derechos; y a los indios y a los mestizos, en la parte represiva.

El resultado tenía que ser una dictadura absoluta en la cual la aplicación de la ley variaba según la clase de personas, con todas las consecuencias naturales de semejante sistema y cuyos resultados

inevitables tenían que ser el privilegio para los de arriba y la servidumbre para los de abajo, la falta de libertad y de garantías para las capas inferiores, y la falta absoluta de justicia para esas mismas capas en los conflictos con las capas superiores.

Nuestra Constitución representaba teóricamente un sistema individualista, y aplicada conforme al criterio personal del dictador o de sus representantes en los gobiernos de los Estados, resultaba siempre en favor del individuo de la clase alta sobe el individuo y aun sobre los grupos de la clase baja.

Las soluciones. Cuando el problema de la sucesión del Gral. Díaz se presentó por consiguiente comenzó a discutirse la posibilidad de la aplicación de nuestra Constitución en materia electoral, cada uno de los grupos que se habían formado creyó encontrar la solución del problema político según sus tendencias. El partido reyista propiamente dicho aprobaba por completo el sistema personalista del Gral. Díaz y la subsistencia teórica de la Constitución. Para el reyismo lo único que se necesitaba era substituir al Gral. Díaz, ya viejo, por el Gral. Reyes, todavía joven y continuar la política personalista del Gral. Díaz.[118]

El Partido Democrático, formado por un núcleo de intelectuales idealistas, creyó en la necesidad de reformar desde luego nuestro sistema electoral limitando el sufragio y reformando las leyes electorales. Este grupo fue el que más se aproximó a darse cuenta del absurdo de nuestro sistema constitucional en materia electoral, aun cuando no vio el absurdo de todo nuestro sistema político y de nuestra Constitución.

El Partido Liberal Puro, compuesto de jacobinos teorizantes, creía que el problema democrático se resolvería eliminando la

[118] El autor mismo, muy al principio de su vida política, llegó a pensar que esa era la solución más conveniente para México. Pero a tiempo se retiró del reyismo.

influencia del clero sobre las masas analfabetas y consideraba que todo el problema consistía en el cambio del Gral. Díaz a quien reputaba conciliador y falso liberal.

Madero había visto exclusivamente el lado democrático de la cuestión y era el que más se aproximaba a las opiniones utópicas de los antirreeleccionistas, uniéndose íntimamente con éstos desde la organización del Partido Antirreelecionista.

La idea central de los trabajos de Madero era la de que dando al pueblo sufragio efectivo éste, con su buen sentido, se encargaría de elegir gobernantes que atendieran a sus demás necesidades y a su bienestar, cuidando de sus libertades.

La revolución maderista de 1910, hecha a raíz de las elecciones de ese año, tomó como agravio la imposición del Gral. Díaz y de don Ramón Corral, y bajo la bandera de Sufragio efectivo y no reelección, se propuso derrocar al dictador.

Hay que confesar que el éxito de la Revolución de 1910 y la caída del Gral. Díaz se debieron sobre todo al desmoronamiento interno del régimen porfirista y a la considerable fuerza de la opinión pública que, siguiendo las ideas democráticas de Madero, creía también que un cambio de Gobierno sería el principio de un cambio de régimen.

Transacción de Ciudad Juárez. La transacción de Ciudad Juárez fue una medida política del antiguo régimen para salvarse de la Revolución. Los revolucionarios, y especialmente Madero, creyeron haber obtenido con esta transacción todo lo que el país necesitaba, mientras que los hombres del antiguo régimen y especialmente el grupo «científico» creyeron haber salvado al país de la Revolución, sacrificando al Gral. Díaz.

El papel que en esta transacción haya desempeñado el grupo «científico» no puede todavía conocerse con claridad, aunque parece ya comprobado que los científicos traicionaron al Gral. Díaz y a Corral con la esperanza de conservar el poder por conducto del Gobierno de Francisco León de la Barra.

Por cuanto al punto esencial, "las condiciones de la opinión pública" o sean las verdaderas necesidades del país, quedó explicado en los tratados de Ciudad Juárez, que ***«el nuevo Gobierno las estudiaría para satisfacerlas en cada Estado, dentro del orden constitucional».***

Los tratados de Ciudad Juárez dejaron, pues, establecido que las reformas que necesitaba México, deberían ser emprendida" por los medios constitucionales. Esta estipulación cierra el primer período de la Revolución, aplazando para más tarde el estudio y la resolución de los problemas más trascendentales.

En la transacción de Ciudad Juárez se equivocaron ambas partes. Los hombres del antiguo régimen, con De la Barra como representante de la tendencia conservadora, creyeron que con el cambio del presidente, quedaba asegurada la permanencia del antiguo régimen, supuesto que, para hacer alguna de las reformas trascendentales que ya entonces se apuntaban, habría sido necesario seguir los procedimientos constitucionales reformando la Constitución y las leyes, lo cual haría imposible llegar a esas reformas. De la Barra creyó que sería muy fácil desarmar a la Revolución y volver a todos los insurrectos a su condición previa de siervos.

Por su parte, Madero se equivocaba creyendo haber conquistado el poder, y se entregó en manos de la maquinaria militar y burocrática del porfirismo Y del cientificismo.

Todo el tiempo que transcurrió desde la toma de posesión de De la Barra hasta la muerte del Sr. Madero, puede considerarse como un período en que ocurrieron todos los intentos de reacción que pudieron emplearse contra una situación que amenazaba el poder del antiguo régimen.

El intento de disolución del Ejército revolucionario; la postulación de De la Barra con propósitos de defraudar la elección de Madero; las insurrecciones posteriores de Pascual Orozco y de Félix Díaz, y sobre todo, la oposición que encontró Madero en la prensa, en el Senado, en una parte del Ejército y en la mayor parte de los elementos burocráticos con que estaba gobernando, indicaban claramente que no bastaba tener un nuevo presidente para cambiar un régimen.

Cuando en 1912 se efectuaron las nuevas elecciones al Congreso de la Unión y entraron al Senado una minoría de revolucionarios y como diputados una mayoría de reformadores, comenzó a sentirse la posibilidad de que algunas de las reformas sociales o económicas se abrieran paso a través de la difícil barrera de una reforma constitucional.

El principio de no reelección no había tenido ninguna dificultad en pasar por la Cámara baja y por el Senado anteriores. Pero cuando en 1912 la XXVI Legislatura comenzó algunos intentos serios de reforma, la reacción, sintió el peligro e hizo sentir sus efectos, naturalmente, sobre el Poder Ejecutivo.

La muerte de Madero no fue sino la consecuencia lógica de los convenios de Ciudad Juárez.

Aspectos social y económico de la Revolución

La Revolución tenía, sin embargo, otros aspectos que no se habían tocado en los documentos oficiales y que ni siquiera habían tenido entrada en los programas de los partidos políticos ni en el Plan de San Luís. Eran los aspectos económicos y sociales que hasta entonces no habían podido ver los elementos activos de la Revolución. Cierto es que esos problemas habían sido apuntados y estudiados por los precursores intelectuales de la Revolución.

Entre estos precursores, merece mencionarse en primer lugar al Lic. Don Andrés Molina Enríquez. Su libro ***Los grandes problemas nacionales***, publicado en 1909, es el documento más importante como precursor de la Revolución, tanto en lo social como en lo económico.

En él abrevaron todos los escritores políticos; y aún ahora, a más de 20 años de distancia, es el mejor catálogo de nuestros problemas nacionales.

Sirviéndome de sus puntos fundamentales, aunque sin seguirlo en sus detalles, analizaré la situación de México antes de la Revolución y el estado en que se encuentran los problemas económicos y sociales de México en la actualidad.

Las causas fundamentales de la Revolución fueron económicas: las desigualdades sociales y políticas eran, todas, consecuencias de la desigualdad económica.

El libro de Molina Enríquez estudiaba ya el problema de la propiedad y del crédito territorial, tratando a fondo la división de las grandes propiedades, el fomento de la pequeña propiedad y sobre todo la subsistencia y protección de la propiedad comunal de los

pueblos indígenas, de las rancherías y de las comunidades. Pero ni Madero ni los revolucionarios democráticos habían leído el libro de Molina Enríquez.

En 1908 en el seno del Partido Democrático, don Carlos Basave, uno de los pensadores de la Revolución, aunque no escritor por mera modestia, presentó una iniciativa para que se incluyera en el programa del Partido Democrático un capítulo sobre la división de la gran propiedad rural, lo cual no fue aceptado.

El programa del Partido Democrático publicado en enero de 1909, solamente incluyó un capítulo sobre leyes agrarias que decía:

Pedimos, por último, leyes que protejan la libertad del trabajador de los campos, y que de una manera general mejoren su condición económica y moral. También pedimos que se dicten leyes que ensanchen y faciliten el crédito agrícola, y otras que tiendan a hacer efectiva la subdivisión de los terrenos poseídos por comunidades.

Como puede verse, el Partido Democrático no sólo ignoraba el problema agrario, sino que intentaba resolverlo exactamente en sentido contrario de lo que más tarde habría de proponerse la Revolución.

En abril de 1910 se publicó el programa aprobado por la Convención del Partido Antireeleccionista y en él se incluye un punto relativo a la materia agraria que dice lo siguiente:

5) Que se fomenten las obras de irrigación y la creación de bancos reaccionarios e hipotecarios en beneficio de la agricultura, de la industria y del comercio.

En el mes de abril de 1911, el Lic. Blas Urrea publicó uno de sus artículos políticos denominado, ***La solución del conflicto***; en el cual

apuntaba como causas de la Revolución, que estaba ya muy avanzada, las siguientes:

El caciquismo: o sea la presión despótica ejercida por las autoridades locales que están en contacto con las clases proletarias, y la cual se hace sentir por medio del contingente, de las prisiones arbitrarias, de la ley fuga y de otras múltiples formas de hostilidad y de entorpecimiento a la libertad del trabajo.

El peonismo; o sea la esclavitud de hecho o servidumbre feudal en que se encuentra el peón jornalero, sobre todo el enganchado o deportado al sudeste del país, y que subsiste debido a los privilegios económicos, políticos y judiciales de que goza el hacendado.

El fabriquismo; o sea la servidumbre personal y económica a que se halla sometido de hecho el obrero fabril, a causa de la situación privilegiada de que goza en lo económico y en lo político el patrón, como consecuencia de la protección sistemática que se ha creído necesario impartir a la industria.

El hacendismo; o sea la presión económica y la competencia ventajosa que la gran propiedad rural ejerce sobre la pequeña, a la sombra de la desigualdad en el impuesto, y de una multitud de privilegios de que goza aquélla en lo económico y en lo político y que producen la constante absorción de la pequeña propiedad agraria por la grande.

El cientificismo: o sea el acaparamiento comercial y financiero y la competencia ventajosa que ejercen los grandes negocios sobre los pequeños, como consecuencia de la protección oficial y de la influencia política que sus directores pueden poner al servicio de aquéllos.

El extranjerismo: o sea el predominio y la competencia ventajosa que ejercen en todo género de actividades los extranjeros sobre los nacionales, a causa de la situación privilegiada que les resulta de la desmedida protección que reciben de las autoridades y del apoyo y vigilancia de sus representantes diplomáticos.

En el mismo artículo, el Lic. BIas Urrea apuntaba una tímida e ingenua solución al problema agrario en los siguientes términos:

Reformas agrarias: La creación de la pequeña agricultura es un problema vital, pero de larga solución. Por ahora lo único urgente es que las autoridades locales y federales emprendan una serie de reformas y medidas administrativas, encaminadas a perfeccionar los catastros para poner sobre un pie de igualdad ante el impuesto a la grande y pequeña propiedad rural; y aun tal vez convendría dar ciertas ventajas a la pequeña propiedad sobre la grande.

Más tarde se estudiarán los medios económicos de desmembración de la gran propiedad rural, así como los de evitar el desmoronamiento de ciertas propiedades comunales que es un error haber desintegrado.
En el mes de mayo de 1911 el Partido Católico, compuesto naturalmente de terratenientes, publicaba un manifiesto y programa en el cual se contenían los siguientes puntos:

V) Se esforzará por aplicar a los modernos problemas sociales, para bien del pueblo obrero y de todo el proletariado agrícola e industrial, las soluciones que el cristianismo suministra, como las únicas que, conciliando los derechos del capital y del trabajo, podrán ser eficaces para mejorar las condiciones de vida de las clases trabajadoras, sin perturbaciones del orden y sin menoscabo de los derechos de los capitalistas o empresarios.

VI) Pondrá especial empeño en la fundación, desarrollo y fomento de instituciones de crédito para la agricultura y la industria en pequeño, a fin de substraerlas a la acción de la usura y de favorecer el libre desenvolvimiento de esas principales fuentes de la riqueza pública.

En el mismo año de 1911, 2 días antes de que entrara Madero en la Ciudad de México, el Lic. Jorge Vera Estañol publicaba su manifiesto de convocatoria para la organización del Partido Popular Evolucionista y como criterio de la clase media profesional, puede tomarse la cláusula VII de su programa, que dice así:

VII) La reforma de las leyes de la propiedad territorial, incluyendo el derecho al uso de las aguas, a efecto de exigir más que la perfección técnica de la titulación, la eficacia práctica y jurídica de la posesión inmemorial, con lo cual se sancionará la propiedad indígena, cuyo desconocimiento ha dado lugar a tantos trastornos públicos.

Podrá decirse que era natural que el Partido Católico y el Partido Popular Evolucionista, de tendencias conservadoras no ofrecieran un programa agrario, y sin embargo, ambos partidos incluían en la parte democrática de su programa la no reelección, la independencia del Poder Judicial y algunos otros postulados de la Revolución.

En junio de 1911, el mismo Sr. Basave presentaba al Partido Independiente de Jalisco, en forma modesta de notas, un estudio para fundar el programa de política nacional agraria especialmente en lo relativo a la división de las grandes propiedades que era el aspecto principal del problema en el Estado de Jalisco, ya la autocolonización seleccionada de Baja California y Quintana Roo.[119]

[119] En el Plan de San Luís se hace una promesa vaga de restitución de sus tierras a los pequeños propietarios en su mayoría indígenas» que hubieran sido despojados de sus terrenos. Pero no se habla de las propiedades comunales de los pueblos ni de reconstitución de los ejidos.

Después del triunfo de la revolución maderista, y con motivo de la campaña electoral para la Presidencia, las ideas de una reforma agraria comenzaron a asumir mayor precisión.

En el mes de agosto de 1911 se celebró en México la convención del Partido Constitucional Progresista, en la cual se discutió y aprobó el programa original de la Convención de 1910.

En este programa se incluía el siguiente punto:

VIII) Fomentar la grande, y muy especialmente la pequeña agricultura, y la irrigación a la cual se destinará una parte de los fondos públicos. En cuanto a la minería, la industria y el comercio, se les concederán todas las franquicias que aseguren su desarrollo y prosperidad.

Se ve, pues, que hasta los momentos de la elección de Madero, no había opiniones propiamente agraristas ni menos ejidales, sino que la literatura electoral se mantenía en el terreno de los propósitos vagos de fomento de la pequeña propiedad.

El ***Plan de Ayala***, en el capítulo de adiciones al ***Plan de San Luís***, expone su programa agrario en los siguientes términos:

Sexto. Como parte adicional del plan que invocamos, hacemos constar: que los terrenos, montes yaguas que hayan usurpado los hacendados, científicos o caciques a la sombra de la justicia venal, entrarán en posesión de esos bienes inmuebles desde luego los pueblos o ciudadanos que tengan sus títulos, correspondientes a esas propiedades, de las cuales han sido despojados por mala fe de nuestros opresores, manteniendo a todo trance con las armas en la mano la mencionada posesión, y los usurpadores que se consideren

con derecho a ellos, lo deducirán ante los tribunales especiales que se establezcan al triunfo de la Revolución.

Séptimo. En virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son dueños más que del terreno que pisan, sufriendo los horrores de la miseria sin poder mejorar en nada su condición social ni poder dedicarse a la industria o a la agricultura, por estar monopolizados en unas cuantas manos, las tierras, montes yaguas; por esta causa se expropiarán, previa indemnización, de la tercera parte de esos monopolios a los poderosos propietarios de ellos, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos y campos de sembradura o de labor y se mejore en todo y para todo la falta de prosperidad y bienestar de los mexicanos.

El ***Plan de Ayala*** lleva fecha 28 de noviembre de 1911; pero no fue conocido en México hasta 1914, después del triunfo de las fuerzas constitucionalistas, de modo que las ideas expuestas en este documento, más bien histórico que político, no influyeron en el desarrollo de los principios agraristas y elídales que aparecieron en México el año siguiente.

La idea del ejido. Durante la campaña electoral para la elección de diputados a la XXVI Legislatura, en mayo de 1912, el Lic. Luis Cabrera, en su manifiesto y programa que le sirvió de base para su campaña política en el distrito que abarca San Ángel, Coyoacán, Tlalpan y Milpa Alta, reproducía tomándolas del artículo de abril de 1911, del Lic. BIas Urrea, las causas económicas fundamentales de la Revolución: el caciquismo, el peonismo, el hacendismo, etc.

Cabrera había leído el libro de Molina Enríquez y como amigo personal del autor, había tenido frecuentes y largas conversaciones

con él sobre la materia agraria. Cabrera tomó sus ideas agrarias de Molina Enríquez; pero dándoles una aplicación de acuerdo con su experiencia personal, pensaba que el problema primordial era el de los ejidos y que su reconstitución podía hacerse por medios más efectivos y más radicales que los procedimientos de evolución jurídica que aconsejaba Molina Enríquez.

En el programa del Lic. Cabrera se contenía el siguiente capítulo, que era indudablemente una novedad respecto de las ideas expresadas por Molina Enríquez.

La creación y protección de la pequeña propiedad agraria es un problema de alta importancia para garantizar a los pequeños terratenientes contra los grandes propietarios. Para esto es urgente emprender en todo el país una serie de reformas encaminadas a poner sobre un pie de igualdad ante el impuesto, a la grande y a la pequeña propiedad rural privada.

Pero antes de la protección a la pequeña propiedad rural, es necesario resolver otro problema agrario de mucha mayor importancia, que consiste en libertar a los pueblos de la opresión económica y política que sobre ellos ejercen las haciendas entre cuyos linderos se encuentran como prisioneros los poblados de proletarios.

Para esto es necesario pensar en la reconstrucción de los ejidos, procurando que éstos sean inalienables, tomando las tierras que necesiten para ello, de las grandes propiedades circunvecinas, ya sea por medio de compras, ya por medio de expropiaciones por causa de utilidad públicas con indemnización, ya por medio de arrendamientos o aparcerías forzosos.

Esta fue la primera vez que se hablaba francamente de la expropiación de tierras para reconstituir los ejidos de los pueblos. Este programa agrario debía aparecer demasiado atrevido entonces y si

hubiera sido expuesto en algún distrito rural de Tlaxcala o Puebla, el Lic. Cabrera habría sido derrotado; pero por fortuna nadie dio importancia a sus palabras en un distrito electoral en donde no había grandes haciendas.

El Lic. Cabrera, siguiendo sus ideas y ya como diputado a la XXVI Legislatura, presentó el día 3 de diciembre de 1912, en unión de otros diputados del Grupo Renovador, la iniciativa de ley para la reconstitución de los ejidos de los pueblos. A él le tocó fundar esa iniciativa y su discurso puede considerarse como el primer documento público oficial en el que se plantea francamente la política ejidal de la Revolución.[120]

Fracaso de los medios legales. Por supuesto, fue imposible llevar a cabo el estudio y aprobación de la ley. El mismo Sr. Madero la consideró sumamente peligrosa en diversas entrevistas personales que tuvo con los diputados renovadores, declaró terminantemente que esa iniciativa era inoportuna y que en realidad él no creía que existiera un problema agrario en México de esa naturaleza.

No obstante que los renovadores tenían la mayoría en la Cámara de Diputados, se convencieron, sin embargo, de la imposibilidad de hacer reformas trascendentales por medio de nuevas leyes dentro de las normas de la Constitución política mexicana.

El mismo Lic. Cabrera, presidente del Congreso en noviembre de 1912, en su discurso pronunciado en un banquete que se celebró en el Palacio Nacional para conmemorar el segundo aniversario de la Revolución, decía al hablar de la tarea de reformas del Congreso:

[120] La reconstitución de los ejidos de los pueblos como medio de suprimir la esclavitud del jornalero mexicano. México, 1913.

Frente a la obra seria y meditada de reformas que constituye la tarea de la Cámara de Diputados, se presentan como elementos de perturbación, 2 impaciencias sociales que es muy difícil contener: la impaciencia por las reformas, aunque no haya paz y la impaciencia por la paz, aunque no haya reformas.

Las clases proletarias, y en general todos los elementos sociales que, buscando una condición económica y política mejor que la que habían podido tener bajo el régimen de gobierno personal, hicieron el movimiento de 1910, muestran una gran impaciencia por las reformas, impaciencia que pone en peligro la tarea de reforma, encomendada a la Cámara de Diputados. La desconfianza de que los medios constitucionales sean efectivos para lograr esas reformas, la creencia que se tiene de que dichas reformas no pueden conseguirse sino por los mismos medios de violencia y extralegales por los que se efectúan todas las revoluciones, ponen en peligro la paz.

En este punto, y cualesquiera que sean las ideas personales del que habla acerca de la ineficacia de los medios constitucionales para lograr implantar ideales revolucionarios, debo callar mis propias ideas, supuesto que, como he dicho, hablo únicamente procurando traducir el sentir general de los miembros de la Cámara de Diputados.

La segunda de las impaciencias a que me he referido, es la más peligrosa. Es la impaciencia por el restablecimiento de la paz, aunque fracasen las reformas.

Determinados elementos económicos provenientes especialmente del extranjero. Y comprometidos en empresas extractivas, industriales y mercantiles, consideran el restablecimiento de la paz como una necesidad preferente a la regeneración política de nuestro país. Creen que por encima de las reformas, por encima de la renovación de poderes, por encima de la justicia, y por encima de nuestras libertades está la conservación de la paz, y exigen que el Gobierno se dedique

exclusivamente al restablecimiento de la paz, aun cuando dejase pendiente, para más tarde, la resolución de los ideales revolucionarios.

Esta tendencia ha tenido su más clara manifestación en el reciente movimiento revolucionario de Veracruz, cuyo propósito al decir de las proclamas, era el restablecimiento de la paz por medio de la fuerza.

Sobre este punto, creo interpretar fielmente el sentir de los miembros de la Cámara de Diputados, diciendo que el restablecimiento de la paz, sin la realización de los ideales revolucionarios, sólo aprovecharía a los intereses extranjeros y semiextranjeros, pero no a la nación misma, y que la paz, sin una base sólida de libertades políticas, de libertades civiles, y sin el funcionamiento de las instituciones democráticas, tendría que convertirse necesariamente en paz mecánica dictatorial. Puede decirse que si el Gral. Díaz, con todos los elementos de poder, de riqueza, de sumisión y de prestigio personal en el interior y en el exterior del país fue impotente para contener el movimiento revolucionario de 1910, cualquiera otra persona, cualquiera institución o cualquiera otra fuerza que pretendiera restablecer la paz, por la paz misma, sin apoyarla en una condición económica y política aceptada por la nación tendría que fracasar.

El Congreso fracasó, pues, y durante el Gobierno constitucional del Sr. Madero no se hizo ninguna reforma de carácter social y económico.

Comenzada la Revolución constitucionalista, muchos políticos urgían al Primer Jefe para que definiera sus ideas y lanzara un programa de reformas sociales. Desde Sonora, a fines de 1913, Zubarán, Alvarado, Escudero, Lucio Blanco, apremiaban constantemente al Sr. Venustiano Carranza para que definiera una política de reformas

sociales sospechándolo en el fondo un conservador de la escuela porfirista. El Sr. Carranza por sagacidad política y por prudencia se abstuvo de hacer tal cosa en aquellos momentos, y no lo apremiaron tanto los principales jefes militares, ya que Sonora, Chihuahua, Nuevo León, Coahuila y aun Sinaloa, Durango, Zacatecas y Tamaulipas no eran regiones donde el problema agrario, y sobre todo el ejidal, se hicieran sentir agudamente.

Al llegar el Ejército constitucionalista a la Ciudad de México, el Sr. Carranza debió haberse dado cuenta más exacta de la importancia del problema ejidal en los Estados de la Mesa Central y sobre todo en la parte sur de los Estados de Puebla y de México y en el Estado de Morelos, donde el zapatismo llevaba a cabo expropiaciones de tierras de los latifundistas para ponerlas en manos de los soldados del Plan de Ayala.

Fue entonces, en fines de 1914, estando Carranza en Veracruz, cuando expidió la famosa Ley de 12 de diciembre de 1914 de que varias veces se ha hablado en este ciclo de conferencias y la cual, en su Art. 2 resume todos los puntos de un programa de reformas sociales y económicas que debían llevarse a la práctica durante la lucha civil que se presentaba de nuevo, y en la cual Villa representaba la tendencia a restablecer el orden constitucional antes de hacer las reformas, mientras que Carranza representó la tendencia a efectuar las reformas en un período preconstitucional y a restablecer el orden legal hasta después de haber incorporado en la Constitución los nuevos principios.

La historia de este aspecto de la lucha ha sido muy bien trazada e inteligentemente resumida por el Ing. Palavicini en su conferencia del día 26 de diciembre (de 1930). Baste, por consiguiente, decir que

en la Constitución de 1917 quedaron incorporadas las leyes que se habían dado ya y los principios que la Revolución exigía, tales como habían sido listados en la Ley de 12 de diciembre de 1914.

Los 3 primeros años de gobierno de don Venustiano Carranza, puede considerarse que se emplearon íntegros en luchar, no ya contra la resistencia interior a los nuevos principios, sino contra la resistencia internacional a aceptar la vigencia de esos principios, especialmente en lo que se refería al aprovechamiento de los recursos naturales de México.

La muerte de Carranza y el advenimiento del Gral. Obregón, con la interrupción de las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, pusieron al Gobierno mexicano en un estado de inferioridad seria para la defensa de los principios contenidos en la Ley del Petróleo, en la Ley de Extranjería y en la aplicación de las Leyes de Reforma: y puede decirse que el período presidencial del Gral. Obregón se caracterizó por la necesidad de amainar con el fin de obtener el reconocimiento diplomático de su Gobierno.

Las modificaciones al principio general de la Ley del Petróleo, el privilegio en favor de los extranjeros en cuanto a la aplicación de la Ley Agraria, los tratados que crearon las comisiones de reclamaciones y el primer tratado Lamont-De la Huerta, son todos actos que implican un sacrificio de la Revolución a cambio del reconocimiento.

El Gral. Calles, que no tuvo ya el problema de reconocimiento del Gral. Obregón, pudo continuar en la defensa de los principios contenidos en la Constitución de 1917, especialmente la dotación de ejidos y la igualdad de extranjeros y mexicanos ante la posesión de bienes raíces.

El Balance de la Revolución

Antes de entrar al análisis de los principios revolucionarios y de la suerte que han corrido al cerrarse el ciclo revolucionario, es indispensable llamar la atención sobre que en el curso de la Revolución mexicana se han producido otros acontecimientos de carácter mundial que han influido considerablemente ya en pro, ya en contra de la conquista de los principios revolucionarios, por lo cual, ni todo el éxito, ni toda la responsabilidad por el fracaso de ciertas tendencias, debe atribuirse a los hombres de la Revolución, sin tomar al mismo tiempo en cuenta la situación mundial exterior.

Me refiero principalmente a la guerra europea que se decía ser una revolución de carácter democrático internacional y que se proponía desterrar las tiranías de los grandes imperios sobre las pequeñas nacionalidades, propósito que se veía con simpatía aun por los mismos germanófilos; pero que desgraciadamente fracasó en los tratados de Versalles, creando en todo el mundo una situación mucho más difícil para las pequeñas nacionalidades que la que habían tenido antes de la guerra mundial.

Otro de los acontecimientos de gran importancia mundial es la revolución económica iniciada en Rusia que se conoce con el nombre de comunismo, la cual ha influido desfavorablemente sobre México porque, siendo los Estados Unidos la nación que ha asumido la jefatura contra el comunismo, y siendo esta nación, al mismo tiempo, vecina nuestra y la que internacionalmente ejerce más influencia sobre nosotros, México se ha visto en situación desfavorable para

defender todos aquellos aspectos de su Revolución que pudieran considerarse emparentados con la Revolución rusa.[121]

El comunismo no es en sustancia una tendencia ni más utópica ni más peligrosa, que cualquiera otra de las teorías económicas socialistas que se han conocido; pero basta que los Estados Unidos hayan creído peligrosa para sus propias instituciones la propagación del comunismo, para que la Revolución mexicana se viera atacada suponiéndola una derivación de la propaganda soviética.

Los Problemas Nacionales

Para hacer un catálogo de los problemas nacionales, debe tenerse en cuenta que el fin último, el objeto esencial de todo acto en política, es el engrandecimiento de la patria.

Los partidos políticos no son otra cosa que la organización de los ciudadanos que profesan la misma opinión sobre el mejor modo de obtener el adelanto y el engrandecimiento de la patria, y la Revolución misma se ha hecho, no para dar a unos predominio sobre otros, sino para abrir nuevos senderos que conduzcan al engrandecimiento de la patria; mayor bienestar social, suficiencia en la satisfacción de las necesidades del pueblo, mejor desarrollo de los recursos naturales; y en general, mayor felicidad y más alto nivel humano de los mexicanos.

Los elementos constitutivos de la patria son: el territorio nacional, la gente que lo habita y la organización social y política conforme a la cual vive esa gente.

[121] En 1931 el gobierno republicano de Hoover era rabiosamente anticomunista.

De estos 3 factores, el físico, el étnico y el social, se derivan los problemas fundamentales de nuestro país, a saber: los sociales, los económicos y los políticos. Si queremos darnos cuenta de los resultados alcanzados por la Revolución/ debemos analizar estos 3 grupos de problemas para ver en qué estado nos encontramos, qué se ha hecho hasta ahora y sobre todo qué es lo que falta por hacer.

Quizá peque yo, en este análisis, de pesimismo; pero no por eso podrá llamárseme escéptico. Más vale exagerar la importancia de las tareas que nos queda por realizar, que confiarnos perezosamente, como siempre nos hemos confiado los mexicanos, en que tenemos un territorio riquísimo, en que somos una raza capaz y en que nuestras instituciones son tan perfectas como las de cualquier otro país civilizado.

Problemas Geográficos

Nuestro país está naturalmente mal dotado desde el punto de vista físico e hidrográfico. Un gigantesco sistema montañoso aísla las diversas regiones en que se divide nuestro país y una elevada y extensa altiplanicie nos priva de corrientes de agua que pudieran servir de vías de comunicación o constituir sistemas de riego.

México se encuentra, por consiguiente, dividido en regiones aisladas que son casi totalmente extrañas las unas a las otras. La Mesa Central, como núcleo más favorecido por la naturaleza y más habitado; las mesas del Norte, áridas en lo general, a excepción de los 2 centros de Torreón y Saltillo; la vertiente del Pacífico, rica, pero aislada de la Mesa Central por un sistema montañoso casi infranqueable; la

vertiente del Golfo, rica, pero insalubre; la región montañosa del Sur, constituida por los Estados de Michoacán, Guerrero, Oaxaca y Chiapas; la región del Sudeste, constituida por los Estados de Yucatán, Campeche y Tabasco y la larga lengua de territorio árida y despoblada de la Baja California enteramente aislada del resto del país por el Golfo de California y por el Gran Desierto de Sonora.

Nada de raro tiene, pues, que en estas regiones se hayan desarrollado civilizaciones casi independientes que no tienen de común entre sí, más que el idioma, en la parte de población en que el español ha penetrado.

EL problema principal en un país como éste, consiste por consiguiente, en las vías de comunicación como medio de unificar el territorio.

Comunicaciones. Hasta antes de la Revolución, el único esfuerzo que se había hecho para la unión de las diversas porciones del territorio era la construcción de los ferrocarriles; pero, como se sabe, el programa de construcción de estas líneas obedeció más bien a la necesidad norteamericana de ligar la Mesa Central y la Altiplanicie del Norte con los Estados Unidos, que a poner en comunicación las diversas regiones separadas; tales fueron los 2 principales sistemas del Ferrocarril Central y el Nacional.

Los ferrocarriles Mexicano e Interoceánico, así como las líneas de San Luís a Tampico, de Nogales a Mazatlán y de Irapuato a Manzanillo, y los sistemas del Panamericano y de Casas Grandes, responden a una necesidad semejante, o sea ligar el centro del país con los principales puertos fronterizos del Golfo y del Pacífico, y a la misma necesidad debían responder la línea corta de Tampico y la de Ojinaga a Topolobampo.

El FC Nacional de Tehuantepec mismo no fue construido con propósitos nacionales, sino para dar paso a productos extranjeros.

Las líneas ferrocarrileras transversales, la de Monterrey a Torreón, la de San Luís a Aguascalientes, y las de Uruapan, Cuernavaca, Cuautla, Oaxaca, Tepehuanes, etc.; aunque sirviendo mejor a la economía nacional, tuvieron siempre el carácter de tributarias de las líneas troncales con tendencias a salir hacia puertos y fronteras.

El capital ferrocarrilero con que se hicieron las vías de comunicación de México fue casi todo extranjero: inglés, francés o norteamericano y por consiguiente, durante toda la época del Gral. Díaz, el manejo de las líneas se encontró en manos de extranjeros.

La consolidación ferrocarril era efectuada para formar el sistema de las líneas nacionales, puso teóricamente en manos de México el control ferrocarrilero, con excepción del FC Mexicano y del Sudpacífico; pero no mexicanizó el sistema por cuanto a su servicio, que continuaba haciéndose en provecho del comercio de importación y de exportación ni por cuanto a su personal que era extranjero en su mayoría.

La Revolución destruyó muchas vías y desorganizó considerablemente el servicio ferrocarrilero; pero la incautación de las líneas primero por razones militares y continuada después por razones de carácter económico, trajo como consecuencia la mexicanización de las líneas ferrocarrileras hasta cierto punto, pudiendo decirse que a pesar del desorden y el mal manejo posterior, y a pesar también de la corrupción que ha privado siempre en la administración de las líneas nacionales, se ha avanzado, sin embargo, mucho en el sentido de nacionalizar dichas líneas.

La Revolución construyó el ramal de Cañitas a Durango, completando el sistema transversal del Norte. Más tarde, bajo el gobierno del Gral. Obregón, se concluyó la línea del Sudpacífico, uniéndola con el sistema de las líneas nacionales, obra que si bien agrega una tercera línea de succión a nuestro sistema ferrocarrilero, en cambio deja unidos con el centro a los Estados de Sonora, Sinaloa y Nayarit que habían estado siempre aislados, y en cierto sentido, aproximó la Baja California a la Mesa Central.

Falta unir los Estados de Yucatán, Campeche y Tabasco con el centro por vías ferrocarrileras, obra de vital importancia para México, que desgraciadamente no lleva todavía trazas de realizarse.

En materia de navegación, la política revolucionaria ha fracasado por completo, pues no logró controlar las líneas de navegación del Pacífico ni las del Golfo, sino que, por el contrario, las ha abandonado y destruido al grado de que el servicio de cabotaje de los puertos mexicanos es ya casi nulo.

La Revolución recibió Salina Cruz, Coatzacoalcos, Frontera y Tampico, en condiciones de poder utilizarse; pero, en la actualidad, estos puertos se hallan sumamente descuidados, al grado de que Salina Cruz y Frontera pueden considerarse como enteramente cerrados. El sistema de puertos libres fracasó víctima del burocratismo.

La comunicación por carretera, podríamos llamar comunicación democrática, individual, pues existe por sí misma y no requiere la intervención de una empresa capitalista porteadora.

Por el desarrollo del automovilismo, la carretera se ha convertido en el factor más importante de transformación del territorio. Es increíble lo que en estos últimos 5 años han hecho las carreteras y el automóvil en el sentido de aproximar a los habitantes del país,

entendiéndose bien que esa aproximación no es obra exclusiva de las carreteras construidas por el Gobierno, sino el resultado espontáneo de la iniciativa privada. El automóvil barato es el que ha abierto los caminos regionales, aprovechando las carreteras troncales, al grado de que puede decirse que por cada kilómetro de carretera troncal construida por el Gobierno, hay 10 Km de carretera local abierta por la iniciativa de los particulares y si acaso dirigida por las autoridades locales.

El plan general de carreteras troncales que se está abriendo, incide en el mismo error en que incidieron los ferrocarriles. La línea México-Laredo y la proyectada línea Nogales-Suchiate, son absurdas, porque en vez de contribuir al desarrollo del país, facilitarán la penetración imperialista y la absorción de las fuentes de recursos naturales y de nuestro enclenque comercio nacional.

En otras regiones se ha cometido el error de construir las carreteras a lo largo de las líneas ferrocarrileras ya existentes, sobreponiendo 2 vías de comunicación y privando, por consiguiente, a las vías ferrocarrileras, de las exiguas fuentes de recursos con que antes contaban. Tales son las líneas México-Puebla, México-Jalapa, México-Pachuca, México-Toluca, México-Cuautla.

La política futura en materia de carreteras deberá consistir en el desarrollo de las líneas transversales y de las líneas locales, irradiando de los centros ya comunicados, con objeto de unir a los mexicanos entre sí para facilitar las comunicaciones de los habitantes del país y ponernos en contacto a los mexicanos con los mexicanos, que es lo que más falta nos hace.

El turismo internacional no tiene tantas ventajas como generalmente se le atribuyen pues si es cierto que es una oportunidad

de que nuestro país se conozca, es más bien una oportunidad de tentaciones imperialistas.[122]

Lo que más necesitamos desarrollar es el turismo nacional, que nos haga conocernos los unos a los otros, que nos aproxime, que nos ligue con lazos económicos y que nos haga salvar las cadenas de montañas que nos aíslan.

Riego. Las obras de riego existentes antes de la Revolución no respondían, ninguna de ellas, a la necesidad de retener las aguas torrenciales para aprovechadas durante el estiaje, sino meramente a regularizar y aprovechar corrientes de carácter constante. Si a esto se agrega que solamente la gran propiedad obtenía capitales para emprender esas obras de riego y que aun las instituciones como la Caja de Préstamos favorecieron las construcciones de esas obras en la gran propiedad, se explica la conclusión a que llego de que antes de la Revolución el riego no había cumplido con su propósito de modificar las condiciones climatológicas del territorio ni de favorecer la pequeña agricultura.

Recientemente, ya en pleno período de reconstrucción, han comenzado a construirse obras de riego con propósito de retener aguas torrenciales y de favorecer la creación de la pequeña propiedad. La presa de Aguascalientes sobre el río de Santiago; la de El Mante en Tamaulipas; la presa Requena en el Valle del Mezquital y la de Don Martín sobre el río Salado son las obras que ostentamos como resultado de una política de regadíos que tiende a modificar las condiciones climatológicas y a fomentar la pequeña propiedad.

[122] Después de abierta la carretera México-Laredo se ha visto que por cada turista norteamericano que viene a gastar Dls 100 a México hay 100 turistas mexicanos que van a gastar $1 mil a Estados Unidos.

En todo caso, la moderna política de regadíos no debe ponerse en el haber de la Revolución, sino de los gobiernos posteriores del período de reconstrucción.

Problemas sociales

El factor étnico. Si el territorio mexicano carece de unidad, la gente que lo habita tampoco es homogénea. Siguiendo las líneas generales de clasificación de Molina Enríquez, pero simplificándolas, podemos decir que existen 4 grupos étnicos que se encuentran cada uno en período distinto de evolución a saber:

1) El elemento indígena, que a pesar de su pluralidad de origen podemos considerar como un solo grupo étnico; mexicanos, totonacas, zapotecas, tarascos y aun los otomíes, yaquis y tarahumaras, todos son indígenas que por su distancia y civilización pueden considerarse como un grupo del resto de nuestra población. Los indígenas pueden calcularse en un 15% de la población de México.

2) Los mestizos, que forman un 60% de la población y respecto de los cuales puede también decirse que cualquiera que sea la raza indígena sobre que estén injertados, constituyen un grupo relativamente homogéneo y se hallan todos ellos más o menos en un período semejante de civilización.

3) Los criollos, que forman el 20% de la población, son los descendientes de razas europeas, nacidos en México.

4) Por último, los extranjeros, -5%- entre los que predominan los españoles, franceses, alemanes y norteamericanos.[123]

[123] Estas cifras, exigen una seria rectificación. Un cálculo más cuidadoso basado en el censo de 1930 que el autor no conocía entonces, ofrece las siguientes proporciones: indígenas, 25 %; mestizos, 70 %; criollos, 4%: extranjeros, 1%.

Para los efectos de la heterogeneidad de los componentes de la nación mexicana, basta mencionar esos 4 grupos que constituyen 4 capas superpuestas en distintas etapas de civilización que pudiéramos enumerar así: indígenas, siglo XV; mestizos, siglo XVII, criollos, siglos XIX y extranjeros, siglo XX.

El problema esencial en materia étnica consiste en logra la homogeneidad. En México no existen afortunadamente prejuicios de raza, y por otra parte, la proporción de raza negra y asiática es insignificante y no constituye un problema nacional aunque es motivo de preocupación local en nuestras costas de Veracruz y Sonora.

La unificación de nuestra raza no puede hacerse indudablemente a base del criollo, porque no podemos prescindir de la mayoría que lleva sangre indígena, ni a base del indígena porque no podemos efectuar una absorción completa de las razas blanca y mestiza en la raza indígena. La moderna tendencia de resucitar ciertas costumbres indígenas no pasa de ser snobismo artístico; pero en el fondo, es un error pretender reanimar idiomas, costumbres y artes indígenas, como sería un error pretender el predominio social y la hegemonía política del indio sobre el mestizo y el criollo.

A este respecto, don Andrés Molina Enríquez, en su obra ***Los grandes problemas nacionales***, dice lo siguiente:

La base fundamental e indeclinable de todo trabajo encaminado en lo futuro al bien del país, tiene que ser la continuación de los mestizos como elemento étnico preponderante y como clase política directora de la población. Esa continuación, en efecto, permitirá llegar a 3 resultados altamente trascendentales: es el primero, el de que la población pueda elevar su censo sin necesidad de acudir a la inmigración; es el segundo, el de que esa población pueda llegar a ser una nacionalidad; y es el tercero, el de que esa nacionalidad pueda fijar con

exactitud la noción de su patriotismo. Todo ello hará la patria mexicana, y salvará a esa patria de los peligros que tendrá que correr en sus inevitables luchas con los demás pueblos de la Tierra.

Yo estoy enteramente de acuerdo en que la unificación debe procurarse alrededor del elemento mestizo, que es el tipo más cuantioso y homogéneo y de condiciones de procreación y resistencia más adecuadas al clima para el crecimiento de la población.

Hay pues, que disolver el elemento indígena en el elemento mestizo y hay que proporcionar a éste facilidades educativas y económicas para que absorba el elemento criollo o cuando menos para que se iguale con él en lo social y en lo económico.

El trabajo de mezcla y de homogeneidad no puede hacerse dejando a cada grupo en el estado económico en que se encuentra, porque si bien es cierto que no hay prejuicio de raza o casta para la mezcla de nuestros diversos componentes, sí existen resistencias derivadas de la condición social de cada grupo.

A raíz de la Conquista, la mezcla de razas se hizo a base de unión ilegal del hombre blanco con la mujer indígena; y después, poco a poco, por la unión también ilegal del varón con la indígena hembra.

Cuando estuvo adelantada ya la formación del elemento mestizo, comenzó a ser posible la unión legal de indígena varón con la hembra mestiza; pero siempre que el indígena hubiera adquirido, por medio de la educación, un rango social que de hecho lo equiparara a la hembra mestiza.

La homogenización de nuestra raza es, pues, una cuestión económica, más bien que una cuestión racial.

Lo que hasta ahora ha hecho la Revolución ha sido en lo fundamental espontáneo, inconciente e involuntario. El gran

movimiento de población que durante la guerra civil puso en contacto a todas las razas, echando a unos en brazos de otros con el consiguiente relajamiento de las costumbres ha venido a crear una nueva generación de mestizos cuya presencia aún no sentimos y de cuyos efectos no podemos todavía damos cuenta; pero que existe.

La familia. La Revolución hizo sin embargo 2 obras conscientes que contribuirían a la homogenización de la raza: el divorcio y la redención de los hijos naturales.

El divorcio tuvo por objeto principal la emancipación de la mujer que tenía en la mayor parte de nuestras clases sociales la condición de verdadera esclava.

Conforme al criterio criollo, el divorcio ha producido un gran relajamiento en los lazos de familia; pero a este respecto debemos advertir que esto no es más que una consecuencia natural de las condiciones generales que prevalecen en todo el mundo.

Por cuanto a las clases proletarias, la oportunidad del divorcio aun cuando no el uso efectivo de él, ha mejorado considerablemente la condición de la mujer. Falta, por supuesto, mucho que hacer en la materia: restablecer la consistencia de la familia, reformando las leyes del divorcio, de modo que éste presente menos facilidades y se circunscriba a los casos de imposibilidad absoluta de cohabitación y de manera que en todo caso el divorcio deje asegurado el futuro de los hijos existentes.

La Revolución concedió personalidad y derechos a los hijos naturales y borró el anatema de los espurios. Pero como México tendrá que producir todavía gran proporción de hijos naturales, falta dar un paso más y admitir con decisión el principio de investigación de

la paternidad en favor exclusivo del hijo, para que éste, siendo natural, llegue a tener un estado social bien definido aceptado y sobre todo desprovisto del carácter vergonzoso que ha tenido hasta ahora.[124]

El idioma. La diversidad de idiomas es uno de los más grandes obstáculos para la unificación de nuestra raza.

A este respecto, nada ha hecho la Revolución fuera de la agitación y mezcla de grupos sociales producidos por la guerra civil, que han contribuido a aproximar a los elementos heterogéneos.

Es un hecho que el único idioma que puede tener pretensiones de generalidad en la República mexicana, es el idioma español. Debe, por consiguiente, tenderse a la propagación del idioma español entre las clases indígenas.

Son contrarios a la unificación de la patria todos esos snobismos académicos que pretenden la conservación y aun la purificación de los idiomas indígenas, que como lenguas muertas pudieran tener un interés histórico y arqueológico; pero como lenguas vivas son barreras étnicas. Debemos escoger el español como lengua única y convertir a ella a toda nuestra población indígena.

Existe otro peligro más para la unificación de la lengua en la actualidad y es la propagación del inglés que se ha introducido ya en casi todo el elemento criollo.

Molina Enríquez, en 1908, decía ya lo siguiente a este respecto:

Tratándose del uso del idioma inglés entre nosotros, las cosas son mucho peores. Todo el mundo recibe publicaciones en inglés; todo el mundo se anuncia en inglés; todo el mundo aprende inglés; todo el mundo quiere hasta pensar en inglés.

[124] En la época de esta conferencia todavía no estaba vigente el Código Civil de 1938 que teóricamente reconoce los derechos de los hijos naturales. pero que rodea de tales requisitos de procedimiento judicial el reconocimiento que lo hace casi imposible.

Los letreros en inglés se ven por todas partes, los rubros en inglés por todas partes circulan, y hasta nuestros nombres propios aztecas se han transformado como el de Popocatépetl en Popo, para estar en inglés. El inglés se ha hecho una condición indeclinable de la calidad del empleado; el inglés se ha hecho el idioma de los negocios; y hasta las declaraciones semi oficiales de nuestro Gobierno, aparecen al público en inglés. De seguir así, dentro de algunos años el idioma nacional no existirá: lo habremos sacrificado a un servilismo repugnante.

Después de 20 años, las cosas han seguido peor a ese respecto.

La propagación del inglés ha continuado y ahora el problema no consiste solamente en la existencia de un nuevo idioma usado con mucha generalidad en el comercio y en sociedad, sino lo que es peor, en que el inglés ha comenzado a corromper y podrir el español en forma tal, que constituye ya una verdadera amenaza para la índole latina de nuestro idioma.

A la corrupción del idioma español por el inglés han contribuido varios factores. El desarrollo de los deportes anglosajones cuya terminología no se traduce, dejando, por consiguiente, un sedimento de palabras extranjeras aun en los nombres mismos del deporte: ***box, base-ball, soft-ball, basket-ball, foot-ball, golf***... y como la conversación juvenil está naturalmente llena de alusiones a los deportes, el idioma mismo de la vida diaria de nuestra juventud comienza a verse considerablemente invadido por la terminología deportista no digerida ni traducida.

Viene en seguida el cine, en el que, por una cortesía mal entendida, habíamos tolerado la aparición simultánea de leyendas en inglés y en español, circunstancia que se ha agravado con la exhibición de cintas habladas en inglés, siendo de notar que México es el único país que conozco, en donde se permita la exhibición de cintas habladas en un idioma extranjero.

La prensa periódica, que como órgano de educación debería contribuir a la depuración del idioma, lejos de llenar esa misión, contribuye por el contrario a la corrupción de nuestra lengua. Los periódicos de la Ciudad de México, sobre todo, son los que mayor responsabilidad tienen al respecto, pudiendo asegurarse que, fuera de las páginas especiales en inglés y de las secciones de deportes, donde la cantidad de anglicismos se cuenta por millares, en el resto de su composición, no hay menos de 100 anglicismos en cada página.

La propaganda comercial, con propósito de atraer al consumidor, turista, ha multiplicado considerablemente los letreros en inglés, aumentándose esta corrupción por la detestable literatura de las mercancías importadas que traen sus anuncios o instrucciones en inglés con palabras en español.

Durante la guerra civil por razones de prudencia, durante el conflicto religioso por razones dogmáticas, y ahora por razones de carácter moral, casi todas las familias acomodadas que tienen hijos o hijas que educar, los han enviado a colegios norteamericanos, lo cual ha aumentado mucho la cantidad de personas que en México hablan el idioma inglés, sin haber conservado una base suficiente de español para afirmar el uso de éste como lengua madre. Pero en este punto tocamos una cuestión de educación.

Educación. Fuera de la educación espontánea producida por el gran movimiento de población que produjo la guerra civil durante los años de 1910 a 1917, en materia educativa se han hecho grandes adelantos, aunque más bien como consecuencia de una necesidad imperiosa de las clases bajas y como movimiento espontáneo partido de ellas y al cual, es justicia reconocer, han respondido los gobiernos revolucionarios.

El problema principal, por supuesto, es la educación alfabética del indígena, para el efecto de enseñarle el lenguaje español con tendencia a relegar el uso de las lenguas indígenas entre los grupos autóctonos.

Bastante se ha logrado en esta materia. Hay ahora menos analfabetismo en las clases bajas; pero en cambio se siente un enorme descenso en la calidad y amplitud de la educación primaria que se imparte a la población urbana. Un niño de 12 años que sale de una escuela primaria del Distrito Federal, después de terminar su sexto año, o su segundo grado de tercer ciclo, como se dice ahora en jerga pedagógica, es un pobre muchacho que no sabe ni sirve absolutamente para nada.

Hay una tendencia a la enseñanza técnica que no ha dado resultado ninguno y, por otra parte, el Gobierno federal y los gobiernos locales siguen desperdiciando energías en la enseñanza profesional.

En la actualidad, la educación primaria se desatiende por querer hacer al mismo tiempo educación técnica.[125] La secundaria, con inglés por supuesto, tiene los caracteres de la preparación para la empleomanía comercial, y la profesional asume el aspecto de educación burocrática.

En materia educativa, debemos proponemos ante todo:

1) La conversión del indio al idioma español por medio de la lectura y escritura (2 años).

2) La educación primaria elemental de nuestras clases campesinas de habla española (4 años).

[125] En aquellos tiempos (1931) no había llegado la educación socialista. ni se había extendido tanto la educación rural federal invadiendo la esfera de acción de los Estados. En la actualidad, a pretexto de educación socialista casi no se hace nada en educación primaria. Los profesores rurales federales no son más que agitadores y propagandistas del comunismo que no han hecho nada en favor de la educación.

3) La educación primaria superior con enseñanza elemental técnica obrera, para la población infantil urbana y con enseñanza elemental geográfica para la población infantil rural (2 años).

4) La educación secundaria no es función del Estado, o cuando menos no debe pesar exclusivamente sobre éste.

5) La educación profesional debe ser abandonada por el Estado definitivamente, concretándose a vigilar el funcionamiento de instituciones privadas en que se imparta, para legalizar los títulos profesionales.

La Universidad Nacional Autónoma, que, entre paréntesis, no es ni universidad, ni nacional, ni autónoma, sino una agrupación subvencionada de institutos educativos del Distrito Federal, debe subsistir, si puede, como institución realmente autónoma, derivando la mayor parte de sus recursos de los alumnos mismos. Esto resolvería de paso un problema de politiquería estudiantil que no tiene razón de ser.

Hay, en cambio, 3 fines a los cuales la Federación y los Estados deberían dedicar todos los esfuerzos y recursos que les quedaran disponibles después de atender la educación alfabética y primaria: la enseñanza normal, la enseñanza agrícola y la enseñanza de artes y oficios.

La enseñanza normal es de urgencia, pues debemos confesar que ya no quedan maestros. Los que hubo en un tiempo son ahora periodistas, diputados o políticos Y los que todavía ejercen, son oficinistas que están haciendo mucho daño a la educación por el alambicamiento burocrático de la enseñanza. Hay muy pocos maestros, y los pocos que quedan, todos quieren ser jefes de departamento,

inspectores en la Ciudad o directores de escuela en el primer cuadro. Todos son apóstoles en Roma; pero nadie quiere ser misionero en las Indias.

Se necesitan maestros para las escuelas urbanas; más maestros para las foráneas; muchos maestros para los pueblos; para las aldeas, para los ranchos; y sobre todo, muchísimos maestros para los indígenas remontados en nuestras montañas.

La educación agrícola es una necesidad tan urgente, que basta decir que es imposible que se consolide la institución del ejido si no hay agricultores. Necesitamos agricultores prácticos con nociones de agronomía, casi tanto como arados y bueyes, para que la política agraria de la Revolución no fracase.

En cuanto a la enseñanza de artes y oficios, es esencial para la resolución del problema obrero.

Ya no tenemos obreros. Los que había son ahora carne de motín o empresarios de huelgas con dotes oratorias, rebaños para manifestaciones o líderes de clubes. Pero obreros propiamente dichos, ya no tenemos ni hemos formado nuevos, quizá porque no se necesitan por el momento puesto que México prefiere importar los zapatos y las mezclillas y los percales y las mantas y hasta las suelas para los huaraches.

Problemas Económicos

De todos los problemas económicos, el más importante y el más trascendental es sin duda el problema agrario.

El problema agrario consiste en una nueva distribución de la propiedad, de manera que aumente la producción de nuestros

artículos de primera necesidad, especialmente, el maíz, el trigo y el frijol y la cebada, en forma tal que podamos bastamos a nosotros mismos en materia de alimentación.

El problema agrario consta de 5 capítulos: 1) La división de los grandes latifundios. 2) La formación y fomento de la pequeña propiedad. 3) La dotación de ejidos a los pueblos. 4) El riego. 5) El crédito agrícola.

La Revolución no ha hecho en materia agraria más que el capítulo de dotación de ejidos a los pueblos.

Desgraciadamente, aun la política ejidal deja mucho que desear y la propiedad ejidal sigue todavía insegura y estéril.

El desiderátum en materia agraria para el futuro sería atender a cada uno de los 5 capítulos antes mencionados.

La división de los grandes latifundios no solamente facilitará la explotación de ellos, sino que reducirá al mínimo los conflictos futuros entre la grande y la pequeña propiedad, y sobre todo, permitirá el desarrollo y cultivo de la propiedad ejidal, como complemento del salario.

El fomento de la pequeña propiedad reconocida por la Constitución como base esencial de nuestro desarrollo agrario, no solamente no se ha llevado a cabo, sino que, por un celo mal entendido de los gobiernos revolucionarios en la materia ejidal, la pequeña propiedad ha sido sacrificada tanto en sus conflictos con la gran propiedad como en sus relaciones con los pueblos.

La política de dotaciones ejidales adolece de 3 vicios, a cual más peligroso:

1) La primitiva idea de conservar la forma comunal en el manejo de los ejidos tenía su razón de ser y en mi concepto ha sido un grave

error pasar al sistema de parcelas, pulverizando la propiedad de los pueblos y cayendo en el mismo error en que se había caído conforme a las leyes de desamortización de 1856.

2) Por otra parte, las ilegalidades y arbitrariedades de que ha tenido que hacerse uso sin necesidad, para dotar de ejidos a los pueblos, son causa de que la propiedad ejidal no se consolide, temerosa de revocaciones.

3) El tercer vicio consiste en haber tomado la dotación de ejidos como el fin y no como el medio.

El objeto de la dotación de ejidos a los pueblos ha sido fomentar la producción agrícola de las tierras incultas, procurando el mejoramiento de la población campesina y como un complemento de los salarios.

La política ejidal ha supuesto que el objeto esencial era formar terratenientes, de donde ha resultado que se ha tomado de las fincas las partes cultivadas o regadas, dejando a las haciendas la parte estéril y a los pueblos en situación de no poder utilizar las tierras recibidas.

La política ejidal debe continuarse; pero habrá de rectificarse primero en cuanto a definir, con toda precisión la personalidad agraria de las congregaciones y poblados que los necesiten; en seguida en cuanto a no hacer dotaciones de terrenos cultivados; y, por último, en cuanto a no hacer dotaciones si no se tiene la seguridad de poder proporcionar un pequeño crédito agrícola a los ejidatarios.

Respecto del riego hemos dicho ya que el esfuerzo debe tender a los sistemas de riego cooperativo, a fin de favorecer la pequeña propiedad, y por consiguiente la ejidal.

Aprovechamiento de los recursos naturales. Fuera de los productos agrícolas que son de consumo interior, los demás productos

de nuestro territorio son de exportación y, por consiguiente, se han visto sujetos al acaparamiento, especialmente después de la guerra europea.

Con excepción de nuestra producción carbonífera, que no tendría mercado en el extranjero ni sería costeable su exportación, y que, por consiguiente, ha permanecido en manos de nacionales, o cuando menos, al servicio de empresas nacionales, el resto de nuestros productos de exportación se encontraba desde antes de la Revolución, y se encuentra todavía, en manos de extranjeros. Me refiero especialmente a la minería, al petróleo y a ciertos productos vegetales como el henequén, el guayule, el chicle, el palo de tinte y otros. La Revolución no ha podido nacionalizar los recursos naturales de exportación.

Hizo un gran esfuerzo con respecto al petróleo y fracasó en él, pues no obstante la nacionalización del subsuelo, toda la explotación petrolífera sigue haciéndose con capitales extranjeros, y para beneficio exclusivo de los extranjeros.

La guerra europea tuvo una considerable influencia a este respecto, y casi podemos decir que nuestros gobiernos revolucionarios no han tenido responsabilidad en el fracaso.

Este es quizás el problema más difícil de los que tiene México que resolver; pero me limito por ahora a indicar la conveniencia de nacionalizar las fuentes de producción de nuestros recursos naturales, lo cual no podrá lograrse sino abriendo campos de consumo interior a esos mismos recursos, de manera que nuestras industrias absorban la mayor parte de nuestra producción.

Industria. Desgraciadamente, no llevamos trazas de tener una industria nacional. El problema obrero, es decir, la emancipación y

libertad de las clases proletarias obreras, ha tenido una gran influencia y ha sido el motivo, hasta cierto punto justificado, de que no haya podido extenderse nuestra industria.

Existe un conflicto entre las medidas de protección al obrero en lo personal y la protección a nuestras industrias. El resultado ha sido el decaimiento de éstas y la invasión de las industrias norteamericanas.

Esto es, sin embargo, un fenómeno mundial del cual no somos los únicos en quejamos.

Nuestra futura política en materia de industria debe consistir en fijar definitivamente las respectivas situaciones del capital y del trabajo en condiciones tales, que puedan desarrollarse las industrias mexicanas y competir con los artículos de importación.

Las industrias que deben protegerse son las que tienen su aprovechamiento de materias primas y su campo de consumo en México mismo: tejidos de algodón, tejidos de fibras como el ixtle y el henequén, artículos de peletería, y otras semejantes.

Comercio. El fracaso de la política revolucionaria de nacionalizar el comercio no es imputable a la Revolución, sino que depende de condiciones extrañas a México, y sobre todo, de la situación de Europa y los Estados Unidos, después de la guerra mundial.

El gran comercio de importación sigue siempre en manos de extranjeros: franceses, españoles, alemanes y norteamericanos.

El pequeño comercio de abarrotes y ropas, que había estado casi siempre en manos de mexicanos, últimamente ha ido pasando a manos de sirios y de inmigrantes balkánicos y eslavos, dejando en manos de mexicanos el comercio Ínfimo, que casi toca los límites de la mendicidad: mercados y comercio ambulante, y aun en estos ramos

el vendedor sirio, chino, polaco, griego, han estado echando fuera al mexicano.

Política bancaria. Uno de los ideales de la Revolución fue el monopolio bancario por medio del banco del Estado; pero los gobiernos revolucionarios dejaron pasar el período destructivo de la Revolución sin aniquilar completamente los bancos antes establecidos, y sobre todo, sin modificar los sistemas de funcionamiento de ellos.

La industria bancaria sigue en manos del antiguo Banco Nacional de México que no ha retirado sus tentáculos de toda la República. A este banco se han agregado las sucursales de bancos extranjeros que con gran facilidad dominan a los bancos locales.

El Banco de México no ha respondido a las esperanzas que en él se habían puesto y no ha llenado su cometido, quizá por haberse salido de sus funciones, pues en vez de ser un superbanco, es decir una institución bancaria de mero redescuento, se ha puesto a trabajar en el mercado comercial al nivel de cualquier otro banco privado, desatendiendo los fines para que fue creado.

En la actualidad no hay crédito bancario inmobiliario y la propiedad raíz urbana y rústica siguen siendo refaccionadas por los prestamistas particulares, contándose entre éstos los pequeños bancos regionales que sólo hacen negocios de agio.[126]

La reciente organización del Banco Agrícola ofrece esperanzas de crear el crédito agrícola para la pequeña propiedad, sino se desvía, como lo hizo la Caja de Préstamos, hacia las grandes inversiones.

Moneda, finanzas y empréstitos. Hay ciertos problemas que parecen de gran importancia en los momentos actuales; pero me

[126] Desde entonces se han formado varios bancos hipotecarios y las compañías de seguros han acaparado el crédito inmobiliario en el Distrito Federal. En el resto del país no hay crédito inmobiliario.

abstengo de tratarlos porque asumen caracteres tales a causa de condiciones transitorias.

EL desequilibrio de nuestra moneda depende al mismo tiempo de factores distintos, entre los cuales la baja de la plata no tiene la importancia que se quiere darle. Nuestra balanza comercial no es tampoco motivo suficiente para tan pronunciado desequilibrio monetario. Dicho desequilibrio depende en el fondo de las condiciones de inseguridad para la permanencia de los capitales nacionales en el país y para la inversión de capitales extranjeros.[127]

Tan pronto como mejoren las condiciones de nuestra industria y de nuestra agricultura, automáticamente mejorará la situación de nuestra moneda, aun cuando la plata no vuelva a recobrar su antiguo nivel.

Por no alargar esta conferencia, me abstengo de tratar otras cuestiones de carácter hacendario y financiero que aun cuando son importantes para nuestro país, no se refieren a la política general seguida por la Revolución.

Me limitaré solamente a hacer notar que la Revolución tuvo siempre el constante propósito de no contraer nuevos compromisos en el extranjero, en forma de nuevos empréstitos.[128]

[127] En julio de 1931, meses después de escrito este balance, el Gobierno mexicano abandonó su moneda de oro y en 1935 abandonó la de plata.

[128] En 1930 se hizo el tercer intento de reasumir el servicio de nuestra deuda pública exterior, por medio de un arreglo con el Comité Internacional de Banqueros formado alrededor de la Casa Morgan. En septiembre de 1933 el Gobierno del Gral. Rodríguez contrató un empréstito de $25 millones para obras de provisión de aguas y saneamiento en el Distrito Federal entregando en garantía a un banco, la recaudación de los impuestos de aguas, y comprometiendo los impuestos prediales del Distrito Federal. En los momentos en que se publica este trabajo (enero de 1936), el Gobierno del Gral. Cárdenas se propone hacer un nuevo intento de reajustar su deuda exterior. Por lo tanto, el Congreso acaba de aprobar un empréstito de Dls 5.5 millones ($20 millones) para obras públicas con garantía de los ingresos del petróleo, a pesar de que se dice haber un superávit de $160 millones. Se ha aprobado también otro empréstito por $50 millones para la construcción del FC del Istmo a Campeche, con garantía de los ingresos de los ferrocarriles. Todo esto demuestra que en 20 años no hemos aprendido nada de la experiencia dolorosa de nuestra historia en materia de empréstitos.

En la actualidad, las condiciones monetarias del mundo son tales, que más que solicitar dinero que rebosa en las arcas de los bancos extranjeros y especialmente de los norteamericanos, nuestro problema consiste en defendemos de la invasión de capitales extranjeros que vienen al país a comprar, acaparar y monopolizar las fuentes de nuestra industria y de nuestro comercio.

La situación hacendaria de nuestro país no es consecuencia del buen o mal manejo de los fondos públicos por parte de la Secretaría de Hacienda, sino de la economía, del orden y de la honradez que se tenga para todos los gastos públicos.

Podemos en resumen decir que la política económica de México debe consistir en seguir los principios enunciados; pero desgraciadamente no realizados todavía por la Revolución, a saber: bastamos a nosotros mismos en productos agrícolas alimenticios; controlar las fuentes de nuestros recursos nacionales; fomentar la industria mexicana de los artículos de producción y consumo mexicanos; mexicanizar nuestro comercio; tener nuestro propio sistema bancario; sanear nuestras finanzas; estabilizar nuestra moneda; y no contraer compromisos internacionales que no podamos cumplir desahogadamente.

Problemas políticos

Libertad, igualdad, justicia, sufragio efectivo, no reelección, autonomía de los poderes, municipio libre, soberanía de los Estados, independencia internacional.

Palabras, palabras, palabras.

La Revolución no ha resuelto ninguno de los problemas políticos del país. Ni podrá resolverlos mientras esos problemas se estudien con hipocresía, hablando para la galería y pensando en la manera de conseguir una colocación o de obtener una curul, o de escalar un puesto.

El problema político de México consiste en tener leyes que correspondan realmente a nuestro modo de ser, a nuestra condición económica y a nuestras necesidades.

Para que haya libertad política es necesario que haya igualdad económica y social.

Mientras la nación no sea homogénea no puede haber igualdad jurídica ni igualdad política.

En un país de capas superpuestas, de clases desiguales racial y económicamente, no puede haber igualdad constitucional ni igualdad ante la ley.

Y mientras no tengamos la franqueza de ver cara a cara el problema de nuestra heterogeneidad de clases, sino que partamos de las declamaciones huecas sobre "las libertades del pueblo" y "los derechos de los ciudadanos", no podremos pasar de nuestro estado de leyes teóricas inaplicables e inaplicadas.

Pero entonces se me dirá: ¿cuánto tiempo habrá que esperar a que se logre la homogeneidad de raza y la igualdad económica para que haya justicia, libertad y sufragio? ¿Un siglo?

Y yo digo: no tanto, pero es peor que sigamos viviendo en un sistema político falso que estorba y estorbará siempre la realización de los ideales revolucionarios en materia social y económica.

Porque estamos en un círculo vicioso: no tenemos libertades porque no tenemos igualdad económica y social; pero al mismo

tiempo no podremos completar nuestra Revolución económica y social si no salimos del pantano de falsedades constitucionales en que vivimos.

Y no hay que esperar a que se realice por completo la homogeneidad de raza y la emancipación económica del indio y del proletario para comenzar a tener libertades.

Hay que buscar las fórmulas legales adecuadas a nuestras condiciones reales y efectivas. ¿Que es difícil la tarea? Es cierto, pero no es imposible.

En derecho constitucional, la inferioridad de las unidades individuales hay que compensarla creando las unidades colectivas. En materia política hay que admitir la representación proporcional, o la representación funcional, o la representación gremial o la representación comunal.

Si el voto del indio no puede valer lo que un voto del ciudadano criollo civilizado, menos malos es que 100 votos de indio valgan lo que un voto del hacendado, y no que se pierdan esos 100 votos o que el hacendado los cuente como 100 votos efectivos sumados al suyo.

Y en derecho civil hay que abrir la puerta a las personalidades gremiales, o a las personalidades funcionales, o a las personalidades comunales para que puedan obtener justicia frente a las personalidades físicas poderosas o frente a las corporaciones, sociedades y demás personas morales.

La tarea es difícil y larga; pero hay que emprenderla desde ahora.

Talento no nos falta. México ha acometido y resuelto muchos de sus problemas antes que otras naciones, la separación de la Iglesia y el Estado, por ejemplo.

Pero eran otros tiempos y otros varones.

Lo que nos falta es valor civil, honradez y patriotismo. Valor civil para hablar francamente de los problemas; honradez para confesar nuestras lacras y nuestros defectos, y patriotismo para orientar nuestros esfuerzos en bien de la patria y no perseguir nuestra conveniencia personal.

Y en cada uno de nuestros problemas políticos que toquemos, salta a la vista que no es por falta de inteligencia por lo que no lo hemos resuelto sino por falta de valor civil, por falta de honradez y por falta de patriotismo.

La Revolución no ha hecho nada, absolutamente nada para resolver nuestros problemas políticos.

El principio de la no reelección, que no es un principio, sino un propósito de renovación que nos obligaría a educar constantemente nuevos hombres para el Gobierno, parecía conquistado definitivamente; nadie lo impugnaba; había sido inscrito en nuestra Constitución y Carranza mismo fue sacrificado por él.

Más tarde fue borrado a toda prisa por razones de conveniencia política. Ahora que esas razones ya no existen ¿por qué no lo restablecemos?

Porque no tenemos valor civil para exigirlo, temiendo lastimar con nuestras sospechas al Gral. Calles o al Lic. Portes Gil, o al Ing. Ortiz Rubio. Porque no tenemos honradez para cerrar la puerta a las ambiciones y porque no tenemos patriotismo para poner los intereses de nuestra patria sobre nuestras conveniencias futuristas.[129]

[129] En abril de 1933 fue nuevamente reformada la Constitución restableciendo el principio de no reelección, Pero en estos días (enero de 1937), se habla ya de reformarla de nuevo para permitir la reelección del Gral. Cárdenas "por una sola vez",

No tenemos sufragio efectivo. Ni podremos tenerlo con un sistema electoral hipócrita, falso, basado en la mentira convencional de los comicios.

Pero no tenemos el valor civil de decirlo, y aunque lo digamos salto voce, no tenemos el valor de escribirlo y publicarlo. Ni tenemos la honradez suficiente para confesar que no hay un solo funcionario que haya sido realmente electo por el pueblo; ni el patriotismo para reformar nuestra Constitución y nuestras leyes electorales; y preferimos irla pasando con un sistema que si no sirve para elegir buenos mandatarios en cambio se acomoda perfectamente a nuestras conveniencias políticas, y nos ayuda a realizar nuestras ambiciones personales.[130]

No tenemos justicia.

Ni la hemos tenido ni podremos tenerla mientras no hagamos una verdadera revolución, jurídica.

Pero no tenemos el valor civil, sobre todo los abogados postulantes, de decir que todo está podrido en Dinamarca, que nuestras leyes son absurdas y nuestros procedimientos estultamente anticuados; y que los tribunales a donde no ha llegado la marea de la corrupción y del cohecho están enfermos de apatía o de servilismo o de miedo de dar a cada quien lo suyo.

Ni tenemos tampoco la honradez suficiente para enfrentamos con la corrupción judicial y combatirla, ni el patriotismo necesario para arrojar la toga, arremangamos, y poner manos a la obra de reformar

[130] Con el funcionamiento del Partido Nacional Revolucionario, órgano electoral oficial, ha quedado definitivamente suprimido el sufragio efectivo en México.

las leyes y de echar a latigazos a los mercaderes del Templo de la Justicia.[131]

No tenemos Ejército. Ni lo hemos tenido nunca ni podemos tenerlo en un medio de desigualdad social. El que teníamos era un contingente recogido de leva en las comisarías y en las prisiones, regido por una oficialidad educada en el militarismo profesional.

Y el que formó la Revolución lleva dados ejemplos de lo que es capaz el pretorianismo militar cuando sabe que a falta de urnas electorales, las crisis políticas tienen que resolverse con la culata del fusil.

Pero nos falta valor civil para decirlo. No nos atrevemos ni a comentar los pronunciamientos y despronunciamientos de los últimos años, ni a indignamos ante el inmundo lodazal de cohechos y cobardías en que ha nadado la deslealtad de las recientes revueltas; ni menos a decir que nuestro Ejército no está curado de su pretorianismo crónico.

Ni tenemos honradez para confesar que ese mal no puede curarse mientras no funcionen democráticamente los partidos políticos, y que por mucho que nos duela, las elecciones generales seguirán oscilando entre la insurrección y el caudillaje.

Ni podemos concebir que haya quien tenga el patriotismo suficiente para abstenerse de emplear el poder militar en pro de sus ambiciones políticas, como lo veremos dentro de 2 ó 3 años... si vivimos.[132]

[131] En diciembre de 1934 fue reformada la Constitución suprimiendo definitivamente la inamovilidad del Poder Judicial. y dejando al Poder Ejecutivo el nombramiento de los ministros de la Suprema Corte y magistrados del Tribunal Superior. Desde enero de 1935 en que fueron designados los nuevos ministros y magistrados no queda ya ni sombra de independencia del Poder Judicial.

[132] El autor se equivocó en este punto, porque han pasado ya 6 años y todavía no se ha ofrecido otro cuartelazo militar.

No tenemos libertad de imprenta. Ni la hemos tenido desde la muerte de Madero.

Pero el reciente congreso periodístico fue testigo de que no tenemos el valor civil de decir, o no nos conviene publicar, que las verdaderas causas del silencio o de la hipocresía de nuestra prensa no proceden de la ley, ni tanto de la presión oficial, sino de la organización económica de nuestras grandes empresas periodísticas que se hallan cohibidas para expresar libremente la opinión pública, o porque no conviene a los intereses que las sostienen o porque temen sufrir en su negocio antagonizando al Gobierno o a los grandes intereses económicos o políticos.

Y no hablo de la dependencia pecuniaria de los noticieros y redactores que los priva de libertad, porque este mal sería remediable si no existiera el vicio de organización de nuestra prensa noticiera.

No hay municipios libres ni puede haberlos. Pero no tenemos el valor civil de confesar que nos hemos equivocado al crear esa institución antes de educar a nuestro pueblo y antes de reformar toda nuestra legislación electoral. No tenemos la honradez ni el patriotismo para combatir la corrupción política de los ayuntamientos, ni siquiera el de nuestra propia aldea, donde se roba y despilfarra nuestro propio dinero y el de nuestros hijos.

No hay soberanía de los Estados, ni hemos tenido nunca una República federal; ni podemos tenerla; ni nos conviene tenerla.

Pero carecemos de valor civil para decirlo; ni nos atrevemos a soportar la rechifla que nos vendría encima cuando dijéramos que los Ramos Arizpe y los Gómez Farías y los Ocampo y los Zarco se habían equivocado lastimosamente.

Por el contrario, en cuanto se toca la cuestión del centralismo o tan siquiera la de reintegrar entidades federativas más grandes y menos numerosas somos los primeros en sacar a relucir nuestro provincialismo, especialmente si a la sazón está de moda ser de Oaxaca o de Coahuila, o de Sonora, o de Tamaulipas o de Michoacán.[133]

Ni tenemos la honradez suficiente para confesar que la soberanía de los Estados siempre ha sido una mentira y que sólo ha servido para eludir responsabilidades del centro o para facilitar los caciquismos con que los caudillos máximos pagan a sus lugartenientes.

Y cuando se nos ponen al frente las ventajas que la patria obtendría de su unificación territorial y política, sacamos en seguida a relucir nuestro patriotismo de campanario, prefiriendo el federalismo teórico que nos sirve para medrar y que es la base de las tiranías locales, a un centralismo que odiamos a ciegas y por mera tradición, como continuamos creyendo por mera rutina y por conveniencia en el sistema federativo.

No tenemos, en fin, soberanía internacional. Ni la hemos tenido; ni podremos tenerla mientras no seamos fuertes, o cuando menos relativamente sanos, y mientras no tengamos la independencia económica que consiste en bastarse a sí mismo.

Pero no tenemos valor civil para confesarlo.

Cuando se trata de la integridad de nuestro territorio, somos unos tigres y ya estamos alharaqueando porque un señor norteamericano dijo que sería conveniente comprar Baja California; y llevamos años de estar orgullosos porque un juez declaró que El Chamizal nos pertenece, pero no tendríamos valor para sacamos esa

[133] Se refiere el autor a las épocas en que fueron presidentes Díaz, de Oaxaca; Madero y Carranza, de Coahuila; Obregón y Calles, de Sonora; Portes Gil, de Tamaulipas, y de Michoacán Ortiz Rubio, que era el Presidente en la época de esta conferencia.

espina, aunque haga más de 60 años que no se encuentra en nuestro poder ese pedazo de tierra arrancado por el río Bravo.[134]

Los políticos norteamericanos que conocen nuestro lado flaco, nos dan coba a cada rato diciéndonos que no pretenden quitamos una sola pulgada de territorio... más de lo que ya nos quitaron; y nosotros nos quedamos tan campantes y orgullosos en la creencia de tener asegurada nuestra integridad territorial. Pero en cuanto a la soberanía propiamente dicha, que no hemos tenido nunca, ésa no nos preocupa.

En lo económico estamos atenidos a la importación de toda clase de artículos, no sólo de lujo o de vestir, sino aun los de primera necesidad: el trigo, el maíz, los huevos, la manteca, necesitamos comprarlos fuera. Usamos de preferencia mercancías de importación. Anunciamos en inglés y aun ponemos a nuestros propios productos etiquetas en inglés por patriotismo, y para venderlos a mejor precio.

En nuestras relaciones internacionales tenemos un costosísimo servicio diplomático decorativo y literario; pero perfectamente inútil, pues cada día se azolvan más y más los conductos diplomáticos europeos y sudamericanos.

Durante la guerra europea, la doctrina Monroe llegó a significar que cualquier asunto importante que México tuviera que tratar con Europa, debería tratarlo por conducto de Washington; y seguimos en igual condición.

[134] El 18 de enero de 1934 fue reformada nuestra Constitución para eliminar la isla Clipperton o de la Pasión de entre las partes integrantes de la República mexicana. Eso se hizo para cumplir un laudo del Rey de Italia, declarando que esa isla era de Francia y no nuestra. El arbitraje había sido planteado durante el Gobierno del Gral. Díaz años antes de la guerra mundial. cuando Italia se suponía neutral respecto a Francia; pero fue fallado en 1933 cuando Italia era de hecho aliada internacional de Francia.

Pero no tenemos el valor de suprimir nuestro costoso servicio diplomático porque preferimos guardar las apariencias antes que confesar la verdad.

Ni tenemos la honradez y el patriotismo suficiente para decir no, cada vez que nuestro vecino del Norte nos invita a cederle una parte de nuestra soberanía.

Obregón, por necesidad de orden político, para que los Estados Unidos lo reconocieran, tuvo que firmar los tratados de Bucareli, que crearon una jurisdicción especial para los norteamericanos y privilegios que prácticamente eximen al hacendado norteamericano de contribuir a la resolución del problema agrario.

Un grupo pequeño de senadores pensó oponerse. Field Jurado fue asesinado y 3 senadores más fueron formidados secuestrándolos.

Los tratados fueron aprobados casi por unanimidad con sólo la lectura de unas objeciones que fueron rebatidas despectivamente con denuestos para su autor.[135]

Y tras de los tratados de Bucareli, siguieron tratados semejantes con Inglaterra, con Francia, con Italia, con Bélgica, con España, con Alemania, generalizándose así el precedente.

Y lo malo no es lo que tengamos que pagar por esas reclamaciones, sino que llevamos 7 años de comisiones internacionales y lleva trazas de convertirse en sistema de capitulaciones lo que fue una debilidad de nuestra parte, con mengua de una soberanía ya bastante mermada por nuestra inferioridad geográfica y económica.

[135] El Lic. Cabrera fue quien elevó al Senado un estudio combatiendo los tratados de Bucareli, en cuyo documento se basó la última débil resistencia que opuso el grupo minoritario del Se nado, después del asesinato del senador Field Jurado y del secuestro de los senadores don Ildefonso Vázquez, don Enrique del Castillo y don Francisco Trejo. Y sin embargo, recientemente se ha llegado a decir que el Lic. Cabrera prohijó esos tratados. Así se escribe la historia.

Resumen

En suma y para terminar repito que la resolución de nuestros problemas políticos requiere valor civil, honradez y patriotismo, de que desgraciadamente andamos muy escasos los mexicanos.

Los problemas políticos. no pueden resolverse en la forma democrática pura mientras subsistan nuestras desigualdades social y económica.

Hemos hecho algo en lo económico y en lo social; pero la Revolución no ha hecho nada por resolver los problemas políticos, y lo que había hecho lo deshicimos vergonzosamente.

Por último, la Revolución económica y social de México no puede consolidarse sin una reforma política que permita la participación de los mexicanos en el gobierno de su República.

México y Rusia están a este respecto en condiciones semejantes: mientras las reformas económicas del comunismo tengan que sostenerse por la fuerza, bajo un régimen dictatorial del proletariado, no podrá verse si son utópicas o si pueden subsistir y consolidarse.[136]

Mientras las reformas sociales y económicas de México tengan que sostenerse por medios dictatoriales, no sabremos si podremos mantenerlas y consolidarlas o si son un vano ensayo que más tarde habrá que abandonar.

Madero no alcanzó a ver los problemas sociales y económicos por estar contemplando los problemas democráticos. Era un soñador.

[136] En los últimos días de noviembre de 1936 fue aprobada la nueva Ley Fundamental de la Unión de las Repúblicas Soviéticas Socialistas, en que se establece un régimen democrático y queda abolida la dictadura del proletariado; pero aún no es tiempo de emitir un juicio sobre los resultados de nuevo sistema ni siquiera sobre si realmente va a implantarse o si se trata de una nueva maniobra política.

Carranza fijó su atención en las reformas sociales y económicas de México y de su pueblo. Era un hombre práctico Madero, el vidente, murió por no haber visto hacia abajo, por no fijar su atención en los hombres y en la tierra.

Carranza, el prudente, murió por no haber visto hacia arriba.

Madero, el iluso, el teorizante, ¿se equivocó? ¿O con la pureza de su corazón y la sencillez de su espíritu vio más allá que nosotros?

Como quiera que sea, nosotros tenemos el deber de continuar y llevar a cabo la tarea que se impusieron uno y otro, aprovechando la lección de sus errores y de su sacrificio: que no puede haber libertad política sin igualdad económica y social; pero que tampoco puede haber bienestar económico y social sin libertades.

Los cuatro periodos consecutivos de gobierno de Porfirio Díaz[137]

Luis Pérez Verdía

Luis Pérez Verdía, embajador de México en Guatemala, retrato.

El Sr. Gral. D. Porfirio Díaz durante sus cuatro períodos consecutivos. - La Deuda pública. -La Unión de Centro América. El caso de Cutting. Conspiración de García de la Cadena. -Congreso de Instrucción Pública. -El Centenario de América. -Desavenencias con Guatemala. - Coronación de la imagen de Ntra. Sra. de Guadalupe. Atentado de Arroyo. Pacificación de los mayas de Yucatán. Consolidación de la deuda. Nueva reelección.

Con grande satisfacción del pueblo tomó posesión del Gobierno el Sr. Gral. D. Porfirio Díaz, declarado Presidente constitucional para el período del 10 de diciembre de 1884 al 30 de noviembre de 1888, y formó su Ministerio con los Sres. D. Ignacio Mariscal en Relaciones: D. Manuel Romero Rubio en Gobernación; D. Manuel Dublán en Hacienda; D. Carlos Pacheco en Fomento; D. Joaquín Baranda en Justicia y D. Pedro Hinojosa en Guerra y Marina.

[137] Este texto es formalmente el capítulo vigésimo primero y vigésimo segundo de la obra del Licenciado Luis Pérez Verdía, titulada *Compendio de la Historia de México. Desde sus primeros tiempos hasta el fin del siglo XIX*, la cual fue editada por la Librería de la Vda. De C. Bouret en el año de 1911.

Una cuestión política y otra económica absorbieron de pronto toda la atención del presidente: el partido gonzalista hacia una oposición latente y formidable y el Gobierno sin querer prescindir de su concurso ni eliminarlo, sino que deseando por el contrario atraérselo para evitar una escisión, trató sin embargo de reducirlo a la impotencia. En la Cámara de Diputados se reprobó la cuenta general del Tesoro con responsabilidad del Gral. González y de sus Ministros de Hacienda Fuentes y Muñiz, y Peña, y aunque más tarde se sobreseyó en el asunto, el golpe moral fue decisivo.

Las deudas de pago ejecutivo por parte del Gobierno el 10 de diciembre de 1884 a favor del Banco Nacional, el de Londres, el Hipotecario y el Monte de Piedad, ascendían a $10.751.01595 cs. Para amortizar esta cantidad, según los contratos respectivos, así como por el adeudo de subvenciones a Compañías ferrocarrileras y por $ 4.533.862 68 cs. importe de los vales a pagar expedidos a favor de particulares, encontrábanse comprometidos los productos aduanales a tal extremo, que sólo se podía disponer de un 12,63 por 100 en los menos gravados, no quedando en consecuencia sino un residuo insuficiente para cubrir los sueldos de los empleados y los gastos de las mismas aduanas.

Para remediar semejante situación se dictaron las leyes de 22 de junio de 1885 por las que se hizo una pequeña reducción, aunque con carácter de reintegrable, en todos los sueldos y emolumentos y se dispuso la consolidación de la deuda flotante contraída desde 10 de julio de 1882 bajo ciertas bases, así como la de la deuda anterior bajo otras diversas.

En junio de 1886 se celebró un convenio con los tenedores de bonos de la deuda inglesa, reconociéndose por el Gobierno por

capital y réditos hasta esa fecha setenta y tres millones y medio de pesos y expidiéndose por tal suma nuevos bonos sin carácter ninguno diplomático y con menos interés.

De acuerdo después con la ley de 13 de diciembre 1887 se contrató un empréstito con la Casa Bleichroeder del 24 de marzo de 1888 por 10.500.000 libras esterlinas por medio del cual se logró reducir la deuda exterior a la mitad de su monto y se dispuso de algún capital en efectivo que fue destinado a mejoras de utilidad pública.

Con motivo de la ambición del Gral. D. Rutino Barrios, presidente de Guatemala, que lo hizo proclamar la unión de las Repúblicas de Centro América, reservándose no sólo la hegemonía de su patria, sino aun el mando absoluto bajo el dictado de Jefe Supremo Militar, los Gobiernos del Salvador, Nicaragua y Costa Rica se opusieron a la realización de tal proyecto y pidieron a México su apoyo. El Sr. Gral. Díaz reprobó la unificación forzosa y la imposición violenta del yugo guatemalteco y dispuso que la Legación Mexicana se trasladase al Salvador. Esta medida originó dificultades tanto porque Barrios trató por medio de las armas de llevar su designio adelante como porque los Estados Unidos no mostraban conformidad en que México interviniese en las cuestiones políticas de centro América.

Por fortuna la derrota y muerte del Gral. Barrios en la batalla de Chalchuapa el 2 de abril de 1885, a la vez que restauró los fueros de la justicia evitó una cuestión internacional inútil y desagradable.

A mediados de 1886 vino un incidente particular e insignificante a crear serias, dificultades entre México y Estados Unidos. Fue el caso que habiendo un Mr. A. K. Cutting injuriado por la prensa en El Paso de Texas a un mexicano, y habiendo hecho circular ejemplares en Paso del Norte, fue acusado criminalmente por el ofendido y

puesto en prisión, y aunque sólo se trataba de intereses privados, las adulteraciones y ardientes excitativas de Cutting, hicieron que interviniese el Ministro Mr. Bayard reclamando una indemnización para aquél, a la vez que la derogación del art. 186 del Código Penal de Chihuahua que autorizaba en ciertos y determinados casos el castigo en México de delitos cometidos fuera de su territorio, en obsequio de la buena vecindad y amistosas relaciones de los dos países y porque invade la soberanía independiente de una nación colindante y amiga.

Tales cuestiones excitaron mucho los ánimos; pero el Gobierno mexicano con suma prudencia y energía demostró por diversas notas diplomáticas que muchos honores le hicieron al Sr. Mariscal, que eran infundadas las inculpaciones que se habían hecho. Por fortuna el Gabinete de Washington obrando con justificación reconoció tácitamente el derecho de México y no insistió en sus pretensiones, de manera que ni se dio indemnización a Cutting ni se reformó la ley penal de Chihuahua.

En octubre de 1886 se tramó una conspiración contra el Gobierno al frente de la cual se señaló al Gral. D. Trinidad García de la Cadena, quien cautelosamente se retiró al Estado de Zacatecas y se ocupaba en los preparativos necesarios, cuando fue descubierto y aprehendido, habiéndole dado muerte alevosamente en la Estación González el 10 de noviembre D. Atenógenes Llamas Jefe Político de Zacatecas. Aunque parece que algunos militares de alta graduación se hallaban comprometidos en el complot, quedaron intimidados con el asesinato de García de la Cadena y la tranquilidad pública no llegó a alterarse.

El círculo porfirista inició la continuación en el poder del presidente y a este fin, previos los trámites reglamentarios, volvióse

a reformar la Constitución de 1857 en el mes de octubre de 1887 declarándose permitida la reelección por un solo cuatrienio. Aunque reforma semejante significaba la derogación del principio fundamental del plan de Tuxtepec y era notoriamente una inconsecuencia: política, fue sin embargo una exigencia de la situación y vino a demostrar que los pueblos no pueden gobernarse por reglas fijas é inexorables tomadas a priori, sino que deben constantemente adaptarse a las necesidades siempre variables.

El aprecio que supo grajearse el Sr. Gral. Díaz y el temor de que cualquiera otro que se elevase al poder defraudara las esperanzas de la Nación, como había acontecido con el Gral. González, fueron causas principales que determinaron la reforma expresada.

Continuaron extendiéndose los ferrocarriles, habiéndose inaugurado en mayo de 1888 la línea hasta Guadalajara.

Al terminar el período constitucional fue reelecto el señor Gral. D. Porfirio Díaz, habiendo hecho la protesta, legal ello de diciembre de 1888 y continuando con el mismo Ministerio.

En 1o. de diciembre del siguiente año se reunió en la capital por iniciativa del Sr. Baranda, Ministro de Justicia, el Primer Congreso Nacional de Instrucción Pública, el cual formado por un representante de cada Estado y por algunos profesores, bajo la presidencia del distinguido literato Sr. D. Justo Sierra, estaba destinado a unificar en todo el país los métodos de enseñanza, y funcionó hasta marzo de 1890, habiendo dilucidado las principales cuestiones pedagógicas. Reunióse el segundo Congreso en 1o. de diciembre y aunque formuló sus ideas científicas acerca de la enseñanza primaria y preparatoria con notable brillantez juzgáronse en el público como muy avanzadas e inspiradas en la filosofía positivista y no llegaron a ponerse en práctica.

En 1o. de enero de 1890 comenzó a regir el nuevo Código de Comercio en el cual se mejoró mucho la materia relativa a sociedades, si bien en cuanto a las letras de cambio se adaptó más que el anterior al sistema francés separándose de la teoría alemana que tiende actualmente a dominar.

Se promulgó el 4 de junio de 1892 la Ley Minera, que, al declarar irrevocable la propiedad de las minas mediante únicamente el pago del impuesto fiscal quitando condiciones para el laboreo e incertidumbre, ha favorecido extraordinariamente el desarrollo de la minería.

El 12 de octubre de 1892 se celebró en toda la República el cuarto centenario del descubrimiento de América: fiesta digna de un pueblo culto que, al honrar el genio de Colón, deificaba el principio civilizador. En México se erigió al ilustre genovés en la Plazuela de Buenavista una estatua modelada en la Academia Nacional de Bellas Artes y se publicaron en espléndida edición diversos Códices jeroglíficos inéditos.

En ese año se perdieron las cosechas de maíz, por lo cual la carestía de ese cereal redujo a la miseria a multitud de familias y habría sido de terribles consecuencias si no se hubiese introducido gran cantidad de los Estados Unidos.

De nuevo se modificó el Código Político, dejando el art. 78 en los mismos términos en que lo expidieron los constituyentes, es decir, permitiendo la reelección indefinida.

Indudablemente que a la luz del Derecho y de la Filosofía es mucho más democrático el dejar al pueblo elector la exclusiva atribución de nombrar sus mandatarios sin restricciones. El principio

de no reelección limita la soberanía popular y por tanto sólo debe admitirse en casos bien determinados.

La continuación en el poder por parte del Sr. Juárez en período de agitación y de lucha, llegó a originar diversas revoluciones y a justificar la restricción impuesta al voto público; pero cambiadas radicalmente las circunstancias, la prolongación del mandato del Sr. Díaz en período de tranquilidad, de reposo y de trabajo económico era reclamada por los intereses de la paz y del orden.

Fue en consecuencia otra vez electo presidente de la República el Sr. Gral. D. Porfirio Díaz e hizo la protesta legal el 1o. de diciembre de 1882, bajo una crisis económica producida tanto por la pérdida de cosechas y extracción de numerario, como por la depreciación de la plata y alto tipo de los cambios sobre el extranjero; pues teniendo que pagarse en oro los intereses de la deuda, se había duplicado la obligación. A pesar de tan serios inconvenientes el Gobierno logró dominar aquella situación y gracias al arreglo de la Hacienda Pública ejecutado por el Sr. D. José Ives Limantour que fue nombrado Ministro en 9 de mayo de 1893, convirtióse aquella causa de malestar y de ruina en fuente de prosperidad, porque el alto valor del cambio estimuló el establecimiento en el país de "industrias nuevas, la producción agrícola y la exportación de multitud de artículos.

En 8 de julio de 1893 se celebró un tratado con Inglaterra sobre límites de Yucatán con Belice, que puso fin a una situación indefinida y peligrosa; pero que fue mal recibido y que por haber encontrado seria oposición en el Senado, permaneció por mucho tiempo sin ratificarse, hasta que se le hicieron algunas ventajosas y justas modificaciones.

En fines de 1894 con ocasión de invasiones de guatemaltecos y ataques a la propiedad de algunos mexicanos, se suscitó entre las dos

naciones una cuestión de límites y de indemnizaciones, y a pesar de existir el tratado solemne de 27 de septiembre de 1882, Guatemala se rehusaba a cumplirlo, por lo cual Gobierno mexicano se vio obligado a retirar de aquella República al Ministro diplomático y a disponerse para hacer respetar sus derechos. Mostróse en todo el país gran patriotismo y llegaron a movilizarse algunas tropas, designándose para operar la campaña al Gral. D. Bonifacio Topete; mas por fortuna la energía del Presidente y la justicia de nuestra causa hicieron que Guatemala en nuevo tratado de 1o. de abril de 1895 reconociera los límites fijados de antemano, se obligase a pagar una indemnización por perjuicios y declarase que al ejercer actos de soberanía dentro del territorio que se extiende al Oeste del río Lacantum, no había tenido intención de ofender México.

El 3 de octubre de 1895 murió el Sr. Lic. D. Manuel Romero Rubio, Ministro de Gobernación y padre político del Sr. Gral. Díaz, habiéndosele tributado los honores correspondientes a su alta posición y merecimientos políticos.

Siendo nuestra nación el país clásico de las antigüedades y el emporio de la civilización precolombina, nada más natural que llamase la atención de los amantes del estudio y que se designase la Ciudad de. México para celebrar el XI Congreso de Américas. Celebróse en efecto abriendo sus sesiones en 8 de octubre de 1895.

El 12 del mismo mes se verificó en la Colegiata la coronación de la Virgen de Guadalupe, iniciada por el Padre Plancarte, habiendo asistido más de doce obispos mexicanos y tres o cuatro extranjeros. La suntuosa fiesta religiosa y el cambio que se hizo en la corona de la imagen dieron motivo multitud de polémicas histórico-religiosas.

Poco después reunió en la capital el V Concilio mexicano.

Por ley de 24 de abril de 1896 se reformó otra vez la Carta fundamental de 1857 cambiándose el modo de substituir al Presiden le en sus faltas temporales o absolutas, pues el sistema adoptado por la reforma de 3 de octubre de 1882 era muy defectuoso y exponía la suerte de la Nación al encomendar sus destinos en caso eventual al que hubiese sido Presidente del Senado, y que bien podría suceder que careciese totalmente de aptitudes, de representación y de prestigio.

También se promulgó la reforma por la cual quedaron suprimidas en todo el país las alcabalas, dándose con eso un gran paso en el sendero de la libertad del comercio.

Al renovarse los poderes públicos fue otra vez reelecto el Sr. Gral. D. Porfirio Díaz quien siguió gobernando con los mismos Ministros: Mariscal en el ramo de Relaciones; González Cosío en Gobernación; Limantour en Hacienda; Baranda en Justicia; Mena en Comunicaciones; Fernández Leal en Fomento; y D. Felipe B. Berriozábal en Guerra.

Siguiéronse extendiendo los ferrocarriles y en diciembre de 1896 con motivo de la inauguración del de Ameca, el Presidente fue a Guadalajara, en donde se le hizo una espontánea y grande ovación por todo el pueblo de Jalisco.

Al celebrarse el 16 de septiembre de 1897 las fiestas de la patria, un dipsómano llamado Arnulfo Arroyo, acometió inesperadamente al Presidente en la Alameda, logrando darle con la mano un golpe en la cabeza, lo que originó un grande escándalo y hubiera recibido aquel insano en el instante la muerte en manos de la tropa o del pueblo que se amotinó con ese objeto si no hubiera sido protegido por el Gral. Díaz que lo impidió personalmente.

Puesto en prisión Arroyo, en la noche fue asesinado por orden del Inspector Gral. D. Eduardo Velázquez y por medio de la

misma policía, pretextándose un tumulto popular; pero descubierto el crimen, el Gobierno procedió contra los culpables con toda energía. El Ministro de Gobernación informó a la Cámara de diputados de la resolución del Presidente de castigar a quienquiera que fuese culpable y aprehendidos Velázquez y sus cómplices, aquél se suicidó y muchos de estos fueron condenados a muerte, aunque por irregularidades del proceso, fue casada la sentencia quedando este hecho envuelto en sombras.

En 1899 se celebró por el Sr. Limantour la consolidación de la deuda bajo excelentes bases y reducción del interés al tipo del cinco por ciento.

Invitado cariñosamente en ese año el Sr. Gral. Díaz para asistir en octubre a las fiestas conmemorativas de Chicago, pidió permiso al Congreso para separarse del poder, el cual le fue concedido señalándose para que lo sustituyera durante su ausencia al Sr. Lic. D. Ignacio Mariscal; pero atenciones de familia le impidieron al fin aceptar la invitación, por lo cual envió en su nombre al Sr. Mariscal, quien fue recibido con grandes muestras de aprecio, que han servido para estrechar los lazos de amistad entre México y Estados Unidos.

El 8 de enero de 1900 murió el Gral. Berriozábal, Ministro de la Guerra y antiguo y ameritado militar, habiéndosele tributado los honores merecidos, nombrándose en su lugar al Sr. Gral. D. Bernardo Reyes.

En 17 de mayo de 1900 se inauguraron las obras del Desagüe que, principiadas en 1607, se continuaron con diversas interrupciones y cambio de trazos hasta 1886 en que se adoptó el proyecto del Ing. D. Luis Espinosa y se prosiguieron con actividad e inteligencia.

Es obra no sólo secular sino monumental, destinada a impedir las inundaciones y servir para el saneamiento; consta de un canal de 47 y medio kilómetros de largo, un túnel de 10 kilómetros, revestido de cemento y un tajo de desemboque de 2 y medio kilómetros. En ellas se han invertido más de 25.000.000 de pesos.

Como desde fines del año anterior se inició la reelección, el Sr. Gral. Díaz expresó particularmente sus deseos de no aceptarla, lo que dio origen a que de una manera inusitada todas las clases sociales se apresurasen a hacer manifestaciones de confianza y simpatía en favor del candidato popular, que ante aquellas pruebas de afecto se vio obligado a prescindir de su propósito. En el manifiesto de la Junta de la Asamblea Constitucionalista de Jalisco se decía: Ante los méritos de tan conspicuo ciudadano, ante su sencillez republicana y su patriotismo sin límites, podemos muy bien decir de él que, como Washington, ha sido y es el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos.

El Sr. Gral. Díaz fue reelecto, empezando su sexto período al albor del siglo XX.

* * *

Estado actual del país: población, ferrocarriles, telégrafos, producción minera, capital, presupuestos. Movimiento literario: historiadores, literatos, poetas, oradores, artistas.

Al finalizar el siglo XIX, la República Mexicana ha logrado entrar de lleno en el progreso alcanzar una prosperidad que le augura un porvenir halagüeño. La población ha aumentado a más de 15.000.000 de habitantes.

El período de paz que ha caracterizado al Gobierno del Sr. Gral. D. Porfirio Díaz ha permitido dirigir todos sus esfuerzos hacia el desarrollo económico y fomentar todas las fuentes de la prosperidad. Las vías de comunicación, ya para desarrollar la agricultura, la minería y el comercio, abriendo nuevos centros de consumo, aboliendo los monopolios y facilitando la circulación, ya para asegurar el mantenimiento del orden por medio de la acción rápida y eficaz del Gobierno, han sufrido en estos últimos años una radical transformación. Cuéntense actualmente más de 23,000 kilómetros de ferrocarriles y siguen construyéndose constantemente nuevas e importantes vías.

La red telegráfica mide 80,000 kilómetros con cerca de 800 oficinas y además 40,000 kilómetros de vías telefónicas.

Este cambio trajo consigo resultados considerables; porque si bien fue preciso alentar la construcción de vías férreas con fuertes subvenciones que aumentaron la deuda pública, en cambio la diminución de los gastos de los transportes y la rapidez de las comunicaciones produjeron una movilidad creciente y hasta entonces desconocida de los hombres y de las cosas. La agricultura y la naciente industria no contaban antes sino con reducidos mercados enteramente locales y excesivamente restringidos: sólo las mercancías preciosas podían soportar los gastos de transporte a grandes distancias. Hoy la producción no está limitada por el consumo inmediato de vecindad, y al mismo tiempo que aumenta la concurrencia de los efectos de distintas y lejanas procedencias, se ha obtenido además el nivel geográfico de los precios.

El comercio en fin ve extenderse en poco tiempo el campo de su actividad, desarrollarse el valor de sus transacciones y los

negocios internacionales ocupar en sus operaciones un lugar más y más importante.

La propiedad territorial se ha aprovechado tanto del desarrollo de la producción como de la elevación de los precios de los productos agrícolas. La aplicación de la maquinaria a la agricultura y el empleo de las aguas para irrigación han decuplicado el valor de las tierras y la extensión de los cultivos. Se estima la propiedad territorial para el pago de contribuciones en $ 1,717,000,000 siendo de notar que generalmente el valor fiscal representa la tercera parte del precio legítimo y comercial.

La minería ha tenido tal incremento que a pesar de que era sin duda el ramo de la riqueza pública más explotado durante el gobierno colonial y que producía más de veinte millones de pesos en plata, han llegado a extraerse de las minas de plata en estos últimos años más de 81 000 000 de pesos existiendo 16 000 propiedades mineras con extensión de cerca de 200 000 hectáreas. La producción aurífera es de cerca de doce millones de pesos; la de plomo ha sido de catorce millones y la de cobre un poco mayor.

En la actualidad existen en la República 33 establecimientos bancarios que representan por capital social $ 107,000,000, teniendo en conjunto en billetes circulantes $ 84,000,000.

De tales cifras resulta que la circulación de valores fiduciarios es casi nula con respecto al capital de los bancos, que están autorizados para emitir hasta ciento diez y siete millones de pesos, por lo que dada la exagerada severidad que ha presidido a las operaciones financieras, puede decirse que no es posible una funesta crisis, que en cambio hay un capital inmenso de reserva para atender al desarrollo futuro de los negocios en México.

El capital extranjero invertido en el país pasa de mil quinientos millones de pesos y circulante en moneda efectiva puede calcularse en más de ciento cincuenta millones de cuya suma la mitad existe en oro.

La exportación de efectos nacionales, que al principiar el siglo apenas llegaba a 12 000 000 de pesos, se elevó en sus postrimerías a 150 000 000 cada año y llega hoy a 225 000 000, siendo de 180 millones el valor de la importación.

La conquista del crédito, el aumento incesante de las rentas públicas y el excedente en los ingresos sobre los gastos, ha permitido que los bonos de la deuda nacional se coticen en la actualidad no sólo a la par sino hasta con premio, siendo que en los mejores tiempos de atrás no llegaron nunca a valer más del 57 0/0; que el ingreso del último año de la centuria se elevara a 60 000 000 de pesos, siendo hoy día de más de ciento diez millones, cuando al iniciarse la intervención francesa apenas llegaba a 14 000 000; y que el superávit anual del presupuesto haya sido de 5 500 000, contándose en las cajas del Gobierno una existencia de más de 90 000 000 de pesos.

Existen más de 150 fábricas de hilados y tejidos; 250 de tabacos labrados; 160 de hilados y tejidos de fibra; 90 de vinos y licores; 40 de cerveza; 45 de conservas alimenticias; 10 de papel; 450 molinos de harina de trigo; 25 fundiciones metalúrgicas.

En el orden intelectual el progreso de México ha sido también considerable: la instrucción primaria se ha difundido en las masas populares, existiendo hoy escuelas de primeras letras en las más insignificantes y apartadas aldeas al grado de contarse más de 10 000 oficiales y 3 000 particulares, el producto bruto industrial y comercial se calcula en más de 600 000 000. Establecimientos de instrucción

preparatoria con las más adelantadas asignaturas se han fundado no sólo en la capital sino en otras muchas ciudades, lo mismo que Escuelas de Medicina, de Jurisprudencia y de Ingeniería.

La prensa periódica ha tenido gran desarrollo y entre, las publicaciones importantes pueden citarse entre las políticas: ***La Gaceta de, México*** que terminó en 1822; ***El Despertador Americano: El Correo de la Federación, El Diario Oficial, El Siglo XIX, El Monitor Republicano, El Gallo Pitagórico, La Voz de México, El Tiempo*** y entre los científicos y literarios, ***El Museo Mexicano, El Mosaico, La Ilustración Mexicana, La Cruz, El Porvenir, La Revista, El Renacimiento, El Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística, Anales del Museo Mexicano, El Derecho, El Foro,*** y en los Estados, ***El Museo Yucateco y El Registro Yucateco, La Aurora Poética de Jalisco, La Religión y La Sociedad, La Alianza Literaria y La República Literaria*** en Guadalajara. En la actualidad existen cerca de 500 periódicos y hay 24 bibliotecas públicas con 665000 volúmenes.

El movimiento literario se ha ido acrecentando, aunque se lucha contra el obstáculo del alto valor de las publicaciones motivado por la carestía del papel debido al sistema proteccionista que domina en el régimen fiscal con respecto a ese artículo.

Multitud de obras de mérito se publicaron, que sería difícil mencionar por lo cual sólo daré una ligera idea acerca de los principales autores.

En la Historia Antigua del país se ha acentuado la marcada tendencia de acudir a las fuentes primitivas a fin de desechar todo elemento espurio, y en todos los trabajos históricos de los últimos años se ha manifestado un espíritu filosófico que hace investigar las causas de los acontecimientos lo mismo que sus resultados, y que sigue a cada paso la evolución sociológica.

Fundó esa escuela verdaderamente científica el Sr. Lic. D. José Fernando Ramírez, eminente crítico y sabio americanista, y le han seguido los Sres. D. Manuel Orozco y Berra y D. Alfredo Chavero, que han publicado excelentes y completos trabajos sobre la Historia Antigua.

D. Joaquín García Icazbalceta y D. Vicente Riva Palacio enriquecieron con publicaciones notables el período colonial. D. Carlos M. de Bustamante, laborioso y patriota, aunque sin criterio, y D. Lucas Alamán, erudito si bien incorrecto y extraordinariamente parcial, escribieron la historia de la guerra de independencia, que se encuentra aún en período de rectificación.

El profundo pensador Lic. D. Justo Sierra ha escrito en 1900 la Evolución histórica del país, que es una síntesis de cuanto ha ocurrido, apreciada con un alto criterio filosófico.

Distinguirnos en el género histórico los Sres. D. Justo Sierra Ó'Reilly, D. Serapio Baqueiro, D. Crescencio Carrillo y D. Eligio Ancona en Yucatán; D. Lorenzo de Zavala, D. José M. Luis Mora, D. Anastasio Zerecero, D. José M. Bocanegra, D. José M. Iglesias, D. José M. Roa Bárcena, D. Juan D. Arias y D. Luis G. Obregón, en México; D. Antonio Gay en Oaxaca, Fr. Francisco Frejes y D. Agustín Rivera en Jalisco; D. Miguel Lerdo y D. Manuel Rivera Cambas en Veracruz ; D. Mariano González en N. León; D. Eduardo Ruiz en Michoacán; D. J. M. Muro, en S. Luis.

Como novelistas y narradores de costumbres nacionales se hicieron notables D. Joaquín Fernández Lizardi (a) El Pensador Mexicano, D. Francisco Zarco, D. Florencio del Castillo, D. J. M. Altamirano, D. José Cuellar, D. Pedro Castera, D. Emilio. Rabasa (a)

Sancho Polo, D. Rafael Delgado, D. M. Sánchez Mármol, D. Federico. Gamboa y D. José López Portillo y Rojas.

Entre los literatos del siglo XIX deben contarse en primer término. a D. Mariano. Beristaín (bibliógrafo.), D. Bernardo. Couto. D. José Gómez de la Cortina, y D. Francisco. Pimentel, críticos; Fr. Manuel de S. Juan Crisósto.mo. Nájera (lingüista); D. Francisco. Severo. Maldonado., D. Clemente Munguía, D. Ignacio. Ramírez nigromante, D. José Luis Verdía, Q. Gabino. Barreda, D. Luis G. Cuevas y D. Porfirio Parra, filósofos; D; Ignacio. M. Altamirano., D. Ignacio. Montes de Oca, Ipandro Acaico, D. Joaquín Arcadio. Pagaza, D. José M. Vigil y D. Rafael A, de la Peña, escritores.

Hiciéronse célebres entre los jurisconsultos, D. Manuel de la Peña y Peña, D. Juan Rodríguez de San Miguel, D. Bernardo. Couto, D. Teodosio. Lares, D. Justo. Sierra O'Reilly, D. Ignacio. L. Vallarta, D. José M. Lozano, D. Mariano. Yáñez; D. José M: Lozano., D. Jacinto. Pallares y D. Agustín Verdugo.

La poesía mexicana no ha llegado todavía a la posible perfección, no. existiendo en nuestra historia literaria sino gloriosas individualidades y no poesía nacional propiamente dicha. Uno de los rasgos prominentes de nuestros poetas en todo tiempo ha sido el de la imitación con la diferencia de que durante el período colonial se imitaba sólo a los españoles mientras que después se han tomado modelos de las diversas literaturas, por lo cual la poesía moderna aparece menos monótona. Con la independencia, las guerras civiles y las ideas filosóficas; se desterró el género místico.; pero. a la vez el sentimiento estético se ha generalizado y arraigado al influjo de la creación de establecimientos de educación, de academias, bibliotecas, teatros y museos, y por eso es muy superior el número de poetas

de este siglo al de los anteriores. Pueden citarse los nombres de D. Joaquín F. Lizardi, D. Francisco Manuel Sánchez de Tagle, D. Ignacio Rodríguez Galván, D. I. Joaquín Pesado, D. Manuel Carpio (lírico), D. M. Eduardo de Goroztiza, D. Fernando Calderón, D. Andrés Quintana Roo, D. Pablo J. Villaseñor, D. Francisco González Bocanegra, D. Marcos Arróniz, D. Juan Valle, D. Manuel Acuña, D. Antonio Plaza, D. José Rosas Moreno, D. Manuel M. Flores, D. Manuel Gutiérrez Nájera, D. Guillermo Prieto, D. Salvador Díaz Mirón, D. Juan de D. Peza, D. Vicente Riva Palacio (romancero), D. José Peón Contreras (dramático), D. Justo Sierra, D. Luis G. Urbina D. Antonio Rivera G. D. Manuel Puga y Acal y D. Amado Nervo.

Como la elocuencia nace al calor del talento y de la sensibilidad siendo resultado de la convicción íntima en nuestras creencias, es por tanto la explosión de las pasiones generosas y debe considerarse cual planta exótica en los países en que la tiranía se impone sobre la razón. Por eso la elocuencia política y parlamentaria no se cultivó en México sino después de la independencia. Brillaron en el Congreso en diversas épocas D. Manuel Crescencio Rejón, D. Prisciliano Sánchez, D. Juan D. Cañedo, D. Lorenzo de Zavala, D. José M. Olaprieto, D. Luis de la Rosa, D. José M. Mata, D. Ponciano Arriaga, Q. Guillermo Prieto, D. Ignacio M. Altamirano, D. Manuel M. de Zamacona, D. F. Hernández y Hernández, D. Francisco Bulnes, D. Salvador Díaz Mirón, D. Justo Sierra, distinguiéndose en primer término D. Manuel Gómez Pedraza, D. Mariano Otero, y D. Sebastián Lerdo de Tejada.

En la oratoria sagrada alcanzaron alto renombre Fr. Manuel de S. Juan Crisóstomo Nájera y los señores Obispos D. Juan Cayetano Portugal, D. C. Munguía, D. Juan B. Ormaechea, y D. Ignacio Montes de Oca.

Durante la centuria que termina, la pintura, que no se, satisface con la exactitud plástica de una cámara fotográfica, sino que reclama las inspiraciones del genio y la espiritualidad del pensamiento para elevar y embellecer la naturaleza, ha estado, lo mismo que la escultura y la música, a un inferior nivel del que ha alcanzado nuestra literatura. Sin embargo, han merecido justos elogios los notables pintores D. José Antonio Castro, D. Felipe Gutiérrez, D. Salomé Piña, D. Félix Parra, Ocaranza y Velasco. Consérvense con estimación las esculturas de Perusquía, D. Victoriano Acuña, Guerra y D. Manuel. Contreras, alcanzando merecido renombre la estatua en bronce de Cuauhtémoc en el Paseo de la Reforma, obra del señor D. Miguel Noreña, y la tumba de Juárez en el Panteón de S. Fernando, ejecutada por, los hermanos Islas.

Parece, por esto que tanta sangre y tantas lágrimas no se han vertido inútilmente; ojalá que desaparezcan completamente del hermoso cielo mexicano los nublados de la discordia, y se opere una reconciliación entre todos sus hijos; ¡que Dios bendiga a la República y le conceda PAZ y LIBERTAD!

La noche del 15 de septiembre de 1810 en Dolores[138]

Manuel Payno, retrato.

Manuel Payno

I

Dolores es un pueblo perteneciente al Estado Guanajuato, situado en uno de esos fértiles valles de la cordillera, con algunas casas aseadas y de buena arquitectura; pero tiene un tinte de melancolía indefinible. Un pueblo donde tantos vivió obscuro el grande hombre de nuestra Independencia, sin un monumento que lo adorne, sin una población que lo engrandezca, sin un porvenir que lo aliente, de un aspecto triste y desconsolador, que casi mueve a compasión.

Alla en el silencio de una huerta, debajo de la sombra de una higuera, en la orilla de un tranquilo y transparente arroyo, se presentaron a mi imaginación, confusos, aglomerados e indescriptibles, los recuerdos de los primeros tiempos de la libertad mexicana. Ese lugar solitario meditó sus planes grandiosos un Cura aislado, pobre y obscuro: bajo las bóvedas de la modesta iglesia resonaron los

[138] Este texto se extrae de la obra *Episodios Históricos de la Guerra de Independencia relatados por varios autores*, publicada por la Imprenta de V. Agueros, en el año de 1910, pp. 1-27.

débiles ecos de los buenos mexicanos, que rogaban al Señor hiciese triunfar la causa de la libertad: en la pequeña en la pequeña plaza, en las estrechas calles, se atrevieron los ciudadanos a proclamar sus derechos: en Dolores, en fin, despertó el pueblo de un sopor de trescientos años, y se desbordó por la República como un río de lava, llevando por delante el terror que hacía temblar a sus opresores, en el centro el hierro y el fuego que los aniquilaba, y en pos de sí el olvido y el generoso perdón que había de sancionarse cuando el tiempo borrara la sangre derramada en los campos de batalla.

Cuando se contemplan detenidamente estas transformaciones súbitas y momentáneas que experimentan los pueblos; cuando se ve patentemente que a pesar de las insuperables barreras que oponen la maldad y espíritu altanero de algunos hombres, se realizan irremisiblemente las ardientes aspiraciones de los pueblos por la libertad, se ve uno tentado a creer que la causa de la libertad es la causa de Dios. Y no puede esto menos de ser cierto: esos campos de rosas, esas sementeras de granos, esos ríos someros y apacibles que fertilizan la tierra, esas montañas en cuyo centro se crían en el silencio y las tinieblas los más preciosos metales; en fin, esa armonía prodigiosa del universo esta criada para regalo de todos los hombres indistintamente, y no para que sirva de patrimonio a unos pocos. He aquí lo que los pueblos conocen, cuando rompiendo sus cadenas remontan hasta los cielos su vuelo de aguila para caer después sobre los tiranos y reconquistar los derechos que el Autor del universo les concedió al echarlos al mundo.

La imagirutción me transportó a esos tiempos sangrientos a la vez que gloriosos, y me puso delante de los ojos una inmensa tela ensangrentada, donde sin embargo descubría algunas páginas

brillantes y puras, que el genio mexicano debería conservar eternamente en su trágica historia.

II

Era la noche del 15 de septiembre de 1810. Los habitantes del pueblo de Dolores descansaban tranquilos y descuidados en brazos del sueño. Nada parecía turbar la monotonía no interrumpida durante doscientos y pico de años. Se observaba, sin embargo una que otra ventana o puerta iluminada; pero poco a poco fueron extinguiéndose las luces, los perros se echaron a reposar, y todo quedó oscuro y silencioso, excepto el pequeño postigo de una casa situada en una calle próxima a la iglesia, donde se percibía la tenue claridad de una bujía.

El cuarto o alcoba de donde salía la luz era de un tamaño regular y adornado de una manera, que en los tiempos de que vamos hablando, no dejaba de ser extraña. En una mesa tosca, de madera, con carpeta de paño azul, había esparcidos algunos libros que por la pasta y cantos dorados no podía dudarse que eran pertenecientes a un eclesiástico, y junto de ellos algunos otros con forros de pergamino raído: sobre otra mesa se veían algunos planos y cartas geográficas, confundidas y revueltas entre varios crisoles de barro, un telescopio pequeño y algunos compases y escuadras: en la pared se veían colgados también algunos mapas, alternando con grandes pantallas de cristal; y por último, junto de un estante de libros estalla colgada una estola y unos relicarios de cera de "agnus," y en un costado de la mesa estaba colocado un Santo Cristo y una Imagen de la Virgen de los Dolores. Lo demás del cuarto no presentaba cosa digna de llamar la atención, a no ser multitud de canastos llenos de tierra, algunos

pequeños hornillos; y una colmenera de palo. A pesar de los signos evidentes de que el que allí moraba era no sólo un buen cristiano sino un Ministro del culto, cualquiera habría dicho que tal habitación era propia para un astrólogo o alquimista del siglo XV.

En la habitación que hemos procurado describir, se hallaba envuelto en una turca negra un anciano, un si es no es inclinado hacia adelante, de frente espaciosa, nariz afilada y ojos vivos y chispeantes. Unas veces se paseaba con grande agitación de uno a otro extremo de la pieza; otra se sentaba delante de la mesa, y con la mano en la frente quedaba sumergido en honda cavilación: de repente tomaba la pluma y trazaba en un papel rápidamente algunas líneas y vocablos. Se conocía que tenía un gran pesar, o que lo ocupaba: algún proyecto inmenso.

De esta agitación lo sacó el rumor lejano del galope de un caballo. Púsose en pie, y aproximándose lentamente al postigo, se puso a escuchar con atención. A poco, el rumor se hizo más perceptible, y finalmente, un jinete embazado se apeó en la puerta de la casa. Nuestro personaje tomó la bujía y abrió el zaguán al embozado, el cual sin más ceremonia, introdujo al patio su caballo y cerró tras sí la puerta.

—Estamos perdidos, señor Cura, exclamó el recién llegado.

El Cura iba a soltar la bujía, a causa de la sorpresa; pero recobrándose, le contestó con calma:

—A lo que veo, estamos todavía libres y con vida: y siendo así, falta mucho para que nos consideremos perdido: mas explíquese usted.

Entre tanto, los dos personajes entraron a la alcoba: el Cura tomo asiento en su poltrona y el embozado en otra silla, frente de él.

—Diga usted ahora cuanto guste, continuo el Cura con voz tranquila, que estoy dispuesto a escucharlo.

—Pues señor, la conspiración ha sido descubierta esta misma mañana, en Querétaro.

—¡Descubierta!... ¿y cómo?

—Hace días que en una taberna hubo una riña, de la cual resultó un asesinato. La policía acudió y se apoderó de los agresores. Uno de ellos, temiendo ser sentenciado a muerte, ofreció descubrir secretos de importancia con tal de que se le perdonase. Se le garantizó la vida y todo lo ha descubierto. En consecuencia, el señor Corregidor Domínguez, aunque amigo de usted y de la patria, toma, en cumplimiento de su deber, medidas enérgicas, y mañana a estas horas, el señor Allende, usted y otros varios, caerán en poder de Garfa Rebollo.

—Nada de esto me asombra, amigo mío, porque entre los valientes hay también cobardes, y entre los hombres leales hay traidores miserables; pero ¿Cómo ha podido usted saber todo esto?

—La cosa es muy sencilla. La esposa del señor Domínguez, que como usted sabe, es una señora entusiasta por la libertad, y generosa, y... vamos, llena de virtudes, me llamó para decirme que importaba que yo mismo pusiera en conocimiento de usted todas las noticias, o de lo contrario, la patria se perdía, y usted, señor Cura, serla fusilado...

—Amigo mío, cuando hay corazones tan nobles, es menester confiar en que triunfara la buena causa: continúe usted.

Yo, que conocí todo lo que importaba que usted supiera las cosas, prometí a la señora, a fe de hombre, que sería cumplido su encargo. No tenia caballo, no tenía armas, no tenía dinero, y así es que

me salí corno un loco a vagar por las calles, pensando cómo vencer tanta dificultad. Estaba a punto de llorar como un muchacho, cuando observé que un indio se apeó en la puerta de una barbería, con el fin de rasurarse y cortarse el pelo, Dios quiso que el barbero cerrara su puerta; entonces, con mucho cuidado, tomé el cabestro, monté en el caballo y eché a correr, y no he parado hasta aquí. ¡Pobre animal! Veinticuatro leguas han caminado sin tomar resuello. Con que ya que sabe usted todo es menester que huya usted que se oculte, que...

— ¡Bobada! contestó el Cura, dejando asomar a sus labios una sardónica sonrisa.

— ¿Cómo?... ¿qué piensa usted hacer entonces?

— Aprovechar el generoso aviso de usted y obrar con energía.

— Señor! Esta usted loco.

— Estoy más cuerdo de lo que a usted le parece.

El Cura se puso a escribir, y continúo:

— Es necesario que ahora mismo se marche usted para Querétaro, pues usted tiene familia a quien hacerle falta, y podría comprometerse. De paso ponga usted con reserva esta carta en manos de Don Ignacio Allende, que se halla en San Miguel. Le daré a usted otro caballo, y... Vamos, amigo mío, no hay tiempo para pensar mucho ahora. Reciba usted este abrazo en prueba de mi gratitud, y... Dios, lo guíe por buen camino....

— Adiós, señor Cura, dijo el jinete, besándole la mano, que el eclesiástico le tendió.

— Adiós, amigo. En la caballeriza hay varios caballos; escoja usted el tordillo, es fuerte y no olvide mi encargo.

El personaje salió: el Cura se dejó caer en su sillón, e inclinó su venerable cabeza cana sobre el pecho.

A poco se escucharon las pisadas del caballo, y el Jinete, que hacía un cuarto de hora que había llegado, partió de nuevo a galope.

III

—Este muchacho, pensó el Cura saliendo de su estupor, es activo: como llegue a tiempo la carta a manos del Capitán, todo saldrá bien. Ahora veamos los elementos con que cuento para fundar la libertad mexicana.

Al decir esto abrió una gaveta del estante, y comenzó a contar unas monedas: cinco, diez, veinte, treinta.

—Vaya, se dijo no llega a doscientos pesos lo que tengo, pero no hay cuidado. Dios nos protegerá.

En seguida sacó un par de botellas de licor y algunos vasos, todo lo cual colocó en la mesa y volvió a sentarse.

Sonaron en el reloj de la iglesia, tres cuartos para las doce, se escuchó el ladrido lejano de los perros, y a poco volvió a reinar un profundo silencio.

—¡Oh! exclamó el Cura dando una fuerte palmada en la mesa, cómo vuela el tiempo, sin que haya medio de detenerlo; pero... un tropel de gente a caballo se acerca... ¡Cuanto sentiré perder la vida o morir entre los hierros de un calabozo sin haber hecho nada por la libertad de México! Sin duda vienen a prenderme... Veamos.

La cabalgadura se detuvo en la puerta de la casa del Cura, y este tomó la luz, y acompañado del criado abrir la puerta. Un jinete se apeó y abrazó al Cura.

— Señor Cura, ¿usted en vela a estas horas?

— Señor Capitán, ¿usted corriendo por esos cerros tan tarde?

— Qué quiere usted!, los enemigos no se descuidan, y es menester andar listos, y esto es que aún, no comenzamos.

— ¡Entremos, señor Capitán, entretanto el criado coloca a los caballos en la cuadra, y les da un pienso de maíz!

— Lo necesitan a fe mía, porque han galopado mucho.

Los dos personajes entraron, Y el criado se dirigió a la caballeriza con las cabalgaduras.

Sabe usted que nos han descubierto, dijo el Capitán, arrellanándose en una silla, y desviando de su ancha frente su pelo rubio.

Lo sé, señor Don Ignacio, contesto el Cura, con calma, tomando asiento en su poltrona y envolviéndose en su turca.

Así, pues, continuó el Capitán, todo se ha frustrado. Quince días más, y damos un golpe maestro.

— Aún es tiempo contestó el Cura resueltamente.

— ¿Quién sabe? respondió el Capitán, con tono de duda. A. estas horas, Querétaro y Guanajuato están en la mayor alarma, y se toman providencias muy enérgicas y severas. Vea usted cómo no duermen...

Al decir esto arrojó un papel sobre la mesa.

— ¿Con que nos querían prender? Repuso el Cura, con cachaza.

— Cabal; pero felizmente intercepté este oficio, y antes de que se tomaran el trabajo de buscarnos habitación, ensillé mi caballo y ya me tiene usted aquí.

— ¿y el amigo Abasolo?

— Le he avisado lo ocurrido, y no dilatara en venir.

— Bien, muy bien, amigo mío, contestó el Cura. ¿Y el Regimiento de dragones de la Reina, en qué estado se halla?

— A nuestras órdenes, replicó el Capitán.

— ¿y los amigos de Puebla y Valladolid?

— En corriente; pero para el 1o. de Octubre.

— Pues entonces no hay que pensar; el tiempo es corto, y la actividad y la energía que salvaran,

—Permítame usted señor Cura, que le diga que no veo ninguno de los elementos para hacer una revolución; y si no cuenta usted con otros materiales, los que existen en es tu habitación son propios para fabricar platos, y criar abejas y gusanos de seda; mas no para sublevar a ocho millones de habitantes llenos de preocupaciones, y acostumbrados a la ciega obediencia al Rey.

— ¿y esas objeciones, Capitán, ¿tienen que huela a temor?

— ¡Vive Dios!, exclamó el Capitán, que nunca me acuerdo haber tenido temor, que a Dios, señor Cura. Supongo que es una chanza... De lo contrario ...

— ¿De lo contrario, que hacía usted Capitán?

— ¿Qué hacía?... abandonar la amistad de usted, correr yo sólo al peligro, y morir luchando como un hombre.

— Capitán, usted es el hombre digno de ser compañero del anciano Cura de Dolores... Era una chanza efectivamente, mas no han dejado de llamarme la atención las prudentes reflexiones de usted. Yo soy valiente por entusiasmo y por convencimiento de que debo

dedicar los últimos años de mi vida en alguna cosa útil; pero usted es intrépido por carácter, por temperamento, y porque circula en sus venas la sangre ardiente de la juventud y no debe haber ningún género de reflexión, tanto más, cuanto más que de una manera o de otra, el cadalso amaga nuestro cuello.

"Tiene usted razón, señor Cura, y casi me avergüenzo de haber hecho semejantes reflexiones: sin embargo, como no veo aquí ni armas, ni parque, ni gente, ni...

— El pueblo duerme, Capitán; pero cuando lo despertemos una vez con las mágicas palabras de religión y libertad, no volverá a reposar hasta que no haya lanzado del otro lado del mar a sus opresores. A mi vez confieso que tiene usted razón de preguntarme cuales son los elementos con que cuento: muy bien, se los enseñaré a usted. Diciendo esto sacó las pocas monedas que había en la gaveta, y señaló al Capitán las botellas y vasos que estaban sobre la mesa.

Los dos personajes se quedaron un momento mirándose uno al otro, y después prorrumpieron en una carcajada de risa.

— Somos unos locos, señor Cura.

— Somos unos valientes, señor Capitán.

— Así, señor Cura...

— Así, señor Capitán, es menester no olvidar cuanto hemos platicado debajo de los pomposos arboles de Guadiana, que hacen que se realicen esos sueños dulcísimos de gloria, que han sido durante mucho tiempo el delirio de ambos. Sin embargo, Capitán, esos sueños terminaran, ¿sabe usted cómo?

— ¿Cómo?

— En un patíbulo, al que subiremos juntos.

— Como también junto hemos de participar de la gloria, y de los triunfos que se nos esperan, señor Cura.

— Bien dicho, Capitán. Aún conozco que puedo empuñar una lanza y un fusil, que puedo estrechar entre mis rodillas un fogoso caballo; que puedo como el rayo de Dios, hacer temblar a los ejércitos de los españoles.

Al decir esto brillaban los ojos del anciano con indecible alegría; su cuerpo aparecía derecho y galano, y en su frente se leía esa íntima seguridad que tienen los valientes en sus presas.

El joven Capitán, lleno también de alegría, exclamó:

— Señor Cura, en este momento no me cambio por el más poderoso e los Reyes de la tierra. ¡Vive Cristo! Los deseos que hemos tanto explayado en nuestras conversaciones, debajo de aquellos frondosos árboles de mi patria, van a realizarse, y acaso después de las penalidades y fatigas de una sangrienta guerra veremos a México libre y poderoso. Esta esperanza, señor Cura, es la felicidad de mi vida.

— ¡Valiente y virtuoso joven! murmuró el Cura, a media voz, y luego alzándole le dijo: - Deseo saber cómo se descubrió la conspiración, pues el que me dio el aviso pocos momentos antes de que usted llegara, me aseguró que fue a consecuencia de unos asesinatos...

— Con efecto, unos dicen eso, y otros que el Dr. Iturriaga, que a la hora de ésta habrá pasado a la otra vida, lo declaró todo en sus últimos momentos.[139]

[139] El Dr. Mora, en su obra *México y sus revoluciones*, asienta que el Dr. Iturriaga fue quien estando gravemente enfermo descubrió la conspiración; pero yo lo he oído contar en Querétaro á varias personas bien Informadas en los sucesos de esa época, de la manera que al principio lo refiero yo. El señor Bustamante en su *Cuadro Histórico* dice: que un eclesiástico cuyo nombre no menciona, fue el que hizo la delación. El lector escogerá lo que más le agrade.

— ¡Cobarde!, replicó el Cura, como si el procurar la libertad del pueblo fuera un pecado...

— ¡Qué quiere usted? ... la conciencia. En cuanto a mí, juzgo que Dios me favorecerá.

— Esta es mi creencia también; pero veo que estamos perdiendo el tiempo: las doce de la noche van a dar, y aún no hemos pensado en los medios de salir de este atolladero.

— Eso mismo pienso yo; mas nada digo a usted, porque...

— El Cura quedo un momento sumergido en una profunda mediación, y luego dijo:

— En verdad que la empresa es más difícil de lo que parece. Es tan tarde... pero ¡miserable de mí! he dicho que es mejor obrar que pensar. De todas maneras hemos de perder la cabeza. ¿Está usted conforme?

— Lo he dicho.

— Venga esa mano. La libertad o la muerte, "Sr. D. Ignacio Allende".

El Capitán estrechó la mano al Cura contestándole: la libertad o la muerte, "Sr. D. Miguel Hidalgo y Costilla."

IV

— ¡Hola! gritó el Cura Hidalgo con voz de trueno.

Un criado humilde con su calzón de cuero, su sombrero tendido de petate, y su jerga de lana, se presentó y cruzando los brazos, dijo: ¿qué manda su merced, señor Cura?

— Ve con mucho silencio, y llama uno por uno a todos los serenos que encuentres: si te preguntaren para qué, les dirás que su Cura necesita de ellos mucho.

El criado salió.

A poco llegó un sereno, luego otro, y luego otro: por fin, se reunieron doce individuos.

— Amigos, ha llegado in ocasión en que deseo probar, si el afecto y respeto que profesáis al pobre viejo Cura de Dolores, es verdadero o no. Voy a exigiros un gran favor; si no me lo concedéis, paciencia .....

entonces tendré que abandonar este pueblo, y quizá para siempre.

Los serenos pusieron sus faroles en el suelo, y el Cura tomó una botella, llenó los vasos de licor, y con voz muy suave y dulce les dijo:

— Hijos míos, es una noche ésta, que por mi fe ha de ser de eterna memoria en México, y merece que brindemos por... Acercaos.

— Señor Cura: ·no nos atrevemos a beber en presencia de usted dijo uno de ellos: esas cosas las hacemos por necesidad, por costumbre, pero entre nosotros, y no en presencia de un hombre tan venerable.

— Vaya, hijos míos: .... acercaos no tengáis temor. Dios ha criado las cosas para regalo del hombre, y éste lo único que debe hacer, es usar con moderación de ellas. Embriagarse es malo; pero beber un trago en compañía de los amigos.... porque yo soy, no un Cura agrio y regañón, sino vuestro amigo, ¿no es verdad?, procuro vuestra felicidad: planteo fábricas de loza, para que no haya necesidad de que vengan de España; cultivo las moreras. y las viñas .... Lo que sucede es que muchas veces no podemos hacer todo lo que queremos: el

Gobierno lo impide y.... pero ¿no bebéis? Afuera miedo y vergüenza, os repito, que soy vuestro amigo.

El Cura repartió los vasos de licor, y los serenos los tornaron casi llorando.

— No es malo este vino, continuó el Cura, colocando con cierta indiferencia el vaso sobre la mesa; pero si se nos dejara, podríamos hacerlo con nuestras uvas en Dolores mucho mejor que en Málaga y en Jerez, pero ya lo he dicho; el Gobierno español ha prohibido el que aquí se fabrique vino por no perjudicar a España, como si los que viven en América no fueran sino unos perros. ¿Qué dicen de esto?

— Que es muy mal hecho, señor Cura, y que debíamos pedir el que se permitiera a los dueños de viñas en Dolores[140]...

— Será en vano, no harán caso: lo que es necesario es pedirlo, pero por la fuerza. Justamente he llamado a ustedes para eso. Esta noche es menester pronunciarse por la libertad.

Al escuchar esta palabra, dicha con energía y decisión, retrocedieron espantados los serenos.

— ¿Os asustáis?, dijo el Cura, encarándose resueltamente con ellos.

— No es eso, señor Cura, respondió uno, sino que el tomar las armas contra nuestro Rey y nuestro Gobierno, cosa que jamás nos resolveremos a ejecutar. Ordénenos usted que nos echemos del balcón abajo, y lo haremos al instante, porque queremos a usted mucho; pero hacer armas contra nuestro Gobierno.... nunca.

140 El señor Lic. Don Carlos María Bustamante, en su *Cuadro Histórico*, asienta que la prohibición de fabricar vino de uva en México, influyó mucho en la sublevación de que se va hablando. De palabra me ha repetido esto mismo hace algunos días.

— Compadre, interrumpió otro, es menester no poner obstáculo a lo que, quiere el señor Cura. Cuando él nos dice una cosa, es señal de que nos conviene.

— Usted hará lo que quiera, compadre; pero yo le digo a usted que los pelos del cuerpo se me erizan sólo de pensarlo. Me voy: con permiso de su merced, señor Cura, con estos otros cuatro muchachos que son mis amigos, y no quiero que den una pesadumbre a su familia.

El interlocutor tomó su sombrero y otros cuatro lo imitaron.

— ¡Miserable canalla!, exclamó el Cura colérico. Cuando vuestro anciano Cura esta pronto a derramar su sangre en defensa de vuestra libertad y de vuestra religión, lo abandonáis y tenéis miedo como si fuerais unos niños. Id, esclavos, no os necesito. Que el Gobierno os venda como bestias; que os quite vuestra religión; que os trate como si no fuerais hijos de Dios y criaturas inteligentes; que usurpe eternamente un suelo que os pertenece todo, todo, nada importa; al fin tengo el placer de que pocos días me quedaran de vida, porque al fin debo ser fusilado: la orden para prenderme está dada, aquí la tenéis sobre la mesa.

Los serenos, que veneraban al Cura como a un Dios, que lo querían como a un padre, por las frecuentes obras de caridad y por la dulzura con que trataba a los pobres, quedaron aterrorizados con sus formidables palabras, y exclamaron:

— Peronádnos, señor Cura: haced lo que gustéis, y os seguiremos, aunque sea el suplicio.

— Entráis en razón, hijos míos: se quiere que no tengáis ya esa religión santa: se os oprime, se os trata mal, y todo esto exige remedio. Estáis en poder de los egipcios, y es menester libraros de la cautividad. Acordaos de mis sermones y no seáis desconfiados como los israelitas.

Los circunstantes oían con marcada compunción las palabras el eclesiástico; este continuo:

— Perdonadme, hijos míos, si he podido exaltarme; pero el hombre débil, no es dueño de sus acciones.

— ¡Señor Cura!

— Nada de violencia: el que no quiera tomar parte que se retire a su casa, en la inteligencia que no por eso me incomodaré. ¿Quién de vosotros quiere retirarse?

— Ninguno: respondieron a una voz.

— Gracias, hijos míos.

— Brindo porque el aislado grito de libertad, que va a resonar en Dolores, tenga eco del uno al otro extremo de México, y porque los mexicanos no dejen la espada hasta haber conseguido su libertad.

— Bien, muchachos, muy bien, mañana a estas horas habremos hecho mucho. El señor Capitán Allende tiene a su disposición el Regimiento de dragones de la Reina, y contamos también con el de Celaya. Ahora es menester mucha actividad.

El Cura comenzó a distribuir dinero entre los serenos, y continúo:

— Dos de ustedes a la torre a repicar las campanas: dos a buscar cohetes: otros dos a los alrededores a convocar a la gente en mi nombre: cuatro a las calles a gritar.

— ¡Viva el señor Cura Hidalgo!, exclamaron todos.

— No tened.

El Cura formó una banderola con un pañuelo, y pego en el centro de él una estampa de la Virgen de Guadalupe. Gritad: ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Viva la libertad y mueran los gachupines!

Los serenos, gozosos, como si se hubieran sacado la lotería, salieron de la casa del Cura gritando: - ¡Viva la libertad!

A poco, multitud de cohetes tronaban: las campanas y esquilas se escuchaban: y las gentes y muchachos que por curiosidad salían a las puertas y ventanas de las casas, se reunían al grupo y gritaban maquinalmente: ¡Viva la libertad! ¡Viva el Cura Hidalgo! ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Mueran los gachupines!

Diez minutos después, un inmenso gentío con hachones, cañaverales, y banderolas formadas con pañitos, discurría y ondeaba como una gran serpiente de fuego, por todas las calles de Dolores.

El Cura condujo a la ventana al Capitán Allende, y señalándole a la multitud, frenética, que se desgañitaba, le dijo:

— La chispa esta arrojada; el combustible es mucho, y el incendio no se apagará fácilmente.

El reloj dio doce campanadas.

Cuando se supo en México la noticia del grito de Dolores, el inmenso edificio del Gobierno, construido con la calma de trescientos años y consolidado con añejas preocupaciones, tembló hasta sus cimientos.

Así comenzó la libertad de México. Si no hubiera historia de ella escrita, y testigos presenciales, se creería que era una favila o cuento inventado para entretener a los niños.

Dice Víctor Hugo: "El odio que creían los actos parciales de arbitrariedad, va encerrándose en el pecho del pueblo; pero llega un día: los pechos se abren y brota una revolución." Nada hay más cierto que esto, y justamente aconteció en la época de que hablamos. Si el

Gobierno español, menos suspicaz, más inteligente, por decirlo así, en su dominación, hubiera concedido ciertas franquicias a los criollos, hubiera otorgado al pueblo ciertos derechos y prerrogativas, tal vez hoy seriamos como una Isla de Cuba, una Colonia de España; pero tenía dos medios para conservar su poder: la superstición y el terror. La superstición se combatió con la misma superstición; y el terror se domino con la perspectiva del libertinaje. Así, rotas estas dos terribles barreras caso con los mismos elementos que se habían construido, el pueblo, como un torbellino, como un huracán, como una columna de fuego, se desbando asolando y sembrando la muerte y el espanto por donde quiera que asentaba sus formidables huellas.

Pero en todos estos grandes sucesos, así como en los más pequeños accidentes de la naturaleza, es menester reconocer patente y visible la mano de Dios.

Los sucesos bíblicos se repiten diariamente, sin que lo notemos. El pobre pastor David hirió en la frente de Goliat: el Párroco de Dolores también dio un golpe mortal a un gigante de mil ojos, de mil bocas, de mil brazos.

Cuando se nos viene a la memoria que allá en los remotos tiempos, cuando las tierras de México eran vírgenes, cuando moraban en la soledad de las selvas unas tribus de indígenas dóciles y humildes, se les arranco con el hierro y con el acero sus costumbres y su naciente civilización, se les incendiaron sus poblaciones, se les violo a sus mujeres, se degolló a sus hijos, y se les condeno, en fin, a huir a las montanas y a las selvas, y a vivir errantes como las fieras, y luego se contemplan con filosofía las escenas de los primeros tiempos de la libertad, proclamada por un Párroco, obscuro y desvalido, y sin

más elementos que la práctica de sus virtudes, es menester creer y confesar que hombres semejantes obran impulsados por una fuerza omnipotente y sobrenatural, y son instrumentos ciegos de un poder superior, que nunca deja en la tierra sin un premio las virtudes, y sin un terrible castigo los crímenes.

Hidalgo[141] era en la época de la revolución de Dolores, un hombre de una edad en que la experiencia y los desengaños pagan las ilusiones, y extinguen completamente te el entusiasmo:

Sin embargo, cuando menos se esperaba, el anciano recobra todo el vigor de un joven, sacude la constante monotonía de su estudiosa vida, descorre el velo que lo había tenido obscuro e ignorado por los pueblos de la Tierradentro, y aparece de improviso radiante como un sol, derribando preocupaciones, salvando atrevidamente obstáculos, proclamando principios que fueron condenados como herejías, luchando con las costumbres, con el carácter del pueblo, naturalmente pacifico y hasta indolente. ¡Prodigios y sublime incendio, a cuya luz se vieron caer, rodar, huir, desaparecer por fines las preocupaciones arraigadas pro centenares de años!

La acción de Hidalgo en un país donde hubiera estado en uso la libertad civil y religiosa había sido grande; pero comparada con el tiempo en que vivía, no solo es grande, sino magnifica, sublime, digna de que resucitara Tácito para inmortalizarla debidamente.

Tiempo es ya de cortar esta digresión y de dar cuenta de los sucesos que tuvieron lugar el día que siguió al 16 de septiembre de 1810.

[141] Cuando se leen las obras del Dr. Mora, se palpa el desprecio e injusticia con que juzga a Hidalgo, no puede menos de lamentarse el que un singular y claro talento como el de Mora se haya expresado así.

VI

Hallábase reunido ya Abasolo a los señores Allende e Hidalgo, y en breve confianza se decidieron a ponerse en marcha para San Miguel el Grande, dando antes providencias para asegurar las personas y bienes de algunos españoles residentes en Dolores.

Cuando salió el improvisado ejercito independiente, ya contaba con cerca de dos mil hombres, compuesto de los jornaleros de las haciendas, los artesanos y campesinos, armados unos con azadones, otros con puñales, otros con palos y lanzas.

Antes que el Gobierno pudiera tomar providencia alguna, la nube descargo en San Miguel. Allí se incorporo a los insurgentes el Regimiento de dragones de la Reina, y parte de los de Celaya y Guanajuato, y multitud de gente de todas clases que, guiada por el instinto, quería participar de las glorias y del botín.

El 18 continuó su marcha el ejército para Celaya.

Luego que en su Ciudad se confirmaron las noticias, que desde por la mañana habían corrido, todo fue confusión y desorden. Los españoles cerraron las puertas de sus tiendas, aglomerando detrás de ellas fardos y sacos: las familias se salina de sus casas, y corrían las calles procurando abrigarse en paraje seguro; carretas cargadas de muebles, cargadores con costales de dinero y fardos, y gentes cadavéricas atravesaban de unas calles a otras, sin saber verdaderamente a lo que iban ni lo que hacían. Entretanto, algunos frailes del Carmen, montados a caballo[142], con espuelas, sables y pistolas, y un Crucifijo en la mano, recorrían los suburbios de Celaya, gritando:

[142] Dr. Don José María Luis Mora, en la obra titulada *México y sus revoluciones*.

— Hijos míos, los herejes vienen a Celaya: levantaos en nombre de Dios y marchad a confundirlos. Sin embargo de esto, el pueblo se desbandaba y salía a reunirse con los independientes, o aguardaba en silencio el momento de obrar.

A las dos de la tarde se divisó una inmensa polvareda en el camión. Era la vanguardia del ejército insurgente.

Sin embargo, no entró a la Ciudad, y con las sombras de la noche se aumento el terror y la consternación de las familias.

El Prior de San Agustín abrió las puertas del convento y dio asilo a multitud de familias, y la noche fue llena de inquietudes y agonías.

A la mañana siguiente entro Hidalgo en Celaya, y el 28 de septiembre, es decir, doce días después del pronunciamiento aislado de Dolores, se hallaba al frente de Guanajuato con cerca de treinta mil hombres.

Máscaras Mexicanas[143]

Octavio Paz
Fotógrafo: Juan Rodrigo Llaguno © www.juanrodrigollaguno.com

Octavio Paz

Corazón apasionado

disimula tu tristeza.

Canción popular

Viejo o adolescente, criollo o mestizo, general, obrero o licenciado, el mexicano se me aparece como un ser que se encierra y se preserva: máscara el rostro, máscara la sonrisa. Plantado en su arisca soledad, espinoso y cortés a un tiempo, todo le sirve para defenderse: el silencio y la palabra, la cortesía y el desprecio, la ironía y la resignación. Tan celoso de su intimidad como de la ajena, ni siquiera se atreve a rozar con los ojos al vecino: una mirada puede desencadenar la cólera de esas almas cargadas de electricidad. Atraviesa la vida como desollado; todo puede herirle, palabras y sospecha de palabras. Su lenguaje está lleno de reticencias, de figuras y alusiones, de puntos suspensivos; en su silencio hay repliegues, matices, nubarrones, arco iris súbitos,

[143] Este texto forma parte del libro *El laberinto de la soledad*, Ediciones Cuadernos Americanos, México, 1950.

amenazas indescifrables. Aun en la disputa prefiere la expresión velada a la injuria: "al buen entendedor pocas palabras". En suma, entre la realidad y su persona se establece una muralla, no por invisible menos infranqueable, de impasibilidad y lejanía. El mexicano siempre está lejos, lejos del mundo y de los demás. Lejos, también, de sí mismo.

El lenguaje popular refleja hasta qué punto nos defendemos del exterior: el ideal de la "hombría" consiste en no "rajarse" nunca. Los que se "abren" son cobardes. Para nosotros, contrariamente a lo que ocurre con otros pueblos, abrirse es una debilidad o una traición. El mexicano puede doblarse, humillarse, "agacharse", pero no "rajarse", esto es, permitir que el mundo exterior penetre en su intimidad. El "rajado" es de poco fiar, un traidor o un hombre de dudosa fidelidad, que cuenta los secretos y es incapaz de afrontar los peligros como se debe. Las mujeres son seres inferiores porque, al entregarse, se abren. Su inferioridad es constitucional y radica en su sexo, en su "rajada", herida que jamás cicatriza.

El hermetismo es un recurso de nuestro recelo y desconfianza. Muestra que instintivamente consideramos peligroso al medio que nos rodea. Esta reacción se justifica si se piensa en lo que ha sido nuestra historia y en el carácter de la sociedad que hemos creado. La dureza y la hostilidad del ambiente —y esa amenaza, escondida e indefinible, que siempre flota en el aire— nos obligan a cerrarnos al exterior, como esas plantas de la meseta que acumulan sus jugos tras una cáscara espinosa. Pero esta conducta, legítima en su origen, se ha convertido en un mecanismo que funciona solo, automáticamente. Ante la simpatía y la dulzura nuestra respuesta es la reserva, pues no sabemos si esos sentimientos son verdaderos o simulados. Y además, nuestra integridad masculina corre tanto peligro ante la benevolencia

como ante la hostilidad. Toda abertura de nuestro ser entraña una disminución de nuestra hombría.

Nuestras relaciones con los otros hombres también están teñidas de recelo. Cada vez que el mexicano se confía a un amigo o a un conocido, cada vez que se "abre", abdica. Y teme que el desprecio del confidente siga a su entrega. Por eso la confidencia deshonra y es tan peligrosa para el que la hace como para el que la escucha; no nos ahogamos en la fuente que nos refleja, como Narciso, sino que la cegamos. Nuestra cólera no se nutre nada más del temor de ser utilizados por nuestros confidentes —temor general a todos los hombres— sino de la vergüenza de haber renunciado a nuestra soledad. El que se confía, se enajena; "me he vendido con Fulano", decimos cuando nos confiamos a alguien que no lo merece. Esto es, nos hemos "rajado", alguien ha penetrado en el castillo fuerte. La distancia entre hombre y hombre, creadora del mutuo respeto y la mutua seguridad, ha desaparecido. No solamente estamos a merced del intruso, sino que hemos abdicado.

Todas esas expresiones revelan que el mexicano considera la vida como lucha, concepción que no lo distingue del resto de los hombres modernos. El ideal de hombría para los otros pueblos consiste en una abierta y agresiva disposición al combate; nosotros acentuamos el carácter defensivo, listos a repeler el ataque. El "macho" es un ser hermético, encerrado en sí mismo, capaz de guardarse y guardar lo que se le confía. La hombría se mide por la invulnerabilidad ante las armas enemigas o ante los impactos del mundo exterior. El estoicismo es la más alta de nuestras virtudes guerreras y políticas. Nuestra historia está llena de frases y episodios que revelan la indiferencia de nuestros héroes ante el dolor o el peligro. Desde niños nos enseñan a sufrir con

dignidad las derrotas, concepción que no carece de grandeza. Y si no todos somos estoicos e impasibles —como Juárez y Cuauhtémoc— al menos procuramos ser resignados, pacientes y sufridos. La resignación es una de nuestras virtudes populares. Más que el brillo de la victoria nos conmueve la entereza ante la adversidad.

La preeminencia de lo cerrado frente a lo abierto no se manifiesta sólo como impasibilidad y desconfianza, ironía y recelo, sino como el amor a la forma. Ésta contiene y encierra a la intimidad, impide sus excesos, reprime sus explosiones, la separa y aísla, la preserva. La doble influencia indígena y española se conjugan en nuestra predilección por la ceremonia, las fórmulas y el orden. EL mexicano, contra lo que supone una superficial interpretación de nuestra historia, aspira a crear un mundo ordenado conforme a principios claros. La agitación y encono de nuestras luchas políticas prueba hasta que punto las nociones jurídicas juegan un papel importante en nuestra vida pública. Y en la de todos los días el mexicano es un hombre que se esfuerza por ser formal y que muy fácilmente se convierte en formulista. Y es explicable. El orden —jurídico, social, religioso o artístico— constituye una esfera segura y estable. En su ámbito basta con ajustarse a los modelos y principios que regulan la vida; nadie, para manifestarse, necesita recurrir a la continua invención que exige una sociedad libre. Quizá nuestro tradicionalismo —que es una de las constantes de nuestro ser y lo que le da coherencia y antigüedad a nuestro pueblo— parte del amor que profesamos a la forma.

Las complicaciones rituales de la cortesía, la persistencia del humanismo clásico, el gusto por las formas cerradas en la poesía (el soneto y la décima por ejemplo), nuestro amor por la geometría en las artes decorativas, por el dibujo y la composición en la

pintura, la pobreza de nuestro romanticismo frente a la excelencia de nuestro arte barroco, el formalismo de nuestras instituciones políticas y, en fin, la peligrosa inclinación que mostramos por la fórmulas —sociales, morales y burocráticas—, son otras tantas excepciones de esta tendencia de nuestro carácter. El mexicano no sólo no se abre; tampoco se derrama.

A veces las formas nos ahogan. Durante el siglo pasado los liberales vanamente intentaron someter la realidad del país a la camisa de fuerza de la Constitución de 1857. Los resultados fueron la Dictadura de Porfirio Díaz y la Revolución de 1857. En cierto sentido la historia de México, como la de cada mexicano, consiste en una lucha entre las formas y fórmulas en que se pretende encerrar a nuestro ser y las explosiones con que nuestra espontaneidad se venga. Pocas veces la forma ha sido una creación original, un equilibrio alcanzado no a expensas sino gracias a la expresión de nuestros instintos y quereres. Nuestras formas jurídicas y morales, por el contrario, mutilan con frecuencia a nuestro ser, nos impiden expresarnos y niegan satisfacción a nuestros apetitos vitales.

La preferencia por la forma, inclusive vacía de su contenido, se manifiesta a lo largo de la historia de nuestro arte, desde la época precortesiana hasta nuestros días. Antonio Castro Leal, en su excelente estudio sobre Juan Ruiz de Alarcón, muestra cómo la reserva frente al romanticismo —que es, por definición, expansivo y abierto— se expresa ya en el siglo XVIII, esto es, antes de que siquiera tuviésemos conciencia de nacionalidad. Tenían razón los contemporáneos de Juan Ruiz de Alarcón al acusarlo de entrometido, aunque más bien hablasen de la deformidad de su cuerpo que de la singularidad de su obra. En efecto, la porción más característica de su teatro niega al

de sus contemporáneos españoles. Y su negación contiene, en cifra, la que México ha opuesto siempre a España. El teatro de Alarcón es una respuesta a la vitalidad española, afirmativa y deslumbrante en esa época, y que se expresa a través de un gran *Sí* a la historia y a las pasiones. Lope exalta el amor, lo heroico, lo sobrehumano, lo increíble; Alarcón opone a estas virtudes desmesuradas otras más sutiles y burguesas: la dignidad, la cortesía, el estoicismo melancólico, un pudor sonriente. Los problemas morales interesan poco a Lope, que ama la acción, como todos sus contemporáneos. Más tarde Calderón mostrará el mismo desdén por la psicología; los conflictos morales y las oscilaciones, caídas y cambios del alma humana sólo son metáforas que transparentan un drama teológico cuyos dos personajes son el pecado original y la Gracia divina. En las comedias más representativas de Alarcón, en cambio, el cielo cuenta poco, tan poco como el viento pasional que arrebata a los personajes lopescos. El hombre, nos dice el mexicano, es un compuesto y el mal y el bien se mezclan sutilmente en su alma. En lugar de proceder por síntesis, utiliza el análisis: el héroe se vuelve problema, En varias comedias se plantea la cuestión de la mentira; ¿hasta qué punto el mentiroso de veras miente, de veras se propone engañar?; ¿no es él la primera víctima de sus engaños y no es a sí mismo a quien engaña? El mentiroso se miente a sí mismo: tiene miedo de sí. Al plantearse el problema de la autenticidad, Alarcón anticipa uno de los temas constantes de reflexión del mexicano, que más tarde recogerá Rodolfo Usigli en *El gesticulador*.

En el mundo de Alarcón no triunfan la pasión ni la Gracia; todo se subordina a lo razonable; sus arquetipos son los de la moral que sonríe y perdona. Al substituir los valores vitales y románticos de Lope por los abstractos de una moral universal y razonable, ¿no se evade,

no nos escamotea su propio ser? Su negación, como la de México, no afirma nuestra singularidad frente a la de los españoles. Los valores que postula Alarcón pertenecen a todos los hombres y son una herencia grecorromana tanto como una profecía de la moral que impondrá el mundo burgués. No expresan nuestra espontaneidad, ni resuelven nuestros conflictos; son formas que no hemos creado ni sufrido, máscaras. Sólo hasta nuestros días hemos sido capaces de enfrentar al ***Sí*** español un ***Sí*** mexicano y no una afirmación intelectual, vacía de nuestras peculiaridades. La Revolución mexicana, al descubrir las artes populares, dio origen a la pintura moderna; al descubrir el lenguaje de los mexicanos, creó la nueva poesía.

Si en la política y el arte el mexicano aspira a crear mundos cerrados, en la esfera de las relaciones cotidianas procura que imperen el pudor, el recato y la reserva ceremoniosa. El pudor, que nace de la vergüenza ante la desnudez propia o ajena, es un reflejo casi físico entre nosotros. Nada más alejado de esta actitud que el miedo al cuerpo, característico de la vida norteamericana. No nos da miedo ni vergüenza nuestro cuerpo; lo afrontamos con naturalidad y lo vivimos con cierta plenitud —a la inversa de lo que ocurre con los puritanos. Para nosotros el cuerpo existe; da gravedad y límites a nuestro ser. Lo sufrimos y gozamos; no es un traje que estamos acostumbrados a habitar, ni algo ajeno a nosotros: somos nuestro cuerpo. Pero las miradas extrañas nos sobresaltan, porque el cuerpo no vela la intimidad, sino la descubre. El pudor, así, tiene un carácter defensivo, como la muralla china de la cortesía o las cercas de los órganos y cactus que separan en el campo a los jacales de los campesinos. Y por eso la virtud que más estimamos en las mujeres es el recato, como en los hombres la reserva. Ellas también deben defender su intimidad.

Sin duda en nuestra concepción del recato femenino interviene la vanidad masculina del señor —que hemos heredado de indios y españoles. Como casi todos los pueblos, los mexicanos consideran a la mujer como un instrumento, ya de los deseos del hombre, ya de los fines que le asignan la ley, la sociedad o la moral. Fines, hay que decirlo, sobre los que nunca se le ha pedido su consentimiento y en cuya realización participa sólo pasivamente, en tanto que "depositaria" de ciertos valores. Prostituta, diosa, gran señora, amante, la mujer transmite o conserva, pero no crea, los valores y energías que le confían la naturaleza o la sociedad. En un mundo hecho a la imagen de los hombres, la mujer es sólo un reflejo de la voluntad y querer masculinos. Pasiva, se convierte en diosa, amada, ser que encarna los elementos estables y antiguos del universo: la tierra, madre y virgen; activa, es siempre función, medio, canal. La feminidad nunca es un fin en sí mismo, como lo es la hombría.

En otros países estas funciones se realizan a la luz pública y con brillo. En algunos se reverencia a las prostitutas o a las vírgenes; en otros, se premia a las madres; en casi todos, se adula y respeta a la gran señora. Nosotros preferimos ocultar esas gracias y virtudes. El secreto debe acompañar a la mujer. Pero la mujer no sólo debe ocultarse sino que, además, debe ofrecer cierta impasibilidad sonriente al mundo exterior. Ante el escarceo erótico, debe ser "decente"; ante la adversidad, "sufrida". En ambos casos su respuesta no es instintiva ni personal, sino conforme a un modelo genérico. Y ese modelo, como en el caso del "macho", tiende a subrayar los aspectos defensivos y pasivos, en una gama que va desde el pudor y la "decencia" hasta el estoicismo, la resignación y la impasibilidad.

La herencia hispanoárabe no explica completamente esta conducta. La actitud de los españoles frente a las mujeres es muy simple y se expresa, con brutalidad y concisión, en dos refranes: "la mujer en la casa y con la pata rota" y "entre santa y santo, pared de cal y canto". La mujer es una fiera doméstica, lujuriosa y pecadora de nacimiento, a quien hay que someter con el palo y conducir con el "freno de la religión". De ahí que muchos españoles consideren a las extranjeras —y especialmente a las que pertenecen a países de raza o religión diversas a las suyas— como presa fácil. Para los mexicanos la mujer es un ser obscuro, secreto y pasivo. No se le atribuyen malos instintos: se pretende que ni siquiera los tiene. Mejor dicho, no son suyos sino de la especie; la mujer encarna la voluntad de la vida, que es por esencia impersonal. Ser ella misma, dueña de su deseo, su pasión o su capricho, es ser infiel a sí misma. Bastante más libre y pagano que el español —como heredero de las grandes religiones naturalistas precolombinas— el mexicano no condena al mundo natural. Tampoco el amor sexual está teñido de luto y horror, como en España. La peligrosidad no radica en el instinto sino en asumirlo personalmente. Reaparece así la idea de pasividad: tendida o erguida, vestida o desnuda, la mujer nunca es ella misma. Manifestación indiferenciada de la vida, es el canal del apetito cósmico. En ese sentido, no tiene deseos propios.

Las norteamericanas proclaman también la ausencia de instintos y deseos, pero la raíz de su pretensión es distinta y hasta contraria. La norteamericana oculta o niega ciertas partes de su cuerpo —y, con más frecuencia, de su psiquis: son inmorales y, por lo tanto, no existen. Al negarse, se reprime su espontaneidad. La mexicana simplemente no tiene voluntad. Su cuerpo duerme y sólo se enciende si alguien lo

despierta. Nunca es pregunta, sino respuesta, materia fácil y vibrante que la imaginación y la sensualidad masculina esculpen. Frente a la actividad que despliegan las otras mujeres, que desean cautivar a los hombres a través de la agilidad de su espíritu o del movimiento de su cuerpo, la mexicana opone un cierto hieratismo, un reposo hecho al mismo tiempo de espera y desdén. El hombre revolotea a su alrededor, la festeja, la canta, hace caracolear su caballo o su imaginación. Ella se vela en el recato y la inmovilidad. Es un ídolo. Como todos los ídolos, es dueña de fuerzas magnéticas, cuya efectividad y poder crecen a medida que el foco emisor es más pasivo y secreto. Analogía cósmica: la mujer no busca, atrae. Y el centro de su atracción es su sexo, oculto, pasivo. Inmóvil sol secreto.

Esta concepción —bastante falsa si se piensa que la mexicana es muy sensible e inquieta— no la convierte en mero objeto, en cosa. La mujer mexicana, como todas las otras, es un símbolo que representa la estabilidad y continuidad de la raza. A su significación cósmica se alía la social: en la vida diaria su función consiste en hacer imperar la ley y el orden, la piedad y la dulzura. Todos cuidamos que nadie "falte al respeto a las señoras", noción universal, sin duda, pero que en México se lleva hasta sus últimas consecuencias. Gracias a ella se suavizan muchas de las asperezas de nuestras relaciones de "hombre a hombre". Naturalmente habría que preguntar a las mexicanas su opinión; ese "respeto" es a veces una hipócrita manera de sujetarlas e impedirles que se expresen. Quizá muchas preferirían ser tratadas con menos "respeto" (que, por lo demás, se les concede solamente en público) y con más libertad y autenticidad. Esto es, como seres humanos y no como símbolos o funciones. Pero, ¿cómo vamos a consentir que ellas se expresen, si toda nuestra vida tiende a paralizarse en una máscara que oculte nuestra identidad?

Ni la modestia propia, ni la vigilancia social, hacen invulnerable a la mujer. Tanto por la fatalidad de su anatomía "abierta" como por su situación social —depositaria de la honra, a la española— está expuesta a toda clase de peligros, contra los que nada pueden la moral personal ni la protección masculina. El mal radica en ella misma; por naturaleza es un ser "rajado", abierto. Más, en virtud de un mecanismo de compensación fácilmente explicable, se hace virtud de su flaqueza original y se crea el mito de la "sufrida mujer mexicana". El ídolo —siempre vulnerable, siempre en trance de convertirse en ser humano— se transforma en víctima endurecida e insensible al sufrimiento, encallecida a fuerza de sufrir. (Una persona "sufrida" es menos sensible al dolor que las que apenas si han sido tocadas por la adversidad.) Por obra del sufrimiento, las mujeres se vuelven como los hombres: invulnerables, impasibles y estoicas.

Se dirá que al transformar en virtud algo que debería ser motivo de vergüenza, sólo pretendemos descargar nuestra conciencia y encubrir con una imagen una realidad atroz. Es cierto, pero también lo es que al atribuir a la mujer la misma invulnerabilidad a que aspiramos, recubrimos con una inmunidad moral su fatalidad anatómica, abierta al exterior. Gracias al sufrimiento, y a su capacidad para resistirlo sin protesta, la mujer trasciende su condición y adquiere los mismos atributos del hombre.

Es curioso advertir que la imagen de la "mala mujer" casi siempre se presenta acompañada de la idea de actividad. A la inversa de la "abnegada madre", de la "novia que espera" y del ídolo hermético, seres estáticos, la "mala" va y viene, busca a los hombres, los abandona. Por un mecanismo análogo al descrito más arriba, su extrema movilidad la vuelve invulnerable. Actividad e impudicia se alían en ella y acaban por petrificar su alma. La "mala" es dura, impía,

independiente, como el "macho". Por caminos distintos, ella también transciende su fisiología y se cierra al mundo.

Es significativo, por otra parte, que el homosexualismo masculino sea considerado con cierta indulgencia, por lo que toca al agente activo. El pasivo, al contrario, es un ser degrado y abyecto. El juego de los "albures" —esto es, el combate verbal hecho de alusiones obscenas y de doble sentido, que tanto se practica en la Ciudad de México— transparenta esta ambigua concepción. Cada uno de los interlocutores, a través de trampas verbales y de ingeniosas combinaciones lingüísticas, procura anonadar a su adversario; el vencido es el que no puede contestar, el que se traga las palabras de su enemigo. Y esas palabras están teñidas de alusiones sexualmente agresivas: el perdidoso (sic) es poseído, violado, por el otro. Sobre él caen las burlas y escarnios de los espectadores. Así pues, el homosexualismo masculino es tolerado, a condición de que se trate de una violación del agente pasivo. Como en el caso de las relaciones heterosexuales, lo importante es "no abrirse" y, simultáneamente, rajar, herir al contrario.

Me parece que todas estas actitudes, por diversas que sean sus raíces, confirman el carácter "cerrado" de nuestras reacciones frente al mundo o frente a nuestros semejantes. Pero no nos bastan los mecanismos de preservación y defensa. La simulación, que no acude a nuestra pasividad sino que exige una invención activa y que se recrea a sí misma a cada instante, es una de nuestras formas de conducta habituales. Mentimos por placer y fantasía, sí, como todos los pueblos imaginativos, pero también para ocultarnos y ponernos al abrigo de intrusos. La mentira posee una importancia decisiva en nuestra vida cotidiana, en la política, el amor, la amistad. Con ella

no pretendemos nada más engañar a los demás, sino a nosotros mismos. De ahí su fertilidad y lo que distingue a nuestras mentiras de las groseras invenciones de otros pueblos, La mentira es un juego trágico, en el que arriesgamos parte de nuestro ser. Por eso es estéril su denuncia.

El simulador pretende ser lo que no es. Su actividad reclama una constante improvisación, un ir hacia adelante siempre, entre arenas movedizas. A cada minuto hay que rehacer, recrear, modificar el personaje que fingimos, hasta que llega el momento en que realidad y apariencia, mentira y verdad, se confunden. De tejido de invenciones para deslumbrar al prójimo, la simulación se trueca en una forma superior, por artística, de la realidad. Nuestras mentiras reflejan, simultáneamente, nuestras carencias y nuestros apetitos, lo que no somos y lo que deseamos ser. Simulando, nos acercamos a nuestro modelo y a veces el gesticulador, como ha visto con hondura Usigli, se funde con sus gestos, los hace auténticos. La muerte del profesor Rubio lo convierte en lo que deseaba ser: el general Rubio, un revolucionario sincero y un hombre capaz de impulsar y purificar a la Revolución estancada. En la obra de Usigli el profesor Rubio se inventa a sí mismo y se transforma en general; su mentira es tan verdadera que Navarro, el corrompido, no tiene más remedio que volver a matar en él a su antiguo jefe, el general Rubio. Mata en él la verdad de la Revolución.

Si por el camino de la mentira podemos llegar a la autenticidad, un exceso de sinceridad puede conducirnos a formas más refinadas de la mentira. Cuando nos enamoramos nos "abrimos", mostramos nuestra intimidad, ya que una vieja tradición quiere que el que sufre de amor exhiba sus heridas ante la que ama. Pero al descubrir sus

llagas de amor, el enamorado transforma su ser en una imagen, en un objeto que entrega a la contemplación de la mujer —y de sí mismo. Al mostrarse, invita a que lo contemplen con los mismos ojos piadosos con que él se contempla. La mirada ajena ya no lo desnuda: lo recubre de piedad. Y al presentarse como espectáculo y pretender que se le mire con los mismos ojos con que él se ve, se evade del juego erótico, pone a salvo su verdadero ser, lo substituye por una imagen. Substrae su intimidad, que se refugia en sus ojos, esos ojos que son nada más contemplación y piedad de sí mismo. Se vuelve su imagen y la mirada que lo contempla.

En todos los tiempos y en todos los climas, las relaciones humanas —y especialmente las amorosas— corren el riesgo de volverse equívocas. Narcisismo y masoquismo no son tendencias exclusivas del mexicano. Pero es notable la frecuencia con que canciones populares, refranes y conductas cotidianas aluden al amor como falsedad y mentira. Casi siempre eludimos los riesgos de una relación desnuda a través de una exageración, en su origen sincera, de nuestros sentimientos. Asimismo, es revelador cómo el carácter combativo del erotismo se acentúa entre nosotros y se encona. El amor es una tentativa de penetrar en otro ser, pero sólo puede realizarse a condición de que la entrega sea mutua. En todas partes es difícil este abandono de sí mismo; pocos coinciden en la entrega y más pocos aún logran trascender esa etapa posesiva y gozar del amor como lo que realmente es: un perpetuo descubrimiento, una inmersión en las aguas de la realidad y una recreación constante. Nosotros concebimos el amor como conquista y como lucha. No se trata tanto de penetrar la realidad, a través de un cuerpo, como de violarla. De ahí que la imagen del amante afortunado —herencia, acaso, del Don Juan español— se

confunda con la del hombre que se vale de sus sentimientos —reales o inventados— para obtener a la mujer.

La simulación es una actividad parecida a la de los actores y puede expresarse en tantas formas como personajes fingimos. Pero el actor, si lo es de veras, se entrega a su personaje y lo encarna plenamente, aunque después, terminada la representación, lo abandone como su piel la serpiente. El simulador jamás se entrega y se olvida de sí, pues dejaría de simular si se fundiera con su imagen. Al mismo tiempo, esa ficción se convierte en una parte inseparable —y espuria— de su ser: está condenado a representar toda su vida, porque entre su personaje y él se ha establecido una complicidad que nada puede romper, excepto la muerte o el sacrificio. La mentira se instala en su ser y se convierte en el fondo último de su personalidad.

Simular es inventar o, mejor, aparentar y así eludir nuestra condición. La disimulación exige mayor sutileza: el que disimula no representa, sino que quiere hacerse invisible, pasar desapercibido, sin renunciar a su ser. El mexicano excede en el disimulo de sus pasiones y de sí mismo. Temeroso de la mirada ajena, se contrae, se reduce, se vuelve sombra y fantasma, eco. No camina, se desliza; no propone, insinúa; no replica, rezonga; no se queja, sonríe; hasta cuando canta —si no estalla y se abre el pecho— lo hace entre dientes y a media voz, disimulando su cantar:

Y es tanta la tiranía
de esta disimulación
que aunque de raros anhelos
se me hincha el corazón,

tengo miradas de reto

y voz de resignación.

Quizá el disimulo nació durante la Colonia. Indios y mestizos tenían, como en el poema de Reyes, que cantar quedo, pues "entre dientes mal se oyen las palabras de rebelión". El mundo colonial ha desaparecido, pero no el temor, la desconfianza y el recelo. Y ahora no solamente disimulamos nuestra cólera sino nuestra ternura. Cuando pide disculpas, la gente del campo suele decir: "Disimule usted, señor". Y disimulamos. Nos disimulamos con tal ahínco que casi no existimos.

En sus formas radicales el disimulo llega al mimetismo. El indio se funde con el paisaje, se confunde con la barda blanca en que se apoya por la tarde, con la tierra obscura en que se tiende a mediodía, con el silencio que lo rodea. Se disimula tanto su humana singularidad que acaba por abolirla y se vuelve piedra, pirú, muro, silencio: espacio. No quiero decir que comulgue con el Todo, a la manera panteísta, ni que en un árbol aprehenda todos los árboles, sino que efectivamente, esto es, de una manera concreta y particular, se confunde con un objeto determinado.

Roger Caillois observa que el mimetismo no implica siempre una tentativa de protección contra las amenazas virtuales que pululan en el mundo externo. A veces los insectos "se hacen los muertos" o imitan las formas de la materia en descomposición, fascinados por la muerte, por la inercia del espacio. Esta fascinación —fuerza de gravedad, diría yo, de la vida— es común a todos los seres y el hecho de que se exprese como mimetismo confirma que no debemos considerar a éste exclusivamente como un recurso del instinto vital para escapar del peligro y la muerte.

Defensa frente al exterior o fascinación ante la muerte, el mimetismo no consiste tanto en cambiar de naturaleza como de apariencia. Es revelador que la apariencia escogida sea la muerte o la del espacio inerte, en reposo. Extenderse, confundirse con el espacio, ser espacio, es una manera de rehusarse a las apariencias, pero también es una manera de ser sólo Apariencia. El mexicano tiene tanto horror a las apariencias, como amor le profesan sus demagogos y dirigentes. Por eso se disimula su propio existir hasta confundirse con los objetos que lo rodean. Y así, por medio de las apariencias, se vuelve sólo Apariencia. Aparenta ser otra cosa e incluso prefiere la apariencia de la muerte o del no ser antes que abrir su intimidad y cambiar. La disimulación mimética, en fin, es una de tantas manifestaciones de nuestro hermetismo. Si el gesticulador acude al disfraz, los demás queremos pasar desapercibidos. En ambos casos ocultamos nuestro ser. Y a veces lo negamos. Recuerdo que una tarde, como oyera un leve ruido en el cuarto vecino al mío, pregunté en voz alta: "¿Quién anda por ahí?". Y la voz de una criada recién llegada de su pueblo contestó: "No es nadie señor, soy yo".

No sólo nos disimulamos a nosotros mismos y nos hacemos transparentes y fantasmales; también disimulamos la existencia de nuestros semejantes. No quiero decir que los ignoremos o los hagamos menos, actos deliberados y soberbios. Los disimulamos de manera más definitiva y radical: los ninguneamos. El ninguneo es una operación que consiste en hacer de Alguien, Ninguno. La nada de pronto se individualiza, se hace cuerpo y ojos, se hace Ninguno.

Don Nadie, padre español de Ninguno, posee don, vientre, honra, cuenta en el banco y habla con voz fuerte y segura. Don Nadie llena al mundo con su vacía y vocinglera presencia. Está en todas

partes y en todos los sitios tiene amigos. Es banquero, embajador, hombre de empresa. Se pasea por todos los salones, lo condecoran en Jamaica, en Estocolmo y en Londres. Don Nadie es funcionario o influyente y tiene una agresiva y engreída manera de no ser. Ninguno es silencioso y tímido, resignado. Es sensible e inteligente. Sonríe siempre, Espera siempre. Y cada vez que quiere hablar, tropieza con un muro de silencio; si saluda encuentra una espalda glacial; si suplica, llora o grita, sus gestos y gritos se pierden en el vacío que don Nadie crea con su vozarrón. Ninguno no se atreve a no ser: oscila, intenta una vez y otra vez ser Alguien. Al fin, entre vanos gestos, se pierde en el limbo de donde surgió.

Sería un error pensar que los demás le impiden existir. Simplemente disimulan su existencia, obran como si no existiera. Lo nulifican, lo anulan, lo ningunean. Es inútil que Ninguno hable, publique libros, pinte cuadros, se ponga de cabeza. Ninguno es la ausencia de nuestras miradas, la pausa de nuestra conversación, la reticencia de nuestro silencio. Es el nombre que olvidamos siempre por una extraña fatalidad. el eterno ausente, el invitado que no invitamos, el hueco que no llenamos. Es una omisión. Y sin embargo, Ninguno está presente siempre. Es nuestro secreto, nuestro crimen y nuestro remordimiento. Por eso el Ninguneador también se ningunea; él es la omisión de Alguien. Y si todos somos Ninguno, no existe ninguno de nosotros. El círculo se cierra y la sombra de Ninguno se extiende sobre México, asfixia al Gesticulador y lo cubre todo. En nuestro territorio, más fuerte que las pirámides y los sacrificios, que las iglesias, los motines y los campos populares, vuelve a imperar el silencio, anterior a la historia.

Antigua grandeza mexicana. Nostalgias del ombligo del mundo[144]

René Avilés Fabila
© Revista *Siempre!*

René Avilés Fabila

Para Silvia Molina, afectuosamente, ella anticipó este texto de nostalgias

…Era otro México, la capital tenía apenas dos millones de habitantes y era hermosa con sus plazas y jardines recoletos, sus iglesias barrocas y el cielo era de un azul límpido e intenso; los crepúsculos incendiaban el cielo de rojos y naranjas y por las noches refulgían, allá en las alturas, las estrellas. Yo me quedaba embelesada al contemplarlas, mientras el viento fresco de la sierra del Ajusco acariciaba mi cara y hacía revolotear mi pelo. Éramos solamente veinte millones de mexicanos los que habitábamos nuestro hermoso país y la gente era buena.

Elena Garro

[144] En palabras del autor, "este trabajo es el resultado de una tarea dominical que me encomendó la escritora Silvia Molina, directora del Centro Nacional de Información y Promoción de la Literatura del INBA. Un paseo de recuerdos por el centro histórico lo que me permitió recrear hermosas nostalgias. Comenzaba en la Plaza de Santo Domingo y la SEP y concluía en el Palacio de Bellas Artes, pasando por casi todos los grandes sitios mencionados". Posteriormente aparecería publicado por la Editorial Porrúa en el año 2010.

Para mí, de niño, en plena Segunda Guerra Mundial, el Centro (así, con mayúscula), el hoy llamado centro histórico, era mi casa, mi escuela, mi vida, el ombligo del mundo, era México. Así le decían mis abuelos maternos que vivían en el kilómetro número cinco del camino del Zócalo a Cuernavaca, que en un primer tramo llevaba el nombre de San Antonio Abad, luego, en el restante, Calzada de Tlalpan. Ese kilómetro cinco estaba, enseguida de Xola, marcado en lo que hoy es un terreno perteneciente al Circo Atayde, poco antes del lugar donde solían estar los hermosos títeres de Rosete Aranda. El río de la Piedad ya era de aguas negras, igual que el Churubusco y los canales que comunicaban Xochimilco con el Centro. Cuando la familia iba de compras, mi abuela decía, muy arreglada, vamos a México. Era entonces una Ciudad pequeña de aires románticos, pueblerinos, mucha vegetación, calles desoladas y seguras, donde cada manzana tenía un sereno que daba vueltas y vueltas garantizándonos una noche tranquila. Los paseos que encabezaba mi abuelo llegaban a zonas distantes: Coyoacán, Xochimilco, Tlalpan, San Jerónimo Lídice (en honor de una Ciudad víctima de los nazis) y San Ángel. Tomábamos el tranvía doble en Villa de Cortés y a veces, en San Fernando, Tlalpan, en la terminal, junto al restaurante Quinta Ramón, emprendíamos una segunda etapa que nos llevaba a la pirámide circular de Cuicuilco, o hasta el entonces solitario y hermoso Ajusco, del que hace un magistral retrato Martín Luis Guzmán en ***La sombra del caudillo***, pasando por el Pedregal de San Ángel, donde todavía no concluían las obras de la Ciudad Universitaria ni existía la rumbosa colonia del mismo nombre, pero que abundaba en ardillas y conejos y una aceptable variedad de plantas nativas y pájaros.

Pero lo usual era el Centro, México, íbamos al cine, de compras o simplemente a caminarlo. Cuando comencé la enseñanza media,

en 1950 ó 1951, me inscribieron en la escuela secundaria número 1, en Regina, a media calle de Pino Suárez, donde tomaba el camión de la línea General Anaya de regreso a mi casa en la colonia Ixtaccíhuatl. Allí comenzó mi conocimiento del Zócalo y sus alrededores. Hacía poco que le habían suprimido las fuentes y la vegetación para darle paso a una espantosa plancha de cemento, pese a ello, conservaba la belleza y la dignidad: Palacio Nacional lucía esplendoroso, así como las oficinas del Departamento Central y la Catedral Metropolitana, en cuyo atrio solía sentarse el afamado anciano, el sargento de la Rosa, un veterano, el único sobreviviente de la guerra de intervención francesa, para asolearse, a veces con uniforme militar y el pecho lleno de condecoraciones bien ganadas. Atrás de la enorme plaza había un mundo insospechado que pronto descubrí con la ayuda de mis padres. En Argentina y Guatemala, a un lado de la librería de los Porrúa, estaba el edificio donde mi abuelo paterno, don Gildardo F. Avilés, tenía un despacho en el tercer piso, atiborrado de libros, papeles y recuerdos de luchas magisteriales. Desde ese punto de arranque, aún antes de ser alumno de secundaria, cuando Pino Suárez era aún avenida estrecha, como la trazaron los conquistadores, vi la parte cultural y educativa, la zona literaria por excelencia en aquellos años. Como Salvador Novo en su prodigioso y memorable libro ***Nueva grandeza mexicana***, escrito en 1946, hice, a petición de Silvia Molina, directora de Literatura del INBA, un recorrido, un paseo literario por esos rumbos para hacer nostalgias. Novo arrancó su capítulo "Hoy pura cultura" hablando de la Universidad, entonces dispersa por el Centro y cuyo punto más distante, me parece, era Mascarones, donde estudiaban primero Filosofía y Letras y luego, antes de convertirse en el plantel número 6 de la Escuela Nacional Preparatoria, Ciencias Políticas. Seguía la entonces ilustre Escuela Nacional de Maestros, la

Normal, donde estudiaron mis padres y en la que eran profesores varios de los legendarios estridentistas como Arqueles Vela y Germán List Arzubide.

El Centro del país, el ombligo del universo, como suponían los aztecas al fundar la Gran Tenochtitlan, lugar de sueños y aspiraciones que no desaparecieron con la conquista, sino que dieron origen a un pueblo nuevo, el mestizo, que reunió virtudes y defectos de dos razas poderosas, una civilización que enamora con sus edificios más bellos en donde hay muestras artísticas de la fusión o mezcla de dos culturas: una, en Chapultepec, donde existe una puerta de Chávez Morado que al cerrarse y quedar juntas las dos hojas, aparece la figura del mestizaje y otra más en el vestíbulo o entrada de la sala Manuel M. Ponce, esta vez de Rufino Tamayo.

En las calles trazadas por los españoles crearon una nueva arquitectura con las piedras de los templos, pirámides y edificios aztecas. Una cultura inmensa fue vencida y sepultada por el implacable conquistador. La capital del mundo azteca se convirtió en la de la Nueva España y poco a poco fue creciendo teniendo como eje el mismo pequeño territorio que el tiempo ha hecho crecer sin misericordia, atropellando ríos, lagos, bosques. En la Colonia surgieron infinidad de leyendas e historias fantásticas que hoy casi hemos olvidado. Más adelante, en sus calles nacieron personajes inolvidables como Jaime Torres Bodet (Allende 8, esquina con Donceles), quien más tarde sería dos veces secretario de Educación Pública, una de Relaciones Exteriores y, como corolario, director de la UNESCO, esto es, secretario de educación del mundo, como solía decir el historiador Arturo Arnáiz y Freg. Zona de artistas plásticos de talla: cientos de metros de muros fueron entregados a los pintores más talentosos y polémicos que

ha dado México: Siqueiros, Rivera, Orozco, Fermín Revueltas que estamparon su prodigioso arte en edificios como Palacio Nacional, la Suprema Corte de Justicia, San Ildefonso, la Secretaría de Educación Pública y la ex Aduana de Santo Domingo. Rafael Solana dejó un magnífico retrato estudiantil de aquellos tiempos en su novela ***La casa de la Santísima***, mientras que muchos narradores, dramaturgos y poetas escribían sobre su paso por esas calles añosas, llenas de escuelas, cantinas, tequilerías, pulquerías, de cafetines y restaurantes modestos, de casas de huéspedes de extrema modestia, cuartos en vecindades ruinosas y ruidosos camiones que las cruzaban: Sergio Magaña, Andrés Iduarte, Efraín Huerta, Efrén Hernández... Dos palabras más sobre este inquietante y discreto escritor, maestro de Juan Rulfo, entre otros grandes narradores: en el despacho de mi padre, René Avilés Rojas (maestro, novelista, pedagogo e historiador), en Palma, casi esquina con 5 de mayo, a unos pasos de la cantina La Puerta del Sol, había un retrato de Hernández dedicado. Mi padre solía mostrarlo con cierto orgullo y decía: A Efrén le debemos admiración y lealtad. El autor de "Tachas", por cierto, vivió en la Avenida Hidalgo 85, una vecindad que ahora es el Hotel Cortés.

En lo personal, dos o tres lugares, en aquellos tiempos distantes, me llamaban la atención, despertaban la imaginación y el morbo: el pequeño Museo de Cera situado en las calles de Argentina, donde ponían en la entrada a grandes figuras muertas como Jorge Negrete o el corredor de automóviles Felice Bonetto (fallecido en la Carrera Panamericana), y el Palacio de Minería, soberbio edificio diseñado y construido por Tolsá, que me obligaba a contemplar los aerolitos puestos en la entrada e imaginar de dónde venían. Enfrente, estaba el edificio que albergaba a la Secretaría de Comunicaciones y Transportes

y la oficina de Telégrafos, un hermoso edificio hoy convertido en museo de arte y al que le plantaron, a falta de mejor sitio, la estatua de Carlos IV obra del mismo Tolsá para crear una plazoleta que lleva su nombre.

El Centro, lugar con larga historia (donde muchas leyendas fueron recogidas por don Artemio de Valle Arizpe, quien vivió unos veinte años en Ayuntamiento 133, principalmente en su obra ***Historias, tradiciones y leyendas de México***, por José Rogelio Álvarez —¿lo conocí en el Centro o en su casona de Churubusco?— con su trabajo ***Leyendas mexicanas***, y por Antonio Castro Leal en los dos tomos de ***La novela del México colonial***), que ya era distinguido antes de la llegada de los españoles, toda esa zona respiraba educación, fineza, historia y cultura, eran tiempos de buen humor, ingenio, ironía y amenas cantinas. Asistí, acompañando a mi padre, a la Librería de Porrúa Hermanos y a la Antigua Librería de Robredo. En la primera, dice Novo, estaban los espíritus de Genaro Estrada y Joaquín Ramírez Cabañas discutiendo y en la segunda quedan los ecos de pláticas entre Carlos González Peña y Artemio de Valle Arizpe, cuya casa en la Colonia del Valle, que dicho sea de paso, fue sede del Centro Mexicano de Escritores, donde trabajé un año bajo la supervisión de Juan José Arreola, Juan Rulfo y Francisco Monterde. No es posible dejar de lado que allí, entre edificios avejentados y cafetines baratos se gestan el muralismo y diversos movimientos literarios, que en esas apretadas calles, vagaron los escritores de El Ateneo de la Juventud, en 1909; personas como, Alfonso Reyes, Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Julio Torri, Enrique González Martínez, Rafael López, Roberto Argüelles Bringas, Martín Luis Guzmán, Rafael Cabrera, Antonio Mediz Bolio, Carlos González Peña, Isidro Fabela, Manuel de la Parra, Mariano Silva,

Manuel M. Ponce, Julián Carrillo, Diego Rivera y Roberto Montenegro, deambularon imaginando un mundo nuevo, distante del propuesto por el porfirismo con sus científicos positivistas y su moral anacrónica e intelectuales acartonados. Los ateneístas propusieron la recuperación de los clásicos y criticaron las bases educativas del positivismo. En 1911 Vasconcelos describió así al Ateneo de la Juventud: "Es el primer centro libre de cultura para dar forma a una nueva era del pensamiento. Nos hemos propuesto crear una institución para el cultivo del saber nuevo." Entre sus grandes logros estuvo el nacionalismo en el arte y la cultura: una nueva estética que dejaba atrás las tendencias europeizantes del porfirismo y que miraba el alma popular. De esta generación surgen al menos dos de los grandes novelistas de la Revolución Mexicana: Martín Luis Guzmán y José Vasconcelos y, al mismo tiempo, como una suerte de contradicción o de riqueza, Julio Torri hace una fina, elegante e imaginativa literatura breve que anticipa la de Borges y Arreola.

En estas mismas calles, alrededor de 1921, un grupo de artistas burlones, talentosos y llenos de ingenio crearon el estridentismo como una ruidosa propuesta cultural (o quizá contracultural) que se reflejaba en la consigna "¡Viva el mole de guajolote!" O en otras como las siguientes, todas de una profunda irreverencia: "Muera el cura Hidalgo, abajo San Rafael, San Lázaro, esquina con mayúscula, se prohíbe fijar anuncios." Su idea (esbozada en la ***Hoja de Vanguardia. Comprimido estridentista*** de Manuel Maples Arce) era semejante a la de los futuristas, adorar con buen humor e ironía, las máquinas, la velocidad, la fuerza, lo moderno por encima de todo, pues libera al hombre de sus cargas de trabajo. En la esquina de Palma y Donceles, en un edificio hoy desaparecido, arrancaron los estridentistas su movimiento

y más adelante tuvieron en la colonia Roma un café, el Café de Nadie: donde se precisaba el menú: "Merde pour les bourgoises". Los más destacados estridentistas fueron: Germán List Arzubide (en cuyo libro ***El movimiento estridentista*** hace un interesante recuento de sus luchas y de aquellas épocas inquietas, un hombre que era entrañable amigo de mi padre y un luchador incorruptible de buenas causas políticas), Arqueles Vela, Leopoldo Méndez, Ramón Alva de la Canal, Manuel Maples Arce, Germán Cueto, Jean Charlott y Fermín Revueltas.

Aunque el movimiento comenzó a declinar antes de 1930, los estrindentistas siguieron participando en luchas antiimperialistas y en general del lado progresista. De todos ellos, al que más traté fue a List Arzubide y un poco a Arqueles Vela, maestro de mi mamá en la Normal. Al primero, poco antes de morir luego de cumplir los cien años de edad, lo acompañé en un cálido homenaje realizado por la UNAM en Chapultepec.

Casi al mismo tiempo que el estridentismo, surgía la generación que se agrupa en 1928 en torno a la revista ***Contemporáneos***, cuya postura comenzaba con un rechazo al nacionalismo y buscaba nuevos horizontes en las vanguardias de la literatura y el arte europeo y norteamericano. Entre los segundos estaban Carlos Pellicer, Jaime Torres Bodet, Salvador Novo, Jorge Cuesta, Gilberto Owen, Bernardo Ortiz de Montellano, Xavier Villaurrutia, Enrique González Rojo y José Gorostiza. Mi querido y admirado Rubén Bonifaz Nuño, quien estudió y se formó como inmenso poeta y traductor de los clásicos griegos y latinos en esa zona, me contó una broma de aquella época. Los estridentistas decían que los contemporáneos eran todos homosexuales, mientras que estos precisaban que los estridentistas, todos eran malos poetas. Concluye la broma de Rubén: Ambos tenían razón.

En su autobiografía ***Tiempo de arena***, Torres Bodet hizo un retrato preciso y delicado, con su estilo elegante, de la formación de ***Contemporáneos*** que agrupara a esa prodigiosa y audaz generación de nacidos más o menos entre 1902 y 1905, y que luchara contra el nacionalismo desaforado que prevalecía en aquel México posrevolucionario. Sus diferencias con Diego Rivera, por ejemplo, fueron intensas: el artista plástico dejó en uno de los murales de la SEP una burla tremenda a dicho grupo literario: un obrero, ante la indiferencia de Tina Modotti, barre con la "basura" artística y allí están los contemporáneos y sus afectos literarios como Joyce. En respuesta, Novo escribió más de un verso mordaz en contra de Rivera, los más famosos están en "La Diegada".

Otra generación importante fue la de Taller (nacidos alrededor de 1914), que agrupaba, entre otros, a Octavio Paz, José Revueltas, Rafael Solana y Efraín Huerta. A este último y a Revueltas los conocí en los rumbos cercanos a la famosa Prepa 1, San Ildefonso, y a Rafael Solana en la Secretaría de Educación Pública cuando era secretario particular de Torres Bodet. Es posible que a Huerta lo haya tratado de manera inicial en los tiempos en que escribiera el poema "Mi país, oh mi país", de cualquier forma, en ese barrio lo traté.

Es un tiempo dorado para el viejo Centro: hasta sus añosas calles llegan —nos dice Alejandro Gómez Arias en su autobiografía— figuras de la talla de Gabriela Mistral, Ramón del Valle Inclán y Vicente Blasco Ibáñez, quien se alojó en el Hotel Regis. Otro personaje célebre de esos rumbos y esas épocas es Vicente Lombardo Toledano, uno de los Siete Sabios y un enorme promotor de las luchas sociales en México, creador de grandes instituciones políticas como la CTM, la Confederación de Trabajadores de América Latina (en un vano y grandioso intento por

darle al proletariado mexicano y al latinoamericano la grandeza que advirtió Marx), el Partido Popular Socialista y la Universidad Obrera, sin duda un intelectual de excepción y un pensador que aún ahora debemos leer con atención. A Vicente Lombardo Toledano lo conocí personalmente en las oficinas del Partido Popular (ya desaparecido), antes de que le agregaran el Socialista. En un texto poco conocido de José Revueltas, realizado en los comienzos de 1943, en plena Segunda Guerra Mundial, narra un viaje por Perú y Ecuador y menciona lo conocido que resultaba Lombardo: "Cárdenas, Lombardo, Cantinflas, son los tres mexicanos más populares en los países sudamericanos." No deja de ser interesante lo escrito por Revueltas en esos años distantes. Prosigue: "Desde luego que Cárdenas es el hombre más admirado, tanto por las izquierdas como por las derechas. Se considera al general Cárdenas como una especie de adelantado de América, el hombre que la representa, más claramente, con mayor propiedad, en sus anhelos y en sus esperanzas, ante el mundo. En seguida, y no sólo en el movimiento obrero, Lombardo Toledano. La gente tiene confianza en la obra de Lombardo, admira tal obra y tiene puesta en ella una gran esperanza. Junto a la solidaridad oficial de los países americanos, muchas veces solidaridad de puras apariencias, se juzga que la obra de Lombardo es la que realmente crea y establece una unidad americana, sólida, estable. Ni los propios enemigos dejan de ver que la labor desarrollada por Lombardo Toledano se traducirá, en el futuro próximo, en una de las armas más eficaces de nuestros pueblos para hacer frente a los problemas de la posguerra." Es difícil explicar las conquistas del general Cárdenas sin su presencia. Fui con mi padre y Adelina Zendejas a la creación de una sociedad de amistad con el pueblo búlgaro y lo escuché expresarse con inteligencia, cultura

y un lenguaje impecable. Pensé en aquella famosa polémica filosófica entre Antonio Caso y él, en ***El Universal***. Hoy mantengo una afortunada relación de amistad con su hija Marcela Lombardo, una mujer sensible que cuida el legado intelectual y político del padre.

Comencemos el paseo nostálgico por la Plaza de Santo Domingo. Recuerdo que una profesora mía, en París, me comentó que la Place des Vosges, donde está la que los franceses consideran la casa de Víctor Hugo, era, para ella, por su armonía, el sitio más hermoso del mundo. Si debo hacer una reflexión semejante, para mí es la Plaza de Santo Domingo, o de la Corregidora, me dirían otros. No quiero disminuir la majestuosidad de la Plaza de la Constitución, con el edificio más bello de América, la Catedral Metropolitana y su espléndido sagrario barroco, pero su enormidad abruma, especialmente ahora que carece de vegetación, esculturas y fuentes que tuvo en otro tiempo, ahora que sus enemigos la han derrotado y convertido en descomunal plancha para mítines y protestas políticas. Por fortuna, Santo Domingo ha conservado su intimidad poética y su discreta mezcla de severos edificios y cordiales arcos, donde una heroína de la Independencia la preside. Si uno observa el notable óleo de Pedro Gualdi, "Plaza de Santo Domingo", de 1841, podrá percatarse de que apenas ha modificado su grata y cordial apariencia.

El arquitecto Flavio Salamanca escribe lo siguiente sobre la Plaza de Santo Domingo: "El esquema racionalista en el trazado de la Ciudad de México, reticular, conforme a su herencia imperial, conservó de la cultura prehispánica solamente las dimensiones monumentales de la Plaza Mayor; en cambio, la plaza de Santo Domingo se identifica mucho más con las de villas y ciudades de Castilla que se construyeron en las postrimerías de la Edad Media. La complementación en el equilibrio

de sus volúmenes y su desarrollo rectangular hacia el norte nos hace retener esa serie de valores nominados por la riqueza y sobriedad de sus fachadas, mismas que favorecen la intimidad de sus interiores en la medida que respeta ampliamente la escala del individuo constructor y habitante. La plaza, parte integrante de la Ciudad, va gestando una evolución cuyas bases quedan incluidas dentro del periodo barroco, en una época en que la forma de la Ciudad cambia más despacio que la mentalidad de sus habitantes."

Los aztecas pensaban que su Ciudad, la misma donde ahora estamos nosotros parados, era el ombligo del mundo. No estaban equivocados, luego de su largo peregrinar encontraron un valle prodigioso y en su centro un soberbio lago que por desgracia ha desaparecido. Independientemente de la historia de sangre y fuego que el país tiene, las sucesivas generaciones destruyeron pero al mismo tiempo supieron edificar, por ello el barón Humboldt dijo que era la Ciudad de los Palacios.

En esta hermosa plaza estuvo la casa de Cuauhtémoc y como algo extraño y desconcertante, aquí mismo fue edificada la de la Malinche. Estamos a unos cuantos metros de donde se erigió el prodigioso Templo Mayor, justo en sus orillas, donde los españoles, sin conmoverse ante las lágrimas de los vencidos, comenzaron a crear la Ciudad victoriosa. El centro de la plaza nos permite observar hacia todos los puntos cardinales y todos nos devuelven historia y hermosura, pese a la destrucción, ha podido ser salvada en sus valores y armonía. Si bien el centro es la iglesia de Santo Domingo, y destaca la presencia severa de la que fuera sede de la Santa Inquisición (sin duda el edificio más imponente), tétrico, lúgubre, tiene la parte amable que dan los evangelistas, los que desde hace años han sido

escribanos populares que redactan cartas de amor, misivas de afecto o cuestiones de apariencia jurídica para aquellos que no saben leer y escribir, invitaciones y folletería modesta. La ex Aduana oculta una entrada discreta, antes común, a la majestuosa Secretaría de Educación Pública, la obra maestra de José Vasconcelos. Allí tenemos un hermoso mural de David Alfaro Siqueiros, como preámbulo a toda la galería de murales de Diego Rivera que decoran a la SEP.

La Aduana fue un sitio importante en la economía de la Nueva España, era la entrada de las mercancías a la Ciudad, clave para el virreinato. La construyeron entre 1770 y 1780 con dos patios y dos portadas o fachadas. Hoy son oficinas de la SEP. Es sobrio y funcional y para mi encierra gratos recuerdos, pues albergó el sitio de trabajo de mi padre por muchos años, bajo las órdenes de don Celerino Cano, prestigiado educador.

La Santa Inquisición tiene, sin duda y por obvias razones, la historia más convulsa, fue sitio de dolor y pena. Creado en 1569 y concluido en 1571 por órdenes de Felipe II, rey de España, los tribunales se convirtieron en espanto de la población que comenzaba su lento tránsito hacia el catolicismo, una religión era abandonada por la de los vencedores. La fe católica se impuso con brutalidad y su más eficaz instrumento fuera lo largo de tres siglos, el tribunal del Santo Oficio, su historia concluye en 1820, cuando el país estaba a punto de consolidar su Independencia. Pero el daño hecho por la Inquisición fue tan atroz —explica un historiador— que la vergüenza del gobierno real de Fernando VII se manifestó al ordenar mediante un decreto del 22 de febrero de 1813, quitar, borrar o destruir todos los cuadros, pinturas e inscripciones en las iglesias, claustros y conventos, o en otro cualquier paraje público de la monarquía, en que estuvieran consignados los

castigos, ya que "estos medios con que se conserva la memoria de los castigos impuestos por la Inquisición, irrogan infamia a las familias de los que los sufrieron, y aun dan ocasión a que las personas del mismo apellido se vean expuestas a mala nota".

Vale la pena advertir que el lugar seleccionado para construir el edificio era un punto importante tanto en la vida azteca como en la hispana y con el tiempo resultó ser la zona donde se formó la nueva educación y cultura, nacieron los valores del México que hoy tenemos y por cuyas calles caminaron poetas, pintores, estudiantes de la primera universidad de la América Latina, narradores en busca de temas para sus novelas, músicos que preparaban obras de envergadura. En este vaivén de sueños y hazañas, estaba como eje la plaza de Santo Domingo, en el viejo centro histórico de la Ciudad de México.

Don Artemio de Valle Arizpe cuenta en sus amenas crónicas que estos terrenos pertenecían a los dominicos, quienes cedieron parte para edificar la Santa Inquisición. "El edificio, tal como lo hemos alcanzado —explica don Artemio— no presenta en su exterior cosa notable, si no es su ***esquina chata***, y su construcción de tezontle, que aunque sólido, le da un aspecto triste y sombrío." Pero si uno se adentra hay "una hermosa arquería a la que sostienen esbeltas columnas toscanas, y en la que llaman mucho la atención los arcos volados de los ángulos del primer piso, que en número de cuatro coinciden en un solo punto, sin nada que los soporte, lo que hace que parezcan sostener al aire, y por un prodigio de equilibrio, toda la parte superior de los corredores, con sus pilastras, arcos y vigas."

En 1823 en este local estuvo el célebre Servando Teresa de Mier prisionero por sus ideas avanzadas. Luego de la clausura definitiva de la Inquisición el 31 de mayo de 1820, hasta 1854, el edificio tuvo

diversos usos: fue establecida la Lotería, el Departamento de Cárceles, fue, asimismo, cuartel. Posteriormente, el inmueble sirvió de Cámara del Congreso General y en 1833 funcionó como Tribunal de Guerra y Marina. Posteriormente albergó al Palacio de Gobierno del recién fundado Estado de México; más tarde funcionó en él la Escuela Lancasteriana denominada "El Sol" y en 1841 el Seminario Conciliar y, por fin, Escuela de Medicina, cuyo primer director fue el doctor Francisco Ortega. Por instrucciones suyas, dice don Artemio de Valle Arizpe, "se levantó un tercer piso, procurando imitar el estilo arquitectónico de los primeros" y así podemos apreciarlo hoy.

En su interior reinó el dolor y la tragedia, el espanto, el miedo a la tortura sin límite para extraer confesiones. Era un lugar de calabozos y salas de interrogatorios, de instrumentos de tortura y sufrimiento. Dueño de misteriosos túneles y bóvedas o cuevas enigmáticas que sólo conocían los temibles inquisidores para ocultar sus aberraciones y los cuerpos de sus incontables víctimas. Como pasmosa contradicción la Universidad utilizó sus mismas mazmorras para convertirlas en aulas y formar médicos. Se transformó, pues en la Escuela de Medicina y allí estuvo por décadas hasta que fue creada la soberbia Ciudad Universitaria y comenzara el éxodo: del centro de la capital, la cultura se corrió hacia el sur, hacia el Pedregal creado por la erupción del Xitle, a un lado del Ajusco. En esos salones, los estudiantes de medicina también celebraban tertulias literarias, algunas de ellas fueron presididas por el atormentado poeta romántico Manuel Acuña.

La casa que ahora ocupan las oficinas de Coordinación Nacional de Literatura del INBA fue de don Andrés Quintana Roo y Leona Vicario, cuyo valor histórico es doble: por su belleza y por las luchas que allí se albergaron. Ella es la intensa participación de

la participación de la mujer en la guerra de Independencia. Hoy está reconstruida con dignidad y respeto.

La Iglesia de Santo Domingo, construida por los dominicos, ha sufrido modificaciones que no han sido graves. Su bóveda de cañón construida con tezontle, se sustenta en arcos de cantera y la fachada barroca tiene imágenes entrañables a los mexicanos: San Agustín y San Francisco de Asís en hornacinas bien conservadas. El bello altar mayor, terminado poco antes de la consumación de la Independencia, le es atribuido al arquitecto Manuel Tolsá, autor del llamado Caballito y del magnífico Palacio de Minería, conjunto que hoy forma otro maravilloso punto urbano que mantiene la dignidad de otros tiempos. Su inicio arranca en 1527 y conserva once capillas y el coro. La sillería es del siglo XVII.

Uno de los viajeros europeos que fijaron su atención en la iglesia de Santo Domingo fue el italiano Juan Francisco Gemelli Carrera, elogiado por Francisco Javier Clavijero, quien solía hacer amenas crónicas. Don Artemio de Valle Arizpe transcribe parte de su trabajo tomado de un libro ambicioso y hasta descomunal. El fragmento se titula "Cómo era el México de 1697" y describe un detalle apasionante: "En la iglesia de Santo Domingo se ve la capilla de un hijo del Emperador Moctezuma, y su sepulcro con la inscripción siguiente: ***Don Pedro Motezuma, Príncipe Heredero del Emperador Motezuma, y Señor de la mayor parte de la Nueva España.*** La iglesia es muy rica y el convento de tan grande extensión que caben ciento treinta religiosos en celdas muy cómodas. Uno de los descendientes de don Pedro era quien tenía entonces el empleo de virrey con el título de Conde Moctezuma."

Cuando comenzó la edificación del México colonial, en la Plaza de Santo Domingo, vivieron hombres ilustres y poderosos, hechos al amparo de la conquista. Estaban el platero Pedro Fuentes, el cirujano Diego Pedraza, el factor Juan Velásquez de Salazar y el conquistador Cristóbal de Oñate. Como antes advertimos y una placa así lo indica: está la casa donde vivió la muy famosa y mítica mujer doña Marina la Malinche, cuya mayor herencia es la de su nombre convertido en sinónimo de traidor. A principios del siglo XVII había una fuente que proveía de agua a los habitantes del lugar y una gran cruz de madera que cambió de sitio y finalmente desapareció. Más adelante fue quedándose sin figuras señeras y la poblaron personas populares, vendedores, comerciantes de toda clase. Yo la recuerdo alrededor de 1945, de nuevo cuidada y a salvo de intromisiones, llena de encanto, con sus famosos evangelistas, algunas discretas cantinas como la que solían frecuentar los estudiantes de Medicina, misteriosa, era una plaza muy hermosa. Por desgracia ha sufrido nuevas invasiones de mercaderes que impiden que el paseante o el turista aprecien toda su grandeza.

Por la Plaza de Santo Domingo ha pasado un sinnúmero de personajes principales, vale la pena conservar su hermosura para mostrar un magnífico ejemplo de la grandeza mexicana que primero Balbuena y luego Novo elogiaron. El sitio fue grandioso en la Gran Tenochtitlan, en la Nueva España sufrió profundas transformaciones que le dieron una belleza distinta, hoy es un símbolo de nuestra historia que ha sabido conservar su discreta elegancia, encanto y donosura, un ejemplo del barroco que en tierras mexicanas consiguió una interesante singularidad.

Que el siguiente paso sea la célebre Secretaría de Educación Pública, por ser el gran arranque del siglo XX y lo que significa para

la educación y la cultura de los mexicanos. Para mí fue un edificio fantástico, desde muy niño, acompañando a mi madre, Clemencia Fabila Hernández, una y otra vez recorrí sus pasillos mirando los frescos de Diego Rivera. Esos patios me permitieron conocer personalmente a don Jaime Torres Bodet, Agustín Yáñez, Rafael F. Muñoz y afianzar la relación con Rafael Solana y José Revueltas, quien me publicara un libro inicial, una pequeña biografía del humanista y científico, músico y filántropo, premio Nobel de la Paz en 1952 Albert Schweitzer, para tal institución. En ese mismo sitio, lleno de calles entrañables, en República de Brasil 46, murió el afamado Manuel Gutiérrez Nájera, cuentista prodigioso, el 3 de febrero de 1895; en Tacuba 2 vivió Ignacio Manuel Altamirano; el dramaturgo Rodolfo Usigli vivió largo tiempo en Isabel la Católica 30, lugar donde existe un raro mural de Manuel Rodríguez Lozano: ***El holocausto***; en Mina 93, casi esquina con Reforma vivió el poeta y dramaturgo Xavier Villaurrutia y en Isabel la Católica 97 nació el notable historiador y creador de instituciones memorables Daniel Cosío Villegas. Como si ello fuese poco, la enorme escritora sor Juana Inés de la Cruz estuvo por años en el convento de San Jerónimo en lo que hoy es Izazaga 92, Universidad del Claustro De Sor Juana.

La Secretaría de Educación Pública, fue creada el 12 de octubre de 1921, en el gobierno del general Álvaro Obregón, por José Vasconcelos. Fue por décadas el eje de nuestra cultura. Vale la pena reproducir aquel momento extraordinario y fragmentos del agudo y combativo discurso inaugural del titular. Eran tiempos afortunados para Vasconcelos, poco después, en 1929, intentaría llegar a la presidencia de México (¡un civil entre militares!) con trágicos resultados políticos para el país y con un golpe de fortuna: la autonomía de la Universidad… En la crónica de la inauguración del edificio de la SEP se precisa:

"Son las once horas del día nueve de julio, año 1922, la Orquesta Sinfónica Nacional entona la ***Marcha Heroica*** de Berlioz; en el acto se encuentran presentes: El presidente de la República general Álvaro Obregón; los secretarios de Relaciones Exteriores, general Alberto J. Pani; de Comunicaciones, general Amado Aguirre; el subsecretario de Relaciones Aarón Sáenz, el gobernador del Distrito Federal, Celestino Gasca. Presencian, también, el concierto, funcionarios de la Secretaría de Educación Pública: José Vasconcelos (titular de la cartera); Carlos M. Peralta (Oficial mayor), Francisco Figueroa (Subsecretario); Antonio Caso, rector de la Universidad Nacional. Se suman a la ceremonia todo el personal docente y administrativo del ramo, tres mil niños de las escuelas del Distrito Federal y mil de las escuelas del interior de la República."

El discurso de Vasconcelos fue memorable y original, lejos del lenguaje afectado de los políticos convencionales. Transcribiré fragmentos:

"La extensión del sitio (el terreno que ocuparía la futura dependencia educativa) era tentadora; todo el que miraba aquello debía pensar: '¿por qué no se hará aquí una gran casa, como las que hacían nuestros mayores en la época de Tolsá, en la época en que se sabía construir?' Y se reflexionaba enseguida en la ruindad de las construcciones llamadas modernas, en la arquitectura porfirista que angostó las puertas señoriales, que redujo el vasto corredor español a un pasillo con tubos de hierro, en vez de columnas, y lámina acanalada en lugar de arquería; todo ruin como la época.

"Y contrastando con todo esto veíamos los corredores de la antigua escuela de Jurisprudencia, y pensábamos: 'Poder construir ahora una obra así, con altos arcos y anchas galerías, para que por

ella discurran hombres; construir con amplitud, construir con solidez', y estos pensamientos de erigir una obra en piedra coincidían con los otros de construir una organización moral, vasta y compleja: La Secretaría Federal de Educación Pública; y unos y otros pensamientos se fueron combinando, y a medida que el proyecto de creación del Ministerio de Educación Pública cristalizaba en leyes y reformas constitucionales, el proyecto de este edificio también tomaba cuerpo rápidamente.

"En efecto, era necesario alojar la nueva Secretaría de Estado en alguna parte, y aunque los ricos de los barrios elegantes de la Ciudad, incitados por el afán de lucro, se apresuraron a ofrecer en venta sus casas, yo las hallé tan inútiles que para deshacerme de importunos dije una vez a un propietario introduciéndolo al aula mayor de la Universidad Nacional: 'Mire usted, su casa cabe en este salón; no nos sirve'.

"Así era, en verdad, puesto que nosotros necesitábamos salas muy amplias para discurrir libremente, y techos muy altos para que las ideas puedan expandirse sin estorbo. ¡Sólo las razas que no piensan ponen el techo a la altura de la cabeza!"

Más adelante, en la sui géneris pieza oratoria inaugural, Vasconcelos precisó parte del origen: "Y entonces, sin más estímulo que mi confianza en la Revolución, fui a ver al jefe del Ejército y le hablé de edificar un palacio y recibí la sorpresa de que le pareciera muy sencillo y viable el proyecto."

En otra parte, José Vasconcelos dice algo en verdad desconcertante si tomamos en cuenta que entre sus escuchas estaban todas las autoridades políticas del país: "Comenzaron los trabajos formales el 15 de junio de 1921 y se han concluido al año casi de comenzados, lo cual establece un verdadero ejemplo de rapidez en

un país tan amante del ocio, que no conforme con las innumerables fiestas religiosas y civiles tradicionales, todavía exige que cada partido que llega al poder invente fiestas y lutos que son pretextos para continuar la holganza."

El resto de su fascinante intervención, Vasconcelos la dedica a explicar las características y detalles del soberbio edificio y las intervenciones de grandes artistas como Roberto Montenegro, Adolfo Best, Diego Rivera, Ignacio Asúnsolo, Federico Méndez Rivas (ingeniero autor del monumental edificio) y Manuel Centurión, a cuyo cincel se deben las figuras de ornamentación.

Como si todo ello fuera poco, en la parte contigua al edificio principal de la SEP, en lo que fue la Garita de Santo Domingo, luego de un mural de Siqueiros, en el primer piso, estuvieron las oficinas donde sesionó la primera comisión del Libro de Texto Gratuito creada (en el periodo presidencial de Adolfo López Mateos), bajo la dirección de Martín Luis Guzmán, por René Avilés Rojas, Daniel Moreno y Adelina Zendejas. Ellos establecieron los lineamientos de la gran obra y produjeron los primeros volúmenes que han sido fundamentales en el desarrollo educativo del país. A eso de las dos de la tarde, aguardaba a mi padre para tomar una copa en alguna de las cantinas de la zona y me hablara de cómo iban los nuevos libros que harían, en efecto, gratuita la educación mexicana, tal como lo previera el artículo tercero constitucional.

En esos años, yo no era tan pequeño: tendría alrededor de dieciocho años. En cambio, mi único recuerdo sobre Vasconcelos, es borroso. Fui, muy niño, acompañando a mi papá, a visitarlo a una ruinosa oficina en la biblioteca de la Ciudadela. Yo hubiera preferido

quedarme afuera, a jugar entre los cañones que rodeaban la efigie de Morelos y me llamaban la atención. No recuerdo la conversación entre el enorme escritor y mi padre. Su figura se me antojaba descuidaba, avejentada, la de un hombre que fuera un gigante y que estaba en total decadencia, destruido por el Estado y así lo imaginé cuando leí el texto que luego seleccionó Gastón García Cantú en su antología ***El pensamiento de la reacción mexicana***, 1965: "La B-H", tomado de su libro ***En el ocaso de mi vida***, y que en nada refleja al intenso y poderoso narrador y pensador que fue. Lo otro era una simple firma puesta al calce de dos diplomas dedicados a mi abuelo paterno, un infatigable educador formado por Rébsamen y que jamás toleró el artículo tercero constitucional, al grado de escribir un libro ruidoso: ***Cómo el Estado embrutece al niño***. Asimismo, fue uno de los fundadores de lo que más adelante sería el sindicato de maestros y, según creo, un enemigo de Vasconcelos. Por desgracia, no sé mucho sobre esa intrigante figura familiar muerta cuando yo era pequeño.

Continuando nuestro recorrido llegamos al muy venerado Colegio de San Ildefonso, la Preparatoria para muchos más, para mí, por décadas, simplemente "La Prepa 1".

Qué no decir de la Escuela Nacional Preparatoria o San Ildefonso (por sus aulas pasaron docenas y docenas de artistas e intelectuales en cierne). Sus patios, ilustrados por Orozco y Fermín Revueltas (y algunos otros), sirvieron para gestar muchas tareas y hazañas intelectuales. Allí estudiaron Frida Kahlo y Alejandro Gómez Arias, jóvenes amantes, tal como se ve en el filme ***Frida*** de Salma Hayek. En 1968, el ejército mexicano, luego de derribar la añosa puerta principal, la ocupó durante varias semanas. Uno de los más importantes retratos de los mejores años de la Preparatoria es producto de la pluma de

Gómez Arias, integrante de Los Cachuchas, junto con Frida Kahlo, Manuel González Ramírez, Miguel N. Lira (un novelista tlaxcalteca poco recordado y muy apreciado por mí), Agustín Lira, Ángel Salas Bonilla, Ernestina Marín, Carmen Jaime, Alfonso Villa, Jesús Ríos Ibáñez y Valle, contemporáneos de una mujer que mucho aprecié y quise: Adelina Zendejas, también amiga cercana de Tima Modotti. Sus más distinguidos profesores eran Antonio Caso, Erasmo Castellanos Quinto y Ramón López Velarde. Páginas llenas de historias fabulosas y románticas, que cuentan la relación entre estudiantes inquietos y maestros distinguidos. Al respecto es posible leer en ***Memoria personal de un país*** de Alejandro Gómez Arias, capítulos intensos de una época inolvidable del viejo Centro de la Ciudad capital. En este libro, su autor precisa que fue Tina Modotti quien incorporó a Frida al Partido Comunista y no Diego como muchos suponen. No obstante, es el muralista quien la hace apasionarse por la causa. Gómez Arias explica: Con Diego, Frida "pasa todo el fervor partidista", no en vano es modelo de varios murales de Rivera, en los que ella aparece como una militante comunista o como una eterna diosa roja, severa, ya lejos de la mujer hermosa que posaba desnuda para la cámara de Edward Weston.

Esta zona, religiosa y escolar, era ya emblemática desde tiempos inmemorables: "Desde su llegada a la Nueva España en 1572, los jesuitas iniciaron la labor de evangelización hacia zonas distantes de la capital que aún no habían sido atendidas por otras órdenes; y se abocaron a iniciar la fundación de colegios, como piedra angular de la propaganda fide o propagación de fe. A fines del siglo XVI surgió el Colegio de San Ildefonso, con la finalidad de hospedar a los estudiantes del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo. Ese primer

inmueble fue inaugurado en 1588, durante el gobierno del virrey Álvaro Manrique de Zúñiga. La importancia histórica del Antiguo Colegio de San Ildefonso radica no sólo en los aspectos arquitectónicos y artísticos del edificio, sino que va a la par con la vida estudiantil del país. El edificio que se conserva hasta nuestros días; data de la primera mitad del siglo XVIII.

"Su construcción inició con el Colegio Chico (actualmente ocupado por la Filmoteca de la UNAM). El resto del conjunto arquitectónico consta de dos claustros, que corresponden al Colegio de Pasantes y al Colegio Grande. Sobre la calle de San Ildefonso se aprecian las portadas barrocas del Colegio Chico con una escultura de la Virgen del Rosario, y la del Colegio Grande, rematada por un relieve de San Ildefonso recibiendo la casulla de manos de la Virgen María. Tras la expulsión de los jesuitas en 1767, el edificio tuvo diversos usos: Cuartel del Regimiento de Flandes, sede temporal de la Escuela de Jurisprudencia y de algunas cátedras del Colegio de Medicina; así mismo, fue cuartel de las fuerzas invasoras norteamericanas y francesas. De real y más Antiguo Colegio de San Ildefonso pasó a denominarse Imperial bajo los gobiernos de Iturbide y Maximiliano, y Nacional, durante la Primera República."

Escuela Nacional Preparatoria

Vayamos por el principio, como debe ser: en 1857 en México, las principales instituciones de educación media y media superior como los Colegios mayores de San Pedro y San Pablo, y el de San Ildefonso, estaban en manos del Clero, en el cual prevalecía una instrucción de tipo dogmática y no había otras formas educativas que no fueran las católicas.

"Con el establecimiento de la República y la Institución de la nueva Constitución de 1857, —precisan documentos de la UNAM— el presidente Juárez, nombró Ministro de Justicia e Instrucción a Antonio Martínez de Castro, encomendándole la reestructuración de la enseñanza. Martínez de Castro designó al doctor Gabino Barreda para establecer las bases de la nueva.

"Gabino Barreda elaboró su proyecto educativo basándose en la corriente positivista del francés Auguste Comte, que anteponía el dogmatismo, el razonamiento y la experimentación. En este contexto, el 2 de diciembre de 1867, el presidente Juárez expidió la Ley Orgánica de Instrucción Pública en el Distrito Federal, en el cual se establecía la fundación de la Escuela Nacional Preparatoria; los estudios que se impartirían serían los correspondientes para poder ingresar a las Escuelas de Altos Estudios.

"El 17 de diciembre del mismo año, el presidente Juárez nombra al Dr. Gabino Barreda como primer director de la ENP.

"De esta forma, el antiguo Colegio de San Ildefonso recuperó su vocación educativa en virtud del decreto del presidente Benito Juárez que estableció la Escuela Nacional Preparatoria. El inmueble fue transformado gradualmente para dar cabida al positivismo pedagógico, con el lema Amor, orden y progreso.

"El edificio de San Ildefonso albergó durante casi seis décadas a la Escuela Nacional Preparatoria, hasta que en 1978 fue desocupado. En 1992, se tomó la decisión de remodelar el edificio, conjuntando para ello los esfuerzos de tres instituciones: La Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CNCA) y el Departamento del Distrito Federal (DDF). Con esta nueva vocación, se han presentado en este recinto importantes

exposiciones nacionales e internacionales. Es en sí, el Antiguo Colegio de San Ildefonso uno de los ejemplo más claros y valiosos de México."

A este lugar repleto de historia, que aparece en libros fundamentales, de prosa vigorosa y sonora, como ***El desastre*** de José Vasconcelos, yo solía acudir a buscar amigos y a ver los murales de Orozco y Fermín Revueltas, iba a la diminuta sala cinematográfica Fósforo y en El Generalito y en el auditorio Simón Bolívar escuchaba conferencias y sesiones musicales... En este último sitio, fue la ceremonia de entrega de diplomas cuando salí del bachillerato. En mi calidad de presidente de la Sociedad de Alumnos, primera generación, hablé por mis compañeros que egresaban. Hay una vieja foto, amarillenta, como es natural, en la que estamos los integrantes del presidium: Arturo Sotomayor, Pedro Vázquez Colmenares, Cuauhtémoc Cárdenas, el director de la preparatoria y yo. Es posible verla en mi página web.

Frente a San Ildefonso, se localiza en Justo Sierra 19 la Sociedad de Geografía y Estadística, otro recinto donde pasaron muchos mexicanos ilustres. Dicha organización fue creada por decreto presidencial el 28 de abril de 1833 y era el resultado de las fusiones de diversos organismos científicos y culturales. Allí destacaron Manuel Gómez Pedraza y Andrés Quintana Roo. Durante la intervención francesa y el imperio de Maximiliano fueron interrumpidos los trabajos de la sociedad. Se reanudaron en 1868 con el concurso de Ignacio Manuel Altamirano, Eligio Ancona, Gabino Barreda, Antonio García Cubas, Manuel Payno, Ignacio Ramírez, Leopoldo Río de la Loza, Francisco Pimentel, y Vicente Riva Palacio, entre muchos otros.

Conocí íntimamente a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística cuando en su sección de historia estaban al frente Eulalia Guzmán y mi padre. Me tocó presenciar los festejos de la

conmemoración de la intervención francesa y escuchar a los distintos ponentes. Doña Eulalia, como de costumbre, abrumaba con su erudición y su apasionada defensa de los valores prehispánicos. Todavía estaba fresca la polémica que produjo su descubrimiento de los restos de Cuauhtémoc. Del lado crítico, del que negaba el hallazgo, estaba el historiador Arturo Arnáiz y Freg, quien poco más adelante sería maestro mío en la UNAM. Otros dos personajes que conocí en ese sitio, fueron Ernesto de la Torre Villar (si no confundo las fechas, entonces director de la Biblioteca Nacional, situada en Uruguay e Isabel la Católica) y Francisco López Cámara, el primero historiador, muy cercano a mi padre, el segundo sociólogo, ambos asimismo maestros míos en la carrera. Ernesto de la Torre Villar, hombre de mucho talento y amplia generosidad (yo apenas había cumplido los veintiún años), solía invitarme a la Biblioteca y de allí íbamos a comer solomillo al Centro Vasco ubicado en 16 de Septiembre o al Casino Español, fundado en 1863 y cuyo actual edificio de hermosura palaciega lo construyeron en 1903 en la calle Bolívar, en un lugar privilegiado, cerca de la antigua ferretería Casa Boker, fundada en 1865 y de la casona señorial (1769) de los condes de San Mateo Valparaíso en donde se encuentran ahora parte de las colecciones de arte de la empresa bancaria Banamex. Cuando fue creado el orgulloso casino, explican sus directivos, la Ciudad de México tenía ciento cincuenta mil habitantes y la colonia española apenas mil doscientos. Está visto que siempre fuimos dominados por una afortunada minoría, gracias a ello hoy es posible comer la condimentada y magnífica cocina española. Ello me recuerda a otro intelectual ilustre, José Iturriaga: me invitaba a comer costillas de cordero acompañándolas con algún buen vino francés: era una delicia escucharlo hablar de sus experiencias y viajes, de sus libros. Y si de gratas comilonas y buena conversación se trata,

tengo algunas registradas en el Prendes con el republicano Alejandro Finisterre, hoy radicado en Madrid y entonces editor de bellísimos libros de poesía latinoamericana y una figura clave del exilio español.

Desde la Sociedad de Geografía y Estadística me tocó ver una pugna intelectual: la relacionada con el libro de Oscar Lewis, ***Los hijos de Sánchez***. La obra fue publicada originalmente por el Fondo de Cultura Económica dirigido por Arnaldo Orfila Reynal y produjo de inmediato el malestar de la burocracia política. El gobierno se molestó no sólo con la investigación antropológica sino también porque el mismo Fondo de Cultura había editado ***Escucha, yanqui***, de Wrigth Mills. Al primero lo acusaban de denigrar a los mexicanos y al segundo de ponerse del lado de los comunistas. Ambos libros le costaron a Orfila la salida del Fondo para enseguida, reaccionando con dignidad, fundar la editorial Siglo XXI. ***Los hijos de Sánchez*** provocó una discusión curiosa: algunos la acusaron de ser una obra llena de "malas palabras", grosera y vulgar, como sus personajes: una familia de Tepito, y que, en consecuencia, ofendía a los mexicanos. Otros, como Fernando Benítez y Armando Jiménez, el autor del libro mexicano más vendido, ***Picardía mexicana***, la defendieron airadamente. Mi padre intervino en la polémica con un folleto que tituló ***El mexicano y la coprolalia*** (que, según me dijo, estuvo a punto de ser ilustrado por su querido amigo el artista plástico Jesús Álvarez Amaya del histórico Taller de Gráfica Popular), editado por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Si mal no recuerdo seguía el tono humorístico de Jiménez, hombre de divertida y amena conversación y conocedor de cantinas, billares, bares, tugurios y salones de baile como nadie y a quien mucho apreciaba.

Por desgracia, sabemos que ahora la portentosa biblioteca de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, patrimonio de los

mexicanos, ha sido saqueada: de un acervo de más de 340 mil valiosos volúmenes y mapas de gran mérito, ha disminuido sensiblemente por las malas manos que han heredado tan insigne institución. La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística —primera de América y la tercera o cuarta del mundo, según donde se tome el dato, calificada como benemérita— surgió al inicio de la vida independiente de México, en el marco de la primera Reforma Liberal. Es, pues, la de mayor antigüedad en el continente.

Sus documentos oficiales nos dicen lo siguiente: "Fue bajo la presidencia de Valentín Gómez Farías que el 18 de abril de 1833, con el fin de profundizar en el conocimiento del territorio y de la población que constituía al nuevo Estado, se creó el Instituto de Geografía y Estadística, pero éste no fue establecido sino hasta el 26 de enero de 1835, a instancias de Joaquín Gutiérrez de Estrada, ministro de Relaciones Interiores y Exteriores durante la entonces presidencia de Santa Anna.

"Por ella pasaron los hombres de los más diversos signos ideológicos, contrincantes en el ámbito político, pero unidos en su afán por consolidar a México como Estado independiente, fuerte y soberano, a través del conocimiento. Entre sus primeros socios numerarios figuraron: José Gómez de la Cortina (presidente), Manuel Gómez Pedraza, Andrés Quintana Roo, Joaquín Velázquez de León, Manuel Ortiz de la Torre y Juan Nepomuceno Almonte. Tuvo también socios honorarios extranjeros y corresponsales, como Federico Humboldt en Alemania.

"En 1839, siendo ministro de Guerra y Marina Juan N. Almonte, durante la presidencia de Anastasio Bustamante, fue creada la Comisión Estadística Militar facultada para obtener datos a fin de publicar la estadística y carta general de la República. En 1846, el presidente José

Mariano Salas decretó que la Comisión subsistiera hasta incorporar en la carta general las particularidades de los estados de la Federación así como elaborar el diccionario geográfico y la estadística nacional. En 1849 Gómez de la Cortina, Santiago Blanco y Ramón Pacheco propusieron que la Comisión se convirtiera en Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y el 28 de abril de 1851 el presidente Arista así lo decretó, a partir de la integración de la Comisión y del Instituto.

La Sociedad nunca desapareció, ni siquiera durante la intervención francesa, pues el invasor fue respetuoso con la cultura y el mariscal Bazaine propuso organizar una comisión científica, artística y literaria. El 10 de abril de 1865 el emperador Maximiliano estableció la Academia Imperial de Ciencias y Literatura. Luego de la restauración de la República, el 26 de marzo de 1868 el presidente Juárez, quien había sido corresponsal en Oaxaca de la Sociedad, dispuso su reorganización, quedando entonces integrada por Ignacio M. Altamirano, Eligio Ancona, Gabino Barreda, Gabino Bustamante, Ignacio Durán, Antonio García Cubas, Alfonso Herrera, José María Lafragua, Aniceto Ortega, Luis G. Ortiz, Manuel Payno, Manuel Peredo, Ignacio Ramírez, Leopoldo Río de la Loza y Vicente Riva Palacio, entre otros.

La lista de sus presidentes es también parte de la historia patria, citaré a un puñado de sus miembros, además de los ya citados, grandes mexicanos todos: José María Justo Gómez de la Cortina, Juan Nepomuceno Almonte, Miguel Lerdo de Tejada, Manuel Orozco y Berra, Joaquín C. Casasús, Alfonso Pruneda, Pastor Rouaix, Enrique C. Creel, Agustín Aragón, Juan de Dios Bojórquez, Ignacio León de la Barra, Jesús Galindo y Villa, Fernando Ocaranza, Jesús Silva Herzog, Emilio Portes Gil (ex presidente de México al que Juan José Arreola y yo

vistamos varias veces: era un hombre que sabía mucho de literatura) e Isidro Fabela.

Antes de obtener una sede permanente, en el número 19 de Justo Sierra, edificio otorgado en usufructo a la SMGE, junto con la Academia Nacional de Ciencias Antonio Alzate, estuvo alojada en los salones de la Secretaría de Guerra y Marina de Palacio Nacional, en el Hospital de Terceros, en el antiguo edificio de El Volador

Sus secciones de estudio son geografía, estadística, historia, economía, sociología, pedagogía, derecho, semántica, urbanismo, agrología, geociencia, arte, periodismo, planeación, demografía y bibliografía.

Finalmente, vale la pena señalar que en sus mejores tiempos publicaba un boletín de mucha importancia para la historia nacional, ahora en manos de coleccionistas y en librerías de viejo.

Cerca de la Sociedad de Geografía y Estadística, se encuentra el edificio majestuoso que alberga al Colegio Nacional, otro sitio por donde desfilaron la mayor parte de nuestros más famosos intelectuales y científicos.

El Colegio Nacional, en la calle de Luis González Obregón, fue creado por decreto presidencial el 8 de abril de 1943. Su objetivo es promover los grandes valores de la ciencia y la cultura. Sus primeros miembros fueron designados por el gobierno. Los restantes lo son por el cuerpo colegiado. Las figuras iniciales eran Mariano Azuela, Carlos Chávez, Antonio y Alfonso Caso, Ezequiel A. Chávez, Enrique González Martínez, Isaac Ochoterena, Ezequiel Ordoñez, José Clemente Orozco, Alfonso Reyes, Diego Rivera, Manuel Sandoval Vallarta, Manuel Uribe Troncoso, José Vasconcelos.

Más adelante ingresaron los siguientes literatos: Silvio Zavala, 1947, Antonio Castro Leal, 1948, Agustín Yáñez, 1952, Jaime Torres Bodet, 1953, Octavio Paz, 1967, Rubén Bonifaz Nuño, 1972, Carlos Fuentes, 1972, Jaime García Terrés, 1975, Salvador Elizondo, 1981, Antonio Alatorre, 1981, Gabriel Zaid, 1984 y José Emilio Pacheco, 1986.

Acompañando a mi padre, saludé a don Jaime Torres Bodet en los patios de El Colegio Nacional, cuando el poeta dictaba una conferencia sobre Balzac. Lo saludé emocionado y él me preguntó qué estudiaría. Sin pensarlo, repuse diplomacia. Curiosamente estudié Relaciones Internacionales, hecho que he ocultado no sé por qué. En vano leí sobre materias que nunca llevé a la práctica a pesar de las insistencias de Henrique González Casanova y, sobre todo, de Modesto Seara Vázquez, quizá por mi lejanía con el poder. Yo sí me he tomado en serio aquella conseja no cumplida de Octavio Paz, de mantener las distancias con el príncipe.

Me parece indispensable añadir que esa calle maravillosa toma su nombre del historiador Luis González Obregón, quien murió en el número 9. Para don Artemio era "afable y muy sapiente", también "ameno archivo que caminaba". Fue, como don Artemio de Valle Arizpe y Salvador Novo, un enamorado de la Ciudad de México y en consecuencia un cronista de sus historias y leyendas, de sus hechos y personajes. Al morir, había escrito docenas de libros sobre su amada capital. El más bello retrato de sus últimos momentos lo escribió justamente don Artemio: "Don Luis González Obregón era uno de esos hombres con quienes desde el primer momento se siente uno ligado para siempre; su cordialidad hacía que acercándonos a él por primera vez, tuviéramos la exacta sensación de conocerlo desde hace muchos años. Estuvo siempre surto en su centro vital: la bondad y

la comprensión. Las enfermedades lo fueron cercando poco a poco. Era un ancianito pálido, frágil, tan leve, tan delicado, que creeríase que un soplo de viento, aún el más ligero, se lo iría a llevar. Era como una lamparita que se iba consumiendo. Tantos achaques continuos lo pudieron en el último peligro de la vida. Tornaba a la salud y pronto volvía a luchar con nuevos males. No podía pasar adelante con tanta carga. Por fin la muerte le salió al paso la tarde del 19 de junio de 1938."

Mi relación con el Centro, con los hermosos barrios, en palabras de Louis Aragon, es infinita. En 1960, luego de una accidentada y larga enseñanza secundaria que fue de la número 1 en Regina, a la número 6 situada en 5 de Febrero pasando por otras cuatro o cinco, me inscribí en la Escuela Nacional Preparatoria. Me asignaron, por mediación del popular porrista universitario Luis Rodríguez, Palillo, el plantel 1, pero casi enseguida fui enviado a uno de reciente creación, el número 7, en la esquina de Guatemala y Licenciado Verdad, a media calle de Palacio Nacional, del entonces Museo de Antropología y a un costado de la hermosa Catedral Metropolitana. Quedaba en un punto estratégico, entre dos extremos cercanos: la Academia de San Carlos y San Ildefonso y Medicina, que fuera la aterradora Santa Inquisición. El hermoso edificio que la UNAM le cedía a la preparatoria número 7, tenía leyendas (nos decían que estuvo Sor Juana Inés de la Cruz por un breve periodo) y un soberbio salón de actos llamado Paraninfo, una versión modesta de El Generalito de la Preparatoria 1 o, si se quiere, del auditorio Simón Bolívar, cuya parte frontal tiene un prodigioso mural de Diego Rivera, fue ocupado por Odontología y por la Prepa 2. En ese edificio me formé como político estudiantil y me afilié a la Juventud Comunista y con José Agustín y otros menos afortunados me hice escritor de literatura. De alguna forma, el llamado movimiento

calificado como La Onda por Margo Glantz, nace en esas aulas, más precisamente, entre esas aulas céntricas y Narvarte. Recuerdo que allí leí dos novelas de José Agustín, el que en esa época aún era Ramírez Gómez y yo le decía, como ahora, Agustín: ***La tumba*** y ***De perfil***. Hasta esa escuela preparatoriana llegaban jóvenes escritores y había una vida cultural intensa. Conocí a Carlos Monsiváis, con quien los miembros de mi generación jamás logramos entendernos (Agustín le escribió una broma rimada, cito de memoria un fragmento: "Monsiváis, a dónde vais ni lo sabéis ni lo buscáis"), y tuvimos destacados profesores como Uberto Zanolli, Alberto Híjar, Arturo Sotomayor, José Castillo Farrera (quien evolucionó de una postura neokantiana al marxismo) y Salvador Azuela, hermano de Arturo. Las lecturas eran fantásticas y revolucionarias, nos conmovían, destaco una: ***Lolita*** de Vladimir Nabokov, publicada en 1955 y traducida por la Sur, Buenos Aires, en 1959, circuló, por último, entre nosotros en 1960. En el patio principal, mi maestro de Lógica, Eduardo Perera, mencionó dos autores que serían para mí fundamentales: Franz Kafka y Jorge Luis Borges, y otro, Ramón Vargas, que daba Estética, me enseñó a escuchar la música y a separar la vida privada del autor de la obra. Sensible y preocupado por sus alumnos, José Castillo Farrera, solicitó que escribiéramos cada uno un trabajo sobre ética. Yo seleccioné ética y literatura y puse como ejemplo la novela de D. H. Lawrence ***El amante de lady Chatterly***. Mi asombro fue mayúsculo cuando el profesor lo seleccionó para ser publicado en una revista, mejor dicho un boletín bibliográfico, de la Librería Herrero hermanos que estaba en 5 de Mayo. Digamos que fue mi arranque formal. Como si ello fuera poca cosa, allí conocí a una hermosa e inteligente jovencita, Rosario Casco Montoya, de quien me hice novio y más adelante esposo.

Pronto iniciaría la música de Bob Dylan, los Beatles y los Rolling Stones, era el momento de hacer de lado a Elvis Presley y a otros roqueros iniciales. Comenzaba lo que muchos han llamado la década prodigiosa, famosa no sólo por su rock combativo, no comercial, sino por las grandes protestas sociales de los jóvenes a escala mundial y yo comenzaría a asistir a la entonces Escuela de Ciencias Políticas y Sociales, donde fui alumno por cinco años y luego me convertí en maestro universitario.

Cuando yo estudiaba en ese plantel, el director general de Preparatorias era Raúl Pous Ortiz. Durante la invasión a Cuba, en Bahía de Cochinos, salimos a las calles a protestar, la represión fue inmediata: el gobierno jugaba dos cartas: de un lado decía apoyar a la naciente Revolución Cubana, siguiendo los principios mexicanos de no intervención y autodeterminación de los pueblos, mientras que por el otro, reprimía a quienes mostrábamos abierta y decididamente solidaridad por aquel movimiento encabezado por Fidel Castro y Ernesto Guevara. Pous Ortiz, cuando cerré la Prepa 7 como protesta, ordenó mi expulsión por una semana y, como si eso fuera poco, llamó a mi mamá y delante de ella me regañó: No son los métodos para defender una causa, dijo en voz alta. Enseguida recordó sus batallas juveniles y añadió: Yo estuve en las jornadas vasconcelistas del 29, estoy citado por Roberto Blanco Moheno. Mi madre sonrió con benevolencia: nunca le gustó tal periodista. Hoy, el bello edificio universitario ha sido remozado, sus pisos originales puestos al descubierto y convertido en Palacio de la Autonomía.

A un lado de la Prepa 7 o Palacio de la autonomía, se encuentra Palacio Nacional —edificado sobre parte del Templo Mayor azteca— que era para mí un enigma; su tamaño descomunal y sus cientos

de oficinas me causaban asombro. Era además el punto clave de la política nacional (allí trabajaba el presidente de México, antes de utilizar Los Pinos, creación del general Lázaro Cárdenas) como residencia y oficina, según la usanza norteamericana y con la Casa Blanca como modelo. Al mandatario en turno se le veía ir y venir, entrar y salir, diariamente. De todos los sitios de Palacio Nacional, y aparte de los frescos de Rivera, me fascinaba visitar a Benito Juárez, iba al sitio llamado el Recinto de Juárez y me conmovía la severidad con la que vivía y los atroces sufrimientos que padeció en sus últimos momentos, narrados de manera magistral por uno de sus mejores biógrafos: Héctor Pérez Martínez (muerto prematuramente en pleno ascenso político y literario, padre de mi querida amiga Silvia Molina) en ***Juárez el impasible***. Como algo curioso, en esas épocas: los intelectuales estaban del lado del poder. Todavía se sentían los aires revolucionarios y el Estado dirigía la vida del país. No era raro que un mandatario, López Mateos, por ejemplo, tuviera a su lado a personajes como Gastón García Cantú, Henrique González Casanova, Edmundo Valadés y Juan José Arreola. Pero la relación entre intelectuales y poder es cambiante y muy riesgosa. Es en 1968 que los intelectuales rompen con el poder político (como de otra manera lo hicieron en 1929 en apoyo a Vasconcelos) y dejan para siempre (eso al menos suponemos) tanto Palacio Nacional como Los Pinos. Se destruyó la frágil y a veces sutil complicidad entre unos y otros. En lo sucesivo estarían, al menos los más avanzados, frente al poder y al servicio de la sociedad pero de un modo vago, extraño.

El Zócalo ha sido tradicionalmente parte de la cultura política nacional, pero sus profundos hechos han dejado huella en la literatura. Un ejemplo trágico. Allí murió el padre de Alfonso Reyes, el general

porfirista Bernardo Reyes, en la Decena trágica en un intento de golpe de Estado y no exento de dramatismo, sobre todo cuando a caballo, el viejo militar, formado en las luchas liberales, desenfunda la pistola y le responde a su hijo Rodolfo que le advierte que lo van a matar las dos hileras de soldados leales a Madero que defienden Palacio Nacional: "Sí, pero no por la espalda". Años más tarde don Alfonso Reyes escribiría una plegaria, "Oración del 9 de febrero" que sólo se publicó en 1963, cuatro años después de su muerte. Asimismo su texto ***Ifigenia cruel*** ha quedado ligado a esa muerte que evidentemente mucho le afectó.

Como ya lo mencioné, no era extraño que en el pasado, los artistas e intelectuales estuvieran cerca del poder, más aún, que trabajaran dentro del Estado. La UNAM, por ejemplo, parte del Estado, ha sido siempre una gran productora de escritores y personas de alto nivel. No sólo produjo cuadros dirigentes, estimuló a los ya existentes. Por la SEP pasaron infinidad de ellos, lo que permitió una buena relación entre el príncipe y el poeta, para decirlo con la terminología de Octavio Paz, quien dicho sea de paso, trabajó al servicio de Relaciones Exteriores, designado por el Poder Ejecutivo embajador, dentro de una larga tradición de intelectuales diplomáticos, en la que Amado Nervo, Efrén Rebolledo, Enrique González Martínez, Octavio G. Barreda, Manuel Maples Arce, Federico Gamboa, Alfonso Reyes, José Gorostiza y el propio Paz fueron grandes personajes, figuras titánicas, que le dieron un brillo peculiar a la diplomacia mexicana, en esos tiempos distantes, algo que prestigiaba a México enormemente y que hoy sencillamente no existe. En sus oficinas estuvieron muchísimas figuras de las letras. Esta suerte de buen maridaje concluyó abruptamente en 1968. Si antes José Revueltas trabajó en la SEP, ahora estaba junto a los

huelguistas y enfrente del Estado. En este mismo lugar, en el Zócalo, de cara ante Palacio Nacional, él y muchos otros artistas lo encararon. La respuesta fue brutal y Revueltas fue a parar nuevamente a la cárcel, ahora a Lecumberri, donde ya había estado seis años el legendario artista plástico y militante comunista David Alfaro Siqueiros. Ha trascendido que Agustín Yáñez, entonces titular de la SEP, preocupado por el curso de la situación represiva, quiso renunciar al cargo, pero aquellos eran tiempos de subordinación al poder Ejecutivo, al señor presidente, y no lo consiguió.

No obstante, el movimiento del 68 daría margen para que muchos escritores trataran la lucha, épica para algunos. En esa literatura destacaron dos escenarios: el Zócalo, fin de las grandes manifestaciones, algunas alegremente ruidosas y otras desconcertantes como la del silencio y la Plaza de las Tres Culturas, con la masacre de Tlatelolco. La lista de libros sobre esta violenta ruptura entre el mundo intelectual y el poder es larga, destacan los libros de Luis González de Alba, Gonzalo Martré, Elena Poniatowska, Carlos Monsiváis y René Avilés Fabila. De alguna manera se pueden entroncar, con la modestia del caso, con la novela de la Revolución Mexicana. Cuando el movimiento estudiantil arrancaba, estuve en la plancha del Zócalo, sentado en el piso, con José Revueltas, no lejos estaba mi padre, escuchando las severas críticas al poder. Pocos días después, Pepe se incorporaría a la lucha y la enriquecería con su enorme bagaje cultural y político, con su honestidad a toda prueba y con su amor por la revolución.

Como paradoja, Carlos Salinas congregó en el primer año de su mandato, a todos los artistas e intelectuales en los patios de Palacio Nacional, para anunciar que crearía el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, un paso adelante en el desarrollo cultural de México, en el que Octavio Paz tuvo mucho que ver. Recuerdo toda esa mañana en

Palacio con Juan José Arreola: alardeando mi buena memoria con sus cuentos perfectos y de excepcional hermosura.

Hoy el inmenso Palacio Nacional, lleno de historia, asfixiado por ambulantes y protestas políticas y sociales, pintarrajeado por manos inescrupulosas, desestimado por los políticos y escasamente valorado por los capitalinos, espera su futuro. Algunos dicen que será el de un museo, otros vaticinan que recuperará su grandeza política al ser habitado, como en la época de Benito Juárez, por el presidente de la República. Por lo pronto, cuando escribo estas líneas, toda la importancia radica en Los Pinos. El tiempo la ha convertido, al modo norteamericano, en casa y oficinas.

A un costado de El Palacio Nacional, en la calle de Moneda, estaba el Museo de Antropología y uno comenzaba a deslumbrarse desde la entrada, donde de modo muy visible descansaba el Calendario Azteca y la supuesta piedra de los sacrificios, en sus pasillos y salas podía admirar restos de culturas prodigiosas que murieron súbitamente. Poco más allá brillaba San Carlos repleto de sueños de artistas plásticos que en unos cuajaron plenamente y en otros se desvanecieron. En la esquina de Moneda y Licenciado Verdad estuvo la casona que albergó en 1536 a la primera imprenta de América, producto del talento de Juan Pablos y Esteban Martín. Ahora, dignamente restaurada, pertenece a la UAM y es utilizada para que sus investigadores y docentes intercambien información o lleven a cabo pláticas y conferencias. Ah, y a media calle sobre Moneda, está la antigua cantina El Nivel, donde muchos estudiantes, académicos e intelectuales y escritores hemos hechos paradas obligatorias.

Otra zona importante de nuestro recorrido nostálgico lo constituyen los alrededores del Palacio de las Bellas Artes, que a un lado tiene el hermoso edificio estilo veneciano de Correos (1902-1907,

obra del italiano Adamo Boari), ha sido el mayor escenario cultural y artístico del país. En mejores tiempos tenía a un lado, justo en el arranque de la Alameda, la Pérgola y allí una librería propiedad del español Rafael Giménez Siles, socio de Martín Luis Guzmán y un restaurante encantador. El monumento a Beethoven es una obra rara en México que por lo regular sólo exalta a sus propias figuras; otras dos de este tipo están en lo que fuera la antigua Biblioteca Nacional, perteneciente a la UNAM, que en la esquina tiene a Alexander Von Humboldt y el modestísimo (y feo) busto de Federico García Lorca ubicado en la pequeña calle del mismo nombre, en la sencilla pared del antiguo templo de Corpus Christi, del siglo XVIII, frente al Hemiciclo a Benito Juárez. Vale la pena señalar que entre las muchas esculturas de la Alameda, estaba, no lejos del hermoso Hemiciclo realizado por el gobierno de Porfirio Díaz, y a unos metros del desnudo ***Desespoire***, la más famosa, ***Malgré tout*** de Jesús Contreras, quien la hizo, a causa de un desafortunado accidente, sólo con el brazo izquierdo, hoy, para evitar la barbarie, su lugar lo ocupan copias. En las bancas de esa Alameda entonces llena de árboles y fuentes, solía descansar una pintora, la hermosa y llena de talento Nahui Ollín, Carmen Mondragón, quien viviera en 5 de Febrero 18, casi esquina con República de Uruguay. Poco a poco enloquecía, lejos del Dr. Atl y enamorada del capitán Eugenio Agacino (sobre ella existe un libro notable de Adriana Malvado: ***Nahui Ollín: la mujer del sol***). Abajo, hacia el Zócalo, por 5 de Mayo y Filomeno Mata, el Café París era muy visitado por escritores, no olvidaré que lo frecuentaba Carlos Pellicer. Alguna vez saludé a mi tío abuelo, el antropólogo y escritor Alfonso Fabila, autor de enormes estudios sobre los pueblos indígenas, llamado el Apóstol del Indio por el crítico de arte Antonio Rodríguez, cuando conversaba con un

hombre ya viejo, de aspecto gentil: Es don Manuel Gamio, me dijo mi tío al presentármelo alrededor de 1958. De ese mismo sitio, Luis Herrera de la Fuente hace, nostálgico, un recuerdo en su libro ***Un testimonio de la cultura del siglo XX***: "Hubo dos cafés a los que fui: París, en 5 de mayo, y Madrid, que desapareció hace muchos años, en Artículo 123. Allí, en el Café Madrid, oía hablar todos los días a Elí de Gortari, porque hablaba con una voz muy contundente; hablaba mucho de Hegel… pronunciaba con sonoridad: 'HEEGEEL'. Cuando llegaron los españoles, los inmigrantes españoles de la República, por lo menos cincuenta o sesenta de ellos estaban en ese café, o en Sorrento. Oía uno hablar a León Felipe, sentado en la mesa contigua. Pero frecuenté mucho una mesa en el Café París, donde se reunían Ermilo Abreu Gómez, Rubén Salazar Mallén, Jerónimo Baqueiro Foster, que era crítico de música, un grabador muy dulce, muy bueno, una persona blanca, Abelardo Ávila, de la Escuela Mexicana de Grabado… Luego, Carlos Pellicer, mi maestro de historia del arte. Con él hablamos también muchísimo, un pequeño grupo de alumnos; se habló de México, fue una relación intelectual que tuvo mucha influencia en nuestro grupo de muchachos." El Café París fue citado como ejemplo de belleza y buen gusto por el periodista Ricardo Cortés Tamayo en una nota, "La taberna", publicada en ***El Día*** de Enrique Ramírez y Ramírez. Para mayor precisión, fue en una columna memorable, "Del Zócalo al Periférico", mezcla sutil y anticipada de periodismo y literatura, pequeñas crónicas urbanas. La única vez que pude ver al filósofo Samuel Ramos con su esposa, más adelante amiga mía, la novelista y poeta Adela Palacios, autora de libros como ***Adrián Rubí*** y ***Tangente***, fue en ese sitio, alrededor de 1957. Con Ramos, muchos pensadores mantienen deudas impagables, por ejemplo, Octavio Paz.

El perfil del hombre y la cultura en México lo coloca como el primer gran intento de explicar lo mexicano.

Tengo la impresión de que no hubo artista o intelectual mexicano de esos años que no visitase el afamado Café París. La lista es interminable, diría que infinita.

Hoy, cercano a ese sitio desaparecido, está en el número 8 de Filomeno Mata el Club de Periodistas (inaugurado por Adolfo López Mateos en 1962) y en la esquina, la antigua cantina La Ópera, lugar en donde bebieron las más distinguidas personalidades del mundo literario mexicano y, en donde afirman los meseros, hay en el techo una bala disparada por Francisco Villa, sin duda una broma o tomadura de pelo que atrae a turistas pobres por cientos. Recuerdo fotografías donde posaban Carlos Fuentes, Fernando Benítez, José Luis Cuevas y otros más. Fue asimismo escenario de una gran fiesta que Carlos Fuentes le dio al novelista norteamericano William Styron cuya novela ***La larga marcha***, acababa de ser publicada en México por Joaquín Mortiz. Hasta hace poco, el poeta Alí Chumacero ahí se reunía con alumnos y amigos como Carlos Montemayor, Bernardo Ruiz y Marco Antonio Campos. En La Ópera consolidé mi amistad con Arturo Azuela y Raymundo Ramos con quienes compartía el periodismo en ***El Día***, diario situado en Insurgentes, cerca del Paseo de la Reforma, recién formado por Enrique Ramírez y Ramírez, en donde ya colaboraban los talentosos jóvenes María Luisa Mendoza, Alberto Beltrán, Edmundo Domínguez Aragonés, Arturo Azuela, Raymundo Ramos, Arturo Cantú, Miguel Donoso Pareja y José Agustín. En esa cantina, por último, hice largo tiempo amable tertulia con el escritor peruano Manuel Mejía Valera (quien por fortuna me hizo conocer a Jorge López Páez) y con el poeta tabasqueño Dionicio Morales. Debo añadir algo más sobre

Donoso Pareja: ecuatoriano como mi querido Demetrio Aguilera Malta, vivió entre nosotros largos años: su trabajo es imposible de olvidar. Creó por todo el país talleres de narrativa y poesía, organizó conferencias y ciclos de literatura, promovió premios que son vigentes. Radica de nuevo en su natal Guayaquil. Y si de extranjeros hablamos, imposible dejar de citar a D. H. Lawrence, el novelista inglés (uno de mis favoritos, gracias a ***El amante de Lady Chatterley***), que se enamoró de México tanto o más que Malcom Lowry o alguno de los miembros de la generación beat, quien se hospedó en República de Uruguay 69 en el Hotel Montecarlo, en los años veinte, del mismo modo que el celebérrimo José Martí vivió en una casona en San Ildefonso 40, hoy remozada gracias a ser la representación del estado de Tlaxcala. Hasta ese lugar llevé a mi novia a mostrarle la placa que indicaba tal hecho. Antes le había regalado un pequeño poema que Martí le hizo, como Manuel Acuña, a Rosario de la Peña, quien fuera la famosísima musa de tantos poetas de la segunda mitad del siglo XIX. El asunto es que mi novia, hoy mi esposa, como lo he mencionado, se llama Rosario, por tal razón memoricé el famoso ***Nocturno*** de Acuña y supe muy pronto que había vivido en el edificio de la Escuela de Medicina, frente a la Plaza de Santo Domingo y allí mismo se había suicidado, fiel a su romanticismo.

Otra escuela de periodismo para mi generación, fue el suplemento cultural de ***El Nacional*** (cuyo edificio estaba atrás de la Lotería Nacional), en el que mucho aprendimos, fue la ***Revista Mexicana de Cultura***: junto con Manuel Blanco y Humberto Musacchio, bajo las órdenes ejemplares del inmenso poeta español, comunista por añadidura, Juan Rejano.

Y ahora, si de restaurantes hablamos, muy en el estilo de Salvador Novo, habrá que citar al Prendes, de grato menú y magnífica

carta de vinos, por cuyas salas, decoradas, entre otros por el Dr. Atl, comieron y bebieron todas las celebridades culturales y artísticas de México: recuerdo a Fernando Benítez, al estupendo poeta y periodista Renato Leduc, quien apoyó la creación del suplemento cultural ***El Búho***, mis admiradas amigas Pita Amor y Lola Olmedo, Luis Spota, María Félix y el marido en turno, Carlos Fuentes, José Luis Cuevas... Estaba en 16 de septiembre casi llegando a San Juan de Letrán, pegado al pasaje Savoy y enfrente del cine Olimpia. Un buen recuerdo personal de ese restaurante fue la reunión citada por el subsecretario de Cultura, Martín Reyes Vaysade, con el objeto de organizar el traslado del mural de Diego Rivera del destruido Hotel del Prado a un local especialmente construido a un lado del espacio que ocupara el Hotel Regis. Algunos de los que nos encontramos allí fuimos Martín, Javier Barros Valero, director del INBA, Rafael Tovar y de Teresa y yo como representante de la parte cultural del entonces Departamento del Distrito Federal.

En esas calles entrañables, en Madero, cerca de Motolinía, para ser preciso, estuvo una empresa de artículos fotográficos llamada Calpini, allí íbamos de niños a alquilar películas de Chaplin, El Gordo y el Flaco, Flash Gordon que veíamos todos los niños de mi calle. Estaba antes del hotel Ritz. Y ya que mencioné la amplia avenida San Juan de Letrán, en mis años de preparatoria circulaba una leyenda que no pude comprobar: cuando el Che Guevara llegó a México, antes de vincularse con Fidel Castro, se vio obligado a convertirse en fotógrafo para sobrevivir. Fotógrafo ambulante. Al escucharla, imaginaba de inmediato a esos hombres que te atrapaban con instantáneas, te entregaban un papel y con éste, si te interesaba, ibas a unas oficinas ajustadas, en esa misma calle, a recogerla por una suma modesta. Mi

mamá y yo conservamos docenas de esas fotos. ¿Alguna fue tomada por el guerrillero? Me gustaba pararme en la entrada del Palacio de Bellas Artes y desde allí contemplar el paisaje urbano. Era estupendo. Los edificios ya mencionados contrastaban con la severidad y elegancia del Guardiola, la Nacional, empresa aseguradora, la Torre Latinoamericana, la amplia avenida que en ese tramo se llamaba San Juan de Letrán, pero que al inicio de sur a norte era Niño Perdido y el último tramo llevaba el nombre de Aquiles Serdán, los restos de San Francisco y el templo de San Felipe de Jesús, en honor del mártir sacrificado en Japón en 1597 y un poco atrás, oculta de los paseantes y turistas, nuestro modesto barrio chino, la calle de Dolores que ha sabido mantener con decoro la presencia de los chinos en la Ciudad de México merced a una buena cocina oriental.

Hacia el punto clave donde estaba "el caballito" de Tolsá, estaban los diarios más notables de México, los que hacían historia. Avenida Juárez, para mí, se convertía hacia el monumento a la Revolución en un lugar distante y vivía con una idea fija: así como subí a al Ángel de la Independencia con mis padres, me encantaría conocer esa enorme masa gris de cemento en cuyo interior estaban los restos de varios de los héroes revolucionarios. El siguiente paso nos era familiar a los muchachos de la época: el Panteón de San Fernando, donde reposaba la figura hierática de Benito Juárez, en un hermoso y sobrio mausoleo, no lejos de donde estuvo su eterno enemigo Miguel Miramón, quien fuera tenaz conservador y el presidente de México más joven que hemos tenido o padecido: su tumba está vacía, su viuda sacó sus restos al saber que Juárez estaría no lejos de su marido.

Este sobrio y pequeño cementerio, construido en las afueras de la vieja Ciudad, alberga los restos de figuras claves para la historia

nacional, están Vicente Guerrero, Ignacio Comonfort, el joven general Leandro Valle, compañero de estudios en el Colegio Militar de Miramón y fusilado sin juicio por los conservadores en 1861, Francisco Zarco, símbolo del buen periodismo mexicano, Mariano Otero, el general Ignacio Zaragoza y allí estuvo enterrado Melchor Ocampo, exhumado para ser llevado a Michoacán. Asimismo, permanecen las restos de José María Lafragua, 1873-1875, primer director de la Biblioteca Nacional y fundador de la publicación literaria de crónica teatral ***El apuntador***, Antonio Castro, "considerado el mejor actor mexicano del siglo XIX, 1816-1863 y algo para el asombro: existe un nicho, el número 19, donde se afirma que descansa la hermosa e inquieta bailarina Isadora Duncan, quien realmente murió en 1928 en un accidente en Niza y fue sepultada en el célebre cementerio de Pére Lachaise en París. Las autoridades han puesto una advertencia sobre la extraña broma y concluye diciendo que es posible que ello se haya dado por una razón poderosa: el general Plutarco Elías Calles, el terrible caudillo que dio vida a innumerables obras literarias a base de quitar la de sus rivales políticos, estaba enamorado de ella.

Para mí y para mis compañeros de escuela secundaria el punto clave eran los cines que comenzaban sus proyecciones desde las once de la mañana: Cineac, Cinelandia (únicamente de caricaturas, la mayoría de Walt Disney y Walter Lantz) y, obviamente, el inolvidable Savoy, mi sala favorita: en ella vi toda clase de filmes norteamericanos (debo confesar que aún ahora no he logrado ser adicto al cine mexicano). Era un lugar fantástico para los romances con jovencitas que igualmente se habían ido de pinta. En esa pantalla pude ver a Gene Kelly y a Fred Astaire, Ginger Rogers, Clark Gable, Robert Taylor, Alan Lad, William Holden, Judy Garland, Marilyn Monroe, Kim Novak,

Cary Grant, Debora Kerr, Victor Mature, John Wayne, (quien solito exterminó a todos los indios de América del Norte), Elizabeth Taylor, Mel Ferrer, King- Kong, Stewart Granger, Eleanor Parker, Kirk Douglas, Marlon Brando, James Dean, y a cualquiera que pueda ser citado de la memorable cinematografía de Hollywood. Estos cines estaban realmente muy cerca unos de otros, el Savoy en el Pasaje del mismo nombre, en la calle de 16 de septiembre, hoy desaparecido y casi enfrente se encontraban los otros dos citados.

Otra posibilidad en ese rumbo era ir, de la mano de mamá, al Café Tacuba, creado en 1912, luego de comprar algún juguete importado en El Jonuco, citado por Martín Luis Guzmán y por Fernando Benítez, o ir a Sidralí que expendía medias noches y refrescos de manzana en la esquina de Palma y Madero. A veces, la acompañaba a una tienda que vendía perfumes y esencias (aún existe), a un lado de la que fuera casa de doña Carmelita Romero Rubio de Díaz, esposa del general Porfirio Díaz, en Tacuba 5. Nunca he sabido si la utilizó. Una visita encantadora era la dulcería Celaya (de 1874) con su bien cuidado mobiliario del siglo XIX y sus elegantes colecciones de sabrosos dulces mexicanos, en 5 de mayo.

Casi frente al Café Tacuba está la Biblioteca del Congreso de la Unión, especializada en historia de México, no lejos de la azarosa construcción que durante muchos años albergó a la Cámara de Diputados, Donceles y Bolívar, hoy convertida en Asamblea Legislativa, frente al Montepío Luz Saviñón, que era la casa del factor Juan de Cervantes Casasús, erigida en 1735.

Pero no es posible avanzar sin precisar que el Café Tacuba, en Tacuba 28, era frecuentado por José Luis Martínez y la joven pareja, hermosa y falsamente promisoria, integrada por Elena Garro y Octavio

Paz. Por esos años, Salvador Novo, un enamorado del centro, utilizaba sus mesas para comer y quizá escribir un poema memorable. Más adelante, un asiduo de ese restaurante fue Oscar Lewis. Dicen algunos que allí conoció a Santos Hernández, quien le serviría de modelo para llevar a cabo su interesante investigación que desembocara en ***Los hijos de Sánchez*** que tanta polémica provocó.

El hermoso Sanborns de los Azulejos, de curiosa historia mezclada con leyendas coloniales, ha sido visitado, en sus mejores momentos, por muchos escritores. Uno de los más frecuentes era Andrés Henestrosa a grado tal que decía, en son de broma (y hasta llegó a publicarlo en un artículo nostálgico), que él era el Hombre de Sanborns. Por cierto, escribió en un artículo que había bebido con tres generaciones de Avilés: con mi abuelo, mi padre y, desde luego, conmigo, lo curioso es que en los tres casos precisaba los lugares con prodigiosa memoria. Conmigo, en este centro histórico, lo hizo varias veces en La Ópera y en otra ocasión lo acompañé a un homenaje que la Fundación Cultural Banamex le hizo en el hermoso edificio que se conoce como Palacio Iturbide, residencia de don Agustín nombrado primer emperador de México el 15 de mayo de 1822, en Madero. Exaltamos sus cualidades de hombre de letras, y litros, decían sus no muy cercanos amigos, Martha Chapa y yo ante un público curioso formado por gente de Juchitán, empresarios y banqueros. Lo que mucho me llamaba la atención en Sanborns de los Azulejos es el bello mural de Orozco, fechado en 1925 y que lleva por título ***Omniciencia***. En ese lugar donde acudieron los zapatistas a desayunar en 1913, por una temporada, fui asiduo con el yerno de José Vasconcelos, Herminio Ahumada, un hombre generoso que solía escribir poemas para obsequiárselos a sus amigos en fechas navideñas. Más aún, en este

edificio emblemático conocí a una periodista famosa por ser la primera mujer en conseguir las ocho columnas con una entrevista hecha a Adolfo López Mateos: Hylda Pino Desandoval, quien así como rehizo su nombre pudo construir un grupo legendario en el periodismo mexicano: 20 mujeres y un hombre; al frente de su "pequeño ejército" disparó fuego graneado a una larga hilera de señores afamados obteniendo resultados periodísticos interesantes que se conservan en la memoria de tres o cuatro volúmenes que ella misma hizo editar. Yo fui uno de sus entrevistados, cuando en 1985 ocupaba la dirección general de Difusión Cultural de la UNAM y al mismo tiempo fundaba el suplemento cultural ***El Búho*** en la casa ***Excélsior.***

El churrigueresco Sanborns cubierto por azulejos traídos de China, según alguna información, fue el resultado de un reto paternal: "Hijo, tú nunca irás lejos ni harás casa de azulejos." Y el hijo del conde del Valle de Orizaba construyó el palacio que alberga historias de apariciones fantasmales y más de una leyenda como aquélla que me narró mi padre y que ahora es parte de un tarjetón con datos sobre la casona: Dos hombres notables de la Nueva España entraron simultáneamente por el lado que deja el sitio que hoy ocupa el edificio Guardiola, la única calle Condesa, en sus respectivos carruajes. Ninguno le cedía el paso al otro y así permanecieron largo rato hasta que el Virrey decidió, en un gesto salomónico, obligarlos a retroceder: uno hacia Plateros, hoy Madero y el otro hacia lo que ahora llamamos 5 de mayo. Para mayores datos, albergó al elegante Jockey Club después de 1891 hasta que en los inicios del siglo XX se crea una farmacia y una fuente de sodas. Las fotografías de los zapatistas desayunando en el Sanborns como más o menos hoy lo conocemos, dejan honda impresión.

La famosa y bella Casa de los Azulejos ha sido punto clave en nuestra historia: allí estuvo Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel José Othón, durante los años agitados de la revolución estuvieron los zapatistas y los carrancistas, en 1915 se transformó en Casa del Obrero Mundial. Más adelante los modernistas lo escogieron para sus reuniones, y algo semejante hicieron los contemporáneos, de tal suerte que Torres Bodet, Gorostiza, Villaurrutia, Novo y Montellanos, solían comer en Sanborns de los Azulejos.

Atrás de Bellas Artes, en Hidalgo, podíamos encontrar varias librerías de viejo que han desaparecido o se han introducido de lleno al primer cuadro, la zona más vieja de la Ciudad, por las calles de Donceles, Palma, Argentina y Luis González Obregón. Una merece especial atención. Libros escogidos, a dos pasos del bello Hotel de Cortés, de un refugiado español, Polo Duarte con cuyos padres había llegado muy niño a México, gracias al apoyo del general Cárdenas. Esta sección de la vieja Ciudad tenía un convento del siglo XVII, que ahora aloja la Pinacoteca Virreinal, inaugurada por Adolfo López Mateos en un periodo de intensa creatividad. Enfrente, indica una vieja placa, estuvo el quemadero de la Santa Inquisición (1596 a 1777), cuya sede luego fue ocupada por la Escuela de Medicina, en Santo Domingo, a un lado de la SEP. Sobre Hidalgo por ventura hoy contamos con dos nuevos museos: el de la Estampa y el Franz Mayer.

Polo Duarte tenía verdaderos tesoros, libros viejos y nuevos, espléndidos. Poseía, además, una interminable colección de autógrafos, páginas arrancadas a libros de personajes famosos que habían parado en sus manos, tal como dice Gabriel Zaid: "los libros dedicados tienen la extraña vocación de acabar en las librerías de viejo." Solía mostrarla orgulloso. Yo compré, una vez, un libro de Arreola firmado por Sergio

Pitol. Allí se hacía una tertulia sabatina en la que predominaban los españoles: concurrían el poeta Juan Rejano, el novelista Otaola y el crítico de cine Francisco Pina, todos ellos republicanos y hombres de vasta cultura y amplia generosidad. Entre los jóvenes iban Gustavo Sáinz, Gerardo de la Torre, yo, desde luego. En Libros Escogidos conocí personalmente al escritor y editor Alejandro Finisterre y a José Ceballos Maldonado, novelista michoacano, algunas veces estuvo el poeta León Felipe y vi por una ocasión al cineasta Luis Buñuel, amigo de Rejano. Invariablemente concluíamos con una visita a El Hórreo, restaurante español que permanece a un costado de la Alameda, a pocos pasos de donde estuvo el bello Hotel del Prado, sitio en el que por muchos años mantuvieron tapiado al célebre mural de Diego Rivera el ***Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central*** a causa de la frase del Nigromante "Dios no existe", palabras que finalmente Rivera aceptó sustituir por la cita donde apareció la sentencia del escritor liberal. En este mismo hotel, había una grata librería, un Sanborns, un cine pequeño y un bar, el NicteHa. Atrás, estuvo la estación de bomberos en un notable edificio art-decó, justo en la esquina que conforman Revillagigedo e Independencia. A dos calles se erguía medio siniestra una construcción porfirista cuya vocación policíaca y de hospital de primeros auxilios le dio mala reputación: en una de sus lúgubres salas murió el famoso revolucionario ruso León Trotski el 21 de agosto de 1940 a manos de un personaje desconcertante, como extraños fueron aquellos años en que el mundo esperaba las grandes agresiones del fascismo: Ramón Mercader.

Cuando al comienzo de la década de los cincuenta se irguió nuestro primer rascacielos, todos quedamos muy complacidos: ya éramos Nueva York en muy pequeño. La Torre Latinoamericana, con sus 182 metros de altura y 44 pisos, nos resultaba un prodigio: sus

cimientos resistirían cualquier temblor, algunos tan severos como el que derribó en 1957 el ángel de la Independencia o el del 19 de septiembre de 1985, cuya violencia destruyó infinidad de edificios entre ellos el Hotel Regis. Así ha sido. En la parte superior estaba un bar, el Muralto, donde tocaban un aceptable jazz. Para la Ciudad capital era y es muy alto, habrá que añadir que también es feo. Sobre Avenida Juárez, a unos metros de San Juan de Letrán, estaba la más hermosa de las galerías de arte: Misrachi, que vendía obras maestras de pintores mexicanos y libros de arte.

Exactamente en Avenida Juárez 42, frente al centro de la Alameda, estuvo un elegante edifico en cuya parte superior estaba el OPIC, siglas que significaban Organismo de Promoción Internacional de Cultura, su titular era Miguel Álvarez Acosta y de la programación literaria y de los eventos de la Sala de Arte se encargaba el poeta sonorense Abigael Bohórquez. Por ese sitio, entre 1964 y 1970, pasaron infinidad de escritores y artistas. Recuerdo a muchos: José Emilio Pacheco, Xorge del Campo, Manuel Mejía Valera, Efraín Huerta, Carlos Bracho, Eduardo Rodríguez Solís, Carmen de la Fuente, Leopoldo Ayala, Alfredo Cardona Peña, Thelma Nava, Esther Puyhol, hermana de Lénica, poeta la primera, novelista la segunda y esposa de Arqueles Vela, Otto-Raúl González, Olivia Revueltas, Dionicio Morales, Antonio Castañeda, Eugenio Chávez... En esa amplia sala leyó Gabriel García Márquez un capítulo de la que sería su célebre novela ***Cien años de soledad***. Yo leí algunos de los cuentos que integrarían mi primer libro de relatos: ***Hacia el fin del mundo***. Me parece que las deudas con el poeta Bohórquez son impagables. Dionicio, más generoso y pagador que los demás, ha escrito excelentes páginas sobre él. Vale la pena añadir que los sitios de reunión alrededor de OPIC eran la heladería Kikos, la librería Juárez y el Café Chufas, situado en López.

Resultaba una delicia caminar esos rumbos entrañables. En aquellos tiempos era usual pasear por Avenida Juárez y donde estaba El Caballito de Tolsá (sustituido más adelante por la más adecuada Cabeza de caballo de Sebastián), para doblar en Bucareli a la izquierda, hasta llegar al Café La Habana, donde se reunían los periodistas de ***Excélsior***, ***El Universal***, ***Novedades*** y ***El Nacional***. Un paseo obligado. Con un poco de suerte podía uno toparse con Salvador Novo, Rubén Salazar Mallén, Rafael Solana, José Revueltas, Héctor García (entonces un fotógrafo no tan prestigiado como lo es hoy), Sergio Magaña, Luis Spota, Antonio Magaña Esquivel, Fedro Guillén, Ermilo Abreu Gómez, la guapa periodista y novelista Magdalena Mondragón, Juan de la Cabada (al que conocí cuando ingresé tempranamente en la Juventud Comunista), el inolvidable Tlacuache, el humorista, literato y diplomático, César Garizurieta ("Vivir fuera del presupuesto es vivir en el error"), quien ante la incomprensión del Estado optó por suicidarse, Ricardo Garibay, Manuel Marcué Pardiñas, Juan Rulfo, José Alvarado, Carlos Denegri (de tan dudosa reputación), Pancho Liguori, eterno enamorado de Griselda Álvarez y un epigramista formidable, cuyos dardos yo también sufrí, José Pagés Llergo, Edmundo Valadés a punto de hacerse famoso por ***La muerte tiene permiso***, algunos poetas centroamericanos que llegaron huyendo de tiranías para encontrar un país generoso: Alfredo Cardona Peña (de Costa Rica), Otto-Raúl González (Guatemala), Carlos Illescas (Guatemala), Raúl Leyva (Guatemala), Tito Monterroso (Guatemala), y el crítico literario Francisco Zendejas (entonces con su sección Multilibros en ***Excélsior***, "la cuartilla mejor pagada de México, René") y un muy cercano amigo de mi padre, entre muchas otras figuras señeras. Con muchos de ellos establecí cálidas conversaciones en el Café La Habana: destacan mis

encuentros con Ermilo Abreu Gómez: nunca dejaba de aconsejarme leer a los clásicos y en particular a los de habla castellana. Fue gentil y me firmó con letra pequeña y nerviosa, varios de sus libros, entre ellos ***Canek***. Algo de esto, me parece, narro en ***Recordanzas***, un libro autobiográfico. Muchos me han contado que en "el Habana" se reunían no sólo republicanos españoles a soñar con la caída del franquismo, sino también un grupo de fervorosos revolucionarios apenas conocidos, que planeaban un ataque a Cuba con el fin de derrocar al tiranuelo Fulgencio Batista, destacaban dos: Fidel Castro y un argentino que respondía al nombre de Ernesto Guevara, el Che.

En el trayecto se podían ver las salas cinematográficas más bellas del país: Alameda, Metropolitan, El Palacio Chino, Real Cinema y la pequeña y confortable que estaba en el Hotel del Prado, que había tomado su nombre del hotel: Cine Prado, que exhibían siempre filmes europeos, principalmente franceses. Casi llegando a Bucareli, existió la amplia librería El Caballito en cuyas paredes colgaban grandes cuadros de escritores mexicanos famosos; a ese sitio llegué a los 16 ó 17 años a solicitarle el autógrafo a Carlos Fuentes: acababa de publicar en el Fondo de Cultura Económica su novela ***La región más transparente*** e iniciaba una magnífica carrera internacional. Fui afortunado, a casi todos los conocí y traté personalmente. En 1965, recién casado con Rosario, sin empleo fijo, tuve que convertirme en vendedor de libros al servicio de la empresa editorial Ediapsa de Rafael Giménez Siles, editor de muchos libros importantes y quien con Emmanuel Carballo arrancaron colecciones de nuevos novelistas donde aparecieron Parménides García Saldaña y Margarita Dalton. Juan Tovar, compañero de andanzas iniciales, me advirtió que don Rafael era un hombre severo en exceso. La necesidad me hizo ignorar al joven escritor y

comencé a vender libros de tal compañía recorriendo desde el Zócalo hasta Bucareli todas las librerías, en especial las de mayor peso como la Madero, El Caballito y la de Porrúa hermanos. Estaba yo sujeto a comisión y me parece que sólo obtuve algunos dineros a causa de la exitosa venta de un libro editado bellamente por ERA sobre Remedios Varo. También, por esos aciagos meses esclavizado por Giménez Siles, vendí muchos libros de Luis Spota y del discutible periodista Roberto Blanco Moheno. No me quejo: a cambio del trato despótico de don Rafael, los libreros solían ser generosos conmigo y al mismo tiempo me advertían que tuviera cuidado en parecerme a mi patrón, pues me "enseñaría a aullar", me regalaban libros. Una vez, Antonio Navarrete, de Zaplana, ya en San Juan de Letrán, me obsequió tres novelas, una era de Günter Grass, ***El tambor de hojalata***, y era costosa.

Las cantinas no se limitaban a la famosa Ópera, estaban también algunas otras como El Nivel, El gallo de oro, La puerta del Sol (la favorita de mi padre y de mi tío Sergio Avilés Parra, también escritor y periodista, situada en Palma y 5 de Mayo, a menos de diez pasos de su despacho, en la que a veces se encontraban con Fedro Guillén y Luis Spota, ambos muy amigos de mi tío), ocasionalmente iba el admirable Renato Leduc; Los tranvías, La universal que alojaba a los periodistas del rumbo de Reforma y Bucareli, y algunas otras que han desaparecido o se han convertido en restaurantes de corte aburrido y familiar, con niños incluidos. En La puerta del Sol, Fedro Guillén me miró fijamente y me advirtió: Si las cantinas son grandes universidades de la vida, tú y yo somos rectores.

Una calle inolvidable fue Bolívar entre Uruguay y Venustiano Carranza: allí estaban los cafés que solían frecuentar masivamente los españoles republicanos, todos ex combatientes, guerreros de

gran valor en la injusta contienda, y algunos intelectuales, a recordar sus respectivas regiones, a hacer nostalgias y pensar en el regreso victorioso a la muerte de Franco. El Tupinamba y Café Do Brasil eran los de mayor jerarquía. Uno iba a beber sorbitos de buen café y escuchaba el castellano como si estuviera en Madrid: los españoles desgranaban historias de valor y romanticismo de la Guerra Civil. La mayoría de ellos murió antes que el tirano Franco y aquellos que lograron volver a España se toparon no con la República sino con la monarquía resucitada como última voluntad del dictador. Fue el caso del poeta y militante comunista Juan Rejano, quien falleció en una operación, cuando trataba de regresar a España para luchar nuevamente por la República.

El Café Trevi, fundado en 1955, esquina de Colón y Dr. Mora, se mantiene, ya sin brillo, frente a la Alameda, cerca del famoso Hotel Regis, cuyos baños fueron frecuentados por grandes personajes de la política. El Trevi era visitado por muchos músicos e intelectuales, entre ellos el italiano Uberto Zanolli, director de orquesta y compositor llegado a México en 1953 contratado por Bellas Artes, quien descubriera a un notable músico veneciano que radicó por años en Madrid en el siglo XVIII, Giacomo Facco y cuyo inmenso legado musical paró misteriosamente en el antiguo Colegio de las Vizcaínas y volvió a ser interpretado en 1962, dirigido por el propio Zanolli, en el Alcázar del Castillo de Chapultepec, sin duda el museo más visitado de México y cuyos aires románticos le vienen de la invasión norteamericana de 1847, el mito de los Niños Héroes y, fundamentalmente, porque allí habitó la pareja imperial compuesta por Maximiliano y Carlota; más adelante Porfirio Díaz. El bosque que lo rodea hoy es un desastre, pero algunos todavía lo recordamos misterioso, enigmático, con

aguas limpias, escasos transeúntes, fresas silvestres y una pequeña feria pueblerina que desapareció debido a que en sus instalaciones anidaron varias serpientes. Era el lugar donde mis padres, a punto de separarse definitivamente, me llevaban los domingos. Fue el lugar bucólico en que recibí mis primeras lecciones de historia patria, hazañas como las defensas heroicas de Chapultepec y Puebla. Tendría yo menos de cinco años y padres que amaban a su país.

El hermoso Palacio de Bellas Artes, mi única iglesia: donde conocí a Claudio Lenk y a Héctor Azar, por fortuna vi dirigir a Luis Herrera de la Fuente y a mi tío Uberto Zanolli, bailar a Tamara Toumanova, Gloria Contreras y a mi querida amiga Guillermina Bravo, escuché una conversación entre Carlos Pellicer y Salvador Novo y estuve oyendo a mi tía la soprano Betty Fabila representando ***Madama Butterfly***, ***Bohemia*** y ***La Traviata***, entre otras óperas. Allí también escuché al barítono Roberto Bañuelas y a su esposa la soprano Hortensia Cervantes, cuya amistad, por ventura, se ha mantenido incólume hasta hoy. Por desgracia no estuve cuando Maria Callas cantó dirigida por Zanolli ni me correspondió estar en su sala cuando lo hizo Montserrat Caballé en ***Un ballo in maschera***. No sabría decir cuántas veces estuve en Bellas Artes cuando se presentaba el Coro de Madrigalistas de Luis Sandi: de la secundaria nos llevaban dentro de un programa llamado algo así como Juventudes Musicales. Todo ello, sin considerar que allí tuve mi primera aparición literaria pública de relevancia en la sala Manuel M. Ponce (antes de que se democratizara) y cuando se realizó el homenaje nacional al poeta Rubén Bonifaz Nuño, le acompañé en su lectura y fui uno de los oradores en la sala principal.

El paseo concluye en el Palacio de Bellas Artes.

Leo en un documento oficial una breve historia que vale la pena transcribir: "Asistir al Palacio de Bellas Artes, nos permite

remontarnos a los días en que este lugar hacía eco de las oraciones de las monjas del convento de Santa Isabel que el siglo XIX desterró para cumplir con la misión mundana de habitar y fabricar ropajes. Pero ello no bastó, pues la vida burguesa beneficiada con la paz porfiriana necesitó de nuevos espacios para el entretenimiento. Es por ello que se proyecta un nuevo Teatro Nacional, que situado al frente de la Alameda, daría esplendor moderno a esa Ciudad de los Palacios. El ímpetu revolucionario retomó aquel proyecto para acondicionarlo a los nuevos tiempos, inaugurándose con geométrico interior el año de 1934. Al convertirse en la Sede del Instituto Nacional de Bellas Artes, amplía y retoma sus funciones originales como centro cultural y social de gran importancia.

"Durante la edificación del Palacio de Bellas Artes fueron encontradas una piedra de sacrificios esculpida con una serpiente emplumada, una fuente de azulejos y la lápida perteneciente a doña Catalina de Peralta, benefactora de la fundación del Convento de Santa Isabel. Este edificio surgió al amanecer del siglo XVII cuando las monjas del convento de Santa Clara promovieron la creación de una nueva casa. Para lograrlo contaron con la donación del predio de doña Catalina, contiguo a la Alameda, a sólo tres calles de la sede clarisa de la calle de Tacuba e inmediata a la fuente que surtía el agua ligera de Santa Fe.

"Debido a los hundimientos, entre 1676 y 1681 se edificó una nueva iglesia, esta ocasión patrocinada por Diego del Castillo, cuya decoración mudó con los siglos pero que cambiara definitivamente sus funciones tras la salida de las monjas en 1861 y la venta del inmueble. Dicho templo —que se localizaba en lo que hoy es la portada oriente del Palacio y parte de la plaza— fue convertida en bodega y fábrica de

sedas. Por su parte, el convento, una vez fraccionado sirvió como casas de vecindad durante el resto del siglo XIX. Sus dos secciones estaban separadas por un callejón llamado de Santa Isabel que desembocaba en la Alameda.

"Para entonces, los habitantes de la Ciudad gustaban de la vida social y habían tomado afición por la ópera que se representaba en el Teatro Principal, inaugurado en 1826 en la calle de Vergara (hoy Bolívar). Fue allí donde se estrenara jubiloso el Himno Nacional Mexicano y ofreciera funciones de teatro, tandas y óperas concurridas por la "gente bien", para disfrutar la música de Rossini. Dicho público tenía toda su atención en Europa al grado que, pese a los cambios políticos, se organizaran fastuosos bailes aristocráticos amenizados con los valses vieneses.

"Hacia fines del siglo, el Principal continuó siendo importante centro social que, aunque contaba con un escenario reducido, no impidió la representación de cuplés, operetas y zarzuelas. Ya en el ocaso del siglo del Progreso se emprende una fiebre constructiva que enmarcaría las fastuosas celebraciones del centenario de la Independencia en 1910 —en el que María Conesa cantara el Himno Nacional— y se encargaran decenas de monumentos, como el Hemiciclo a Juárez, la Columna de la Independencia, y se proyectan el Palacio Legislativo y el nuevo Teatro Nacional."

Las necesidades artísticas de México.

El citado documento sigue: "Las necesidades sociales de una Ciudad que se expandía hacia el Poniente promovieron que se demoliera el Teatro Principal en 1901 para abrir la calle de 5 de mayo hasta llegar a Santa Isabel, donde se construiría un gran Teatro de Ópera. El aumento del público, la complejidad técnica de los

espectáculos y el gusto por la vida social impulsaron que la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas convocara un concurso para su construcción.

El mejor proyecto, el de mayor trascendencia, fue presentado por el arquitecto italiano Adamo Boari (Ferrrara 1863-Roma 1928), quien había trabajado en Brasil, Chicago y Nueva York, y ya estaba instalado en México a causa de un trabajo fundamental: el Palacio de Correos de la Ciudad de México.

"En 1904 se inician los trabajos del Teatro Nacional, que no sigue los lineamientos historicistas de su vecino edificio de Correos, ni el neoclasicismo del monumento a Juárez, sino que pugna por un modernismo de inspiración romántica. En la construcción se emplearon los últimos adelantos técnicos, como el emparrillado con plancha de concreto y estructura de acero, permitiendo la disposición de grandes espacios. Para ello trabajaron, por una parte la compañía norteamericana Milliken Brothers y el ingeniero Gonzalo Garita, y por otra varios artistas bajo la dirección de Boari hasta 1913 cuando, a causa de las difíciles condiciones políticas se detuvo la construcción. Para entonces se había terminado la estructura, las fachadas, la gradería e instalado la maquinaria.

"Más que un teatro, el Palacio de Bellas Artes es un foro múltiple: el vestíbulo con su triple cúpula está destinado a ser salón de exposiciones, el ***Hall*** para eventos sociales; el teatro, con sus logias exteriores y el enorme cubo del escenario; y las oficinas y dependencias de la parte posterior. El conjunto articula coherentemente las tres áreas desde su vista lateral y al frente da la impresión de un enorme espacio debido a las cúpulas y la clara demarcación de sus niveles horizontales.

"La fachada principal también se divide en tres cuerpos. En el central destaca el magnífico pórtico con su columnata de mármol de Carrara. En la parte superior se halla un gran tímpano, en el que destaca el conjunto escultórico del italiano Leonardo Bistolfi (1859-1933) con una figura central femenina que representa ***La Armonía***, rodeada de los estados del alma musical: dolor, ira, alegría, paz y amor. A este conjunto lo enmarca una archivolta de querubines y finaliza con las esculturas de ***La música*** (izquierda) y ***La inspiración*** (derecha), también de Bistolfi.

"En el resto de la composición hay varios aspectos destacados. Entre ellos los remates ondulantes que concretan la idea de Boari de diseñar con las líneas de una "bocanada de humo". Esta concepción, inmersa ya en el Art Nouveau, se observó en la Pérgola que estuvo a un costado del Teatro, dentro de la Alameda que albergó un mercado de flores y la Librería de Cristal hasta 1973."

(Permítaseme una digresión: a la Pérgola solía llevarme mi padre. Íbamos a comer al restaurante que tenía, enseguida me encaminaba a la librería y me compraba alguna edición ilustrada de los clásicos. En 1950, ya distanciado de mi padre, me tocó ver, en una de sus vitrinas, una fotografía suya: servía para anunciar su nueva novela: ***Leonora***, publicada en 1949, la conmovedora historia de mi hermana mayor fallecida prematuramente, antes de cumplir trece años. Un libro urbano, de corte psicológico, en una época en que la literatura era dominada por la presencia rural. Mi madre y yo aparecemos en sus páginas como personajes; sin duda, ese encuentro me condujo a ser escritor.)

Prosigamos con el Palacio de Bellas Artes.

"Flanqueando el pórtico se encuentran las esculturas de ***La Juventud*** y ***La Edad viril*** de André Allar. Otras esculturas, que se colocaron en los espacios laterales, fueron las destinadas al Palacio Legislativo, como ***La Paz*** de Paul Gasq y ***La verdad*** de Honoré Marqueste. En todas se emplean figuras femeninas. Varios detalles escultóricos otorgan interés al conjunto, como son las máscaras de mono, coyote y caballero águila en las claves y arranques de algunos arcos; los mascarones representando las estaciones del año y los originales capiteles del pórtico.

"Entre otros detalles decorativos valiosos hay que señalar la herrería, diseñada por Alessandro Mazzucotelli, traída desde Italia y otras de Luis Romero Soto hechas por herreros mexicanos. El metal, oculto en el edificio parece brotar en la cúpula central, que ostenta un águila de bronce con las alas desplegadas a la manera porfiriana y en la base varios danzantes en círculo, obra de Geza Maroti."

Vale la pena, digo yo, mirar largamente el plafón luminoso de la sala principal, también trabajo de Geza Maroti, formado con polígonos de cristal opalescente y figuras de cristales policromados de forma circular y ligeramente cóncavo: se trata de una espléndida representación del Olimpo: Apolo está al centro rodeado, como debe ser, por las nueve musas: Caliope, Clío, Terpsícore, Erato, Polimnia, Urania, Talía, Euterpe y Melpómene, hermosas y eternas.

"En los cubos que rematan el escenario, Boari proyectó colocar cuatro Pegasos que realizó el catalán Agustín Querol. Su volátil fugacidad los llevó un tiempo al Zócalo, pero regresaron con nuevos pedestales al frente del Palacio para enmarcar el cuadrángulo de la plaza. En ésta también se colocaron recientemente unas fuentes curvilíneas y jardineras.

"La Revolución de 1910 modificó todos los aspectos de la vida mexicana, no obstante, el interés por que el Teatro Nacional se concluyera impulsó a los primeros gobiernos revolucionarios a mantener el proyecto. Para 1929 se inicia su terminación, encargando el proyecto al arquitecto Federico E. Mariscal (1881- 1971), quien había realizado el Teatro Esperanza Iris. En esta ocasión el estilo del edificio respondería también a un interés moderno traducido en las formas geometrizantes del Art Decó. "Al ingresar por sus puertas de hierro se entra al mundo marmóreo, donde se combinan el rojo queretano de las columnas con el negro de la escalinata central y el granito noruego de las laterales. Al centro mismo del vestíbulo se encuentra el mayor espacio abierto del edificio, que iluminado desde las cúpulas, permite apreciar sus tres niveles.

"En la planta baja destacan las lámparas de inspiración futurista. En el primer descanso de la escalinata se encuentra la puerta principal del teatro que semeja la de un templo, con sus mascarones de Tláloc (dios mexica del agua) fundidos en bronce. Estos tienen su complemento en los grandes crótalos-columnas que parten de este nivel y rematan en el tercer piso con unos mascarones de Chac (dios maya de la lluvia).

"En los muros laterales del primer piso se encuentran los murales de Rufino Tamayo: ***Nacimiento de la nacionalidad*** (1952) y ***México de hoy*** (1953), en los que se evoca el tema del mestizaje a través de un balanceado colorido. En este nivel se encuentran las salas Manuel M. Ponce y Adamo Boari (para música de cámara y funciones literarias) y las Salas Nacional e Internacional (antes ***hall***) dedicadas a exposiciones. En ella destacan las grandes lámparas de cristal, realizadas por la casa Edgar Brant de París.

"Al llegar al segundo piso encontramos una galería que bien puede resumir al movimiento muralista mexicano: de José Clemente Orozco ***Catharsis*** (1934); en la parte central las obras ***Nueva Democracia*** y ***Homenaje a Cuauhtémoc***, de David A. Siqueiros; Diego Rivera pintó en 1934 ***El hombre en el cruce de caminos***, donde retoma la obra sobre el desarrollo del socialismo censurada en el Rockefeller Center de Nueva York; asimismo se encuentran ***La Dictadura***, ***La danza de Huichilobos*** y ***México folklórico y turístico*** en que Rivera recurre a su prolija narrativa visual. El tercer piso alberga el Museo de Arquitectura, en el que se presentan interesantes exposiciones temporales.

"...La sensación de lujo de la sala del Teatro inicia con el gran telón de cristales opalescentes en los que se dibujan los volcanes mexicanos encerrados en miles de piezas. Este telón fue diseñado desde el proyecto inicial, luego dibujado por Gerardo Murillo (1875-1964) y realizado por la casa Tiffany de Nueva York para servir de cortina incombustible.

"En los costados y columnas también brillan los mármoles acremados de Yautepec y verdosos de Oaxaca que enmarcan el finísimo arco del proscenio proyectado y realizado en Budapest en los talleres de Geza Maroti. En él se describe la evolución del arte teatral. Siguiendo su línea ascendente la vista pasa por los arcos estructurales del centro de la sala y llega hasta el plafón de la Galería, también obra de los húngaros, donde las musas rodean a Apolo para formar un vitral de luz variable."

Ya son pocos los que recuerdan la inauguración del Palacio, en 1934, con ***La verdad sospechosa***, de Juan Ruiz de Alarcón. El presidente de México era Abelardo L. Rodríguez, el discurso oficial estuvo a cargo del crítico literario Antonio Castro Leal y Carlos Chávez dirigió

su propio trabajo musical. Adelante, fue el escenario donde Chávez desplegó sus matinés dominicales y alojó a la Sinfónica de México de los años treinta y que a partir de entonces resonara con los estrenos de Stravinsky o Hindenmith. Con el paso de los años las obras teatrales se llevaron a la Unidad Cultural del Bosque, y al vecino Teatro Hidalgo, quedando Bellas Artes dedicado a las funciones sinfónicas, dancísticas y operísticas principalmente. Cuando cumplió cincuenta años de edad, en 1984, las autoridades realizaron festejos dignos del palacio. Destaco algunos. Música, dirigida por Luis Herrera de la Fuente; en danza, Anna Sokolow llevó a cabo un homenaje a David Alfaro Siqueiros y de nuevo pusieron ***La verdad sospechosa*** ahora dirigida por Héctor Mendoza y cantantes espléndidos interpretaron ***Sansón y Dalila*** de Camille Saint-Saëns con Alfonso Navarrete, Martha Félix, Roberto Bañuelas y Enrique Leff encabezando el reparto. El Bolshoi estuvo presente con Raymonda de Alexander Glasunov.

"Detrás del cortinaje —prosigue el citado documento con la descripción que no he visto jamás— se encuentra toda una maquinaria teatral que involucra a cientos de personas para ofrecer funciones operísticas, musicales o teatrales. A casi cien años de proyectado, el interior del teatro podrá parecer pequeño con su aforo de cerca de dos mil espectadores, sobre todo por que el público asiste con gran entusiasmo, agotando las localidades con anticipación. Para los artistas, presentarse en Bellas Artes es un privilegio casi siempre destinado al mundo de la 'alta cultura', pero que en ocasiones también aloja manifestaciones populares."

Si la sala principal ha sido fundamentalmente el albergue de grandes eventos sinfónicos y operísticos, de danza y teatro, y en ocasiones lugar para que los poetas mayores lean su obra, como ha

sido el caso de Mario Benedetti, Rubén Bonifaz Nuño y Jaime Sabines, no podemos dejar de lado el recinto llamado Manuel M. Ponce, cuya vocación ha sido la de conferencias y presentaciones literarias. Esa sala alcanzó su mejor momento cuando Antonio Acevedo Escobedo, jefe de Literatura del INBA, en tiempos de José Luis Martínez, organizó varios ciclos memorables: uno de ellos, ***Los narradores ante el público***, otro, ***El trato con escritores***. En el primero, comenzaron a contar sus experiencias literarias los escritores de mayor edad como Fuentes, Spota y Solana, para concluir con los más jóvenes: José Agustín, Gustavo Sáinz y yo. La editorial Joaquín Mortiz editó los dos primeros ciclos y el tercero no halló acomodo. Mi participación fue publicada por una revista argentina, ***Mundo Nuevo***, era tan ingenua como provocadora.

Los directores del INBA han sido los siguientes personajes: Carlos Chávez, Fernando Gamboa, Andrés Iduarte, Celestino Gorostiza, Miguel Álvarez Acosta, Luis Ortiz Macedo, Miguel Bueno, José Luis Martínez, Víctor Sandoval, Javier Barros Valero, Rafael Tovar y de Teresa, Gerardo Estrada, Ignacio Toscano y Saúl Juárez. Con muchos de ellos tuve una buena relación, a otros, como es natural, no llegué a conocerlos personalmente, mucho lo lamento, y alguno que otro me tuvo sin cuidado. A don Andrés Iduarte, brillante escritor de libros memoriosos como ***Un niño en la Revolución Mexicana*** y ***Preparatoria***, lo traté después de su largo exilio en Estados Unidos, país a donde llegó luego de la salida de México a causa del permiso que dio para que Diego Rivera colocara la bandera roja de la hoz y el martillo sobre el féretro de la muy querida y genial Frida Kahlo. La burocracia mexicana estaba en esos momentos muy preocupada por la guerra fría y del lado norteamericano, como ha sido natural. Fuimos buenos amigos y para mostrarme su afecto me firmó algunos de sus libros de recuerdos publicados por Joaquín Mortiz.

A José Luis Martínez lo comencé a tratar en su gestión como director del INBA. Fuimos presentados antes de mi participación en el ciclo ***Los narradores ante el público***. Lo recuerdo sentado entre Rafael Solana y Hugo Argüelles, mientras yo criticaba al gobierno, era 1968. Más adelante fui un par de veces a su casa a morir de envidia ante su fantástica biblioteca, "toda leída", como dijo la primera vez que lo visité.

Por años las oficinas de Literatura del INBA estuvieron en ese palacio, ahora están en Brasil 37, en lo que fuera la casona de Leona Vicario. Sucesivamente se llamó Departamento de Teatro y Literatura y Salvador Novo fue su primer titular. Más adelante modificaron su nombre a Departamento de Literatura y lo condujeron: Andrés Henestrosa (1955-1959), Fernando Sánchez Mayans (1959-1960), Antonio Acevedo Escobedo (1960-1970), Wilberto Cantón (1971-1972), Óscar Oliva (1973-1977). Luego se llamó Dirección de Literatura: Gustavo Sáinz: (1977-1981), Arturo Azuela (1982-1983), Gonzalo Celorio (interino), Margo Glantz (1983-1986) y Felipe Garrido (1986-1989). Actualmente su nombre es Centro Nacional de Información y Promoción de la Literatura y ha estado bajo la responsabilidad de Guillermo Samperio (1989-1992), Luz Fernández de Alba (febrero y marzo de 1992), Bernardo Ruiz (1992-1995), Daniel Leyva (1995-1997), Anamari Gomís (1997-2004) y Silvia Molina. Por fortuna, a todos los he conocido y con todos he tenido una espléndida relación.

Si para mis padres todo el México espiritual se concentraba en la SEP, en mi caso el Palacio de Bellas Artes simbolizaba y simboliza todo el arte y la cultura de México, a pesar de algunos desatinos de autoridades que le han dado usos de corte populachero. Con este hermoso edificio cierro mi recuento de nostalgias.

Me faltaría tal vez hacer otro de comercios que conocí en esos rumbos, de almacenes y tiendas como El Palacio de Hierro, Telas Junco, El Puerto de Liverpool, El Centro Mercantil, hoy transformado en hotel de lujo, El Puerto de Veracruz, High Life, asimismo de lugares como la casa de los condes de Heras y Soto, edificada en 1760 por Adrián Ximénez de Almendral situada en la esquina de República de Chile y Donceles, hermoso sitio donde trabajé cuatro años al frente de las publicaciones del DF, en compañía de Luis Ortiz Macedo, cercano al remozado Teatro de la Ciudad de México. O de algunos de los comercios, jugueterías, perfumerías, teatros, restaurantes menos aparatosos que poblaban esa zona nuestra tan llena de historia y belleza y que asimismo albergaron en distintos momentos a escritores y artistas inquietos, quedan, pues, para otro texto.

¿Puede ser libre la Nueva España?[145]

Servando Teresa de Mier

Servando Teresa de Mier

No debía proponerse la cuestión sino así: ¿por qué no ha sido ya libre la Nueva España desde 1808 en el absoluto trastorno que padeció la monarquía, y se fue a pique la antigua España? Cómo no lo es todavía es la actual impotencia de los españoles? Su marina se reduce a dos navíos de línea y cinco fragatas. Un rey de Berbería tiene más. Su erario es ninguno; la pobreza es general y espantosa; para cubrir las deudas ha echado mano de los bienes de las órdenes monacales, militares, canonices y hospitalarias. Por haber querido Fernando VII enviar el año pasado algunas pocas tropas contra Buenos Aires, perdió la autoridad absoluta. Si las Cortes intentasen otro envío, se perderían con la Constitución, contra la cual no cesa de conspirar.

Sólo en la absoluta ignorancia de los pueblos, y en una opresión tan feroz como poderosa cabe el mantener atado a un rincón miserable de la Europa, distante dos mil leguas de océano, un mundo sembrado de oro y plata con las demás producciones del universo.

[145] Texto extraído de la obra de J. M. Miquel i Vergés y Hugo Díaz-Thomé, *Escritos inéditos de Fray Servando Teresa de Mier*, México, El Colegio de México, 1944, pp. 213-227.

En la ilustración y liberalidad del día, España misma ha desesperado de conservar las Américas. Las considera ya como perdidas y ha abandonado el timón a sus mandarines subalternos, que andad como pueden haciéndonos por acá una guerra de intriga. Y la América del Sur está libre casi toda.

¿Por qué no lo está la del Norte? Por la ignorancia, inexperiencia y ambición de los que se han puesto a la cabeza del movimiento. Ellos no han conocido, que para salvar un Estado es absolutamente necesario establecer un centro de poder supremo; que este poder ha de ser un cuerpo civil para que represente a la Nación; y que es menester, al cabo, que este poder contrate alianzas y auxilios con otras potencias que reconozcan su independencia. Sin estas tres cosas la libertad no se consigue, se sella la servidumbre, se desuela la patria.

I

No habiendo un centro de poder a que obedezcan todos los que se proponen resistir al yugo del antiguo gobierno, hay anarquía; y sería tanta locura pretender triunfar en ese estado un cuerpo político, como medrar uno humano en el desorden general de sus humores. Jesucristo mismo alegó como un axioma que ***todo reino entre sí dividido será desolado***. Lo hemos experimentado en nuestro Anáhuac o Nueva España; y hubiera parecido la antigua si no se hubiese erigido la Junta Central, a pesar de las Juntas provinciales, que ambiciosas e inexpertas como nuestros jefes de insurrección, querían mantener aislado supremo poder de cada provincia.

¿Cómo se han imaginado estos jefes, que separado cada uno en su mando, podrían prevalecer contra el sistema combinado del

gobierno real, que atacaba a cada uno aislado con todo su poder reunido? Necesariamente debían ir pereciendo unos tras otros los jefes, cansarse los soldados y los pueblos con la largura de la lucha y la infelicidad de los sucesos, desertar aquellos o indultarse, y éstos implorar el perdón y clemencia con que no cesa de brindar el antiguo gobierno conociendo su impotencia.

Esta sólo es la que ha impedido que no está concluido todo enteramente y aún nos quede alguna esperanza de libertad. La que tienen los españoles de mantenernos en su servidumbre, no tiene otro apoyo que la locura de nuestra misma división. Reunámonos, pues, paisanos míos, reunámonos, y ellos están perdidos; no digo ahora que serán dos mil a lo más sin esperanza de reemplazo; ellos mismos confiesan que sin la ayuda de los hijos del reino nada podrían haber hecho aún en su mayor incremento.

¡Qué sea menester dar razones para probar la necesidad de un centro de poder, siendo cosa más clara que la luz! Así como los hombres se ven precisados a ceder una parte de sus derechos naturales para adquirir en la sociedad la garantía de lo que le resta, con la ventaja del número y del orden; así es menester que todo jefe militar ceda una parte de la autoridad que ha adquirido para formar un centro de ella que sostenga la que le queda por la unidad de los planes, la combinación de todas las fuerzas y la ayuda recíproca. A la seguridad propia, y a la ventaja general deben los militares sacrificar esa ambición miserable que pierde a ellos y la patria. Demasiado tendrá ésta con qué premiarlos, como sabrá eternamente aborrecerlos, si por su ambición queda arrastrando aún las cadenas de los peninsulares.

II

Está bien, y ¿cómo elegir ese centro de poder? ¿Quién le ha de dar la sanción? ¿Cómo hacer que los demás jefes militares lo reconozcan, que lo obedezcan los pueblos?

Si se tratase de obedecer a un hombre que no fuese el padre natural, habría dificultad, porque los hombres naturalmente libres e independientes no admiten el gobierno de uno solo sino por la violencia de las armas, y lo sacuden luego que pueden. Sólo se mantienen tranquilos bajo él, si han contraído el hábito de obedecer por la continuación de los siglos, o el respeto sagrado de las leyes. No hablamos de ese gobierno.

Pero todos quieren uno, porque todos quieren el orden, y no pudiendo gobernar todos, voluntariamente se sujetan al que ellos mismos eligen por sus delgados, cooperando después a su buen éxito como de una obra suya y para su propio bien. Un congreso, pues, es el que se ha de establecer. Este es el gobierno natural de toda asociación, éste es el órgano nato de la voluntad general.

Esta es también la que confiere un poder a los militares y legitima sus operaciones. Los militares no representan la nación; son los instrumentos de que se sirve para su defensa, y para conseguir su paz y tranquilidad, o sea su independencia y libertad. Antes es un axioma entre todas las naciones libres del despotismo, que la fuerza armada no es deliberante. Deliberar ella y obrar es tan grande absurdo para la libertad como para la justicia ser uno mismo el juez del hecho y del derecho.

En una palabra: militares peleando sin un cuerpo civil o nacional que los autorice, en el mar se llaman piratas, en tierra, asesinos,

salteadores, facciosos y rebeldes, aunque en verdad no lo sean. Y de aquí viene que a pesar de haber tenido nuestros generales mexicanos tantos millares de hombres a sus órdenes, los españoles siempre les han hecho la guerra a muerte como a rebeldes. Yo bien sé que esto es muy mal hecho; pero peor y más chocante sería si hubiese permanecido un Congreso nacional. Por no tenerlo, aunque ya existía una Junta Suprema, se negaron las Cortes de Cádiz a la mediación que en 1812 ofreció la Inglaterra a petición de nuestros diputados, porque no teníamos en México, decían, un gobierno con quién tratar, y sólo la admitían para las demás partes de América que tenían Congresos.

Teniéndolo, no hallarían los españoles razones ni aparentes para disculpar su barbarie aun entre los ignorantes; se hubieran desacreditado enteramente dentro y fuera del reino, y sobrarían vengadores de nuestra sangre. No basta que una cosa sea justa, es necesario que los parezca y revestirla de ciertas formas para que llame la atención de los hombres, y se vean obligados a respertarla por respeto a la opinión general, que al cabo todo lo avasalla.

El mismo asesino Calleja, desde que sonó un Congreso entre los insurgentes mexicanos, ya recurrió para debilitar su influjo a los medios legales, publicando declaraciones de los ayuntamientos de no haber otorgado poderes algunos para representar a sus pueblos. Conoció el tirano la importancia de aquel paso, y que contra él no bastaba tocar a degüello.

Yo soy testigo de que a nombre Congreso en México, se alborotó la Europa para venir a su socorro, y de todas partes se dirigían a los Estados Unidos, generales, oficiales y soldados a millares. Grandes personajes hablaron en orden a nuestras América al rey de Prusia, y a los emperadores de Austria y Rusia, y todos respondieron

que deseaban nuestra independencia, y que estaban prontos a reconocerla luego que tuviésemos un gobierno, y se les enviasen un ministro.

Yo sé que si como Herrera, ministro enviado por el Congreso de Tehuacán, fue a Nueva Orleáns y se sepultó allí por falta de dinero, va a Washington, en el norte de los Estados Unidos, donde lo estaba esperando el Congreso. Se declara la guerra a España en 1815 ó 16. Ya estaban tomadas todas las medidas, y se habían enviado generales a Inglaterra a concertarlas con el partido poderoso que llaman de la oposición para que sobre esto no hubiese alguna.

Uno de los efectos de estas medidas fue la venida de Mina a Norteamérica, a quien debían seguirle Renovales y otros generales, porque también los liberales de España refugiados en Londres (que ahora están en las Cortes) estaban en favor de nuestra libertad para tener un asilo. Pero nada es comparable al deseo que tienen de que la gocemos, nuestro hermanos de los Estados Unidos. En principios de 1815 ya el Presidente había dispuesto se reuniesen a deliberar los americano-españoles que por allí hubiese y le propusiesen los arbitrios o caminos por donde se nos pudiese dar socorro o favorecernos en la empresa.

En fines del mismo año, el estado de la Luisiana, cuya capital es Nueva Orleáns, envió diputados al Congreso ofreciendo todos sus caudales y personas para que se declararse la guerra a España en favor de nuestra emancipación. Y este Estado saludaba la bandera de México con 19 cañonazos como de república independiente, y recibía nuestras presas declaradas buenas por nuestro almirantazgo de Galveston, que en sólo 8 meses produjo 74 mil peso de derechos, aunque no se pagaban de la plata sellada.

Llegó Mina a Baltimore, y sin más fianza que el deseo ardiente de nuestra libertad, quince comerciantes se reunieron para armarle una expedición completa y respetable, y al nombre de armamento para México, toda la juventud más brillante de los Estados Unidos corría para alistarse.

No, no es falta del norte de América que no tengamos el auxilio y la alianza de diez millones y medio de almas a que asciende su población, y de más de doce mil buques que cuenta su marina. Es bestialidad nuestra, que no lo pedimos, ni sabemos ponernos en estado de que se nos dé sin faltar al derecho de gentes, cuyas formas es necesario salvar. ¿Cómo sin faltar a ellas ha de declarar la guerra a España en favor de puñados de insurgentes dispersos acá y allá sin reconocer un cuerpo nacional que los autorice y por consiguiente no presentando otro aspecto que el de reuniones de facciosos armados contra su gobierno antiguo y reconocido?

Proteger tales gentes con una declaración formal de guerra sería alarmar o atraer contra sí a todos los gobiernos, porque en todas partes no faltarían militares que se insurgiesen contra el suyo. Si Francia reconoció la independencia de los Estados Unidos de América, declaró la guerra a Inglaterra en su defensa, y luego hizo lo mismo España, fue después que los Estados de la América inglesa unidos en Congreso declararon su independencia, nombraron generales, y un Poder ejecutivo o Gobierno.

Así Mina, mientras sonaba un Congreso en el reino de México, iba en boga con su expedición, para la cual se presentaban cuadros enteros de oficiales y hasta generales franceses; aún mariscales de Francia pedían ser admitidos en la expedición; artillería, municiones, armas, ropas, buques, víveres todo sobraba.

Pero Terán por las intrigas y seducción del obispo Pérez, disolvió y prendió el Congreso de Tehuacán. Otro general incurrió en la falta de no quererlo admitir cuando quedó libre. Se avisó a Herrera y Toledo leyó sus cartas. Este intrigante, que al nombre de Congreso, se había presentado en la costa con fusiles, pidido oficiales para obrar por Texas, cayó enteramente de ánimo con la disolución del Congreso, y se reconcilió, con el gobierno español. Fue de Nueva Orleans al norte de América, esparció la noticia y toda la fortuna de Mina desapareció como ilusión de teatro. Los comerciantes retiraron sus auxilios y Mina, materialmente sin tener qué comer, cayó postrado en cama., ¡Tanta es la importancia de un Congreso cualquiera que sea!

Fortuna que yo tuviese bastante influjo para conseguir todavía 121 mil pesos, siquiera para conducir 300 oficiales de todas armas y 30 sargentos que estaban ya embarcados con armas y municiones competentes. Todo debía ir a desembarcar en la costa de Veracruz, si hubiese permanecido el Congreso a quien se había mandado a avisar. Pero por su falta, Mina determinó llegar a la isla de Santo Domingo. Allí se le murió la flor de su gente y retrocedió a Galveston para consultar con Herrera, ministro del Congreso, que ya no estaba allí, y por su disolución se había vuelto al reino.

Confirmada la noticia de ella, Mina de desesperado se echó en Soto la Marina con 250 hombres, y por lo que hizo con este puñado desde tan mal punto, se puede conjeturar lo que habría hecho con más y mejor gente por la costa de Veracruz, auxiliando sus operaciones un Congreso, que también habría contenido su impetuosidad juvenil y suplido su falta de talento político y conocimiento del país. Tanto cúmulo de desgracias nos ha acarreado la disolución del Congreso. Es necesario, pues, restablecerlo para restablecernos y salvarnos.

Congreso, Congreso, Congreso luego, luego, luego. Este es el talismán que ha de reparar nuestros males, y atraernos el auxilio y el reconocimiento necesarios de las potencias para que nosotros lleguemos a ser una.

III

¿Y qué, me dirán, necesitamos un auxilio extranjeros los mexicanos para ser libres e independientes? Según la estadística de Humboldt, en 1808 debíamos de ser más de 7 millones y medio, hoy debemos a consecuencia, ser 10, y los europeos serán en todo 40 mil. No necesitamos sino unirnos y acabase. Es verdad; pero ¿quien nos une divididos como estamos por la ambición, mil intereses, pasiones y sicaterías? ¿por los rayos imaginarios de excomuniones abusivas? ¿por el fanatismo son el nombre de religión? por la ignorancia tanto mayor cuanto no la conocemos; por la credulidad borrical de los indultos y promesas del gobierno que no son más que embustes y engaños; por la necedad de creer que España es la primera potencia del mundo, cuando no es sino un rincón miserable, sepultado en la ignorancia y ludibrio de las naciones, entre las cuales no suena sino por el dinero que le damos, y es tan impotente para ampararnos comos para defendernos: por el hábito del miedo que produce esta persuasión, y la crueldad inexorable de nuestros asesinos, que se apresuran a destruirnos, porque saben que de otra manera no pueden sujetar un país inmenso: por el planeta oveja que domina sobre nosotros como descendientes de los indios; y el cometa perfidia que nos vino con la sangre de los españoles? Nadie aprende a andar sin que otros le pongan andaderas. Se da mil golpes si lo intenta.

Es necesario, pues, que una fuerza respetable nos presente un asilo a cuyo entorno no unamos. Yo bien conozco que todo americano es insurgente, porque insurgente no quiere decir sino hombre que conoce sus derechos, aborrece la esclavitud y ama la libertad de su patria. Pero con todo ha diez años que estos mismos americanos están peleando unos contra otros en favor de los tiranos gachupines con gran risa de estos mismos por nuestra imbecilidad. No se reirían si al apoyo de una fuerza respetable, pudiesen los americanos manifestar su corazón y decidirse. Esta misma fuerza impondría silencio a las pasiones de los ruines.

Desengañémonos: por esas mismas miserias ninguna nación soltó comúnmente los grillos de la esclavitud, sin que otra le ayudase a limarlos. Los Estados Unidos de América no se hubieran quizá libertado sin el auxilio de la Francia y de la España, ni ésta sin el auxilio de la Inglaterra, ni aquélla sin el de todas las potencias de Europa. La misma nación que ayuda, atrae sus aliadas a reconocer su favorecida, y la misma nación desposeída se ve obligada en fin a reconocer su independencia.

Es indispensable, pues, para que obtengamos la nuestra un auxilio exterior. Nos lo están brindando los Estados Unidos como hermanos y compatriotas, por su propio interés, porque les falta numerario para su inmenso comercio. Y México, según prueba el sabio barón de Humboldt, produce él solo la mitad del oro y la plata que el resto del universo entero, y aún dice que puede sextuplicarlo. No necesitamos sino ponernos en estado de que nos favorezcan los angloamericanos sin faltar al derecho de gentes estableciendo nosotros un Congreso que represente al Anáhuac, y enviando un

ministro plenipotenciario en solicitud de que nos reconozcan como nación independiente y contrate una alianza ofensiva y defensiva.

A la noticia de haberse efectuado, España se cruza de brazos, y cruzan los mares doce mil buques conduciendo armas y soldados, que se lanzarán a porfía de todo el mundo a esta arena de oro y plata. ¿Qué puede la miserable España, dividida en su interior, y amenazada exteriormente, contra una República, que acaba de mantener cinco años guerra con ventaja a su madre patria, llamada señora de los mares?

Esta misma no aguarda sino lo que he dicho para reconocer y hacer reconocer de todo el mundo nuestra independencia. He aquí la instrucción compendiosa que el jefe de la oposición en Inglaterra dio a Mina al despedirlo para México: un Congreso, un ejército que lo obedezca, y un ministro a Londres, y está reconocida la independencia de México y reconocerla Inglaterra es reconocerla la Europa entera. *Sans tibi Christe*.

IV

Ahora que hemos visto ya la necesidad que tiene nuestra América para libertarse, de un Congreso, un ejército auxiliar y un ministro diplomático, vamos a ver la manera de tener todo esto.

Desde luego tener Congreso, es el huevo juanelo. El general Victoria, por ejemplo, designará entre su gente 17 personas de las diferentes provincias de Nueva España, si es posible (aunque tampoco es necesario absolutamente que lo sean) procurando que sean de las más decentitas e inteligentes. Estas dirán que representan las

Intendencias de México, la capitanía de Yucatán y las 8 provincias internas del oriente y poniente, y aun se añadirán, si se quisiere, otras cuatro personas por el reino de Guatemala, que según las Leyes de Indias pertenece a Nueva España como Yucatán, para comprender así todo el Anáhuac. Estas personas elegirán por Presidente al general Victoria u otra persona la más respetable, por vicepresidente al general Guerrero u otro de crédito: y luego se asignarán un secretario o ministro de Estado o Relaciones extranjeras, otro de Hacienda, y el tercero de Guerra. Estos ministros no pueden ser del Congreso, porque lo son del Poder Ejecutivo o Gobierno. El Congreso elegirá en su seno su Secretario o Secretarios. Y ya tenemos el Gobierno y el Congreso necesarios.

¿Y ésto basta para un Congreso tan preciso y ponderado? Sobra; y si los monos supiesen hablar, bastaría que el Congreso fuese de ellos y dijesen que representaban la nación. Entre los hombres no se necesitan sino farsas porque todo es una comedia. Afuera suena y eso basta. ¿Pero quien ha autorizado a estos monos? La necesidad que no está sujeta a leyes. ***Salus populi suprema lex est.*** En toda asociación los miembros que están libres, están naturalmente revestidos de los derechos de sus consocios para libertarlos. Se presume y supone su voluntad. Exigir más, será sacrificar el fin de los medios. Después que están libres ratifican lo hecho, todo defecto queda subsanado con el consentimiento y todo lo hecho resta firme y permanente. ¿Y quién puede dudar de la voluntad de lo mexicanos para que se les liberte por todos los medios?

En los españoles mismos tenemos las pruebas repetidas y perentorias de todo. ¿Qué fueron duda célebres Juntas Provinciales? un tumulto del más ínfimo y necio populacho enfadado con las

renuncias de sus reyes y crueldades de Murat, a cuya cabeza se puso la de algún fraile y tres o cuatro más exaltadas y desconocidas. Esto se llamó Junta, que quedó vigente porque el populacho mató a las autoridades que se opusieron, los demás callaron de miedo, y la provincia consintió a lo que se había hecho en su capital.

Ninguna provincia sabía de otra, aunque por rabia e instinto casi todas hacían lo mismo. Pero no podía prosperar contra el enemigo en esta anarquía: se gritaba por un centro de poder, y las más juntas cediendo a la justicia de este grito en apariencia, enviaron a Madrid uno o dos de sus miembros a conferenciar solamente sobre los medios de ir adelante en la guerra, y avisar a sus juntas, cuyas órdenes debían esperar. Como para ocultar al pueblo esta ambiciosa retención de poder, se les dieron los poderes e instrucciones con mucho sigilo, los treinta y seis que se juntaron, se levantaron con el poder supremo. Los pueblos que deseaban la concentración del poder y que lo vieron en el sitio real de Aranjuez, de donde estaban acostumbrados a recibir las órdenes, lo obedecieron lo mismo que los ejércitos. Las juntas rabiaron y se negaron. Pero con ocho millones fuertes, que de las obras pías llegaron de México a la titulada Central, levantó 30 mil caballos y se hizo respetar refugiada en Sevilla.

Cuando ésta se perdió, su Junta provincial mandó asesinar a los centrales fugitivos. Estos se juntaron a escondidas en la isla de León, nombraron, sin poderes, una regencia, y echaron a huir por diferentes partes sin atreverse a darla a conocer. Era ilegítima y nula. Pero el embajador de Inglaterra, por evitar la anarquía y la perdición consiguiente, consiguió a fuerza de promesas, que la Junta de Cádiz reconociese a la Regencia. Lo mismo y por lo mismo fueron haciendo las demás. Y cátate el gran gobierno que declaró la guerra a las

Américas y las ha bañado en sangre: el mismo que nos envió al intruso virrey Venegas que comenzó acá la guerra a muerte.

Así como la Central, aunque sin poderes para ello y contra el reclamo de los pueblos, se hizo perpetua, lo mismo quería ser esta regencia procrastinando las Cortes prometidas. El pueblo de la isla de León se insurgió, y entonces la regencia mandó que los españoles y americanos, que huyendo de los franceses se habían refugiado en aquella isla donde estaban sitiados, se eligiesen de entre unos 200 para representar la España y dos para representar la América, añadiéndose dos por Filipinas. Elegidos por sí mismos estos suplentes se instalaron el 24 de septiembre de 1810 y dijeron que representaban la nación. Luego nombraron una nueva regencia o gobierno. Y he aquí las famosas Cortes o Congreso de Cádiz. Los ejércitos lo reconocieron y los pueblos cuando fueron pudiendo; lo reconoció Inglaterra porque le tenía cuenta y lo mismo otras potencias; hicieron luego una Constitución y al cabo quedaron libres.

Hagamos nosotros para tener un Congreso lo mismo que la madre patria; nos reconocerán nuestros ejércitos, y los pueblos según vayan pudiéndolo; nos reconocerán los Estado Unidos de América, de los cuales ya algunos nos reconocen y lo mismo iran practicando otras potencias por lograr nuestro comercio; haremos una Constitución o mejoraremos la que hizo el Congreso Mexicanos cuyas bases eran muy buenas. El declaró la independencia del Anáhuac en Chilpancingo desde 6 de noviembre de 1813, y nosotros la gozaremos completamente con el auxilio que nos darán los Estados Unidos.

¿Con que no será indispensable acordarnos para establecer el Congreso a lo menos con los otros generales? En la tardanza está el peligro; nacen mil dificultades; se opone la ambición, exige condiciones.

Si en España se hubiera querido hacer eso, nunca habría habido Junta Central. Cuesta, que era capitán general por Fernando VII, de Castilla la Vieja, se opuso; la Central lo puso preso. Tampoco quería Cortés la Regencia, pero las quería el pueblo español. La voluntad general del pueblo anahuacense está conocida; él desea un Congreso para salvarse; póngase y él aplaudirá ; su aplauso confirmará la elección de los suplentes. A su favor se pondrá la opinión general, y aquel jefe que esté con el Congreso será el querido y el favorito, y su crédito tendrán que bajar la cabeza los demás.

El Congreso fue lo principal que dio a Morelos la preponderancia, a pesar de los Rayones, una estimación que no se ha perdido en el sepulcro y un nombre esclarecido entre las potencias extranjeras. ¡Ojalá que él hubiese también obedecido al Congreso en no ponerse a combatir con la tropa de Concha! Hoy estaría libre la patria, y él gozando de la gratitud y los premios correspondientes como el primer hombre de la nación Manos a la obra.

No hay que pararse en que el Congreso por los que lo componen sea bueno o malo. Nada de eso saben los extranjeros, donde ha de hacer al eco más importante. Ya se supone que al principio todo no es lo mejor. Pero más vale algo que nada. El médico, que para sacar a un enfermo de los brazos de la muerte quisiese que desde el primer día saliesen perfectas las operaciones de sus remedios, será un loco de atar.

V

Ya están el Congreso y el Gobierno. ¿ Cómo dar aviso a los Estados Unidos? Escribiendo yo este discurso es San Juan de Ulúa decían aquí

las personas, a quienes Herrera y su segundo Zárate habían sustituido sus poderes. Pero el uno está en Buenos Aires y el otro de Secretario de Estado en la República de Colombia, compuesta de lo que antes llamábamos Venezuela y virreinato de Santa Fe. Y luego proseguía así:

En todo caso conviene enviar lo que se llama un mensajero. Un ministro plenipotenciario autorizado completamente para tratar con el gobierno de los Estados Unidos, y cualquiera otra potencia que sea necesario, tratados de paz y guerra, alianzas ofensivas y defensivas, tratados de comercio, auxilios pecuniarios sin límite, respondiendo con las minas de México, e igualmente auxilios militares. Para levantar él mismo ejércitos de mar y tierra, nombrar generales y oficiales provisoriamente, nombrar encargados de negocios o agentes para otras Cortes que convengan, sustituir él mismo la plenitud de sus poderes, nombrar cónsules generales y particulares, dar patentes de corso y hacer todo cuanto le parezca convenir para dar la libertad e independencia a la república anahuacense, cuya capital es México.

El poder ejecutivo, o presidente, es el que expide este nombramiento sellado y autorizado por el secretario o ministro de las relaciones extranjeras. El sello es el nopal sobre la piedra y encima el águila con la culebra a los pies. Dos laureles enlazados cierran todo.

¿Y cómo se enviará el mensajero o se le enviarán los poderes a uno que lo sea? Aquí exponía yo los medios, y designaba algunos sujetos acreditados de quienes podrían acá valerse. Pero los que en Veracruz estaban ya iniciados en la nueva insurreción fueron de parecer que yo debía ser el ministro, y ponerme en proporción. Por eso, vine a La Habana pagando 250 pesos por mi pasaje y de allí me trasladé a la inmediación de este gobierno, y para recibir los poderes del que manda en jefe , envío el buque portador de este pliego.

Téngase por entendido (proseguía yo en el papel) que aunque Nueva Orleans es uno de los Estados Unidos, hay 30 días de navegación (12 por el estimbote o buque de vapor) a los Estados del norte, donde está la población principal, el gobierno y el poder. El Congreso se reúne de noviembre a marzo cada año en Washington, y allí está siempre el Presidente con los ministros. El banco nacional está cerca, en Filadelfia, como también están muy cerca Baltimore y Nueva York.

VI

Es menester, empero, considerar que el ministro plenipotenciario, cualquiera que sea, poco o nada puede sin dinero. Este fue siempre el nervio de la guerra y el eje de todas las operaciones que la empiezan, la acompañan y la finalizan. El mismo ministro para tratarse con alguna decencia, ser respetado y hacer sus viajes, necesita desde luego algún dinero. Se debe dinero también de la expedición de Mina, que no es justo pierdan del todo lo que dieron para el bien de nuestra patria. Es necesario comenzar por satisfacer algo para que avancen más. Los comerciantes no avanzan sin esperanza de ganar, y no siempre se les puede mantener con esperanza de ganar, y no siempre se les puede mantener con esperanzas, porque con éstas no giran, ni hacen sus pagamentos. Es necesario que vean algo y si no es posible dinero, frutos como grana, vainilla, azúcar, etcétera.

Sobre todo, si se quiere auxilio poderoso y pronto, es necesario hacer un esfuerzo para enviar dinero al banco de los Estados Unidos. Sabe todo negociante que sobre un millón se giran seis, y sobre dos, doce. Y sobre un giro de doce millones está libre el Anáhuac sin remedio. ¿Y qué son para él uno o dos millones? ¡Qué crédito le daría

esto a nuestro gobierno! En aquel día quedaba concluida la alianza ofensiva y defensiva.

Tómese un convoy, y avísese al ministro el puerto hacia donde deben presentarse a recibir el dinero, avisando igualmente las señales, y pónganse espías en la costa. El banco nacional dará fragatas de guerra y todo lo necesario para asegurar el recibimiento del dinero. Y échense a dormir, que a vuelta de correo, como dicen, todos los puertos están bloqueados y hecho un poderoso desembarco. Se procurará desde luego tomar un puerto y fortalecerlo entonces para que en él se vayan sucediendo tropas y armas. Y el ahínco será abordar la capital, donde están los recursos, las autoridades, el golpe de la población, y de donde el pueblo está acostumbrado a recibir las órdenes. Tomarla es abreviar o concluir la guerra. Esta era la táctica de Napoleón, y paralizaba los reinos atónitos.

VII

He dicho los medios de salvar la patria. Pero no alcanzo cuáles han sido los que mis paisanos se han propuesto tener por el Mar del Sur haciendo de aquel lado la guerra y tomando puertos. ¿Aguardan auxilios del emperador de China? Son los únicos que por allí les podrían venir. Para irles de la Europa o los Estados Unidos de América era menester dar vuelta al mundo, pasar la línea en cuyos avanzados calores perecería de escorbuto la mitad de la expedición, aguardar los meses de diciembre y enero, únicos en que se puede navegar el Cabo de Hornos, para dar vuelta al Polo Antártico, esperar de allí los seis meses en que los vientos papagayos permiten abordar las costas

del sur, y al cabo de uno o dos años y de millones de pesos gastados, desembarcar allí con la quinta parte de su gente. ¿Se puede imaginar locura semejante? Sólo un aventurero desprendido de las repúblicas de Chile y Buenos Aires puede arribar por ahí, como dicen ha llegado Lord Cocrane y se le ha entregado Guayaquil. Es menester, en verdad, que el país se entregue, porque por allí nunca pueden llegar fuerzas de provecho.

¡Mexicanos! Del norte nos ha de venir el remedio: por acá es donde se ha de trabajar para tener un puerto, mantener comunicación y recibir socorros. Todo cuanto se haga por el sur es perdido. El Profeta decía a los judíos que ***del norte les vendría todo el mal***, porque por allí quedaban sus enemigos. A nosotros del norte nos ha de venir todo el bien, porque por allí quedan nuestros amigos naturales.

Diciembre de 1820

El sentido humanista de la Revolución Mexicana[146]

Vicente Lombardo Toledano/ Fotógrafo: Carl Mydans © Time Inc.

Vicente Lombardo Toledano

Los detractores de la Revolución Mexicana gustan de hacer aparecer a nuestro movimiento popular —cuando se dignan concederle alguna significación histórica— como una acción que tiene exclusivamente los caracteres de una conquista de bienes materiales. Se dice que la exaltación constante de los valores económicos, por encima de los otros bienes del hombre más importantes que el aumento de salario, que la casa higiénica, que el médico y las medicinas, que la indemnización por los accidentes de trabajo y por las enfermedades profesionales; valores que colocan al hombre en el primer rango de la escala de los seres vivos: los valores del espíritu, son bienes por los que hasta hoy no ha propugnado la Revolución Mexicana, circunstancia por la cual ningún propósito superior preside nuestras luchas sociales de los últimos veinte años. Se hace, en suma, a la Revolución, el mismo cargo que los enemigos de las doctrinas socialistas formulan contra el gran movimiento del proletariado del mundo, iniciado sobre bases

[146] Publicado originalmente en la *Revista Universidad de México*, tomo I, núm. 2, diciembre, 1930.

sólidas a partir del manifiesto del Partido Comunista que redactaran Carlos Marx y Federico Engels.

Sin embargo —este es el objeto de mi artículo—, quiero recordar que una revolución es siempre la exaltación de los valores espirituales, la elevación de la personalidad humana en todos sus aspectos, de tal manera que no se concibe ninguna alteración social que merezca el nombre de revolución, que no haya realzado con pasión y sinceridad la substancia espiritual del hombre. Tan cierto es este hecho que puede tomarse como el rasgo distintivo de las revoluciones, comparadas con las otras inquietudes sociales. Éstas, por importantes que sean, no adquieren nunca, pesar de todo, el sello de los hechos trascendentales, carecen del valor teológico que tienen aquéllas, no poseen la misión extraordinaria de valorizar el pasado y el presente para crear un porvenir mejor, más justo, más humano.

Para confirmar esta afirmación basta con tener presente que las grandes conmociones históricas, que señalan el principio o el fin de las diversas épocas en la vida de la humanidad, han tenido como fisonomía propia el afán de encarecer los fines más altos de la conducta. Así, por ejemplo, el Renacimiento no es como algunos suponen, un simple retroceso hacia los gustos, las actitudes y los juicios del mundo pagano. Es verdad que mira al pasado; pero principalmente ve al porvenir, como ocurre con toda época de juventud, que alienta por sí misma y presta su ánimo a todo lo que toca, remozándolo, como una primavera extraordinaria. Por este concepto de fuerza renovadora que lo distingue, es posible apreciar como surge el Renacimiento, en diversas formas, desde el mismo corazón de la Edad Media, ya en la expresión literaria que rompe con la actitud hierática o severa

de la vida de entonces y rinde culto a la gracia, o se inspira en la pasión terrestre como pasión íntima, libre, como ocurre en el gran Abelardo o en la leyenda de Tannhauser, o en la obra filosófica que se mofa de la nobleza por nacimiento y asienta el valor del hombre en el hombre mismo, como lo cantan las estrofas inmortales de Dante. Y a medida que alcanza perfección este sentido de libertad, de juicio, el Renacimiento pasa a ser acción, a veces extraviada por amar sin medida la razón y creer con fervor casi místico en las posibilidades infinitas de la voluntad —como en Maquiavelo—; pero siempre devota de la liberación humana por obra del humano querer, como medio para gozar de la vida superior, en la que el espíritu, en perpetua creación, puede entregarnos el misterio de la existencia y enseñarnos el camino del constante progreso.

Logra el Renacimiento unir a Dios y al hombre concibiendo un mundo optimista y fecundo: unión distinta a la medieval, que es más sujeción austera del ser humano hacia Dios, que relación amorosa entre el Padre y el Hijo de los Evangelios. El Renacimiento abomina de las relaciones de dependencia, concibe la vida como la obra mejor de hombre y por eso se la entrega totalmente; y surge una nueva pintura una nueva escultura, una arquitectura vigorosa, un concepto más amplio del mundo, es decir, una nueva geografía y una nueva historia, y un nuevo concepto de la finalidad de la conducta, una ética juvenil que espiritualiza la tierra y hace del hombre un sincero admirador de todo lo creado.

El Renacimiento es, por tanto, una de las épocas de la historia que mejor que otras purifica el ambiente de la vida. Y cada vez que esto ocurre, cada vez que hay una crisis en la que sucumbe no los bienes materiales ni los valores políticos, siempre circunscritos al instante en

que se vive —fungibles al fin— sino los bienes imperecederos, los que el hombre jamás se resigna a perder, se produce un levantamiento popular. La apariencia puede ser la de un movimiento político, la de una sublevación por alcanzar mayores bienes materiales; pero en el fondo lo que se disputa es mayor respeto a la calidad de hombre, mayor libertad, mayores posibilidades de realizar, un fin en la vida. La miseria no es sólo la queja que brota del organismo insatisfecho, es, principalmente, la protesta del espíritu condenado a la inacción, a causa del empleo total del esfuerzo humano en la búsqueda de los bienes elementales de la vida biológica. Mientras la renta personal permite el ocio –el tiempo que no se emplea en subvenir a las necesidades físicas– que proporciona la posibilidad de pensar y de actuar al servicio de satisfacciones no corporales, la desigualdad económica no provoca movimientos de importancia histórica; pero cuando rebaja al hombre en dignidad y eleva los bienes materiales a la categoría de ***desiderata*** de la existencia, engendra siempre una inconformidad vigorosa que asume todas las formas, desde el alegato filosófico hasta la lucha armada. Por eso los regímenes de opresión son odiados por todas las fuerzas humanas; por la carne hambrienta, por el espíritu aherrojado, por la voluntad condenada a ejercicios sin trascendencia. Ahora se comprenderá por qué a un concepto de sumisión moral corresponde siempre –como en la Edad Media– una sumisión económica, y por qué el siervo del señor feudal no sólo carece de tierra y de alimentos, sino también de alegría y de confianza en sí mismo. Por estas causas el Renacimiento –exaltación del hombre– es una revolución verdadera.

La Revolución Francesa es, asimismo, una revolución en lo que tiene de postulado romántico en favor de la libertad. Como lucha económica no es, en el fondo, sino la guerra de los burgueses contra

la monarquía y la nobleza; como programa jurídico, se traduce a la postre en la negación de la libertad, que soñaba alcanzar, preparando el advenimiento del régimen capitalista. Pero la sangre vertida por el pueblo y los principios que campearon en la Asamblea Constituyente, deben ser considerados como un sacrificio y un homenaje a la causa del hombre libre, del ser dotado naturalmente de la facultad de crear su propio destino.

La queja popular tiene ese dramático sentido: lo mismo la queja del siervo —del campesino paria— que la de los obreros asalariados, que la del fabricante pobre, que la del infeliz artesano -del compañero sujeto a la férula del maestro, víctima a su vez del comerciante- que la del eterno aprendiz que no sabe cuándo podrá ser dueño de su habilidad, que la de todos los que sufren las consecuencias de un régimen de monopolio de los bienes morales y de la riqueza económica.

La protesta de los preparados también tiene un sentido humanista. El hablar de los derechos del hombre como base y objeto de las instituciones sociales, el elevar a la categoría de una idea platónica la existencia del hombre por encima de los hombres individuales y de las castas dominantes en Europa por razones de superioridad de sangre o de herencia —que caracterizó los discursos apocalípticos de los directores del movimiento—, equivale a protestar por el ultraje hecho a la vida de la mayoría absoluta de los habitantes de la Europa, por una minoría de conculcadores de la riqueza material y del libre albedrío. Se pronuncian oraciones en la Asamblea que conmueven por su hondo sentido humano. El principio de que todo lo que existe en la tierra es propiedad del hombre —no de los grupos

privilegiados—, medio para que pueda realizar un fin en la vida, a pesar de las contingencias de la historia, fulgura en las tribunas que se levantan por doquier como fuego que caldea el corazón de las masas. Sólo el poder de la visión sugestiva de una vida mejor, puede explicar el frenesí de ese gran movimiento que inaugura la edad moderna.

La tercera revolución de la historia de los pueblos de cultura mediterránea, el socialismo, es también un movimiento por los fueros del espíritu, por la libertad del hombre en el sentido integral de la palabra. Como el Renacimiento, trata de elevar al hombre de la situación en que se halla —situación de esclavo— para colocarlo a la cabeza de la vida. Esa es la razón de la agitación de las masas; por eso tienen tantos puntos de contacto las reivindicaciones sociales de nuestros días con el Renacimiento, con el deseo utópico de la Revolución Francesa, y, al mismo tiempo, con la visión de una vida interior, opuesta a la vida que sólo persigue la riqueza material, que caracteriza al cristianismo.

Y lo que de importante tiene la Revolución Mexicana es su carácter de movimiento socialista. Su significación histórica consiste en la exaltación del paria, en la elevación del campesino, en la dignificación del obrero, sujetos a la tiranía económico, política y moral de un grupo que reserva para sí todos los dones de la vida y trata de hacer olvidar —en su propósito de obtener siempre mano de obra barata y sumisa— que hay un fin más alto que el de lograr la comida y el de atesorar riquezas del mercado, evitando, así, mediante la supresión de toda inquietud espiritual, la sublevación de la muchedumbre de inconformes.

La proclamación de la libertad política, en labios de Madero, significa la participación de todos los ciudadanos de México en

el gobierno del país, sin exclusivismo de casta. El grito de "Tierra y libertad", de Emiliano Zapata, entraña el deseo de vivir mejor desde el punto de vista material y moral. La declaración de principios de los primeros congresos obreros —mejor jornada de trabajo, más salario, escuelas sin orientación burguesa, religiosas o laicas— encierra, asimismo, el deseo de una distribución más equitativa de los bienes económicos y espirituales. Subversión de valores, en suma: libertad económica para lograr la libertad del espíritu. El grito arranca de lo hondo del pueblo, que defiende lo más preciado que tiene el hombre: su destino de creador, anquilosado y maltrecho bajo la dictadura.

Es cierto que no tuvimos, por desgracia, un grupo de hombres superiores que preparan debidamente la revolución. Es verdad, que carecimos de exponentes de genio que hicieran patente la necesidad del cambio social, demostrando con obras estéticas de valor indiscutible, la urgencia de romper con todos los conceptos sobre la vida de aquella época. No contamos con artistas y sabios que resumieran la cultura humana y representaran en forma ciclópea la profunda inquietud de las masas, como los hombres del Renacimiento. Tampoco oímos la voz de los valuadores del siglo XIX mexicano, revelando la conmoción social próxima y presidiéndola anticipadamente, como los hombres de la Enciclopedia en Francia, autores de la revolución del 79. Nadie iluminó con bastante luz el camino que habrían de recorrer tumultuosamente en la primera década de esta centuria, nuestros trabajadores atormentados e incultos. Pero a falta de precursores de esta significación, tuvimos hombres que, concomitantemente al conflicto, señalaron en todos sus aspectos el error del régimen social, imperante. Su palabra, la única, guió, a pesar de todo, a quienes tuvieron la capacidad de comprenderla y sigue

alentando —como fuerza oculta por no haberse difundido bastante todavía— la inconformidad evidente del pueblo, que no ha recibido aún los beneficios que de la Revolución esperaba.

Analizar estas ideas primeras de nuestra época, es conocer el sentido de la Revolución Mexicana. Saber si aún subsisten, comprobar si su poder de exaltación no se ha extinguido, es predecir la suerte de la Revolución misma; porque circunscribir el destino de las ideas a los errores de los hombres que dicen servirlas, es equivocar el método de la investigación histórica. Si las ideas son válidas por sí mismas y si alienta todavía en los que persisten en conseguir el cambio en la organización de la vida, no importan ni la claudicación de los gobernantes ni la prevaricación de los líderes circunstanciales. Aun tratándose de hombres de primera línea no hay que olvidar que la historia no es el elenco de los héroes de Carlyle ni el proceso de la vida biológica: seguirá siendo la ruta de las fuerzas espirituales cimentadas reciamente en la conciencia colectiva.

Los hombres de quienes hablo fueron la generación de intelectuales de 1910, y los primeros escritores obreros y predicadores de la revolución social. La generación de 1910 tiene una importancia histórica no estudiada aún. Se le reconoce una gran significación literaria; pero se ignora o se pretende ignorar la trascendencia de su obra en la cultura de México y en la orientación de nuestras ideas morales. Para entender esta obra es preciso recordar que los integrantes de las clases directoras del país, durante casi medio siglo habían sido —inconscientemente los más— prosélitos de nuestros gobiernos detentados por pequeños grupos, que necesitaban, para poder medrar, de la aceptación tácita de su programa por parte de

los cultos y de los semiletrados, y de la ignorancia permanente de las masas a las que explotaban.

Todo programa de gobierno descansa en una teoría moral, es decir, en una doctrina social que condiciona el derecho y la educación y que produce un régimen económico que es, al mismo tiempo, su sostén principal y su finalidad última. La teoría moral de nuestros gobiernos, a partir de la Reforma, expurgada de toda idea perteneciente a nuestra tradición humanista por el régimen de Porfirio Díaz, se basaba en la creencia de la esterilidad de toda búsqueda concerniente a las causas de la vida y del mundo, declarando *a priori* la incapacidad del hombre en ese empeño; circunscribió la investigación a los hechos positivos y sobre éstos asentó la ética que resultó, lógicamente, una norma inspirada en las leyes de la biología general. De acuerdo con éstas, la vida social no es sino la prolongación de la lucha por la existencia que se cumple en todos los órdenes del mundo orgánico; triunfan los aptos, perecen los impreparados; debe protegerse, en consecuencia, a los que han sabido vencer. El derecho debe amparar la libertad humana, instrumento natural de la lucha por la vida, y el fruto de la libre concurrencia de las acciones: la propiedad. Cada quien posee, en conclusión, lo que debe poseer, porque es lo que ha podido lograr en el juego natural de las fuerzas sociales. Así, mediante este sorites cuya primera premisa proporcionan la doctrina positivista y la biología, pretendió justificar la dictadura porfirista la desigual distribución de la riqueza pública y la tremenda separación espiritual entre la minoría privilegiada y las masas incultas de nuestro país, empleando para ello la escuela, que le dio prosélitos entre los que crean y orientan la opinión pública, la prensa, el púlpito y la tribuna política. La generación de 1910, a cuyo frente se destacó un grupo brillante de jóvenes autodidactas,

eco sincero de la inquietud general en que vivía México hacía años, se irguió frente a esta teoría social. Por la primera vez, después de largo y lastimoso mutismo de la clase intelectual de México, ante nuestros más graves problemas morales, refutó públicamente la base ideológica de la dictadura. Contra el darwinismo social opuso el concepto del libre albedrío, la fuerza del sentimiento de responsabilidad humana que debe presidir la conducta individual y social; contra el fetichismo de la ciencia, la investigación de los "primeros principios"; contra la conformidad burguesa de la supervivencia de los aptos, la jubilosa inconformidad cristiana de la vida integrada por ricos y miserables, por cultos e incultos y por soberbios y rebeldes. Pensó, con razón, que era preciso acercar otra vez el espíritu a las fuentes puras de la filosofía y de las humanidades, y que era menester generalizar estas ideas no sólo entre la clase ilustrada sino también entre el pueblo. Fundó, para lograr su propósito, el Ateneo de la Juventud -institución gloriosa no estudiada suficientemente aun entre nosotros- y la Universidad Popular Mexicana, el primer centro libre de cultura de nuestro país y la primera casa de divulgación de las ideas centrales de la vida, después de medio siglo de rebeldías espirituales ignoradas y de aceptación fervorosa o callada del positivismo imperante.

La obra tardó casi un lustro en prepararse. Corría el año de 1906; en el taller de un arquitecto joven, excepcional por su cultura, profundo crítico de arte, espíritu de gran sensibilidad —prematuramente muerto—, se reunían, además del arquitecto Jesús Acevedo, Antonio Caso, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán y otros, muchos para nuestro raquítico medio culto de entonces, del cual era casi imposible obtener hombres con inquietud espiritual, conscientes de su propia inquietud. Se leían las obras que

habían de servir de guía en la obra de renovación, abandonando el siglo XIX francés en letras y el positivismo en filosofía. La literatura griega, los siglos de oro españoles, Dante, Shakespeare, Goethe, las modernas orientaciones artísticas de Inglaterra, comenzaban a reemplazar el espíritu de 1830 y 1867. Con apoyo en Schopenhauer y en Nietzsche, se atacaban ya las ideas de Comte y Spencer. Poco después comenzó a hablarse de pragmatismo:

> Una vez nos citamos —dice uno de ellos—[147] para releer en común ***El banquete*** de Platón. Éramos cinco o seis esa noche; nos turnábamos en la lectura, cambiándose el lector para el discurso de cada convidado diferente; y cada quien le seguía ansioso, no con el deseo de apresurar la llegada de Alcibíades, como los estudiantes de que habló Aulo Gelio, sino con la esperanza de que le tocaran en suerte las milagrosas palabras de Diótima de Mantinea... La lectura acaso duró tres horas; nunca hubo mayor olvido del mundo de la calle, por más que esto ocurría en un taller inmediato a la más populosa avenida de la Ciudad.

Al celebrarse el centenario de la patria, la generación del Ateneo había madurado ya, coincidiendo con la iniciación del movimiento popular contra Porfirio Díaz. Las conferencias que entonces sustentaran seis de sus más vigorosos miembros,[148] expresan en toda su plenitud el pensamiento de los hombres de México que con su palabra cierran la historia del siglo XIX en nuestro país. Deseo leer algunos fragmentos de esas conferencias; pero antes, a manera de pórtico del pensamiento nuevo, unas líneas de la plática de Chucho Acevedo titulada "La arquitectura colonial en México". Acevedo escribió poco, al morir no

[147] Pedro Henríquez Ureña. Conferencia a la que se hace referencia después.
[148] *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, Imprenta Lacaud, 1910.

dejó ningún libro; pero sus amigos reunieron en un volumen algunas de sus opiniones:[149]

> En punto a cultura -pregunta-, ¿no es verdad que nos aflige extremada penuria? De nuestra gran tradición y amor a las letras latinas, que en los siglos XVII y XVIII constituían el áureo manto de la colonia, sólo quedan raros jirones. Apenas si en las penumbras claustrales se cultiva hoy la sabiduría de los clásicos; sólo que ahí es raro que se produzcan sus mejores frutos, los que implican ponderancia y gracia no desligadas de las humanas direcciones, sino antes bien, de ellas naturalmente nacidas. La más insólita de las apariciones es por cierto la de un clásico. Raros son los que viven de acuerdo con su tiempo, los que llenos de viva curiosidad se interesan por la actualidad del mundo, siempre relacionada, aun en sus fugitivas apariencias, con épocas más o menos distantes. Casi pudiera decirse que las humanidades tienen por principal objeto hacer amable cualquier presente. Fundarse en el examen de la antigüedad, que conoció las mismas pasiones que hoy son dueñas de las voluntades, para comprender y aquilatar los perfiles del día, constituye actividad clásica por excelencia.

José Vasconcelos, en su conferencia sobre "Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas", hace una valoración certera del positivismo en relación con las inquietudes de la época. En uno de sus pasajes finales declara:

> El positivismo de Comte y Spencer nunca pudo contener nuestras aspiraciones; hoy que, por estar en desacuerdo con los datos de la ciencia misma, se halla sin vitalidad y sin razón, parece que nos libertamos de un

[149] Jesús Acevedo, *Disertaciones de un arquitecto*, México, Edición México Moderno, 1920.

peso en la conciencia y que la vida se ha ampliado. El anhelo renovador que nos llena ha comenzado ya a vaciar su indeterminada potencia en los espacios sin confín, donde todo aparece como posible. ¡El mundo que una filosofía bien intencionada, pero estrecha, quiso cerrar, está abierto, pensadores! Dispuestos estamos para acoger toda gran novedad; mas habituémonos a ser severos, en nombre de la seriedad del ideal.

Al proclamar la libertad es urgente prevenirnos contra las alusiones y perversiones de la especulación. La certidumbre absoluta de la verdad, todos la hemos sentido, alguna vez, algún instante en nuestras vidas, instante de claridad que puede volver, que puede producirse de nuevo, quizá muy pronto, ahora mismo, en la meditación del momento próximo; mas también con frecuencia la vida nos absorbe demasiado, nos mantiene en ceguedad y en olvido.

Solicitados y oprimidos por el ideal que está siempre, como un ambiente, alrededor nuestro, no lo entendemos, no lo advertimos, y andamos vacilantes, como pompas de jabón que flotan en el aire inciertas y vacías hasta que la presión las revienta y las agranda en su universalidad etérea.

Pero ciegos o iluminados, no nos falta la fortaleza que desdeña los tropiezos. ¡Camina erguido, hombre de ideal! Lleva tu corazón como lago que derrame por todos sus bordes agua pura; ahoga tu violento egoísmo en el desinterés más poderoso. Un alto desdén matará el ansia de goce; una firme indiferencia, el temor, y cuando no te interesen tu deseo y tu ambición, tu amor y tu alegría, serás inquebrantable; un fulgor de grandeza serena, sobre las cosas que pasa y van… no importa a donde.

Antonio Caso[150] al comentar la obra del educador y moralista don Eugenio M. de Hostos, dice:

[150] Conferencia sobre "La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos"

La base lógica de la moral de Hostos es el concepto de la euritmia universal construido sobre la noción de ley natural. Para Hostos como para Montesquieu, toda ley es "expresión necesaria de las relaciones de las cosas", y la ley moral, expresión, necesaria también, de las relaciones de la naturaleza física con el mundo social y moral. Por esta razón, según os lo he dicho con anterioridad, juzga el filósofo que el ritmo universal del mundo se prolonga hasta el fondo interior del alma humana; y la civilización y la moralización le aparecen como aspectos o resultados superiores de la progresiva racionalización y ***conscifacción***, como él mismo dice, sirviéndose de un enérgico y feliz neologismo.

Al conceder un valor metafísico absoluto a las uniformidades de coexistencia y secuencia que determinan el conocimiento científico, esencialmente relativo; al sostener, con Spinosa, Hegel y Taine, la concatenación lógica entre los atributos y modos del ser, Hostos sienta como consecuencia ineludible de su concepto sintético de las leyes naturales, este postulado fundamental, que carece totalmente de demostración dentro de su sistema: la esencia del mundo es racional, es decir, adecuada a la constitución intelectual de la mente humana.

Pero Caso —líder de la inquietud de su país y de su siglo— no acepta la tesis:

No -exclama-, el universo no es el monstruoso ser geométrico que se desarrolla en la paz de su esencia inefable desplegando infinitamente sus modos y sus atributos infinitos. No, la vida no puede reducirse a las proporciones lógicas del análisis, que en el momento de acercarse hasta ella la destruyen con su aparente exactitud, cuando creen reducirla, y la

niegan cuando piensan comprenderla. No, el alma humana es más que razón; es lo que la historia de la especie exhibe en las formas simbólicas del heroísmo y del amor. La voluntad no es facultad satánica esencialmente negativa y perversa como quiere Hostos, sino fuerza victoriosa o vencida, pero en actividad extraordinaria, que se adapta al bien y lo realiza, sobre las vicisitudes inherentes a la existencia, fundando así el resorte prepotente de la evolución de los pueblos y de los individuos.

De la libertad metafísica, "dato inmediato de la conciencia", confesión unánime del sentido común de la humanidad que jamás podrá destruir ningún determinismo, de las facultades capaces de armonizar con prescripciones imperativas de la razón en concordancias más heterogéneas que las que finge el monismo panteísta, de ahí proceden las necesidades morales, aspiraciones colectivas y personales que constantemente se agitan queriendo ser en el fondo de la conciencia, para aparecer más tarde como síntesis de la vida y del ideal, surgiendo con incalculable belleza en las acciones de los hombres, en las relaciones de los pueblos, en los ensueños de los utopistas, en las reivindicaciones de los oprimidos, en el apostolado de los santos, en las creaciones anticipadoras de los poetas y de los videntes. Mundo que se afianza como por su raíz al mundo que es y florece como un inmenso árbol bajo cuyos solemnes ramazones contemplan los ojos atónitos de los hombres la plenitud del cielo...

No hay que dejarse seducir, por los que piensan edificar la moral sobre bases científicas, por más venerables y conscientes que sean sus propósitos; la ciencia no puede ofrecemos sino resultados relativos, nunca normas necesarias de acción; y sólo en virtud de principios necesarios se puede obligar a seres de razón como los hombres.

Es desconocer la esencia propia de la especulación científica, pedirle datos para la elaboración de las teorías morales. Hostos desconoció

> el valor contingente de las leyes cósmicas: por eso construyó sobre bases deleznables su sistema orgánico de moral social, por eso incurrió en las contradicciones que he procurado desprender al analizar imparcialmente las teorías que prohijara. "Su preferencia otorgada al pensar sobre el sentir y el querer", lo condujo a simplificar el cuadro real de la existencia y a impedir que la verdadera armonía del universo se concibiera en toda su integridad por su luminoso espíritu de apóstol.

Se verifica, al mismo tiempo, la creación de la Universidad Nacional de México. En la ceremonia inaugural, don Justo Sierra —que siente la necesidad del cambio en las ideas—, pronuncia su famoso e impecable discurso desde el punto de vista literario, en el que declara que la filosofía, que hace tiempo vaga como una figura implorante alrededor de nuestros centros superiores de estudio, tendrá al fin franca acogida en la institución que se organiza con el propósito de presidir la obra intelectual y moral del país.

Y es de tal trascendencia toda esta renovación, que el más distinguido de los representantes del positivismo, el ingeniero don Agustín Aragón, refiriéndose a la entrada de la filosofía en las aulas de la Universidad, refuta públicamente el hecho en forma vehemente.

> ***Implorante***, sí, tenía que ser, declara:[151] Cuando la cultura científica disciplina el entendimiento y éste ha podido apreciar siquiera en compendio lo que son el mundo, la sociedad y el hombre, yendo de lo menos complexo a lo más complexo, de lo independiente a lo dependiente, de lo más abstracto a lo menos abstracto, entonces, filosofía significa ***conjunto de las verdades más***

[151] Agustín Aragón, "La nota más discordante del Centenario". Comentario inexcusable y dos discursos del secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, Tip. Económica, 1910.

> *elevadas, quiere decir suma organizada de la ciencia, tiene el sentido de ciencia de la cual son ramas todas las demás y se mira como la ciencia de las leyes fundamentales*. Siendo así, o considerada la filosofía como la ciencia de las ciencias, como la totalidad de las leyes científicas que gobiernan todos los fenómenos, desde los numéricos hasta los morales, y circunscribiendo su papel a ligar entre sí a todas las ciencias, coordinando sus resultados generales para reducidos a la mitad, "las espléndidas hipótesis que intenta ***explicar*** no ya el '***cómo***' sino el '***porqué*** del universo" (J. Sierra), quedaban proscritas, por inverificables, porque el modesto saber demostrable enseña que las cosas suprasensibles escapan a nuestra limitada inteligencia, porque el espíritu humano no puede penetrar al dominio de las nociones absolutas, no tiene lámparas para alumbrar esos sitios, y los que creen conocerlos, nada demuestran, sólo afirman, nada observan, todo se lo imaginan. Por eso el honrado Vigil confesó paladinamente que él, en su cátedra, ***contradecía*** las enseñanzas de sus colegas los profesores de ciencias, y que esa falta de unidad de miras ponía de manifiesto la deplorable anarquía en que se hallaba la Escuela Nacional Preparatoria.
>
> ¡Bendita separación de la Iglesia y el Estado, consolidada con las enseñanzas de Barreda, que proscribe las fantasías de los metafísicos, en nuestras escuelas y cierra las puertas de éstas a esas estériles divagaciones!

Quizá los positivistas ortodoxos, sinceros en su fidelidad a la ciencia con sinceridad puramente especulativa, no alcanzaban a ver el ambiente de esterilidad espiritual creado entre la clase ilustrada del país —la clase directora, en suma— por su tesis agnóstica respecto de los problemas que más preocupan al hombre y por la doctrina moral que de tal filosofía se deriva: moral —como he explicado— que circunscribe al hombre al medio en que vive, por más que haga del

hombre mismo un culto que pretende tener el valor de una religión; pero que suprime *a priori* de la conducta su fe en sí misma, que tiene en cambio siempre que se basa en el reconocimiento de la facultad creadora de la voluntad, a pesar del determinismo de las leyes biológicas y de la incompetencia de la razón para conocer el origen de los fenómenos del universo.

La generación del Ateneo no sólo notó ese ambiente; lo sintió pesar sobre el pueblo todo; se dio cuenta de que la moral del porfirismo había creado un derecho sin humanismo, sin cristianismo, un concepto del Estado ajeno a la lucha de clases y una educación sin estética libre y sin preocupaciones metafísicas, calculadora, carente de entusiasmo por la redención de los humildes y con la vista siempre fija en el modelo europeo.

La Revolución dispersó al grupo de amigos que siguieron actuando al servicio de su convicción en diversos lugares; pero su doctrina alcanzó bien pronto el valor de la enseñanza sistemática en labios del maestro Antonio Caso, quien al entrar en la Escuela de Altos Estudios, por la vía de la docencia libre, empezó a guiar a la juventud universitaria con palabra brillante y sugestión irresistible. Al mismo tiempo, la Universidad Popular prosiguió su noble tarea de difundir la cultura y de trabajar por un México de fisonomía propia. La Revolución en cierto sentido es un descubrimiento de México por los mexicanos. Al Ateneo se le debe también en parte el haber iniciado esta reconquista: Federico Mariscal, como su colega Acevedo, aboga por la restauración de la arquitectura nacional.[152] México, afirma ante el auditorio de la Universidad Popular, tiene una tradición de la que debe sentirse orgulloso; pueblo sin arquitectura es como un hombre

[152] Federico E. Mariscal, *La patria y la arquitectura nacional*, México, Imprenta Stephan y Torres, 1915.

sin voz; no desnaturalicemos, en un afán de imitación a lo extranjero, lo que forma parte de nuestro propio espíritu; seamos siempre nosotros mismos y dejemos a las piedras que digan nuestro pensamiento social; ellas hablan a veces mejor que la palabra...

La exaltación del hombre, la apertura de horizontes espirituales sin límites, se presentaban, así, a las generaciones en formación y a los descontentos de la esterilidad del medio culto de México, como estímulos de acción. El sentido de un nuevo humanismo se apoderó rápidamente de quienes meditaban en la hora. Pedro Henríquez Ureña, el Sócrates del grupo, como le llamaban sus propios compañeros, de una inteligencia privilegiada y de una cultura desusada en México, hizo la explicación de la nueva tendencia al celebrarse el segundo aniversario de los trabajos formales de la Escuela de Altos Estudios. Pronunció entonces el mejor discurso que se ha dicho en nuestro país en favor de las humanidades y que, según creo, jamás fue publicado.[153]

Dice el elogio de una de sus partes:

> Las humanidades, viejo timbre de honor en México, han de ejercer sutil influjo espiritual en la reconstrucción que nos espera. Porque ellas son más, mucho más, que el esqueleto de las formas intelectuales del mundo antiguo: son la musa portadora de dones y de ventura interior, ***fors clavigera*** para los secretos de la perfección humana.
>
> Para los que no aceptamos la hipótesis del progreso indefinido, universal y necesario, es justa la creencia en el ***milagro helénico***. Las grandes civilizaciones orientales (***arias***, semíticas, mongólicas u otras cualesquiera) fueron sin duda admirables y profundas: se les iguala a menudo en sus

[153] "La cultura de las humanidades". Discurso pronunciado en la inauguración de las clases del año de 1914, en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, por Pedro Henríquez Ureña. Original en mi poder.

resultados, pero no siempre se les supera. No es posible construir con majestad mayor que la egipcia, ni con elegancia mayor que la pérsica; no es posible alcanzar legislación más hábil que la de Babilonia, ni moral más sana que la China arcaica, ni pensamiento filosófico más hondo y sutil que el de la India, ni fervor religioso más intenso que el de la nación hebrea. Y nadie supondrá que son esas las únicas virtudes del antiguo mundo oriental.

Así, la patria de la metafísica budista es también patria de la fábula, del *thier epos*, malicioso resumen de experiencias mundanas.

Todas estas civilizaciones tuvieron como propósito final la estabilidad, no el progreso; la quietud perpetua de la organización social, no la perpetua inquietud de la innovación y la reforma. Cuando alimentaron esperanzas, como la mesiánica de los hebreos, como la victoria de Ahura Mazda para los persas, las pusieron fuera del alcance del esfuerzo humano: su realización sería obra de las leyes o las voluntades más altas.

El pueblo griego introduce en el mundo la inquietud del progreso. Cuando descubre que el hombre puede individualmente ser mejor de lo que es y socialmente vivir mejor de como vive, no descansa para averiguar el secreto de toda mejora, de toda perfección. Juzga y compara; busca y experimenta sin tregua: no le arredra la necesidad de tocar a la religión y a la leyenda, a la fábrica social y a los sistemas políticos. Mira hacia atrás, y crea la historia; mira al futuro, y crea las utopías, las cuales, no lo olvidemos, pedían su realización al esfuerzo humano. Es el pueblo que inventa la discusión; que inventa la crítica. Funda el pensamiento libre y la investigación sistemática. Como no tiene aquiescencia fácil de los orientales, no substituye el dogma de ayer el dogma predicado hoy; todas las doctrinas se someten a examen, y de su perpetua sucesión brota, no la filosofía ni la ciencia, que ciertamente existieron antes, pero sí la evolución filosófica y científica, no suspendida desde entonces en la civilización europea.

El conocimiento del antiguo espíritu griego es para el nuestro moderna fuente de fortaleza, porque le nutre con el vigor puro de su esencia prístina y aviva en él la luz flamígera de la inquietud intelectual. No hay ambiente más lleno de estímulo: todas las ideas que nos agitan provienen, sustancialmente, de Grecia, y en su historia las vemos afrontarse y luchar desligadas de los intereses y prejuicios que hoy las nublan nuestros ojos.

Pero Grecia no es sólo mantenedora de la inquietud del espíritu, del ansia de perfección, maestra de la discusión y de la utopía, sino también ejemplo de toda disciplina. De su aptitud crítica nace el dominio del todo, de la técnica científica y filosófica; pero otra virtud más alta todavía la erige en modelo de disciplina moral. El griego deseó la perfección, y su ideal no fue limitado, como afirmaba la absurda crítica histórica que le negó sentido místico y concepción del infinito, a pesar los cultos de Dionisios y Deméter, a pesar de Pitágoras y de Melisa, a pesar de Platón y de Eurípides. Pero creyó en la perfección del hombre como ideal humano, por humano esfuerzo asequible, y preconizó como conducta encaminada al perfeccionamiento, como ***prefiguración*** de la perfecta, la que es dirigida por la templanza, guiada por la razón y el amor. El griego no negó la importancia de la intuición mística, del ***delirio*** —recordad a Sócrates—, pero a sus ojos la vida superior no debía ser el perpetuo éxtasis o la locura profética, sino que había de alcanzarse por la ***sofrosine***. Dionisos inspiraría verdades supremas en ocasiones, pero Apolo debía gobernar los actos cotidianos.

Ya lo veis; las humanidades, cuyo fundamento necesario es el estudio de la cultura griega, no solamente son enseñanza intelectual y placer estético, sino también, como pensó Matthew Arnold, fuente de disciplina moral. Acercar a los espíritus a la cultura humanística es empresa, que augura salud y paz.

La generación del Ateneo no sólo notó ese ambiente; lo sintió pesar sobre el pueblo todo; se dio cuenta de que la moral del porfirismo había creado un derecho sin humanismo, sin cristianismo, un concepto del Estado ajeno a la lucha de clases y una educación sin estética libre y sin preocupaciones metafísicas, calculadora, carente de entusiasmo por la redención de los humildes y con la vista siempre fija en el modelo europeo.

La obra de la generación de los intelectuales de 1910 tuvo, pues, la significación que tiene toda renovación espiritual en la historia de los pueblos. Subvirtió los valores en que se apoya la conducta: no conformidad sino rebeldía creadora, sentimiento de responsabilidad ante lo injusto, afán de vuelo ante los obstáculos del destino aparente. Los que cursábamos el primer año de la Preparatoria en 1910, y que por diversas circunstancias no nos dábamos aún cuenta exacta de las quejas amargas de las masas, al llegar a la cátedra del maestro Caso oímos la revelación de nuestro pasado histórico y adquirimos la noción clara de nuestro deber de hombres y la confianza en la consecución de los designios del espíritu. Este beneficio enorme —dígolo por mí— no podemos pagarlo con nada en la vida. Aprendimos a amar a los hombres filosóficamente, que es la manera de amarlos para siempre, a pesar de alguno de los hombres, y por eso nos sumamos sin condiciones a la causa del proletariado.

El otro no estaba compuesto de intelectuales como los del Ateneo: unos eran parias iluminados, otros ardían en el fuego de la doctrina anarquista. Mientras los restauradores de la filosofía y de las humanidades demolían con la conferencia la tesis darwinista, burguesa, de la vida social, los otros luchaban con la palabra y el fusil por derrocar las instituciones burguesas. Los unos invalidaban el

régimen en sus cimientos más hondos, los otros acometían la empresa de derribar el edificio mismo de la dictadura. Tareas semejantes que la historia no debe dejar de valorizar unidas.

Los ignorantes, movidos por la sola intuición de la justicia social, exponentes e intérpretes fieles de la miseria moral y económica de los campesinos y de los obreros, como precursores de la Revolución de 1910, fueron calificados como bandidos por el porfirismo. Se les persiguió como a tales, a algunos se les dio muerte vil, a otros se les encarceló varias veces, a otros más se les expulsó de México. Hay figuras entre ellos que esperan aún el bronce que los conserve vivos para siempre en el corazón de las masas.

Uno fue Lázaro Gutiérrez de Lara: guerrillero valiente, orador exaltado, periodista infatigable; gran agitador. Enamorado de un ideal próximo y remoto al mismo tiempo, como todo ideal verdadero, crea sindicatos y flagela a los soldados de línea, mantiene polémicas en los pequeños periódicos obreros y, a la vez, compra armas y parque para sostener la lucha. Los militares de carrera lo desprecian, como al otro gran romántico, el hijo de un rico que abandona su familia y sus bienes por la causa de los pobres —cristiano perfecto— y que al grito de "¡tierra, libertad y pan para todos!", muere en una acción militar sin resonancia, pero con ardía sin igual en la historia de los héroes: Práxedes Guerrero. Los directores del Gobierno se mofan de sus andanzas de quijote, los ricos temen... Rompe el exilio y emprende ataques inverosímiles a las tropas federales; sufre hambre y privaciones sin cuento; pero ni en los momentos más amargos se olvida de su apostolado: rodeado de sus compañeros en el desierto y en el silencio de las noches, heladas como son las del crudo invierno de nuestra frontera del norte, habla del destino del hombre:

> ¿Será posible —decía— que a los parias no les sea dable disfrutar del ocio que eleva el espíritu y que tan mal emplean quienes abusan de él sin medida? ¿Será posible que los pobres no gocen del arte, que no sientan alguna vez gratitud por la vida, que no acaricien nunca el ideal de forjar un programa para la educación de sus hijos y que jamás lo vean realizado? Hasta hoy no. Todo les ha sido negado; es preciso, pues, arrebatar lo que les pertenece, por la fuerza; las tiranías se abaten con las armas de fuego; la conquista del ideal depende de nuestros fusiles...

Y otros como éstos, otros más hablan así, como profetas y como iniciadores de una buena nueva. Son gigantes de la fe, teas espontáneas que alumbran la vida sórdida de los esclavos que habrán de seguir la luz muy pronto, en tumulto jubiloso e incontenible, por todos los ámbitos de la república...

Pero el titán es Ricardo Flores Magón, romántico entre románticos: corona su vida de agitador con una muerte bella y dramática como la de Sócrates. Desde la prisión de Leavenworth, en donde lo ha colocado la burguesía yanqui de acuerdo con la burguesía porfirista: tuberculoso y después de haber sido un luchador vigoroso e infatigable, hace voz a través de las rejas que lo encierran —como Juan el precursor, siglos antes—, con la fe de sus mejores días. Pertenece a la rama anarquista, a aquella desprendida del tronco de la organización internacional del proletariado que representa la Primera Internacional de Trabajadores, la rama mística, individualista, asiática, encabezada por Bakounine, contra la rama occidental, científica, técnica, representada por Karl Marx. Exalta la personalidad del hombre por encima de todos los valores y de todas las fuerzas; a veces habla con el recogimiento del anarquismo cristiano de Tolstoi, en ocasiones

es el colectivismo de Bakounine el que lo inspira, y cuando su cólera sincera por la injusticia reinante lo impulsa, emplea el lenguaje lapidario, insurgente y anomístico de Max Stirner, que enfrenta al individuo contra Dios, contra el derecho, contra la propiedad, contra el Estado, contra el destino... Su doctrina, en el fondo, es la más humana y tierna de las doctrinas. El convencimiento de su muerte próxima no le arranca ningún reproche; la prisión y la enfermedad abren su corazón a la vida aún más de lo que siempre estuvo:

> El esclavo —dice—[154] no tiene la culpa de encontrarme cargado de cadenas, pues nunca me encomendó la tarea de librarlo de su yugo. Yo mismo me impuse esa tarea, yo mismo me elegí su defensor. La culpa es mía, no de él; mas no me arrepiento, porque mi conciencia me dice que hice bien, que cumplí con mi deber de hombre y la voz de mi conciencia me satisface, su sanción me conforta. Si mi presencia aquí —en la cárcel— se debiera al hecho de haber pretendido subir sobre los hombros del débil... ; pero no; lo que en realidad intenté fue subir al débil sobre mis espaldas para hacerle ver lo que él no alcanzó a columbrar; la belleza de una nueva vida para la raza humana, basada en la justicia y en el amor...

El sacrificio de estos grandes luchadores solitarios no es estéril. Los obreros adquieren rápidamente la conciencia de la clase a la que pertenecen. Levantan la tribuna más alta y vigorosa con que la revolución ha contado hasta hoy: la Casa del Obrero Mundial. Unos anarquistas españoles expulsados de su país vierten en el nuestro la doctrina del sindicalismo revolucionario y, en unión de los líderes

[154] R. Salazar y J. G. Escobedo, *Las puqnas de la gleba*, México, Avante, 1923, p. 17.

mexicanos, fundan la institución que es, ante todo, cátedra de filosofía, escuela de humanismo.

La Casa del Obrero Mundial, oculta muchas veces, perseguida, victoriosa en ocasiones, desempeñó un papel tan importante en las luchas sociales de México como el Cenáculo de Rubau Donadeu en la organización del proletariado español. Algunos intelectuales asisten a sus sesiones, discuten con los obreros, tratan todos de formular un programa y de señalar el camino para conseguir la subversión de los valores sociales. De este seminario salen los propagandistas de la revolución para todo el país, entre las filas de los soldados o en grupos de verdaderos misioneros sin más recursos que su ardiente palabra.

Así se forjó el ideario de la revolución. Sin previo acuerdo; pero coincidiendo en el propósito, los intelectuales del Ateneo, los anarquistas y los intuitivos, y los líderes de la Casa del Obrero Mundial presidieron con eficacia indestructible las ideas —fuerzas puestas en marcha— el movimiento de las muchedumbres. ¿Puede acusarse a la revolución de alteración social con propósitos mezquinos? ¿No es, más bien, como lo he recordado esta noche, una jornada épica que libró la humanidad en la región mexicana por los esfuerzos del espíritu? Nadie podrá negarlo después de conocer su génesis: tuvo, tiene y tendrá, a pesar de sus conculcadores, un sentido humanista que no perderá nunca mientras la justicia social no rija relaciones humanas a través de nuestro vasto territorio.

Y si del campo de las ideas pasamos al de las acciones sin apoyo en la reflexión filosófica, hallamos también la misma nota de rebelión por inconformidad con la miseria, que no sólo produce hambre sino también sujeción moral, política, degradación humana. El Plan de Ayala, que resume la queja de los campesinos encabezados

por Zapata, es un documento que pertenece a la historia de las humanidades en México. "¡Tierra y libertad!", el lema del zapatismo, equivale a pan y espíritu libre. La tierra, como un medio; la obra de la voluntad creadora, como fin.

Los miopes o los ignorantes creen que el socialismo es un fin en sí mismo. Se equivocan. No es un hecho, es un camino; no es un ***fiat***, es un ***fieri***, que se ha propuesto darle al hombre una riqueza que el régimen capitalista le ha quitado: el reconocimiento de su propio poder espiritual, que es lo único que hace a la vida digna de vivirse y que convierte a cada ser humano en un trabajador alegre e incansable.

Las organizaciones obreras, fruto de todas las ideas mencionadas, así lo han sentido y viven procurando acercarse a la meta. Sólo los que no las han visto de cerca, los que desconocen sus más hondas y sinceras preocupaciones, pueden calificarlas de asociaciones de voracidad económica irrefrenable. Cuando el salario cubre las necesidades imperiosas de la existencia, las perspectivas morales de la vida surgen ante el obrero medio satisfecho como un camino asequible a sus deseos más ocultos, y lo recorre siempre con entusiasmo. Véase, por ejemplo, lo que ocurre en Orizaba, la región fabril más importante de la República: el sindicato es el eje de la producción, no el obrero individual; ese solo hecho revela ya un sentimiento de responsabilidad importante; pero el sindicato es, ante todo, el eje de la vida obrera en sus diversas manifestaciones. De él dependen muchas instituciones organizadas para beneficio material y moral de los trabajadores: la cooperativa de consumo, el banco de ahorros y préstamos, el sanatorio para ciertas enfermedades, la comisión encargada de los alojamientos, el club deportivo, la "guerrilla", el kindergarten para los hijos de sus miembros, la escuela primaria, la escuela para adultos, las

orquestas y las bandas de música. Existen, además, otras instituciones de carácter colectivo que sobrepasan las posibilidades económicas de un solo sindicato y que mantienen entre todos, como el Centro Cultural o la imprenta dependientes de la Cámara del Trabajo, la asociación de los sindicatos de toda la región. Si se hace la balanza de estos servicios sostenidos con la cuota de cada trabajador —que representan varios millones de pesos—, se verá cómo las dos terceras partes de este considerable patrimonio social se hallan invertidas en la educación de los obreros, en su educación estética y moral principalmente. Les interesa disfrutar de buenos salarios para vivir bien biológicamente; pero siempre van en pos de los otros valores: de la cultura, que los hará fuertes y mediante la cual habrán de conseguir la transformación del régimen burgués, y de la libertad espiritual, que será el mayor don del nuevo régimen basado en la justicia. Y para no girar en el círculo vicioso en que actúa el que pide los instrumentos de combate al mismo a quien tiene que atacar todavía, trabajan también en la formación de la pedagogía que el proletariado necesita para su completa emancipación. Desde el método hasta el edificio han de ser propios. Mientras el Estado oscila aún entre la orientación escolar mitad yanqui mitad patrióticodeclamatoria, y la orientación revolucionaria que no acaba de entender en qué consiste, las organizaciones obreras de Orizaba experimentan los procedimientos pedagógicos que habrán de mantener, en las generaciones futuras, viva la fe en la justicia social, y que habrán de enseñar, sin ambages, los medios para lograr la transformación del régimen capitalista. El sindicato de Santa Rosa está construyendo de su peculio la Escuela América, que costará medio millón de pesos; en ella se albergará pronto la primera universidad obrera del continente.

¡Qué abismo espiritual entre el trabajador, de 1907 y el de 1930! Si Orizaba no sólo recogió la semilla de la revolución y la ha hecho florecer—como otras muchas organizaciones obreras que representan a centenares de miles de asalariados—, sino que puede ser —para orgullo nuestro— estímulo para los trabajadores de otras regiones del mundo; si la clase obrera de México, en suma, mantiene la revolución y ella misma es el mayor producto de los sacrificios pasados, j qué importan las prevaricaciones, qué importan los hombres impuros!

Y si, además, se opera al fin, por ventura, un cambio en la conciencia de la clase estudiantil, que mira ya como cosa suya la lucha por la elevación espiritual de nuestro pueblo pobre y triste; a pesar de los obstáculos que a su paso se levantan, la revolución permanecerá en pie.

Mientras la "llama inmortal" que crea la historia, la llama del espíritu, se mantenga viva en los trabajadores y en la juventud universitaria de México, el destino dependerá de nosotros.

MÉXICO Y SU TIEMPO: INTERPRETACIONES DE NUESTRA MEMORIA HISTÓRICA Y CULTURAL

Se terminó de imprimir en diciembre de 2018
en los talleres de Impresos Tega, S. A. de C. V.
Correo electrónico: impresostega@gmail.com

La edición consta de 1,500 ejemplares

MÉXICO ES UNA NUEZ, Alfonso Reyes | **INFLUENCIA DE LAS LEYES DE REFORMA SOBRE LA PROPIEDAD,** Andrés Molina Enríquez | **MÉXICO: REVOLUCIÓN BURGUESA Y POLÍTICA DE MASAS,** Arnaldo Córdova | **MAQUIAVELO, NO TE RAJES,** Carlos Fuentes | **NOTAS SOBRE EL ESTADO, LA CULTURA NACIONAL Y LAS CULTURAS POPULARES,** Carlos Monsiváis | **LA GUERRILLA RECURRENTE,** Carlos Montemayor | **GÓMEZ MORÍN: CIEN AÑOS Y SEIS LECCIONES,** Carlos Castillo Peraza | **LA CRISIS EN MÉXICO,** Daniel Cosío Villegas | **LOS ANTIGUOS MEXICANOS,** Francisco Javier Clavijero | **ORACIÓN CÍVICA,** Gabino Barreda | **ESCENAS DE LA VIDA DE DON JOSÉ MARÍA MORELOS Y PAVÓN,** Guillermo Prieto | **CÓMO ME HICE REVOLUCIONARIO,** Isidro Fabela | **LA HISTORIA Y LA ACCIÓN,** Jesús Reyes Heroles | **MEDITACIONES SOBRE MÉXICO,** Jesús Silva Herzog | **ENSAYO FILOSÓFICO SOBRE NUESTRA REVOLUCIÓN CONSTITUCIONAL,** José Ma. Luis Mora | **LA RAZA CÓSMICA,** José Vasconcelos | **LA UNIVERSIDAD NACIONAL,** Justo Sierra | **AUTOPERCEPCIÓN INTELECTUAL DE UN PROCESO HISTÓRICO,** Leopoldo Zea | **ENSAYO HISTÓRICO DE LAS REVOLUCIONES EN MÉXICO,** Lorenzo de Zavala, | **HISTORIA DE MÉXICO,** Lucas Alamán | **EL BALANCE DE LA REVOLUCIÓN,** Luis Cabrera | **LOS CUATRO PERIODOS CONSECUTIVOS DE GOBIERNO DE PORFIRIO DÍAZ,** Luis Pérez Verdía | **LA NOCHE DEL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1810 EN DOLORES,** Manuel Payno | **MÁSCARAS MEXICANAS,** Octavio Paz | **ANTIGUA GRANDEZA MEXICANA. NOSTALGIAS DEL OMBLIGO DEL MUNDO,** René Avilés Fabila | **¿PUEDE SER LIBRE LA NUEVA ESPAÑA?,** Servando Teresa de Mier | **EL SENTIDO HUMANISTA DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA,** Vicente Lombardo Toledano

CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA

CONSEJO EDITORIAL
H. CÁMARA DE DIPUTADOS